This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

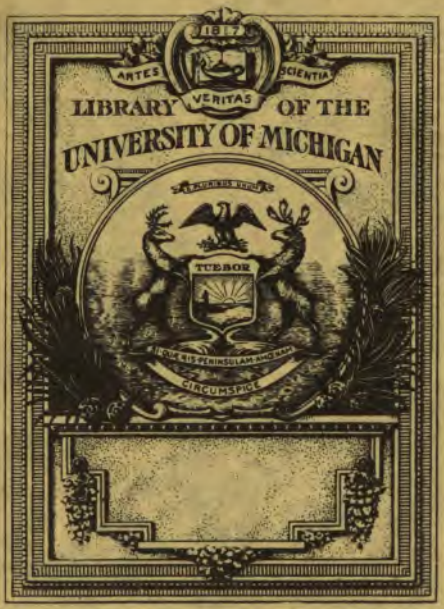
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

REVISTA

DE MADRID.

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO III.

MADRID.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA Y TIPOGRAFICA,
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

1844.

DP
1
.R47
ser.4
v.3
1944

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

GL
UID 53-613400-1
201-6556
8-5-83

DE NUESTRAS COSTUMBRES POLITICAS.

Solian hace poco tiempo los que con conocimientos vulgares hablaban de gobiernos y leyes asegurar que no cuadraban las repúblicas sino á pueblos virtuosos, y que para estos sin duda era el republicano el mejor gobierno posible; doctrina nacida de entender mal una máxima de *Montesquieu* acerca del espíritu que á las diversas clases de gobiernos anima, y que equivocaba las virtudes cívicas con las ordinarias. Aun de gobiernos no republicanos (si de tales únicamente merecen el nombre aquellos donde no hay rey), pero en los cuales el poder popular tiene influjo y peso visibles, y por las leyes reconocidos y asegurados, ha sido cosa corriente decir lo mismo; y el que este artículo escribe ha oido mas de una vez á personas semi-instruidas decir con tono doctoral y como por via de blanda censura de nuestra Constitucion de 1812, que no era nuestro pueblo bastante bueno para unas leyes acomodadas sólo á gente de puras costumbres. Sin duda aun en este yerro hay algo de verdad; pues siendo los gobiernos llamados libres de mas soltura que otros para los individuos particulares, claro está que menos mal probarán cuanto mejores sean quienes viven haciendo uso con ensanche suficiente de sus facultades todas. Pero ningun gobierno supone virtud completa en los hombres, pues si entre ellos existiese cabal respeto á lo tuyo y lo mio, y dominio entero sobre sus pasiones, no tendrian necesidad de ser gobernados.

Que lo llamado virtud por Montesquieu quiere decir el amor á la patria, el cual de la persona propia se olvida, ó únicamente la considera como parte del gran todo del Estado; y que este pensamiento dominaba y este afecto movia á los republicanos de la antigüedad, es cosa sabida; como tambien que entre hombres modernos, si bien el patriotismo antiguo vive con no corto influ-

jo, la idea de la propia honra, ó la de lo que se debe el hombre á sí mismo impera y gobierna con fuerza mas poderosa.

Mucho habría que decir sobre las semejanzas y diferencias entre las virtudes patrióticas ó del hombre público, y las ordinarias ó dígase del hombre privado. Mirabeau las declaró opuestas una á otra, ó poco menos, cuando soltó la expresion: «la petite morale tue la grande»; queriendo suponer que el rigor, los escrúpulos, los melindres si á tanto llegan de los individuos profundamente virtuosos, perjudican al desahogo y á la moral un tanto laxa con que los negocios de Estado deben tratarse. Mirabeau era vicioso y de gran talento; y si como político era menos corrompido que como particular, tampoco fué un modelo de virtud, pues hasta en venderse paró; y si en sus máximas era acertado aunque con arrojo, y en sus intentos se encaminó al bien aunque por mala senda, daba sin poderlo remediar muestras de su conciencia nada timorata, aun predicando medianamente sanas doctrinas. Ciertamente hay casos en que las obligaciones del particular contradicen á las del repúblico; pero el hombre de bien lo es en todo, y si siéndolo peca de ignorancia hasta ser de gravedad y suma trascendencia su culpa, esto no acredita de faltar la honradez en quien se ocupa en los negocios del Estado; ú bien prueba que para gobernar ó intervenir en la causa pública con propia gloria y provecho comun, el hombre ha menester, sobre las prendas de recto é íntegro, estar dotado de agudo ó claro entendimiento, y haber llegado á adquirir una dosis de instruccion razonable.

De las costumbres políticas, para que estas sean buenas, han de formar parte las virtudes particulares, lo cual es necesario á los hombres bajo todas las clases de gobierno hasta ahora conocidas. Pero la parte no es el todo, y así las cualidades del hombre político, si ha de desempeñar con gloria su papel, han de ser mas en número que las de quien vive en su retiro, ú ocupado únicamente en el gobierno de su familia y hacienda. Cierto encogimiento que en este último si es falta lo es leve, y sino parece del todo bien tampoco le afea en alto grado, en aquel sería un impedimento á que cumpliese bien y cabalmente con su obligacion, y una sombra que, aun cuando no manchase, empañaría el cristal terso de su fama.

Pero cuando se habla de política la voz *costumbres* tiene

una acepcion harto mas lata que cuando se trata meramente de negocios privados, entendiéndose por costumbres no solo aquello que á la moral toca, sino en gran manera lo que corresponde al modo de usar del entendimiento. En suma, pueblo de buenas costumbres políticas quiere decir uno que maneja no solo con probidad sino con tino los negocios que caen bajo su jurisdiccion.

Si bien es falso que en los estados donde no hay lo que se llama sistema representativo, sea siempre el gobierno absoluto; si bien es cierto que hay constituciones en muchos pueblos regidos por gobiernos que no llevan el nombre de constitucionales, y si bien aun en estos, con el principio del honor personal que á los hombres mueve, anda mezclado otro de virtud patriótica, todavía no carece de verdad la doctrina que enseña que los súbditos de una monarquía pura necesitan poco de lo llamado con propiedad costumbres políticas. No así en los estados donde aun habiendo rey, está mucha parte de la direccion del gobierno en manos de los gobernados.

Lo que influye sobremanera en las costumbres políticas, y no cierto para mejorarlas, es lo que tiene el nombre de *revolucion*. Cuando una de estas lo es verdadera, toma el carácter de guerra cruda y al fin rencorosa, y los hombres contraen hábitos de odio y ferocidad indispensables en quienes para guerrear con fé y brios han menester estar impelidos y dominados por pasiones intensas y asímismo vehementes. Y cuando las mismas épocas van ya adelantadas y próximas á su terminacion, llegándoles un período de desengaños, dudas y predominio del interés, conservan las costumbres un tanto de la ferocidad pasada, hija ya mas que de la pasion furiosa del rencor concebido en la lid, y con ella del cálculo que mira amenazado el propio provecho, y vá á volver por él á todo trance.

Saliendo ya de estas generalidades, necesarias sin embargo al propósito que en estos renglones se lleva, como principios á los cuales han de aplicarse las reflexiones que sigan, bien será meditar un poco en nuestras costumbres políticas en los recien pasados y presentes períodos de nuestra historia; tarea desabrida en que ha de parecer severo quien quiera ser justo, y tarea imposible de desempeñar bien en breve espacio, por lo cual ha de servir de disculpa de tratarla de paso y por encima la consideracion

de que soltando sobre ella algunas ideas, pueden estas dar márgen á mas detenidas meditaciones y á mas ingeniosos atisbos en cabezas mejores y mas provistas de instruccion, y en almas de mas fé, que lo son ó estan el entendimiento y el ánimo del autor del artículo presente.

En 1808 un ímpetu de patriotismo, propio para demostrar que aman bien á su patria los súbditos de una monarquía, trocó el gobierno español en popular; pues popular fué en grado sumo el que aclamando á un rey, mientras él estaba cautivo, rigió en momentos de grande inquietud, de grave apuro, de extraordinarios esfuerzos y de terrible encendimiento de pasiones al pueblo de España.

Dígase cuanto se quiera sobre el fin que se proponian los españoles en aquella guerra, (fin que ni era sencillo ni veian ellos claro; pues al revés, varias cosas contenia, y se presentaba por eso vago y confuso), lo cierto es, que durante ella el pueblo pasó de obedecer á mandar, y de no cuidarse de la causa pública á ocuparse en ella con celo ardiente, con ansias vivas, con cuidado mortal, y con afan que casi no aflojaba un punto.

Nació pues la costumbre de desear nombrar á aquellos á quienes se habia de obedecer, de desconfiar del que mandaba, de apurar el motivo de la desconfianza ejerciendo vigilancia en los actos gubernativos.

Al mismo tiempo era aquel período de fé, y de algun grado de uniformidad en el deseo; lo cual parece que contradice lo antes afirmado sobre desearse á un tiempo cosas varias, y no muy avenibles; pero se notará que no hay contradiccion, si se medita que esas mismas cosas distintas, desconformes, apetecidas en uno se creian no solo conciliables, sino hasta conciliadas, y formando un todo, aunque complejo, perfecto. Se ponia á la sazon la mira en rescatar la patria del yugo de un pérfido, á la par que violento invasor; en tomar justa venganza, ó dígase satisfaccion de un agravio y afrenta hechos á España; en rescatar al cautivo monarca, y en sentarle en el trono para que gobernase bien, sin entregarse á privados, sin despotismo, sin desconcierto.

Habia en este propósito sinceridad, habia celo verdadero, y así se usaba del poder con empeño y con lustre. Lástima es que acompañó á estas cosas la crueldad, acostumbrándose el

pueblo á derramar la sangre del enemigo en otras partes que en el campo de batalla.

La contienda que en medio de aquella guerra se trabó entre los bandos llamados liberal y servil, introdujo un motivo de odio entre unos y otros españoles. Comenzaron pues á aborrecerse los hombres por diferencia de opiniones: síntoma este de revolucion, porque en los gobiernos sentados y tiempos de sosiego, ó no consintiéndose la manifestacion de lo que se piensa no hay disputas, ni las malas consecuencias que estas producen; ó permitiéndose juntamente sentir lo que se quiera con decirse lo que se sienta, pero no habiendo entre los discordes en parecer choque violento, se introduce y hace costumbre la tolerancia de contrarias doctrinas y el abogarse con templanza y raciocinio por encontrados intereses.

La persecucion atroz, mas que por lo severa por lo injusta, hecha á los constitucionales en 1814 confirmó al pueblo en ser cruel con el ejemplo que les dió la autoridad, á la cual moneraba. Y como para justificar severidades faltas de razon y disculpa apeló el gobierno á encender pasiones populares contra los perseguidos, bajo el gobierno monárquico, siguió en los ánimos la revolucion haciendo efectos.

En 1820 el bando vencido pasó á vencedor, lleno al conseguir su victoria de odios rencorosos, sino buenos en sí, nacidos de justo motivo. Verdad es que recien proclamada la Constitucion no se persiguió, pero se creyó que se perdonaba, y no que la diferencia de opiniones no fuese delito. Empezaron de allí á poco las conjuraciones: vióse peligro, y dió crueldad el miedo: las disputas siguieron siendo mortal enemistad á cada hora mas exacerbada.

Ademas, la Constitucion en 1820 habia sido restablecida por sociedades secretas y por las tropas. Fué pues costumbre llevar sus cosas adelante por medios ocultos y rodeados, ó por violencia. Los actos públicos de elecciones, de discusion eran mera fórmula: se resolvia todo en conciliábulos, y el tiempo de oirar y pesar las razones casi siempre se echaba la espada en la balanza.

Sin embargo, algo se adelantó en la obra de formar las costumbres públicas. Se formaron parcialidades que reconocieron cabezas. Se disciplinaron, aunque mal, un tanto los partidos: se

imbuyó en los ánimos la idea de que en la causa pública todos tienen interés y deben tener empeño. Ventajas eran estas, pero cortas y tan contrapesadas por los inconvenientes á ellas anejos, y á la sazon muy superiores, que del todo sacaron la moral y política mas daño que provecho.

Al mismo tiempo se equivocó la índole del gobierno que se trataba de establecer, tomando el estado inquieto que tenian las cosas durante la tentativa de plantearle por la situacion en que deberian quedar una vez el establecido. Nada se pensó acerca del modo de volver por el interés de la industria y del comercio, por el fomento de las ciencias y artes, pareciendo que bastaba dar derechos políticos, encaramar á quienes antes estaban debajo sobre quienes ocupaban puestos superiores en la sociedad, y enflaquecer y deslustrar la autoridad para que se pudiese considerar á España en el caso en que estaban otras naciones, cuyos gobiernos eran de los apellidados libres.

La caida del Gobierno constitucional en 1823 fué para la parte mas crecida del pueblo español la libertad de un yugo; para la mas entendida y noble una desventura que por ser traida por mano de extraños, traia el carácter de afrentosa. El gobierno como cuando mas se mostró revolucionario, amnó á su parcialidad sin sujetarla con el freno de la disciplina militar; teniéndola armada la excitó y azuzó contra sus enemigos comunes; le dió poder tal, que hubo á veces de estar precisado á obedecerla en vez de mandarla ó dirigirla. Con esto daba pábulo al fuego de la intolerancia en los vencedores entonces mismo, y en los vencidos para una futura época oportuna.

Cuando en 1833 empezó la caida del gobierno llamado absoluto y la resurreccion del apellidado constitucional, la guerra civil coincidió con el nuevo nacimiento y progresos del segundo. Siguióse al principio la lid con exquisita crueldad, despues con piedad mas cuerda; pero la misericordia no llegó á entrar en los ánimos ni ha entrado todavía. Quien esto escribe, amante de sus amigos políticos y fiel á la bandera que defiende, no ocultará sin embargo que en su sentir está ha sido hace poco horrorosamente manchada con sangre, no sin deshonra de quienes bajo ella siguen militando.

Mientras la guerra seguia, se abrió la palestra política en las Cortes y en los periódicos, arrojándose á ella apresurados y

con calor los combatientes. Parecia al principio que las costumbres habian mejorado. Veíase haber mas ilustracion, reinar mejores doctrinas, saberse mas, aun que era superficial el saber; obrarse con superior acuerdo. Pero pronto se mudó la faz de las cosas: á la ferocidad de la guerra con los enemigos armados siguió furia y rencor en la lid política, y á este acompañaron otros males.

La irreligion habia cundido entre nosotros. Nada compensa cabalmente la falta de la religion; pero aun el daño de su falta, el mayor que puede caer sobre el linage humano, se mitiga, si bien poco, donde viene á ponerse en el puesto vacante una filosofía ilustrada y dulce, que debe lo poco que tiene de buena al poder divino, al cual ha desbancado por plazo breve. Pero aquí vino una libertad bestial, sin doctrina ni dogmas, á reinar entre los ánimos emancipados de un saludable yugo.

A la caida de los hombres superiores por su gerarquía, siguió la de los extimados mejores por su talento é instruccion. El período de la dominacion de los ricos, bueno ó malo, no ha llegado para nosotros, donde la propiedad y el gobierno hace mucho que viven separados. Así faltó toda superioridad natural. Hasta á la de la edad se ha dado un golpe últimamente, declarando que de los mozos debe ser el mando, y condenando á los viejos á muerte civil, ni mas ni menos como suelen privar á los ancianos inservibles, donde la fuerza moral solamente es estimada y domina, algunos pueblos salvages.

De ahí se ha seguido introducirse unas ideas y práctica las mas repugnantes á lo que la índole de los gobiernos llamados constitucionales exige. Estos viven de la asociacion, y quien dice asociacion dice dependencia de unos, pues cuerpos sin cabeza, ni en lo moral viven, y en los cuerpos artificiales como en los naturales no todos los miembros son de igual valor, ni á los mismos fines pueden servir igualmente.

El empeño que se llegó á tomar en la causa pública, se ha trocado en muchos en desvio, porque de él se ha hecho mal uso y abuso, porque han llegado, atendiéndose á la política, á desatenderse con extremo otros puntos concernientes á la felicidad de los gobernados.

Ha caido la fé casi enteramente. Muchos condenan la clase de gobierno que existe: quienes por malo en sí: quienes por

solamente no adecuado á nuestro pueblo: quienes ni aun tanto, pero sí por nada acomodado á las circunstancias presentes, en las cuales llegan á reputarle imposible. Los que le defienden ó lo hacen con tibieza, ó con ardor tal que muestran querer poner en su lugar, dejándole aun subsistir por largo tiempo, el desorden propio de las revoluciones.

Si la ferocidad aun existe, ha faltado lo que la justificaría, si algo justificarla pudiese, y es el fanatismo de quienes la usan como justicia contra sus enemigos, como cosa de conveniencia á una causa santa. El deseo del propio provecho asoma en el rostro artificiosamente encendido de quien aparece arrebatado hasta la furia por el celo de su secta. Nótase sino poca pureza, la suposicion de no haberla, y que la supuesta falta es tratada con indulgencia no corta.

Reasumamos pues los vicios que entre nosotros mirados como hombres públicos en general ahora reinan. Son los tales fé escasa, respeto á nada, desaliento, conducta ó deseos interesados.

Puede pues afirmarse que no estan nuestras costumbres políticas tales que de ellas podamos envanecernos, ni prometernos grandes ventajas, y que siguiendo como estan, cualquier gobierno probará mal para nosotros, y no saldrá bien el que tenemos con el nombre de representativo.

Pero en medio de los males hay bienes; y en las situaciones de mas desdicha y apuro no debe faltar la esperanza, la cual pusieron los antiguos como última consolacion allá al cabo de las mayores desventuras, y cuya carencia constituye el mas extremado horror en el infierno.

Hay diferencia suma entre un extravío del buen camino que no es completo, y el retroceso verdadero con casi imposibilidad ó con dificultad grandísima de volver á andar lo antes adelantado y perdido. Y aun puede decirse mas, y es que en el extravío mismo no ha dejado de adelantarse, á modo de cuando se ha echado por un camino y por él se vá mal y á perderse, pero de donde es posible volver á la mejor senda, y volver casi adelante del parage en que al extraviarse se la ha abandonado.

Una cosa es indudable, y es que en España se sabe mas que se sabia. Con ello se ha conseguido una ventaja y no poca, pues al entendido mas que al rudo es fácil convencer no solo de lo que es conveniencia, sino tambien de lo que es justicia.

La generacion que hoy dia está en su mocedad, tiene mucho de estudiosa á la par que no poco de arrogante, y con la edad y la experiencia perderá bastante de este defecto, y aumentará á la par sus buenas cualidades.

Los desengaños, si han acabado con la fé verdadera, tambien han dado un golpe fuerte cuando no mortal á mas que un dogma de fé falsa. Se ha despertado el deseo de mejoras reales y verdaderas, de las que deshonradas por algunos con el título de materiales, se ven, se palpan, se sienten por sus efectos. Porque (y perdónese la digresion) es treta comun de los ambiciosos que nada tienen sino un talento mas ó menos agudo, y á mucho aspiran, hablar con desprecio de todo cuanto pone á una parte del pueblo en mejor condicion que la en que antes estaba, calificándolo de grosero y destructor de pensamientos nobles y generosos. Mas comunes son estas predicaciones en Francia que en Inglaterra, porque en el pueblo inglés no son bien recibidas, creyéndose allí que con aumentar las conveniencias corporales, se hace un gran servicio á los pobres, y que hasta la limpieza y el aseo sacando á las criaturas de la degradacion les son moralmente provechosas; que cuanto aumenta el buen pasar, y facilita el trato entre las gentes es un beneficio social; y que por consiguiente hay corta aunque sí alguna diferencia entre los intereses materiales y los morales, si bien nunca al promoverse los primeros ha de dejar de atenderse á los segundos, cosa que menos que otro pueblo alguno aprobaría aquel, religioso por excelencia.

Por ahí se enlaza esta que parece, y aun es digresion, con el asunto de este escrito. A que sean buenas las costumbres políticas y hasta las privadas contribuye el que vuelvan los hombres por el bien público material; y donde así pasa hay menos alborotos, menos desmanes, menos excesos. Crezca en España algo la riqueza, fomentese con la libertad y la ilustracion la industria, prospere medianamente el comercio, y en vez de contenderse por doctrinas políticas, meros pretextos para buscar la subsistencia á costa del público, se contenderá por bienes reales y verdaderos, pues la bondad del gobierno representativo mas que en otra cosa consiste en que por él tengan medio de volver por sí todos los intereses.

Escasa es la seguridad de que estamos gozando hace algu-

nos dias; pero al fin de alguna se goza, y si bien hay temores de que cese, no deja de haber motivo á esperanzas de que se mantenga. Hay deseo de sosiego, y hasta se ha notado últimamente algo que vale mas, y mejores cosas vaticina; y es haberse visto en varios resolucion de comprar la paz venidera con trabajos presentes, no contentándose con gemir y temblar por desórdenes pasados ó futuros, sino haciendo esfuerzos para vencer los existentes, é impedir los que amenazan. Con que el desórden cese, y se consiga dar un tanto de firmeza al gobierno, un tanto de seguridad á quienes sirven los empleos, un tanto de desconfianza á quienes intenten lograrlos por asalto, se habrá hecho no poco en favor de las buenas costumbres, y si no cesarán, serán menos las apostasías, las delaciones, los furores hipócritas, monárquicos ó democráticos, de libertad ó de órden, que son la plaga y desdicha de nuestra pobre nacion, y lo han estado siendo por largos dias.

No hablamos de un siglo de oro, imaginado en lo pasado y remoto, y de que no dan razon los contemporáneos, porque en los hombres es costumbre en vez de alabar desacreditar al tiempo presente. En todos tiempos y pueblos distan mucho las costumbres políticas y privadas de la perfeccion á que el hombre en lo ilustrado de su razon y en lo osado de su imaginacion aspira. Pero baste mejorar: baste acercarse á la situacion de pueblos menos desdichados que lo es el nuestro ahora: baste, ya que corrupcion no falte, tenerla en menos grado y de menos perniciosa clase: baste que aun en el vicio haya mas decoro: baste que si las malas artes no se pueden desterrar, á lo menos no vaya á la par con la artería la violencia.

Lo que algo consuela á quien se para á meditar nuestro estado presente, es lo que ya se ha apuntado antes sobre conocerse ya como no se conocia lo que son las costumbres políticas si no buenas medianas. Bien es verdad que no basta saber, si no acompaña la buena voluntad al claro conocimiento. Pero de la ignorancia nada puede esperarse, siendo de esta el mayor peligro que la perversidad la conoce, y sabe usarla como arma temible. Hoy existen entre nosotros bastantes que conozcan lo que es justo, lo que aprovecha, lo que se hace necesario, y aun vá pasando á ser urgente; y de esperar, y hasta de creer es que se esfuercen por atajar los males, y

por traer los bienes de cuya calidad están no les es ignorada.

Tratándose de la conducta que es conveniente así como justo seguir con los contrarios, se verá que no viene á cuento oprimirlos ó exterminarlos; cosa agena, así como de la razon, de nuestro siglo, engendradora y justificadora de resistencias feroces y crueles represalias, y semilla de desórdenes que mil veces sofocada otras tantas retoña.

Tratándose de elecciones, se verá que en ellas no debe darse el voto solamente á republicos de profesion; que rara vez debe darse á aventureros aun dotados de talento y saber; y que en cada ochenta de cien casos debe darse á hombres de peso, entendidos mas que en la ciencia del gobierno, en la de las varias ocupaciones que embeben el tiempo, ejercitan la fuerza ó la industria de las clases productoras en un estado.

Tratándose de gobierno, se verá que no conviene mudar con frecuencia de gobernadores, ni acortar los plazos á la ambicion, ni poner al alcance de todos lo que, si todos pretenden, ha de traer ello por consecuencia no haber firmeza en lo que existe.

Tratándose de las cosas en que mas deban pensar y afanarse los hombres, se verá que es menos en la legislacion política que en la civil ó criminal, y en la económica, y menos que en la legislacion en los medios de acrecentar y asimismo de distribuir bien la riqueza.

En suma, menos furores, y mas atencion á cosas útiles son de desear y de esperar asimismo.

No cabe duda en que aun para mejorar las costumbres políticas, convendria algo y aun mucho de enmienda en las privadas. Asombra el grado de depravacion á que las nuestras han llegado. Por desgracia este es un mal que la legislacion no alcanza á corregir, y que con predicaciones tampoco se logra desterrar; pero como no hay otros medios de contribuir á enmendarlas que las segundas en alguna parte, y en otra todavía mas corta la primera, bien es menester con aquella y estas hacer lo poco que sea posible para lograr siquiera medianos efectos. La publicidad contribuye mucho á remediar este grave daño. Verdad es que en algunas ocasiones la libertad de decir la verdad sirve de instrumento á la calumnia, que por ahí el bien de importantes revelaciones y fundadas censuras queda no ya compensado, sino destruido con el efecto de mentiras propagadas

y vituperios amargos é injustos prodigados, creyéndose aquellas y teniéndose estos por actos de severa justicia; y que de resultas queda confundida con la maldad la virtud, desalentada la honradez, y encallecida la conciencia. Así van en las cosas humanas revueltos los bienes con los males.

Un mal que es inevitable donde la fuerza no obliga es la corrupcion, y en balde sería querer extirpar este vicio de las costumbres políticas de un pueblo de los llamados libres. Pero la publicidad misma que á los vicios privados sirve de algun freno hace que este vicio político, de que se acaba de hablar, sea menos descarado.

Los españoles, pues, teniamos las costumbres políticas propias de una monarquía antigua, donde el pueblo si bien no estaba sujeto en todo caso á la autoridad absoluta, y si bien ejercia rodeada y ocultamente su influjo en los gobernadores, al fin servía y no mandaba. Despues trocamos estas costumbres por las de una revolucion en sus principios; y ahora tenemos las de una revolucion en sus fines. A un estado nuevo caminamos, y con él tendrémos costumbres nuevas. Puras del todo no hay que esperarlas; pero cabe mesura y decencia en la corrupcion, y la cordura alcanza á veces lo que no puede la justicia. Hemos pasado por uno de los períodos peores que tocan en suerte á los pueblos, y aun en él estamos todavía, pero cercanos á su terminacion, sea esta la que fuere. Alguna ventaja hemos de haber recogido de la ilustrada experiencia, y si esta, enseñando á algunos á pecar y ganar en el pecado, ha servido de guia y aliento á la corrupcion, tambien sirve de enseñar á los demás la calidad y modo de las culpas y la índole de los pecadores. Por eso sin lisonjearnos demasiado podemos prometernos considerable enmienda en nuestras costumbres, mayor tolerancia, mas docilidad, menos aptitud á servir á los intentos de ambiciosos, mas atencion á lo que mejor la merece. No lleva esto á prometer locas venturas, pero tampoco á entregarse á una ciega desesperacion, pues mudanzas ha de haber por ser la condicion humana mudarse las cosas; y ¿quién duda que creciendo la ilustracion y viéndose claro un tanto de paz en lo futuro, han de mejorar nuestras costumbres políticas, hoy ciertamente nada recomendables?

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

GERFAUT.

I.

En uno de los primeros dias del mes de setiembre de 1832 un jóven como de unos treinta años subia con paso rápido y aire pensativo uno de los valles que se hallan en la Lorena, pasada la cadena de los Vosges. Un riachuelo, que despues de haber recorrido algunas leguas iba á confundirse en el Moselle, regaba este agreste prado circundado por dos líneas paralelas de montañas. Hácia la parte del mediodía se ensanchaban los costados de manera que perdiendo insensiblemente su elevacion venian á nivelarse con la pradera. Ricas cañamoneras separaban del prado las orillas, cuya espesa verdura por otra parte ostentaba su fertilidad. A un poco mas de altura las llanuras dispuestas en forma de anfiteatros, los grandes cuadros de tierra despojados de sus mieses usurpaban su frondosidad á los bosques primitivos. Hácia otros sitios las encinas y los olmos seculares habian sido reemplazados por plantíos de cerezos, cuyos hilos simétricos prometian abundantes cosechas de Kirschen. En todas partes se advertia la lucha de la naturaleza con la industria, á pesar de que era aquella mucho mas pronunciada en los paises montañosos. Pero cuando se penetraba un poco mas, cambiaba la escena enteramente y sobrepujaba entonces la influencia del suelo. A medida que los costados se aproximaban estrechando el valle, se hacia mas imposible desmontar aquel terreno salvaje. Desde el pié de los grandes peñascos que á la manera de una cinta de granito circundaban la llanura superior de las montañas, los bosques victoriosos llegaban hasta los bordes del riachuelo. Así pues algunos grandes árboles aislados que parecian sembrados al acaso sobre las pendientes cubiertas de césped, se veian alineados hasta la endidura de las rocas como una partida de atrevidos tiradores. Siguiendo el curso de la corriente se extendia un camino estrecho y poco frecuentado que apartándose unas veces de los cos-

tados, y precipitándose otra sobre el declive, sobrepujaba todos los obstáculos extendiéndose casi en línea recta; se le habría podido comparar á uno de esos caracteres decididos que proponiéndose un objeto en la vida dirijen todo su conato á conseguirlo. El riachuelo por el contrario semejante á esos espíritus débiles que se acomodan fácilmente á los sucesos, describia curbas obedeciendo con docilidad, por decirlo así, á los menores caprichos del suelo que le servia de lecho.

Segun su aspecto, el jóven que caminaba solo en medio de aquel pais pintoresco no ofrecia nada de notable en sus vestidos; un sombrero de paja de anchas alas, una blusa azul, y un pantalon de cutí componian la parte principal de aquellos. Nada mas natural que creerlo un aldeano de Alsacia que se dirijia á su pueblo á través de los rudos senderos de los Vosges; pero una mirada mas atenta hubiera desvanecido al momento esta conjetura. Hay una manera particular en cada uno para llevar sus ropas que no es posible ocultar, la condicion de la persona, cualquiera que sea la clase de aquellas con que quiera disfrazarse. Así pues, á pesar de la escesiva modestia de la blusa de nuestro viajero, la ausencia de algun lijero bordado con trencilla blanca ó encarnada en el cuello y las mangas como acostumbran usarlo con orgullo los petimetres de aldea, bastaba para adivinar que el traje de nuestro desconocido era un traje de capricho, y no el que solian usar aquellos habitantes. Tampoco se habria necesitado la ingeniosa perspicacia de Zadig para conocer que no habia ninguna especie de relacion entre la figura del extranjero y las de los montañeses. Era en verdad la de aquel bastante expresiva, aunque no bella, y su color moreno no parecia ser producido por los rayos del sol, sino mas bien que los trabajos de una vida sedentaria habian alterado su cutis, y derramado sobre él una tinta pálida y uniforme. En fin, si como habia lugar á sospechar este personaje pensaba guardar el incógnito, la blancura de las manos, que parecia pertenecer á una mujer, lo habria descubierto como á Condorcet. Es pues evidente que el hombre se revela siempre á pesar de su traje; y por extraño que parezca, en esta vez la oreja del leon habia sobresalido por encima de la piel de asno.

Las tres de la tarde serian ya: el cielo bastante encapotado desde por la mañana se habia oscurecido aun mas despues de algunos instantes, tomando un aspecto sombrío, y espesas nubes atravesaban rápidamente el firmamento de Sud á Norte, empujadas las unas sobre las otras por un viento de mal agüero. Nuestro viajero, que acababa de entrar en la parte mas agreste del valle, parecia poco dispuesto á admirar las bellezas romanticas de aquella vejetacion. Impaciente por llegar al término de su viaje, ó temiendo quizás á la tempestad que amenazaba, apresuró de repente sus pasos; pero este esfuerzo no fué

muy duradero, porque hallándose al cabo de algunos instantes á la entrada de una plazoleta, donde el camino se dividia en dos tramos, de los cuales el uno continuaba costeando las orillas del riachuelo, y el otro, que era mas ancho y estaba mejor construido, se dirigia hácia la izquierda formando un barranco tortuoso.

Cuál de los dos caminos debería tomar? Nuestro desconocido lo ignoraba absolutamente. La profunda soledad que reinaba en aquellos lugares le hacia temer que no hallaría á quien preguntar para que lo sacase de aquel embarazo, cuando hirieron sus oidos unos acentos agudos y vigorosos, que cuando sonaron mas cerca y se hicieron mas perceptibles fué fácil conocer que entonaban el Salmo *In exitu Israel de Ægypto;* cuyas palabras, articuladas por una hermosa voz de cabeza, hubiera proporcionado algunas crispaciones á mas de cuatro sopranos de la ópera. Su brillante timbre, aunque un poco velado, se prolongaba tanto en medio del silencio del valle, que ya habia concluido unos cuantos versículos antes que se hubiera dejado ver el piadoso cantor. Al fin, á través de los árboles que guarnecian el camino de la izquierda, apareció una piara de bueyes andando á pasos lentos, conducida por un muchacho de nueve á diez años, el cual interrumpia de rato en rato su melodía para reunir con su honda al ganado, cuyo movimiento ejecutaba con tal precision, que se sentia al verle que no ejercitase su recomendable vigilancia sobre personajes mas importantes.

—Cuál de estos dos caminos conduce á Bergenheim? preguntó el viajero luego que estuvieron bastante cerca el uno del otro.

—Bergenheim? repitió el muchacho dando á este nombre la acentuacion enfática de que ilegalmente le habia despojado una pronunciacion parisiense, y quitándose respetuosamente de la cabeza un gorro de algodon listado como un arco iris, añadió algunas palabras en un patuá galo-germánico completamente ininteligible.

—Tú no eres francés, replicó el extranjero algo disgustado.

El pastorcillo levantó la cabeza con orgullo.

—No soy francés, no señor; soy alsacio.

A este rasgo patriótico de campanario, bastante comun en la hermosa provincia del Rhin, se sonrió el jóven viajero, y conociendo que la pantomima era indispensable, señaló sucesivamente con el dedo los dos caminos.

—Allí, ó allí, dónde está Bergenheim? dijo entonces.

El muchacho á su vez extendió silenciosamente su látigo hácia el lado del riachuelo, designando á alguna distancia de la otra orilla un pequeño bosque, detrás del cual se elevaban ligeras columnas de humo.

—Qué diantres! murmuró el viajero; esto me incomoda, porque si el castillo está al otro lado, cómo me he de componer para establecer mi emboscada?

El muchacho comprendió el embarazo en que se hallaba su interlocutor, y dirijiéndole una mirada llena de inteligencia, trazó con la punta del pié en medio del camino una raya, al través de la cual rodeó su látigo figurando el arco de un puente, y despues señaló por segunda vez la parte alta del riachuelo.

—Haces honor á tu pais, jóven pastor, exclamó el desconocido; se conoce en tí á un descendiente de las pieles rojas de Cooper. Y al decir estas palabras echó en el gorro del muchacho una moneda, y empezó á andar á grandes pasos con direccion al sitio que le habian indicado.

El habitante de Alsacia permaneció durante algun tiempo inmóvil, con una mano sobre su cabeza y los ojos fijos en la moneda de plata, que brillaba en el fondo de su gorro, y cuando el desconocido desapareció entre los árboles, dió ensanche á su alegría pegando fuertes latigazos á sus bueyes; tomó despues el camino de la alquería cantando con aire de triunfo: *Montes exurtaverunt ut arietes,* y dando grandes saltos.

Nuestro jóven viajero no habia andado cinco minutos sin que reconociese la exactitud de las señas que acababan de darle. El terreno que habia andado durante este tiempo era una pradera rodeada de hermosos árboles, en cuya forma redonda, á la manera de un disco regular, era fácil conocer cual habia sido formada por aluviones sucesivas con los despojos de la otra orilla traidos por la corriente. Esta especie de isla se hallaba cortada en línea recta por el camino que se alejaba del riachuelo, hasta el punto en que aproximándose de nuevo á la manera de un arco, y aclarándose despues los árboles, dejaban percibir de repente una perspectiva tanto mas notable, cuanto que no podia ser esperada. Mientras que era permitido á la vista seguir las sinuosidades del torrente, que desaparecia despues en lo profundo de una de las gargantas de la montaña, un nuevo punto de vista se presentaba á la derecha sobre la otra orilla. Un segundo valle mas pequeño que el primero formaba un ángulo agudo, ó mas bien un anfiteatro, cuya cresta estaba bordada de una franja de rocas cortadas á pico y blancas como un osario. Bajo esta corona que lo hacia inaccesible casi en su totalidad, ostentaba el valle de que hablamos la riqueza de sus pinos siempre verdes, de sus nudosas encinas, y de su fresco y florecido cesped. Su conjunto en fin componia un fondo digno del pintoresco edificio que heria desde luego los ojos, y que el extranjero, deteniéndose de repente, se puso á contemplar con extremado interés.

En la confluencia, por decirlo así, de estos dos valles se elevaba un grande edificio, cuya apariencia tanto tenia de señorial como de monástica. En este sitio formaba la orilla en bastante extension una especie de barranco, cuyo corte perfectamente vertical llegaba hasta

el riachuelo. Sobre esta sólida base reposaban el castillo y sus dependencias. El piso principal se componia de un gran paralelógramo de construccion muy antigua, aunque reedificado casi enteramente al principio del siglo XVI. Las piedras de granito grís mezcladas de betas azules ó color de violeta de que abundan mucho los Vosges, daban á su fachada un aspecto sombrío aumentado por la escasez de ventanas, de las cuales unas estaban enteramente cerradas, y otras eran tan sumamente estrechas, que parecian aspilleras. Un techo inmenso cubierto de tejas rojizas ennegrecidas por la lluvia, proyectaba al rededor de todo el edificio un ala de muchos pies de anchura como se vé en todos los edificios de los pueblos del Norte; los cuales, gracias á esta desmesurada cubierta, las habitaciones del piso principal se hallaban al abrigo de los rayos indiscretos del sol, á la manera de las personas que para protejer su débil vista de una luz demasiado viva, usan de una visera verde.

El aspecto que ofrecia esta melancólica morada desde el sitio en que el viajero la habia percibido, era ciertamente el mas desventajoso para ella; por esta parte parecia salir inmediatamente del riachuelo fundada como estaba en la misma márgen de la pendiente, que en este sitio tenia lo menos treinta pies de elevacion, á la cual añadida la del edificio, daba al conjunto una fisonomía imponente, pareciendo que la roca formaba parte de la construccion á la cual servia de base, porque las piedras habian tomado tal color, que era difícil conocer cuál era obra del hombre ó cuál de la naturaleza, sino hubiese sido indicada aquella por un balcon de hierro que ocupaba todo el piso bajo, y desde el cual se podia cómodamente pescar en el rio. Dos torres redondas con remates agudos encerraban, por decirlo así, los ángulos de esta fachada que se reflejaban en el agua con una especie de orgullosa satisfaccion.

Una larga calle de plátanos colocados desde la puerta de este gótico edificio formaba los extremos de un parque que se desarrollaba ó se desenvolvía á través del valle. Un puentecito de madera franqueaba el camino que el viajero acababa de recorrer; pero no pareció éste muy dispuesto á aprovecharse de aquella invitacion, sin embargo de la fuerza que le daban las gruesas gotas de agua que empezaban á caer. La contemplacion en que él se hallaba sumergido, le absorvia de tal modo, que fué preciso para arrancarle de ella la brusca interpelacion de una voz ruda que hizo oir detrás de él estas palabras:

—Esto es lo que yo llamo un miserable castillo; no puede compararse á nuestras quintas de Marsella. El extranjero se volvió con prestesa, y se vió en frente de un hombre cubierto de un sombrero grís, el cual llevaba su chaqueta sobre el hombro derecho segun acostum-

bran los obreros del mediodía, y tenia en la mano un palo nudoso recientemente cortado; la cara de este nuevo personaje era morena, las facciones duras, y los ojos tan encerrados en sus órbitas, que daban á su fisonomía una expresion falsa y terrible.

—Lo que digo; es un castillo miserable, replicó, aunque á decir verdad, la jaula es á propósito para el pájaro.

—Parece que no quereis muy bien al dueño, preguntó el viajero.

—El dueño? repitió el obrero apretando su palo con aire amenazador, el señor baron de Bergenheim, como ellos dicen, es rico y noble, y yo no soy mas que un pobre diablo. Pues bien, si os quedais aquí algunos dias, veréis yo no sé que demonio de ceremonia; pero yo le haría comerse los codos á ese Brigand.

—Brigand? exclamó el extranjero sorprendido, pues qué mal os ha hecho?

—Sí, Brigand, podeis decírselo de mi parte. Pero á propósito, continuó el obrero examinando á su interlocutor con aire desconfiado; sois por casualidad el carpintero que debe venir de Straburgo? en ese caso tendré que deciros dos palabras: Lambernier no sufre que le quiten la comida en sus barbas, lo entendeis?

El jóven extranjero no pareció ofenderse de esta provocacion.

—Yo no soy carpintero, le dijo sonriendo, ni ambiciono quitaros vuestra comida.

—En efecto, no teneis aire de haber agarrado muchas veces el cepillo, ni, segun creo, habreis martirizado mucho vuestras manos: tan obrero sois como yo Papa.

Esta observacion puso de bastante mal humor á aquel á quien se hacia.

—Trabajais en el castillo? le dijo entonces á fin de cambiar de conversacion.

—Ya hace seis meses que estoy en él, respondió Lambernier; yo soy el que ha hecho esas esculturas de madera, y bien se puede decir que es una obra de empeño. Pues bien, ese gran jabalí de Bergenheim me ha plantado en la calle ayer, como lo hubiera hecho con uno de sus perros.

—Sin duda tendría sus razones....

—Sí, sí, razones, tonterías! dicen que yo hablaba con la camarera de la señora, y que disputaba con los demás criados, un hato de tunantes! No me ha prohibido poner los pies en sus dominios? pues ahora estoy en ellos: que venga, que venga á echarmé, y ya verá como le recibo. Veis este palo? pues acabo de cortarlo en el bosque y no con muy buena intencion.

Sin que el jóven viajero escuchase á su interlocutor, continuaba este sus amenazas con una furia verdaderamente meridional. Los ojos

del jóven se hallaban fijos en el castillo, escudriñando sus mas insignificantes detalles, como si esperase que las piedras se convirtiesen en vidrios, y le permitiesen ver el interior. Si esta curiosidad no tenia otro objeto que la de estudiar la arquitectura del edificio, no fué en verdad satisfecha. Ninguna figura humana se presentó para animar aquella casa triste y silenciosa. Todas las ventanas permanecian cerradas como sucede en una casa deshabitada. Los ladridos de una jauria de perros encerrados probablemente en la perrera interrumpian solamente aquel extraño silencio, y respondian como en tono de queja á las lejanas amenazas de la tormenta, cuyos sordos truenos repetidos por el eco daban á esta escena un carácter siniestro.

—Cuando se habla del lobo al instante sale del bosque, dijo de repente el obrero con cierta emocion, que desmentia sus recientes bravatas; si quereis ver á ese demonio de Bergenheim, volved la cabeza.

Al decir estas palabras atravesó de un salto el foso que se hallaba á la izquierda del camino, y se lanzó en el bosque. El extranjero por su parte pareció esperimentar una impresion casi semejante al temor visible de Lambernier, cuando al volverse apercibió un hombre á caballo, que se adelantaba al galope. En lugar de esperarle, se dirigió hácia el prado que regaba el rio, y se ocultó detrás de uno de los árboles de que estaba sembrado.

El baron, que apenas representaba de treinta á treinta y tres años, poseía una de esas figuras enérjicamente bellas, cuyo tipo se asemeja á las antiguas razas militares. Sus cabellos de un rubio subido y sus ojos azul claro brillaban vivamente sobre su tez encendida; su aspecto era duro, pero noble é imponente á pesar del descuido de sus vestidos, en los cuales se notaba esa indiferencia, que llega á ser habitual en los propietarios campestres. Su talla, que era bastante elevada, empezaba á tomar cierta robustez, que aumentaba su apariencia atlética, y se sostenia perfectamente en la silla.

Paró de pronto su caballo en el lugar que acababan de dejar los dos interlocutores, y con una voz que podia hacer temblar un regimiento de coraceros:

—Aquí, Lambernier! exclamó.

A esta llamada tan imperativa, el carpintero vaciló un momento entre la emocion de que no podia defenderse, y la vergüenza de huir ante un hombre solo en presencia de un testigo. Al fin siguió este último pensamiento. Volvió sin decir una palabra hasta el borde del camino donde se colocó de una manera bastante insolente en frente del baron, con el sombrero encasquetado hasta las orejas, y apretando con precaucion el palo nudoso que le servia de arma.

—Lambernier, replicó el señor del castillo con un tono severo; no ha sido ajustada vuestra cuenta ayer? se os debe alguna cosa?

—Yo no pido nada, respondió bruscamente el obrero.

—En ese caso, por qué venis á rondar los alrededores del castillo habiéndooslo yo prohibido?

—Yo estoy en el camino que es comun á todo el mundo, y nadie me impedirá alejarme de él.

—Estais en mis dominios, y salis de mi bosque, respondió el baron insistiendo en estas palabras con la firmeza de un hombre que no sufre ninguna ofensa á sus derechos de propiedad.

—La tierra que yo piso es mia, dijo á su vez el obrero, y pegó con la punta de su palo en el suelo del camino como para tomar posesion. Este gesto atrajo la atencion de Bergenheim, cuyos ojos brillaron de repente á la vista del palo nudoso que tenia el obrero.

—Tunante! exclamó, tú miras tambien como tuyos mis árboles. Dónde has cortado esa rama?

—Ahora lo verás, respondió Lambernier, acompañando esta respuesta grosera de una vuelta de molinete.

El baron se apeó con la mayor sangre fria; echó la brida sobre el cuello de su caballo, y se dirijió al obrero, que habia tomado para recibirlo la actitud de un ejercitado jugador; sin darle tiempo de sacudir el primer palo, lo desarmó con una fuerte sacudida, que hubiera bastado para derribar á dos como Lambernier; pero el baron se contentó con desarmarlo, agarrarlo por el cuello, hacerle dar varias vueltas acompañadas de empujes violentos, y acabar en fin por arrojarlo al foso, cuyo fondo se encontraba dichosamente provisto de fango, que le impidió romperse una pierna por lo menos. Concluida la correccion, Bergenheim volvió á subir á caballo tan tranquilo como habia bajado, y continuó su camino hácia el castillo.

Desde el sitio donde se habia ocultado el jóven viajero, no habia perdido ningun incidente de esta escena, y no pudo menos de sentir una admiracion artística hácia este enérjico representante de las costumbres feudales, que sin temor á los tribunales de paz, y otras invenciones populares, ejercia así sobre sus dominios un poder absoluto.

—El Franco ha sacudido bien al Galo, dijo para sí sonriendo; si todos nuestros nobles tuvieran el puño de hierro de este Bergenheim, bastantes cosas decididas hoy podrian ponerse nuevamente en cuestion.

La tempestad por largo tiempo contenida se desencadenó al fin con furia. Una cortina negra cubrió todo el valle, y la lluvia caia en el torrente como un torrente nuevo. El baron escitó á su caballo, atravesó el puente, siguió la calle de plátanos, y no tardó en desaparecer. Sin ocuparse de las inprecaciones de Lambernier, que, en el fondo del foso donde se enterraba cada vez mas, rugia como un leon encerrado en su jaula, el extranjero iba á buscar un abrigo menos ilusorio que el de los árboles bajo los cuales habia tomado posesion; pero, en este mo-

mento se fijó su atencion en el castillo. Una ventana, ó mas bien una puerta vidriera que caia al balcon, acababa de abrirse, y una jóven con una bata color de rosa habia aparecido de repente sobre la negra fachada. Es imposible imaginarse nada tan fresco y tan puro como aquella aparicion en un momento semejante. Apoyando el codo sobre la balaustrada, la moderna castellana sostuvo con una mano su rostro, cuyo óvalo era tan regular como el de la Palas de Velletri, y sus dedos acariciaron maquinalmente uno de los bucles castaños que cubrian su frente, mientras que sus ojos buscaban en el fondo de las nubes los resplandecientes relámpagos. Un poeta hubiera creido ver á Miranda evocada por la tempestad.

A esta vista, el viagero apartó las ramas que casi le cubrian; pero en el mismo instante se quedó anonadado por un terrible resplandor blanquecino que encendió todo el valle, seguido de una detonacion espantosa. Cuando abrió los ojos, el castillo que creia abismado en el fondo del rio estaba en pié firme y sombrío como antes; pero la dama de la bata color de rosa habia desaparecido.

II.

El aspecto del cuarto en el cual habia entrado precipitadamente la jóven, espantada por el trueno, correspondia al edificio, del cual formaba parte. Era una habitacion bastante grande, mas larga que ancha, y alumbrada por tres ventanas que daban al balcon, pudiendo abrirse la de en medio en toda su altura como si fuese una puerta. Las paredes estaban casi cubiertas por la mas rica coleccion de retratos de familia, que pudiese ofrecer un castillo de provincia en el siglo XIV.

El primero de estos retratos, colgado en frente de las ventanas, era de un caballero armado de pies á cabeza, que, bajo sus largos vigotes rojos, apretaba los dientes de una manera salvaje. Despues de esta formidable figura se sucedian unos cuarenta cuadros de un tamaño casi semejante, y colocados por órden de sucesion. Sus miradas severas, sus barbas rojas y espesas, y la ancha y robusta contestura de sus hombros, denotaban que aquellos hombres habian sido sin duda valientes guerreros.

Despues de estos hombres de armas se veian varias figuras de aspecto menos feroz é imponente. En estos retratos del siglo XV la barba habia desaparecido bajo el acero. En los birretes y en las gorras de terciopelo, en las ropas de seda, en los justillos con mangas perdidas, en las ricas cadenas de oro macizo que rodeaban el cuello, y de las cuales pendia un medallon del mismo metal, se reconocia á los seño-

res en quieta y pacífica posesion de los bienes ganados por sus padres, á los castellanos un tanto degenerados que habian preferido la monotonía del castillo á los peligros de una vida tan arriesgada. Estos pacíficos caballeros estaban retratados la mayor parte la mano izquierda con guante colocada sobre la empuñadura de la espada y la derecha desnuda, especie de señal de desarme, que se podia tomar por un epígrama del pintor. Algunos habian querido compartir los honores del cuadro con algun perro favorito, que saltaba familiarmente sobre sus muslos. Todo indicaba en estos grupos, que esta familia tenia muchos puntos de contacto con razas mas ilustres.

Una media docena de personajes graves con birretes galoneados de oro, luengos trajes rojos, guarnecidos de armiño, y lluecas valonas concienzudamente almidonadas, ocupaban uno de los ángulos del salon cerca de la ventana. Estos dignos miembros del gran consejo del duque de Lorena explicaban la manera con que los señores del castillo habian salido de la inaccion en que habian estado sumidos durante muchas generaciones, para tomar parte en los negocios del pais, y lanzarse en una esfera mas activa. La crónica aquí tomaba las proporciones de la historia; no parecia ya en efecto un fragmento estractado de los anales europeos? ¿no era, pues, una imágen simbólica de la civilizacion en progreso de la legislacion regular, luchando contra las costumbres bárbaras, ó mas bien, la poderosa inteligencia emancipada de la fuerza material? Gracias á estos respetables consejeros y presidentes, se hubiera podido renovar en su raza la antigua divisa: *Non solum toga!* Pero no parecia que los antiguos barbudos mirasen con gran reconocimiento el floron parlamentario añadido á su cimera feudal. Desde lo alto de sus cuadros carcomidos parecian mirar á sus descendientes con aquella sonrisa desdeñosa con que debieron recibir los pares de Francia á los dependientes de justicia la primera vez que los vieron sentados á su lado, despues de haberlos tenido tanto tiempo á sus pies.

Entre las dos ventanas y casi encima de la ensambladura se veian en seguida una multitud de hombres de armas en medio de los cuales se encontraban aquí y allí alguno que otro abad de báculo y mitra, algun comendador de Malta, ó algun canónigo con sus ocho cuarteles, ramas todas estériles de aquel árbol genealógico. Muchos de ellos entre los militares llevaban en sus bandas y en las plumas de su sombrero los colores de Lorena. Se veian tambien entre estos algunos tenientes coroneles de infantería y de caballería, brigadieres y maestres de campo de los ejércitos del rey. Algunos de ellos estaban vestidos con la casaca azul, forrada de piel de gamuza con vueltas redondas de terciopelo negro que eran las que servian de uniforme á los dragones de la legion de Lorena.

El último de todos estos era un jóven de figura agradable que sonreía con indiferencia, cuya cabeza estaba cubierta de una crecida y hermosa cabellera con polvos. Lucía una rosa en el ojal de su pelliza verde y color de naranja. Un porta-pliegos encarnado adornado de flores de lis flotaba entre sus botilles un poco mas abajo del puño de su sable. Este trage indicaba un oficial de los húsares de Royal-Nassau. Colocado á la izquierda de la puerta de entrada, solo esta le separaba de uno de sus abuelos que vivió en 1247, al cual hubiera debido dar la mano si hubiere ocurrido á aquellos venerables personajes descender alguna noche de sus cuadros, para ejecutar las rondas de Hoffmann.

La fatalidad habia creado una trágica semejanza entre estas dos existencias separadas por mas de cinco siglos. El caballero cubierto de hierro habia sido muerto en el combate de la Massoure durante la primera cruzada de S. Luis. El jóven de la sonrisa indiferente habia subido al cadalso durante la dominacion del terror, conservando entre sus labios la rosa que habia sido el adorno habitual de su dolman. En estos dos hombres se encerraba la historia de la nobleza francesa, nacida entre sangre, muerta entre sangre.

Molduras doradas con adornos góticos rodeaban todos estos retratos. Sobre cada uno de ellos, en el fondo y á la derecha de la cabeza estaba pintado un escudo de armas, que tenia por cimera una corona de baron, y sostenian dos salvajes armados de mazas. El campo de gules con las tres cabezas de toro de plata, anunciaba á las personas versadas en la heráldica que tenian delante de sus ojos las nobles facciones de los poderosos señores Reisnach-Bergen, duques de Reisnach en Sonabe, barones del imperio, señores de Sapois, Labresse, Cerbamont, etc., titulados condes de Bergenheim por Luis XV, caballeros de Lorena, etc., etc....

No hubiera sido en verdad necesaria tan fastuosa contraseña para hacer reconocer el parentesco de todos estos nobles personajes. Aunque confundidos con otros retratos, una mirada ejercitada los habría distinguido y reunido prontamente. Tan pronunciado era en todos ellos el aire de familia. La mayor parte habian sido pintados en la época de la vida en que la naturaleza se ha desarrollado completamente. Nada mas admirable que esta coleccion de cabellos rubios rojizos, aquellos cutis sanguíneos y aquellos rostros cuadrados.

—Los muebles del salon no eran indignos en verdad de los orgullosos difuntos, cuya memoria se queria conservar. Unas sillas de espaldar muy alto, enormes sillones del tiempo de Luis XIII, y canapés mas modernos; pero cuyas formas armonizaban con la de los demás muebles antiguos, guarnecian en su derredor todo el salon. Los rojos tapices con bordados de mil colores de que estaban cu-

biertas las paredes, habian debido ocupar segun su prolijo trabajo las blancas manos de dos ó tres generaciones de catalanes.

La línea de los cuadros estaba interrumpida en un lado por una inmensa chimenea de granito demasiado elevada para que hubiesen podido colocar sobre ella algun espejo ó cualquier otro mueble. En frente se hallaba una consola de ébano con embutidos de marfil, sobre la que se veía uno de aquellos magníficos relojes tan primorosamente cincelados, que puede asegurarse no serían hoy fácilmente imitados. Dos grandes vasos de porcelana del Japon acompañaban al reloj, y todos aquellos adornos se repetian en un antiguo espejo colocado encima de la consola, cuyos extremos estaban tallados á la manera de un bisel con la idea sin duda de que admirasen el espesor del crital.

Imposible era imaginar un contraste mas extraño que el que ofrecian aquella gótica habitacion y la dama de la bata color de rosa, que acababa de precipitarse en ella. El fuego de la chimenea proyectaba en los viejos retratos reflejos cuyo color aumentaban las gruesas cortinas de damasco encarnado que guarnecian las ventanas. Debilitados unas veces estos reflejos, y avivados otras por la reanimacion de la llama, resbalaban sobre las frentes plegadas, ondeaban entre sus barbas rojas, iluminaban sus ojos, y daban á aquellos lienzos una animacion sobrenatural. Se hubiera dicho que aquellas figuras frias y graves miraban con curiosidad á la jóven de formas esbeltas, y de ligeros vestidos que el genio de Aladino parecia haber robado de uno de los mas elegantes gabinetes de la Chausseé d'Autin, para arrojarla espantada aun en medio de aquella extraña asamblea.

—Sois una loca, Clemencia, en dejar esa ventana abierta! dijo en este momento una voz cascada que salia de un inmenso sillon colocado en el rincon de la chimenea.

La persona que interrumpia así el encanto de esta escena silenciosa, era una mujer de sesenta á setenta años. Acostada mas bien que sentada sobre su sillon de espaldar tendido, era fácil calcular que su estatura era tan alta como delgada. Estaba envuelta en un ropon color de hoja seca. Un rodete de cabellos postizos, cubiertos de un gorro con cintas encarnadas rodeaba prolijamente su frente. Su figura era seca y encotillada, y se veia que el brillo de su primitiva frescura se habia convertido insensiblemente en un color de cobre que se pronunciaba mas particularmente en la nariz y en las mejillas. Habia en toda su cara algo de desapacible y de ácido como si hubiera acostumbrado diariamente lavarse con vinagre. Se veia fácilmente en cualquiera de sus facciones que esta figura era sin disputa la de una solterona, sin que ninguna nueva señal pudiese desmentir este concepto.

Delante de la chimenea estaba acostado un enorme dogo color

de café y leche, que parecia haber cogido este puesto para derretir en lo posible su monstruosa gordura. Este interesante animal servia de alzapié á su ama, recostada como hemos dicho en su sillon, cuyo grupo recordaba los leones que duermen al pié de los caballeros en los sepulcros góticos. Porque dogo y solterona son dos ideas tan correlativas, que para adivinar el estado de esta venerable dama, no era necesario mas que leer la descripcion siguiente, grabada sobre el dorado collar que servia al dogo de corbata: *Constanza á la señorita de Corandeuil.*

Antes que la jóven, que se habia apoyado sobre el espaldar de una silla, sin poder apenas respirar, hubiese podido responder, habia recibido ya una segunda pregunta.

—Pero, tia, ese ruido ha sido espantoso, dijo al fin, no lo habeis oido?...

—No estoy aun tan sorda, respondió la vieja solterona. Cerrad pronto la ventana; ¿no sabeis que las corrientes de aire atraen siempre la tormenta? Clemencia obedeció, y dejó caer las cortinas para interceptar su vista de los relámpagos que continuaban abrasando el firmamento; en seguida se acercó á la chimenea.

—Supuesto que teneis tan poco miedo á la tormenta, dijo la tia, lo cual entre paréntesis es bastante ridículo para una Corandeuil, qué capricho os ha dado de asomaros al balcon? Teneis una manga de vuestra bata toda mojada. Así es, así es como se pillan los resfriados, y luego jarabes y cocimientos á mas no poder. Deberíais mudaros de ropa poniéndoos una un poco caliente. Ya se vé, á quién se le ocurre vestirse de ese modo con un tiempo semejante.

—Os aseguro, tia, que no tengo chispa de frio, sino que como vos teneis la costumbre de estar siempre arrimada al fuego....

—La costumbre! cuando tengais mi edad haréis vos lo mismo. Ahora todo vá bien, no se escuchan los consejos, se sale sin precaucion al viento y á la lluvia con esa loquilla de Alina, y como vuestro marido no es mas juicioso que su hermana, habremos todos de pagar mas tarde.— Pero corred, corred las cortinas; ya no truena, y quiero leer la Gaceta.

La jóven obedeció por segunda vez, y permaneció con la frente apoyada contra los cristales. Los sacudimientos de la tormenta, cada vez mas lejanos, anunciaban el fin de la tempestad; sin embargo, algunos reflejos blanquecinos atravesaban aun el horizonte.

—Tia, tia, dijo la jóven al cabo de un instante, venid á mirar las rocas de Montigny, cuando estan iluminadas por los relámpagos, parecen una fila de columnas de plata, ó mas bien una procesion de fantasmas blancas suspendidos sobre los bosques de fresno.

—Esas son frases románticas, murmuró la solterona entre dientes, sin dejar de leer el periódico.

—Os aseguro que soy la menos romántica del mundo, respondió Clemencia; creo solamente que una tempestad es una distraccion, y como aquí carecemos de diversiones....

—Tanto te fastidias?

—Sí, tia, hasta no mas: quisiera mejor morirme.

Al decir estas palabras con un acento que salia del corazon se dejó caer la jóven en un sillon.

La señorita de Corandeuil se quitó los anteojos, puso el periódico sobre la mesa, y examinó durante algunos instantes la alegre cara de su sobrina, cubierta de profunda melancolía. Se dirigió en seguida hácia su silla, é inclinándose un poco:

—Has tenido algun disgusto con tu marido, le dijo á media voz.

—Entonces no me enojaría, respondió Clemencia con una viveza, de que sin duda debió arrepentirse muy pronto, porque añadió en seguida:—No, tía, Cristian es bueno, muy bueno, está muy unido á mí, y es muy complaciente conmigo. Ya habeis visto cómo me ha dejado arreglar mi cuarto segun mi capricho, derribando paredes y abriendo ventanas; sin embargo de que sabeis tambien el respeto que tiene á todos los objetos antiguos de esta casa. Pero no sabe qué hacer para darme gusto. Es imposible usar de mas atenciones, ser en fin mas amable....

—Tu marido, interrumpió bruscamente la señorita de Corandeuil, á quien disgustaba mucho oir celebrar á otros; tu marido es un Bergenheim, como todos los Bergenheim pasados, presentes y futuros, inclusa tu cuñadita, que mas bien parece educada para paje que para monja. Es un digno hijo de su padre, á quien tenemos allí, continuó señalando á uno de los retratos cercanos al del jóven oficial de Royal-Nassau.

Y era en verdad el mas brutal, el mas insoportable, y tan aborrecido de todos los dragones de Lorena, que tuvo una vez en Nancy tres desafios en un mes; que mató en Metz por una partida de dados al pobre conde de Megrigny, que valia cien veces mas que él, y que bailaba tan bien. Porque quien dice Bergenheim, dice orgulloso como un pavo, testarudo como un mulo, y colérico como un leon. Ellos pretenden ser caballeros de Lorena, concedo que lo sean; pero no por eso dejan de ser una raza villana; villana, sí, villana raza.—Esto que te digo, Clemencia, es para obligarte á que escuses los defectos de tu marido; porque sería tiempo perdido tratar de corregirlos. Por lo demás todos los hombres valen tanto como él, y puesto que tú eres la señora de Bergenheim, es preciso que te acostumbres á tu suerte, y la soportes del mejor modo posible. Y si tienes disgustos, á fé que a lo menos te queda una buena tia á quien los puedes confiar, que no sufrirá que te tiranicen: hoy mismo hablaré á tu marido.

A la primer palabra de este párrafo conoció Clemencia que debía armarse de resignacion. Así pues, se recostó en su butaca para escuchar con mas comodidad todo aquel enojoso discurso, y se distrajo entre tanto duraba la filípica en acariciar con la punta de su elegante pié la cabeza de uno de los morillos de la chimenea.

—Pero, tía, dijo en fin cuando la ola hubo pasado, y dando á su voz una expresion bastante convincente, no comprendo por qué se os ha puesto en la cabeza que Cristian me hace desgraciada; os repito que es imposible mostrarse mas bondadoso para conmigo, que por mi parte tengo por él la mas grande estimacion, y la amistad mas verdadera.

—Pues bien, si es la perla de los maridos, y vivís como dos tortolitas, lo que á decir verdad no me pasa de los dientes adentro, de dónde proviene ese disgusto de que te quejas, tan visible á tu pesar desde hace algun tiempo? Y no es solamente disgusto, es mas, es tristeza, es fastidio. Adelgazas de dia en dia, y en este momento estás pálida como la cera, como que me vas á poner en cuidado. Dicen que la palidez está ahora de moda. Solemne tontería que no durará mucho tiempo, porque en el sonrosado de las mejillas consiste la hermosura de una mujer.

La vieja tia pronunció esta sentencia como persona que tenia sus razones para que no le agradasen mucho los rostros pálidos, y que aceptaba con gusto las chapetas de vermellon.

La esposa de Bergenheim inclinó la cabeza en señal de conformidad, y dijo en seguida con voz melancólica:

(Se continuará.)

DEL ESTADO ACTUAL DE LAS BELLAS ARTES en España.

ARTÍCULO SEGUNDO.

IV.

Continuaré desenvolviendo, aunque con alguna desconfianza, mis propias observaciones acerca de los artistas españoles, pues por mas templado que sea mi lenguaje, y por mas justa y sincera que deba parecer mi crítica á la mayoría de los lectores, no puede ocultarse que camino por un terreno resbaladizo y espinoso, en el cual tendré que mortificar tal vez á cada paso el amor propio de algunas personas, que no acertarán á apreciar la sana intencion que me dirige. Confieso que me será preciso emplear algunas veces palabras nada lisonjeras; pero sirva al menos para aplacar el disgusto que ocasionen el convencimiento de mi imparcialidad, y téngase presente que, tributando yo á las artes un culto demasiado ferviente y exclusivo, me es imposible transigir con mis principios. El estudio que he hecho anteriormente del distinguido talento de Federico Madrazo, puede haber dado ya á conocer, que no solo no puede cegarme la amistad, sino que ni aun es susceptible de ejercer la mas mínima influencia en mis juicios.

Bien comprendo que no se acostumbra á juzgar en este pais con severidad y rigor á los hombres que han llegado á alcanzar el beneplácito del público. Existe en la prensa de segundo órden de España, y aun en los principales periódicos de Madrid, un vocabulario de voces enfáticas y vacías de sentido, un arsenal de lugares comunes aduladores y ciertos miembros de ora-

ciones doradas ó partes benignas del discurso, que se aplican indistintamente á todos los juicios críticos. Dramas, cuadros, óperas, etc., son caracterizados la mayor parte de las veces por medio de estas fórmulas inexactas. Recuérdense por ejemplo los artículos del *Corresponsal* y del *Heraldo*, en que se daba cuenta de las obras expuestas al público en la Academia de San Fernando en el año de 1843, y no se podrá menos de reconocer la insuficiencia de semejante crítica. Vese en ella acompañado el nombre de cada autor de calificaciones tan exageradas, que aun sustituyendo en su lugar el de los mas ilustres maestros del siglo XVI, todavía parecería impropio tan ampuloso lenguaje (1).

Todos convienen conmigo en este punto; y así es que cuantas veces he tenido motivo de hacer esta observacion á hombres de inteligencia, cuyo mérito es de gran peso en la literatura nacional, siempre he hallado en ellos una leal y generosa adhesion á mis ideas. ¿En qué consiste pues que se nos presentan tan frecuentes ejemplos de estas aberraciones? Si al menos ese tono entusiasta, hijo del espíritu de compañerismo, cuando no es comprado por recíprocas y vergonzosas concesiones, produjese algun beneficio á aquellos á quienes se aplica con intencion de ensalzarles; si dirigiendo la opinion pública hallase en ella un eco favorable; si sirviese para depurar el gusto estragado de las masas, ó para despertar siquiera el sentimiento de la belleza, el mal al fin no sería tan considerable; pero desgraciadamente no sucede nada de esto, pues á nadie engañan ni alucinan estos programas tan mentirosos, llegando á tal punto la frialdad con que se escuchan, que hasta á los mismos artistas advertidos por la esperiencia les son del todo indiferentes. Persuadidos los que trabajan concienzudamente alguna obra notable de que no se sabe hacerles justicia, y seguros por otra parte los que mas bien que apologías necesitarían consejos de que les bastan estos brillantes panegíricos para que sean bien recibidas sus pro-

(1) En el Heraldo de 22 de octubre se leía: «Un bellísimo retrato cuya cabeza, además de ser su dibujo admirable, goza de un excelente colorido.» ¿Qué podría decirse mas de un retrato de Ticiano? Hablando de otro, seguia: «Ha progresado mucho en la correccion del dibujo, perfeccionando al mismo tiempo su admirable colorido.» El propio Murillo envidiaría semejante elogio; y sin embargo, aquella misma noche creia sin duda el Corresponsal deber insistir por punto de honor en este lujo de lisonjeros epítetos.

ducciones mas inferiores, se desdeñan todos de trabajar en la adquisicion de ciertas cualidades, que desgraciadamente son desconocidas.

No es este el modo que tenemos nosotros de comprender la crítica, como tampoco el respeto que á las artes es debido. No me tomaré la libertad de entrar aquí en consideraciones que me conducirían sin duda alguna á ideas extrañas á la cuestion, y que exigen un exámen atento y especial. Inútil es, por otra parte, el recordar la influencia de las artes y el papel tan importante que ellas ejercen en el destino de las sociedades, así como tampoco el enumerar los nobles impulsos que están destinadas á hacer germinar en el alma. Sabido es que el supremo esfuerzo del arte es conducirnos por medio de la forma y de la belleza á las regiones de lo verdadero y de lo bueno, siendo de esta suerte en cierto modo la introduccion, ó si se quiére el complemento de la filosofía y de la moral. Mas para que pueda caminar con eficacia á su importante destino, para evitar el peligro de sus estravíos, necesita ser ilustrado y dirigido en su marcha. A la crítica le está confiado este encargo; mision no menos augusta y honrosa, y que requiere tanta fuerza, buena fé y saber en quien á ella se dedica, como abnegacion de parte de aquel á quien se dirige.

Fácil es pues entrever la gravedad de los deberes del escritor, que tiene la osadía de hacer comparecer ante su tribunal á almas independientes, que frecuentemente no creen ser responsables sino ante su propio capricho, y que considerándose libres de toda especie de yugo, se suponen autorizadas para traspasar descaradamente las conveniencias artísticas, siendo mas irritables que el *genus irritabile vatum*. Otra casta de gentes aun mas testaruda é inexorable se presenta á sus ojos con toda clase de susceptibilidades. ¿Deberá halagarla?; ¿deberá detenerse ante lo difícil de la empresa?; ¿deberá captarse su benevolencia con el halago?; ¿ó vencer en fin su resistencia y todo género de obstáculos por medio de insinuaciones blandas y rebozadas, ó de francos y rudos ataques? Vé ahí lo que no acertaré por cierto á decidir. Por lo que á mí toca, considero como un deber el decir á las gentes que estimo mi modo de pensar, y probarlas de esta manera el aprecio que hago ya de aquellas de sus obras que han sido coronadas con el éxito, ya de aquellas valientes tentati-

vas que han tenido la desgracia de salir de todo punto infructuosas.

SEÑOR D. VICENTE LOPEZ. Tal vez cause admiracion el verme colocar en segundo lugar á un hombre que se halla revestido de universal aplauso, y á quien todos seguramente hubieran asignado el primero; pero aun debo decir que si aparece hoy á la cabeza de estos artículos procediendo á una serie de nombres nuevos todavía en comparacion de su antigua reputacion, no por eso debe creerse que he querido asignarle un puesto fijo; pues si es evidente que en todas las cosas es muy delicado el establecer líneas de demarcacion, en la ocasion presente me hubiera sido absolutamente imposible. Trátase de uno que ha seguido una larga y brillante carrera señalada con numerosos triunfos que le han valido sucesivamente los títulos de primer pintor de cámara y presidente de la Academia de S. Fernando, el cual merece que se haga de él muy honorífica mencion; mas en cuanto á mí, que me he propuesto juzgar del estado actual de las artes en España, al paso que reconozco que el señor Lopez ha estado por muchos años á la cabeza de los pintores de su pais, creo de mi deber declarar que en el dia no sucede ya lo mismo. Si hubiese depuesto este artista desde hace algunos años su gloriosa paleta, me hubiera contentado con tributarle el homenaje de mi respeto, sin acompañar mi juicio de ninguna mezcla de reprobacion; pero todavía se presenta como un atleta en la palestra, y por lo tanto me creo con derecho para juzgarle en este concepto.

Injusto sería en mi juicio el acusar á un individuo, que goza de una celebridad legítima, de ser inferior á sí mismo al fin de su carrera, sin apreciar debidamente los esfuerzos que puede hacer para seguir aun á pesar del cansancio de los años las ideas y rápidos progresos de los tiempos que se suceden. Si alguna cosa es digna de veneracion, lo sería ciertamente el hombre laborioso que persevera en la práctica de su arte, cuando pudiera ya reposar sobre palmas honrosamente conquistadas; mas no es justo sin embargo que desde lo alto del pedestal, á donde le ha elevado la justa admiracion de una época ya lejana, pretenda arrancar de derecho exclusivo y sin disputarlas las alabanzas que tan escasamente se dispensan á otros émulos mas jóvenes. La crítica ante todas cosas debe ser justa, sorda á los benévolos y

aduladora encomios de las personas preocupadas, y no dejarse nunca alucinar por el prestigio de las afecciones de la multitud, por mas merecidas que puedan ser en otra ocasion. Hago estas reflexiones á causa de que algunos ardientes partidarios del señor Lopez le han causado mas daño que bien, aplicando á sus últimas obras tales términos que no hubiera tolerado su modestia aun para sus mejores producciones.

¿Qué necesidad habia de decir para felicitar al autor del cuadro de Santa Filomena, «El Sr. Lopez ha aumentado su fama con esta sencilla y tierna composicion, en que sobresale un *dibujo asmerado* y un *colorido brillante* á la par *que verdadero*?» ¿Qué al caso decir que ciertos retratos hechos recientemente «Son de un estilo que parece, aquel de la escuela de Van Dick, y este de Pablo Veronés?» (1).

Semejante fraseología, además de las funestas consecuencias que pudiera ocasionar, si fuese tomada á la letra, á los jóvenes que se dedican á imitar al maestro, los cuales se verian conducidos á extraviarse por mal camino, es perjudicial además al mismo artista, puesto que hace resaltar indebidamente la parte defectuosa de su talento. Ninguna analogía existe entre el estilo ó colorido de Van Dik, ó de Pablo Veronés, y el estilo ó colorido de Lopez. En ninguno de sus cuadros se halla la maravillosa finura de los tonos, las degradaciones casi impenceptibles de las tintas, la soberana habilidad del modelado, y principalmente la frescura sin igual de las carnes palpitantes de vida del primero, ni la elevada distincion, ni la magia de la luz de los *vaporosos* retratos del segundo. El verdadero mérito del señor Lopez consiste mas bien en la singular facilidad de su pincel, en la franqueza del dibujo, el cual, sin ser severo, no carece ni de gracia ni de verdad, y en la habilidad y destreza con que sabe indicar los accesorios.

Distínguense sus frescos por la perfecta inteligencia del mecanismo, por la distribucion feliz de las figuras, pero raras vezes por el encanto de la armonía. El retrato de Goya, que considero como su obra capital en el género, sumamente notable por el espíritu del toque, la energía del modelado y la acertada ejecucion de los planos de la cara, parece haber sido sumergido en alguna le-

(1) Pintores clásicos del siglo XIX.

quido que ha alterado los tonos primitivos. Se observan ya en él, principalmente en las partes luminosas, esos empastes amarillentos, difíciles de analizar, á que es afecto el señor Lopez, y que privan de frescura á todas sus cabezas. En una palabra, su pintura recuerda casi siempre el género de Corrado y de los Maella, quienes de todo tenian menos de coloristas.

El émulo mas temible de D. Federico de Madrazo es D. Carlos Ribera, cuyas últimas producciones no conocemos; por lo cual nos será preciso juzgarle atendiendo á los lienzos que presentó en la exposicion de París antes de nuestra salida de aquella ciudad. No titubearémos sin embargo en afirmar que este jóven promete á la España un excelente pintor. Obsérvase en el carácter de sus obras, la dichosa influencia del maestro que ha escogido, siendo seguramente uno de sus mejores discípulos. En su D. Rodrigo Calderon el color está empleado con maestría, el toque es firme y el modelado fino. El último retrato que ha enviado de su amigo Mendez, que fué la obra mas perfecta, quizá la única digna de consideracion de la exposicion de setiembre de 1843, distinguíase principalmente por una sencillez de estilo, y al mismo tiempo por una delicadeza de ejecucion y una pureza de dibujo, que ofrecia singular contraste con la vulgaridad de las pinturas que le rodeaban.

El carácter distintivo del señor Espalter dá á conocer igualmente que no ha querido hacer un oficio de su arte. En casi todos sus asuntos se hallan esparcidas algunas cabezas de angelical expresion que seguramente son verdaderas inspiraciones. Preocupado hasta el exceso por lo ideal de la intencion, tal vez sacrifique demasiado la ardiente franqueza de su pincel y la magia de la forma á la poética traduccion del pensamiento, lo cual deja entrever algunas veces el penoso trabajo de la ejecucion. Sus cuadros por lo tanto ganan mucho en ser analizados y estudiados lentamente, siendo preciso seguir en el lienzo una á una, por decirlo así, todas las impresiones del artista, saboreando de este modo el sentimiento de la inefable dulzura que emana de ellos como de un pensamiento religioso y melancólico de fray Luis de Leon. Los retratos del señor Espalter tienen dignidad, relieve, una semejanza siempre ingeniosamente comprendida, mas pecan por el mismo defecto que sus composiciones, y á fuerza de querer darla carácter, priva

á su obra del encanto de la frescura, sin tener presente que, en las artes sobre todo, lo mejor es enemigo de lo bueno. Para desarrollar las preciosas facultades de este jóven artista catalan, solo es necesario algun estímulo oportuno, y algo de apoyo de parte del gobierno, pues hemos podido formarnos una idea exacta de su capacidad á la vista de un cuadro hecho en Roma, del cual se ha apoderado la Italia con premura.

El Sr. Tegeo, aunque un poco materialista en sus composiciones, y un poco duro y frio en el colorido, ha manifestado en diversas ocasiones suma enerjía en el dibujo, dignidad en sus retratos, y habilidad en el relieve de los ropajes.

El Sr. Gomez compone bastante bien sus obras, y principalmente sus dibujos no carecen de gracia y efecto; pero por desgracia le acontece como á un gran número de sus colegas, que ve estrellarse sus buenas intenciones contra un obstáculo invencible cual es la falta absoluta de estudios sérios.

Existe un verdadero mérito mucho mayor del que generalmente se imagina en crearse una especialidad, y permanecer fiel á ella; y la ambicion ó si se quiere el ardor vacilante de los artistas se entrega frecuentemente á una série de ensayos y tentativas que no pueden menos de perjudicar á sus progresos. De la historia pasan al paisaje, de los asuntos religiosos á las escenas de costumbres, á riesgo de quedar sepultados en la oscura medianía en cada uno de estos géneros. Solo es dado á los talentos de primer órden el abrazar á la vez esta simultaneidad de estudios tan diversos; mientras que los que no estan destinados á ser jefes de una escuela, obtienen mucha mayor ventaja en seguir con paciencia el camino á que les dirije su vocacion particular. De este modo pensaban los flamencos, los cuales, encerrados en un campo limitado y estrecho, llegaron á obtener tal perfeccion en los pormenores, que dá sumo valor á sus obras. A ellos es debida la creacion del *género*, palabra de transicion que da á conocer en la escala de las producciones de la pintura el paso de las grandes composiciones históricas, mitológicas ó religiosas, á la descripcion exacta, técnica, menos presuntuosa de la naturaleza y de las escenas interiores, en donde tiene siempre la verdad local un papel mas importante. El *género* ofrece mayor campo á los talentos individuales; en él halla el pintor un terreno proporcionado á la naturaleza de sus

fuerzas, el cual puede sembrar con la dosis de poesía que le es propia, y sin embarazarse con las reglas austeras de la pintura elevada, desenvuelve fácilmente sus pensamientos, y tiene mayor probabilidad el fruto de su trabajo de llegar al estado de madurez.

Penetrado el Sr. Elbo de esta verdad, la ha adoptado con gran ventaja, perseverando con un zelo prodigioso en la línea de estudios que se ha trazado, y fiel á su innata inclinacion á la tauromaquia, se ha constituido en poeta constante de los atrevidos hechos de armas de la *plaza* y de las *ganaderías*. Nadie sabe traducir mejor que él la gallarda desenvoltura de los Montes y Sevilla, y ninguno de estos puede aspirar á la inmortalidad, si no consigue en vida que se consagre á él tan hábil pincel. Ha creido además el Sr. Elbo deber prestar una atencion no menos severa á los magestuosos adversarios de sus héroes predilectos, buscándolos en su salvaje retiro, para examinar sus costumbres privadas, sus instintos, su anatomía y sus habituales actitudes. Cada cuadro suyo es un precioso capítulo de historia natural, trazado con la escrupulosa conciencia que empleaba Pablo Potter cuando pintaba los reyes semibárbaros de las vastas praderas de la Holanda.

El artista español no posee en verdad el enérjico toque y el colorido seductor de este último, pero no le es inferior en verdad; y si sus cuadros carecen de efecto algunas veces, agradan en cambio siempre por el ingenioso ajuste de los pormenores, y la franca sencillez de la expresion.

Existen dos pintores jóvenes, cuyo talento se emplea frecuentemente por desgracia en representar objetos poco elevados, pero que se recomiendan siempre en sumo grado por la originalidad de su composicion y viveza de sus rasgos. El primero el Sr. Becquer de Sevilla, despues de haber probado por medio de algunos felices ensayos que podia aspirar á otra pintura mas sublime, ha juzgado mas conveniente á su reputacion perpetuar el género en que su primo se habia granjeado ya una posicion envidiable. Sus escenas de costumbres andaluzas estan desempeñadas siempre con sumo chiste, notándose en ellas la mayor gracia, de tal suerte, que su coleccion de trages le ha hecho popular en las naciones extranjeras. En el dia, solo de él depende el consagrar dignamente esta popularidad dedicándose á pen-

samientos mas serios, lo cual no le sería difícil si hemos de juzgar por algunos excelentes retratos, que son sin duda alguna los mejores que he visto en Sevilla.

El segundo, el Sr. Alenza de Madrid, ha dado principio á sus trabajos con algunos deliciosos caprichos en que chispea el estro, y que hacian esperar de él que sería un continuador de Goya; pero absorvido despues en las publicaciones pintorescas, para las cuales es de muy poderoso auxilio su lápiz malicioso, ha descuidado un poco, en mi concepto, el fecundo campo que se ofrecia ante él, desperdiciando así como otros muchos, como el Sr. Gomez por ejemplo, en dibujos indignamente reproducidos por el grabado, verdaderos tesoros de imaginacion.

En cualquiera escala que se ejercite la imaginacion del artista, siempre son dignas de aprecio sus producciones; siendo por otra parte tanto mas digna de elogio esta cualidad cuando existe, cuanto que, por mas que se diga, y por mas que me cueste confesarlo, es el don que mas escasamente hallamos entre los pintores españoles. La espontaneidad, la nobleza de la idea, la pureza del carácter, la severidad en la distribucion (1), la simplicidad en los ropajes, el estudio de los accesorios, todas estas cualidades estan distantes de ellos por culpa suya. Exclusivamente admiradores la mayor parte de la inimitable petulancia del pincel de Murillo, arrastran perpetuamente las cadenas de las antiguas tradiciones, y miran con desprecio esas líneas austeras y estudiadas de las obras maestras italianas, de que abunda el museo de Madrid. Creen conseguir el encanto de la facilidad y de la soltura con el uso desmedido de un color desordenado; y llevando hasta el extremo las consecuencias de un sistema tan vicioso, los hay que ni aun se dignan sujetarse á dibujar, dándose por satisfechos con los aplausos que el gusto informe del público prodiga á su milagrosa fecundidad.

Aplícanse todas estas reflexiones á un hombre que goza en España de inmenso prestigio, y que egerce en Sevilla una perniciosa influencia en los jóvenes que le han elegido como á jefe de su escuela; por cuya última razon me tomaré la libertad de negar la validez de su elevada reputacion.

Hay ciertas personas, de las cuales cuesta trabajo hablar, no

(1) Lo que llamamos en Francia *agencement*.

porque sea esto difícil, pues frecuentemente sobra que decir, sino porque repugna emitir una opinion cuando se prueva á chocarse con ideas establecidas y fuertemente arraigadas que se consideran tanto mas racionales, cuanto que están, por decirlo así, cimentadas en el sentimiento general. La crítica en semejante caso, sin tener la escesiva osadía de creerse superior á la mayoría, ni tratar de establecer sus principios como fallos irrevocables, si tiene la fortaleza de su esperiencia y de la imparcialidad de su sistema, ó debe callarse, ó dar francamente, por mas costoso que sea, un formal mentís á la opinion de la multitud.

Hase adoptado el nombre del Sr. Esquivel como el de un gran pintor, y aun hemos oido á los habitantes de Sevilla, en la efusion de su amor de paisanaje, ensalzar sus obras al nivel de las mas grandes concepciones de Murillo, Valdés y Herrera.

Nos hemos dedicado á examinar escrupulosamente esas pretendidas obras maestras, y hemos hallado, preciso nos es revelarlo, un solo mérito en este pintor, pero mérito incontestable, cual es, el de saber captarse la benevolencia, y atraer á sí la idolatría del público.

Fuerza es convenir en que esto es ya mucho por sí solo, y tenemos en ello una verdadera complacencia, porque, pues que al fin debe tener su redompensa el trabajo, mas vale que las obras, que no están destinadas á vivir por mucho tiempo en la memoria de los hombres, reporten á su autor en vida todo el provecho que pueda ambicionar; mas no le es permitido al artista, que percibe los escesivos derechos que el uso le otorga, traspasar sus atribuciones, ejerciendo sobre la masa de sus conciudadanos una dominacion peligrosa.

Ah! Si satisfecho el artista de sus entravíos, se contentase con gozar privadamente de sus fáciles triunfos, bien maligno sería el que se atreviese á sofocar con sus reconvenciones los aplausos de la amistad; mas cuando se solicita el juicio del vulgo, menester es tener valor para contemplar á sangre fria la impresion que se produce, y aguardar á que sea puesta en cuestion la legitimidad de los triunfos mejor establecidos. No se erige impunemente en verdad artística lo que no es mas que paradoja, así como tampoco puede pervertirse á manera el gusto de sus compatriotas. Embora hacen que se hagan pagar espléndi-

dudamente esas caprichosas creaciones por las almas piadosas, seducidas y presas en la liga de una falsa apariencia de belleza, mas cuando se quieren presentar con ostentacion esas mentidas fantasías, justo es estar dispuesto á sufrir sérias reconvenciones.

Todos los periódicos de Madrid han agotado el vocabulario de las alabanzas mas exageradas para celebrar en las últimas exposiciones las pinturas del Sr. Esquivel. Hásele agraciado con las distinciones mas halagüeñas, y, como ya lo hemos dicho, una porcion de jóvenes imitan su manera, y se esfuerzan en seguir sus huellas.

Por nuestra parte creemos que el camino que ha adoptado el Sr. Esquivel es malo, y tanto peor cuanto que arrastra en pos suyo las semejanzas de la razon, de la franqueza y de la armonía.

En la numerosa lista de sus cuadros no he hallado una sola idea original. Dejando aparte cierta composicion presentada en un concurso del Liceo que representaba, si no me equivoco, la reprobacion del crímen, todos los demás tienen por asunto motivos ya usados por sus antecesores. Y la falta de imaginacion ¿no es un defecto en un jefe de escuela?

Su dibujo es incorrecto y vulgar; sus ropajes, pocas veces estudiados en la naturaleza, recuerdan en sus pliegues forzados el gusto amanerado de los maestros del siglo XVIII, siendo bastante para convencerse de esta verdad fijar la vista en su ángel caido. Sus cabezas carecen de estilo, ó pecan por una expresion teatral, de lo cual puede servir de ejemplo la cabeza de la vírgen de su Calvario. Nada nos da á conocer en él la ciencia de la composicion, el estudio de la perspectiva, ni la distribucion razonada del claro oscuro. Todas sus figuras se mueven en un medio imposible. Ha querido frecuentemente imitar en sus fondos la transparencia vaporosa y animada de Murillo, y su personajes se destacan sobre una corteza opaca, que ni aun tiene la escusa de la armonía. El tono de sus carnes es casi siempre falso, y finalmente su colorido, considerado como el principal mérito que le distingue, consiste en un conjunto de matices chillones y discordantes que ningun simpatía escitan de parte del que las mira.

Los retratos que conozco suyos, y principalmente los de la señorita A..., jóven poetisa bien conocida, de Espartero y de la

familia de Vilches, el escultor de Cádiz, carecen de vida y de nobleza. Prestábanse sin embargo estos diferentes modelos para hacer muy buenos estudios, por lo cual los he citado con preferencia á otros muchos que han salido de sus manos, y que estan contaminados con los mismos defectos.

Verdad es que todas las obras del Sr. Esquivel estan pintadas con un calor y un estro que deben precisamente fascinar á la multitud. Pasa por cima de todas las dificultades del arte con tanto desenfado, que se halla uno dispuesto á creer, al primer aspecto, que no hay ninguna para él, y que *el poco mas ó menos* con que se contenta, es tenido por la perfeccion á los ojos desconcertados de sus indulgentes apologistas.

Si, despues de todo, este artista, que está dotado de tan prodigiosa facilidad de ejecucion, facultad preciosísima sin duda alguna, tuviese á bien penetrarse de las severas bellezas de lo antiguo, y de los verdaderos modelos de pintura, y fuese mas exigente consigo mismo, fácilmente se convencería de que no es una traba el estudio para la imaginacion ni para el fuego del pensamiento. Si el colorido y la franqueza del toque añaden grandeza á la creacion artística, sin el trabajo suficiente de la inteligencia, semejante creacion no saldrá con la fuerza de vida conveniente.

No lleve á mal el Sr. Esquivel el que haya hecho con tanta franqueza la crítica de sus obras, y guárdese muy bien de atribuir á un pesimismo sistemático, que los españoles imputan á veces á mis compatriotas tal vez con razon; pues solo ha obrado en mí el deseo leal de hacer un servicio al arte, dando cuenta de mis impresiones con entera sinceridad.

Siempre he estado persuadido de que cuando se trata de un hombre de reconocido mérito, y yo le considero como tal, es mas conveniente una severidad concienzuda, que una estéril adulacion. Las buenas cualidades pueden pasar sin ser celebradas; pero ciertos defectos que sería fácil prevenir y enmendar, señalándose desde luego, se ocultan al ojo del artista, inficionado por la lisonja, y principalmente á los del público, cuyo gusto se altera y se corrompe sin conocerlo.

El Sr. Gutierrez, igualmente de Sevilla, participa tambien de las viciosas tendencias de la escuela moderna de su pais. No se vé en él la viveza penetrante de su colega Esquivel, ni posee tam-

poco su facilidad de composicion; pero en cambio está dotado de mayor gusto, y tiene un sentimiento de armonía mucho mas puro, y una frescura de colorido, principalmente en las carnes, que es desconocida al último; pero por desgracia la costumbre de no sujetarse á dibujar correctamente, segun la naturaleza, presta una *molicie* á sus figuras, que no siempre puede disculpar la suavidad de sus contornos.

El Sr. Bejerano, director del Museo de Sevilla, tiene tambien el mismo defecto; pero se halla en todas sus obras bienta verdad, que realza la debilidad del estilo y del dibujo. El hijo de este artista, niño aun, educado en una escuela mas castiza, pudiera llegar á ser un pintor de mérito: manifiéstase en sus ensayos un vigor en su pincel que es muy poco comun en una edad tan tierna.

La presente reseña de los pintores contemporáneos recibirá su complemento natural en el exámen que presentarémos en nuestro primer artículo de la exposicion de cuadros que debe verificarse en el Liceo de Madrid.

GUSTAVO DEVILLE.

BARRABAS.

ANÉCDOTA DEL TIEMPO DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

I.

Una Digression.

Allá en los tiempos felices
De prosperidad reinaba
El buen rey Felipe cuarto
En los dominios de España.
Ni tantas reformas útiles,
Gabelas y zarandajas
Habia como hoy, ni habia
Tanta miserable charla,
Tanto truan opulento,
Tanta rastrera ignorancia,
Tanto espíon escondido,
Ni tanto duelista mandria.
Corrian pesos de Mégico
Como hoy chascos por las plazas,
Y ni viudas, ni cesantes,
Ni exclaustrados mendigaban;
Y si es cierto que las luces
De las cuádruple-aliadas
No lucian en Madrid
Como hoy lucen, cosa es clara
Que éramos mas grandes que ellas,
Y que la gloria de España
No las cedia en ingenios
Si las superaba en armas.
Mas estos son sueños vanos,
Sueños, pues sueños se llaman
Los del que mísero vive
Y montes de oro levanta
En su mente, y se imagina
Que entre los espacios vaga
De la inmensidad y huella
El astro rey con su planta.
Todo es polvo, todo es barro,
Todo es cieno, todo es nada.....
Diría un hombre filósofo
Con grave sonrisa enfática:
Y yo que anduve rompiéndome
La mollera allá en el aula,
Y dí traspiés en el mundo,

Y anduve á calabazadas
Como otros muchos, buscando
Lo que unos llaman fantasmas,
Y otros realidades, y otros
Tristes desengaños llaman;
Maldito si, aunque quisiera,
Puedo oponerme en sustancia
Al invencible filósofo
En su concienzuda máxima.
El rey es rey, nos dijeron
Nuestros abuelos, la España
Bajo el reinado del César
Fué grande, y aunque hombres nada,
Puede llegar á alto puesto,
Y ocupar el que hoy alcanza
La pirata de los mares
Con sus mercachifles mañas;
La política es el medio,
Y el emplearla es la macula,
Y en lo hidalgo de la empresa
Está la prez de alcanzarla.
¡Pobre cerebro enfermizo,
Que loco y febril te lanzas,
Y en la política arguyes
De tu atrevimiento en alas!....
¡La política! pantano
Donde la moral naufraga,
Donde los hombres se pierden,
Donde las leyes se rasgan;
Donde al hijo, y al hermano,
Y á la madre, y á la hermana,
Y al amante, y al amigo,
Se desconocen y ultrajan;
Donde es práctica la injuria,
Donde es venera la infamia,
Donde es travesura el robo
Y justicia la venganza;
Donde el deber de obediencia
Que á la sociedad enlaza
Se pierde, y el mas osado
Al mas prudente avasalla;
Y el seducido y el pérfido
Juntos su ponzoña labran,
Y á la virtud escarnecen
Y á la ingratitud ensalzan.
Mas valiera allá en la Estigia
Ver de Aqueronte la barca,
O volverse ánima en pena
Que no político-rabia.
Mas valiera que en el baratro
Nuestro cadáver rasgara
El Cancerbero en sus ímpetus,
Que á la infelice patria

Entregar cual hijo expúreo
A la extranjeriza saña,
Cebándose en sus discordias,
Y malversando sus arcas.
Esto es verdad, mas mi pluma
Tras tanto correr divaga,
Y una anécdota que en punto
Tuve al empezar, y cuadra
Muy bien al tiempo presente
Con ser del tiempo de márras,
Voy á engerir tras mí exordio
Bien pez ó bien rana salga.

II.

Vamos al caso.

Habia allá en otro tiempo
Un Conde-Duque en España,
Que incienso halló viento en popa
De extratéjica privanza.
Lisonjero cortesano,
Mas que militar de fama
Ni que profundo político
Ni filósofo Pitágoras,
Brilló opulento, mandando
Sin rival con su monarca,
Entre el pórfido y los mármoles
De las palaciegas cámaras.
Un hidalgo al mismo tiempo
Hubo en Sevilla, que honraba
La ciudad con los blasones
De encopetada prosapia.
D. Francisco Melgarejo
Se llamó, y en importancia,
Por ser Veinticuatro y rico,
Y en travesura y en gracia,
Logró eclipsar á otros muchos
De su clase; pues juntaba
A un caballeroso porte
Grande destreza en las armas
Y explendidez en sus gustos,
Banquetes y cabalgadas.
Cuando jóven, por travieso
Y espadachin con ventaja,
Y por galan petardista
Del bello sexo, y por varias
Contiendas, que olvidó el mundo,
Aunque en su tiempo le alzáran
A gran renombre entre el pasmo

De las béticas comarcas,
Logró alcanzar un apodo
Que distintivo le dába,
Aunque en edad mas madura
Su índole y gustos cambiaran.
Llamáronle Barrabás,
Y él, que en la experiencia vasta
Que adquirió del mundo, supo
Que hay cosas que nadie alcanza
A borrar de entre los hombres,
Cuando la voz las consagra
De la justicia, y al cabo
En las costumbres se arraigan,
Sufrió en silencio el apodo,
Y con desden y con calma
Siguió la comun corriente,
Y se le apropió por gala.
Cumplió ocho lustros, y el hombre
Tomó otra vida; su casa,
Aunque ostentosa y espléndida,
No brilló en órgias mundanas;
Que antes el vicio expiando
De su juventud con dádivas
De piedad, y con las ciencias
Su disipacion y holganza,
Logró otra vez el renombre
Que en el pais alcanzaran
Sus abuelos, consagrando
Su vida al bien de su patria.
Hubo Cortes, y Sevilla
Le dió el voto, y sin tardanza
Vino á Madrid empeñado
En su obligacion sagrada.
Y no bien, en las intrigas
Que el poder de oculto fragua,
Del esquilmo de los pueblos
Vió la singular batalla,
Se resolvió con empeño
A oponer con su constancia
Una barrera á la intriga
Y un fuerte escudo á la estafa.
Contaba ya el Conde-duque
La contribucion cobrada
De los millones, venciendo
A la oposicion con dádivas,
Y en nuestro buen Melgarejo
Siempre un estorbo encontraba,
Sin que cediese á sus golpes
El fino temple de su alma.
Ya cansado, ya el orgullo
Encendido, ya la calma
Del valido presuntuoso
En hiel y acibar trocada,

Se resolvió á que la afrenta
Sobre el satírico obrara
Lo que al peso de su nombre
Y prepotencia desairara
Y averiguando en su estudio
Lo del apodo y las causas
Que se le dieron, y viendo
Que á hombre de tanta importancia
Fuera terrible desdicha
Que Barrabás le llamasen
En la córte, de la envidia
Se encarniza con la sátira,
Se decidió á amedentarle,
Y un dia, con grande calma,
Paseando paso á paso
Con él, le habló estas palabras:
«Don Francisco Melgarejo,
Vuestra integridad rayana
En escrúpulos pueriles,
Que están vacías las arcas,
Los tribunales sin sueldo,
Los ejércitos sin armas,
Los consejeros sin brillo,
Y los marinos sin pagas
No es la córte ni Sevilla
Que con Veinticuatro manda,
Y en honores recompensa
Lo que en pensiones rebaja;
Sed mi amigo, y como noble
Que sois, vuestra sangre honrada
No se mezcle en pequeñeces
Que dan disgusto y no fama.
Tened mas ancha conciencia,
Y pensad que hay en la casa
De los Guzmanes, que ennia,
Tanto oro y gloria tan alta,
Que á la sospecha desdeñan,
Y al malicioso rechazan,
Y á la terquedad castigan,
Y al ruin publican sus faltas.»
«Conde-duque de Olivares,
(Dijo Melgarejo) basta.
No es mi opinion veleidosa
Ni juvenil, ni se espanta
De no brillar en riquezas
Con oprobio acumuladas.
Noble soy, y la hidalguía
Que heredó, supo grabarla
En el corazon á costa
De esperiencias bien amargas,
Que no ha de borrar el tiempo
Ni ha de variar la desgracia.»
«Bien (el de Olivares dijo)

Blasona vuestra jactancia
De hidalguía, cuando un nombre
Os dió el barrio de Triana
Con que adornaréis el artiol
Que á vuestro abolorio ensalza;
Cuando diz que del infierno
Teneis un pié entre las ascuas.
«Por no tenerlos entrambos
(Le replicó) me marchára
De aquí, si no conociera
Que es muy precisa mi estancia.
Si soy Barrabás de apodo,
Tengo nobleza en el alma,
Y mis locuras de jóven
Las expiaron mis canas;
Y por Dios que si Sevilla
Su procurador me manda,
He de honrar como conviene
La comision que me encarga,
Y he de decir á la injuria
En su mañosa asechanza:
Yo soy Barrabás, yo soy
El que incorruptible marcha
Entre la falange astuta
Que las seducciones fragua;
Yo soy el que cuando jóven
Hice vacilar la fama
De mi opinion, y he sabido
En la vejez restaurarla,
Purificando mi afrenta
Al crisol de la desgracia.»
Dijo así, y los cortesanos,
Que por acaso cruzaban
Por la galería, hicieron
Por dicha cortar su plática.
Y separándose entrambos
Con gran disimulo, es fama
Que nadie alcanzó el secreto;
Y el andaluz con constancia
Negó su voto en las cortes,
Sin que sufriera asechanza,
Y sin que nadie su apodo
De Barrabás recordára.

Febrero de 1843. — JOSE DE GRIJALBA.

NOTA DE LA REDACCION.

No habiéndose terminado aun las diligencias que el nuevo decreto de imprenta nos obliga á hacer para acomodar esta publicacion á las condiciones que exige, nos vemos en la necesidad de suprimir por hoy la Crónica Política.

1.° de Mayo de 1844.

LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS.

Un precioso artículo sobre la deontología de Bentham, publicado en la Revista correspondiente á la 2.ª quincena de noviembre, nos ha estimulado á dedicar el presente á tan interesante objeto, con la diferencia de que las observaciones hechas en el artículo á que aludimos recaen sobre la indicada obra, y las nuestras versarán sobre los principios de legislacion civil y penal del mismo autor. Es obra esta que ha tenido dias de gran boga, que ha sido apreciada y leida con mucho entusiasmo, y que por desgracia es todavía el catecismo político y religioso de ciertas personas que no saben aprender ni olvidar. Al hablar de Bentham, nosotros no podemos menos, en medio de nuestra pequeñez, de tributarle el homenaje de respeto y consideracion debidos á un grande hombre; confesamos con sinceridad que la ciencia de la legislacion le es deudora de muy sublimes teorías; que á su lado aparecen muy pequeños Filangieri y el marqués de Becaria, y que en sus tratados se encuentra un gran fondo de doctrina, esquisito saber y una fuerza de raciocinio admirable. Pero en medio de sus brillantes y deslumbradoras páginas hay un veneno mortal que se vá inoculando insensiblemente; es cual un manjar agradable á la vista y de gusto sabroso y delicado, que lleva dentro de sí el principio de la disolucion, la muerte misma. Nada habría que temer de esta y otras producciones científicas, si solo hubiesen de caer bajo la jurisdiccion de los sabios, y de personas bien cimentadas en los verdaderos principios filosóficos; pero no es así por desgracia, andan tambien en manos de aprendices, de eruditos frívolos, y de un saber superficial y muy somero, y no estará demás advertirles que marchan sobre un terreno resbaladizo, y que las

plantas de aquel agradable y frondoso verjel exhalan un aire pestilente que produce el sueño de la muerte.

Antes de entrar en el exámen de los principios de legislacion civil y penal de Bentham, queremos hablar sobre los sistemas filosóficos, aunque dejemos para otro artículo el tratar sobre lo que principalmente nos ha movido á tomar la pluma; con eso el lector podrá imponerse mejor en las teorías y tendencias del filósofo inglés. La escuela de Bentham es la sensualista; esa escuela, tan fecunda en desastrosos principios, que deja al hombre entregado á sus propios instintos, rotos del todo ó en gran manera relajados los vínculos que le tenian como encadenado. Segun ella, el hombre no es mas que un átomo en medio de la inmensidad; es uno de los tantos seres que pueblan la naturaleza, con una inteligencia superior á todos los demas animales, porque tiene una organizacion mas perfecta y minuciosa. ¡Plegue á Dios que al hablar del hombre y de las demas criaturas invoquen siquiera el nombre del Criador! porque filósofos de esta misma escuela hubo en el siglo pasado, que con un lujo de conocimientos que pasma, y dotados de un ingenio sutil y analizador, se empeñaron en probar el absurdo de que no hay un ser supremo distinto de la materia, y que el Dios ó supremo Hacedor no es otra cosa que el mismo universo, cuyos misterios permanecen todavía impenetrables á la limitada comprension del hombre, y del cual forma una parte muy insignificante el globo que habitamos. ¡Qué ceguedad! Las generaciones venideras no podrán comprender como han podido rayar tan alto estravíos de la razon y los delirios de la mente humana; pero á ellas pasarán tambien estas producciones impías, y ellas se admirarán como nosotros al ver al hombre agitarse entre el polvo, y en medio de su impotencia y pequeñez por elevarse, y derrocar el trono del Altísimo. La historia les referirá, sino entre los grandes crímenes y portentosos acontecimientos de la revolucion francesa, aquella sesion solemne y memorable, en la cual los diputados de la Convencion se ocuparon en discutir fria y tranquilamente sobre la existencia de Dios. ¡Inconcebible conducta en una asamblea que reunia en su seno los mas brillantes talentos, y casi todo el saber de la Francia! Pero no paró aquí el vuelo de su delirante fantasía; la escuela sensualista llegó á su apogeo, y simbolizó su triunfo para asombro del género huma-

no, cuando aquel inmenso pueblo de París en medio de regocijos y frenéticas aclamaciones, y con una aparatosa y magnífica ceremonia, se prosternó en el templo ante la diosa de la razon representada en la persona de madama Momonó, mujer de un impresor.

La causa de todas nuestras ideas, dicen los de la escuela sensualista, es la sensibilidad. Es esta la facultad, el poder este efecto de nuestra organizacion ó esta propiedad de nuestro ser, en virtud de la cual recibimos impresiones de muchas especies. Todos sabemos por esperiencia que los cuerpos que nos rodean influyen mas ó menos sobre nuestra organizacion, y nos causan sensaciones mas ó menos agradables, segun el estado de nuestro ser en aquellas circunstancias. Nadie puede impedir la influencia de los cuerpos sobre nuestros órganos, y el sonido de un cañonazo ó de un órgano nos causará una impresion cualquiera que no podemos evitar. La influencia de los cuerpos sobre nuestros órganos la sabemos por esperiencia; en los demas seres la conocemos por señales mas ó menos equívocas, segun los medios que tienen de manifestarla. Algunas de nuestras sensaciones son débiles que desaparecen al momento, otras al contrario son fuertes, han quedado como grabadas sobre nuestro cerebro, y el tiempo apenas podrá borrar; la memoria tiene la facultad de reproducirlas, y por medio de nuestros órganos de ciertos movimientos interiores de nuestro cuerpo que todavía no conocemos, nos las presenta de nuevo, y acaso esta primera sensacion reproducida por la memoria sea mas fuerte y nos cause mas placer ó dolor que la primera producida por los objetos exteriores. No solo la memoria nos recuerda nuestras primeras sensaciones, sino el juicio que nosotros hayamos producido sobre ellas, las relaciones entre distintos objetos segun las impresiones que nos causen nuestros deseos, en fin, todas nuestras ideas compuestas.

Hé aquí reducido á su menor expresion el sistema de los sensualistas en cuanto al orígen y formacion de nuestras ideas. Segun ellos la sensacion y sólo la sensacion es el primer eslabon que forma la larga cadena de los conocimientos humanos; el espíritu es un fantasma que les espanta, es una idea que no cabe en su imaginacion, y de la cual prescinden enteramente en todas sus teorías, aun tratándose de las mas abstractas y sublimes.

Como á pesar de sus esfuerzos y de la agudeza de su ingenio todavía no alcanza este sistema para explicar todas las operaciones del entendimiento, se satisfacen con responder que no conocemos aun lo bastante nuestra organizacion, que no sabemos el papel que hacen esa infinidad de partecitas, esos tegidos tan delicados, ese sinnúmero de fibras la menor divisible hasta lo infinito, ese todo en fin que compone nuestro ser: que para una accion cualquiera es preciso que se operen dentro de nosotros movimientos muy complicados, que suframos modificaciones muy diversas, y que todas las partes que componen una obra tan admirable se pongan en accion y armonía para producir resultados tambien admirables. En una palabra, el hombre, segun la escuela sensualista, no es mas que una máquina, ó por mejor decir, la reunion de muchas máquinas; máquina de movimientos, máquina de hablar, máquina de pensar, etc. Hasta este punto se rebaja su dignidad; tan humilde idea quieren darnos estos filósofos de la obra mas perfecta de la naturaleza, de la criatura racional en la que brilla de una manera tan remarcable la imágen del Criador. Léase á Destut de Tracy, autor que con mas maestría quizá que ningun otro ha desenvuelto estos principios, véase su ideologia, precioso libro por otra parte lleno de ciencia y esquisitas observaciones, y allí se verá como todo vá encaminado á explicar el mecanismo de la facultad de pensar ó *sentir*, facultad que consiste «en sentir sensaciones, recuerdos, relaciones y deseos.»

Si examinamos detenidamente la historia de la filosofía desde el viejo Oriente hasta la Europa moderna, verémos constantemente desarrollarse cuatro sistemas filosóficos, el sensualismo, el idealismo, el escepticismo y el misticismo. El desenvolvimiento y análisis de estos cuatro sistemas en su historia de la filosofía, es el resultado de las observaciones y profundos estudios de Mr. Coussin, profesor de la misma facultad en la universidad de París. Estos cuatro sistemas, segun él, representan la filosofía desenvolviéndose al través de los siglos, unas veces aislados, otras combinados entre sí, débiles en un principio, pobres en observaciones y argumentos, enriqueciéndose despues con el tiempo, y fortificándose con el desenvolvimiento continuo de todos los elementos y de todos los puntos de vista del entendimiento humano. Los dos primeros son los que apa-

recen siempre sobre la escena de la filosofía, chocándose y haciéndose la guerra. El sensualismo no cree sino en la autoridad de los sentidos y en la existencia de la materia; el idealismo por el contrario no cree sino en la existencia del espíritu, y no admite sino la autoridad de las ideas que existen en él; sistemas enteramente opuestos, pero igualmente imperiosos y seguros de sí mismos. Uno y otro estan fundados en un principio igualmente verdadero, pero incompleto. El sensualismo apela al testimonio de los sentidos, el idealismo al de la razon y á la virtud de ciertas ideas inexplicables por la razon sola; allí es donde uno y otro son fuertes; pero muy pronto, dice Mr. Coussin, aparece su comun debilidad, cuando con un principio verdadero, pero incompleto, quieren aparecer como exclusivos y dominantes. Del exclusivismo y eterna guerra de estos dos sistemas, resulta el escepticismo que no es otra cosa que la duda universal. Al ver ciertos espíritus atrevidos, las preocupaciones y errores en que está envuelto el entendimiento humano, al considerar que á pesar de sus esfuerzos le rodean por todas partes las tinieblas de la ignorancia, y que siempre será un arcano para su limitada comprension el completo conocimiento de su propio ser, en vez de tener una justa y prudente desconfianza de las opiniones de los hombres, y de proceder con severidad al exámen de sus teorías y sistemas, emprenden un camino mas llano y mas acomodado á la pereza y á su vergonzosa inaccion. Ni el sistema sensualista, dicen, ni el idealista nos satisfacen; el uno y el otro adolecen del mismo vicio, en ninguno se encuentra la verdad; renunciemos pues á encontrarla jamás, porque no existe, ni hay un criterio ó procedimiento seguro para llegar hasta ella. De advertir es que el escepticismo nunca puede ser tan general, que se estienda á todas las partes de la filosofía; en uno se limitará á la ideología, en otros á la ideología y metafísica, en otros á las ciencias morales, etc., ó tal vez á todas estas cosas reunidas, pero nunca á todo lo que pueda ser objeto de la capacidad intelectual. Hombres hay á quienes bien se les puede dar el título de científicos, que se espantan al oir hablar de la medicina, y que si se les dejase obrar segun sus preocupaciones, se dejarian morir muy tranquilamente sin consentir ponerse bajo la direccion de un profesor, como si á pesar de sus errores y misterios, y estar sujeta como todas las

cosas humanas al imperio de la moda, no fuese la medicina una ciencia con sus principios fijos y ciertas aplicaciones seguras é infalibles. Estos serían unos verdaderos escépticos en cuanto á la medicina, siendo por otra parte, como suponemos, hombres profundos en otros ramos del saber. Creemos que no puede entenderse de otro modo el esceptismo ó la duda universal, por considerar imposible que el hombre cierre de tal modo los ojos de su entendimiento, que no reconozca ninguna clase de verdad, ni aun aquellas que son de demostracion, ó que estan atestiguadas por la esperiencia constante de todos los siglos.

El cuarto sistema filosófico es el misticismo. Sigue este la marcha progresiva del entendimiento humano, atravesando los siglos, y haciendo tambien su papel sobre la escena de la filosofía. Ciertos espíritus no pueden alimentarse en ese mundo sensible y material de los sensualistas; no pueden respirar tampoco en la atmósfera de las ideas, de las abstracciones y de la razon pura; la indiferencia y burla que de todas las cosas hacen los escépticos les mata tambien, y descontentos de todos los sistemas se replegan dentro de sí mismos, entregándose á sus propias inspiraciones y á la contemplacion de otras verdades mas sublimes, que dan vida, y fortalecen el abatido espíritu. No debe confundirse aquí el misticismo filosófico con el misticismo religioso; uno y otro tienen un mismo objeto, que es la contemplacion; pero el punto de partida es diferente; en el uno es la revelacion, en el otro esas verdades que Coussin llama con mucha propiedad primitivas y eternas, que estan al alcance igualmente del ignorante que del sabio.

Y bien, ¿cuál de estos cuatro sistemas que tan ligeramente hemos bosquejado es el verdadero? ¿Cuál es el mas acomodado á la naturaleza individual y social del hombre? Todos son igualmente útiles, dice Mr. Coussin, y sin que nosotros suscribamos enteramente á sus ideas, copiarémos sus palabras, porque ellas encierran un gran fondo de verdad, y dan bastante luz para la inteligencia de los puntos en cuestion. «No quiero destruir, dice, el sensualismo, quiero sí reducirle. Si le destruís, excluís el único sistema que puede inspirar y fomentar la pasion ardiente por las indagaciones físicas, y la vehemente enerjía que obliga á hacer conquistas sobre la naturaleza, como la única realidad evidente digna de la atencion y del trabajo del hombre,

y lo que es aun mas importante, quitais al idealismo la contradiccion que le ilustra, el contrapeso saludable que le contiene en el camino pendiente y lleno de delicias, formado por la hipótesis. Excluid el idealismo, aun con todas sus quimeras, y estad seguros que el estudio y el conocimiento especial del pensamiento humano y de sus leyes serán infinito. Además el sensualismo llegará un dia á su apogeo, y el mismo se perderá en el laberinto de insufribles hipótesis. Si no quereis que la filosofía se reduzca bien pronto á un sistema de fatalismo, de materialismo y de ateismo, guardaos de destruir el idealismo, porque este es el que hace la guerra á estas tres consecuencias del sensualismo, el que vigila sobre ellas, é impide su triunfo. Por otra parte, temed arruinar completamente el escepticismo, porque es un contrario indispensable para todo dogmatismo. Si no hubiera entre los hombres algunos que hicieran profesion de criticarlo todo, aun lo que es esencialmente bueno, que buscan el lado débil de las mejores cosas, y resisten á toda teoría buena ó mala, bien pronto habria mayor número de teorías malas que buenas, la sospecha pasaría por certeza, y los delirios de un dia por la expresion de la verdad eterna. Es muy desvenlente que nos veamos obligados á tener siempre cuenta con nosotros mismos, es bueno que sepamos, ya que somos amantes de forjar sistemas, que trabajamos á la vista y bajo la intervencion del escepticismo, que nos pedirá cuenta de las bases, procedencia y resultados de nuestro trabajo, y que con un soplo destruirá todo nuestro edificio, si no está apoyado en la realidad y construido con un método severo. La utilidad del misticismo es tambien evidente. El sensualismo se engolfa por medio de la sensacion en un mundo sensible, su instrumento es la observacion, solo admite lo que ha sido sentido, visto y tocado. El idealismo se sumerge en el mundo de las ideas, de la razon pura, su instrumento es la abstraccion, el escepticismo con el acero de su dialéctica reduce á polvo las sensaciones igualmente que las ideas, é impele á profesar la indiferencia, la burla y el desprecio de todas las cosas. Es necesario que el misticismo exista para reivindicar los derechos sagrados de la inspiracion, del entusiasmo, de la fé, y de las verdades primitivas, que no dan ni la sensacion, ni la abstraccion, ni el razonamiento. Es de la mayor importancia que exista el misticismo, siempre probó

para recordar al hombre que las ciencias físicas y morales con sus métodos y clasificaciones, sus divisiones y subdivisiones, y sus métodos algo artificiales, son sin duda muy bellos, pero que frecuentemente falta la vida á estas obras maestras del análisis.... y que mas bien se encuentra esta allá en el santuario del alma y en el centro de la meditacion religiosa.»

Ideas un poco abstractas son estas que se escapan á la comprension, y cuyo valor é importancia apenas se percibe con una simple y ligera lectura; es necesario por lo mismo estudiarlas y meditarlas para sacar de ellas todo el fruto y las muy provechosas verdades que en sí encierran. Parece á primera vista que estos sistemas no tienen significacion alguna; que son simples ideas y abstracciones sublimes del entendimiento, propias solo de las escuelas y de la jurisdiccion de los sabios; pero no es así seguramente, el estrecho círculo en que giran en un principio se vá agrandando insensiblemente, se convierten luego en verdaderos hechos, y gobiernan despues el mundo con un imperio absoluto y tiránico. Esto, que parece á primera vista una paradoja, es una verdad que comprueba la historia de todos los siglos y de todas las naciones. La sociedad en su esterior y en sus formas es la imágen fiel en que están retratadas las ideas dominantes; segun sean estas, así serán sus leyes, sus costumbres y aun sus instituciones, y segun que las ideas propendan á uno de los cuatro sistemas que hemos referido, así reflejarán estos sobre las leyes y las costumbres y sobre todo cuanto rige y gobierna al hombre. Volvamos la vista á los siglos pasados, consideremos lo que entonces era la Europa, lo que es hoy, y lo que probablemente será mañana; examinemos sus monumentos, sus ideas, sus tendencias, acerquémonos al hombre en el bullicio de la sociedad y en el retiro del hogar doméstico, penetremos con él en sus templos, sigámosle en sus diversiones y pasatiempos, y notarémos que se ha verificado una revolucion material, consecuencia necesaria de otra revolucion intelectual que ha debido preceder; observarémos cambiadas sus leyes y sus costumbres, alterada su moral, modificadas sus esencias, en una palabra verémos un cambio tal en todas las instituciones, que parece trasformada la faz de la sociedad. No quiere decir esto que hayan variado enteramente los principios fundamentales ó esas leyes primitivas ú originarias conocidas de

todos los pueblos, no; aun subsistiendo los principios han podido variar sus aplicaciones y legítimas consecuencias. Coloquémonos en el siglo XII de la era vulgar, y veremos que la Europa sigue una marcha uniforme y magestuosa, atenta siempre al punto fijo á donde se encamina. Este punto fijo es la religion; el hombre no vive y no respira sino por ella; todas sus ideas y pensamientos, todos sus pasos y acciones tienen por objeto las verdades reveladas; la religion es cual un faro luminoso que guia al atribulado peregrino que navega en este mar proceloso de desdichas y pasiones. Consiguiente al principio de que es la criatura privilegiada y mas perfecta que salió de la mano del Omnipotente, que está llamada á la bienaventuranza eterna en las mansiones celestes al lado de su criador, y que en vano busca la felicidad, cuyo deseo es innato en su corazon en este mundo terrenal, en este valle de lágrimas donde no está mas que de paso para alcanzar despues el fin á que fué criado, el hombre se entrega enteramente á estas ideas, se espiritualiza, por decirlo así, subordinando á las mismas todo cuanto tiene relacion con un existir fugaz y desgraciado. No quiere decir esto que desatienda las necesidades de la vida, y que prescinda de los deberes y derechos sociales y del sinnúmero de leyes de todo género necesarias para garantirlos, no; pero estos deberes y estos derechos y estas leyes llevan el sello de las mismas ideas, y donde no hay ni deberes ni derechos propiamente dichos porque no hay leyes, allí alcanza tambien su imperio, y allí son acatadas con respeto y veneracion. Nada significan tampoco las escepciones, porque aquí hablamos de la marcha general, de esa direccion espiritualista dada al entendimiento, segun la cual todo cede á esa idea fundamental de la felicidad eterna, subordinándose á ella todos los intereses y afecciones que arrastran al hombre hácia la tierra. Podemos formar una idea de esta verdad al ver la España empeñada en una lucha obstinada y sangrienta contra los árabes por espacio de cerca de 800 años. Las historias antiguas ni modernas no refieren cosa parecida ni por su duracion, ni por la constancia en pelear, ni por los grandes hechos de armas é inauditas hazañas de valor ocurridas en aquel largo período de sangre y devastacion. ¡Qué grande aparece la España cuando replegándose á un rincon de Asturias, representada por algunos de sus hijos mas esforzados y esclarecidos, principia á hacer la

reconquista palmo á palmo, habiendo sido subyugada casi sin pelear por haberse estendido los musulmanes rápidamente por toda la península á manera de una inundacion! Imposible parece que habiéndose sucedido tantos reinados, y habiendo pasado tantas generaciones y siglos, continuasen dos pueblos frente á frente siempre con las armas en la mano, sin pensar en poner término á sus disidencias por medio de tratados y cesiones recíprocas. Pero ¿qué acomodamiento ni transaccion podian tener lugar entonces atendido el espíritu de la época y la condicion de los pueblos beligerantes? ¿Cómo habian de tremolar libremente en un mismo territorio el estandarte de la cruz y el pendon de la media luna? Imposible. Las ideas entonces reinantes lo resistian, ideas que ejercian un imperio fuerte é irresistible sobre todos los corazones, porque todo se sacrificaba á la religion, á ese porvenir que eleva al hombre del polvo de la tierra para respirar en regiones mas elevadas el aire puro de la vida, de la inmortalidad. No puede explicarse de otra manera el hecho portentoso que nos ocupa, siendo insuficientes para ello todas las consideraciones humanas que puedan alegarse para provocar ó sostener una guerra tan duradera.

Sigamos esta misma idea, que despues deducirémos las legítimas consecuencias, y harémos las convenientes aplicaciones para la inteligencia de los sistemas filosóficos. A la voz de un peregrino que viene de los santos lugares, y refiere el mal tratamiento que sufren los cristianos en aquellas regiones, se levanta la Europa en masa, y marcha á precipitarse sobre el Oriente, para hacer la guerra á los enemigos en sus propios hogares: su objeto es elevar el estandarte de la Cruz sobre los muros de Jerusalen. Ya probamos en otro lugar de la Revista, que las cruzadas habian libertado á la Europa de caer en poder de los musulmanes, y que para emprender estas guerras hubo altas consideraciones de política, de seguridad é independencia; pero la religion es la que aparece siempre en primer término; ella es la que despierta los espíritus; y ella es la que dá el impulso necesario para una empresa tan maravillosa. Allí concurrieron en distintos tiempos casi todos los grandes y príncipes y reyes de Europa, y á la distancia de mas de mil leguas se sostuvo siempre viva la guerra por espacio de doscientos años. No puede explicarse tampoco este suceso, sino teniendo en cuenta el espíritu

dominante de la Europa, el cual, si era tan general y tan fuerte para conmover de esta manera las naciones, mucho mas lo sería para dirigirlas y gobernarlas en su régimen interior, y cuando se encontrasen en un estado sosegado y normal. Entonces se establecieron en España las cuatro órdenes militares y otras varias en Europa para pelear contra los infieles; por entonces se establecieron tambien la mayor parte de los institutos y órdenes monásticas que conocemos con tanta variedad de reglas y denominaciones; y entonces por fin llegó á su apogeo lo que con alguna propiedad podemos llamar espiritualismo religioso. Un acontecimiento favorable á un individuo, á una familia, ó á toda una nacion era celebrado con una ofrenda al Señor, la cual consistia muchas veces en la fundacion de un convento, de una iglesia, de hospitales y casas de beneficencia, ó en donaciones cuantiosas para dotar estos establecimientos con grandeza y profusion. A este orígen se debe en gran parte, por el buen estado en que iba la reconquista en tiempo del santo rey D. Fernando III, la construccion de la catedral de Burgos, la de Valladolid, la de Osma, mucha parte de la de Astorga y la suntuosa sobre todas de la imperial Toledo. S. Juan de los Reyes de esta misma ciudad es un recuerdo que mas adelante nos dejaron los Reyes Católicos por la toma de Granada, y S. Lorenzo del Escorial, la obra maestra del arte, la que quizá con muy justos títulos se ha llamado octava maravilla del mundo, es igualmente un monumento elevado en accion de gracias, y para conservar eterna la memoria de la famosa batalla de S. Quintin.

Tal era la España y la Europa en los pasados siglos: la España y la Europa estan hoy desconocidas tanto en su parte física, como en su parte moral. Y bien, ¿cuál era en estos siglos el estado de las ciencias? ¿qué sistema filosófico prevalecía? En aquellos tiempos ni habia sistemas filosóficos, ni habia ciencias propiamente dichas, porque no habia nacido todavía el escolasticismo, esa arma del raciocinio, que al decir de eminentes escritores contribuyó muy poderosamente á promover la civilizacion de Europa. Ciertamente, sumerjida esta en la mas profunda ignorancia durante la larga noche de la edad media, ocupada en su último período en sus conquistas y sus cruzadas, siguiendo el genio inquieto y turbulento á la par que religioso de sus intrépidos guerreros, el escolasticismo despertó á las pacio-

nes del letargo en que estaban adormecidas, inspirándoles aficion al estudio de los santos padres, á la filosofía y antigua literatura. Puede pues asegurarse que al escolasticismo es deudora la Europa del restablecimiento de las ciencias: la teología hasta esta época no puede llamarse tal, y las obras de los santos padres llenas por otra parte de profundos conocimientos y de filosóficas y sublimes doctrinas, mas que ciencia teológica podría decirse que eran los materiales con que habia de crearse. La jurisprudencia canónica, si tal puede llamarse el confuso hacinamiento de los cánones, de los concilios en sus distintas épocas, sin órden, sin método, sin tener ni aun el enlace de las materias, seguia la suerte de la teología confundida con ella, y sin formar una ciencia distinta; los códigos de los romanos yacian sepultados entre el polvo en una ciudad de Italia, y un confuso recuerdo existía apenas de la ciudad de Atenas, centro en otro tiempo de la civilizacion griega, y patria de tantos genios eminentes en las bellas letras, las ciencias y las artes. Tal era la suerte de las ciencias en Occidente cuando nació el escolasticismo. Entonces se introdujo la moda de disputar, de analizar; se dió un fuerte impulso literario al entendimiento humano, se desenterraron, por decirlo así, los documentos históricos y las obras de la antigüedad, que los monges habian libertado del naufragio universal, y conservaban como un precioso depósito; la Europa, en fin, sufrió una saludable y benéfica revolucion, que produjo los mejores frutos en beneficio de la civilizacion y de la humanidad.

Desde esta época principia á cultivarse el estudio de la filosofía, pero en un círculo muy reducido, y únicamente en la medida necesaria para regularizar y ordenar las creencias religiosas, y presidir á su exposicion y enseñanza. Para hablar con exactitud entonces todavía no habia filosofía, porque la tenia sujeta la religion, la encerraba dentro de sí misma, y con una fé inmóvil estaba reducida á esplanar y desenvolver sus doctrinas. La Iglesia Católica presentaba las solemnes decisiones de los concilios, de los romanos pontífices, las verdades consignadas en la escritura y la tradicion; y aquella era la verdad; el creerla y venerarla un deber; dudar de ella no era lícito al entendimiento humano, y únicamente se le permitia deducir algunas consecuencias, y ejercitar la reflexion para hacer aplicaciones, y formular y

desenvolver los sistemas teológicos. De manera que la revelacion era el punto de partida, tanto para la teología, como para la filosofía impropiamente dicha, con la diferencia de que la primera deducia sus pruebas de los libros santos y de la tradicion, y la segunda de la simple razon. Se trataba por ejemplo del alma, de su inmortalidad, de la existencia de Dios, de las penas de la otra vida ó de cualquiera otro de los puntos que son tambien de la jurisdiccion de la filosofía, como estos eran ya artículos de la religion y de la creencia católica, la filosofía no tenia mas que aceptarlos y reconocerlos; y si se ocupaba de su exámen, no era porque dudase de su verdad, sino para ilustrarlos y poner tambien sobre ellos el sello de la razon. Así marcharon unidas largo tiempo la filosofía y la religion, encadenada la primera, y sin poderse separar del camino que esta le habia trazado, hasta que ciertos espíritus atrevidos rompiendo unas cadenas que les pesaban demasiado, se emanciparon de aquella tutela, y principiaron á obrar por su cuenta y con entera independencia. Aquí principia la verdadera filosofía, segun Mr. Coussin, y es así, porque lo demás es reconocer la religion, es creer en las verdades reveladas que una autoridad infalible presenta á nuestro entendimiento, lo cual es propio de la teología; pero estas mismas verdades no entran en el dominio de la filosofía, mientras no se reconozcan por medio del raciocinio y por las solas fuerzas de la razon. Desde este instante principia la filosofía á examinar todas las cuestiones que estan á su alcance, desentendiéndose enteramente de la religion, de la iglesia y de toda especie de autoridad, para ella no hay mas autoridad que la razon, ni mas criterio de verdad que el raciocinio, con ella solo trabaja, con ella lo discute y analiza todo, no quedando cosa alguna que deje de pasar por el acerado filo de su dialéctica. ¿Se trata de la existencia del espíritu? ¿De los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes? ¿Se habla de la moralidad intrínseca de las acciones? ¿De los premios y penas de la otra vida? etc. El filósofo prescinde de la revelacion, y de cuantas decisiones, por solemnes que sean, le presente la iglesia en apoyo de sus doctrinas; él ha proclamado la emancipacion del espíritu humano de toda autoridad; el punto de partida para él es muy distinto que para el hombre religioso; no obstante, acaso guiado por su sola razon y en virtud de

sus propias observaciones se persuade de que el pensamiento no puede ser efecto de la sola materia; que hay obligaciones del hombre para con Dios consiguientes á las relaciones de criatura y criador; que las acciones son buenas ó malas prescindiendo de la sancion de las leyes positivas; que hay un ser invisible testigo fiel hasta de nuestros pensamientos, que nos sigue paso á paso en la espinosa carrera de la vida, y que un dia nos ha de pedir cuenta del uso de nuestra razon, y de las facultades con que nos dotó al venir al mundo. ¿Se trata del diluvio universal? El filósofo no vá á buscar la verdad de este acontecimiento ni en las páginas del Génesis, ni en los motivos de credibilidad de la iglesia católica; desconoce igualmente la tradicion que la autoridad del historiador sagrado: él penetra en las entrañas de la tierra; desciende á lo mas profundo de los valles; se eleva á lo mas alto de las montañas; atraviesa los mares; examina por todas partes el globo terráqueo, y acaso por fruto de sus observaciones y laboriosidad consigue reunir un gran número de pruebas que llevan hasta la evidencia la certeza de la catástrofe que nos refiere Moisés.

La iglesia no pudo llevar á bien la emancipacion del espíritu humano de su autoridad, porque ella habia sido el único juez competente para dirigir la moral, para interpretar las escrituras, y la que conservaba el depósito de las doctrinas trasmitidas por la tradicion; así es que cuando Galileo se atrevió á decir por primera vez que la tierra se movia y no el sol, por de pronto se le impuso silencio en Roma, porque aunque no era este un punto de fé decidido por la iglesia, tal era no obstante la creencia general, fundada aparentemente en aquel pasaje de la escritura en que se refiere que Josué mandó al sol que se parase para poder continuar la batalla contra los Amorreos. Nadie debe extrañarse de la alarma que en un principio debió causar la novedad de esta doctrina, porque prescindiendo de lo que pudiera chocar con el dicho de Josué, ella pareció entonces y parecerá siempre un solemne despropósito á los que no esten iniciados en los fundamentos de la ciencia, y que no tengan mas que ojos para ver. En cuanto á la contradiccion, los sabios saben muy bien que es aparente, y que se dá al argumento una solucion satisfactoria y filosófica.

Emancipada la filosofía de toda autoridad del modo que he-

mos referido, continuó largos años y aun siglos trabajando por su propia cuenta en todas las materias que estuviesen al alcance de la razon humana, sin curarse ni de las doctrinas de los santos padres, ni de las opiniones de los teólogos que iban ya formulando sus sistemas. Debe advertirse que la religion fué siempre respetada, y que los puntos dogmáticos y de pura creencia quedaron como de antes bajo la guarda é inspeccion de los pontífices y de la iglesia romana, á quienes únicamente competia conservar puro é intacto el depósito de la fé. Así es que la filosofía jamás se entrometió en averiguar si los sacramentos de la iglesia eran cinco ó eran siete; si tenian esta ó la otra virtud; si existia el pecado original; si Jesucristo satisfizo por nuestros pecados, etc., etc., nada de esto era del dominio de la inteligencia humana, quedando por consiguiente al cuidado de la iglesia y de los teólogos el examen de estas verdades, que como reveladas pertenecian á mas alta esfera. Pero el campo á donde podian estenderse las investigaciones filosóficas era muy dilatado, el número de cuestiones que podian examinarse y resolverse por las solas fuerzas de la razon infinito; la filosofía reclamó pues el derecho de penetrar en este campo, el cual, cultivado por ella misma, produjo abundantes y muy delicados frutos. Es escusado decir que en los siglos de la edad media las ciencias naturales y de aplicacion, ó eran del todo desconocidas, ó lo eran en una escala tan reducida que no merecen llamarse tales, pudiendo asegurarse que su entero desenvolvimiento, y el elevado vuelo que han emprendido, es obra casi de nuestros dias. No hablamos de estas ciencias. ¿Quien puede dudar que su conocimiento y examen pertenece exclusivamente á la filosofía? Hablamos de la metafísica, de las ciencias morales, de la ideología, de la lejislacion, etc., las cuales las habian tomado los teólogos por su cuenta tiempo hacia, como que su conocimiento era indispensable para la formacion de sus sistemas, y para el estudio de la moral cristiana. La filosofía no quiso consentir el monopolio; conoció que estas ciencias la pertenecian tambien, y se lanzó en medio de la discusion; para ella no habia revelacion, ni autoridad, ni antecedentes de ninguna clase, su única arma era el raciocinio, de ella sola usó en todos sus procedimientos é investigaciones, y con ella alcanzó los mas felices resultados para el adelanto y progreso de todas las ciencias.

Separada la filosofía de la religion ¿se puso en pugna con esta? ¿Las verdades del cristianismo y las verdades de la filosofía se destruyen recíprocamente? Nada de eso, marchando por distintos caminos los teólogos y los filósofos vienen á parar á un mismo punto, allí se dan la mano, y marchando hácia adelante vuelven á encontrarse nuevamente; resultando de aquí que la iglesia, que se alarmó algun tanto al ver que se le emancipaba la filosofía, y que ponia á discusion cuestiones que ella tenia ya resueltas, encontró en ella el mas firme y eficaz apoyo para sus doctrinas.

Con estos antecedentes vamos á ver si podemos dar la verdadera idea de los sistemas filosóficos segun nosotros los entendemos. ¿Qué es idealismo? ¿Cuál es el espíritu y tendencia de este sistema? No será muy fácil seguirle en el desarrollo y progreso de todas sus teorías y hasta sus últimas consecuencias y aplicaciones, pero podemos señalar sus cuestiones fundamentales ó los puntos cardinales sobre que estriba toda la obra de sus raciocinamientos para que el lector pueda reconocerle por cualquiera parte donde le encuentre. En cuanto al orígen de las ideas, los idealistas desconocen en la materia la virtud ó principio activo necesario para su formacion; la existencia del espíritu es por consiguiente su primera ley, y su indestructibilidad una consecuencia de su existencia. El reconocimiento de un ser supremo invisible y eterno, que ha dado vida á la materia y leyes al universo, al cual gobierna con su mano sabia y omnipotente y un principio interno que bajo el nombre de ley natural, de conciencia, de sentido comun, de sentido interno, y bajo otras denominaciones guia al hombre como por la mano alumbrando á su razon para regularizar sus acciones. En virtud de este principio ó sentido comun es como explican ciertas leyes generales reconocidas de todos los hombres y de todos los pueblos de la tierra, tales como el respeto y amor á los padres, y un culto cualquiera que sea al supremo Hacedor. Esto en cuanto á la metafísica, respecto á la moral, la idea del bien y del mal anterior á todas las leyes humanas es la base de todas sus teorías y procedimientos, principio humanitario y benéfico, que es el mejor apoyo de las sociedades y de todas las instituciones. Porque si el bien y el mal moral no existe sino en virtud de disposiciones prohibitivas, si con anterioridad y por cima de las leyes no

hay un regulador ó un tipo comun, al cual deban conformarse las acciones ¿qué será del hombre y de la sociedad cuando le falten las leyes, cuando estas sean injustas, ó cuando el hombre sea superior á ellas? El hombre, segun los idealistas, no solo es un ser viviente cuya naturaleza sea comun con la de los demás animales, es además un ser racional, y su destino no está reducido á vegetar y morir como una planta. Muchas y muy importantes consecuencias aplicables á la legislacion y á las costumbres se deducen de este principio, siendo la principal que persuadido el hombre desde el sumo imperante hasta el súbdito mas humilde de que en su existencia median estas dos consideraciones, la sociedad y el entendimiento humano no pueden menos de tomar en sus especulaciones una direccion análoga á tales ideas.

Dijimos antes, que separándose la filosofía de la religion, no se puso en pugna con esta, y así vemos que en las cuestiones de la metafísica y de la moral van enteramente de acuerdo. Desde Bacon, que fué el primero que principió á cultivar el estudio de la filosofía, libre de las trabas de toda autoridad, hasta fines del siglo XVII veremos como todos los filósofos sin otra guia que su razon marchan en un todo conformes con las doctrinas religiosas, siendo estas igualmente que la filosofía de la época el verdadero idealismo. Será no obstante muy fácil notar alguna diferencia en la moral práctica. La moral religiosa es mas austera que la filosófica, mas rígida, ata mas al hombre; la idea del espíritu prevalece con esceso sobre la materia, limitando aun dentro de lo lícito los goces de los sentidos para dar lugar y espansion á los del espíritu. El idealismo filosófico no raya tan alto. Es de notar tambien que la moral cristiana estrecha mas que la filosófica los vínculos de la caridad, y que al paso que ensalza el amor que debemos á nuestro prójimo, nos recuerda las sagradas obligaciones que tenemos para con él. Así por ejemplo mientras los teólogos, siguiendo el espíritu de caridad que inspira el evangelio, aseguran que la usura está prohibida por la ley natural, los filósofos, marchando por otra senda no tan estrecha, afirman que la usura es lícita, que el dinero como cualquiera otra propiedad tiene un valor intrínseco y de suyo productivo, y que nuestros deberes para con nuestros semejantes no deben extenderse hasta el punto de confundir en

una dos individualidades distintas. Por eso, segun prevalezca en el mundo de las ideas el espíritu filosófico, ó el espíritu religioso, prevalecerá igualmente sobre las costumbres y la lejislacion; así es que, segun las épocas y las ideas dominantes, podemos notar que la usura ó se prohibe enteramente en los códigos bajo severas penas, ó se fija la cuota que puede exigirse por razon del préstamo, lo cual, segun la opinion de los teólogos, solo es tolerado por condescendencia á la debilidad humana y á las necesidades sociales, siendo en realidad una especie de transaccion entre el espíritu filosófico y el espíritu religioso. No hay que decir á los sensualistas que la usura es ilícita, y que pueden fijarse límites á la ganancia resultante del préstamo; los principios de esta escuela en esto como en todas sus teorías son los mas exagerados; mas adelante procurarémos dar una idea de ellos lo mas clara y ligera que nos sea posible. Se vé por lo que hemos dicho anteriormente que la escuela idealista vá de acuerdo con las doctrinas religiosas en la resolucion de las cuestiones fundamentales, si bien en sus últimas consecuencias y aplicaciones puede haber alguna diferencia, aunque no bastante para romper el lazo que las une, ni para cambiar la direccion del entendimiento humano hácia un fin comun. ¿Y qué extraño es esto al ver que entre los mismos expositores de la moral cristiana no se encuentra tampoco una completa conformidad cuando descienden á los hechos y á lejanas deducciones? En una palabra, en la escuela idealista, del mismo modo que en todos los sistemas filosóficos igualmente que en la moral cristiana, pueden distinguirse varios grados sin faltar por eso á la denominacion comun; á la manera que un color no dejará de llamarse con propiedad negro ó encarnado v. gr. por mas que comparado con otro resalten mas sus tintas ó sean por el contrario mas pálidas. Medite el lector sobre lo que hemos dicho acerca del estado de la Europa en los siglos medios, allá por la época de las cruzadas y despues, y encontrará la prueba de esta verdad; compare aquel cuadro ligeramente bosquejado con el que presenta en tiempos posteriores, y verá que la fisonomía que presenta la sociedad religiosa ha sufrido alguna alteracion, y que si bien la figura es la misma, el colorido es muy distinto y muy distintos tambien los contornos y accesorios del cuadro. Como la moral evangélica y las doctrinas religiosas han sido, son y no

pueden menos de ser siempre las mismas en su esencia, y á pesar de esto en los distintos tiempos no tienen una entera y completa identidad; quiere decir que dentro del mismo círculo unas veces estarán mas en el centro, y otras hácia la circunferencia, pero sin salirse nunca de su órbita. Allí girando y revolviéndose continuamente, dentro tambien del mismo círculo el idealismo filosófico, y siempre en continuo movimiento, las ideas se cruzan, se combinan, se modifican, resultando de aquí en distintos tiempos esas diferencias que no pueden ocultarse á un ojo penetrante y perspicaz. La iglesia en el siglo XII había llegado al último grado, al apogeo, por decirlo así, de lo que nosotros llamamos idealismo ó espiritualismo; si hubiera dado un paso mas adelante, hubiera entrado ya en la esfera del misticismo.

Hemos dicho que hasta que se emancipó el espíritu humano de la autoridad el estudio de la filosofía se cultivó en un círculo muy reducido y únicamente en la medida necesaria para regularizar y ordenar las creencias religiosas, y presidir á su exposicion y enseñanza; que desde el canciller Bacon la filosofía principia por su cuenta y con entera independencia á estudiar y resolver las cuestiones de su competencia, y que dejando á salvo las doctrinas reveladas, cuyo exámen no estaba al alcance de la razon, la filosofía y la religion marcharon de acuerdo en los principios fundamentales de la metafísica y de la moral, sin que las diferencias que puedan notarse en los distintos tiempos sean bastante para cambiar la direccion espiritualista dada al entendimiento humano. La escuela de esta época es la idealista, que duró desde su nacimiento hasta todo el siglo XVII. En el XVIII sube á la escena literaria la llamada sensualista, la cual, si acaso existió en los siglos anteriores, pasó desapercibida sin hacer ruido y sin ejercer influjo alguno en la sociedad. Aparece pobre como todo sistema naciente, con timidez, escasa de argumentos y observaciones, presentando con cierta humildad sus dudas y conjeturas acerca de los procedimientos y resultados de la escuela dominante, hasta que enriqueciéndose con el tiempo y desplegando sus fuerzas, se presenta de frente á luchar cuerpo á cuerpo con su antagonista. Los principios fundamentales de esta escuela son diametralmente opuestos, y por consiguiente lo tienen que ser sus consecuencias y aplicaciones. Ya hemos dicho algo sobre el sensua-

lismo á la entrada de este artículo, y despues hemos presentado el testimonio de Mr. Coussin; pero esto no es bastante, es necesario completar el cuadro apenas bosquejado. Para los sensualistas el espíritu es una quimera, el hombre no lo necesita para adquirir sus ideas y formar sus pensamientos, las sensaciones y esperiencias son la única fuente de los conocimientos humanos; á fuerza de repetirlas y compararlas resultan los juicios simples y despues los compuestos, hasta llegar á las ideas mas abstractas y metafísicas. En el cuerpo humano no hay mas que órganos; segun sean estos mas ó menos delicados y perfectos así lo serán las sensaciones, y en igual proporcion lo serán las ideas. Así van discurriendo sobre nuestro ser hasta formar del hombre una máquina, mutilando su existencia por despojarle de su parte mas noble y de lo que constituye su dignidad y grandeza. Herrado el camino desde el punto de partida, continuan siempre escarriados, y cuando debieran limitarse á probar á los idealistas que su sistema es exagerado, que en la formacion de las ideas el espíritu es el todo para ellos, y que no dan á los órganos y á las sensaciones la importancia debida, ellos echan á un lado el espíritu que les estorba y que no comprenden, y se afanan en explicarlo todo por las sensaciones y los órganos. Los idealistas hablan de ley natural, de ideas innatas, del sentido interior, de ese algo que hay en el hombre que no lo dá ni la educacion, ni las leyes; los sensualistas niegan todo esto, afirmando por el contrario que el hombre viene al mundo destituido de todo lo que no sea el instinto de su conservacion y el deseo de su felicidad. No hay que buscar en este sistema ideas elevadas, ni sentimientos generosos y sociales, todo viene á reducirse en último resultado á la especulacion y al interés, único norte á donde van encaminados todos sus pasos.

¿Qué piensan los sensualistas acerca de la moralidad de las acciones? ¿Qué dicen acerca del bien y del mal moral? ¿Qué sobre la existencia de Dios, sobre nuestros deberes para con él, para con nosotros mismos y para con los demás hombres? Para los sensualistas no hay otro bien y mal moral que el que proviene de las leyes, por consiguiente para saber si una accion es buena ó es mala, no hay mas que abrir los códigos, y ver si se prohibe ó se permite; si las leyes callan, el hombre queda en libertad, y todo le es lícito; si las leyes imperan, su deber es obedecerlas pa-

ra no incurrir en la sancion penal. Pero las leyes no pueden seguir al hombre por todas partes y en todos los actos de la vida; no pueden penetrar en el santuario del hogar doméstico, en lo interior de la sociedad familiar; no alcanzan tampoco á esa parte oculta y misteriosa de la vida humana, y este es un escollo que los sensualistas jamás podrán salvar. Los hombres religiosos recurren en tal caso á un ser invisible que todo lo vé, que todo lo escudriña, y al cual somos responsables de nuestras acciones y hasta de nuestros pensamientos; los idealistas, sin desentenderse de esta idea, hablan de los deberes naturales, de la conciencia, del amor del prójimo, etc., etc. Los sensualistas tienen que recurrir á una quimera, porque una quimera es hablar del honor, del deseo de la buena reputacion, y del temor de contraer hábitos viciosos á la mayor parte de los individuos de la sociedad. En cuanto á la existencia de Dios, si tratan de ella los filósofos de esta escuela, lo hacen de una manera vaga, sin interés, sin traer para nada su providencia en los destinos humanos, emancipado el hombre enteramente de su poder, y únicamente sujeto como todos los demás seres á las leyes generales de la naturaleza; en una palabra, si hablan del Ser Supremo ó del Criador es por ser una idea correlativa á criatura, y ni mas ni menos que si hablasen de Júpiter, del Zodiaco ó de las estrellas fijas. Si tan insignificante papel hace en el sistema sensualista la existencia de Dios, mucho menos lo harán nuestros deberes para con él; no hay pues que esperar que su idea pese contínuamente sobre el hombre, ni se tema que como en el sistema idealista, y mucho mas en el religioso, se le llame contínuamente la atencion hácia el cielo para que no se ocupe contínuamente de las cosas de la tierra. Son por consiguiente nulos nuestros deberes para con Dios así como lo son igualmente para nuestros semejantes. Para los sensualistas no hay mas que leyes positivas, porque la sancion religiosa de que hablan algunos es idea tan vaga y de tan poca importancia en su sistema como la existencia del Ser Supremo, y todo el papel que en caso llega á representar la religion es el ser considerada como *auxiliar* y como sosten y apoyo de la legislacion. Por consecuencia de estas doctrinas los deberes de los hombres entre sí se reducen á no hostilizarse, á no perturbar á los otros en el ejercicio de sus derechos, á no invadir su propiedad, á no atentar contra su vida, á observar la ley, en una palabra. Desastrosa teo-

ría, que ahoga los sentimientos del corazon; que rompe ó relaja los vínculos de la fraternidad moral, y que en vez de ayudar nuestros instintos sociales y benéficos, nos endurece y nos inspira una fria indiferencia hácia los desgraciados.

Los deberes para con nosotros mismos son nulos tambien, porque no pueden llamarse tales el instinto de nuestra conservacion y el deseo de la felicidad, únicos sentimientos, segun ellos, innatos en el hombre. ¿Y qué especie de felicidad es la de los sensualistas? Bien se deja conocer cuál será no entrando el espíritu como parte constituyente de nuestra existencia, y siendo tan frias y tan ineficaces ó nulas las relaciones entre la criatura y su criador. La felicidad de los sensualistas no puede menos de ser egoista, individual, limitada á los goces materiales llamado el hombre contínuamente por los sentidos hácia la tierra, sin dar lugar ni á las sublimes inspiraciones, ni á las dulces esperanzas, ni á las emociones tiernas y delicadas del corazon, ni á nada de cuanto es grande y elevado en la vida humana. Segun estos principios la existencia será insignificante y despreciable cuando no nos proporcione sino sinsabores, y un prolongado tormento cuando con ella no podemos adquirir los goces que buscamos sin descanso, y segun la idea que hemos formado de la felicidad. Es verdad, dicen, que la esperanza difícilmente nos abandona aun en medio de los mayores peligros; que el hombre regularmente nunca es tan desgraciado que renuncie enteramente á la idea de la felicidad, que en todos los estados y circunstancias de la vida se encuentran placeres y penas, y que esta es á manera de un largo camino entremezclado de rosas y maleza. Pero ¿y cuándo es imposible ó creemos nosotros que no puede variar nuestra deplorable situacion? ¿Qué hacemos cuando la felicidad nos ha cerrado todas sus puertas, y entre ella y nosotros se ha levantado un muro de bronce que jamás podrémos traspasar? Hé aquí á donde conducen los principios de la escuela sensualista, el suicidio es una consecuencia natural y muy razonable de este sistema.

«Si no quereis, dice Mr. Coussin, que la filosofía se reduzca bien pronto á un sistema de fatalismo, de materialismo y de ateismo, guardaos de destruir el idealismo, porque este es el que hace la guerra á estas tres consecuencias del sensualismo, el que vigila sobre ellas é impide su triunfo.» Es esta una verdad que atestigua la sangrienta historia de la revolucion francesa. El idea-

lismo, despues de haber luchado todo un siglo con su fiero y arrogante antagonista, tuvo que callar por algun tiempo, y abandonar aquel infortunado pais donde no podia oirse ya su voz entre la ruidosa gritería de aquellos energúmenos. Quedaba todavía la religion con sus dogmas, con su moral, y con sus admirables instituciones, y este era muy grande obstáculo para el completo triunfo del sensualismo. La iglesia presentaba sus lejítimos y sagrados títulos fundados en la revelacion, en las tradiciones y en las decisiones solemnes de los concilios generales, y los filósofos, orgullosos con sus anteriores triunfos, y dispuestos á conseguirlos mayores, no se pararon en negar la revelacion, en despreciar las tradiciones, en burlarse de los concilios, en destruir la iglesia hasta sus cimientos y en perseguir y dispensar sus ministros; y entonces fué cuando en medio de los regocijos y frenéticas aclamaciones del pueblo de París se dió al sensualismo con grande aparato y magnífica solemnidad aquella ridícula y extravagante ovacion de que hablamos al principio. ¡Desgraciados tiempos! De resultas de este trastorno la Europa está conmovida; ha sufrido un grande sacudimiento, y puede compararse á un péndulo que habiendo perdido su centro de gravedad trabaja incesantemente por volver á su punto de aplomo. ¡Sí! el sensualismo cundió mas ó menos por todas partes, porque aunque en Francia fué la explosion, la conmocion fué general, y muy lejos de su cráter llegó la lava de aquel volcan horrible. Bien mirado su completo triunfo fué muy poco duradero, á la manera del ruido de la tempestad que pasa sobre nuestras cabezas, de la luz del relámpago que brilla y desaparece, porque muy luego volvieron á parecer sobre la escena literaria los sistemas filosóficos, y volvió tambien á aparecer magestuosa y brillante la religion de J. C. Entonces volvió á comenzar de nuevo la lucha, en la que el sensualismo ha ido perdiendo de dia en dia el terreno conquistado; las fuerzas del soberbio atleta se debilitaron bien pronto con sus extraordinarios y violentos esfuerzos, y hoy por tierra y agitándose entre el polvo, acaba su existencia en una larga y penosa agonía. No quiere decir esto que el sensualismo no ejerza ya influencia alguna sobre la suerte de las naciones, de ninguna manera; ejerce aun por desgracia mas de la que fuera de desear; pero es bien cierto que acabó su esclusivismo, que ha cambiado la direccion que en el siglo XVIII se quiso dar al entendimiento humano, y que los gran-

des hombres que marchan al frente de las ciencias y de la civilizacion del mundo trabajan con fruto y sin descanso en el estudio y propagacion de una filosofía mas racional y humanitaria.

Cuál es hoy el estado de los sistemas filosóficos? A cuál está reservado el triunfo? A ninguno, dice Mr. Coussin, porque ninguno está exento de errores y perjudiciales tendencias, y ninguno carece tampoco de cierto número de verdades mas ó menos importantes que deben aprovecharse para la formacion de un sistema completo, y mas acomodado á la condicion individual y social del hombre. La fusion de todos es por consiguiente el pensamiento de la época; y la filosofía llamada ecléctica el resultado de esta fusion. Quisiéramos haber dado una idea mas completa del misticismo; pero al lector será muy fácil completarla teniendo en cuenta lo que hemos dicho acerca del estado y marcha intelectual de la Europa en los siglos de la edad media, con la única diferencia de que aquella tendencia es hácia el misticismo religioso, cuya base es la revelacion, y el misticismo de que aquí hablamos es el filosófico, cuyo fundamento por el contrario es la sazon pura. En cuanto al escepticismo nada tendríamos que decir si se redujese á una duda prudente y á una desconfianza racional de las opiniones de los hombres con la idea de proceder á su exámen con mas tino y meditacion; pero la burla y el desprecio con que estos filósofos miran todos los sistemas y teorías no puede menos de considerarse como una calamidad para la moral, para las creencias, para las instituciones y para todo género de estudio é investigacion. Concluirémos este artículo llamando la atencion del lector hácia un punto muy importante. En medio de la anarquía intelectual en que hoy está envuelta la Europa, al considerar el flujo y reflujo, por decirlo así, de teorías y sistemas los mas contradictorios, al ver esa fluctuacion contínua de opiniones y delirantes sueños, al contemplar por fin que á pesar del gran progreso y movimiento intelectual de la época, no se forma un pensamiento comun y general sobre puntos capitales y de interés general tambien, el hombre reflexivo no puede menos de volver la vista á la religion para admirar en ella la fuerza extraordinaria y seductora que lleva en sí, y que no se encuentra en ninguno de los poderes de la tierra. «La religion, dice Mr. Coussin con mucha verdad, es la que hace las creencias generales, la que forma las costumbres, y hasta cierto punto las instituciones.»

PEDRO BENITO GOLMAYO.

GERFAUT.

(Continuacion.)

—Bien sé yo que tengo poco juicio, y no creais que estoy contenta con no poderme sujetar; pero no puedo vencerme por mas que hago; siento una especie de fastidio, que á pesar mio todo me cansa, todo me incomoda; y como esto sin duda es una enfermedad, cuya causa no comprendo, tampoco puedo poner remedio. Algunas veces quisiera morirme, os lo aseguro. Sin embargo, no tengo ningun motivo de disgusto; soy feliz, soy dichosa, y debería serlo mas aun....

—Es preciso convenir en que las mujeres de hoy son incomprensibles. En otros tiempos habia reservado, si se quiere, un ataque de nervios para ciertas ocasiones.... Pero pasada la crísis se volvia á ser amable con todo el mundo; las mejillas se enrojecian, y quedaba una en disposicion de ir al baile. Pero nada, ahora todo son hipocondrias, fastidios, y lo mas lo mas afecciones de estómago.... Estas son aprensiones, no hay que dudarlo. Y tambien los hombres han sido poseidos de la misma manía, y han dado en padecer eso que llaman esplin; el esplin! un nuevo descubrimiento, una importacion inglesa; ya se vé, como nos vienen tan buenas cosas de Inglaterra.... Qué ridiculeces!

En cuanto á vos, Clemencia, os advierto que debeis poner fin á esas chiquilladas. Apenas hacía dos meses que nos hallábamos en París, y no me habeis dejado descansar, hasta que á la fuerza me habeis traido aquí. Sí señor, á la fuerza, porque yo tenia razones muy graves para no venir tan pronto; amueblar mi cuarto, sufriendo aun la jaqueca! en fin no habeis querido escuchar nada; ha sido preciso sujetarse á vuestro capricho, y ahora....

—Pero tia, vos misma habeis conocido que era preciso que viniese á reunirme con mi marido. No era ya demasiado haberle dejado pasar solo el invierno aquí, mientras que yo me divertia y bailaba en París?

—Era muy justo, seguramente, y no os reprendo yo por eso. Pe-

ro por qué lo que deseábais tan vivamente hace dos meses os produce ahora tanta tristeza? En París no se habla sino de Bergenheim, de los deberes sagrados que hay necesidad de cumplir al lado de un marido; y me atormentan, y me rompen la cabeza con tanta ternura conyugal. En Bergenheim, al contrario, no se sueña sino con París, y no se suspira sino por París. No meneeis la cabeza; yo soy una vieja á quien no se la escucha ni se la hace caso, pero que todavía sabe mucho; y á decir verdad, no se me escapa nada. Y sino tened la bondad de decirme qué es lo que os hace recordar á París? En esta estacion en que no hay ni bailes, ni soirées, ni una sola figura humana? porque todos los conocidos estan en el campo; acaso....

La señorita de Corandeuil no acabó su frase; pero pronunció estas últimas palabras con tanta severidad, que Clemencia no pudo menos de fijar los ojos sobre su tia, como para preguntarle la explicacion de su pensamiento.

—Vamos, dijo dulcificando la voz, no se trata de que tomes ese aire de princesa. Estamos solas, y sabes que soy tu buena tia. Vaya, hablemos con franqueza; habrás dejado en París alguna cosa, alguna persona, cuyo recuerdo te hiciera parecer tu castillo aun mas enojoso de lo que es en realidad? Algunos de tus adoradores de este invierno?

—Qué idea, tia! tengo yo acaso adoradores? exclamó vivamente Clemencia, haciendo por ocultar con una sonrisa un color rosado que matizó momentáneamente la palidez de sus mejillas.

—Y aun cuando fuera así, hija mia, continuó la vieja solterona, cuya curiosidad le hizo tomar un acento poco acostumbrado de mimo é indulgencia, ¿donde está el mal? Está prohibido agradar? Cuando se desciende de una cuna ilustre, es preciso vivir en el mundo, y mantener el rango en que se ha nacido. No tienes todavía veinte y tres años, y me parece que no es edad para vivir en un desierto; y como te he dicho, todavía no eres una vieja para no poder inspirar pasiones; ya comprenderás que no se trata de hacer la prueba. Pero en fin eres jóven, bonita, y cuando se poseen estas cualidades, se hacen conquistas involuntariamente. No serás la primera de la familia á quien le suceda esto; al fin eres Corandeuil. Vamos, mi buena Clemencia, quien es el alma en pena que gime allá abajo? Es el señor de Mauléon?

—El señor de Mauléon! exclamó la jóven soltando una carcajada; él, un alma! y en pena! Oh! tia mia, le haceis demasiado honor. El señor de Mauléon que es grueso, que tiene cuarenta y cinco años, y que gasta corsé! un atrevido que en el baile les aprieta los dedos á sus compañeras de una manera bárbara, devorándolas con miradas apasionadas. Oh! el señor de Mauléon!

La señorita de Corandeuil sufrió con paciencia el acceso de alegría de su sobrina, hasta que pasados algunos instantes continuó su interrogatorio.

—Es quizás el señor de Arzenac?

—Ah! El señor de Arzenac al contrario, tiene modales muy distinguidos; puede ser que no desdeñe mi conversacion, y por mi parte encuentro la suya interesante, y sobre todo buen gusto; pero podeis estar segura de que lo mismo se ocupa él de mí que yo de él. Por otra parte, bien sabeis que se vá á casar con la señorita de Neuville.

—El señor Gerfaut? prosiguió la señorita de Corandeuil, con la perseverancia que ponen las mujeres de edad para averiguar el objeto que se han propuesto, y como si estuviese decidida á pasar revista á todos los hombres conocidos suyos, hasta descubrir el secreto de su sobrina.

Esta permaneció un momento sin responder.

—Cómo podeis pensar eso, tia mia? dijo al fin; un hombre de tan mala reputacion, que escribe obras que nadie lee, y comedias que no se ejecutan! No habeis oido decir á madama de Pontivers, que una jóven que tuviera en algo su reputacion no debia recibir sus visitas?

—Madama de Pontivers es una mogigata insoportable, llena de pretensiones y ridiculeces. Pues no se le puso en la cabeza este invierno hacer que la acompañára á todas partes? Yo le respondí, que una viuda de cuarenta años y pico estaba demasiado bien guardada para tener miedo de ir sola. Teme comprometerse; vaya! como si estuviera ya ella en edad de compromisos. Despreciar al señor Gerfaut! qué presuncion! Tiene ciertamente muchísimo talento en no querer parecer de fastidio en su casa; porque tiene talento, y mucho. Jamás he comprendido yo tu aversion hácia él, ni la manera altanera con que le recibiais en mi casa, sobre todo antes de nuestra partida.

—Tia mia, no somos dueñas de nuestras antipatías ni de nuestros afectos; pero para responder de una vez á vuestras preguntas al interés que manifestais, estad segura que ninguno de esos señores, ni de los que podiérais nombrarme, los miraría bajo otro aspecto que el de unos amigos. Yo me fastidio, porque mi carácter necesita de distracciones, y en este pais las distracciones son nulas. Es una melancolía involuntaria, y que pasará; yo así lo espero. Podeis estar segura que la raiz del mal no existe en el corazon.

En el tono frio y seco con que estas palabras fueron pronunciadas, la señorita de Corandeuil comprendió que su sobrina quería guardar su secreto, si le tenia; no pudo contener un movimiento de mal humor viéndose burlada de tal modo, y encontrándose tan adelantada como al principio de la conversacion. Manifestó su desenfado dan-

de un fuerte puntapié á la perra, que solo contestó con un sordo gruñido, pues ya estaba familiarizada con tales cariños. En seguida prosiguió.

—Bueno, ya que me he equivocado, que vuestro marido os adora, y que vos le adoraís, puesto que, en una palabra, teneis el corazon enteramente libre y tranquilo, vuestra conducta no tiene sentido comun, y os aconsejo que la cambieis. Esa languidez, ese rostro pálido son caprichos insoportables para los demas, os lo prevengo. Si alguien hay aquí que os conozca soy yo, porque os he educado; y esto no es por dirigiros una queja; me habeis causado muchas penas, pues sois la persona mas fantástica, la cabeza mas destornillada, la niña mas mal criada....

—Tia mia, interrumpió Clemencia, me habeis hablado muy á menudo de mis defectos para que no los conozca, y si soy incorregible no teneis vos la culpa, pues no habeis descuidado vuestras lecciones. Sino hubiese tenido la desgracia de perder tan pronto á mi madre, no os hubiera causado tanto trabajo.

La jóven sintió bajo su párpado una lágrima, pero tuvo bastante imperio sobre sí para impedir que corriese por su mejilla ardiente. Tomando un diario de la mesa, lo abrió para ocultar su emocion involuntaria, y poner fin á una conversacion que le iba siendo tan penosa. La señorita de Corandeuil, á su vez, colocó severamente sus anteojos sobre sus narices, desplegó á la distancia conveniente de sus ojos la *Gaceta de Francia*, que hacia rato descansaba sobre sus rodillas, y se volvió á extender con solemnidad en su sillon.

Un silencio profundo reinó durante algun tiempo en el salon. La vieja leia muy atentamente en la apariencia. Su sobrina permanecia inmóvil; los ojos fijos sobre la cubierta amarilla del número de la *Moda*, que la casualidad habia hecho que cayese en sus manos. En fin, saliendo de su meditacion hojeó el periódico con una dejadez, que parecia dar á entender el poco interés que tenia en la lectura que iba á hacer. Pero, al volver la primera hoja, un grito de sorpresa se le escapó, y sus ojos se fijaron sobre la portada con gran curiosidad.

Sobre esta, en el sitio en que estan grabadas las armas de la duquesa de Berry, y en medio del escudo de la derecha se hallaba dibujado con lápiz un pájaro, cuya cabeza estaba adornada con una corona de vizconde.

Curiosa de saber lo que podia causar tanta sorpresa á su sobrina, la señorita de Corandeuil acercó la cabeza; sus ojos recorrieron un momento la página sin encontrar nada de extraordinario, pero en fin, fijando su atencion sobre el escudo descubrió el nuevo blason, con el cual la habian enriquecido.

—Un gallo! exclamó despues de un momento de reflexion, un ga-

llo sobre el escudo de la señora duquesa! qué es lo que quiere decir esto, buen Dios? no está grabado ni litografiado, sino que está dibujado á mano.

—No es un gallo, es un gerifalte coronado, dijo Clemencia.

—Un gerifalte! Sabeis lo que es un gerifalte? En Corandeuil, en casa de vuestro abuelo habia una alcoholería, y yo he visto muchos gerifaltes; pero vos.... Os repito que es un gallo, un gallo inglés; y lo que tomais por una corona es una cresta mal dibujada. Pero cómo es que este pajarraco se encuentra aquí? Yo quisiera saber si es en el correo donde se cometen semejantes necedades. Quiero absolutamente descubrir al autor de esta mala diversion. Hazme el favor de llamar!

—Efectivamente es muy estraño! dijo Clemencia tirando del cordon con una viveza, que anunciaba participar sino de la indignacion, al menos de la curiosidad de su tia.

Un criado con librea azul y galones encarnados entró en el salon.

—Quién ha ido hoy á Remiremont á buscar los periódicos? preguntó la señorita de Corandeuil.

—Señorita, ha sido el padre Rousselet, respondió el lacayo.

—Dónde está el señor de Bergenheim?

—El señor baron juega al villar con la señorita Alma.

—Haz subir á Leonard Rousselet.

Y la señorita de Corandeuil se colocó en su inmenso sillon con la dignidad de un juez, que va á dar principio á la lectura de un proceso.

III.

Los criados del castillo de Bergenheim formaban una familia, cuyos miembros estaban muy lejos de vivir en perfecta armonía. El baron haciendo cultivar él mismo sus propiedades, empleaba un gran número de jornaleros, criados de cortijo, hijas de dotal, que la librea les hacia recibir otras atenciones de las que tendrian sin ella. Los vagabundos por su parte se rebelaban contra los lacayos privilegiados, y no les escaseaban los nombres de cutrutidos y parisienses, acompañados á veces de términos mas expresivos. Entre estas tribus enemigas habia otra mucho menos numerosa, que se encontraba en una posicion muy crítica: esta era los dos lacayos traidos por la señorita de Corandeuil. Gracias que esta participaba del gusto de Federico teniendo á su servicio hombres altos y vigorosos; pues sin esto difícil les hubiera sido salir sanos y salvos de todas las disputas que diariamente se veian precisados á sostener.

La cuestion de superioridad entre las dos familias habia sido la primera manzana de discordia; siendo los colores de las libreas las enseñas de que cada partido se valia para mofarse y aun insultarse.

En seguida del repertorio de provocaciones, se apretaban la garganta, y se arrancaban los cabellos. No pasaba una semana sin que uno de los gigantescos Corandeuil no fuese desafiado á puñetazos en cualquier rincon del parque por un Bergenheim del castillo ó de las alquerías.

En medio de esta guerra civil cuidadosamente disimulada á los ojos de los amos, cuya severidad se temia, vivía un singular personaje, Leonardo Rousselet: el padre Rousselet, como le llamaban de costumbre, era un viejo plebeyo desesperado de serlo, y que habia hecho mil esfuerzos para salir de su estado, sin llegar jamás á verificarlo. Despues de haber sido sucesivamente oficial de peluquero, sacristan, cerero y maestro de escuela, habia acabado por volver á entrar á los sesenta años en el punto de donde habia salido. En casa del señor de Bergenheim no tenia empleo particular; él executaba los encargos, cuidaba del jardin y curaba los caballos; en cuanto á su físico, era un hombre de elevada estatura, tan acomodado en sus vestidos como una almendra seca en su cáscara. Un ropon negro envolvia diariamente sus pantorrillas, que nadaban en unas medias de lana azules, y mas semejantes á espárragos que á piernas humanas; traje que hacia que á menudo los otros criados tuviesen algunas bromas, á las que no se dignaba responder sino con una sonrisa de desprecio y gruñendo entre dientes: plebeyos sin educacion! Esta palabra espresaba el último grado de su desden, pues, segun el decia, su desesperacion le hubiera hecho pasar por un hombre mal criado.

A pesar de la confianza que en sí mismo tenia, no fué sin emocion como Leonardo recibió el aviso de comparecer ante la persona mas temida del castillo; así es que aun se resentia de esta impresion, cuando apareció á la puerta del salon, donde permaneció grave y silencioso como la sombra de Baco. A el aspecto de esta figura heteróclita, Constanza se levantó ladrando con furor, y corrió á arrojarse hácia las piernas del antiguo criado; pero el tegido de la media de lana semejante á una piel de caballo era un bocado algo duro para sus dientes pequeños; se vió pues obligada á renunciar á su ataque y á contentarse con ladridos inútiles, mientras que el viejo plebeyo, que hubiera dado un mes de su vida por romperle la quijada con la punta de su zapato herrado, la acariciaba con la mano, diciendo con una voz hipócrita de falsete.

—Muy bien, picarilla; ya no me conoces?

Esta conducta cortesana conmovió el corazon de el pobre animal, y dulcificó algun tanto el aire severo que habia tomado su rostro;

—Silencio, Constanza, dijo la señorita de Corandeuil, ven á echarte á los pies de tu ama. Rousselet, acercaos.

El anciano obedeció, haciendo á cada paso mil cortesías, hasta que permaneció en una postura humilde á cierta distancia de su ama.

—Sois vos, replicó la señorita de Corandeuil, á quien se ha enviado hoy á Remiremont? Habeis ejecutado todos los encargos que se os han dado?

—No es enteramente imposible, que me haya dejado alguno en la caja del olvido; respondió el criado temiendo comprometerse con una afirmacion positiva.

—Decidnos al momento con los que habeis cumplido.

—Yo soy, dijo, el que ha ido esta mañana á la ciudad para ejecutar lo que el señor baron mandó ayer tarde; que cazaria, y que era menester que el picador estuviese aquí hoy sin falta.

—Bien, pasemos esos detalles, dijo la señorita de Corandeuil. Habeis ido al correo?

—He ido al correo, donde he echado las cartas de la señorita, de la señora, del señor baron, y una de la señorita Alina para el señor d'Artigues.

—Alina escribe á su primo? sabiais eso? dijo vivamente la vieja volviéndose hácia su sobrina.

—Sí tia; estan en correspondencia arreglada, respondió esta con una sonrisa que parecia añadir que no veia ningun peligro en ello.

La vieja inclinó la cabeza, sacando el labio inferior, pantomima que parecia añadir: ya aclararémos eso otra vez.

Clemencia impaciente por esta digresion, tomó la palabra á su vez con un tono vivo, que contrastaba con la lentitud solemne de su tia.

—Rousselet, dijo, cuando os dieron los periódicos habeis reparado si los sobres estaban intactos ó si los habian abierto?

A esta pregunta el honrado criado sumergió la mitad de su rostro en la corbata, y solo respondió con visible embarazo al cabo de algun tiempo.

—Ciertamente, señora.... en cuanto á los sobres.... yo no culpo al señor del correo.

—Si los periódicos estaban cerrados cuando los habeis recibido, nadie entonces sino vos ha podido abrirlos.

Rousselet se enderezó en toda su altura, y dando á su figura la mayor magestad posible:

—Salvo el respeto que yo debo á la señora, dijo con un tono solemne, Leonardo Rousselet es conocido. Cincuenta y siete años en Saint-Hubert! Yo soy incapaz de abrir los periódicos. Cuando los han leido en el castillo y me los mandan llevar al señor, cuando los leo por el camino alguna vez que otra. Pero, antes de entregarlos en el castillo, ja-

más? Leonardo Rousselet es un viejo incapaz de semejante bajeza. Inocencia baptismal; cincuenta y siete años en Saint-Hubert.

La señora de Bergenheim, sobre quien la arenga de Rousselet no habia producido gran efecto, sacudió la cabeza con impaciencia, y dijo con tono imperativo:

—Yo estoy cierta que los periódicos han sido abiertos por vos ó por personas á quien vos los habeis confiado, y eso es lo que yo quiero saber inmediatamente.

Rousselet abdicó su postura de senador romano; pasándose la mano por detrás de la oreja con un gesto familiar á las personas colocadas en una posicion embarazosa, respondió con un tono ménos enfático:

—A la vuelta me habia yo parado en la Halconería, en la *Femme Sans Tête*....

—Y qué teneis vos que hacer en las tabernas? interrumpió la señorita de Corandeuil con voz severa. Sabeis que los criados del castillo no acostumbran á frecuentar lugares semejantes, que no son propios sino para pervertir las costumbres de la clase baja.

—Criados! clase baja!... Vieja aristócrata! gruñó sordamente Rousselet; pero no atreviéndose á entregarse á su mal humor, respondió con voz hipócrita.

—Si la señorita hubiera andado el camino de la ciudad por donde yo acostumbro á ir, sabria que es preciso pasar por la taberna de la *Femme-Sans-Tête*. De consiguiente entré allí á descansar un momento, cuando la señorita Reine, la hija de la señora Gobillot, la dueña de la taberna,—VV. deben conocerla perfectamente; pues cuando vinieron de París pararon VV. un momento allí. Pues como iba diciendo, la señorita Reine me pidió permiso para mirar el periódico de la cubierta amarilla, donde hay muchas señoras y señores vestidos de dia de fiesta; yo rehusé el dárselos; pero me dijo que era solamente para saber las modas, y ver que clase de papalinas se ponian en la capital, que batas, y otras tonterías; futilidad de mujer.

La señorita se recostó en su sillon entregándose á un acceso de tranquilidad que le permitia vencer su humor rígido.

—La señorita Gobillot leyendo la *Moda*!... La señorita Gobillot hablando de batas, de chalinas y de dachenieras? Clemencia, qué dices á esto?... Ah! Ah!... hé ahí lo que se llama progreso de la civilizacion, el siglo de los conocimientos!...

—Solamente la señorita de Gobillot ha sido la que ha mirado este número de la *Moda*? No habia ninguna otra persona en la taberna?

—Señorita, respondió Rousselet, obligado por tantas preguntas, habia dos jóvenes almorzando, y de los cuales uno tenia una barba

tan larga como la de un chibo. La señora me perdonará si uso estas expresiones tan vulgares; pero ya que todo lo quereis saber...

—Y el otro?

—El otro, al contrario, tenia un cutis tan liso como el de una señorita. Él es el que ha tenido el periódico mientras que su compañero el de los bigotes fumaba á la puerta.

La esposa de Bergenheim cesó de preguntar, y cayó en una meditacion profunda. Los ojos fijos sobre el número de la *Moda*, parecia estudiar las menores líneas del dibujito como si esperase encontrar la revelacion de aquel misterio. Su respiracion irregular, la animacion cada vez mas viva de sus mejillas, hubiesen anunciado á un ojo observador una de esas tempestades del alma, cuya manifestacion física ofrece síntomas semejantes á los de un acceso de fiebre. La melancolía, contra la cual la jóven luchaba en vano, habia desaparecido como por encanto.

Un pajarillo adornado con una corona de vizconde bastante mal dibujado, tal era el talisman bizarro que habia producido este cambio de escena.

—Esos son comisionistas, dijo la vieja que tenia la pretension de quererlo adivinar todo; uno de ellos sin duda, al leer sobre la cubierta el nombre tan conocido de Bergenheim, habrá encontrado muy bonito dibujar el animal en cuestion. Estos señores de industria han recibido, en general, tan mala educacion! Pero, esto es dar demasiada importancia á un asunto que no la merece. Leonardo Rousselet, continuó alzando la voz, habeis hecho muy mal en soltar de vuestras manos un papel dirigido á vuestro amo. Por esta vez se os perdona; pero cuidado con que se repita en lo sucesivo; ah! y cuando paseis por delante de la taberna de la señora Gobillot, diréis de mi parte á la señorita su hija, que si tiene gana de leer la *Moda*, la redaccion está en la calle Helder, núm. 25; me alegraré procurar una suscricion á uno de nuestros periódicos. Podeis retiraros. Sin hacérselo repetir, Rousselet empezó á andar hácia atrás á la manera de un embajador cuando se retira despues de una audiencia real, escoltado por Constanza que hacia el papel de maestro de ceremonias. No habiendo calculado bien la distancia, tropezó con la puerta que se abrió bruscamente dando paso á una persona que venia saltando, y que le impidió salir del salon.

Era esta una jovencita un poco baja, pero cuyas formas perfectamente desarrolladas presagiaban para el porvenir una de esas gorduras que revelan el apego de la vida con el goce de todas las comodidades. Pertenecia á la familia de Bergenheim, á juzgar por la semejanza de sus facciones con algunos de los retratos del salon; llevaba un vestido cerrado de un color oscuro, de cola, como si estuviese pronta para montar á

caballo. Un sombrerillo de fieltro gris caido hácia un lado con coquetería, dejaba ver unos grandes rizos rubios, de un color vivo y brillante. Este peinado, y el velo verde que flotaba á cada movimiento como el penacho del casco de un guerrero, daban un aire caballeresco al rostro fresco de esta gentil amazona, que blandia en lugar de lanza un taco de billar.

—Clemencia, exclamó con una petulancia incomparable, acabo de ganarle tres mesas á Cristian; he hecho la encarnada, he hecho la blanca y por fin la carambola; señorita, acabo de ganar á Cristian, esto es glorioso, no es verdad? Padre Rousselet, acabo de batir á Cristian. Sabeis jugar al billar?

—Señorita Alina, no lo ignoro del todo, respondió el criado con una sonrisa lo mas graciosa posible.

—Ya aquí no hacéis falta, Rousselet, dijo la señorita de Corandeuil, cerrad la puerta al salir.

Cuando fué obedecida, la vieja se volvió gravemente hácia Alina, que continuaba bailando en medio del cuarto, y que acababa de agarrar las manos de su cuñada para obligarla á partir con ella su infantil alegría.

—Señorita, dijo con voz severa, está permitido en el convento del Sagrado Corazon entrar donde hay gente sin saludar á las personas que se encuentran en él, y saltar como una loca? Alina se paró de pronto en medio del salon, y se puso un poco encarnada; en lugar de responder empezó á acariciar á la perrilla, pues sabia que era el único medio de ablandar el corazon de su ama. Pero esta vez la zalamería fué tiempo perdido.

—Dejad en paz á Constanza, exclamó la vieja como si hubiese visto algun puñal levantado sobre el objeto de su ternura; no acariciéis al pobre animal. Vais á mancharla toda con vuestros dedos sucios; habeis salido de alguna fábrica de índigo?

La jóven pensionista, poniéndose cada vez mas encarnada, miró sus bonitas manos, un poco sucias en efecto, y se puso á limpiarlas con un pañuelo bordado que sacó del bolsillo de su trage.

—Sí, es del billar, respondió á media voz, pronto se quita, es preciso frotar el cuero para darle fuerza al taco, y hacer carambolas.....

—Taco!... para hacer carambola!... Hacedme el favor de explicarme vuestra gerigonza, replicó la señorita de Corandeuil, que parecia ponerse de mas mal humor á medida que aumentaba la confusion de la jóven; bonita educacion para una colegiala! y acaba de salir del Sagrado Corazon! Vaya, yo no sé en lo que piensan estas señoritas.... Y ahora supongo que iréis á montar á caballo. El billar y el caballo, el caballo y el billar!... Qué bonito! qué admirable es eso!

—Pero, señorita, dijo Alina levantando sus grandes ojos azules,

próximos á derramar algunas lágrimas, estamos en vacaciones, y no tiene nada de malo, me parece, el jugar al billar con mi hermano; en el Sagrado Corazon no hay billar, y es tan divertido! Lo mismo que la equitacion: el médico dice bien, que el montar no debe serme sino muy saludable, y Cristian cree que me hará crecer algo.

—Gracias que vos no sois mi sobrina, de lo que me alegro, replicó la señorita de Corandeuil, y ademas soy muy vieja para empezar de nuevo otra educacion; gracias al cielo, tengo bastante con una. Yo ninguna autoridad tengo sobre vos, y vuestra conducta tan solo atañe á vuestro hermano. Los consejos que yo os doy son del todo desinteresados; vuestras distracciones no me parecen propias para una persona bien educada; es muy posible que en el dia esté eso de moda: pero voy á hablaros de otra cosa mas seria, y os aconsejo que reflexioneis sobre ello. En mi mocedad una jóven no escribia sino á su padre y á su madre. Vuestras cartas á vuestro primo Artigues son una falta que habeis cometido, no respondais; una falta de la que os aconsejo que os corrijais.

La señorita de Corandeuil se levantó muy satisfecha, saboreando el placer que le habia proporcionado poder regañar á tres personas distintas, y que por consiguiente no podia decir como Tito: *he perdido el dia.* Así fué como con gran contento suyo, igual á la magestad de su marcha, salió del salon escoltada por su perra, sin volver siquiera atrás la cabeza.

—Qué tia tan mala teneis! exclamó la señorita de Bergenheim, cuando se quedó sola con su cuñada. Cristian me dice que no le haga caso, porque todas las mujeres que á esa edad permanecen todavía solteras, se vuelven regañonas. Una falta! Cuando ya no sabe qué decirme, me riñe acerca de mi primo, Ni la pena de acordarse de ello merece lo que nos escribimos! En su última carta, Alfonso no me habla sino de las perdices que mata y de su uniforme de caza: qué niño es! Pero respondedme; estais sentada sin hablar una palabra; acaso tambien estais enfadada conmigo?

Entonces se acercó á Clemencia, y quiso sentarse sobre sus rodillas; pero esta se levantó para evitar esta muestra de tierna familiaridad.

—Habeis ganado á Cristian, dijo con tono distraido, y ahora vais á montar á caballo? Os sienta muy bien ese vestido.

—De veras? oh! qué contenta estoy! respondió la jóven colocándose delante del espejo para contemplar su graciosa figura; en seguida colocó bien los pliegues del vestido, arregló su velo que flotaba en desórden, ladeó el sombrero un poco mas, y se volvió por tres lados para juzgar mejor del efecto de su trage, hizo, en una palabra, mil posturas á cual mas coquetas, que todas las mujeres

aprenden al venir al mundo. En fin, pareció contenta de su exámen manifestándolo con una sonrisa, que dejó entrever unos dientes mas blancos que el marfil.

—Ahora me arrepiento, dijo, de no haberme puesto el sombrero negro; tengo los cabellos tan claros, que este gris me sienta muy mal. No te parece así? pero respondedme Clemencia; no hablais una palabra hoy; teneis acaso dolor de cabeza?

—Un poco, respondió la esposa de Bergenheim, para dar un pretexto á su preocupacion.

—Pues bien, deberíais montar á caballo, y venir con nosotros hasta el bosque de la Corne; el aire libre os debe hacer mucho provecho. Mirad qué hermosa tarde hace; y galoparémos por la calle de plátanos; quereis? Ah! sí, quereis, no es así? Yo os vestiré, y en cinco minutos estais lista. Voy á decir á Cristian que haga ensillar vuestro caballo; escuchad, me parece que lo oigo en el corredor; sí, sí, venid.

Alina, cogiendo á su cuñada por la mano, la llevó á otro cuarto detrás del salon, y abrió una ventana para ver lo que pasaba fuera, donde relinchaban los caballos ya preparados, y sonaba el chasquido del látigo y las voces de varias personas. Un criado paseaba por la galería un arrogante caballo, que acababa de sacar de la cuadra; el baron tenia por la brida otro mas pequeño, que llevaba una silla de mujer. Al oir abrir la ventana por cima de su cabeza, se volvió, y se inclinó ante Clemencia con una afectacion de galantería caballeresca.

—Gracias que os vemos hoy, la dijo sonriéndose.

—Monta á Jitania, Alina? preguntó madama de Bergenheim haciendo un esfuerzo por hablar; estoy segura que os jugará alguna mala pasada.

La pensionista del Sagrado Corazon, que amaba á Jitania con predileccion, solo contestó á Clemencia con un gesto negativo y una sonrisa.

—Alina no tiene miedo de nada, replicó Bergenheim, ya la alistarémos en los húsares cuando salga del convento. Vamos, Alina.

A esta llamada, la jóven abrazó á la baronesa, se recogió la cola de su vestido para que no se le enredára en los pies, y echó á correr con una velocidad increible. Un momento despues ya estaba de vuelta en el corredor, acariciando el cuello de su querida jaca castaña.

—A caballo! gritó Cristian.

Cogiendo entonces el pié de su hermana en una mano tan ancha como un estribo turco, la levantó con el otro brazo, y la colocó sobre la silla tan facilmente como si hubiese sido una niña de seis años. Montó en seguida él en su gran caballo de batalla, y saludó á su mujer por segunda vez; despues se colocó á la derecha de Alina; cuando vió

que estaba preparada, dió un latigazo á Jitania, un par de espolazos á su caballo, y partiendo al galope pronto desapareció por la puerta del corredor.

Así que los hubo perdido de vista, Clemencia entró en su cuarto, tomó un chal de su cama, y bajó rápidamente al jardin por una escalera falsa.

IV.

El cuarto de Mad. de Bergenheim ocupaba el primer piso de una de las alas del castillo del lado de poniente. En el piso bajo se encontraba la biblioteca, una sala de bailes y algunos cuartitos sin destino actual. Las ventanas tenian un aspecto moderno, pero en armonía con el resto del edificio que habia al rededor. Al pié de esta fachada se veia un prado cubierto de naranjos, rosales y otras clases de flores. A través de los abetos y el follage de algunos tulipanes dominados por grupos de arbustos, el ojo podia seguir las sinuosidades del rio que desaparecía en fin en el alto del valle.

Despues de haber atravesado el prado, la jóven abrió la puerta de una reja que rodeaba parte del jardin, y se encontró bajo los plátanos á la orilla del rio: esta alameda de plátanos describia una curva alrededor del parque formando una especie de calle que llegaba hasta la puerta principal. Por un lado el aspecto monotono del torrente, por otro la melancolía de los bosques, que tan pronto espesaban por un lado como aclaraban por otro, daban á este lugar el carácter de soledad, que está mas en armonía con la meditacion. La noche se acordaba, y el paisaje, momentaneamente turbado por la tempestad habia recobrado su serenidad. Las hojas de los árboles, como sucede despues de la lluvia, ofrecian esa animacion de tintas, que hace en estos momentos el campo comparable á un cuadro acabado de barnizar. El sol en su ocaso derramaba sus rayos á través de los plátanos, cuyos troncos entrelazados se asemejaban á un bosque de boas inmóviles.

Clemencia caminaba lentamente, con la cabeza baja, los brazos cruzados sobre el pecho, envuelta en una gran cachemira verde, que subia detrás del cuello hasta el nacimiento del pelo, y se caia hasta casi tocar al suelo de una manera un poco irregular. Esta colocacion comunicaba al vestido, naturalmente desairado, cierta distincion, concedida solo á cierta clase de mujeres. Clemencia al primer golpe de vista apenas parecia hermosa; al segundo escitaba una atencion involuntaria; y al fin ya era difícil separar de ella los ojos y el pensamiento. Una singular armonía unia unas mismas facciones, que hubieran parecido

irregulares consideradas aisladamente; adivinar el carácter perteneciente á esta fisonomía era una cosa casi imposible. Los cabellos de un castaño claro y brillante caian en grandes bucles sobre sus mejillas con cierta dejadez y elegancia, mientras que las cejas un poco espesas daban á su fisonomía una gravedad imponente. El mismo contraste reinaba en la boca: la poca distancia que tenia de la nariz hubiese indicado, segun Lavater, una enerjía viril; la fresca palidez de su rostro la hacía aun mas interesante.

En este momento, la meditacion de Clemencia hacia mas impenetrable aun el velo misterioso que envolvia ordinariamente su fisonomía. Qué especie de sentimiento la hacía inclinar así la cabeza, y dar á sus pasos esa lentitud meditabunda? Era el fastidio de que habia hablado á su tia? Pero esa desapacible costumbre del alma se manifiesta por síntomas semejantes á las plantas que crecen sobre el agua estancada. Los ojos de Clemencia no habian jamás brillado tanto como en aquel momento, y ciertas arrugas en su frente anunciaban una excitacion de espíritu llevada á su último extremo.

Sería melancolía? el sonido monotono del torrente, el canto de los pájaros en los bosques, algunos sonidos lejanos que aumentaban aun la calma de la soledad, todo parecia reunirse para derramar en el alma una dulce tristeza; pero al murmullo del rio, á la serenata de las currucas, á los débiles rayos del sol, á los ruidos vagos y á los vagos olores, en fin á toda esta naturaleza elegiaca, Clemencia no concedia ni una mirada ni un suspiro.

Su meditacion no era un sueño, era un pensamiento; no conservaba recuerdo de lo pasado, pero sí una preocupacion de lo presente. Habia en los rayos rápidos é inteligentes que despedian sus ojos cuando los levantaba algo esencialmente actual, determinado y positivo; era una especie de prevision de un drama. El drama llegó.

Un momento despues que hubo pasado un puente de madera que está al fin de la calle, un hombre cubierto de una blusa lo atravesó, y la siguió. Al oir detrás de ella un ruido de pasos precipitados, se volvió y vió á dos pasos al extranjero que habia inútilmente ensayado durante la tempestad atraer su mirada. Hubo un momento de silencio. El jóven inmóvil parecia recobrar su respiracion detenida por una viva emocion ó por la rapidez de su marcha. Clemencia un poco inclinada hácia atrás, y dirigiendo una mirada de asombro, le contemplaba con un aire mas agitado que sorprendido.

—Sois vos, exclamó él con emocion, vos sois aquella tanto tiempo hace perdida, la que encuentro al fin?

—Qué locura, caballero! respondió con voz muy baja.

—Por favor no me mireis así. Dejadme contemplaros, asegurarme de que sois vos. Hace tanto tiempo que sueño con este momento! Dos

meses lejos de vos, lejos del cielo! dos meses de tristeza, de mortificacion, de desgracia!—Pero que pálida estais! habeis sufrido tambien?

—Mucho en este momento.

—Clemencia!

—Señor Gerfaut, llamadme señora, interrumpió con tono serio.

—Por qué os desobedeceria? no sois mi señora, mi reina? Y se inclinó doblando la rodilla en señal de sumision, queriendo tomarla una mano que fué retirada al punto. Clemencia escuchaba con poca atencion las palabras que le dirigia; sus miradas inquietas, errando en todos sentidos, escudriñaban la profundidad de los matorrales, é interrogaban los menores accidentes del terreno. Gerfaut comprendió esta pantomima. Estudiando á su vez la localidad, pronto encontró á alguna distancia del sitio en que se hallaban un lugar mas propicio para semejante conversacion que la calle en medio de la cual se encontraban. Era una glorieta casi rodeada de árboles. Un banco rustico espaldado por un enorme tronco de encina parecia haber sido colocado allí para el que buscase la soledad ó para hablar de amor. Desde este sitio podia verse venir el peligro, y en caso de alarma el bosque ofrecia un asilo casi seguro. Suficientemente esperimentado en la estrategia galante para elegir las ventajas de la posicion, el jóven se dirigió hacia aquel sitio sin afectacion, siguiendo hablando. Sea por el instinto que en una situacion interesante nos hace seguir maquinalmente un impulso extraño, sea que la hubiese asaltado el mismo pensamiento, Clemencia le siguió á su lado.

—Si pudieseis comprender, le decia él, lo que he sufrido al no encontraros en París! Al principio no podia descubrir donde os hallabais; unos decian que en Corandeuil, otros que en Italia. En esta partida tan repentina, en el cuidado que pusisteis en ocultar el sitio de vuestra morada, creia que huiais de mí. Oh! decidme que me he engañado; ó si es verdad que habeis pensado separaros de mí, decidme que esa crueldad ha salido de vuestra alma, y que me perdonais el haberos seguido. Me perdonais, no es así? Si os inquieto, si os atormento, no acordaos sino de mi amor, que no puedo dominar, y que me aconseja á veces los proyectos mas extravagantes de este amor insensato, si quereis, pero muy apasionado.

Clemencia no respondió á esta tirada pronunciada con sumo calor, sino sacudiendo su lindísima cabeza como hace un niño cuando oye zumbar una abispa, cuya picadura teme; despues cuando habian llegado delante del banco se apresuró á decir con una sorpresa afectada:

—Os engañais, no es este vuestro camino, es por el puente.

Habia en estas palabras un poco de falsedad palpable; pues si el camino no conducia al puente, tampoco al castillo, y el error, si lo hubo, fué de ambos.

—Escuchadme, por Dios, respondió el amante con una mirada suplicante, tengo tantas cosas que deciros! Por favor, concededme un solo momento.

—Pero despues me obedeceréis?

—Algunas palabras solamente, y hareís de mí lo que querais.

Vaciló un momento; despues sin duda tranquilizada la conciencia por esta promesa, se sentó haciendo á Gerfaut una señal para que siguiera su ejemplo.

El jóven no se hizo repetir esta invitacion, y se colocó hipócritamente en uno de los extremos del banco.

Ahora hablemos en razon, dijo ella con un tono tranquilo. Supongo que ireis á Alemania ó á Suiza, y que al pasar por mi casa solo habreis querido honrarme con una visita. Debo estar orgullosa por esa muestra de aprecio de un hombre tan célebre como vos, aunque nos hayais ocultado algo vuestras prendas.

—Bien sabeis que no voy á Alemania ni á Suiza, y que Bergenheim es el término de mi viaje.

—Entonces, quereis hacerme el favor de decirme cuál ha sido vuestra intencion al emprenderlo? Y habeis reflexionado bien lo extraño, lo inconsiderado y lo extravagante que es?

—Yo no he reflexionado, he sentido. Vos estabais aquí; he venido porque hay en vos un iman, al cual está unida mi alma. He venido porque tenía necesidad de ver vuestros hermosos ojos, de oir vuestra dulce voz; porque vivir lejos de vos me es imposible; porque vuestra presencia es necesaria á mi dicha como el aire á mi existencia, porque os amo, en fin. Por eso es por lo que he venido. Es posible que no me comprendais? Es posible que no me perdoneis?

—No quiero creer que me hablais sériamente, dijo Clemencia redoblando su severidad. Qué idea os habeis formado de mí si pensais que pueda autorizar una conducta semejante? Además, bien sabeis que es imposible que vengais al castillo, porque vos no conoceis á M. de Bergenheim, y no seré yo seguramente quien os presente á él. Y mi tia que está aquí, y me persigue todo el dia con sus preguntas! Dios mio! cuánto me atormentais! qué desgraciada me haceis!

—Vuestra tia no sale jamás, no me verá pues, á menos que yo sea recibido oficialmente en el castillo, y entonces ya no hay peligro.

—Pero esos criados traidos por ella! uno de los cuales os ha visto en su casa! Os repito que todo eso es tan peligroso como desatinado, y que me vais á hacer morir de miedo y de pesar.

—Aun cuando alguno de ellos me encontrára por casualidad, cómo quereis que me conozca bajo este disfraz? No temais nada, yo seré prudente! Por la dicha de veros á menudo, viviré, si es preciso, en una cabaña de pastor.

Clemencia sonrió con desden. En seguida prosiguió:

—Esta vez, en lugar de alojaros en una cabaña habeis descendido hasta una taberna. No es en la Fauconnerie donde habeis establecido vuestro cuartel general?

—Cómo sabeis eso? dijo él.

—Por el singular billete que habeis escrito en la *Moda*. No conozco yo las armas de vuestro sello?

A estas palabras, que aludian probablemente á cartas leidas sin mucha cólera, Gerfaut cobró esperanzas.

—Sí, respondió, estoy viviendo en la Fauconnerie; pero no puedo permanecer allí, pues creo que los criados de vuestro castillo la frecuentan muy á menudo. Es preciso que tome un partido. Tengo dos donde escoger: el primero, es que me permitais veros aquí algunas veces; salís sola, eso es muy fácil.

—Veamos el segundo, interrumpió Clemencia encogiéndose de hombros.

—Si no quereis concederme mi primera demanda, os suplico que persuadais á vuestra tia de que está enferma, y la lleveis con vos á Plombieres ó á Bade. La estacion no está muy adelantada, y allí al menos tambien podré veros.

—Acabemos con esas tonterías, respondió la jóven; ya os he escuchado con paciencia; ahora os toca á vos el oirme. Sereis razonable, no es verdad? Vais á dejarme y á partir. Ireis á Suiza; volvereis á Mosatanvert, donde me vísteis por primera vez. No es así, Octavio, no es verdad que vais á obedecerme? Dadme esta prueba de vuestra estimacion, de vuestra amistad. Demasiado conocereis que conceder lo que me pedís es una cosa imposible. Así, despedíos; y este invierno me volvereis á ver en París. Adios!

Se levantó y le tendió la mano: él la tomó; pero queriendo aprovechar la emocion que sentia Clemencia en aquel momento, exclamó:

—No! yo no esperaré á este invierno para tener la dicha de veros. Acabo de deciros mi voluntad; si me desechais, Clemencia, os prevengo que mañana estaré en vuestra casa, sentado á vuestra mesa, admitido en vuestro salon.

—Vos?

—Yo.

—Mañana?

—Mañana.

—Y cómo hareis?... dijo con tono de despecho.

—Es un secreto, señora, respondió friamente.

Aunque su curiosidad fuese vivamente escitada, Clemencia no preguntó mas. Solo dijo con una afectacion de indiferencia burlona.

—Puesto que debo tener el gusto de veros mañana, espero que me

permitiréis dejarme hoy. Sabeis que padezco, y es mostrar muy poca atencion tenerme así sobre la yerba húmeda.

Recogió las orillas de su vestido, y adelantó un pie enseñando una chinela, sobre la cual el abundante rocío de que la lluvia habia llenado el musgo, habia depositado cierta cantidad de perlas líquidas. Octavio se puso inmediatamente de rodillas, y sacando de su blusa un pañuelo, limpió con prontitud aquel precioso pie. Su movimiento fué tan rápido que Clemencia permaneció un momento inmóvil y turbada; pero cuando sintió su pie oprimido por la mano de un hombre que acababa de hacerla una declaracion, su sorpresa dió cabida á un sentimiento mezclado de impaciencia, de cólera y de pudor. Por un movimiento repentino como el relámpago, dió un paso atrás retirando el pié. Por desgracia este fué de un lado y la chinela permaneció en la mano que la oprimia.

Un maestro de armas que vé derribado su florete á diez pasos suyos por su adversario no experimenta una estupefaccion tan grande como la que sintió entonces la esposa de Bergenheim. Su primer movimiento fué de poner en tierra el pié tan inesperadamente desnudo, pero un miedo instintivo á la humedad de la tierra la detuvo á tiempo. Permaneció pues con una pierna en el aire; pero el movimiento que empezó la hizo perder el equilibrio, y á punto de caer, adelantó la mano buscando un apoyo. Este apoyo lo encontró en la cabeza de Octavio que permanecia de rodillas. Con esa presuncion ordinaria á los amantes, creyóse con derecho de completar el socorro que parecia pedirle, y enlazó el brazo al rededor del talle esbelto que se inclinaba hácia él.

Clemencia se volvió á enderezar frunciendo el entrecejo, recobró su aplomo, y permaneció sobre un pié, semejante al amor de Gerardo; como este parecia pronta á volar, tanta ligereza aérea habia en esta postura improvisada.

En menos de un segundo, la esposa de Bergenheim comprendió que en esta circunstancia un poco de dulzura y amabilidad la sacarian de un estado en que veia no podia seguir manteniéndose. Así dispuesta á la benevolencia, por reflexion ó por afecto, le dijo con voz dulce:

—Octavio, volvedme mi chinela.

(Se continuará.)

DEL ESTADO ACTUAL DE LAS BELLAS ARTES en España.

Artículo tercero.

V.

De cuatro años á esta parte que miro, por decirlo así, á España como una nueva patria mia, de la cual me falta valor para separarme, admirador ferviente de los encantos nunca perecederos de este noble pais, investigador religioso de los tesoros intelectuales de que rebosa su seno, y de las bellezas naturales y artísticas que ostenta con profusion, he cobrado un interés sincero á todo lo que se refiere directamente á su gloria, á su bienestar y desarrollo sucesivo, interés igual al de el mas cariñoso de sus hijos, y del cual supongo que no dudará ninguno de cuantos me conozcan.

Los hombres apasionados como yo á las artes no reconocen los límites con que las sacrílegas exigencias de la política y las usurpaciones tiránicas del interés han encarcelado á las razas humanas y á los imperios. Si hay un elemento que deba sofocar estas mezquinas cuestiones de localidad, lo es sin duda la indagacion de lo bello, móbil de union, ley de amor por excelencia incrustada en el corazon humano por el instinto de la fraternidad. El arrebato de entusiasmo que todos sentimos ante las obras escogidas de Velazquez, ante la mágica arquitectura de la Alhambra, como á la vista de las maravillas del Vaticano ó de los templos misteriosos de Alemania, es harto espontáneo para que pueda abrigar segunda intencion, pensamiento alguno oculto é interesado de nacionalidad. Las artes (repitámoslo) pertenecen á la humanidad entera; y al ejemplo de aquellos apóstoles fervorosos que no ven mas que hermanos aun en los seres incultos, á quienes á través de los mas remotos mares van á librar de las tinieblas de la idolatría, el que acepta la mision de predicar á las masas el sentimiento y la escuela de la belleza, debe hacer abstraccion de toda preocupacion personal.

Si me atrevo á sentar dogmáticamente estos principios con-

ciliadores, es por rechazar anticipadamente la nota de incompetencia que pudiera intentarse contra mí, apoyándola en la parcialidad natural en un extranjero.

En mi anterior artículo expliqué la indispensable necesidad de la crítica; permítaseme dar á conocer hoy en pocas palabras sus deberes.

La crítica ante todo debe ser instruida de las fuentes de lo pasado, indulgente aunque justa con lo presente, cuidadosa del porvenir.

Instruida de lo pasado: es decir, que el escritor antes de constituirse en panegirista ó acusador de los defectos, debe haber estudiado concienzudamente las obras que la sancion del tiempo ha consagrado como tipos; haber visto, comparado y analizado mucho. Es preciso, en fin, que pueda reunir la reflexion de la teoría á la esperiencia de la práctica.

Para ser justo con lo presente debe lanzar lejos de sí aquel espíritu parcial y de mala fé que tiende á fijarse mas bien sobre los defectos que sobre las partes de mérito de una obra, que encubre su ignorancia con la pedantería, deja á un lado las obras superiores para tributar elogios á hombres sin talento, á quienes se quiere dar una celebridad injusta. No pertenece á un cualquiera el conceder ó negar la celebridad á nadie. Querer investir con ella á su arbitrio á un individuo, sea cual fuere, es atribuirse las prerogativas de la historia y de la sociedad, es un acto casi tan vituperable como el de usurparla para su propio nombre.

Colocada como mediadora é intérprete entre los que crean y aquellos para quienes se crea, la crítica tiene el encargo de esplicar lo que podría ser un misterio para la multitud, de atacar con constancia y firmeza las inepcias ambiciosas, los plagios impudentes, los errores ridículos, las tendencias perniciosas é inmorales, de distribuir á cada uno segun sus obras y con sobriedad censuras y alabanzas, de ayudar sobre todo á las naturalezas superiores pero desinteresadas y modestas, que se ven privadas de la parte de gloria que les corresponde y han ganado concienzudamente.

Definida y probada ya la importancia de la tarea del crítico, procuraré llenar cumplidamente la obligacion, que de tal me he impuesto, con la debida lealtad y franqueza. Independiente por carácter, exento de prevenciones por mi cualidad de viajero, auxiliado con la esperiencia que asegura un estudio exclusivo de las artes durante muchos años, me creo autorizado para dar mi opinion sobre los artistas españoles, clase que trabaja esencialmente para el público, y que trata de sujetarle á su influencia.

Veamos pues, si esta influencia que ejerce, ó puede ejercer, será buena ó mala. Para ello averigüemos cuáles son las tendencias dominantes, el pensamiento primordial que preside á la ma-

yoría de tantas producciones como se ofrecen á la vista y al exámen de la multitud.

Pasada ya revista á los principales pintores contemporáneos, se nos presenta una exposicion en donde hallamos otra vez algunos de los mismos, y podrémos juzgar si fué aventurado ó no el juicio que anteriormente asentamos acerca de ellos. Otros nombres, y no pocos por ciento, se nos ofrecen en la misma exposicion que no conocíamos aun convenientemente. Las muestras no escasean: ¿cuál es el alma de esta familia de artistas, cuyos diferentes miembros procuramos analizar uno por uno?

Cuatro años hace que me he propuesto este interesante problema en cada exposicion que se ha celebrado, bien en la Academia de S. Fernando, bien en el Liceo de Madrid, y siempre han sido mis investigaciones infructuosas.

No es el arte tan solo para divertir al vulgo; desposeido de su mandato inmaterial, espiritualista, reducido al simple objeto de halagar los sentidos, sería un empleo bien pobre de las facultades humanas, y ni aun serviría para asimilar sus productos con los objetos de mera necesidad, con los frutos mas primitivos é insignificantes de la industria. Las artes tienen miras mucho mas sublimes. Realizacion plástica, fórmula idealizada de la inteligencia del hombre, destello visible, que brota del choque de sus mas ingeniosas facultades, debe ó hablar al corazon por su parte poética, ó al entendimiento por su parte utilitaria.

Ahora bien: digáseme si en ese conjunto de obras que se ofrecen en espectáculo al público, se deja entrever uno ú otro de estos dos resultados. ¿Hay quién se deleite en la repetida contemplacion de esas diversas pinturas? ¿Hay quien encuentre en ellas algun tema fecundo en suaves meditaciones y sentimientos? Seguramente que ahí poco alimento hallará el corazon.

¿Qué instruccion traslucimos, por otra parte, en esas obras numerosas? ¿qué doctrina emana de esas imágenes producidas casi siempre sin esfuerzos de imaginacion, sin estudio preliminar, sin trabajo sério? El pensamiento encuentra asimismo poco alimento, porque hay en la concepcion de tales lienzos escasez de meditacion y filosofía. Y sabido es que el alma tan solo es capaz de hablar al alma.

Los que han hecho un análisis especial de la escuela española, la han visto habitualmente consagrada al triunfo de la idea religiosa. A juzgar por los innumerables asuntos místicos que se han representado en todos tiempos, como aun hoy sucede, se podría creer que la devocion mas ascética estaba al órden del dia en España. En mi concepto ha debido ser en otro tiempo eminentemente devota la familia artística; existen en la historia pruebas no poco ciertas de la sinceridad de sus creencias: las ideas de los eclesiásticos protectores de las artes han debido ejercer gran influencia en sus protegidos: por otra parte, esta en el sé-

no de las austeras prácticas del claustro se han visto germinar hermosas inspiraciones, y si bien se ha podido acusar al arte en España de ser un poco materialista en algunas ocasiones, preciso es confesar que este defecto mas bien ha recaido sobre la forma, que sobre el pensamiento, siendo tambien consecuencia del carácter de esta nacion, que tiene necesidad de avivar su fé con demostraciones palpitantes de la realidad.

En cuanto á la generacion presente, no me atreveré á decidir si la eleccion de los asuntos piadosos es hija de la espansion de una religiosidad ardiente, ó si debemos considerar en ella tan solo la intencion de aprovechar el interés que inspiran naturalmente materias de suyo llenas de poesía y perpetuamente simpáticas.

De cualquier modo que sea, estoy lejos de quejarme de que se elijan asuntos religiosos. La Sagrada Escritura será siempre una mina rica é inagotable de tierhas y patéticas inspiraciones, y la vista no puede menos de complacerse en la contemplacion de sublimes figuras grandiosamente vestidas con toda la magestuosidad de los trajes bíblicos, y en leer sobre la tela la traduccion mística de las maravillosas leyendas del Evangelio. Sabremos, sin embargo, á qué atenernos en cuanto á las intenciones de esa santa predicacion, pues recordamos haber visto en la escuela de Dusseldorf á pintores israelitas ofrecer al público vírgenes no solamente notables por la nobleza del estilo, sino por la delicadeza de la ejecucion.

Tampoco descuella el pensamiento histórico en las exposiciones de Madrid. El dictado de pintor de historia es para muchos un nombre genérico, adoptado por la costumbre, y vacío, digámoslo así, de sentido. En cuatro años consecutivos no hemos visto siquiera tres obras que se hallen á la altura del fin que el arte se propone en la reproduccion de las magníficas tradiciones de los pasados siglos. Podría atribuirse esta penuria á la índole del carácter español que, mas lírico que positivo en sus creaciones, se presta poco á las exigencias técnicas y puramente racionales de la historia; pero salta á la vista otra razon de indisputable y tristísima verdad, y harto mas concluyente que la anterior, á saber, que para emprender tan difícil tarea se necesitan cualidades peculiares tan solo de un número sumamente reducido de hombres; que para reproducir los hechos memorables de la historia, es preciso un género particular de imaginacion, y sobre todo ciencia; diré mas, para traducir dignamente hechos de esta clase y popularizarlos, no basta ser historiador, es preciso ser poeta. La pintura aplicada á ciertos asuntos históricos sería insoportable á no elevarse casi á la altura de la epopeya.

De estas diferentes observaciones se infiere que no hay una idea capital que congregue bajo la unidad de principios á la multitud de talentos esparcidos sobre el suelo español. En las artes,

como en política y en literatura, solo vemos individualidades; pero nada de sistema fijo é invariable. Réstanos averiguar á qué altura se hallan con respecto á la forma.

El movimiento artístico, que anima á todos los paises de Europa, no podia menos de dejarse sentir en España sobre todo desde la época en que ha podido consagrarse al fin á obras de imaginacion. Hemos señalado los pasos ventajosos dados por algunos jóvenes de talento en la senda de la perfectibilidad, y que hacen verdaderamente honor á su pais. Entre aquellos de que aun tenemos que hablar, los progresos no son tan visibles: algunos, en medio de sus defectos, anuncian preciosas facultades, y procurarémos hacerles la debida justicia. Las obras expuestas en el salon del palacio de Villa-hermosa nos permiten extendernos mas de lo que nos habíamos propuesto acerca del estado actual de la pintura, y ofrecer á la benevolencia del público algunos nombres, que sin esta circunstancia nos hubiéramos visto precisados á pasar en silencio.

VI.

Cuando publiqué mi último artículo, sabia ya que algunos de los pintores, cuyo mérito traté de examinar, habian enviado nuevas producciones suyas al Liceo. Corrian anticipadamente ciertas voces esparcidas por la impaciencia de la amistad, prometiendo que sería indemnizado el público por completo del vacío de las exposiciones anteriores; por mi parte confieso francamente que tenia á gran dicha el poder cambiar ó modificar, segun fuese necesario, el juicio que de ellos habia formado; pero me veo precisado á confesar, aunque con sentimiento, que me hallo mas decidido que nunca á perseverar en mi opinion. La obra del Sr. D. Vicente Lopez, del ilustre artista que inmortalizó su nombre en las bóvedas del palacio de Madrid, solo ha servido para corroborar las observaciones que acerca de él me tomé la libertad de hacer en el respetuoso exámen que dí al público. El Sr. Gutierrez, de quien conservaba aun en la memoria el efecto producido por dos lindos retratos, uno de la reina y otro de su augusta hermana, llenos de una frescura seductora, parece haberse creado desde entonces un sistema especial de pintura, en medio del cual se desvanece toda la gracia de su pincel. Las figuras se visten de una tinta carminosa y febril, que ninguna semejanza tiene con las carnes de su inimitable modelo Murillo, las cuales son unas veces doradas y otras de un color gris rosáceo y anacarado, tan rico, tan dialagüeño, y donde parece que se vé circular la sangre y florecer la salud. Dicho Sr. Gutierrez acaba de llegar de Sevilla, donde se habrá empapado en las fecundas fuentes de instruccion del admirable

maestro que se ha propuesto perpetuar, y por lo tanto no podemos menos de esperar que volverá á levantarse en las primeras obras que ejecute.

En cuanto al Sr. Esquivel ningun cuadro de la numerosa coleccion con que le vemos descollar en el Liceo, puede hacernos cambiar las ideas que hemos emitido respecto de él en otra ocasion. Nótase en todos ellos la misma fecundidad, la misma habilidad en el manejo del pincel, igual soltura y franqueza de ejecucion; pero descúbrese igualmente por todas partes la funesta influencia de un estudio incompleto. Causa dolor, á decir verdad, el que una multitud de fragmentos y pormenores notablemente desempeñados, se vean ahogados en un conjunto poco armonioso y mal dispuesto, y no puede uno menos de vituperar á un hombre de talento que prodigue así sin moderacion alguna las poco comunes facultades de que se halla dotado. La imaginacion, ó mas bien la fogosidad del artista, triunfan siempre en él de la severidad del pensador, y sus obras se hallan ya acabadas, aun antes de que la reflexion haya podido formarlas, madurarlas y llevarlas felizmente á cabo, resultando de estos partos prematuros uno de esos frutos precoces é insípidos que cautivan por un momento nuestra vista, pero que no satisfacen nuestros deseos. De esta suerte, por efecto de una elaboracion rápida y viciosa, carecen casi todos los cuadros del Sr. Esquivel de cierto mérito, muy al alcance de una naturaleza tan bien organizada como la suya. Nótase en él principalmente la falta de dibujo; sin que pueda ocultarse que algunas veces es debido este defecto á un descuido y abandono inescusables.

La pureza en el dibujo, como la han poseido los maestros de la escuela romana, y aun el mismo Velazquez, es un don tan raro, que no puede menos de tacharse de ambicion el tratar de conseguirlo con solo el trabajo. Necesario es poseer en sí mismo, para alcanzarle, un sentimiento innato y un genio especial; pero entre este grado de perfeccion y la ignorancia de los principios del arte existe un término medio, á que darémos el nombre de correccion, y al cual debe aspirar todo el que reconozca una voluntad firme en sí mismo. Con solo fijar un poco mas su atencion, hubiera podido conocer el Sr. Esquivel que el retrato de S. A. el infante D. Francisco adolece enteramente de falta de proporciones; que el torso descansa sobre unas piernas muy cortas; que no tiene cráneo la cabeza del primer hombre en el cuadro de la creacion, al mismo tiempo que pudiera pasar el tigre, si no fuese por el color de la piel, por un individuo de la familia de las focas. Semejantes deformidades no puedo menos de atribuirlas á la incuria del artista, mas bien que á ninguna otra causa, pues veo trazados por la misma mano los contornos elegantes y verdaderos de una niña tendida sobre un sofá, que no solo se distinguen por la ligereza de la ejecu-

cion, que es característica en el autor, sino tambien por no contener ningun defecto reparable en el dibujo.

En vano pudiera alegar el Sr. Esquivel, admirador apasionado de los maestros naturalistas del siglo XVII, el ejemplo de Rubens y Murillo, los cuales se creyeron con fuerza para chocar de frente contra las reglas escrupulosas del dibujo, siempre que hallaron en ellas una traba al vuelo impetuoso de su imaginacion, pues no se les ocultaban sus extravíos á estos dos hombres célebres, al paso que estaban persuadidos de que aun cuando se cometa alguna falta grave contra las leyes del bello ideal, si al mismo tiempo se saben desplegar la magestad del estilo, la inspiracion del pensamiento, la elevacion del asunto, la originalidad de la composicion y los tesoros de la armonía, pueden hacerse olvidar las exigencias del talento con el brillo del genio. ¿Quién pudiera alzar su voz á vista del Moisés ó de la serpiente de bronce contra los lunares que se notan en el dibujo de tan grandiosas páginas?

Pero desgraciadamente el Sr. Esquivel de nada cuida menos que de hacer brillar en sus obras la dignidad y la originalidad del estilo. Así pues, en su ángel de la guarda, en el cual no hemos podido menos de celebrar la finura del modelado y la morbidez de los ropajes, la vulgaridad de las cabezas y aquel repugnante dragon que con tan cómica verdad desempeña en la escena un papel amenazador, serían bastante para quitar su irresistible encanto á la poética idea que supo imprimirle Murillo con suma nobleza. ¿Y qué dirémos del retrato de la amable, de la pobre Paulina García, condenada á estar colgada eternamente de las paredes del Liceo, mirando á todos como una mujer cuyo semblante ha desencajado la cólera? ¿y qué del de Doña Isabel II de un aspecto tan poco lisonjero para una reina! Diré solo cuatro palabras acerca del cuadro intitulado *D. Fernando rehusando la corona*, delante del cual se siente uno desde luego atormentado por una falta elemental de perspectiva, siendo las figuras del segundo término excesivamente cortas, y de las cuales si el tamaño de las cabezas es el que debe ser, no pueden menos de hallarse enterradas, atendida la altura del punto de vista. Al elegir un asunto de historia episódica, que con razon puede suponerse poco popular, está obligado el artista mas que en ningun otro caso á reunir cuantos accesorios de verdad local y tradicional le sea posible presentar para hacer mas fácil á la multitud su comprension. Los trajes y armaduras adoptados por el Sr. Esquivel de ningun modo hacen recordar el siglo XV; así que, la escena que ha querido representar, dejando á un lado su poca claridad, ofrece un aspecto teatral á que no poco contribuye la actitud algun tanto afectada del Infante, y la del pajecillo que se vé de rodillas á su lado.

El Sr. Roldan sigue tal vez sin saberlo las huellas de Esquivel, cuyo estilo se retrata mucho en el cuadro que ha presen-

tado. Tributa acaso este pintor un culto demasiado exclusivo á las hermosas creaciones de Murillo; pero se observa en él cierta delicadeza en la composicion, y una frescura en los tonos muy recomendable. Es de sentir que no esté tan estudiada la cabeza de S. Ildefonso como la de la Vírgen, la cual es ciertamente muy graciosa, y está hecha *con amor*. Debiera aprovechar el Sr. Roldan el concurso que se vá á abrir en la Academia de S. Fernando para tratar de obtener el premio de la pension de Roma, pues ganaría mucho en ir á estudiar las obras maestras de una escuela mas correcta, y en estar al lado de compañeros de trabajo, acostumbrados ya á juzgar cuerdamente de los hombres y de las cosas, para perfeccionar un talento que se presenta con los mejores augurios.

El cuadro de D. Ramon Vives reune cualidades que no debemos pasar en silencio. Su efecto general es un tanto pálido, si se quiere, pero que reina en todo él un conjunto de tintas agradablemente acordes entre sí; el claro oscuro está ingeniosamente entendido; hállase la luz bien repartida, y se observa en algunos puntos el feliz resultado del estudio que ha hecho el autor. La cabeza del anciano hace recordar algun tanto por la expresion del toque la animacion y la enerjía de las figuras de Goya; los planos de la cara son convenientes y están bien indicados; otro tanto puede decirse de la cabeza de la niña que se vé en la media tinta, la cual, sin ser de un estilo muy elevado, agrada por la delicadeza y sencillez de la expresion. La citada obra descubre el pincel de un jóven; si esto fuese así, creemos poder presagiarle un porvenir venturoso.

Mucho sentimos no poder tributar al Sr. Bucelli en el retrato del general Leon los elogios á que comunmente es acreedora su habilidad. Los accesorios dan á conocer desde luego en esta obra la atrevida firmeza de su brocha, asemejándose en muchas ocasiones su toque al de los grandes maestros, á los cuales sabe comprender y copiar, si bien se observa en él la falta de solidez y el colorido de la vida, que no es posible trasmitir al lienzo sino teniendo la naturaleza á la vista. Sin embargo, aquellos á quienes ha legado el héroe su nombre y su memoria, pueden considerarse dichosos en ver reproducidas sus nobles facciones con tanta exactitud. El Sr. Bucelli naturalmente observador y de un tacto delicado, podia trasladar al lienzo mejor que otro alguno todo su carácter y valentía.

Siguiendo la lista de los pintores de figura, me veo conducido á hablar de un hombre que es á la vez arqueólogo intrépido, crítico erudito y pintor concienzudo. D. Valentin Carderera goza de una de esas organizaciones que tanto escasean en todos los paises, y que jamás descansan del trabajo sino para dedicarse á otro género de estudios, siendo uno de los pocos en España que han dado en nuestros dias nociones nuevas é importantes acerca de las bellezas monumentales de su patria. Despues de haberlas clasifi-

cado, y medido como sabio, nos las representa como artista, siendo de sentir que no haya presentado en la exposicion ninguna de las curiosas vistas que ha ejecutado en sus numerosos viajes, en las cuales nos complacemos principalmente en ver empleado su esperto lapiz. Pueden sin embargo apreciarse en sus dos dípticos, á pesar de lo reducido de la escala, la elevacion de sus ideas y la severidad de su gusto. Uno de los dos principalmente contiene unos compartimentos en miniatura ejecutados con suma maestría. Vése en ellos distribuido con inteligencia el claro oscuro; nótase que se ha buscado la forma con gran exactitud, y debe felicitarse con este motivo al Sr. Carderera por haber probado á algunos de sus colegas, que pueden dejarse perfectamente terminados los contornos sin que resulte dureza. Contemplando el San Esteban y el San Pablo, en cuyas composiciones se vé á la par que un dibujo sumamente castigado y la mayor delicadeza en el modelado, un carácter propio en las cabezas, y nobleza en las actitudes, no puede uno menos de recordarse los maestros de la escuela florentina. En una palabra, el Sr. Carderera ha sido felizmente inspirado por su talento, siendo de sentir únicamente que no haya conservado la misma superioridad en sus demás ensayos. Pero me detengo aquí: aunque me habia propuesto no ser demasiado exigente, mi entusiasmo por el arte me ha conducido, á pesar mio, á acusar á los artistas que no siempre consiguen sostenerse á la misma altura, ó que parece que retroceden ante la perfeccion.

VII.

Mucho me ha llamado siempre la atencion el pequeño número de paisajistas que ha producido España en todos tiempos; curioso sería investigar la causa de esto, y procuraremos descubrirla mas tarde, contentándonos ahora con hacer observar al lector que los dos que se presentan (y debo hacerles la justicia de decir que con eminentes cualidades), no han buscado sus asuntos ni sus inspiraciones en las riquezas suntuosas y variadas del suelo natal. El Sr. Camaron, por ejemplo, nada tiene de español en sus paisajes: hase creado una naturaleza ideal, una vegetacion de capricho y efectos convencionales de luz. No hallamos en él los puntos de vista ilustrados por Claudio de Lorena ó Poussin; los accidentes del terreno tales como los veian Ruysdaël ó Brüghel; sus árboles no son los que diariamente crecen á nuestra vista con un verdor tierno y transparente en la primavera, sus matices encendidos y mas oscuros en el verano, su seductora variedad de tonos en los últimos dias del otoño; las rocas, las aguas, los accesorios todos de sus cuadros tienen una entonacion uniforme, cual si estuviesen lavados con sepia: y sin embargo no se puede negar que esta especie de pintura monocroma no carece de atractivo. El Sr. Camaron tie-

ne el singular talento de pintar con una ligereza desconocida; dispone bien las masas, distribuye acertadamente el aire y el sol, indica con sencillez los pormenores sin sacrificarlos nunca al conjunto, y dá acertadamente á cada plano su valor, su perspectiva y su carácter propio. Cada uno de sus cuadritos es un hermoso boceto, á los cuales pudiera dárseles á muy poca costa vida y frescura.

El Sr. D. Fernando Ferrant se ha formado en Italia, en donde ha tomado magníficos puntos de vista. ¡Qué alma artística se quedará fria al contemplar tan sublimes espectáculos! Este jóven paisajista no aparece inferior á los asuntos que se ha propuesto, habiendo sabido representar los horizontes vaporosos, las varias y frondosas desigualdades de sus imponentes montañas, las ruinas pintorescas, y principalmente aquella vegetacion tan vigorosa y variada que hace de las campiñas de Nápoles el pais mas delicioso de la tierra. En el que tiene el número 38, los árboles estan dibujados, amasados y agrupados con pureza y abundancia, de suerte, que dan á conocer perfectamente la especie á que pertenecen y la naturaleza de su ramaje; los primeros planos estan dotados de verdad y animacion; estiéndese la vista fácilmente por entre los desfiladeros de su cadena de montañas; pero tal vez fuese de desear que las crestas lejanas se destacasen menos crudamente sobre un cielo tan luminoso, lo cual es la única tacha que he encontrado en tan excelente y gran composicion. El interior del convento de Amalfi, aunque de otro género diferente del anterior, manifiesta grandes conocimientos de perspectiva: tal vez es el lienzo mejor pintado de los que ha expuesto el Sr. Ferrant. La fábrica, los arcos y el ángulo de roca cubierto de enredaderas que se descubren por cima del pórtico, estan empastados con jugo y tocados con un vigor de pincel poco comun. Si estuviese algo mas determinada la montaña que se desploma sobre el edificio, nada se podría reprochar á este cuadrito. Las demás obras de este artista contienen, del mismo modo, bellezas dignas de atencion; pero bien sea que no se ha valido para pintarlas de estudios tan acabados, ó que se haya acelerado demasiado para darlas al público, lo cierto es que no se halla en ellas la misma destreza de ejecucion, teniendo además que criticar cierta pesadez en los pormenores, y alguna falta de transparencia en las aguas, defecto inescusable en un hombre que tantas pruebas ha dado de habilidad en otras ocasiones.

La parte defectuosa de este último es una de las cualidades que mas sobresalen en D. Antonio Brugada. La mar es en sus cuadros generalmente transparente, y si bien deja que desear su talento alguna cosa respecto del dibujo, esta falta se halla compensada con la conveniencia del colorido. El claro de luna está bien comprendido, y se halla representado con franqueza, segun el gusto de José Vernet; la casa que se vé delante de los

rayos luminosos está ingeniosamente representada, observándose bastante originalidad en su efecto, al paso que no poca enerjía en el claro oscuro. El costado izquierdo del cuadro es tal vez un poco monótono, y está tocado con alguna frialdad, si bien no puede imputársele falta de verdad, ni carece de sencillez, lo cual es una cualidad mucho mas digna de aprecio de lo que generalmente se cree en un género en que la primera condicion es la representacion fiel de las diversas fases de la naturaleza.

Hemos reservado para terminar esta lista de los pintores españoles el nombre de una persona que en nuestro concepto ocupa uno de los primeros lugares entre los artistas, y que sin disputa es el que se lleva la palma de la exposicion. El Sr. Villa-amil por sí solo hubiera podido llamar suficientemente la atencion del público con el considerable número de producciones que ha presentado, pudiéndose casi decir que ha querido hacer alarde de cierta coquetería, mostrando reunidas todas las riquezas de su taller, para reconquistar, despues de una larga ausencia del lugar de sus primeros triunfos, la admiracion de sus compatriotas, la cual no le ha faltado nunca. No extrañemos esta ostentacion tan natural por lo demás en un artista, pues de este modo tendrémos mas abundantes materiales para juzgar con conocimiento de causa de su privilegiado talento.

Pocos hombres han nacido con mayor facilidad de ejecucion que el Sr. Villa-amil, así como tambien pocos hombres poseen un gusto tan ingenioso y una gracia tan cabal para producir efecto con el mas pequeño capricho. Sus bocetos tomados del natural, sus innumerables dibujos de albumes son sumamente bonitos, al paso que cuando se abandona á su propio estro salen de su pincel fantasías tan elegantes como las mas deliciosas creaciones de Dauzats. Con tales prendas, un artista está seguro del porvenir. El Sr. Villa-amil hubiera conseguido una reputacion no disputada, aun en el extranjero, á haber renunciado, desde el dia que pudo volar con sus propias alas, á los préstamos demasiadamente repetidos por él á la escuela de Bonington y de Roberts.

Despues de este período de su vida artística, el Sr. Villa-amil se ha formado un género peculiar y característico, que no deja confundir sus obras con las de otro alguno; pero conservando su método primitivo, su tendencia á imitar á los ingleses, su costumbre de sacrificar la verdad á la convencion de reemplazar la meticulosa copia de la naturaleza con lo que los franceses llaman *chic*, palabra muy difícil de explicar, y que encierra la idea de «próximamente» ó de «al poco mas ó menos,» de transaccion en fin con la verdad, por alcanzar un resultado mas fácil ó mas seductor. Para apoyar esta observacion con un ejemplo, diré que en la vista de Bruselas la aguja de las casas consistoriales está pintada con *chic*. En vez de conservar el Sr. Villa-amil á aquel monumento el viso pardusco, re-

flejo de la atmósfera cargada del norte, ha preferido inundarle de una luz brillante, y darle el aspecto dorado de las torrecillas de la catedral de Milan. En todas sus composiciones los edificios góticos pierden el baño oscuro que han recibido del tiempo, para revestirse del cálido y luminoso aspecto de las ruinas de Oriente ó Italia. El sol no es comunmente para el Sr. Villa-amil mas que un accesorio artificial dispuesto para realzar el efecto de sus cuadros: así es que se complace en amontonar las nuves mas sombrías sobre las vistas de España, mientras que nos presenta las de Holanda resplandeciendo de luz.

Y esto, no por dejar de ver claro, y de conocer el color local, pues el Sr. Villa-amil ha probado manifiestamente que sabia cuando era necesario quedarse en la verdad; pero acostumbrado á no estudiarla detenida y escrupulosamente, ha concluido por engañarse á sí mismo hasta el punto de creer, que dejando libre vuelo á su imaginacion, y que empleando sobre el lienzo todos los recursos de su paleta, todas las combinaciones del prisma, añadiria á sus facultades el don del colorido. No, soy por cierto de este modo de ver: no pretendo de manera alguna que se esclavize el libre albedrío y la imaginacion del artista esencialmente destinado á crear; pero no creo tampoco que pueda hacerse nadie colorista por medio de la prodigalidad de tonos, sino por la armonía de ellos, por pocos que sean. Así es que hubiéramos querido el cielo de la costa de *Skiven-hein* mas entero y no tan recargado con aquellas tintas exageradas del sol poniente. La vista de Bruselas tan ingeniosamente combinada y dibujada con tanta destreza, ofrece en la parte de la derecha del primer plano edificios sumamente pintorescos, y que el autor con un poco mas de sencillez hubiera podido presentar con mas verdad. ¿Para qué emplear esa profusion de colorines deslumbrantes, y tratar de figurar mas de lo que se vé? En el interior del salon de Embajadores de Madrid la armonía desaparece con el rojo violento de las colgaduras. El mismo defecto se nota en las acuarelas salpicadas la mayor parte de ciertos toques de capricho que atraen la vista distrayéndola de la inspeccion del gracioso trabajo del conjunto. El Sr. Villa-amil abusa hasta tal punto de este secreto del oficio, si se me permite llamarle así, que todos los pavimentos de sus iglesias, en los cuales hace reflejar el color de sus figuritas, parecen sumergidos bajo algunos pies de agua.

Todas estas censuras, algo fútiles tal vez, no tienen por objeto el hacer al Sr. Villa-amil, cuyo brillo, imaginacion y habilidad admiro, una guerra de mala ley. Hubiérame guardado bien aun de mezclarlas con mis elogios, á no estar firmemente convencido de que un consejo, aun siendo malo, no puede producir mal efecto en el hombre de talento á quien se dirige, mientras que siendo bueno sus ventajosos resultados endulzan al cabo la importunidad de él.

Este sucinto exámen del estado de la pintura en España ha

llegado ya á su término, no tanto por falta de hombres, segun puede conocerse fácilmente, pues aun podríamos hacer mencion de otros muchos que hemos encontrado en las provincias, como por no cansar demasiado á los lectores, teniendo que repetir de nuevo las mismas expresiones, puesto que si bien encontraríamos en ellos algunas cualidades de las que poseen los que ya hemos analizado individualmente, veríamos que participaban de los mismos errores. Por mi parte me es muy penoso, como ya he dicho en otra ocasion, el tener que repartir en derredor mio calificaciones poco lisonjeras, y mas principalmente cuando estas han de recaer sobre una clase de individuos laboriosos, de hombres de corazon é inteligencia, de cuyas penalidades y trabajos he participado yo mismo mucho tiempo por aficion. Perdónenme el lenguaje que he empleado aquellos á quienes pueda parecer un poco acre y mordaz, recordando una antigua máxima hija de la lealtad mas fraternal: «á los amigos debe decírseles la verdad.» Siempre he creido (y jamás me he arrepentido de ello) que el poner en práctica este adagio es el mejor medio de justificar á las personas que uno estima el aprecio que se hace de su capacidad y buenas cualidades.

Diré para reasumir: 1.º que la pintura de España no se halla á una grande altura; 2.º que no llega al punto que debiera, aun contando con las circunstancias, y con las trabas de todo género que han interrumpido su marcha y su desenvolvimiento: 3.º que el público está dispuesto á apasionarse de ella si se sabe presentársela á tiempo y adornarla de todos sus verdaderos atractivos. Pero debo añadir, por otra parte, que este estado de decadencia no puede menos de cesar en breve, porque el progreso, aunque lento, es incontestable, y se manifiesta diariamente. Trabájase con celo y discernimiento. A mas de los hombres que he citado, y que tienen discípulos ávidos de señalarse á su vez, los museos abundan de principiantes que tienen abierto un ámplio porvenir; y de un momento á otro volverá á su pais una banda de emigrados, ricos de nuevas preciosidades artísticas, que inocularán entre sus émulos el deseo de viajes tan provechosos é instructivos. La estúpida preocupacion que hacía, no ha mucho tiempo aun, considerar la profesion de artista como indigna de un hombre bien nacido, se desvanece poco á poco; y vemos ya á jóvenes distinguidos, tanto por su posicion social como por su educacion esmerada, abrazarla con entusiasmo, y traer á ella conocimientos intelectuales, precisos á esta carrera como á todos los ramos, cuyos móviles mas poderosos son la imaginacion y el genio del hombre.

Réstanos aun un deber que llenar. La imaginacion y el genio no son privilegio exclusivo de nuestro sexo, y antes de terminar este capítulo de pintura, un grupo brillante de mujeres reclama imperiosamente nuestra atencion. Admirable fuera en efecto que bajo el cielo inspirador y poético de España no hu-

biesen destellado algunas generosas tentativas entre tantas almas impresionables, espansivas, observadoras, y tan eminentemente propias para concebir y realizar las condiciones de lo bello. Todos los años envian mas de 150 damas al Louvre producciones que se presentan muchas veces en poderosa competencia con las obras de nuestros hombres mas eminentes. ¿Podemos admitir sin injusticia que la dósis de mérito está repartida entre las mujeres con mas profusion á la otra parte de los Pirineos que en la patria de las Duquesas de Aveiro y de Bejar, de Francisca Palomino, Mariana Cuevas Benavides, Isabel Rite, María Valdés, María Lárraga, y tantas otras notabilidades femeninas de los dos últimos siglos? En Valencia, Alicante, Sevilla, Granada y Cádiz hemos visto talentos, por desgracia muy poco conocidos, y podemos afirmar que la infortunada Weis no se ha llevado al sepulcro una gloria que no se le habia disputado con valor.

La exposicion del Liceo me ha hecho conocer los ensayos de algunas jóvenes; y ya en esta misma Revista he manifestado con demasiado calor lo que pienso acerca de los triunfos modestos puestos al alcance de las señoras, para no apresurarme á rendirles el homenaje de mis sinceras y vivas felicitaciones.

Honor, pues, á los afortunados esfuerzos de las señoritas de Odena y de Viado. Honor sobre todo al gusto delicado y gracioso de una persona augusta que no ha desdeñado exponer á los ojos del público, no conocedor antes mas que de su bondad, el fruto de sus estudiosos recreos.

Por fortuna está ya distante de nosotros el tiempo en que las princesas, para inspirar sublimes y respetuosos cantos de amor, no tenian necesidad de recibir de la Providencia mas que el don de la belleza. Bien porque los hombres de nuestros dias sean menos caballerescos, bien porque la inteligencia mas ilustrada de los pueblos se prensente con pretensiones mas exigentes, lo cierto es que necesitan ya para cautivarlos un mérito mas sólido y menos efímero. Aunque hubiese de ser único en mi opinion, creo que al contemplar el rostro tan encantador y melancólico de María de Orleans la historia repetirá con orgullo un dia que si el nombre de la hija del rey de los Franceses no hubiese sido el de una gran princesa, se hubiera conservado gloriosamente como el de una grande artista. ¡Ojalá que mi humilde aplauso mezclado á las aclamaciones de una multitud entusiasta no sea acogido con demasiada indiferencia por la magestad de una reina que no necesita de otro mérito mas para igualar á un modelo tan puro, noble y venerado!

En el siguiente artículo hablarémos del estado de la escultura, analizando los bustos y estatuas que se han presentado en la exposicion del palacio de Villa-hermosa.

GUSTAVO DEVILLE.

16 *de Mayo de* 1844.

DE NUESTRO SISTEMA ELECTORAL.

PARA juzgar un sistema electoral, y discurrir cual convenga á un pueblo en unas ú otras circunstancias, bien está y aun necesario es sentar de antemano ciertas doctrinas que sirvan de fundamento al juicio de lo pasado y presente, ó al dictámen sobre esto último y lo venidero. Mala conducta sería la del caminante que emprendiese su jornada sin haber pensado primero cuál era el punto á que se dirigia, y quien vá á disparar el tiro forzosamente ha de haber resuelto á cuál objeto le asesta. Suelen sin embargo los hombres en las empresas intelectuales dar principio á sus trabajos sin haberse hecho cargo del fin á que se encaminan, y esto, mas que en otra cosa, acontece en la política; ciencia á la cual muchos niegan la calidad de serlo, y ocupacion seguida por no pocos que hacen gala de despreciar las teorías, esto es, de proceder sin conocimiento de lo que hacen ó lo que quieren.

Cuando se habla de elecciones de los que han de componer un cuerpo lejislador y deliberante, indispensable es para el acierto en quien trata la materia darse razon á sí mismo y darla tambien á los demás de su doctrina sobre los fines á que las elecciones y el cuerpo, hijo de ellas, estan destinados. Quién pretende que los hombres participen de derechos políticos, por ser estos propiedad suya dada por la naturaleza y para que ejerza el pueblo su soberanía, ya salga bien, ya mal su ejercicio; claro está que pone la mira y emplea

medios diferentes para parar en otro fin, que el de aquellos á quienes mueven al tratar y resolver la cuestion electoral muy otras consideraciones.

Lo que principalmente debe guiar en este punto, así como en todos los relativos á la ciencia gubernativa, es acertar con el modo de dar la mayor felicidad posible á los gobernados; no felicidad puramente material y grosera, sino intelectual y moral asímismo; no conseguida á costa de afectos nobles y altos pensamientos, sino compatible con ellos, y de tal manera buscada y obtenida, que lográndola se llegue á tener, no solamente un buen gobierno, sino un pueblo digno, el cual, por tener alto concepto de sí propio, le merezca de los extraños; no en suma una felicidad condenada por los moralistas severos, sino al revés, la fundada en la práctica de lo bueno y en el culto de lo grande, y cuyo triunfo y predominio viene á ser el de la justicia.

Ya se entiende que alcanzar esta felicidad es imposible, y que á acercarse á ella deben ir dirigidos nuestros conatos. Y para eso estan fundados los gobiernos, y bueno será que lo tengan presente quienes dicten las leyes políticas, así como las civiles ó criminales.

Donde hay intervencion de los gobernados en los actos de los gobernadores bien está, y aun necesario es que aquellos á quienes se encomiende el cargo de intervenir en el gobierno del Estado, y que por eso tienen en la direccion de los negocios parte no pequeña, sean por su talento é instruccion capaces de conocer lo que es justo y conveniente, y por su independencia tales que de ellos deba presumirse, que sin ser retraidos de su propósito por dañosos influjos, harán lo que estimen bueno y provechoso.

En los cuerpos encargados de hacer leyes, y mas todavía de examinar los negocios políticos, y, sobre estos deliberando y resolviendo, de gobernar indirectamente por medio de las mayorías, reside constantemente y está en ejercicio la intervencion á que acaba de hacerse referencia. En

la formacion de dichos cuerpos, elegidos por una parte de los hombres que componen un estado, ejerce por limitado plazo y para un solo fin la misma intervencion el pueblo; no todo él en verdad, sino aquella porcion que obrando á favor de los demás, los representa y vuelve por su interés bien entendido.

Sin duda está formada con arreglo á este principio la ley electoral, hoy vigente en España. Si en cierto modo dando el derecho de ser electores con profusion indiscreta, se acerca á conceder lo que se llama sufragio universal, bien se vé no ser este el fin á que sus autores caminaron. En la Constitucion de 1812 la parte relativa á elecciones estaba dictada por otros principios, si bien con indispensable inconsecuencia no se ajustaba completamente á la errónea doctrina que tiraba á poner en práctica; pues dirigida al triunfo del número y no de la calidad de los que componen el estado, excluia sin embargo del goce del derecho electoral á una clase no poco numerosa; y aun por multiplicados trámites venia á dejar en muy pocos el hacer la verdadera y definitiva eleccion de los miembros de los cuerpos legisladores. En la ley electoral hoy vigente tampoco corresponden bien los medios á los fines que se propusieron quienes la formaron. Pero como es, en sentir de quien esto escribe, cierto y sano el principio de que nace, enmendarla no viene á ser muy difícil.

De diferentes clases de vicios adolece la ley electoral que hoy rige; porque en señalar el número de electores peca de pródiga, y en calificarlos, aunque no se separa del buen camino, tampoco acierta; y en su parte mecánica contiene algunas faltas, y otras, que si acaso no lo eran han venido á serlo, á punto de ser necesaria en ellas una reforma absoluta.

El primer ensayo de sistema electoral que se hizo en España despues del de la Constitucion de 1812, fué el decreto de mayo de 1834, con arreglo al cual fué hecha la eleccion del Estamento de procuradores que se juntó en julio

siguiente. Era evidente ser aquella una mera disposicion provisional, dada cuando apremiaban las circunstancias por estimarse urgente la convocacion de las Cortes. Atendíase en ella un tanto á la antigua práctica de que tuviesen parte en el nombramiento de los procuradores á Cortes los ayuntamientos. Fuera de eso, el número de los que tomaban parte en la eleccion era por demás reducido, y aun tal falta podría disimularse; pero aun así, solo se encomendó á aquellos pocos electores el nombramiento de otros electores, y no el de los diputados. Cuidóse de exigir renta en el que hubiese de ejercer el cargo de procurador, pero sin *todas* las precauciones debidas para impedir que se figurase una renta cuando no existia; aunque, dicho sea de paso, á lograr esto casi ninguna disposicion alcanza. Consiguióse tener un buen Estamento de Procuradores; si bien ello no probaba absolutamente la bondad del método electoral seguido, pues en aquellas circunstancias cualquiera modo de elegir adoptado habría venido á dar poco mas ó menos el mismo producto. Con elecciones hechas segun disponia la Constitucion de 1812 tuvo España en 1820 Cortes, que para aquel tiempo encerraban no poca dosis de saber y aun de juicio. Y no aprovechó la cauta ley de 1834 para que á las Cortes abiertas en marzo de 1836 dejasen de venir hombres en abundancia inquietos y faltos de la renta necesaria para desempeñar su cargo; renta que, torpemente figurada, pasó por decision de la mayoría por real y verdadera. Se prestaba á semejantes resultas aquel método electoral, cabalmente por haber reducido demasiado el número de electores, de forma que en ellos influia demasiado cualquiera fuerza poderosa, ó la del Gobierno, ó la de una bandería prepotente. Bien que por otra parte hay ocasiones en que diversas formas de elegir dan idéntico producto; consideracion la cual sin embargo no debe llevar al extremo de mirar las formas de una ley electoral, y las calidades que pide en los electores y elegidos como materia del todo indiferente, y cuya bondad solo pende de las circunstancias.

Con mejor acuerdo fué trabajado el proyecto de ley electoral presentado á las Cortes en diciembre de 1835. Acaso ciegue el amor de padre á quien esto escribe, si bien confesando su estrecho parentesco con aquel engendro, avisa para que se desconfie de la imparcialidad de su dictámen, pero aun hoy le parece que habia en la tal obra á la par con graves defectos algunas disposiciones sanas y provechosas, y que erraron los amantes de un sistema moderado y contrarios de la democracia en impugnarla con calor y empeño sumos. La idea de encomendar el derecho electoral á los mayores contribuyentes no dejaba de tener ventajas. De otra clase las tenia la concesion del mismo derecho á ciertos hombres de estudios designados con el nombre de capacidades, y por eso no es tan de extrañar que á ello se opusiesen las gentes poco afectas á alborotos y á quienes los promueven; si bien la doctrina de que tal disposicion era consecuencia, completamente contradice á la de donde el sufragio universal saca sus partidarios. La votacion por provincias, y de los diputados que á cada una de ellas corresponden en conjunto, en vez de la por distritos que eligiesen cada uno un diputado solo, no carecia de razones que la abonasen. Fuese como fuese, aquel mal parado proyecto, sirvió de pauta, aunque variado y no en todo mejorado, á las leyes electorales posteriores; inclusa la que hoy está vigente y en uso.

Sin detenernos en la ley aprobada en el Estamento de procuradores en mayo de 1836, y por la cual fueron hechas las inútiles elecciones de julio siguientes, anuladas por una dictadura hija de los sargentos de la Guardia Real, bien vendrá pasar á la ley electoral que hoy rige.

Sentada esta en un principio justo y cuerdo, concede el derecho electoral á aquellos de quienes presume que le pueden ejercer con provecho del Estado. Que es esta la basa en que estriba, aun sin haberlo conocido algunos de los que levantaron el edificio, se deduce del mero hecho de haberse excluido á las personas de casa abierta en general;

arreglándose de este modo á la doctrina, en virtud de la cual *no todos* deben por natural derecho tener mas ó menos intervencion en el gobierno del Estado. Pero en concepto del escritor del presente artículo, acierta nuestra ley electoral en tomar la presuncion de capacidad é independencia por único título legítimo á la posesion del derecho electoral, y yerra en algunos puntos suponiendo la capacidad é independencia donde no estan por cierto.

El principio de que sean electores quienes pagan cierta cuota de contribucion, segun se hace en Francia, está bien; aunque adoptado por única regla, como sucede entre nuestros vecinos, acaso no es digno de absoluta alabanza. Y por otra parte en el pueblo francés las contribuciones estan harto mejor repartidas que entre nosotros, de modo que allí, medida la capacidad de ser elector por lo que cada cual paga, á lo menos dá resultas ciertas; cuando aquí por fuerza ha de darlas erradas y falaces. Esto no obstante, en cualquiera ley electoral que se haga debe, segun creo, adoptarse esta parte de la ley presente, aunque tal vez convenga subir un poco la suma que haya de pagarse para ser elector.

Tomar por fundamento de la riqueza de que cada cual es dueño, lo que paga por el alquiler de la casa donde habita, segun se hace en Inglaterra, desde que varió allí el sistema electoral la ley llamada de la reforma en 1832, me parece asímismo acertado tanto cuanto justo. Lo único que en este punto pide alguna y no mucha enmienda en el sistema vigente, es el modo de asegurar que se paga el precio de alquileres que se supone. Tambien convendría quizá fijar cuota mas alta para gozar del derecho electoral en las poblaciones crecidas.

No puede elogiarse mucho la idea que une con la posesion de dos yuntas el derecho de elegir los diputados de la nacion. Sin contar con que no es posible cosa en que mas quepa el fraude, que en el hecho de acreditar si se tiene ó no yuntas propias, difícil sería acertar con la razon que

lleva á considerar, que quien tiene dos bueyes ó mulas es bastante capaz é independiente para estar revestido del derecho electoral, sino se pensase en lo que son ciertas preocupaciones. Lo es sin duda la que supone al trabajador del campo un ente superior en merecimientos á los que ejercen otros oficios, sin meditar en que para provecho propio y no para beneficio público trabaja el labrador, ni más ni menos que el artesano; no siendo por ello de vituperar ciertamente; y que si unos contribuyen con sus afanes por un jornal á nuestro sustento, otros por la misma razon proveen á otras necesidades para el hombre que vive en sociedad tan indispensables cuanto lo es el pan mismo. Fuera de esto el derecho de elegir, si por algo se da á unos, y no á otros, por fuerza ha de ser por suponerse capacidad de ejercerle bien en aquellos á quienes se concede, y lo contrario en aquellos á los cuales se niega. Ahora pues, quien conozca el estado intelectual de los poseedores de yuntas, mal podrá suponer que en general sean buenos electores. Es, pues, un lunar un tanto ridículo de la ley electoral este de que hablo ahora, en virtud del cual ha venido á ser el número de los electores de España muy fuera de la justa tasa. Ni suponiendo á quien esto escribe inclinado á las doctrinas bautizadas hoy con el nombre de conservadoras, se le puede tachar con justicia porque pretende reducir el gremio de los electores, descartando de él á los poseedores de yuntas; porque con los votos de estos bien pueden contar los hombres de la comunion política á que el autor del presente artículo corresponde, mas que con los de los electores de mediana nota ó inferior clase de las poblaciones crecidas.

En cuanto á dar tambien el voto electoral á quien posee una mediana renta, es cosa tan conforme á la razon que no puede tacharse. Acaso parecerá disposicion, si no ociosa de sobra, pues por los alquileres de casas y el importe de las contribuciones que se pagan se viene en conocimiento de quienes poseen el bien pasar necesario para ejercer bien el derecho electoral. En Francia no hay otra regla para

poder ser elector ó elegido, que la cuota con que cada individuo contribuye á los gastos del Estado. No así en Inglaterra; pero allí si las condiciones pedidas á los electores para serlo son varias, tambien hay elecciones de clases diversas, y para cada una de ellas se ha menester condiciones diferentes. Para ser elector por una ciudad, villa ó burgo solo se pide por prueba de capacidad cierta suma pagada por alquileres de casa: para ser elector de condado cierta propiedad en tierras. En España la eleccion es uniforme, y así parece que unas solas y las mismas calidades deberían ser exigidas á los electores todos. Sin embargo en todas partes, y aquí mas que en otras, por estar mal repartidas las contribuciones; así como en el sistema tributario el mejor modo de acertar con la riqueza imponible para sacar de ella con igualdad lo necesario á los gastos públicos, es tener varias y muy diversas clases de impuestos; para averiguar por lo que se posee la capacidad de ser elector está bien buscarlo por mas de un camino. La combinacion de renta propia, cuota de contribucion, y alquiler de casa como tres medios distintos para llegar al fin de descubrir quienes deban ser electores, merece pues, en mi pobre concepto, la calificacion de atinada y conforme á la razon y á la justicia.

Esto en cuanto á los que deben ser electores; parte la mas importante no solo de la ley electoral sino de toda la máquina del gobierno llamado representativo. El que se está sentando en España conviene que sea entregado á la clase media mezclada con la alta, porque entre el interés de una y otra de estas no hay oposicion como habia en Francia en 1789, y hoy mismo no ha dejado de haberla; porque si acaso en otros pueblos conviene cercenar el poder sobrado de los ricos, aquí es menester aumentarle para que no sigan la propiedad y el gobierno, ó sea el estado social y el político, siendo dos cosas, entre las cuales no hay la menor conexion; y porque siendo aquí la mayor parte de la nacion ignorante hasta de su interés y por demás descuidada, es locura darle un poder, de que en daño de ella misma usarían como de un instrumen-

to los atrevidos y ambiciosos. Un número menor de electores puede representar y aun representa mejor el interés y hasta la opinion de un pueblo, que otro mas crecido; y por cierto turbas dando su voto sin saber que hacen, ó por malos motivos; ó consintiendo que se suponga que le han dado, cuando tal cosa no han hecho; son mal intérprete de lo que un pueblo quiere ó necesita.

Las condiciones necesarias para ser elegido, si de inferior importancia á las que deben exigirse para ser elector, alguna han llegado á tener en España en nuestros dias. No sin temeridad ha sido puesta aquí en práctica una doctrina que en parte ninguna, salvo donde es el derecho de votar de todos, habia pasado de ser opinion de escritores de mas ó menos concepto y opinion muy combatida. La capacidad de ser elegido no tiene aquí otros límites que los de la menor edad, ó de la circunstancia de estar procesado, infamado ó fallido. Ni siquiera la calidad de elector se exige al diputado, y por cierto muy comun ha sido no tener la primera muchos de los que han tenido asiento en nuestras Cortes desde 1837 hasta el dia en que estamos. La doctrina de que habiendo buenos electores debe dejárseles latitud absoluta para elegir á aquel á quien mas digno creyeren, ha sido predicada siempre con alguna limitacion, y aun aquí, ¡cosa en que no se piensa! las escasísimas que tiene acreditan, que, debiendo tener algunas, cuando es recomendada como cierta sin restriccion grande ó pequeña, dista mucho de la certeza que se le atribuye. Ha sido general en los autores opuestos á que se exijan condiciones de riqueza á los que hayan de ser elegidos, contentarse con recomendar que todo elector sea elegible; idea en verdad no apoyada en razon alguna robusta, pero nacida de encontrarse disonancia hasta repugnante en que, quienes por las leyes no tienen el derecho de nombrar, gocen del de poder ser nombrados. Pero á esto se dirá. ¿Y por qué ha de obligarse al elector á dar un voto á uno de sus coelectores? No presume de él la ley, fundando su presuncion en las fianzas que le pide, que es capaz de distinguir quienes son

dignos de ser diputados? Pero si esto fuese de todo punto cierto, bien podría consentirse que los electores pudiesen elegir hasta á niños, hasta á delincuentes, hasta á infames; suponiéndose ó imposible que pudiendo hacerlo lo hiciesen, ó tolerable que llegase á ejercer el cargo de diputado quien, no obstante su incapacidad ó culpa, por la opinion de personas honradas y entendidas hubiese sido declarado digno de tanta honra y confianza. La prohibicion nace de la suposicion de ser posible lo que se veda; y si de temer es que aun electores con prudencia y tino para serlo hagan elecciones hasta de gente incapaz y malvada, bien puede autorizar este temor á dictar providencias, que los obliguen á dar su voto solo á aquellos á quienes presuma la ley dignos de ser diputados.

Ello es que en España hemos visto sentados en los escaños del Congreso y aun del Senado gente en verdad de escasa valía. Por eso me parece, que si lo contrario es justo y conviene á otros pueblos y en otros tiempos, en el nuestro y en el dia presente no está bien que sigan pudiendo ser elegidos hombres á quienes no se exija calidad alguna de propiedad ó de otra clase. Bien es cierto que calidades semejantes se figuran donde no existen; pero ese inconveniente puede ser estorbado por juiciosas disposiciones legales, y si no impedido del todo, lo bastante á lo menos para no ver repetida la vergonzosa escena que presentó en este punto el segundo de nuestros Congresos que llevaron el título de Estamento de Procuradores.

Nada vá dicho aquí acerca de si conviene dar el derecho de elegir ó ser elegido á los hombres de ciertas profesiones estudiosas, á los cuales, tomando el nombre que se les dá en Francia, se ha llamado capacidades, no sin dar márgen á burlas de mejor ó peor gusto y con mas ó menos fundamento. Ya se ha apuntado aquí mismo que el mero hecho de reconocer la capacidad como derecho equivale á una doctrina, contrapuesta á la que reconoce en el número la legítima soberanía. Pero no obstante, á la admision de estos hombres no rudos, pero tampoco por demás entendidos to-

dos ellos; necesitados, pues no siéndolo como propietarios serian electores; y en lo general inquietos, por avivarles la ambicion sus estudios, aunque escasos, é impelerlos la necesidad á buscar su elevacion y un buen pasar por cualesquiera caminos; se oponen los amantes del órden y enemigos de disturbios y alborotos. No habria poco que decir en este punto, si se tomase en cuenta que á ciertas fuerzas existentes en la sociedad, no pudiéndose aniquilarlas, es necesario darles desahogo y direccion por donde le tengan. Pero al cabo, quizá es ociosa la cuestion presente, pues, adoptándose el medio de buscar la capacidad electoral, no solo por la renta que se goza, ó cuota con que se contribuye al Estado, sino hasta por lo que se paga por la casa que se habita, la gente de algun respeto y valer entre las conocidas con el título de capacidades, vienen á ser electores como propietarios, contribuyentes, ó inquilinos un tanto acomodados.

De la consideracion de quienes hayan de ser electores ó capaces de ser elegidos, razon será ya pasar á ocuparse en la parte mecánica de las elecciones mismas.

Pocos habrán olvidado la reñida disputa que hubo en el Estamento de Procuradores y en los periódicos en Enero de 1836, sobre si convenia mas que dividiéndose España en distritos, cada uno de estos eligiese un diputado, ó que los electores de cada provincia nombrasen en conjunto, aunque dando el voto en diferentes lugares, á todos cuantos á la misma provincia corresponden. Prevaleció esta segunda opinion, y pasando á ser ley, no probaron mal al principio las elecciones por provincias; si bien andando el tiempo de tal manera se ha embrollado este método de elegir, que hoy á abandonarle, y sustituirle la eleccion por distritos estan inclinados casi todos. El que escribe el presente artículo suele mudar de parecer, y cuando así muda lo dice y obra en consecuencia, curándose poco de oir tildar sus apostasías; pero tambien cuando persiste en una opinion no creyéndola errada, la sustenta, arrostrando el peligro de ser acusado de pa-

gado de sí mismo y terco. En uno y otro caso no es tanta su presuncion que se crea infalible; pero tampoco puede abrazar lo que no llegue á creer justo y conveniente, siquiera cierre las puertas de su entendimiento á la luz de la verdad su incurable rudeza. Sin embargo en la cuestion presente participa de converso y de pertinaz, sujetándose quizá á que por ambos lados se le inculpe.

En verdad, elegidos los diputados por provincias tiene la ventaja de que suelen recaer las elecciones en sugetos mas dignos. Y no vale decir que esto no ha sucedido en España; pues de las elecciones por distrito no se ha hecho ensayo; y las por provincia dieron el Congreso de 1837 y 38, y el que se congregó y fué disuelto en 1840; y si aun entonces y despues se han abierto las puertas de los cuerpos legisladores á personas poco dignas de entrar en el que debia ser lugar mas alto, culpa ha sido del desórden que sin duda se habria hecho sentir en elecciones hechas de aquel ú estotro modo. Las elecciones por distrito es de temer que llenen los cuerpos colegisladores de gente traviesa de los lugares, que hoy solo aspiran á ser agentes de la ambicion agena, y mañana tratarán de satisfacer la propia, viendo serles ya posible. En Francia la ley de 1817, con arreglo á la cual eran elegidos en conjunto los diputados de todo un departamento, probó bien; y su destruccion fué obra de una parcialidad mal avenida con el gobierno representativo, que le sustituyó, no la ley actual, sino una mixta y con el doble voto. En Inglaterra casi todos los condados ó burgos que eligen nombran mas de un diputado, y cuatro la ciudad de Londres. Hubieron pues de hablar con ligereza quienes aseguraron que á nuestra eleccion por provincias no hay cosa que se asemeje.

Esto no obstante, en sentir del autor de estos renglones, convendria ahora aquí ensayar la eleccion por distritos, no por ser la mejor posible, sino por haberse viciado la otra de tal modo, que el remedio es urgente, y no hay otro que pasar á un método nuevo. Con las largas listas de candidatos;

con la inclusion de los suplentes; y además con las frecuentes trampas hechas por la habilidad de unos y consentidas por la general ignorancia y negligencia, han venido á ser las elecciones de lo mas falso que imaginarse cabe. La principal ventaja de cambiarlas consiste en la dificultad que tendrian quienes se han hecho maestros en las trampas para aprender á hacerlas en el juego nuevo.

Sin embargo, es desatino creer que aun adoptado el método de eleccion por distritos, deben aquí recogerse los votos en un solo punto. No se hace así en Inglaterra ahora, y el darse en diferentes lugares ha provenido de conocerse los inconvenientes que el darlos en un solo punto traia consigo. En España, sea cual fuere la division de distritos que se haga, jamás podrán ser ellos tan reducidos, ni contener facilidades tales para viajar los electores, que llegue á ser, no ya cómodo sino posible, ir á dar su voto una parte considerable de los que le tienen por derecho y quieren darle.

De ahí sin embargo nace el mayor abuso de la ley presente segun se pone en práctica. Sabido es que al llevarse los votos á la capital de la provincia, los comisionados de los distritos unas veces los fingen; y que en la junta de escrutinio se ha introducido la extraordinaria costumbre de anular actas de distrito y votos, de lo cual nace que la pugna entre las opuestas parcialidades, y aun el interés personal de algunos candidatos y sus favorecedores aspirando á sacar diputados á los que solo cuentan votos para suplentes, de tal manera suele poner las cosas, que rara vez es lo que únicamente debe ser la junta de escrutinio, á saber, una reunion donde se suma y hace constar de oficio, cuantos y á quienes son los votos dados en los diferentes colegios electorales.

Vénse pues aquí dos vicios: uno tapado por quienes le cometen, pues por tal le reconocen, y por lo mismo difícil de evitar: otro público, confesado, y hasta tratado de justificar pretendiendo que es cumplimiento de la ley.

La dificultad de estorbar la comision del primero es

grande, pues consiste en la ignorancia y descuido de los electores. De estos podría haber quienes tomasen razon de los votos al momento de darlos, ó cuando á la puerta del lugar donde se recogen se fija una lista expresando los que se han dado y en quienes han recaido. Y si esto último no se cumple, tambien los electores vigilantes deberían fundar una reclamacion contra el acto electoral en la circunstancia de no haberse cumplido. Aun podrían añadirse á las precauciones adoptadas, otras por donde quedase disminuido el poder exorbitante de las mesas; juntamente con lo cual deberían ser castigados los electores del distrito donde se probase un grave abuso ú omision, con no contarse sus votos, cuando en las Cortes se examinase el acta de la eleccion donde estuviese el testimonio de aquella falta.

En cuanto al vicio segundo de convertirse la junta de escrutinio en tribunal que juzgue de las elecciones, su correccion es fácil. Dicho sea de paso, el autor del presente artículo, cuando escribió el proyecto de ley electoral, que creando las juntas de escrutinio ha servido en este punto de pauta al artículo correspondiente de la ley que hoy rige, no pensó en dar á las juntas semejantes facultades. En verdad, las juntas de escrutinio solo venian á ser un medio de *dar fé* de que la votacion era segun de cada distrito venia hecha, sumando los votos en todos ellos dados, y revistiendo de autoridad legal la declaracion de la suma. Que no debe ser otra cosa lo dictan la razon y la práctica de otros pueblos, y una ley electoral nueva debe expresarlo clara y terminantemente.

No se ha hablado de si los votos deben seguir siendo dados en secreto. Ciertamente, el darlos así en los cuerpos legisladores, á los ojos de quien esto escribe, es no solamente vicioso, sino desvariado. Pero en las elecciones el secreto, si no está exento de inconvenientes, tiene ventajas que al cabo le compensan, siendo de entender, que ni aquellos ni estas son de gran bulto, pues casi siempre el secreto no pasa de ser una fórmula vana. Bien es verdad, que las

elecciones no son un acto en que los votantes todos obran con pleno conocimiento de lo que hacen, en cuanto al fin para el cual desean á aquella ú esotra persona para diputado, ó en cuanto al juicio que de los candidatos forman. Los electores usan de su libre alvedrío al votar, cuando no van cohechados ó intimidados; pero le usan muchos de ellos no en el hecho de nombrar los diputados, sino en el de obedecer de buena voluntad y docilmente al influjo que les dicta á quienes han de dar ó denegar su voto. Así pues el secreto que los ampara es provechoso en cuanto los liberta un tanto mas de obedecer por miedo ó esperanza de recompensa á los malos influjos.

No se pretende aquí negar que todas las precauciones que puedan adoptarse serán eludidas, y todas las disposiciones legales quebrantadas, y eso no una vez sino con bastante frecuencia. Los gobiernos son máquinas defectuosas; pero á veces con todos sus defectos trabajan medianamente, y dan productos sino óptimos muy regulares. Así puede suceder que un sistema electoral, sin ser la perfeccion misma, y del cual se notan mucho los defectos yéndole examinando con prolijidad, dé un cuerpo colegislador compuesto de materiales buenos aunque no excelentes.

La ley electoral que por ahora conviene á España en sentir de quien escribe el artículo presente, debe tener por fundamento la que hoy rige. Que se conserve en ella el triple modo de averiguar la capacidad electoral es oportuno. Que se suban las condiciones para ser elector, descartando de la clase de tales la posesion de yuntas, no parece desacertado. Que se vote por distritos y un solo diputado cada uno de estos es casi necesario en el momento presente. La anulacion ó aprobacion de las actas de elecciones debe ser del cuerpo legislador y de él solo. Para ser diputado sería bien que otra vez se exigiese la posesion de cierta renta ó dignidad, y esa bien acreditada. ¿Con estas mudanzas logrará España tener buenos diputados? Mucho hay que titubear para dar la respuesta. Pero al fin dando alguna, como es forzoso,

el escritor de estas páginas dirá en primer lugar: «que el tener mejores ó peores diputados en gran manera depende del estado de la opinion al elegirlos, y que mientras se quiera que todos cuantos se sientan en las Cortes sean políticos y oradores, ó diciéndolo con mas propiedad, habladores, se corre peligro de tener Cortes poco útiles y no dueñas de alto respeto; en segundo lugar que hace á los diputados ya elegidos buenos ó malos, lo que de ellos pide el pueblo, y que cuando este le pide en vez de mejoras, que le den funciones entretenidas, no debe quejarse si sale servido (segun frase vulgar) aunque mal, á su gusto; y en tercer lugar que en los cuerpos legisladores como en todo no debe aunque se desee, esperarse perfecciones imposibles, y que los daños de tiempos revueltos deben no solo maldecirse sino remediarse, conociéndoles el orígen, no achacando á otra causa lo que de las malas circunstancias proviene, y poniendo los negocios y leyes en su asiento y curso ordinario segun deben estar y llevarse adelante en tiempos tranquilos.»

Cuales sean los que á nuestra patria esperan, sería temeridad vaticinarlo. Pero si en ella ha de regir el sistema que hoy de derecho está rigiendo, dos cosas parecen evidentes al autor de este artículo; siendo una que la actual ley de elecciones debe variarse, y otra que no debe variarse mucho, porque sin grandes mudanzas, con la de los tiempos dará mejores resultas que hasta ahora ha podido dar ó ha dado.

ANTONIO ALCALA GALIANO.

APUNTES

PARA SERVIR Á LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

LEJISLATURA DE 1843.

APERTURA DE LAS CORTES.—DISCUSIONES IMPORTANTES.—INSURRECCION.

ABRIERONSE las Cortes dando principio á la lejislatura de 1843, y frustrando las pretensiones de los revólucionarios que querian la reunion de la junta central. Ambos cuerpos, el Senado y el Congreso, permanecieron fieles al principio de la coalicion, que habia obtenido la victoria en las luchas electorales. No se mostraron al principio ninguno de los bandos intolerantes ni exclusivos. Unos creian de buena fé que la coalicion era posible y podia ser duradera. Otros, aunque la juzgaban un imposible en la práctica del Gobierno, no se atrevian á oponerse á ella, porque las palabras de concordia, de conciliacion, de olvido de lo pasado, resonaban agradablemente en todos los oidos, y á tales ideas generosas y notables no podian resistirse los mismos que abrigaban el convencimiento de que todo aquello habia de desaparecer muy en breve. Se observó cierta imparcialidad y acierto en las discusiones sobre la aprobacion de las actas, ya en el nombramiento de las comisiones revisoras que se compusieron indistintamente de diputados de uno y

otro bando, ya tambien en la aprobacion de las actas. En las lejislaturas anteriores habian sido mas reñidas estas discusiones, porque dependiendo de ellas el que uno ú otro partido obtenga la mayoría lejislativa, segun que se aprueban ó rechazan las actas en que han salido diputados los de este ú otro bando político, en otras ocasiones cada cual tenia empeño en escudriñar causas de nulidad. Pero no sucedió así en esta sazon. Dieron frecuentemente los diputados de un partido su aprobacion á las actas en que venian electos diputados del bando opuesto, y en las cuales habia causas, sino para resolver la nulidad, al menos para discutir la validez. Tampoco hubo oposicion en admitir algunos diputados, á quienes por circunstancias particulares podia rechazar el bando opuesto. Así el Senado como el Congreso guardaron en este punto extremada circunspeccion, aprobando los dictámenes casi sin controversia. Esto prueba que al principio de la lejislatura dominaba todavía en los ánimos la idea de la coalicion; no se disputaban el campo los partidos, porque todos pensaban tener parte en el Gobierno. No querian pelear, porque á fuerza de llamarse amigos en la pasada contienda, habian llegado á creer que lo eran realmente. Ni los mas sagaces y exentos de ilusiones se atrevian á renovar la lucha, como si tuvieran un fatal presentimiento de los males que acarrearían nuevos disturbios, y como si en las divisiones pasadas vieran todos lamentables desgracias para el porvenir. Acertaban sin duda los que creian que era imposible la coalicion como medio permanente de gobierno. La historia acredita que hombres de distintas opiniones y creencias no pueden permanecer por mucho tiempo unidos en el mando, mucho mas si antes los dividieron añejos rencores, y se trata de un estado en que por muchos años arde una guerra civil tan espantosa, cual la que asolaba á la España. Pero no iban errados los que creian posible la coalicion por un breve espacio de tiempo y reducida á determinado objeto; porque hombres de distintas creencias pueden unirse para decidir de

consuno ciertas cuestiones, en cuya resolucion convengan de antemano. Ejemplos de este linaje ofrece la historia contemporánea, y no es extraño por tanto que abrigasen muchos una halagüeña esperanza. Los que se unen contra un enemigo comun facilmente creen que la union ha de ser duradera; solo despues de la victoria tocan por experiencia que no los unian mas vínculos que los del odio. Sin embargo, la revolucion siempre triunfante en España desde 1832 tenia defensores en el Congreso, y bien pronto comenzaron á manifestarse los mas osados ó los menos cautos. Un senador que siempre hizo alarde de profesar ideas democráticas interpeló en una de las primeras sesiones al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, culpándole de las medidas de rigor que se adoptaban contra los rebeldes de Barcelona. La historia de los tribunos es la menos variada de todas las historias. Siempre han pedido impunidad para los delitos; siempre han encontrado disculpa para los crímenes: castigarlos es un atentado; cometerlos es patriotismo: los rebeldes obran siempre con razon; los gobiernos nunca la tienen para defenderse; nada les importa el bien del pais: satisfacer sus odios, sus rencores, y su ambicion es la ley suprema del espantoso alcorán revolucionario. Los aplausos de la multitud los embriagan y enloquecen. Por una palmada de la tribuna dan la suerte de una nacion. Impetuosos y arrojados en la victoria como el Hércules de la fábula; mañeros y astutos en el vencimiento, como la serpiente de la Biblia, los tribunos son el azote de la sociedad como lo atestigua uniformemente la historia antigua y moderna. Hasta el gran César demandaba la impunidad para Catilina.

Las razones en que se fundaba la interpelacion se reducian á que Barcelona era muy rica é industriosa y Zaragoza muy heróica y esforzada. Justamente por ser Barcelona tan opulenta por su industria eran mas dignos de castigo los criminales que intentaban empobrecerla con los motines y rebeliones, paralizando y destruyendo su industria, y cegando

los veneros de su prosperidad. Por lo mismo que Zaragoza habia inmortalizado su nombre con hazañas heróicas eran mas delincuentes los que, faccionados por algunos hombres turbulentos, empañaban el lustre de sus laureles. Cuanto fué digna de elogio la defensa de los zaragozanos en 1809, lo era de vituperio el alzamiento de 1843. Entonces pelearon por la causa de la independencia y de la nacionalidad española contra un usurpador insidioso: ahora se rebelaban contra un gobierno que, por mas que no pudiese ofrecer títulos de lejitimidad exentos de toda tacha, como sucede siempre en los períodos revolucionarios, se enderezaba al objeto de sujetar la revolucion, que era en aquella época la necesidad mas urgente de la monarquía. Demás de esto, ni en Barcelona ni en Zaragoza se habian levantado los pueblos, sino una pequeña parte de revoltosos que, como acontece á menudo en tiempos en que el poder del Estado enflaquece y se enerva, dominaban por el terror á la gente honrada, pacífica é industriosa. Al Sr. D. Joaquin María Lopez, presidente del consejo, incumbia contestar á esta infundada interpelacion, y lo hizo de una manera satisfactoria, refiriendo todo lo acaecido sobre la cuestion de la junta central en términos muy circunspectos, y manifestando la tolerancia de que habia hecho uso el Gobierno con sus adversarios antes de lanzarse á las claras á la rebelion, que hacia por cierto gran contraste con las intrigas y miserables ardides empleados por estos.

El establecimiento de la junta central hubiera sido en todo tiempo sobremanera perjudicial al Estado. Era otorgar el poder constituyente en manos de un cuerpo nacido en medio de una insurreccion y entre el tumulto y desórden de las pasiones. Era establecer una máquina de guerra, cuando solo habiamos menester la paz: era dar armas á la revolucion, en vez de fortalecer el gobierno, primera necesidad en la época, porque nunca es mas necesario dar fuerza al poder que cuando acaba de sucumbir á los embates de una insurrecion victoriosa. Nada ofrece tantos peligros en

las épocas de trastornos políticos como la creacion de esos cuerpos constituyentes que reasumen todos los poderes del Estado; siempre son síntomas inequívocos de que la revolucion va á dar uno de esos pasos atrevidos, á que solo se atreve cuando, orgullosa de sus victorias y enfurecida con la resistencia de los obstáculos, cree que puede enseñorearse del pais, y borrar hasta los vestigios del poder, ya muy débil y vacilante que á duras penas la contiene. Solo los revolucionarios apetecian el establecimiento de esta junta con ánimo de modificar la Constitucion vigente de 1837, haciendo que el Senado se eligiera en los mismos términos que el Congreso, y aboliendo el veto absoluto en que consiste la monarquía. Pretendian, pues, los centralistas hacer á la España por tercera vez el funesto presente de la Constitucion de 1812, porque no sería otra cosa en su esencia la actual sin el veto, y naciendo entrambos cuerpos de un mismo orígen. Solo, repetimos, podian aspirar á tan dañoso intento los revolucionarios, á quienes la impunidad presta alientos para nuevos escándalos, y algunos pocos ilusos, que acostumbrados á investigar la legitimidad de los gobiernos en los delirios de la *ideología* política, y no haciendo caso de las severas lecciones de la historia, creian que destruida la regencia del general Espartero, era indispensable pedir al principio de la soberanía nacional, representado por la junta ó por unas Cortes constituyentes los títulos del nuevo gobierno. Si tan perjudicial al Estado habría sido el establecimiento de ese poder constituyente, que por su orígen revolucionario amenazaba destruir la Constitucion y la monarquía, mayor desacuerdo fué aspirar á semejante propósito, ya reunidas las Cortes ordinarias, como lo hicieron los insurreccionados en Leon, Barcelona, Zaragoza y otros puntos; porque no aconseja la sana política recurrir para la resolucion de graves cuestiones á un poder extralegal y peligroso, existiendo otro legítimo y exento de peligros que las decida.

Acercábase entre tanto la hora de resolver la mas grave de todas, la de la mayoría de la reina Doña Isabel II. El

Gobierno habia tomado la iniciativa: las Cortes nombraron una comision que en breve espacio de tiempo dió un dictámen conciso y juicioso, en que opinaba por esta declaracion que exigia la ley imperiosa de la necesidad.

Mientras todo esto pasaba en las Cortes, la insurreccion iba indudablemente de vencida. Los rebeldes que se levantaron en Leon con algunas compañías del ejército y la Milicia nacional de aquel pueblo, nombrando una junta revolucionaria, y apellidando la central, hubieron de rendirse á tropas muy superiores en número, que acudiendo de otras ciudades de Castilla bloquearon y sitiaron la plaza, obligándola á capitular.

El brigadier Almeller seguia encerrado en Gerona, donde le tenia muy estrecho el general Prim, que mandaba una division fuerte de siete mil infantes. Á punto de rendirse celebró un armisticio con objeto á dirigir comisionados á la capital de Cataluña, que le informasen del estado de la insurreccion, y obrar en vista de las noticias que de ellos recibiera.

Tampoco favorecia la fortuna los proyectos de los rebeldes en Barcelona: permanecian en la plaza evitando el trance de las armas, y sufriendo en sus fuertes y baterías el fuego de los sitiadores. Si estos últimos no habian ya sofocado la insurrecion, era á causa de que ocupadas las tropas de Prim en el sitio de Gerona, no podian unirse á ellos, dándoles de este modo una superioridad numérica, que compensase las naturales ventajas de los sitiados. A pesar de estas extremidades y apuros esforzábanse los rebeldes por llevar á otros puntos de la monarquía el contagio de la insurreccion. En Jerez de la Frontera hubo conatos de ella con la coyuntura que ofrecian las elecciones de la diputacion provincial: derramóse alguna sangre: se hicieron prisiones, y quedó sofocada en su orígen la rebelion, aunque no castigados sus autores con la severidad que las circunstancias exigian. En Sevilla y Granada intentaron tambien los facciosos sacudir el yugo de la autoridad del Gobierno, pero no pudieron

dar cima á la empresa, por resistirles con teson los militares resueltos á toda costa á velar por la guarda absoluta del orden.

En Zaragoza hicieron los sublevados proposiciones de capitulacion. Concedióles el general Concha, que mandaba las tropas sitiadoras un armisticio hasta que el gobierno resolviere acerca de las bases propuestas. Entre otras eran las principales la de mantener la Milicia Nacional en el estado que tenia en la insurreccion, conservar al ayuntamiento rebelde en el ejercicio de sus atribuciones, y por último conceder una amnistía absoluta y sin ninguna excepcion á todos los sublevados. Aceptóse por el Gobierno la de la amnistía, sin admitir las otras, llevándose á cabo la rendicion.

Contemplativa y débil como siempre fué en esta ocasion la conducta del Gobierno con los facciosos. Estaban ellos acostumbrados desde el principio de la guerra civil á la impunidad en el vencimiento, y á obtener premios y honores en la victoria. Ni un solo ejemplo de saludable rigor de nadie habia visto usar con los rebeldes siempre que estos revistieron la máscara de la libertad, al paso que se habia castigado con la última pena á los carlistas y á los que en octubre de 1841 fueron conducidos al patíbulo víctimas de la lealtad, del amor á su reina, y del odio que profesaban á un usurpador, que favorecido por los facciosos, adulado de la infima plebe como el Mario antiguo, y al empuje de los motines, habia escalado el supremo poder, y hecho de la revolucion la primera ley del Estado. Desde 1833 puede decirse que no hubo en España gobierno alguno que no debiera su orígen á la fuerza: desde 1835 los levantamientos populares hollaron las instituciones, trastornándolo todo sobre la faz de la monarquía. Se apeló siempre de las decisiones de los poderes del Estado á los espantosos desbaldes del pueblo conmovido. Se habia hecho tan habitual el remedio de la rebelion contra los males verdaderos ó facticios, que los mismos que siempre le habian condenado, no teniendo otro para combatir la usurpacion y la tiranía, hubieron de recurrir á

él á riesgo de que les perjudicára un dia para conservar el mando, lo que habian hecho para recobrarle. La insurreccion era todo el código político de la España hacia muchos años: con ella se imponian leyes fundamentales, se derribaban ministerios, se usurpaba la regencia del reino, se satisfacian las ambiciones mas bajas, se daba páhulo y fomento á los rencores. Los facciosos encontraban sueldos, dignidades y bienestar si triunfaban; impunidad y proteccion si eran vencidos. Con estos ejemplos continuos de inmoralidad, de escándalo y desórden habia tomado creces la anarquía, y debilitádose el poder del Gobierno.

En tan lamentables circunstancias la primera necesidad de la España era imponer castigos severos á los rebeldes, cortando la raiz de un mal tan añejo, que hacia imposible toda estabilidad, y frustraba toda esperanza. Las instituciones representativas parecian hasta entonces incompatibles con el órden y la justicia, y era menester que quienes siempre las habian defendido, enderezasen sus conatos á hermanarlas con aquellos principios, porque todo lo que á ellos se opone es instable y perecedero en las sociedades. Y sin embargo el Gobierno de aquella época no castigó con mano severa á los facciosos que hacia diez años mantenian en continua agitacion el Estado, sin comprender quizás que son cómplices de las rebeliones quienes no las castigan pudiendo, y que no merece el nombre de gobierno el que transige con los facciosos. Puede hallarse un pais en tan espantable estado de disolucion que no alcancen á contener el torrente de la anarquía la severidad y el castigo; pero de cierto la contemplacion, aun en este caso, conduce mas pronto á perdimiento y ruina. Pero nosotros que nos proponemos ofrecer en cada página de este nuestro humilde trabajo prendas de absoluta imparcialidad en órden á todos los sucesos que historiamos, no harémos omision de las circunstancias que en algun modo disculpan al ministerio de aquella época de la grave falta de haber llevado su debilidad y flojeza hasta el punto de admitir capitulacion á los rebeldes. Si el ser

inveterada costumbre entre nosotros la de apelar á las armas y á los levantamientos, debia tenerse en cuenta para castigar con mayor rigor un delito, que por la frecuencia de su repeticion iba perdiendo su natural carácter odioso, y amenazaba por tanto á reproducirse de continuo á semejanza de aquella Hidra fabulosa de los antiguos; tambien lo es que la propension que sentian los pueblos á rebelarse, y la facilidad con que hasta entonces lo habian hecho otras veces, debió inspirar naturalmente temores del mismo resultado en esta coyuntura. Acaso temió el Gobierno que si se empeñaba en castigar á los rebeldes, y entrar por la fuerza en las plazas sitiadas, corria grandes peligros de que, durante el tiempo necesario para las operaciones militares, siguiesen otras ciudades el ejemplo de aquellas, movidas por el hado misterioso que siempre habia propagado por toda la península el grito de una primera insurreccion. Tal vez creyó el Gobierno hallarse en la alternativa de consentir la impunidad de un nuevo proyecto de rebelion general, ó sucumbir víctima de otra ya consumada, decidiéndose en tal caso por el partido que le pareció preferible, y que causaba menor detrimento al Estado. Añádese á esto, que acabábamos de salir de otra insurreccion victoriosa, y que el tiempo que transcurrió de una á otra no fué acaso el suficiente para que el Gobierno organizára el ejército, y se proveyera de todos los otros medios necesarios para usar de rigor con esperanzas de buen éxito. Existian en muchas capitales cuerpos revestidos de autoridad y prestigio, enemigos jurados del poder nacido en el levantamiento de Mayo. Hábiase relajado muy recientemente la disciplina de las tropas con un nuevo ejemplo de insubordinacion, premiado con superabundantes mercedes. El pueblo, que no sabe distinguir las causas que hasta cierto punto pueden disculpar una insurreccion, y que solo vé en todas ellas una coyuntura para hacer uso de la fuerza, para saciar sus instintos de desórden, y para gozarse en la humillacion de los que mandan, acababa de ser testigo de un levantamiento general que habia cambiado en

pocos meses el semblante de la Monarquía. Y era de temer que tan reciente ejemplo le arrastrára á seguir otra vez sus huellas en cuanto la ocasion les brindára con probabilidades de victoria. Por último el gobierno de aquella época era tambien producto de una insurreccion, y pocas veces se ha visto en la historia que pongan término á las revoluciones los que las han dado principio y provocádolas.

Estas son las circunstancias que pueden disculpar en algun modo al Gobierno interino de aquella época, si bien nosotros persistimos en el dictamen de que á todo trance debió valerse de la mayor severidad, porque no damos á las razones expuestas tanto valor como acaso les atribuyeron los ministros, aunque en gracia de la imparcialidad histórica las hemos expuesto con toda la enerjía que nos ha sido posible. Entre tanto habian los rebeldes triunfado en Vigo con el apoyo de alguna parte de la guarnicion. El general D. Fermin Iriarte, que habia salido de España con D. Baldomero Espartero, acompañándole en la proscripcion, vino á ponerse á la frente de las tropas desleales, organizando con ellas una columna que debia hacer una correría por la Galicia para sublevarla.

Concluida la revision de las actas, y luego que hubo el número suficiente de diputados en el Congreso, constituyéronse los cuerpos legisladores, desvaneciendo las esperanzas de los enemigos de aquel órden de cosas, que dirigian sus conatos á impedir este acontecimiento. Apenas se habian constituido, cuando un diputado interpeló al gabinete sobre infracciones de la ley fundamental, y manifestó hallarse alarmado por peligros que, añadia, amenazaban la seguridad y la independencia de los diputados. Su discurso fué en extremo original en su esencia y en sus accidentes. Hizo mencion de hachas revolucionarias, defendió el derecho de los pueblos para llevar al cadalso á sus reyes, parodiando torpemente el lenguaje de los oradores de la célebre montaña francesa, y despues de estos arranques tribunicios, aconteciéle la mayor desgracia que puede afligir á un tribuno,

cual es provocar la risa, en vez de la indignacion de la plebe. Respondió á este discurso el Sr. Lopez en términos muy mesurados, defendiendo cumplidamente y con sólidas razones los actos de su ministerio.

Aplaudir, como lo hizo el Sr. Bernabeu, el último alzamiento de Mayo, y censurar al mismo tiempo al Gabinete por infracciones de Constitucion, era un contrasentido y absurdo inconcebible. El Ministerio Lopez habia subido al poder para consolidar la obra del último alzamiento, y no podia menos de cumplir las condiciones á que debia la existencia. Ningun gobierno puede obrar contra el principio que le ha dado el ser y á que debe su origen. Nacido este de una revolucion, le era necesario consumarla y fortalecerla. Para ello tuvo que disolver el Senado en su totalidad, nombrar ayuntamientos de real órden en varias capitales, hacer desarmes de la milicia nacional, y valerse de otros medios revolucionarios de este linage, porque de otro modo hubiera destruido su misma obra.

Todo gobierno que debe sus títulos á una insurreccion se vé precisado á obedecer á los mismos principios que en ella se proclamaron, y como estos han de ser necesariamente revolucionarios, tiene que llevar la revolucion al poder por lo menos hasta que consolide su obra. Por consiguiente el mal consistiria, si acaso, no en que el Ministerio Lopez adoptase medidas anticonstitucionales, sino en que se habia colocado en un terreno en que por precision tenia que recurrir á ellas, y en que era de todo punto imposible la legalidad. Hubiera sido hábil y lógica la conducta de los enemigos de aquel ministerio que le hubieran dado en rostro con las medidas que adoptaba, considerándolas como consecuencias fatales y necesarias de un mal principio á que debia su elevacion. Pero era incomprensible desacuerdo admitir el principio y hacer cargos por las consecuencias que de él arrancaban fatal y necesariamente, y pretender que no infrinja las leyes quien se encuentra en la alternativa de infringirlas ó suicidarse.

Llegó por último el dia de proceder al nombramiento

de los individuos de que habia de constar la mesa, y en el cual era necesario se pusieran de manifiesto los bandos en que estaban divididos los diputados, los intereses que representaban, y las pasiones é ideas que los movian. La coalicion, que algunos dias antes parecia completa á los hombres poco previsores, se manifestaba cada vez mas relajada, desertando muchos á afiliarse á sus antiguas banderas. Ibase ya formando un partido de oposicion compuesto de diputados del antiguo bando progresista que se separaban del parlamentario, y de ultra-progresistas que nunca quisieron unirse á él. Aunque ya muy debilitada la coaliacion, de ella sin embargo era la mayoría. Inútiles esfuerzos hizo esta para obrar de acuerdo con los de la oposicion en el nombramiento del presidente y secretarios, y aun á duras penas podian entenderse sobre este punto los mismos individuos de la mayoría. La mayor parte de estos últimos se inclinaban á nombrar para la presidencia al Sr. Olózaga con objeto á que fuera despues llamado á la de un gabinete que querian sustituir al de Lopez, si bien algunos lo repugnaban, inclinándose á otros candidatos. Los de la oposicion le acusaban de haber desertado de las filas del progreso, y querian nombrar al señor Cortina, como hombre mas decidido y representante mas fiel de sus doctrimas é intereses. Llegó el dia de la eleccion, y reinaba el mayor desacuerdo. Repitiéronse las votaciones, sin que ninguno de los candidatos obtuviera la mayoría. Hubiéronse por último de concertar, viéndose precisados á deponer mútuas exisgencias, y salieron electos el Sr. Olózaga para la presidencia y dos candidatos de cada uno de los bandos disidentes para secretarios. El Sr. Olózaga era, pues, la persona mas popular en el Congreso, puesto que quienes le rechazaban al principio hubieron de ceder, viendo lo imposible que era cualquiera otro propósito. Este diputado habia siempre hecho alarde de profesar doctrinas mas monárquicas y templadas que la mayor parte de hombres del bando progresista. En la discusion de la ley fundamental de 1837 defendió con elocuencia los principios mas sanos de la

monarquía constitucional en órden á algunos artículos importantes como el del veto, y la facultad del monarca para disolver las Cortes. Durante el tiempo en que habia permanecido en París como encargado de negocios, con especialidad en octubre de 1843, consiguió bienquistarse con muchos hombres de estado de aquella nacion, y hacer prosélitos entre los redactores de varios periódicos de la capital que le recomendaban en ellos como el político á propósito para dar á la España gobierno y paz. Dícese que el ministro Guizot y aun el mismo Luis Felipe lo creyeron así por algun tiempo. El gobierno francés que aspiraba á ejercer en la nacion española la influencia que habia perdido desde 1840, queria no apoyarse de nuevo solo en el partido conservador, sino que este cobrára fuerza y popularidad con la agregacion de los mas distinguidos miembros del bando progresista. El señor Olózaga le pareció quizás el mas á propósito para dar cima á esta empresa, que tendría la ventaja de organizar un partido que representára la idea de poner término á la revolucion española, al par que la de huir de todo proyecto reaccionario. Carezcan ó no de exactitud estas noticias, es lo cierto que las alabanzas tributadas á este diplomático en los periódicos franceses, aun aquellos que defendian el Gabinete, y pasaban en la opinion pública por sus órganos oficiales, contribuyeron en gran manera á fomentar en España la idea de que un ministerio presidido por el Sr. Olózaga, y compuesto de diputados de la coalicion, era en aquellas circunstancias el mas conveniente y hacedero. Creíase que le apoyarían los moderados, á quienes semejante gabinete daría prendas de estabilidad y de órden; que mantendría á raya á los progresistas, desvanecidos de este modo los temores de reaccion, y que la nacion entera le recibiría con júbilo, esperando de él gobierno, paz y toda suerte de prosperidades.

De semejante ilusion se dejaban dominar los espíritus, como siempre acontece en esas lamentables épocas en que apenas se divisa ninguna esperanza de bien.

En el Congreso existía una oposicion revolucionaria que

enderezaba sus conatos al trastorno del Estado. Se hallaba en minoría; pero era de temer que se mostrára fuerte por su audacia, y que defendiera palmo á palmo el terreno en que habia asentado el arsenal de la revolucion. Demás de esto la mayoría en que habia de apoyarse el Gobierno no era de todo punto uniforme y homogénea. Deseaba poner término á los motines y rebeliones: queria organizar la administracion del estado; apetecia conservar reformando. Pero aunque consonaban en todos estos principios y en muchas cuestiones de suma gravedad, disentian en algunas otras del mayor interés. En una palabra, aquella mayoría estaba desprovista de direccion, de caudillos reconocidos y de disciplina. Sus miembros estaban unidos tan solo por los vínculos del peligro y del temor. Era fácil que se desunieran en el dia en que estos cesasen ó se disminuyesen. Es fácil gobernar cuando se cuenta con una mayoría considerable y homogénea, pero muy difícil con otra tan reducida y discorde como la en que habia de apoyarse el ministerio en aquella ocasion. Creyóse que ninguno de los jefes del antiguo partido moderado podría estrechar los lazos de union entre las distintas fracciones en que estaba dividida la Cámara. Opinábase que el Sr. Martinez de La Rosa, el mas distinguido de todos ellos, representaría una próxima reaccion; que el Sr. Pidal tendría grandes repugnancias por haber defendido en otras lejislaturas algunas doctrinas que se calificaban de exageradas, como la continuacion del diezmo. En una palabra, convinieron todos ó la mayor parte en que el Sr. Olózaga era mas conveniente, porque podia representar á la vez la idea del órden y del progreso, la de poner término á todo intento de revolucion armada, y la de huir de todo proyecto reaccionario. Estas fueron las razones que movieron á la mayoría á votar para presidente del Congreso al Sr. Olózaga.

A los pocos dias de constituirse la mesa se sometió á discusion el dictámen sobre la mayoría de S. M., y desechadas las enmiendas contrarias á él, entróse de lleno en el

debate. La oposicion usó en él de la mas laudable calma, comedimiento y mesura. Parecia que se trataba una cuestion insignificante en una asamblea de lejisladores desnudos de toda pasion. Acaso creyeron los mal avenidos con el dictámen, que serían inútiles cuantos esfuerzos se hicieran para resistir la opinion dominante en las Cortes y en el pais respecto á la mayoría de la Reina. Pocas veces se han discutido cuestiones de tanta entidad en épocas tan azarosas y turbulentas como aquella. La oposicion fué débil: manifestaba de parte de quienes la hicieron mas repugnancia al dictámen, que conviccion del contrario. Expusieron los oponentes mas temores para el porvenir en el caso de aprobarse, que razones en favor de la minoría. La cuestion estaba ya decidida por el pais. La mayoría de la Reina fué el principal objeto del levantamiento de Mayo. Las Cortes convocadas á consecuencia de él no podian obrar contra el principio á que debian su orígen. Los razonamientos de los que combatieron el dictámen se fundaban en el tenor de la ley fundamental, y en la conveniencia pública considerada á su manera. Alegaban que siendo ordinarias aquellas Cortes, carecian de facultades para infringir la Constitucion que designaba la edad de 14 años para la mayoría de los reyes; y que los diputados que habian jurado su observancia faltarían á sus juramentos, infringiéndola. Añadieron que en época tan crítica en que urgía robustecer el trono y dar fuerza al poder, sería muy imprudente confiar el ejercicio de las prerogativas reales á una niña débil por sus años y por su sexo. Y por último que la mayoría de S. M. traería en pos de sí la dominacion de un partido, que acaso comprometiera en adelante la autoridad real, como habia sucedido con la ilustre viuda de Fernando VII. Todas estas razones eran muy livianas comparadas con las que se ofrecian á los ánimos menos ilustrados en favor de la mayoría. No era exacto que las Cortes de 1843 careciesen de facultades para hacer esta declaracion. En la Constitucion de 1812 se habian establecido diferencias entre Cortes ordinarias y extraordi-

narias, pero no en la de 1837 que entonces regia. Al discutirse el proyecto de esta última no faltó quien deseára se sancionase el mismo principio; pero desechóse en las Cortes constituyentes de 1837 semejante idea, como poco conforme á las doctrinas adoptadas en los gobiernos constitucionales de Europa. Eran, pues, con arreglo al derecho político de España, vigente en aquella sazon, todas las Cortes iguales en facultades, y podian sin necesidad de poderes especiales, ya dispensar del cumplimiento de la Constitucion, ya hacer en ella las variaciones que las circunstancias ó los eventos de la suerte exijieran. Esta era tambien la opinion de todos los publicistas de la época, que previendo que algun dia puede ser indispensable una reforma en la ley fundamental del Estado, y al mismo tiempo considerando lo peligroso que es todo cuerpo constituyente, habian adoptado la doctrina de que las Cortes ordinarias pueden hacer aquellas reformas sin llamamiento especial, para un caso determinado. Tampoco convencia la razon de ser peligroso entregar á una niña de 13 años el ejercicio de las prerogativas reales. Para el gobierno de los estados son menester ilustracion, juicio y grande esperiencia; pero para reinar basta el buen sentido y una educacion digna de la corona. No queremos decir con esto que no ofrezca en efecto grandes peligros el reinado de una niña de 13 años; pero este es uno de aquellos males inherentes á la naturaleza humana, y á los negocios de la vida. Para reinar se necesitan mas sobresalientes cualidades que para administrar una corta herencia, y sin embargo las leyes civiles exijen mas condiciones para lo último que las políticas para lo primero. Estos son males necesarios con que siempre ha de verse aflijida la humanidad que los adopta, huyendo de otros mayores. Las Cortes de aquella época se hallaban en la alternativa de confiar el poder real á una niña de 13 años, ó hacer nombramiento de otra regencia, lo cual amenazaba sin duda con mas espantosas calamidades á la España. Nada hubiera sido mas peligroso que crear una

potestad transitoria, débil, sin estabilidad, ni prestigio, cuando mas habia menester la nacion de fijeza y arraigo en el poder, tan debilitado por las turbulencias de una revolucion y de una minoría de diez años. Era además en extremo difícil la eleccion de la persona á quien se habia de investir con tan alta dignidad. La revolucion española es fecunda en desastres, calamidades y aun crímenes, pero no en hombres superiores. Si en aquella época hubiese existido alguno de un mérito muy superior á los demás, capaz de dominarlos y hacerse temer y amar, ese se hubiera elejido, acaso contra la voluntad de muchos; porque semejantes hombres hacen forzosa su dominacion. Cuando no se la ofrecen, la exijen con imperio. Pero por fortuna ó por desgracia no existia ningun hombre en España de la raza de los dictadores.

La revolucion, infecunda en todo hasta en reformas útiles, no habia producido ningun hombre superior ni entre los militares, ni entre los estadistas. Solo brillaban algunos escritores y jurisconsultos que nunca habian ascendido al poder. La nacion llevaba 11 años de estar dominada por facciones mas ó menos violentas, regida por tiranías sucesivas que alternaban en el mando, servida en lo general por hombres medianos, si bien entre estos últimos gallardeaban algunos de talentos notables y de no escaso saber. En tal estado de cosas, el nombramiento de Regencia no podia menos de despertar ambiciones, envidias, enemistades y todo género de pasioncillas, debiendo tenerse en cuenta que estas últimas han sido las que mas habian fomentado durante la última época revolucionaria el fuego de nuestras discordias domésticas. Para revestir á un hombre con tan elevado carácter en un pais como la España, en que la concesion del destino mas leve habia siempre despertado envidias y resentimientos, era indispensable que el elegido fuera un genio con quien nadie pudiera rivalizar, porque todos aspiran á subir á la misma altura que sus iguales, y no hay cosa que repugne tanto á los hombres como la elevacion repentina, ó la fortuna reciente de aquellos.

Tampoco era razon sólida para no declarar la mayoría, la de que esta habia de producir la dominacion de un partido político, porque esto era dar por asentado, que habia algano mas aceptoque otro á los ojos de la monarquía. Era conceder que un bando político habia unido sus intereses con los del trono, y que otro se habia declarado en hostilidad con él. Los reyes como hombres han de estimar mas á los que los defienden que á los que los hostilizan. Como institucion han de preferir á los que mas representen las ideas de órden, de estabilidad, de justicia, y de libertad bien entendida de que ellos son los primeros representantes, siempre que lo hagan dentro de los límites de la Constitucion del Estado. Esto está en la naturaleza de las cosas, y en este sentido es inevitable, y no una calamidad por cierto, que la corona propenda por unos hombres mas que por otros. Cúlpense á sí mismos los que por capricho, ó por dañada intencion, ó por ignorancia, ó por servir á sus intereses, han preferido el aura vana popular al amor del trono, la rebeldía á la obediencia, la traicion á la fidelidad, y el licencioso desenfreno que demanda la multitud á la libertad racional y bien entendida. Demás de esto, en un gobierno representativo todos los partidos pueden subir al poder por los medios legales, y aun cuando el monarca se esfuerce por llamar á su lado á los mas monárquicos con el ejercicio de sus prerogativas, nunca surtirá su conducta otro efecto que el contrabalancear los grandes medios con que en un gobierno de esta clase cuentan los mas fogosos partidarios de la libertad, para llevar las reformas fuera de los límites que la prudencia y el bien del Estado aconsejan. Como las innovaciones y reformas las exijan el interés de los pueblos y los adelantos de la época, pronto han de conseguir sus partidarios el triunfo, sin recurrir á otros medios que los de la mas estricta legalidad. En esta clase de gobiernos no se concibe, que los partidos conservadores monopolicen el poder por mucho tiempo; de lo cual es buen testimonio la historia de los estados modernos regidos por instituciones represen-

tativas. No consiste el peligro de estas en que se contenga el curso de las reformas saludables, sino en que se hagan las prematuras é imprudentes. En cada época amenazan á los estados peligros de una parte ó de otra, á la manera que en cada estacion del año hay un viento temible para los navegantes. En este siglo mas ha de oponerse al bienestar de la Europa la licencia de los pueblos que la tiranía de los monarcas.

Por otra parte, todas las razones que se alegaban en contra del dictámen, eran aplicables del mismo modo á la época en que la Constitucion del Estado sancionaba la mayoría de S. M.: porque sería absurdo sostener que corria riesgos la salud del estado en el caso de confiar á una niña de mas de trece años el ejercicio de las prerogativas reales, y no luego que cumpliese los catorce, es decir, pocos meses despues. Considerando la cuestion por los antecedentes y ejemplos de la historia, no ofrecia un aspecto menos ventajoso á la mayoría de S. M. La ley de Partida que establece la edad de 20 años para la de los reyes, jamas habia estado en uso en España. Hubo en algunos tiempos costumbre de declararla á los 15; pero tampoco se siguió constantemente, y muchos de los monarcas empezaron á gobernar á los once, á los doce, y aun á los siete años, teniendo todos el mayor interés en abreviar las minorías siempre fecundas en turbulencias y desastres. Ni faltaban tampoco ejemplos en la historia contemporánea. En el Brasil y en Portugal se declararon recientemente mayores los monarcas antes de la edad prescrita por las leyes. Sobre todas estas razones existia la imperiosa de la necesidad primera del Estado, que era la de establecer un gobierno que organizase la administracion, y pusiera término á los arrebatos revolucionarios que le mantenian durante una época de once años en interminables discordias civiles. Y este gobierno no podia establecerse por un poder transitorio y débil, sino por otro estable, duradero y lleno de magestad y prestigio, cual lo sería el de una reina que ocupase el

trono ennoblecido por cien monarcas sus antecesores, y que además estaba exenta de las faltas, y aun de los crímenes con que se ofrecia manchada la historia de la revolucion. Por último, aunque muy accesoria comparada con las anteriores, se presentaba al ánimo la consideracion de que la mayoría de S. M. habia de influir en gran manera para frustrar las esperanzas de los rebeldes de Barcelona. Porque distinto es rebelarse contra una regencia nacida de la usurpacion, ó contra un ministerio producto de un levantamiento popular, que contra una reina, heredera de tantos reyes ilustres, por quien se habia vertido tanta sangre. Todas estas razones se alegaron durante la discusion por hábiles oradores, entre los cuales merecen mencionarse los señores Donoso Cortés, y el célebre D. Francisco Martinez de la Rosa. Este último, vuelto al seno de su patria, de donde le habian alejado tantas veces las discordias civiles, proscrito durante la época de la Regencia usurpadora, hizo valer su elocuencia en esta ocasion solemne, defendiendo la causa de la razon y de la justicia.

Reunidos los dos cuerpos colegisladores se sometió á votacion el dictámen, aprobándose por todos los votos con escepcion de 16. A los pocos dias de este escrutinio las salvas, el tañer de las campanas y el clamoreo y los vitores de la muchedumbre que se agolpaba hácia el palacio de los reyes de Castilla eran muestras de que iba á solemnizarse uno de los actos mas memorables de la época. La reina Doña Isabel II salia de la morada de sus predecesores para jurar ante las Cortes guardar y hacer guardar la Constitucion de la monarquía, recogiendo en su tránsito el homenage y la adoracion de sus súbditos.

El 9 de noviembre de 1843 dió principio á una nueva era en los fastos de la revolucion española. Hasta entónces y desde la caida del ex-regente Espartero no existia ningun poder legítimo, hallándose la monarquía en una situacion precaria y anómala. El trono estaba vacío, sin que la reina menor gobernase, ni existiera otra persona investida del

carácter de regente. El gobierno, que á falta de rey ó de quien hiciera sus veces, dirigia los negocios, era producto de una revolucion: los rebeldes de Barcelona, Zaragoza y otros puntos le negaban la obediencia, y se levantaban contra él, alegando los unos para rebelarse los mismos títulos que los otros para mandar. A los ejemplos anteriores de rebeldía de los súbditos y de insubordinacion de las tropas se habia añadido uno mas. Tal era el estado lamentable de la monarquía hasta el 9 de noviembre de 1843. Pero desde aquel dia el trono estaba ocupado por la legítima soberana de las Españas; existía ya un poder que no debia su orígen de las insurrecciones victoriosas, sino de las antiguas y venerandas leyes de la monarquía española, que hacen el trono hereditario, del voto de las asambleas nacionales que habian declarado mayor á S. M., y del unánime consentimiento de los pueblos que habian vuelto los ojos á esta institucion venerable, esperanzados de encontrar en ella el término de tantos disturbios y escándalos como habian amancillado durante los últimos años el lustre de las grandezas pasadas.

Pocos dias despues de este memorable acontecimiento hizo el ministerio Lopez dimision á S. M., creyendo haber ya cumplido su encargo, que era el de gobernar hasta la declaracion de la mayoría. Pero la reina confirmó de nuevo á todos sus ministros, interin se determinaba con la madurez y detenimiento que el caso exigía cuáles habian de sustituirles. Las Cortes acordaron tambien un voto de gracias á aquel gabinete, que obtuvo la mas absoluta unanimidad en entrambos cuerpos colegisladores.

Mientras las Cortes se ocupaban de la mayoría de S. M., el partido centralista hizo los últimos esfuerzos para levantarse en Madrid y en las provincias. Fraguóse una conjuracion horrible para asesinar á las autoridades que oponian mayor resistencia á la insurreccion. Asesinos asalariados atentaron á la vida del general Narvaez, capitan general de Madrid, y á la de los jefes militares de Sevilla, Córdoba,

Valencia y el campo de Algeciras. Los conjurados no pudieron dar cima á su empresa, y solo pereció en Madrid el coronel Baseti que acompañaba á Narvaez. Este proyecto era aun mas horrible que cuantos antes se habian concebido; porque los asesinatos de los religiosos en Madrid en 1834, y los de tantas otras víctimas, cuyo sacrificio habia llenado de espanto á todos los hombres honrados, se hicieron entre el tumulto de las insurrecciones y por el pueblo ó la soldadesca conmovida. Pero jamás se habian consumado á sangre fria, con deliberacion y de una manera tan alevosa y horrible. Frustradas las esperanzas que sin duda libraron los rebeldes en proyecto tan abominable, la insurreccion tocaba á su término. Entraron las tropas sitiadoras en Zaragoza en virtud de la capitulacion, de que ya nos hemos ocupado, y que el gobierno aprobó, permaneciendo armada por el pronto la Milicia Nacional de aquella plaza, si bien á los pocos dias fué indispensable desarmar á uno de sus batallones, por observarse en él síntomas ostensibles de sedicion. El general D. Fermin Iriarte, que se habia puesto al frente de las tropas desleales en Vigo para sublevar la Galicia, no pudo dar cabo á su empresa, porque el pais no respondió á su llamamiento. Gerona, Hostalrich y Figueras propusieron una capitulacion al general Prim, aunque este no se habia aun resuelto á aceptarla. Con arreglo á ella los rebeldes de Hostalrich y Gerona saldrían armados de estas plazas para reunirse en la de Figueras, donde se conformaban á rendir las armas. Estos ejemplos continuos de condescencia y debilidad con los rebeldes no podian menos de ser muy perniciosos; pero ya hemos hablado prolijamente sobre este punto.

El Sr. Olózaga fué el encargado por S. M. de la formacion del gabinete que habia de suceder al del Sr. Lopez. Componíase este último de personas, que si bien todas ellas pertenecian al bando progresista, discordaban sin embargo en el modo de comprender la situacion política del Estado. Creian el ministro de Estado, de la Guerra y

de Marina, que en adelante continuaria la coalicion de los partidos, y no estaban recelosos de la parte que el llamado conservador iba tomando en los negocios. Opinaban á la contra los de Hacienda y Gobernacion, que se desatiaban rápidamente los vínculos que hasta entonces habian estrechado á los dos partidos, y estaban temerosos de que el conservador ó monárquico-constitucional dominase exclusivamente, valiéndose de los medios que le suministraban una mayoría parlamentaria, compuesta de antiguos moderados y algunos progresistas, para quienes no habian pasado en balde los sucesos, ni el tiempo, y la influencia que les daba el hallarse todas las fuerzas militares al mando de jefes de sus mismas opiniones. Olózaga abundaba en las mismas ideas que los Sres. ministros de Gobernacion y de Hacienda, y andaba muy remiso en formar el gabinete. La oposicion por otra parte, no contando con mayoría, aspiraba á poner embarazos á la entrada del nuevo ministerio, creyendo con razon que en este último no entrarian personas tan afiliadas á su bando como los Sres. Aillon y Caballero. Conocido este intento por los hombres mas monárquicos y conservadores, deseaban salir de la crisis ministerial, y llegaron á hacerse en el Congreso interpelaciones sobre el estado de esta cuestion importante. Parecia natural que habiendo pertenecido el Sr. Olózaga al partido de la coalicion, y debido á este su nombramiento de presidente, sacara de él los miembros del ministerio que habia de presidir, componiéndole de moderados y progresistas. Dícese que así manifestó al principio pensaba hacerlo á algun miembro influyente y notable del partido conservador. Semejante ministerio ofrecia sin duda sus dificultades. La union de hombres de distintas opiniones políticas, aunque de antemano se hayan puesto de acuerdo en algunos puntos, es siempre muy difícil y poco hacedera cuando se trata de organizar, si bien es muy posible solo para el propósito de destruir lo existente, y vencer al enemigo comun. Podia tambien temerse que un ministerio semejante excitaria mas la animosidad y el encono de la

oposicion, que otro en que solo tuvieran parte hombres templados y prudentes del bando progresista. Añadíase á estos inconvenientes la circunstancia de que estando la mayoría dividida en varias fracciones respecto á la designacion de personas que habian de componerle, cada una de ellas presentaba un candidato favorito, y temíase con razon ó sin ella, que prefiriendo á alguno, se enagenaría el nuevo gabinete la voluntad de las fracciones no preferidas. Acaso todas estas consideraciones se ofrecieron al ánimo del Sr. Olózaga, quien de suyo es dubitativo y vacilante cuando se halla en calma, así como nadie le lleva ventajas en lo enérjico y resuelto en el hervor de las pasiones. Acaso tambien se abultaron y tomaron creces en su imaginacion todas estas dificultades. Lo cierto es que transcurridos muchos dias en dudas y vacilaciones, se decidió al cabo por la formacion de un gabinete exclusivamente progresista, componiéndolo de hombres de este partido.

En las Cortes entre tanto no se trataba de ningun asunto de grave interés, si se exceptua el proyecto de ley para que el Gobierno siguiera cobrando las contribuciones hasta el fin de diciembre, que se aprobó. El antiguo Gabinete Lopez se fué, durante la crísis ministerial para componer el nuevo, inclinándose poco á poco á la izquierda, á lo que contribuyó en gran manera el ahinco que observó en la mayoría de las Cortes, para que abandonase el puesto, y los anhelos que ponia en darle sucesor. Al observar este cambio en la opinion de los ministros hubo algunos miembros de la mayoría que deseaban manifestar su desaprobacion por un solemne voto de censura; pero otros mas precavidos querian aguardar el resultado de la crísis para ajustar á él su conducta. Sin embargo no ponia en buen lugar al gabinete el haber tomado las Cortes la iniciativa en asuntos de tanta gravedad como la suspension de las elecciones de ayuntamientos, y la reorganizacion de las milicias nacionales desarmadas.

Antes de abandonar su puesto el Ministerio Lopez, qui-

so poner embarazos al que le sucediera, y con este objeto y tambien con el de reparar en lo posible las faltas que habian cometido con la izquierda, dieron dos decretos muy perjudiciales al Estado. En uno de ellos se mandaba reorganizar las milicias nacionales en los puntos de la monarquía, en que se habian disuelto á consecuencia de los sucesos de Mayo último. En el otro que se procediera inmediatamente á las elecciones de ayuntamientos por el método electoral de la ley de 3 de febrero. Notorio es que esta última en que se sanciona el sufragio universal entrega la autoridad de los municipios á la muchedumbre inclinada naturalmente á los disturbios y revueltas, y habituada en España desde el principio de la revolucion á rebelarse contra el poder supremo. Desde el año de 1835 habian sido los ayuntamientos el medio mas poderoso con que contaban las insurrecciones. Y así habia de suceder precisamente, porque puede decirse que el poder mas fuerte que hay en España es el local de las municipalidades, y la revolucion estaba segura del triunfo siempre que lográra hacer presa de él. No se ha cometido falta mas reprensible por un gobierno que el restablecimiento de aquella ley absurda en un pais asolado por las guerras civiles y combatido por la anarquía. El Gobierno, que habia aceptado el principio de huir de las reacciones y de poner término á la revolucion armada, debió presentar á las Cortes un proyecto de ley de ayuntamientos, en vez de mandar elegirlos por la antigua; porque no prueba desear el término de la revolucion quien establece poderes revolucionarios....

. . . . . .

JOSÉ LORENZO FIGUEROA.

GERFAUT.

(Continuacion.)

Gerfaut contempló un momento el gracioso rostro inclinado hácia él con una expresion de ruego infantil; su mirada se dirijió en seguida con aire vacilante hácia el trofeo que tenia en la mano. Esta chinela tan pequeña como la de Cendrillon, era encarnada, forrada interiormente de seda color de rosa, y tan bonita, tan elegante que parecia imposible que su dueña pudiera estar sériamente incomodada porque la examinaban tan minuciosamente.

—Os la volveré, dijo al fin, pero con la condicion de que me permitireis ponérosla.

—A esa condicion, respondió ella con tono vivo, prefiero mejor dejárosla y volverme así.

Gerfaut movió la cabeza sonriendo con aire de incredulidad.

—Y el constipado? y vuestro delicado pecho? y este lodo?

Clemencia se apresuró á responder con la obstinacion de un niño enfadado.

—Pues bien! me iré á pié cojito; cuando pequeña saltaba muy bien, y todavía debo acordarme.

Para dar mas seguridad á esta decision, dió dos saltos con una gracia y una gentileza dignas de la Taglioni.

Octavio se levantó.

—He tenido el gusto de veros bailar, respondió; pero os confieso que me agradaría mucho mas asistir á un paso de género mas moderno, ejecutado para mí solo.

Al decir estas palabras hizo ademan de ocultar en su blusa el objeto inocente de este debate; pero al ver este ademan la graciosa bailarina conoció que una transaccion era urgente y de todo punto indispensable. Obligada, por fuerza mayor, á aceptar las condiciones que se la imponian, Clemencia quiso al menos cubrir esta derrota con una dignidad suficiente, y salir de aquel mal paso con los honores de la guerra.

—Poneos de rodillas, dijo con tono altanero, y calzadme, ya que lo exigís, para que acabe ya esta escena ridícula. Os creia mas orgulloso para envidiar un favor que solo pertenece á mi doncella.

—Un favor que envidiarían los reyes, respondió Gerfaut con una voz tan tierna como la de Clemencia habia sido desdeñosa. Dobló una rodilla, colocó sobre la otra la chinela, y pareció esperar á su bella enemiga. Pero en el pedestal que le habia ofrecido, vió esta sin duda un nuevo agravio pues dijo con mas severidad:

—En el suelo, caballero; y acabad de una vez.

Obedeció sin responder, despues de haberla dirigido una mirada de queja, de la que Clemencia se conmovió algun tanto, lo mismo que de su obediencia. Adelantó entonces el pié de una manera graciosa, con la punta baja, y lo metió en la zapatilla. Para ser historiadores verídicos debemos confesar que esta vez lo dejó en las manos que le oprimian dulcemente un poco de tiempo mas del necesario. Cuando Octavio hubo concluido sin apresurarse, se bajó y puso sus labios sobre la media, por cuyo calado se entreveia una piel blanca y tersa.

—Mi marido! exclamó la de Bergenheim al oir al fin de la calle un ruido de caballos; y sin añadir una palabra mas huyó precipitadamente hácia el castillo. Gerfaut se levantó vivamente y se internó en el bosque. Un movimiento de ramas que oyó á algunos pasos le hizo temer que esta escena hubiese tenido un testigo invisible, pero se tranquilizó con el silencio que siguió á este ruido. Despues de haber dejado pasar al baron y su hermana, atravesó la calle de plátanos corriendo, y desapareció en seguida á su vez en el camino tortuoso al otro lado del puente.

V.

Una legua mas abajo del castillo de Bergenheim estaba situada la aldea de la Fauconnerie (halconería), en la confluencia de muchos valles, de los cuales el principal, colocado en un camino poco frecuentado, abria una comunicacion entre la Lorena y la alta Alsacia. Esta posicion habia tenido alguna importancia durante la edad media, en la época en que los Vojes se hallaban erizados de partidarios de los dos paises, prontos siempre á entrar en batalla, como sucede generalmente en todas las fronteras. Sobre una roca que dominaba la aldea se veian las ruinas del castillo que le habia dado nombre, que debia él mismo á las aves de rapiña, huespedes habituales de sus elevadas crestas. En rigor de justicia debemos añadir que en todos tiempos los habitantes de la Fauconnerie habian procurado justificar el título con que eran conocidos por medio de sus hábitos mas belicosos que hospitalarios; pero hacia mucho tiempo que el recuerdo de sus proe-

zas feudales dormia bajo los escombros con la raza de sus moradores. El castillo se habia desmoronado, sin que en la aldea se hubiesen engrandecido con sus ruinas; el pico y el arcabuz de los hombres de armas no habia sido reemplazado ni por la vara de medir del mercader, ni por la caldera de vapor del fabricante; la Fauconnerie se habia convertido en un pueblo mediano; pero no presentaba de notable sino las melancólicas ruinas de su castillo.

En medio de una naturaleza pintoresca era imposible imaginar nada mas prosáico y miserable que las casas que bordaban el camino de una manera bastante regular. El único piso de que se componian, la uniformidad de sus techos de paja, ennegrecida por la lluvia, los pobres jardinillos que rodeaban una pequeña tapia, y que no tenian mas vejetacion que un cuadro de coles y algunas arriates con judías, daban una idea exactá de la miserable existencia de sus habitantes. Despues de la iglesia, que el obispo de Saint-Dié habia hecho reedificar casi del todo, una sola casa se distinguia algun tanto de las demás; esta era la posada taberna de la (1) Femme-Sans-Tête, perteneciente entonces á la señora Gobillot, mujer animosa, que no participaba en nada por cierto del extraño nombre de su establecimiento.

Una gran muestra decoraba la entrada, y justificaba un título que hubiera podido mirarse como poco respetuoso para el bello sexo. El dibujo primitivo habia sido realzado nuevamente con colores chillones por el artista encargado de las restauraciones de la iglesia, en la cual la alianza de lo profano con lo sagrado habia escandalizado en verdad al teniente cura de la parroquia; pero no se atrevia á alzar mucho sus quejas, porque la señora Gobillot era uno de los poderes del lugar.

Una mujer con vestido color de rosa, un gran tontillo y unos inmensos chapines ostentaba solemnemente sobre la muestra el reciente lustre de un traje correspondiente al año de 1750; un enorme abanico verde que tenia en la mano la ocultaba casi totalmente la cara, y este capricho del pintor le habia valido al establecimiento el nombre con que era conocido. A la derecha de esta original figura estaba pintado un pastel, cuya cubierta dejaba salir tres cabezas de chochas, lo cual le hacia asemejar á la corona de Créquy, formada, como todos saben, por tres cuellos de cisne. Mas lejos, sobre una camada de berros, nadaba una especie de mónstruo marino, carpa ó sollo, trucha ó crocodilo. El lado izquierdo del cuadro no era en verdad menos suculento: un pollo asado tumbado sobre el lomo, con la cabeza debajo del ala, y elevadas al cielo con aire piadoso sus patas mutiladas, tenia por acólito un plato de sopa de cangrejos, demasiado rojiza pa-

(1) Mujer sin cabeza.

ra dudar que estos habian sido recientemente cocidos. En medio de todos estos objetos se veian profusamente mezclados botellas y vasos llenos de vino. En los extremos dos frascos de barro, últimos soldados de este peloton gastronómico, habian hecho saltar sus tapones, y mientras volaban aun por el espacio, una espuma blanca rebosaba por sus estrechos cuellos, á la manera de la que brota de las narices de un delfin, y caia magestuosamente despues de haber descrito una figura cónica.—Muestra falaz!

Un remordimiento de conciencia, ó el deseo mas bien de ponerse al abrigo de toda acusacion por parte de los consumidores, habia hecho colocar sobre el antepecho de una de las ventanas al lado de la puerta una especie de mostrador enrejado, que daba una idea mas exacta de los recursos que ofrecia aquel establecimiento. Algunos huevos en un plato, un pedazo de pan, con el que David hubiera armado su onda sin dificultad seguro del éxito, una botella de vidrio blanco que dejaba percibir un líquido del mismo color, destinado á representar el Kirich indígena, pero que en realidad no era sino agua pura, formaban el prospecto de una comida de anacoreta, á cuyo nivel no era difícil creer que correspondiesen los recursos de la cocina.

Una puerta cochera conducia al patio y á las cuadras, principales habitaciones de este edificio; otra, que era sobre la que se hallaba la famosa muestra, flanqueada por dos asientos de piedra, conducia directamente á la cocina, cuya pieza gozaba los honores de salon general. Una chimenea enorme, en la cual podia calentarse una dilatada familia, ocupaba el centro de uno de los lados. En uno de los rincones un horno enseñaba su boca negra, en la que se veian atravesadas las palas y demás instrumentos necesarios para su uso. Dos ó tres jamones colgados de una viga y ahumados concienzudamente, anunciaban que se podia sin temor al hambre esperar las matanzas gastronómicas de San Martin. Frente por frente á la ventana, un aparador de encina encerado, tan gótico en su forma como en su nombre, ostentaba con profusion un surtido de platos, pintarrajados con grandes florones, y vasos octágonos que apenas recordaban confusamente los cristales de Baccarat y la porcelana de Sèbres. Un banco de cocina, algunas sillas de madera y unas hornillas delante de la ventana completaban el mueblaje de esta pintoresca habitacion.

Desde la cocina se pasaba á otra sala, en la que una mesa permanente rodeada de bancos ocupaba todo lo largo de ella. El papel que cubria sus paredes, verde en un principio, pero gris ya á causa del tiempo, estaba adornado de una media docena de cuadros en negro representando la historia del príncipe Puniatoski, la cual compartia con las de Pablo y Virginia y Guillermo Tell el honor de decorar las tabernas y posadas de las aldeas. En el piso superior, porque es de

advertir que este edificio tenia varios pisos, muchos cuartuchos dignos de los carreteros para quienes estaban destinados, caian á un largo corredor, que terminaba en un aposento, donde habia dos camas, habitacion de honor reservada para los huéspedes distinguidos, cuya mala estrella los conducia alguna vez á este estraviado pais.

En esta noche la posada de la Femme-Sans-Tête ofrecia una animacion desconocida. Los asientos de piedra que adornaban la puerta estaban cubiertos de aldeanos rastrillando cáñamo, de muchachos del pueblo, y de tres ó cuatro arrieros fumando gravemente en unas pipas negras como el carbon. Esta honrada sociedad habia dado treguas á sus propósitos galantes para escuchar á dos muchachas que abullaban á duo con un tono patético, haciendo como que cantaban el romance conocido en este pais por toda clase de gentes:

Au chateau de Befort
Il est trois jolies filles, etc.

El fuego de la chimenea, que brillaba á través de la puerta abierta, dejaba á este grupo entre las sombras, y reflejaba toda su claridad sobre algunas figuras, que se hallaban en el interior de la cocina. Era una de aquellas la señora Gobillot en persona, con la cabeza cubierta de una desmesurada cofia y un delantal blanco por encima de su jubon encarnado, pasando con aire muy importante desde las ornillas al aparador, y desde el aparador á la chimenea. Una criada baja de cuerpo y gruesa que la ayudaba en su faena, desaparecia frecuentemente por la puerta del comedor, donde sin duda preparaba la mesa para algun festin de primera clase. Con aquella habilidad propia de las criadas palurdas hacia tres viajes para llevar dos platos, resoplando como una ballena, mientras que el azorado empaque de su larga cara anunciaba que todas las fibras de su inteligencia estaban sometidas en aquel momento á una presion desusada.

En las hornillas, delante de la chimenea, se veian tres ó cuatro cacerolas, cuyo hervidero interior producia una especie de armonía culinaria, en la cual Heffmann hubiera creido oir una sinfonía completa. Un pollo de bastante buen aspecto daba vueltas en un asador, ó por mejor decir, al asador y su víctima le daba vueltas un muchacho como de unos diez años, que con una mano hacía mover la manigueta, y armada la otra con una gran cuchara rociaba el asado con bastante inteligencia. Pero los dos principales personajes de este cuadro eran sin disputa una especie de señorita aldeana y un jóven sentado enfrente de ella que parecia ocupado en hacer su retrato. En las pretensiones de elegancia de la jóven se reconocia fácilmente á la hija de la posadera, la señorita Reine Gobillot, cuya pasion por los grabados de la *Mo-*

da habia exaltado á tan alto punto la cólera de la de Corendeuil. Derecha y tiesa en su asiento como un cabo prusiano, mantenia sobre sus labios una sonrisa excesivamente graciosa, y hacia resaltar las bellezas de una cintura que hubiera hecho honor á una huri de Mahoma.

El jóven pintor, por el contrario, estaba sentado con una especie de abandono artístico, conservando el equilibro sobre su silla, de la que solo descansaban dos pies en el suelo, y apoyando sus talones contra la chimenea. Consistia su vestido en una levita estrecha de terciopelo negro, y llevaba en la cabeza una gorra de la misma tela, tan inclinaba hácia el lado derecho, que permitia ver por el otro lado una abundante cabellera castaño obscuro, compartida sobre su frente á lo Perinet-Leclerc. Este peinado al que acompañaban grandes bigotes, y una pera que le cubria toda la barba, daba á su figura jovial una fisonomía propia de un personaje de la edad media, que era precisamente lo que él ambicionaba. Este artista viajero dibujaba en un album colocado sobre sus rodillas, cuyo trabajo ejecutaba con tal indiferencia, que indicaba desde luego una gran confianza en su talento. Un cigarro hábilmente colocado en uno de los extremos de su boca, no le impedia por cierto tararear entre las bocanadas de humo algunos temas italianos, de que parecia poseer un completo repertorio. A pesar de esta triple ocupacion, sostenia la conversacion con su modelo, con la proligidad de un hombre que, como Cesar, hubiera podido dictar á cuatro secretarios á la vez.

Dell' Assiria, aí Semidei
Aspirar....

—Os he suplicado ya, señorita Reine, que no pongais la boca de ese modo; eso os dá un aire radicalmente plebeyo.

—Pues qué aire es el que me dá? respondió la Gobillot con inquietud.

—Un aire de Watteau, de Regencia, ó de Pompadour, como gusteis. Teneis la boca grande, y es preciso dejarla en su estado natural.

—Que tengo yo la boca grande? exclamó Reine con rabia; qué poca política tienen los señores de París! y frunció sus labios hasta el punto de reducirlos á la dimension de una cereza de Montmorency.

—Guardaos bien, reina de mi corazon, de juzgar al arte de una manera tan material; sabed que nada es mas seductor que una boca grande. Las bocas grandes, botones de rosa; ha!

Nargue des vents y de l'orage
Quand dans ma main
Mon verre est plein.

—Una vez que esa es la moda, bueno, murmuró con tono de conformidad la Reina de los corazones, y desplegó horizontalmente la riqueza de dos labios de vermellon que hubieran podido estenderse de una oreja á la otra sin gran dificultad.

Giá viene l'oro,
Giá vien l'argento.

Canturreó el artista despues de un instante de silencio.

—Por qué no habeis permitido que me ponga mi collar de oro? esto hubiera dado á mi retrato un aire mas propio de mujer rica. Sofía Mitonf ha hecho muy bien en hacer que le pinten en el suyo un peine y unos zarcillos de coral.

—Os suplico, mi amable Reine, que me dejeis acabar vuestro croquis segun mi capricho; el artista es antes que todo un ser de inspiracion y de espontaneidad. Vos teneis el gusto demasiado caracterizado para que yo consienta en adulterarlo en lo mas mínimo. Y no teneis necesidad de poneros tiesa como si os hubieseis tragado la ballena de vuestro corsé...

L'art n'est pas fait pour toi,
Tu n'en a pas besoin.

—Os lo aseguro bajo palabra de honor, teneis un pecho asombroso. Rubens puro. Es en verdad abundante, protuberante, lujurioso....

La señora Gobillot, mujer austera aunque dueña de una posada, cuidaba muy particularmente de que ninguna expresion mal sonante ó insidiosa hiriese los oidos de su hija, y atendida la gente que frecuentaba su casa, este cuidado no era en verdad de fácil realizacion. Le habian chocado á ella las últimas palabras del jóven pintor á pesar de no haber comprendido su sentido; pero por lo mismo habia creido hallar en ellas un veneno oculto mas peligroso para su hija, que los terribles votos y ternos de los carreteros; sin embargo, no se atrevió á manifestar su disgusto temerosa de perder las ganancias que se habia prometido con aquellos huéspedes, y, segun acontece siempre en semejantes casos, descargó su mal humor sobre las personas de su dependencia.

—Despachaos pues, Catalina, no acabaréis nunca de poner la mesa? se habrá visto una pesadez igual! Ya os he dicho que pongais el servicio de metal de Argel; estos señores estan acostumbrados á comer con plata.—Escuchadme cuando yo os hablo.—Con qué agua habeis lavado estos vasos? Jesus y que vergüenza, limpiad esto mejor; pareceis un perro rabioso segun el miedo que teneis al agua.—Y tú que estás atisbando sin atender al pollo; rocíale como te he mandado. Déjale

quemar un poco, y verémos lo que cenas.—Si yo no estuviese encima de todo, continuó alzando la voz y visitando sucesivamente sus cacerolas, todo se echaba á perder; un solomillo que estaba tan tierno como la rosa, y me lo han achicharrado. Ya vá de tres veces que renuevo la salsa de este guisado.—Catalina, traedme acá una fuente; vamos pronto.

—Estoy seguro, interrumpió el artista, que Gerfaut se está burlando de mí. Por mas que cavilo no puedo adivinar lo que se ha hecho. Decidme, señora Gobillot, estais bien segura de que un aficionado á todo lo pintoresco, al viajar á estas horas por vuestras montañas no correrá riesgo de ser comido por los lobos ó saqueado por los ladrones.

—Nuestras montañas son muy seguras, caballero, dijo la posadera con tono ofendido; excepto ese buhonero que asesinaron hace seis meses, cuyo cuerpo se encontró en la caverna de los zorros....

—Y el carretero que fué detenido hace tres semanas en el foso? añadió la señorita Reine; los ladrones no le mataron del todo, pero le dejaron tan mal parado con sus golpes, que todavía se halla en el hospital de Renisremont.

—Ola! vaya una seguridad; esto es peor que la selva de Bondy. En verdad, que si yo supiese hácia qué parte se habia dirigido mi amigo esta mañana, iría á buscarle con un par de pistolas.

—Ya está aquí Fritz, dijo la señora Gobillot, que ha encontrado al volver del campo á un viajero que le dió medio franco al preguntarle por el castillo de Bergenheim. Segun las señas que él dá, debió ser sin duda vuestro amigo. Cuenta, cuenta, Fritz.

El muchacho contó en su patuá alsacio su encuentro de aquella tarde. El artista comprendió, pues, que era en efecto Gerfaut de quien se trataba.

—Se habrá extraviado en el valle, dijo despues dirigiéndose á la Gobillot; pero no bablábais de Bergenheim? pues qué hay por aquí algun pueblo con ese nombre?

—Es un castillo, caballero, que está á una legua de aquí subiendo por el rio.

—Y este castillo pertenece por casualidad al baron de Bergenheim? un guapo muchacho, alto y rubio con los bigotes un poco rojizos?

—Eso es precisamente, excepto que el señor baron no gasta bigotes desde que ha dejado el servicio. Le conoceis, caballero?

—Toma! si le conozco, y á propósito de servicio, yo le he hecho uno que tiene su poco de mérito.—Está ahora en el castillo?

—Sí señor, y su esposa tambien.

—Ah! su mujer tambien; sí, es una señorita de Corandeuil; es bonita?

—Bonita, dijo la señorita Gobillot mordiéndose los labios, eso depende de gustos; para las personas que aman las caras pálidas como la cera, no digo que no; despues, como es tan delgada, no es difícil tener buen talle, porque las delgadas siempre parecen bien formadas.

—Amiga mia, todas no pueden tener vuestras mejillas de rosa y esas formas encantadoras, dijo á media voz el pintor mirando á su modelo con aire seductor.

—Muchas personas encuentran mas bonita á la hermana del baron, observó la señora Gobillot renovando por la quinta vez la salsa del solomillo de vaca.

—Jesus, mamá, cómo podeis decir eso, exclamó Reine con aire desdeñoso; la señorita Alina, una nina de quince años! no le falta buen color, es verdad, pero tiene los cabellos tan rubios, tan rubios, que casi casi parecen rojos.

—No hableis mal de los cabellos rojos, interrumpió el pintor; es un color eminentemente artístico, y estaba muy en moda entre los judíos.

—Entre los judíos, sea enhorabuena, pero entre los cristianos..., me parece que los cabellos negros....

—Cuando son largos y brillantes como los vuestros son incomparables, dijo el jóven artista continuando sus miradas insidiosas.

—Madama Gobillot, os será indiferente cerrar esa puerta? no nos entendemos aquí, y ademas soy un poco delicado con respecto á música, y teneis ahí fuera á dos sopranos que derraman en los oidos plomo derretido.

—Son Margarita Mottet y su hermana. Desde que el señor cura les ha negado de la comunion se han hecho cantoras, y en verdad que me fastidian con tanto venir á cantar en mi puerta. Pero paciencia, esperemos á que el tio Mottet me haya pagado la avena que ha consumido, y entonces yo le indicaré que se prepare á dejarnos en paz.

Al decir estas palabras se dirigió la Gobillot á cerrar la puerta para complacer á su huesped; pero apenas habia vuelto la espalda, cuando inclinándose este sobre su silla con una osadía sin igual, imprimió un beso en la sonrosada mejilla de la señorita Reine, la cual no pensó en retirarse, sino despues de habersé consumado el atentado. El solo testigo de este incidente habia sido el galopin que daba vueltas al pollo. Mucho tiempo hacia que no quitaba este sus ojos azules de los jigotes y barba del artista, ante la cual parecia sumergido en una admiracion profunda; pero al ver este paso inesperado su asombro fué tan extremado, que dejó caer la cuchara entre la ceniza.

—Eh! truan, tienes gana de acostarte sin cenar como te lo han

prometido? dijo el jóven pintor, mientras que la bella Reine procuraba reponerse. Vamos, cántanos alguna cancion en lugar de mirarme como si yo fuese girafa. Tiene bonita voz vuestro ayudante de cocina, señora Gobillot? Vamos, un poco de algun aire aleman. Seis *kreutzers* si cantas bien, la *schlague* si me desgarras los oidos. Se levantó entonces poniendo su album debajo del brazo.

—Y mi retrato? exclamó la jóven con la mejilla encendida aun del beso que habia recibido en ella.

El pintor se aproximó riendo, y le dijo con tono misterioso:

—Cuando yo hago el retrato de alguna muchacha bonita como vos, no lo acabo nunca en un dia. Si quereis concederme una segunda sesion mañana por la mañana antes que vuestra madre se levante, os prometo acabar este croquis de una manera que no quedeis disgustada.

La señorita Reine, á quien su madre observaba en este momento, se alejó sin decir una palabra, aunque despues de haber respondido con una mirada, que no era enteramente imposible lo que se la proponia.

—Vamos, tunantuelo, exclamó el artista haciendo piruetas con aire de triunfo, con compás, con compás, una, dos; vamos á ver.

El muchacho comenzó una cancion de Alsacia con una voz aguda y sonora.

—Aguarda un poco; en qué tono estás tú cantando eso? *la*, *la*, *do*, *mi*, *la*: mi, mi mayor, cuatro sostenidos en la clave, cáspita con el muchacho! hé aquí un chiquelo que caracolea sobre los *si* y los *do* sostenidos, como Ossian sobre las nubes; un *mi* sobreagudo! continuó con asombro mientras que el jóven músico recorría la tonica en octava con una voz de cabeza clara como un cristal. El artista arrojó al fuego su cigarro que acababa de encender, y se puso á dar saltos por la cocina, sin hacer caso de la señorita Gobillot, un poco picada en verdad de verse despreciada por un galopin.

—Rarísima voz, decia el pintor paseándose á grandes pasos; es una voz admirable: pero, y los puntos bajos? dos octavas y media, un timbre puro y brillante y la union de la voz de pecho con la de cabeza, no puede ser mas perfecta. Sería un *primo músico* soberbio. Y como además el tunantuelo tiene una bonita figura... vamos, vamos, despues de cenar yo le haré lavar, y me encargaré de darle ocupacion. Estoy seguro que en menos de un año de vocalizacion *debutaria* con el mas brillante éxito. Pardiez! esta es una idea como otra cualquiera.—Pero este Gerfaut que no viene.—Vaya, vaya, qué bien hará el *Pippo* de la *Gazza*, ó el Gemmi del Guillelmo Tell. Pero será preciso un papel para que *debute*; cual será mejor para un muchacho?—Este condenado de Gerfaut por qué no vendrá?—Entre un mu-

chacho y una muchacha un muchacho vale mucho mas: Daniel por ejemplo; *viva Daniel*; la casta Susana, ópera séria en tres actos.—Madame Begrand estaba hermosísima en la Susana.

—Si Mayerber quisiera encargarse de la partitura; como compatriota le pertenece de derecho, hallaría desde luego la ocasion de romper una lanza con Méur y Rossini. Desde luego le daría un colorido hebráico!... —Si este animal de Gerfaut volviese....—Véamos cuales serían los personajes: *soprano*, Susana; *contralto*, Daniel; los viejos, *dos bajos*; ya me parece escuchar un terceto superior al tan celebrado de la *Gazza*; en cuanto al *tenor* deberá ser naturalmente el marido de Susana. Tendrá desde luego una salida soberbia á su vuelta del ejército, *Cavatina guerriera con cori*.—Pero á este maldito de Gerfaut es preciso que se lo hayan comido los lobos: si estuviese aquí arreglaríamos el escenario entre las peras y el queso.

En este momento se abrió bruscamente la puerta.

—Está pronta la cena? dijo una voz sonora.

—Oh! ya está aquí, ya está aquí este amigo querido!

Oh! sur prise extreme!
Grand Dieu, C'est lui même....

—Sano y salvo.

—Y hambriento, dijo Gerfaut dejándose caer sobre una silla al lado de la chimenea.

—Quieres tú escribir la ópera de la *Casta Susana*, drama lírico en tres actos, música de Mayerber?

—Lo que quiero es cenar. Señora Gobillot, me recomiendo enteramente á vos. Gracias al aire que corre en vuestras montañas me muero de hambre.

—Pero señor, ya hace dos horas que os esperamos, respondió la posadera poniendo en movimiento sucesivamente todas sus cacerolas.

—Es verdad, dijo el artista, pasemos al comedor.

Giá la mensa é preparata.

—En cenando te explicaré mi plan, acabo de encontrar entre las cenizas á un Daniel....

—Mi querido Marillac, deja tu Daniel y tu Susana, respondió Gerfaut sentándose á la mesa; tengo que hablarte de una cosa muy importante.

VI.

Mientras que los dos amigos se entregan á un combate á muerte con la poco abundante cena de la señora Gobillot, no será superfluo que expliquemos en pocas palabras qué clase de relaciones existian entre el uno y el otro.

El vizconde Octavio de Gerfaut era uno de esos hombres de talento, que son los verdaderos paladines de un siglo, en que la pluma mas ligera pesa mas en la balanza social que la espada á dos manos de uno de nuestros abuelos. Habia nacido en el Mediodía de la Francia de una de esas familias antiguas en las que la fortuna disminuye á medida que aumentan un cuartel en su escudo de armas, y que acaban por poseer un nombre como único título de propiedad. Despues de haber hecho grandes sacrificios para darle una educacion digna de su nacimiento, no pudieron sus parientes gozar del fruto de sus esfuerzos, y Gerfaut se encontró huérfano en el momento que acababa de terminar sus estudios de derecho en París, y abandonó entonces la carrera, en la que su padre habia soñado verle revestido algun dia con la toga encarnada bordada de armiño. Una imaginacion vehemente y pronunciada, un gusto apasionado por las artes, y mas que todo esto algunas relaciones contraidas con varios literatos decidieron su vocacion, y le lanzaron como un globo estraviado enmedio de la literatura.

Sin quejarse ni desanimarse, apuró el ardiente jóven hasta las heces el caliz que dan á beber á los neófitos en la carrera de las letras los editores, los comités de lectura, y las oficinas de redaccion. Este paso que en muchos acaba por el suicidio, no le costó sino una parte de su patrimonio, cuya pérdida soportó con la resignacion de un hombre que se siente con la fuerza de poderla reparar. Su plan estaba formado, siguiólo, pues, con perseverancia y presentó un ejemplo positivo del irresistible poder que adquiere la inteligenia cuando se une á la voluntad. Para él la reputacion conducia á profundidades ocultas bajo un suelo árido y pedragoso; era preciso pues para llegar á ella formar una especie de pozo artesiano. Gerfaut aceptó esta ocupacion heróica, y durante muchos años trabajó dias y noche con la frente bañada de un sudor doloroso capaz de secar cualquiera esperanza. En fin, la sonda del infatigable trabajador hirió el manantial subterráneo hácia el que se inclinan tantos hombres sedientos, pero cuya sed no consiguen apagar jamás. A este golpe victorioso la gloria sur-

gió, y cayendo subdividida en multitud de gotas luminosas hizo brillar un nombre nuevo, cuya fama habia sido demasiado pagada para que dejase de ser duradera.

En la época de que hablamos habia Octavio hollado todas las espinas del campo literario, y podia escoger á su sabor las preciosas flores que crecen únicamente en este terreno. Con una ligereza de talento que recordaba muchas veces el proteismo de Voltaire, trataba todos los géneros, aunque fuesen los mas inconexos. A un valor poético generalmente reconocido, reunian sus dramas además ese mérito positivo que se alcanza en el teatro por medio de una elegante locucion. Los empresarios lo saludaban con respeto, y los colaboradores pululaban al rededor suyo como los gorriones en un corral al rededor de un gallo generoso. Los directores de los periódicos pagaban á peso de oro sus artículos y sus folletines; los de las revistas se disputaban las primicias de algun fragmento de una de sus novelas ineditas; sus obras, ilustradas por Porret y por Tony Johannot, se veian brillar detrás de los cristales en la galería de Orleans; Gerfaut en fin habia marcado su lugar en medio de esa docena de escritores que se nombran á sí mismos, y hasta cierto punto con justicia, los mariscales de la literatura francesa, cuyo condestable es Chateaubriand.

¿Los motivos que habian conducido á un personaje semejante á cien leguas de uno de los balcones del teatro de la grande ópera para quitar y poner la zapatilla á una mujer bonita, era uno de esos caprichos tan frecuentes como pasajeros de la imaginacion de los artistas, ó era uno de esos sentimientos que acaban por grabarse en el corazon y absorven todas las atenciones de la vida? Esto es precisamente lo que nos hará conocer la hilacion de esta historia.

El jóven sentado en frente de Gerfaut ofrecia moral y físicamente un marcado contraste con su compañero. Era pues á esa especie demasiado esparcida hoy por el baluarte de Gand, á la cual pertenecia Marillac, y de la que ofrecia un tipo extremadamente exacto. No habrá una persona que no haya encontrado sobre las aceras uno de esos guapos muchachos destinados á ser excelentes oficiales, diestros comerciantes ú honrados magistrados; pero á quienes por desgracia una manía artística aparta de su propósito. Ordinariamente es el talento de otro el que nos ofrece ocasion para querer seguir las mismas huellas. El uno es cuñado de un poeta, el otro yerno de un historiador, de cuya circunstancia sacan el derecho de ser poeta ó historiador á su vez. Muchos se hacen justicia á medias, y no atreviéndose á levantar por sí mismos una bandera, se ponen bajo la proteccion de un patrono á quienes prestan una especie de pleito-homenaje.

Marillac, pues, á la manera de esos seres de quienes hemos ha-

blado, se habia hecho el caudatario de Gerfaut, y este vasallage se encontraba remunerado por algunos pedazos de colaboracion, migajas caidas de la mesa del rico; unido á él desde que asistieron juntos á la clase de derecho, en la que habian sido mas bien compañeros de locuras que de estudios, se habia arrojado tambien á su lado en la arena literaria, y despues de los diferentes triunfos que habian obtenido, habia descendido poco á poco del papel de rival al de escudero. Aparte el talento, era Marillac un artista de pico y uñas, artista desde la punta, ó por mejor decir desde lo plano de sus cabellos hasta la extremidad de sus botas, las cuales, sea dicho de paso, hubiera querido él prolongar de manera, que hubieran tenido el carácter de las que se usaban en la edad media; porque era tal su exactitud en esto de vestir conforme á su estado, que puede decirse en conciencia que poseia, entre otros méritos intelectuales, el de llevar los bigotes mas largos de la literatura. Si el arte en verdad no tenia cabida en su cerebro, en cambio tenia siempre aquel nombre en su boca. El arte! Para pronunciar esta palabra redondeaba los labios como M. Jourdain para decir O. Vaudeville ó pintura, poesía ó música, de todo trabajaba un poco, semejante á los caballos, que destinados á dos objetos, tan mal van ensillados como entre las varas de un cabriolé. Pero á pesar de estos pequeños defectos, de su entusiasmo por las cosas de la edad media, y de su pasion desgraciada por el talento, era un arrogante muchacho, siempre de buen humor, adornado de buenas cualidades, muy decidido por sus amigos, particularmente por Gerfaut.

—Será muy larga tu historia? le pregunto á este, cuando despues de haber cenado los condujo Catalina á la habitacion de las dos camas, donde debian pasar la noche.

—Larga ó corta, qué te importa, si al fin y al cabo has de escucharla?

—Es que en el primer caso haré un ponche y llenaré mi pipa; de otro modo me contentaré con un cigarro.

—Llena tu pipa, y haz el ponche.

—Ola! Galilea! exclamó el artista corriendo detras de Catalina, no bajeis la escalera con tanta precipitacion; aun tenemos necesidad de vuestros servicios. Pero no temais nada, interesante Maritornes, os las habeis con jóvenes que tienen por principio respetar la virtud de las camareras de meson. Hacednos el gusto solamente de traernos vasos, azucar, aguardiente ó kirsch, una ponchera y agua caliente.

—Agua caliente! para qué la querrán? exclamó la criada dirigiendose asustada hacia la cocina; si se habran puesto malos á estas horas.

—Dadle á esos señores todo lo que piden, no seais necia, respon-

dió la señorita Gobillot; no veis que quieren hacer alguna bebida como las que se hacen en París.

Luego que estuvo colocado sobre la mesa todo lo necesario para la confeccion del ponche, se acercó Marillac á un viejo sillon forrado de tapicería, tomó una silla para extender sus piernas, reemplazó su gorra por un pañuelo de seda artísticamente colocado, sus botas por unas zapatillas que habian sido regalo de amor, y encendió una pipa de ambar de tubo largo y encorbado.

—Ahora, dijo sentándose, te escucharé sin pestañear, aunque dure tu historia siete dias y siete noches como la creacion.

Gerfaut dió dos ó tres vueltas por el cuarto con aire de un orador que prepara su exordio.

—Ya tú sabes, dijo, que los hechos tienen mas ó menos influencia sobre nosotros, segun la disposicion de ánimo en que nos encuentran cuando acontecen. Para que tú puedas comprender la importancia que ha tenido en mi vida la aventura que te voy á contar, es preciso que te pinte la situacion moral en que me hallaba cuando sucedió; será una especie de preámbulo filosófico y fisiológico.

—Maldito de cocer, interrumpió Marillac, si yo hubiera presumido esto, habria pedido avíos para un segundo ponche.

—Te acuerdas, replicó Gerfaut sin hacer caso de aquella interrupcion, de la especie de esplin que me atacó hace mas de un año?

—Antes de tu viaje á Suiza?

—Precisamente.

—Si mi memoria no me es infiel, dijo el artista procurando buscar su respuesta en la espiral de humo que se elevaba por encima de su cabeza, tú estabas extremadamente mal humorado y maniático. No fué esto en la época del naufragio de tu drama en el teatro de la puerta de San Martin?

—Sí; y podrias añadir tambien la de nuestra comedia en el del Gimnasio.

—No, amigo mio, yo me lavo las manos en ese asunto. Tú sabes bien que la silba no principió hasta el segundo acto, y yo habia trabajado únicamente en el primero.

—Bien, bueno, admito enteramente la responsabilidad de la catástrofe; lo cierto es que sufrí dos derrotas en aquel desgraciado mes de agosto.

—Dos derrotas preparadas, replicó Marillac, no me cabe duda en esto; porque es preciso que nos hagamos cargo para nuestro consuelo, que jamás se ha visto una conspiracion mas infame ni mejor urdida: cáspita! todavía me zumban los oidos! yo estaba viendo desde nuestro palco en una de las lunetas de patio á un pillastron con un frac negro, que era el que daba la señal con un pito tan

grande como una pistola de arzon.—Canalla! si yo hubiera podido estrujarlo entre mis manos!—Al decir estas palabras descargó sobre la mesa un puñetazo tan fuerte, que hizo bailar los vasos y las bujías.

—Conjuracion ó no, amigo mio, esta vez es preciso confesar que me habian hecho justicia. Imposible parece imaginar dos piezas mas miserables; pero estas son cosas que se confiesa uno á sí mismo, como dice Brid'Oison, y no por eso nos deja de ser desagradable vernos criticados por un público á quien suponemos ignorante. Aun cuando tenga yo la pretension de ser el menos susceptible de los autores dramáticos de París, es imposible despojarse enteramente de la debilidad de hombre; porque, desengañémonos, una silba es siempre una silba. Añadíase tambien á este suceso cierta cuestion de dinero que no dejaba de serme importante en aquellas circunstancias. Tratábase, pues, segun mi cálculo, de unos veinte mil francos perdidos, que me eran muy necesarios para mi proyectado viaje á Oriente.

Dícese con justicia que una desgracia no acontece nunca sola. Tú conociste á Melania, aquella á quien yo habia impedido que representase en el teatro de Vaudeville, separándola de malas compañías, colocándola de una manera conveniente, y exigiendo de ella que continuase trabajando, la habia hecho un verdadero servicio. Era una buena muchacha, tan amable como blanca, tan tierna como rubia. Excepto su gusto por el teatro, y cierta indolencia que no dejaba de tener su mérito, no la conocia ningun otro defecto, y me aficionaba á ella cada dia mas. Algunas veces despues de muchas horas pasadas á su lado, se presentaban á mi fantasía las delicias de una vida retirada, los encantos de la felicidad doméstica. Como las personas de talento han tenido en todos tiempos el privilegio de cometer tonterías, ignoro en verdad hasta qué punto hubiera yo llevado la mia, si un accidente imprevisto no me hubiese preservado de aquel peligro de una manera inesperada. Al entrar una noche en casa de Melania, me hallé con la novedad de que la paloma habia volado; aquel maldito Ferrusac de quien yo no habia desconfiado, permitiéndole la entrada en su casa, la habia trastornado la cabeza, explotando su pasion por el teatro. Marchándose con ella á Bélgica, la habia persuadido que la sería fácil destronar á la Prebost. Despues he sabido que un banquero de Bruselas me ha vengado suficientemente robando á su vez aquella nueva Elena. Ahora, lanzada ya enteramente en la carrera, vuela con sus propias alas en el ancho y halagüeño camino de los bravos, de las coronas, de las guineas....

—Y del hospital. A su salud, dijo Marillac bebiéndose un vaso de ponche.

—Esta triple disolucion de amor propio, de dinero y de corazon, no fué causa en verdad de la negra melancolía en que yo caí bien pronto; pero dió motivo sin duda á que el mal, que hacia mucho tiempo se alimentaba en mi alma, se desarrollase repentinamente á la manera que el dolor adormecido de una herida se manifiesta de pronto al poner un caústico sobre la llaga.

—Desde hace diez años que me ocupo en escribir ya una novela, ya una poseía, ó un vaudeville, ó un drama, ó una crítica literaria; he justificado frecuentemente en mí mismo de una manera física el fenómeno de la absorcion de los sentidos por la inteligencia. Cuantas veces despues de muchas noches de trabajo las cuerdas de mi imaginacion extendidas con demasiada violencia se cansaban, por decirlo así, y no me volvian sino confusos sonidos cuando las tocaba. Y si me rebelaba entonces contra este cansancio de la naturaleza reclamando su reposo, sentia la presion de mi voluntad aspirar desde lo mas profundo de mi ser los manantiales alimentados habitualmente en sus vasos carnales. Me parecia que sacaba mis ideas del fondo de una mina, en lugar de cogerlas en la superficie de mi frente. Los órganos mas materiales acudian al socorro del primero de ellos que desfallecia. La sustancia de mi corazon subia hasta mi cabeza para reanimarla; los músculos de mi cuerpo comunicaban á las fibras del cerebro su tension galvánica. Los nervios se convertian en pensamientos, la sangre en imaginacion, la carne en alma. Nada me ha arrebatado mis creencias materialistas como esta descomposicion total de mi máquina, que yo sentia y percibia de una manera visible.

Con estas experiencias fisiológicas y el abuso del trabajo habia yo destruido mi salud, y abreviado quizás el plazo de mi existencia. Llegaba apenas á los treinta años, y sentía ya mi frente arrugada, mis mejillas pálidas y mi corazon casi sin vida. Y para qué, gran Dios! para gozar cuando mas de un nombre efímero y estéril!

En la época de que te hablo estas señales de debilidad y de abatimiento tomaron una intensidad bajo la cual me sentia desfallecer. Francklin ha comparado el corazon á una muela, que se desbarata ella misma cuando no tiene nada que mascar, y esperimentaba esto mismo, no digo en el corazon donde hacia mucho tiempo que nada sentia, sino en mi cabeza, que era en donde se habia reconcentrado toda mi vida. Las facultades de mi alma se entregaban á un combate, al cual yo me abandonaba algunas veces con una especie de desesperacion. Mi voluntad ostigaba á mi imaginacion como para obligarla en cierto modo á que repitiese de nuevo sus acostumbrados cantos; pero mi imaginacion permanecia muda semejante á un guerrero, que derribado por su adversario prefiere la muerte antes que demandarle perdon. Muchas veces durante horas enteras permanecia sentado,

oprimiéndome la frente con mis manos á fin de poder crear una de esas Minervas que yo habia visto en mis sueños; pero mi frente era roma, y yo no poseía el hacha de Mercurio. La costumbre de escribir me habia dado una facilidad de estilo, de la cual yo conservaba aun una práctica mecánica, pero no conservaba mas que esto. En vano buscaba un pensamiento en medio de aquella fraseología insignificante. Bajo una cubierta mas ó menos brillante el verdadero arte habia sido estinguido; mi talento, pues, era un cadáver en traje de baile.

La derrota de mis dos dramas me advirtió que el público me juzgaba del mismo modo que me juzgaba yo á mí mismo. Me acordé entonces del arzobispo de Granada, me pareció escuchar á Gil Blas anunciándome lo pobre de mis homilías. Y como no es posible arrojar á un público, como puede hacerse con un secretario, me aplicué una severa justicia á fin de justificar la opinion de los demás. Una idea horrible se apoderó entonces de mi espíritu; mi vida de artista se habia extinguido enteramente, yo era un hombre ya como otro cualquiera; y en una palabra para pintarte mi situacion de una manera trivial pero exacta, yo habia vaciado mi saco. Esta revelacion y la infidelidad de Melania, á la que en otro tiempo no hubiera dado ninguna importancia, llevó al extremo mi mal; porque no era ya mi corazon el que sufria, sino mi vanidad irritada por aquellos recientes sinsabores. Tal era el desenlace de tantos proyectos de gloria, de tantos sueños de ambicion. A los treinta años no tenia ya bastante talento para escribir un vaudeville, ni para hacerme amar de una grisela. Una mañana entró en mi casa Lablanchaié....

—Un excelente médico, lo conozco, dijo Marillac. En julio recibió un balazo á mi lado cuando atacábamos al Louvre. Despues se ha guardado su cruz en el bolsillo. Oh! es un buen muchacho que no cree ni en Dios ni en el diablo.

—Muy poco en Dios, nada en el diablo. Qué haceis ahí, me dijo viéndome sentado á mi mesa; estudiais á Calderon, á Montesquieu ó á lord Byron? Estas palabras me hirieron como si hubieran sido un puñal. Eso es, dije para mí, Calderon, Montesquieu, Byron; pero nunca se dirá Gerfaut.—Doctor, creo que tengo un poco de fiebre, le respondí presentándole mi mano.

—Vuestro pulso está agitado, dijo despues de un momento de exámen; pero la fiebre está mas bien en vuestra imaginacion que en vuestra sangre.

Le expliqué entonces la situacion en que me hallaba, añadiéndole que me sentia peor cada dia.

—Trabajais demasiado, me contestó con un movimiento de cabeza. La tirantez continua de cerebro produce al fin una escitacion que puede llegar hasta lo infinito. Esa torpeza que de algun tiempo á es-

ta parte esperimentais en los órganos del pensamiento os indica la necesidad que teneis de reposo. Este es un consejo que os dá la misma naturaleza, y haréis muy mal en no aprovecharos de él. Cuando se tiene sueño es preciso dormir; cuando se siente uno fatigado es preciso descansar. Id al campo, y observad un régimen saludable; no comais mas que legumbres y aves; tomad leche por las mañanas; bebed poco ó ningun vino, sobre todo no tomeis nunca café. Haced un ejercicio moderado; entreteneos cazando; apartad de vuestra imaginacion toda idea enojosa; y cuando mas podeis ocuparos en leer el *Museo de Familias* ó el *Almacen Pintoresco*. Si encontrais alguna aldeana frescota y buena moza, entablad con ella amores platónicos; este régimen sobre todo ejercerá sobre vuestro cerebro el efecto de una cataplasma emoliente, y antes de seis meses os habrá vuelto á vuestro estado normal.

—Seis meses! exclamé yo, podeis aconsejarme entonces, doctor, que me deje crecer la barba y las uñas como Nabucodonosor. Seis meses! ni seis semanas, ni seis dias; no sabeis que nada aborrezco tanto como el campo, la caza, y las pastoras? En nombre del Cielo buscad otro remedio.

—Tenemos la homeopatía, dijo sonriendo. Hahnemam está muy en moda.

—Me decido por la homeopatía.

—Ya conoceis el principio de este sistema: *Similia Similibus*. Habeis tenido fiebre, pues procuraos otra. Estais en verdad un poco gastado como lo estamos todos en esta Babilonia, pues bien, procuraos como remedio nuevos trabajos que os conduzcan al estado que apeteceis. Vuestra organizacion fatigada por las pasiones esperimenta una postracion general; procuraos una nueva pasion que os galvanize, que caliente vuestra sangre, que irrite vuestros nervios; *homeopatizaos* en fin moralmente. Esto podrá curaros ó podrá mataros; lavo mis manos en cuanto al resultado.

—Este doctor es complaciente, exclamé yo cuando se hubo marchado. Segun veo, trata á las pasiones como el Judío errante á los cinco cuartos que llevaba en el bolsillo, que solo disponia de cada uno de ellos segun para lo que los necesitaba. Sin embargo esta idea aunque extraña no habia dejado de chocarme. El consejo primero que me habia dado Lablanchaié era sin duda muy razonable; pero yo no podia vencer mi repugnancia hácia la bella naturaleza y al *far-niente* pastoral. Sacrificar seis meses de mi existencia á un porvenir incierto, era una cosa imposible para mí que habia usado de mi vida como de mis intereses. Me decidí á probar el segundo medio.

Heme aquí, pues, en busca de una pasion, que quería yo aplicarme como remedio á mis males. Pensé desde luego en el amor,

pero sin poder contener una melancólica sonrisa. Hacia mucho tiempo que habíamos arreglado nuestras cuentas, y vivia yo con él en una paz sepulcral. Ya se vé, habia yo amado tanto! habia yo prodigado tanto la ternura que la naturaleza me habia concedido, que mis labios, por decirlo así, habian apurado el cáliz encantado desde los imperceptibles perfumes que sobrenadan en la superficie hasta el amargo acibar que contiene el fondo. Habia yo escrito tanto sobre esta pasion, habia casado tantas muchachas en mis Vaudevilles, habia seducido á tantas otras en mis dramas, que las creaciones quiméricas de mi espíritu, habian consumido ya la escasa llama escapada á las realidades fogosas de mi juventud.

Existe entre el artista y el auditorio afectado por su obra una simpatía llena de reacciones, cuya seduccion es irresistible. ¡Cuántas veces en el teatro oculto en el fondo de un palco mientras que se representaba uno de mis dramas, me sentia agitado de las vivas emociones que yo mismo habia producido! Aquellas mujeres que adornaban el salon á la manera de una guirnalda de flores, aquellas mujeres tan distinguidas, tan elegantes, tan hermosas y tan ricas, aquellas mujeres no pertenecian en aquel momento ni á sus maridos, ni á sus amantes, ni á sí propias, me pertenecian á mí solo. Yo era quien fundia en el fuego de mi pasion el hielo de aquellos espíritus desdeñosos ó indiferentes; yo era el que hacia rodar hasta el fondo de sus corazones el torrente de lava que se desbordaba desde el mio: de mi cabeza era de la que á la manera de un astro fecundo salian rayos penetrantes, cuyo contacto hacia extremecer á las mas indiferentes, y temblar á las coquetas. Y cuando palpitaban sus blancos y casi desnudos pechos, cuando sus mejillas se teñian de un brillante carmin, cuando las lágrimas mucho tiempo contenidas velaban al fin sus ojos, los tiros magnéticos de mi inteligencia se convertian en besos que aspiraban con amor aquellos senos palpitantes, aquellas mejillas encendidas y aquellas lágrimas abrasadoras. Yo sentia refluir hasta el fondo de mi ser el mar apasionado, cuyas olas habia yo mismo irritado. Mi aliento, como la brisa de la noche, habia pasado sobre todas aquellas flores encantadoras, y entreabiertos sus cálices por sus caricias exhalaban á la vez mil perfumes deliciosos que mi orgullo saboreaba.—Oh! aquellas hermosas mujeres á quienes hacia yo llorar, me habrían aborrecido sin duda, si en aquel momento hubieran podido comprenderme. Hay tantas maneras de poseer á una mujer! Un espíritu afectado en sus fibras mas íntimas por los acentos de vuestra voz, una mirada que se anima ó se turba á la vista de los cuadros trazados por vuestra mano, un corazon que se une enteramente al vuestro, aunque no sea mas que por un instante, que se exalta, que se tranquiliza ó que se desespera con vos, y por vos, no sufren en

verdad el mismo abandono el uno que el otro? Existe un harem de almas, cuyo sultan es el genio. Que el bello sexo me perdone por haber creido algunas veces, bajo la fascinacion de mis triunfos, que si yo hubiera solicitado á algunas de sus huríes, no habrían desdeñado el corresponderme. ¿No habia yo expiado bastante las voluptuosidades de unas pasiones frívolas con el aniquilamiento de la vitalidad de mi alma, que habia yo mismo promovido con un inmoderado abuso?

El amor era pues para mí un cadáver, cuyas cenizas era inútil remover. No me quedaba mas que la ambicion, pasion egoista, es verdad, pero poderosa y digna. Sentia yo su gérmen desarrollarse en mí de una manera demasiado eficaz, para que quisiese arriesgar su aborto dejándola estallar prematuramente. Arrastrarse á fin de elevarse despues me parecia vergonzoso. Yo no podia consentir en subir al árbol por su base, y mis posiciones no estaban tomadas para poder llegar de un solo salto á la cima, como convenia á mi orgullo. Si el amor era ya para mí una cosa pasada, la ambicion no era todavía mas que un porvenir. Yo queria ensayarla por medio de una experiencia, cuya locura no me era desconocida.

El juego!—Me he salvado, exclamé en el momento que me hubo ocurrido esta idea; hé aquí el bálsamo que yo necesitaba. Si no consigo el objeto que me propongo, es por que estoy enteramente petrificado, y entonces no me queda otro remedio que arrojarme al Sena.

El juego en efecto era una pasion de la que mis órganos se hallaban aun vírgenes. La habia juzgado como la mas á propósito para embrutecer á la inteligencia, y habia evitado siempre sus funestas sensaciones, cuyo poder no me era desconocido. En el curso de anatomía moral que yo habia seguido, como debe hacerlo á mi ver todo escritor que desee estudiar la naturaleza antes de pintarla, habia penetrado muchas veces en esos antros donde con autorizacion del gobierno se asesina el reposo y el honor de las familias. Allí habia yo visto ojos brillantes por el ardor de una calentura, frentes marcadas con surcos profundos, y labios tan contraidos y cadavéricos que habia concebido por estos lugares un horror profundísimo.—Tú eres en verdad demasiadamente temible, demonio infernal, habia yo exclamado muchas veces al salir de algunos de aquellos garitos, oprimida mi frente como si la circundase un aro de hierro. A este ídolo, pues, fué á quien yo demandé mi curacion.

A los cinco minutos habia ya realizado mi plan. Fuí á casa de mi banquero, tomé veinte mil francos en billetes de banco, y entré en la casa de juego mas despreciable que pude hallar. Me habia propuesto no dejar de jugar hasta que ó hubiese ganado cien mil francos, ó hubiese perdido la totalidad de mi puesta. En el primer caso tomaba la posta.

me volvia á Cherbourg, y desde allí me embarcaba para dirijirme á Méjico, la China, el Indostan, á cualquiera parte con tal de que yo no viese durante algun tiempo nada que se asemejase á París. Unas veces me creia fumando el *calumet* en las chozas del salvaje de piel roja; otras me figuraba dormido á la sombra de los plátanos en las llanuras de Haiti; otras asistiendo á la caza del tigre en los bosques de Mysore. Ya me parecia tener elefantes por caballos, negros por criados, y bayaderas por queridas, y me entregaba en fin en cuerpo y alma á los desconocidos goces de otro emisterio. Si perdia, aquella desgracia me inspiraria sin duda la necesidad de repararla, y por consiguiente haria nacer en mí el gusto al juego; es verdad que entonces corria el riesgo de arruinarme; pero si se destruia mi fortuna adquiriria el deseo de volverla á recuperar, aunque fuese á costa de los mayores sacrificios. Casi, pues, deseaba ya perder, porque me parecia que el soplo de la adversidad habia de derramar en mí el nuevo germen que fecundase mi talento. Mi proyecto me pareció admirable, pues de cualquiera manera que la suerte se presentase habia siempre de resultar para mí una verdadera ganancia; me puse pues á jugar grave y fríamente.

Yo habia combinado una martingala que no hubiera obtenido seguramente la aprobacion de jugadores de oficio, pero que anunciaba al menos que yo no queria perder mi dinero como un simple estudiante. Al cabo de una hora de felices azares tenia ganados sesenta y cinco mil francos; pero habia decidido que fuesen cien mil, y continué jugando.

—Merecias, interrumpió Marillac con voz de trueno, que te ahorcasen y te descuartizasen, ó te quemasen vivo. Sesenta y cinco mil francos en una hora! tres mil doscientos cincuenta napoleones que podias meterte en los bolsillos! no eres digno de vivir.—Sesenta y cinco mil francos!

—Ya te he dicho que yo necesitaba cien mil. Seguí pues el juego, y despues de dos horas y cuarenta y dos minutos, habian vuelto todas mis ganancias á la caja de los banqueros, con mas mis veinte billetes de banco.

—Me has asesinado, exclamó de nuevo el artista: pero qué demonio de martingala era esa que habias combinado?—Y dime, volvistes despues por mas fondos á casa de tu banquero?

—Eran las seis y media; me fuí á comer con mucha calma al café de París, y de allí al teatro italiano á oir el *Pirata* que cantó Rubini de una manera admirable. Cuando volví á mi casa, hice exámen de conciencia, y me halle tan entorpecido como antes de mi esperimento. La emocion que yo habia buscado no habia podido hallarla; la pérdida del dinero no me habia ocasionado el menor disgusto.—Vayan

al diablo Lablanchaié y su sistema, dije yo al acostarme para mí; mañana será preciso ensayar otro medio.

—Al dia siguiente á las siete de la noche caminaba en una silla de posta por el camino de Lyon. Ocho dias despues me paseaba en un barco por el lago de Ginebra. Hacia mucho tiempo que deseaba yo ver la Suiza, y me pareció que no podia escoger un momento mas oportuno. Yo esperaba que el aire vivo de las montañas, la calma magestuosa de los hie os, y las brisas dulces y puras de los lagos comunicarían á mi alma alguna pequeña parte de su fresca serenidad; pero hay en la vida de París un no sé qué de esclusivo y desencantador que acaba por hacer á uno insensible á las sensaciones sencillas é inocentes. Oh! exclamaba yo con madama Staël desde la altura de Coppet, el espectáculo de la naturaleza no interesa vivamente sino á los espíritus contemplativos y religiosos, y el mio no era ni lo uno ni lo otro. Mis costumbres analíticas y observadoras me hacian hallar mas atractivo en una fisonomía caracterizada que en el paisaje mas magnífico; yo prefería el ejercicio del pensamiento á los goces perezosos del entusiasmo, en una palabra la sangre de la pasion humana á el eter de la atmósfera mas pura. En Ginebra encontré á un inglés tan insensible y tan entumecido como yo; unimos nuestro esplin, y nos fastidiábamos juntos. Recorrimos de este modo el Oberland, los pequeños cantones y la Vallée, casi siempre envueltos en nuestras capas, medio tendidos en el fondo del carruaje y durmiendo profundamente con una emulacion sin igual cuando pasábamos quizás por los puntos de vista mas interesantes. De la Vallée nos dirijimos al monte blanco, y en una noche llegamos á Chamounix....

—Con que has estado en la Vallée? interrumpió Marillac llenando por segunda vez su pipa.

—Sí; pero te ruego que no me interrumpas, porque voy á entrar precisamente en la parte mas interesante de mi narracion.

—Dios sea loado! dijo el artista arrojando una bocanada enorme de humo.

—Al dia siguiente por la mañana hizo el inglés que le sirvieran el té en la cama, y se volvió del otro lado cuando yo le propuse que fuésemos al mar de hielo. Esta vez no tuve por conveniente el imitarle, y dejando á mi flemático compañero envuelto en sus mantas hasta la barba, me puse solo en camino para Montanvert. La mañana estaba deliciosa. Un sol brillante, resbalando sus rayos sobre la cadena de aquellas montañas blancas, les daba un aspecto tan bello, que parecian monumentos de metal pulimentado, al paso que se veian terribles precipicios en el fondo de los que reinaba una espantosa oscuridad. Una niebla espesa cubria totalmente el fondo del valle, y mas allá desde la altura de las montañas por en medio de los

negros abetos se precipitaban las cascadas en lluvias de diamantes. Los ventisqueros descubrian acá y allá lagos de safiros agudos y entrecortados; y últimamente sobre el azul oscuro del cielo se dibujaban con la precision de la Silueta los picos de granito y las cimas cubiertas perpetuamente de nieve. La extremada trasparencia de la atmósfera permitia examinar con la mayor claridad toda la riqueza y lozanía de los bosques, y de las rocas y valles que constituian la totalidad de aquel admirable cuadro.

Diversos grupos de viajeros, á pié los unos, y montados en mulas los otros, costeaban las orillas del Arve, ó pasaban ya el flanco de la montaña. Yo me hallaba solo: no habia tomado guia, porque para atravesar aquel pais tan frecuentado, no lo habia creido necesario. Me sentia bastante alegre, y esperimentaba cierta elasticidad en mis miembros desconocida en mí hacia mucho tiempo. Empece pues á trepar valerosamente por el áspero sendero que conducia al mar de hielo, ayudándome con el grueso bordon de que me habia prevenido en la posada. A cada paso que daba, respiraba con un placer nuevo el aire puro y fresco de la mañana contemplando vagamente los diferentes efectos del sol y de la niebla, y los accidentes del camino que unas veces se elevaba casi perpendicularmente, y otras describia una línea horizontal costeando el abismo abierto á su izquierda. De momento en momento las cintas de plata del Arve y del Aveyron parecian estrecharse, mientras que las puntas de las rocas que lo dominaban se destacaban mas vivas y pronunciadas. Muchas veces la caida de una avalancha que se desprendia rodando súbitamente, producia el ruido de una lejana tormenta, cuyo eco se repetia por largo espacio de tiempo. Casi encima de mí, una partida de estudiantes alemanes respondia cantando un coro del Oberon á los hielos que se desplomaban. Siguiendo las vueltas del camino, percibia al través de los abetos y bajo mis pies, por decirlo así, sus levitas teutónicas, sus barbas rubias y sus gorras pequeñas y aplastadas. Abandonado perezosamente á las impresiones de aquel aire puro, de aquel hermoso paisaje y de aquellas vagas armonías, esperimentaba una sensacion tan agradable y un placer tan nuevo en mí, que no podia contenerme, y manifestaba mi alegría de una manera pueril. Sin dejar de andar, y cuando el sendero era menos escarpado, me divertia en lanzar mi bordon de punta de hierro contra los árboles que lo circundaban, y me acuerdo que quedaba muy satisfecho cuando habia conseguido mi objeto, lo cual debo confesar en honor de la verdad me sucedia raras veces. En medio de esta diversion inocente, me aproximaba á la region donde comienza el reinado de las plantas alpestres. Percibí de repente debajo de mí una pradera esmaltada de *rhododendrons*, cuyas flores semejantes á los copetes que forman los laureles-rosa, producian

entre el negro ramage de los abetos un efecto mágico y seductor. Con un ardor infantil dejé el sendero para llegar mas pronto, y cuando hube formado un ramillete con aquellas flores preciosas, lancé mi pica dando victoriosamente un agudo chillido tiroliano á la manera que lo hacian los estudiantes compañeros de mi expedicion.

Un grito de espanto respondió al mio. Mi bordon de punta de hierro habia atravesado el sendero con direccion hacia un sitio en que el camino hacia un recodo. En el mismo instante ví aparecer una mula, cuyas orejas indicaban el susto que la dominaba, y sobre ella una mujer inclinada y casi á punto de caer en el abismo. El espanto que sentí me dejó inmóvil. Toda especie de socorro era imposible á causa de la estrechez del camino, y la vida de aquella desgraciada se encontraba á merced enteramente de su demasiada sangre fria, ó de la inteligencia del animal que la conducia. En fin pareció que se sosegaba un poco, y continuó marchando aunque sin dejar de bajar la cabeza como si oyese todavía silbar entre sus orejas la terrible javelina. Me precipité inmediatamente desde lo alto de la roca en que me hallaba, y cogiendo á la mula por la brida, acabé de apartarla de aquel mal paso, conduciéndola hasta un sitio en que ensanchándose el sendero cesaba ya todo peligro. Dirigí entonces mil escusas á la persona cuya vida acababa de comprometer con mi imprudencia, y por primera vez la miré con atencion. Era jóven y bien formada; un vestido de seda negro dibujaba perfectamente un talle delgado y elegante; llevaba colgado en la silla su sombrero de paja, y sus largos cabellos castaños, sin rizos ya á causa del aire de la mañana, flotaban en desórden sobre sus pálidas mejillas. Al oir mi voz abrió los ojos que el peligro le habia hecho cerrar maquinalmente, y me parecieron los mas hermosos que habia visto en mi vida. Miró al precipicio, y volvió al instante temblando la cabeza. Su vista se detuvo entonces sobre mí, y se fijó sobre el ramo de flores que yo tenia en la mano. El espanto retratado en su figura desapareció bajo la expresion de una curiosidad infantil.

—Preciosas flores! exclamó con una voz fresca y sonora; decidme, caballero, son por ventura las del *rhododendrons?*

—Yo la presenté el ramillete sin responderla; pero como vacilase en tomarlo, la dije en seguida:

—Si rehusais, no creeré que me habeis perdonado.

Durante este tiempo, las personas que con ella venian se habian reunido á nosotros. Habia otras dos mujeres, tres ó cuatro hombres á caballo y muchos guias. A la primer palabra de *rhododendrons* que habia pronunciado, un caballero bastante grueso, lleno de pretensiones, y en quien adivine desde luego cierta inclinacion por la bella extranjera, se apeó de su mula, y empezó á bajar la pendiente escarpada

en busca de las flores que habia aquella manifestado desear; pero en el momento en que él volvia bastante sofocado con un enorme manojo en la mano, la jóven habia tomado ya mi ramillete.

—Gracias, señor de Mauléon, le dijo con aire un poco burlon; ofrecedlas á estas señoras. Despues, saludándome con una ligera inclinacion de cabeza, dió un latigazo á su mula, y continuó su marcha. El resto de la compañía la siguió, y desfiló por delante de mí, mirándome al paso como si hubiese sido una animal extraño; y el grueso eleganton, sobre todo, me lanzó una mirada bastante impertinente; pero no quise armar cuestion por una mirada mas ó menos atenta. Cuando se hubo alejado la cabalgata fuí á tomar mi bordon, que hallé clavado en el tronco de un enorme abeto, suspendido en el borde del precipicio, y continué subiendo la montaña con los ojos fijos sobre la elegante amazona de traje negro, que caminaba delante de mí con los cabellos esparcidos al viento, y mi ramillete en la mano.

Llegué algunos minutos despues al pabellon de Montanbert, donde se encontraba ya una numerosa sociedad, compuesta particularmente de ingleses. En un rincon de la única sala que sirve de comedor y punto de reunion, el viajero positivo, sentado á una mesa, se preparaba con un trozo de salchichon de Bolonia y una botella de vino de Montmeriant para los goces del mar de hielo; sobre la pradera, el viajero sentimental presentaba su pecho al aire de los Alpes, y buscaba con ojos estáticos la gamuza, atravesando la cima de las rocas ó el prado de fresas al borde de los hielos; junto á éste, el viajero estadista con el plano topográfico de Chamounix en la mano examinaba aquellos sitios punta por punta, roca por roca, valle por valle; la de Dru, la de Verte, la de Charmoz; una sola de menos, y el viaje habría perdido para él su mas principal encanto.

En cuanto á mí debo confesar por segunda vez la frivolidad, ó mas bien el refinamiento de mi gusto; el espectáculo verdaderamente admirable que se presentaba á mis ojos me interesaba mucho menos que la jóven extranjera, que bajaba en este momento con la ligereza de una sílfide el pequeño camino que conducia al mar de hielo. Yo no sé qué misterioso instinto me unió desde luego á esta mujer: yo habia encontrado otras mucho mas bellas, y cuya vista me habia sido del todo indiferente; esta me habia interesado desde luego, á cuya circunstancia habia contribuido sin duda la singularidad de nuestra primera entrevista. Yo esperimentaba cierto placer en ver que ella habia conservado mi ramillete, agitándolo con una mano, y apoyándose con la otra sobre una pica, semejante á la mia, arma indispensable para aquella clase de expedicion.

Las otras dos señoras, y aun los hombres que la acompañaban, se detuvieron casi á la orilla del hielo. El señor de Mauleon quiso cam-

plir con su empleo de caballero sirviente; pero á la primera tentativa se detuvo repentinamente, sin manifestar grandes deseos de luchar con los hielos. La jóven parecia esperimentar cierta alegría maliciosa al contemplar la prudente actitud de su acompañante, y lejos de escuchar las recomendaciones que le dirijia, se puso á correr sobre la superficie helada, salvando con la ayuda de su pica las sinuosidades de que estaba cubierto.

Admiraba yo con alguna inquietud su lijereza y aturdimiento, cuando la ví detenerse de repente. Por una especie de instinto corrí hácia ella; una grieta enorme de inmensurable profundidad estaba abierta á sus pies; azul en el borde y negra en el fondo, parecia la abertura producida en el Mar Rojo por la vara de Moisés. Delante de aquella grieta espantosa habia permanecido immóvil con las manos echadas hácia delante, como dirigidas por un moviento de horror; los ojos espantados, y fascinada como un pájaro por el hálito venenoso de una serpiente. Yo conocia el efecto irresistible que produce sobre ciertos temperamentos nerviosos la magnética fascinacion de la vista de un abismo. La cogí entonces por el brazo, y lo brusco de este movimiento hizo que se desprendiesen de sus manos la pica y el ramo de flores, que rodaron al fondo del abismo, produciendo un sordo estruendo parecido al de un temblor de tierra. Quise separarla entonces, pero al cabo de algunos pasos la sentí desfallecer; estaba muy pálida, y sus ojos se habian cerrado. Para sostenerla mejor enlacé á su cuerpo mis brazos, y la volví del lado del Norte; el aire frio que hirió su rostro en aquel momento lo animó algun tanto, y bien pronto abrió sus hermosos ojos negros. Yo no sé qué especie de afeccion repentina me sobrecogió en aquel momento, que estreché contra mí aquel cuerpo encantador que se abandonaba sin resistencia. Bajo aquel firmamento de un azul virginal, en medio de aquellas montañas sublimes que soportaban al rededor nuestro la bóveda celeste, semejantes á las columnas de un templo, entre las dos muertes, cuyos golpes terribles acababa aquel ángel de evitar, mi corazon se conmovió; una ola de vida rodó por todas mis venas; yo sentí que la amaba, y se lo dije.... Un instante mas permaneció apoyada contra mi pecho, fijos sus lángidos ojos sobre los mios, sin responderme, sin oirme tal vez, cuando los gritos de las personas que la llamaban, algunas de las cuales venian ya á su encuentro, rompieron aquel encanto. Por un movimiento simultáneo se alejó ella de mí; pero yo la ofrecí el brazo; como si hallándonos en su salon quisiese acompañarla para bailar una contradanza. Sin embargo, yo no pude envanecerme de aquel favor, porque á cada paso que dábamos flaqueaban sus rodillas; las mas pequeñas hendiduras que habia ella salvado antes con tanta lijereza, la inspiraban un horror que yo adivinaba en el temblor de su brazo, apoyado sobre el

mio. Me ví, pues, obligado á dar infinitos rodeos para evitarla aquellos sobresaltos, alargando de este modo el camino, del cual no me pesaba en verdad. No sabia yo que al llegar á la orilla, el mundo, ese otro mar de hielo, me la iba á arrebatar, acaso para siempre. Marchábamos en silencio, pronunciando cuando mas palabras indiferentes con mútuo embarazo, cuando llegamos cerca de las personas que la esperaban; la dige entonces al dejar su brazo:

—Habeis arrojado mis flores; hareis lo mismo con mi memoria?

Me miró, y nada me respondió; yo aprecié este silencio. La saludé respetuosamente, y me volví al pabellon, mientras que ella contaba á sus amigas su aventura, de la cual estoy seguro que ocultaría algunos detalles.

Casi todos los viajeros que visitan á Chamounix se asemejan á una O con acento circunflejo. Hay obligacion en este sitio de tener, digámoslo así, un poco de tontería.—No hay un mercader que no obligue á su esposa á que admire á la naturaleza, violentando su pescuezo para contemplar á la gran Jorasse ó el domo de Goûté; ningun droguista que no levante la frente con orgullo *bayroniano*; ningun procurador en vacaciones que no se desoje como si fuese un Diderot. El libro de los viajeros está lleno de frases increibles de todos estos señores sobre el poder de sus sensaciones; la exaltacion de sus espíritus, la plenitud de su corazon, la inposibilidad de esplicar todo lo que sienten, y sobre su pequeñez ante la grandeza de la naturaleza.—La exaltacion de un mercader de paños! La plenitud de un fabricante de velas! cosas curiosas en verdad.

El libro de los viajeros en Montanvert es una coleccion de estupideces políglotas, al que pocas personas rehusan su tributo; con la diferencia de que los mas modestos se contentan únicamente con poner sus nombres. Esperaba yo saber de este modo el de la interesante viajera, y mi esperanza no se vió burlada por cierto. Muy pronto observé al grueso señor de Mauleon ocupado en estampar su firma sobre el rejistro con caracteres dignos de Mr. Prudhomme; los demás individuos de la caravana siguieron su ejemplo, y la jóven fué en fin la última que se dirigió á escribir su nombre. Así que se alejó me aproximé yo, y tomando el libro con aparente indiferencia, leí en la última línea estas palabras, trazadas con preciosa letra inglesa:

«La Baronesa de Bergenheim.»

VII.

—La baronesa de Bergenheim! exclamó Marillac; ya, ya caigo; y ahora lo comprendo todo. Por eso es por lo que en lugar de visitar las orillas del Rhin como habíamos convenido en París, me has hecho dejar el camino de Straburgo con el pretexto de recorrer pedestremente los sitios pintorescos de los Vosges. Pero no has debido abusar de ese modo de la inocencia de un amigo; y yo tan tonto que me he dejado engañar!

—Déjate de exclamaciones, interrumpió Gerfaut, que aun no he concluido; fuma y escucha:

Seguí á la baronesa hasta Génova, á donde habia ido desde París con su tia, y de cuyo viaje se habia aprovechado para ver el Monte blanco. Al dia siguiente de su vuelta salió para París sin que yo la hubiese encontrado ninguna otra vez; pero ya conocia su nombre, que por cierto no me era desconocido, pues lo habia oido mentar algunas veces en varias casas del barrio de San German, y sabia yo muy bien que durante el invierno tendría ocasiones de verla.

Permanecí, pues, en Génova entregado á una sensacion tan nueva como extraña, cuya accion se sintió bien pronto en mi cerebro. Tomé la pluma poseido de una pasion semejante á un acceso de rabia, y en cuatro dias acabé dos actos del drama que escribia entonces. Jamás habia yo escrito con tanto calor y tanta enerjía. El fuego de la inspiracion habia inflamado mi sangre, corria por mis arterias, y hervia bajo mi frente. Mi mano no podia obedecer con prontitud la rapidez de mi imajinacion, y tuve necesidad de escribir en taquigrafía.—Adios sueños pesados producidos por el esplin y las meditaciones de Werther! El cielo se habia vuelto azul, el aire puro, la vida tranquila y feliz; mi talento existia aun.

Cuando pasó este primer transporte, la imagen de la baronesa de Bergenheim, de quien apenas me habia acordado durante este tiempo, se presentó de nuevo bajo una forma menos vaporosa esperimentando un placer extremado cuando recordaba las mas insignificantes circunstancias de nuestro encuentro, las graciosas formas de sus facciones, la elegancia de su vestido y sus distinguidas maneras. Pero de lo que yo conservaba una impresion mas viva era de la dulzura de sus hermosos ojos, de la sonora vibracion de su voz, del agradable olor á eliotropo con que estaban perfumados sus cabellos, y de la presion en fin de su talle delgado sobre mi brazo y contra mi pecho. Me

sorprendia algunas veces á mí mismo, saboreando los recuerdos de aquella agradable sensacion, y no podia menos entonces de reirme de mi preocupacion, digna á la verdad de un enamorado de quince años. Tan convencido me hallaba de mi imposibilidad para amar, que la idea de una pasion verdadera no ocupó ni un momento mi imajinacion; sin embargo el recuerdo de mi hermosa viajera se fijaba cada dia mas en mi memoria, y amenazaba ocuparla enteramente. Me sometí entonces á un detenido análisis para averiguar el carácter verdadero de este sentimiento, cuyo yugo empezaba ya á sentir aunque involuntariamente. Durante algun tiempo, todavía estuve persuadido de que no era mas que una exaltacion de mi cerebro, ó uno de aquellos ardores de mi imajinacion cuyos efectos pasajeros habia yo sentido otras veces; pero bien pronto comprendí que el bien ó el mal se habia introducido en las regiones de mi ser, y que lo sentia agitarse en mi corazon como un hombre enterrado vivo pugnando por romper la losa de su sepulcro. En medio de las cenizas del volcan que yo creia estinguido, habia nacido una flor perfumada con los olores mas suaves, y adornada de los colores mas brillantes. Ese entusiasmo puro, esa fé en el amor, ese cortejo encantador de las frescas ilusiones de la juventud, volvió como por encanto á saludar la nueva aurora de mi vida; me pareció, pues, que se verificaba en mí una segunda creacion; creacion superior á la primera, puesto que aumentaba mi inteligencia, y comprendia mejor sus misterios. Al aspecto de esta regeneracion, disipóse en mí enteramente lo pasado, no quedando sino como una sombra en el fondo de un abismo. Me dirigí entonces hácia el porvenir con la fé religiosa de un musulman que se arrodilla mirando hácia el Oriente, y me compadecí de mí mismo al comprender los sentimientos que agitaban nuevamente mi alma.—Ah! yo amaba!

Volví á París, y mi primera diligencia fué buscar á Casarans, un amigo mio que conocia perfectamente á todas las notabilidades del barrio de San German.

—La baronesa de Bergenheim, me dijo, es una mujer de moda, no muy bella, pero con bastante talento y muy amable. Es una de nuestras coquetas con seis cuarteles en su escudo de armas y veinticuatro grados de virtud; que tiene siempre atados á su carro á dos pacientes y á un tercero bajo su látigo, pero que sin embargo no puede decirse una palabra acerca de su conducta. En este momento Mauleon y Arzenac son los dos pacientes de que te he hablado; á la tercera víctima no la conozco.—Ella debe pasar aquí el invierno en casa de su tía, la señorita de Corandeuil, una de las viejas solteronas mas feas y mas perversas de la calle de Varennes.—El marido es un guapo muchacho que desde la revolucion de julio vive en sus posesiones cuidando de sus bosques y matando jabalíes, sin inquietarle lo mas mínimo

el cuidado de su mujer. Me nombró en seguida las casas que frecuentaban precisamente estas señoras, y me dejó diciéndome con aire picaresco:

—Vete con tiento, si quieres probar fortuna con la interesante baronesa; mira que su picadura sino mata incomoda.

Esta descripcion en boca de una persona tan mordaz como Casarans me satisfizó enteramente. La plaza no estaba ocupada, pues si bien aparecia como inexpugnable, ya esto era otra cosa.

Antes de la vuelta de la baronesa de Bergenheim empezé á presentarme con frecuencia en las casas de que mi amigo me habia hablado. Mi posicion en el barrio de San German no deja de ser singular, aunque aceptable segun presumo; tengo bastantes relaciones de familia para poder contar con muchas personas que me defiendan caso de ser atacado, y esto es muy esencial. Gracias á mis obras, soy considerado en verdad como un ateo y un jacobino; pero por lo demás soy recibido bastante bien, y como tambien es notorio que me he negado á admitir distintos empleos del gobierno actual y he rehusado la cruz de honor que me ofrecian, esto me sirve de compensacion, y escusa la mitad de mis crímenes. Paso tambien por poseer cierta erudicion heráldica que debo á uno de mis tios, escudriñador acérrimo de toda pretension genealógica, lo cual me atrae una consideracion de la que no puedo menos que reirme algunas veces al ver á ciertas personas que me detestan saludarme afectuosamente como el cura de San Eustaquio saludaba á Bayle por puro miedo. Por supuesto que en este pais no soy yo el Gerfaut de la puerta de San Martin ni el escritor de moda sino el vizconde de Gerfaut.

—Pero ya se vé, con tus ideas plebeyas no comprenderás tú bien esto que te digo.

—Plebeyas! exclamó Marillac saltando sobre su sillon, qué estás diciendo? quieres que bayamos á rompernos la cabeza mañana antes de desayunarnos? Has de saber que yo soy un artista; lo entiendes?

—No te enfades por eso: he querido decir que entre ciertas gentes ha conservado el título de vizconde cierto prestigio que no le concederías tú en verdad atendidas tus ideas artísticas pero plebeyas del año de gracia de 1832.

—Eso es otra cosa.

—A los ojos de esas personas que conservan aun sus inclinaciones á la nobleza, y todas las mujeres son de este número, el ser vizconde es una recomendacion. Hay en este título yo no sé qué de distinguido y caballeresco que sienta perfectamente á un jóven célibe. Entre todos los títulos, excepto el de duque, el de vizconde es el mas elegante: Moliére y Reynard han criticado á los marqueses. Los condes se han desacreditado mezclándose entre los senadores del imperio. En

cuanto á barones á menos de llamarse de Montmorency ó de Beaufremont, los demás valen poco entre la nobleza. A los vizcondes por el contrario nada hay que echarles en cara; porque exhalan cierto perfume mezclado de antiguo régimen y jóven Francia, porque Chateaubriand en fin es tambien vizconde.

En el barrio de San German soy considerado además de mi título como hombre de talento, suponiendo que tenga alguno, como lo dicen los que me adulan. Encuaderno mis obras con mis pergaminos, envuelvo mi talento con mi título, como á una píldora amarga con un poco de azucar, y hé aquí mi receta para hacer dijerir mi abominacion por las damas y caballeros de Coblentz.

Pero al hablar de esta clase distinguida vuelvo á mi propósito. Hojeaba yo un dia por casualidad el artículo perteneciente á mi familia en el diccionario de Sain-Allais, y me hallé con que en el año de 1569 uno de mis antepasados, Cristobal de Gerfaut, se habia casado con la señorita Iolanda de Corandeuil.—O abuelo mio! ó respetable abuelo! teneis extraños nombres de bautismo; pero no importa, exclamé yo, os estoy muy reconocido. Vais á servirme de instrumento de abordaje, y seré muy desgraciado en verdad si en la primera entrevista la vieja tia no acepta por pariente á mi distinguido abuelo Cristobal.

Algunos dias despues fuí á casa de la marquesa de Chameillan, una de las casas mas respetables del noble barrio de San German. Estoy acostumbrado cuando entro en una de estas casas, á producir la misma sensacion que produciría Belcebú si pusiese los pies en el paraiso, y en esta noche sucedió lo mismo que siempre. Cuando me anunciaron observé cierta ondulacion de cabezas en los grupos de las jóvenes que se hablaban al oido, muchas miradas de curiosidad fijas sobre mí, y en medio de aquellos hermosos ojos dos mas hermosos todavía; eran precisamente los de la interesante viajera de Montanvert. Cambié con ella una rápida mirada, una sola, y despues de haber saludado á la dueña de la casa me mezclé entre los hombres, y pregunté á un ex-par sobre no sé qué cuestion política, evitando dirigir de nuevo mi vista hácia el sitio en que se hallaba la baronesa.

Un momento despues vino la señora de Chameillan á ofrecer al Par cartas para el Whist; pero él se escusó diciendo que tenia que marcharse.

—No me atrevo á suplicaros que hagais la partida á la señorita de Corandeuil, me dijo volviéndose hácia mí, porque no comprendo tan mal mis intereses ni el placer de estas señoras para que os destierre á una mesa de juego.

Tomé las cartas que me ofrecia á medias con cierto apresuramiento que debió hacerle suponer que me habia convertido durante mi viaje en un Bewerley.

La señorita de Corandeuil era en efecto la fea é impertinente persona de que me habia hablado mi amigo Casarans, pero aunque hubiese sido mas horrible y espantosa que las brujas de Macbeth, estaba decidido á emprender su conquista. Empezé, pues, á jugar prestando una atencion extraordinaria, porque habiéndome tocado ser su compañero, sabia yo por esperiencia el profundo horror que les inspira á las viejas la pérdida de su dinero. Jamás he deseado tanto ganar como en aquella noche, y gracias al cielo, ganamos. La señorita de Corandeuil, á quien sin embargo de sus cuarenta mil libras de renta no la era indiferente la adquisicion de dos ó tres luises, no pudo menos de dirijirme, al levantarse de la mesa, un gracioso cumplimiento sobre mi manera de jugar.

—Arreglaré gustosísima con vos, me dijo, una alianza ofensiva y defensiva.

—Esa alianza está ya arreglada, señorita, la respondí yo, cogiendo, como suele decirse, la ocasion por los cabellos.

—De qué manera, caballero? replicó levantando la cabeza con cierto aire de dignidad, como si se aprestase á rechazar alguna frase impertinente.

Erguí yo tambien á mi vez mi cabeza, y dí á mis facciones cierto carácter feudal.

—Señorita, tengo el honor de pertenecer á vuestra familia, aunque desde un poco lejos por desgracia; por eso he hablado de una alianza entre nosotros como de cosa ya combinada. En 1569 uno de mis antepasados, Cristobal de Gerfaut, capitan de los arcabuceros del rey Carlos IX, se casó con la señorita Iolanda de Corandeuil, tia vuestra á lo que parece.

—Iolanda es en efecto un nombre de mi familia, respondió la solterona con la sonrisa mas afable que pudo prestar á su fisonomía; tambien yo le llevo. Los Corandeuil, caballero, no han desconocido nunca los lazos de familia, y es un placer para mí el reconocer un pariente en una persona como vos.

—Y podré yo esperar en sú consecuencia, la dije con el tono de voz mas insinuante que me fué posible adoptar, que ese título con que acabais de honrarme, me autorice para presentaros mis respetos?

La señorita de Corandeuil respondió á mi insinuacion concediéndome el permiso de ir á verla cuando quisiese en los términos mas atentos.

Este diálogo no habia absorvido tanto mi atencion que no hubiese podido reparar á favor de un espejo todo el interés con que la baronesa seguia con sus ojos mi conversacion con su tia; pero yo continué en mi propósito, y la dejé marchar sin dirigirla una segunda mirada.

Tres dias despues fuí á hacer mi primera visita, y la señora de Bergenheim recibió mi saludo como mujer ya prevenida y por consecuencia preparada. Cambiamos de nuevo otra sola mirada rápida y profunda como la primera y nada mas. Aprovechándome en seguida de las numerosas visitas que aseguraban á cada cual su libertad, me puse á observar con ojos ejercitados el terreno en que acababa de poner el pié. Antes de que acabase la noche habia ya visto completamente justificados los informes de Casarans. Entre todos los hombres que allí se hallaban no hallé realmente mas que dos pretendientes á quienes pudiese cuadrar con exactitud este título; el Sr. de Mauleon, cuya insignificancia era desde luego notoria, y el Sr. de Arzenac que á primera vista podia parecer mas peligroso, porque gracias á sus cien mil libras de rentas gozaba en el mundo de una de las mas envidiables posiciones. Sin tener que ceder á nadie ni en nombre ni en fortuna; tan irreprochable en sus costumbres como en sus maneras; bastantemente instruido, con una política esquisita, aunque reservada; conociendo perfectamente el terreno que pisaba, era sin contradiccion la flor de la sociedad de la señorita de Corandeuil. Pero á pesar de todas estas ventajas, un exámen detenido me demostró que su posicion respecto á la baronesa era desesperada. La de Bergenheim lo recibia muy bien, muy bien indudablemente. Le escuchaba con una especie de sonrisa en la que se traslucia cierto grado de reconocimiento por las atenciones que la prodigaba. Veia con gusto que la acompañase á caballo en el bosque de Bolonia, porque al fin era todo un caballero; y era en fin su pareja favorita para la galop pues la bailaba con una perfeccion húngara. Pero hasta allí no mas llegaban sus victorias.

Al cabo de algunos dias cuando hube esplorado perfectamente el terreno, y pasado por una criba á todos los pretendientes grandes y pequeños, uno despues de otro, saqué por consecuencia que Clemencia no amaba á ninguno de ellos.

—Me amará, dije yo para mí, la noche misma que por efecto de mis observaciones habia adquirido aquel convencimiento, y á fin de formular de una manera conveniente el plan de campaña que necesitaba poner en práctica para realizar mis deseos, me fijé en las siguientes proposiciones, que son para mí artículos de fé.

Ninguna mujer es infalible;
El amor solo preserva del amor.

De lo cual se deduce que la mujer que ha resistido sin amar á nueve amantes, cederá al fin al décimo. Conseguir, pues, ser este décimo era el problema que habia que resolver.

La baronesa de Bergenheim estaba casada hacia tres años, y su marido, jóven y de buena presencia, pasaba generalmente por un modelo de esposos: si estas últimas consideraciones carecian en verdad de importancia, la primera era de gran peso. Segun todo cálculo era demasiado pronto el intentar cualquiera empresa. La baronesa, sin ser hermosa, agradaba mucho, y á muchos; segundo obstáculo; porque la sensibilidad en las mujeres se desarrolla casi siempre en razon inversa de sus triunfos. Tenia además talento; observacion que debia tenerse presente. Era tambien extremadamente aristócrata, y yo sabia bien que si las señoras de tono son mas que otras esclavas de sus amantes, se vengan por lo mismo con mas empeño de los aspirantes á serlo. En fin, mujer muy de moda, muy obsequiada y muy codiciada, se hallaba bajo la vigilancia especial de las beatas, de las solteronas, de las hermosuras jubiladas, y en una palabra de toda esa falange femenina cuyos ojos, cuya boca y cuyos oidos parecen encargados expresamente de afligir corazones inspeccionando todo lo que se habla.

Este monton de dificultades que me eran bien conocidas surcaba mi frente con tantas arrugas como si me hubiesen encargado de resolver instantáneamente todas las proposiciones de Euclides. *¡Ella me amará!* estas palabras resonaban sin cesar en mis oidos; pero ¿de qué medios valerme para conseguirlo? Ninguna idea me satisfacia. Las mujeres son tan caprichosas, tan profundas, tan indefinibles que con ellas es cosa muy fácil perder el tino á poco que se carezca de tacto ó de inteligencia, y se adelante ó se atrase el oportuno cuarto de hora que debe buscarse en semejantes casos. La única cosa que á mi ver era evidente, consistia en desplegar un plan estratégico de seduccion y galantería; pero ¿cuál debia ser este plan?

Nos hallábamos muy lejos del paraiso terrestre de Montanbert, donde yo habia podido durante algunos instantes exponerla á la muerte, salvarla en seguida, y decirla por conclusion: ¡os amo! La pasion no tiene por desgracia en los salones aquellos arranques libres y dramáticos; las flores se marchitan á la luz de las bujías; el calor de la atmósfera de los bailes y de los festines oprime con su espesor el corazon, tanto como lo dilata el aire puro de las montañas; en París la escena ocurrida en el mar de hielo se hubiera calificado de locura ó atrevimiento; allí habria establecido tal vez desde el primer dia entre los dos una simpatía mas fuerte que todas las consideraciones sociales. Aquí era ella la baronesa de Bergenheim, y yo el vizconde de Gerfaut; era forzoso, pues, adoptar el camino ordinario, es decir, comenzar la novela por la primera página, sin saber de qué manera preparar el prólogo.

¿Cuál sería, en fin, en este caso mi plan de campaña?

¿Me haría yo el hombre amable? ¿procuraría cautivar su atencion prodigándola continuamente esas delicadas atenciones y hábiles lisonjas que constituyen lo que se llama arte de hacer la corte? Pero Arzenac se habia apoderado de este papel, y lo desempeñaba con una superioridad indisputable: agregándose además que yo conocia muy bien cuál habia sido el resultado de su conducta. En fin, á no dudarlo, para inflamar aquel corazon se necesitaba de un fuego mas activo que el de los galanteos de un mozalbete, los cuales, si bien lisonjean á la vanidad, no interesan al alma. Quedaban todavía el sistema apasionado, el amor ardiente, devorante y feroz. Hay mujeres á las que los suspiros convulsivos extraidos del fondo del estómago, las cejas fruncidas de una manéra fantástica, y los ojos puestos en blanco, es lo mismo que decirlas: ámame ó te mato, lo cual produce en ellas un efecto prodigioso. Yo habia experimentado tambien el poder de esta fascinacion, y ejercitádola un dia, por capricho por supuesto, con una muchacha rubia, á la que habria llenado de orgullo tener por amante á un Raul Barbe Bleu; pero los extremos de la boca de Clemencia indicaban algunas veces una expresion de ironía, que hubiera desafiado al mismo Otelo.

Ella tiene talento, y lo sabe, me decia yo á mí mismo; debo elegir este flanco; las mujeres gustan bastante de estas contiendas porque les proporcionan ocasion de manifestar el tesoro de monerías, de gestos, de carcajadas y de graciosos caprichos, cuyos efectos conocen ellas perfectamente. ¿Sería yo, por ventura, el Benedicto de esta Beatriz? pero á pesar de todo esto no haría mas que comenzar el prólogo, y yo deseaba mucho llegar al epílogo. Pasaba sucesivamente revista á los diferentes caminos que un amante puede tomar para llegar á su objeto; recapitulaba todos los métodos mas infalibles de seduccion; y en una palabra, repetia mi teoría como un teniente precisado á mandar maniobrar un batallon. Cuando concluí mi exámen me hallé tan adelantado como al principio.

Vayan al diablo todos los sistemas, exclamé yo; no seré tan tonto que adopte con premeditacion un papel de hombre taimado, mientras que puedo representar con naturalidad el de amante. Sentir vale mil veces mas que analizar, y me lancé al torrente de cabeza, sin inquietarme por lo mas ó menos dificil que me sería luego la salida.

Mientras que combinaba los medios de ataque, la señora de Bergenheim se habia puesto en guardia y apercibídose á la defensa. Hostigada por la reserva que yo guardaba, cuya conducta contrastaba singularmente con las extravagancias de nuestra primera entrevista, su inteligencia de mujer le habia sugerido un plan con el que se proponia conseguir su objeto. Es indudable que ella habia adivinado

parte de mis intenciones, pero en cambio yo habia adivinado todas las suyas; la ventaja estaba, pues, de mi parte.

Pero no pude dejar de reirme al notar su pérfida coquetería cuando me decidí á obedecer sencillamente las inspiraciones de mi corazon, en lugar de valerme de los cálculos de mi talento. Con la reputacion, que bien ó mal me habia yo adquirido, era pues evidente que le parecería á ella una conquista de algun valor, una víctima á la cual no se debian prodigar las flores para conducirla al altar del sacrificio. Como primer eslabon de la cadena que se queria echar á mi cuello, Mauleon, Arzenac *et tuti quantii* me fueron sacrificados sin que hubiese necesitado mas que de una mirada para obtener aquel licenciamiento general. Sin embargo, yo interpreté, como debia, esta reforma. Comprendí que se queria concentrar contra mí todas las seducciones imaginables á fin de no dejarme ningun medio de salvacion.

Esta conducta me ofendió en un principio; pero la disculpé despues cuando á favor de un exámen mas detenido empecé á comprender mejor el carácter de aquella mujer adorable. La coquetería en ella no era un vicio del corazon, ni una falta de talento, era la travesura de un alma inocente, desocupada; no teniendo ninguna otra cosa que hacer, se habia entregado á esa especie de pasatiempo que ella miraba como legítimo. Como sucede á todas las mujeres, le gustaba agradar; sus triunfos lisonjeaban su vanidad; el incienso la trastornaba alguna vez la cabeza; pero en medio de aquel torbellino permanecia su corazon en una paz tan cándida como pura. Hallaba ella tan poco peligro en aquel juego que jugaba, que no podia creer que otras personas no lo considerasen del mismo modo, y por eso no se inquietaba. Las pasiones verdaderas no son ciertamente tan comunes en los salones de París, que una mujer bonita deba concebir grandes remordimientos por gustar sin amar; la pistola de Werther no forma parte del equipaje de los elegantes del barrio de Gand.

La baronesa de Bergenheim era en verdad una coqueta, pero con una ingenuidad y una confianza indecibles. No habiendo ella conocido el amor en nadie ni aun en su marido, calificaba su conducta como una consecuencia de su estado adquirida el dia de la boda, lo mismo que los diamantes y las cachemiras. Habia en el timbre halagüeño de su voz, en la inocencia de sus grandes ojos que dejaba reposar algunas veces sobre los mios sin cuidarse de apartarlos, en aquella especie de elasticidad general que parecia reclamar su puesto mas bien en el baile que en el divan, y en fin, en aquellas mil aberraciones finas y delicadas que solo un amante sabe apreciar, alguna cosa que decia: «yo no he amado nunca.»

Así, pues, lejos de inquietarme por el lazo que se me tendia, en-

tregué dócilmente mi cabeza, y presenté mi frente al yugo con una conformidad que estoy seguro debió divertirla; pero yo contaba con que muy pronto no sería yo solo el que lo soportase. Una coqueta que se pavonea friamente al sol de sus triunfos, se asemeja á esos nadadores que admiran á los espectadores con la dificultad de sus posturas hasta que sorprendidos por una corriente imprevista son arrastrados á su pesar, sin que les sirva la elegancia y ligereza de sus movimientos para cortar el agua.

Es casi seguro que el amor triunfa de la coquetería. Tenia yo por lo mismo tanta fé en el mio, que creia poder apresurar el momento en que habia de gozar de la victoria.

Ya tú sabes que en el último invierno la tristeza y el mal humor eran de rigorosa etiqueta entre ciertas personas cubiertas de luto por la revolucion de julio. Las reuniones eran muy escasas; no habia bailes ni *soirées*, permitiéndose únicamente alguna que otra contradanza bailada al piano en pequeñas reuniones. Una vez instalado yo convenientemente en casa de la señorita de Corandeuil, esta circunstancia lejos de incomodarme me favorecia, pues me permitia ver con intimidad frecuentemente á Clemencia. Aprovechándome de su coquetería, que la obligaba en cierto modo á admitir mis obsequios, mi pasion por ella fué bien pronto cosa convenida entre nosotros: ella me escuchaba riéndose y mofándose, pero al fin no podia despojarme del derecho de hablar, concluyendo al fin por tomar mis cartas, á lo cual se vió obligada en cierto modo por una multitud de estratagemas de que hice uso con una habilidad increible. Habia conseguido ya ser escuchado y leido; era todo cuanto podia apetecer.

Desde el primer instante habia sido mi amor un secreto para ella, así como el suyo lo habia sido para mí; pero cada dia hacia yo brillar á sus ojos alguna nueva faz de ese prisma de mil colores. Aun despues de haberla repetido cien veces cuánto la adoraba, mi ternura tenia aun para ella el atractivo del incógnito. Parecia realmente mi corazon inagotable, y por consiguiente estaba yo seguro de embriagarla al fin con aquel filtro que yo vertia incesantemente, y que ella bebia jugueteando como un niño.

Un dia la encontré bastante pensativa. Durante los cortos momentos en que pude hablarla no me respondió con la ligereza que le era habitual; la expresion de sus ojos habia cambiado; su brillo se habia casi apagado; en lugar de turbarme con su excesivo resplandor como me habia sucedido otras veces, me pareció que se amortiguaban fijándose en los mios, y que mi mirada penetraba sus húmedas pupilas; tenia los párpados un poco cerrados como si hubiese experimentado cierta fatiga al ser contemplada por mí. Al hablarme tenia su voz un sonido sordo y débil. Jamás me habia ella mirado con aquellos

ojos, ni me habia hablado con aquella voz; en este dia supe ya que me amaba.

Volví á mi casa loco de alegría, porque yo amaba tambien; la amaba con una ternura que hasta entonces me habia creido incapaz de sentir. Cuando volví á ver á la baronesa, la hallé completamente cambiada respecto á mí; una gravedad fria; una seriedad impasible; una fiereza irónica ó desdeñosa habian reemplazado al abandono encantador con que antes se me habia presentado. A pesar de mi determinacion de amar candorosamente, me era ya imposible volver á aquella edad feliz en que una señal insignificante de disgusto en el ídolo á quien se adora inspira la horrorosa idea de un suicidio; yo no podia separarme ni de mi edad ni de mi experiencia. Mi corazon se habia rejuvenecido; pero mi cabeza permanecia envejecida. No me desesperaba, pues, de aquel súbito cambio que hallaba en ella, ni de la borrasca que me presagiaba; hacia mucho tiempo que la esperaba, y la deseaba.

Hé aquí ya el momento, decia yo para mí, en que la coquetería ha sido batida en todos sus puntos; en cuanto á esto no debe ya quedarme duda. Se ha convencido de que la lucha era demasiado fuerte y dudoso su resultado, y quiere, encerrada en la plaza, ocuparse solamente de la defensa. Estoy seguro que en este momento está haciendo ella un llamamiento á todas sus tropas de reserva, y desde hoy en adelante deberán entrar en batalla el deber, la fidelidad conyugal, el honor, y los demás sentimientos que exigirían una calificacion de parte de Homero. Al primer asalto harán una salida todos estos batallones, y si yo lograse hacerlos retirar y colocarme en los fosos de la plaza, haría llover entonces sobre mi cabeza en guisa de piedras y de agua hirviendo, la virtud, la religion, el cielo, y el infierno.

—Todo el formidable catálogo conyugal, dijo Marillac.

—Calculaba yo el poder y la duracion aproximada de aquellos diferentes medios de defensa, y en todo ello no veia mas que una cuestion de tiempo, cuyo término podria fijar acaso despues de pocos dias, concediendo desde luego tantos para el marido y tantos para el confesor. Pero esta presuncion merecia un castigo, y lo tuvo al fin.

Para conseguir una victoria es preciso antes un combate; mas á pesar de todos mis esfuerzos, de todos mis ardides, y de todas mis tentativas, no me fué posible obtener este combate. La baronesa de Bergenheim se mantuvo atrincherada en su sistemática reserva con una prudencia y una habilidad increibles, atendido su carácter. Durante todo el tiempo que faltaba de invierno no hallé una sola vez la ocasion de hablarla sin testigos. En fin, ella me hacia una resistencia desesperada; pero sin embargo ella me amaba. Sus mejillas pali-

decian insensiblemente; el brillo de sus ojos se habia oscurecido, y algunas veces los fijaba en los mios sin apartarlos hasta que veia que la observaban. Hasta allí habia sido coqueta é indiferente, ahora era amante pero virtuosa. Yo me hallaba desesperado.

Habia llegado ya la primavera, y fuí una mañana á casa de la señorita de Corandeuil, que se hallaba enferma hacia unos cuantos dias. Me recibieron, sin duda por una equivocacion del criado, y al entrar en el salon me hallé con la baronesa que estaba sola bordando sentada en su divan. El perfume que exhalaban las flores que llenaban multitud de vasos, y la casi oscuridad que reinaba en el salon á causa de estar corridas las cortinas, embriagaron de tal modo mis sentidos, que me ví precisado á detenerme un instante á fin de aplacar los frecuentes latidos de mi corazon.

La baronesa se habia levantado al oir pronunciar mi nombre, y sin hablar ni dejar el bordado me indicó un sillon, y se volvió á sentar; pero en lugar de obedecerla me dejé caer de rodillas delante de ella, y cogí sus dos manos entre las mias sin que ella las retirase. La dije en seguida que la amaba, porque en el estado en que me hallaba me hubiera sido imposible pronunciar antes otra palabra. Oh! y estoy seguro de que esta palabra penetró hasta el fondo de su alma, porque yo la sentí arder al salir de la mia. Me escuchó sin interrupcion, y sin responderme, con la cara inclinada hácia mí, como si estuviese aspirando el aroma de alguna flor, y cuando la supliqué que me hablase, cuando la rogué que me dijese una palabra, una sola que saliese de su corazon, retiró una de las manos, y colocándola sobre mi frente en ademán de rechazarme, se detuvo mirándome largo tiempo. El brillo de sus ojos era tan penetrante, que hubo un momento en que yo cerré los mios no pudiendo soportarlo. Y la fascinacion de aquella mirada, el contacto de su mano sobre mis cabellos, me produjeron durante un instante una especie de arrebatamiento magnético tan dulce y voluptuoso que hubiera deseado morir.

Un temblor que la hizo extremecer, cuya conmocion eléctrica sentí yo tambien, me hizo abrir los ojos, y entonces ví que su rostro se hallaba inundado en lágrimas.... Me levanté entonces impetuosamente, me senté á su lado, y la estreché en mis brazos.

—No es verdad que soy muy desgraciada? me dijo, y se dejó caer sobre mi pecho suspirando.

—La señora condesa de Pontivers, anunció un criado, al cual habria yo asesinado de la mejor gana, lo mismo que á la buena de la condesa de quien era seguido.

No pude ver mas en París á la baronesa. Al dia siguiente tuve precision de salir para Burdeos á un negocio de familia, y cuando volví á las tres semanas ya hacía algun tiempo que habia marchado la de

Bergenheim. Pero pude saber al fin que se hallaba aquí, y por eso he venido. Ahora ya sabes mi historia. Pero no creas que te la he contado solamente por el placer de tenerte despierto hasta la una de la noche. He querido hacerte ver que se trata de un asunto demasiado importante para mí, á fin de que no te niegues á ayudarme en lo que voy á encargarte.

—Te veia venir, dijo Marillac con aire pensativo.

—Tú conoces al baron de Bergenheim, pues iré mañana á hacerle una visita; y como es probable que te convide á pasar algunos dias con él, podrás desde luego quedarte á comer. Entonces verás á la señorita de Coramdeuil, delante de la que pronunciarás mi nombre al hablar de nuestro pintoresco viaje; y es indudable que antes que llegue la noche me habrá enviado mi venerable prima de 1569 una invitacion para que vaya á verla.

—Quisiera mejor en verdad que me pidiera cualquier otro favor que no fuese este, respondió el artista pasándose por el cuarto. Yo sé muy bien que los celibatos deben sostenerse contra los maridos en cualquiera circunstancia; pero esto no impide que yo tenga ciertos remordimientos de conciencia, pues ya tú sabes que he salvado la vida á Bergenheim.

—Tranquilízate... hasta ahora no corre grande riesgo; pues probablemente no resultará para mí de este paso que vás á dar mas que el placer de contrariar á esa cruel que me ha desafiado hoy. ¿Con que estamos convenidos?

—Si tú te empeñas qué se ha de hacer; pero cuando concluyamos nuestra visita es preciso que trabajemos en nuestro drama, ó sino en la *Casta Susana*, ópera en tres actos; porque, amigo mio, es preciso que empezcas que con tu amores olvidas las artes.

—La *Casta Susana* y toda la Biblia la pondré yo en Vaudeville si te se antoja. Con que hasta mañana.

—Hasta mañana.

VIII.

Las tres de la tarde serian, y el castillo de Bergenheim ofrecia su aspecto acostumbrado. La lumbre de la chimenea encendida durante la mañana se apagaba lentamente á medida que los rayos de un hermoso sol de Otoño atravesaban las entreabiertas ventanas, y se proyectaban sobre el pavimento. La señorita de Coramdeuil tendida en su gran sillon delante de la chimenea con Constanza á sus pies, leia, segun costumbre, los periódicos que acababa de recibir. Clemencia en el balcon parecia estar muy ocupada con un bordado de tapicería

colocado sobre sus rodillas; pero la lentitud de su aguja, y las equivocaciones que cometía frecuentemente, indicaban que su imaginacion vagaba muy lejos de las flores de su bordado. Acababa precisamente en este momento una flor de lis de hermosísimo negro que hacia un extraño contraste con las demás cuando entró un criado.

Señora, dijo este; ahí está una persona que pregunta por el señor baron.

—Pues qué, no se halla Bergenheim en su cuarto? respondió la de Corandeuil.

—El señor baron acaba de salir á caballo con la señorita Alina.

—Quién es ese sugeto?

—Es un caballero, pero no le he preguntado su nombre.

—Pues bien, hacedle entrar.

Al oir las primeras palabras del criado se habia levantado Clemencia tirando su bordado sobre la silla; pero apenas habia hecho un movimiento para salir, reflexionó sin duda, y se volvió á sentar trabajando de nuevo en la tapicería, como queriendo manifestar la mayor indiferencia á lo que iba á suceder.

—El señor de Marillac, anunció el lacayo abriendo por segunda vez la puerta. La baronesa dirigió una rápida ojeada al individuo que acababa de entrar, y respiró en seguida con mas libertad.

Despues de haber restablecido la armonía de su peinado á lo Perinet, entró el artista en el salon encojiéndose de hombros y doblando su cintura. Embutido en su estrecha levita de viaje, y balanceando con coquetería un pequeño sombrero gris, saludó respetuosamente á las dos señoras, y tomó en seguida la actitud de un retrato de Van Dyck.

Al aspecto de aquella figura tan extremadamente barbuda experimentó Constanza cierta expecie de terror, y en lugar de saltar conforme acostumbraba á las piernas del recien llegado, se refugió refunfuñando sordamente debajo del sillon de su ama, la cual al primer golpe de vista participó igualmente, sino del terror, de una parte á lo menos del disgusto de su perra; porque en medio de sus numerosas antipatías es preciso advertir que la señorita de Corandeuil profesaba un odio mortal á las barbas; achaque muy comun á todas las viejas á quienes incomodan los bigotes, porque, sea dicho de paso, los hombres no los llevaban en 1780.

Los ojos de Marillac se fijaron desde luego involuntariamente sobre los cuadros y demás objetos pintorescos, que con razon tenian derecho á llamar la atencion de un conocedor; pero comprendió que no era aquel momento el mas oportuno para entregarse á una contemplacion artística, pues lo que convenia era dejar á los muertos por los vivos.

—Señoras, les dijo, debo ante todas cosas pediros mil perdones por haber entrado aquí sin tener el honor de ser presentado; creia encontrar al señor de Bergenheim, con quien me unen estrechas relaciones, pues me habian dicho que se hallaba en el castillo.

—Los amigos de mi marido, caballero, no tienen necesidad de ser presentados en su casa, respondió Clemencia; el baron no tardará en volver; y haciendo un gracioso gesto le ofreció un sillon.

—Vuestro nombre no me es enteramente desconocido, le dijo á su vez la señorita de Corandeuil, despues de haber conseguido, aunque no sin gran trabajo, calmar la agitacion de Constanza; me acuerdo de haberlo oido pronunciar á Bergenheim mas de una vez.

—Hemos estado juntos en el colejio de Enrique IV, á pesar de que yo tengo algunos años menos que Cristian.

—Creo además, dijo la baranesa recordando, que existen entre vos y el baron algunas mas relaciones que las de compañeros de colejio: no fuísteis vos el que le salvó la vida?

Marillac inclinó la cabeza sonriéndose, y en seguida se sentó; esta fué una especie de toma de posesion cuyo derecho era incontestable. La misma señorita de Corandeuil no podia dispensarse de acojer benignamente al salvador de su sobrino, aunque hubiese tenido los bigotes mas largos que los de un shah de Persia, que se ataba los suyos alrededor del cuello.

Despues de algunos cumplimientos la señora de Bergenheim con la amabilidad propia de una dueña de casa que busca los objetos de conversacion mas adecuados al gusto de las personas que recibe, replicó: como mi marido no gusta hablar de sí mismo, jamas ha querido contarnos los pormenores de esa aventura en que corrió tan gran peligro; quisiérais tener la condescendencia de satisfacer nuestra curiosidad?

Entre otras pretensiones tenia Marillac la de saber contar los sucesos de una manera *impresionable*, como él mismo decia. Así, pues, la súplica de la baronesa sonó en sus oidos con tanta melodía como la que se hace á una señorita para que cante un aria.

Señora, dijo cruzando una pierna sobre otra y recostándose sobre el brazo de su sillon, era el 28 de julio; los desastrosos decretos habian producido su efecto; el volcan que.....

—Perdonadme, caballero, si os interrumpo, dijo con viveza la señorita de Corandeuil; segun mi modo de pensar y el de otras muchas personas, los decretos eran excelentes y necesarios. La sola falta de Carlos X consistió en no tener 50.000 hombres alrededor de París para sostenerlos. Yo no soy mas que una mujer, caballero; pero si hubiese tenido á mis órdenes veinte cañones en los muelles y otros tantos en los baluartes, os prometo que vuestra bandera tricolor no hubiera ondeado jamás sobre las Tullerías.

—Pitt y Cobourg! dijo entre dientes el artista mirando á la vieja con aire asombrado; pero su perspicacia le hizo comprender que el republicanismo no era allí oportuno, y recapacitando acerca de la mision de que se habia encargado, no creyó gravar su conciencia por una pequeña concesion de principios, y maniobrando diplomáticamente:

—Señorita, respondió, si he llamado desastrosos á esos decretos ha sido solo por sus resultados, porque no podreis menos de concederme que lo que hoy deploramos es una consecuencia de aquellos sucesos.

—En cuanto á eso estamos enteramente acordes, dijo la señorita de Corandeuil recobrando la serenidad.

—Abierto á nuestros pies el volcan..... replicó Marillac continuando su interrumpido período, preludiaba con cabernosos rugidos la terrible explosion de lava abrasadora que habia de vomitar bien pronto. La agitacion en el pueblo era extremada, y ya habian ocurrido muchos choques con la tropa en diferentes puntos de la capital. Me hallaba yo en el baluarte Poissoniere, á donde habia ido á desayunarme, y contemplaba artísticamente la escena dramática de que era teatro en aquel momento: varios hombres con los brazos desnudos y mujeres frenéticas arrancaban las piedras de la calle ó derribaban los árboles. Hicieron volcar á un omnibus, y amontonaron junto á él cabriolés, muebles y toneles, con lo cual formaron una especie de parapeto. El estrépito que hacian los árboles al caer, el de los picos al chocar sobre las piedras, mil vóces confusas cantando á la vez en coro la *Marsellesa*, una descarga irregular de fusilería que se oyó en este momento hácia la calle de San Dionisio, formaban una armonía horrible, espantosa, comparada con la cual una de las tempestades de Becthoven habría parecido los gorjeos de un ruiseñor.

Escuchaba yo con solemne asombro los rugidos de aquel pueblo indómito mordiendo la cadena que habia de romper tan pronto, cuando se fijaron mis ojos por casualidad en el balcon de un entresuelo que se veia frente de mí: un hombre como de sesenta años con los cabellos bastante blancos, algo grueso, pero fresco todavía, de aspecto honrado y tranquilo, estaba sentado delante de una pequeña mesa redonda, envuelto en una bata de seda color gris. Como las puertas se abrian hasta el pavimento, le veia perfectamente por el hueco cuadrado que formaban, pareciendo un retrato de cuerpo entero. En la mesa habia una gran taza de café con leche, en la cual mojaba tranquilamente sopas, leyendo al mismo tiempo un periódico.—Os ruego, señora, que me dispenseis estos pormenores, porque, ya se vé..... la costumbre de escribir.....

—Nada tenemos que dispensaros, caballero; vuestra narracion nos

interesa mucho, dijo con amabilidad la señora de Bergenheim.

—Un perrito como ese vuestro, señorita, se habia acercado á la reja apoyando en ella sus patitas, y desde allí miraba con curiosidad la revolucion de julio, mientras que su amo absorbido enteramente en su lectura y en su café permanecia indiferente á todo lo que pasaba, como si hubiese estado en Pekin.—¡Oh envidiable calma de un alma cándida y pura! esclamé yo al ver aquel cuadro de familia digno de Greuze; ¡oh dulce filosofía! ¡oh serenidad patriarcal! acaso dentro de un instante vá á correr la sangre á torrentes, y este venerable anciano saborea en el entretanto su café con la paz en su corazon. Se me figuraba á un inocente cordero paciendo sobre un volcan.

Marillac gustaba mucho sin duda de los volcanes, porque, segun se ha visto, usaba frecuentemente esta figura para terminar sus períodos.

—De repente una horrorosa conmocion se apoderó de las turbas, las cuales se precipitan aquí y allá dejando en pocos momentos desierto el baluarte. Plumeros que ondulaban sobre los altos chacós, flameros encarnados y blancos flotando en las puntas de las lanzas, que ví atravesar por entre los árboles del lado de la galería del Panorama, me esplicaron la causa de aquel terror pánico, que se habia apoderado de la multitud, á la cual daba una carga en este momento un escuadron de lanceros. ¿No habeis visto nunca, señoras, una carga dada por lanceros?

—Jamás, digeron á la vez las dos señoras.

—¡Oh! es un cuadro horroroso, os lo aseguro. Figuraos, señoras, á una legion de demonios corriendo en fila al gran trote de sus caballos, asestando á derecha é izquierda, por delante y por detrás sus formidables lanzas con sus puntas de hierro de diez y ocho pulgadas de longitud, y tendreis una idea de lo que es una carga de lanceros. Os ruego que no me tengais por cobarde; pero os confesaré con ingenuidad que en este momento participé de la impresion desagradable que la llegada de aquellos señores habia producido en el populacho. Apenas tuve tiempo de saltar una pequeña barrera que habian colocado en el borde de la acera, y arrojarme hácia el portal de una casa, cuyas puertas por desgracia encontré todas cerradas. Jamás olvidaré la figura de uno de aquellos condenados que me pasó por junto á la cara la punta de una lanza, capaz de atravesar con ella á seis hombres á la vez. Debo confesar que en este momento experimenté una conmocion indecible; los ajinns habian ya pasado.....

—Los..... qué? interrumpió la señorita de Corandeuil poco familiarizada con los orientales.

—Perdonadme, señora; esto es una reminiscencia. Los lanceros habian ya pasado, y descendian como una avalancha la pendiente

que hace la calle junto á la puerta de S. Dionisio uno de ellos que se habia quedado rezagado como á unos cien pasos de los otros, galopaba aparentemente apoyado en sus estribos, y haciendo el molinete con su formidable lanza. De repente sonó un tiro, el lancero se balanceó un momento en la silla inclinándose sobre el cuello de su caballo que continuó galopando: á los pocos pasos se torció su cuerpo, y cayó á tierra de cabeza quedando sujeto por un pie en el estribo; de modo que como el caballo no dejaba de correr, arrastró largo trecho tanto al pobre soldado como á la lanza que llevaba sujeta al brazo con una correa.

—¡Dios mio, eso es horrible! esclamó Clemencia conmovida.

Satisfecho del efecto que producia la narracion, se repantigó de nuevo Marillac en su sillon, y continuó con serenidad.

—Yo miraba á todas las buhardillas y á los respiraderos de las cuevas, para descubrir de donde habia salido aquel tiro, cuando al dirigir mi vista hácia todas partes con la mayor atencion, ví un poco de humo que salia por entre las persianas del balcon del entresuelo cerradas desde la llegada de los lanceros.....—Voto á..... perdonad, señoras; ¡Dios poderoso! esclamé yo, será el viejo de la bata de seda gris que se estará divirtiendo en cazar lanceros, como si fuesen conejos?—Volvieron á abrirse las persianas, y volvió á aparecer mi hombre, el cual asomándose al balcon estuvo mirando con cara risueña durante algunos instantes el lado por donde se habia alejado el caballo arrastrando el cuerpo del infeliz lancero, y volviéndose á sentar en seguida, continuó tranquilamente su desayuno.

—Ved ahí la manera infame con que fué asesinada la guardia real por los héroes de vuestras gloriosas jornadas! esclamó con indignacion la señorita de Corandeuil.

—Pasada la carga, el populacho se habia enfurecido doblemente, y las barricadas se multiplicaban con una rapidez increible. Dos precisamente habian colocado en la parte del baluarte, donde yo me hallaba. De repente ví saltar por encima de la primera un jóven á caballo, en cuyo sombrero flotaba un penacho de plumas de gallo blancas y encarnadas, cuya divisa me hizo conocer que era un ayudante del estado mayor, que llevaba alguna órden importante. En medio de los insultos de aquellas turbas, de las piedras que le tiraban, de los palos que lanzaban á las piernas de su caballo, continuaba su marcha sin desnudar su sable con la cabeza erguida y la mayor tranquilidad. Al llegar á la segunda barricada, detuvo un momento su caballo como para consultar si podia ó no saltarla como á la primera, cuando ví que cerraban otra vez las persianas del entresuelo.—¡Ah viejo maldito! esclamé; pero el ruido del tiro ahogó mi voz, el caballo que acababa de saltar rodaba ya por el suelo, sin que los esfuerzos de su

amo bastasen á levantarlo; la bala le habia atravesado la cabeza.

—Ese era el pobre Fidel que yo habia regalado á tu marido, dijo la señorita de Corandeuil, cuyo sentimentalismo se daba á conocer siempre hasta en los nombres con que bautizaba á los animales.

—Y merecia su nombre, señorita, porque el desgraciado pagó por su señor, á quien sin duda habian dirigido el golpe. Un número considerable de esas figuras atroces que vomita la tierra en dias de revolucion, se precipitó gritando sobre el pobre oficial.

(Se continuará.)

MEMORIAS

PARA ESCRIBIR LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

DE LOS SIETE PRIMEROS AÑOS

DEL REINADO DE ISABEL II,

POR EL MARQUÉS DE MIRAFLORES.

No es frecuente en España que los hombres que toman una parte principal en los negocios públicos escriban sus memorias, refiriendo menudamente aquellos sucesos en que han intervenido, é ilustrando la historia de su siglo con la revelacion de ciertos hechos, al parecer pequeños, que no suelen hacerse públicos en el tiempo en que pasan, y sin embargo son indispensables para comprender y explicar otros de mas bulto y trascendencia. En otros paises, y particularmente en Francia, era costumbre que casi todos los personajes de grande influjo en el gobierno y en el estado escribiesen esta especie de libros, llenos de pormenores curiosos y de anécdotas interesantes, sobre los personajes y sucesos de su tiempo, y en los cuales ha hallado despues el historiador material abundante para sus escritos. Gracias á estas obras se conocen hoy tan bien los reinados de Luis XIV y Luis XV, y á no ser por ellas ignoraríamos muchos hechos interesantes de la revolucion y del imperio. Pero ahora se publica menor número de estos libros, sea porque las biografías han venido á reemplazarlos, ó porque han llegado

á creerse menos precisos hoy que cuando la sujecion de la prensa impedia la publicacion de ciertos sucesos contemporáneos, ó por una y otra causa á la vez, como nosotros creemos. En aquellos tiempos en que solamente en la cámara de los reyes se decidia de los destinos de los pueblos, y en que no pisaban los palacios de los monarcas sino sus cortesanos y servidumbre, solo estas personas podian escribir la historia contemporánea, porque ellas únicamente estaban enteradas de aquellos sucesos políticos que por su carácter y naturaleza no podian pasar ante el público. Mas despues que la institucion del gobierno representativo ha puesto en contacto necesario al monarca con sus súbditos, dando á estos una parte en el gobierno; despues que los reyes han abierto al pueblo las puertas de sus palacios, y los actos de la gobernacion han caido bajo la jurisdiccion de la imprenta y de las asambleas populares, el material de la historia se ha hecho patrimonio de todos, y las memorias han venido á ser menos necesarias. No decimos por esto que sean completamente inútiles, y que queramos por tanto proscribirlas, pues quedan todavía multitud de sucesos históricos que suelen pasar entre pocas personas, de los cuales ellas únicamente suelen estar enteradas, y que si bien deben quedar secretos en el tiempo en que ocurren, importa su publicidad cuando ha cesado el motivo de su reserva. A este género pertenecen las negociaciones diplomáticas, y otros hechos de la gobernacion, que aun bajo el régimen representativo exigen el mayor secreto, y los cuales son sin embargo una parte muy importante de la historia. De aquí la necesidad de las memorias, con la única diferencia de que si antes eran ellas casi toda la historia, ahora no son sino una de sus principales partes.

Nuestra literatura contemporánea carece mucho de esta especie de libros: no solamente está por hacer la historia de los sucesos ocurridos en España despues de la guerra de la independencia, sino que los materiales para ella que han sido publicados hasta ahora en varios escritos sueltos y do-

cumentos son insuficientes. La época desde 1814 á 1820 no ha hallado todavía ningun cronista digno verdaderamente de este nombre: la constitucional que termina en 1823 es mucho mas conocida, gracias al Sr. Marqués de Miraflores, cuyas memorias para la historia de aquel tiempo, si bien no son completas, abrazan los sucesos mas importantes de ella. Del último período de la vida del rey Fernando no hay tampoco sino alguna relacion tan parcial como incompleta, y aunque sobre los siete primeros años del reinado de Isabel II se han publicado multitud de folletos y relaciones interesantes, queda todavía mucho que saber al historiador concienzudo de esta época fecundísima.

El Sr. Marqués de Miraflores, publicando la obra cuyo título encabeza este artículo, ha hecho á la historia contemporánea un servicio eminente. Ministro plenipotenciario de S. M. C. en Londres en 1834, embajador extraordinario en París y Londres en 1838, 1839 y 1840; prócer y senador en las épocas desde 1834 á 1841, y persona además influyente por su elevada posicion, relaciones y talentos en los negocios del Estado, bien podia suministrar á la historia de los primeros años de este reinado materiales preciosos con que enriquecerla y pormenores interesantes con que explicarla. ¿Lo ha hecho así el autor de las MEMORIAS? ¿Durará su libro como digno de ser consultado en todo tiempo, ó pasará como otros tantos, que no teniendo otro mérito que el que les dan las circunstancias, su boga es pasajera y su reputacion momentánea? Si el Sr. Marqués de Miraflores se hubiera propuesto escribir la historia de la época á que se refiere, diríamos que su libro era incompleto; pero como su objeto no ha sido otro que el que indica su título, á saber, escribir la relacion de aquellos sucesos en que él mismo ha sido parte, preciso es reconocer que lo ha llenado cumplidamente. Como estos sucesos han sido muchos, y los principales de la época contemporánea, su obra es interesante al presente; y como la relacion que hace de ellos es imparcial, concienzuda, completa, vivirá y será consulta-

da en lo futuro por cuantos deseen estudiar en sus fuentes la historia del reinado de Isabel II. Vamos á exponer á nuestros lectores las relaciones mas interesantes de estas MEMORIAS, seguros de que hallarán en ellas muchos hechos curiosos y hasta ahora desconocidos, aunque han pasado á nuestra vista y en estos últimos años.

Comienza el autor su narracion desde la muerte del último monarca, explica el orígen y desarrollo del partido carlista, expone el sistema político del ministro Zea Bermudez, y manifiesta las razones de su oposicion á este gabinete. «Aquel sistema, dice, era á la sazon imposible. Para ejercer un poder absoluto en el siglo XIX eran de todo punto insuficientes una reina menor de edad, y la regencia de una mujer: nadie podia llenar el vacío que dejó Fernando VII sino un hombre salido de familia de reyes, ó que derivase su fuerza de su espada, y ninguna persona en España reunia estas circunstancias indispensables.» Reproducimos nuestra opinion sobre aquel ministerio que consignamos en otro escrito. Las columnas, digámoslo así, del absolutismo, eran los secuaces mas decididos y ardientes de la causa de D. Carlos. Urdíase en secreto una conspiracion vastísima, cuyos elementos crecian diariamente, y contra la cual era preciso oponer otra fuerza activa y emprendedora, como lo era el partido liberal en los primeros momentos de su triunfo, y despues de diez años de servidumbre. Tal vez el resultado de esta política debia ser una revolucion devastadora, como lo ha sido en efecto; pero hay males necesarios en la sociedad, contra los cuales nada pueden la voluntad ni la prevision humanas. Era tal el estado de las cosas á la muerte del rey, que la revolucion era inevitable: si el gobierno llamaba á los liberales en su apoyo, como lo hizo, ponia en pugna á la revolucion con el absolutismo, resultando de su lucha el triunfo de aquel de los dos contendientes que mejor habia conservado sus fuerzas, es decir, de la revolucion. Si, por el contrario, hubiera subido al trono D. Carlos, la revolucion se habría presentado como

agresora derribándole al cabo del solio, porque si Fernando VII pudo sostenerse en él, fué porque nadie le disputó su derecho defendiéndole así los apostólicos como los realistas moderados, cosa que no habia de suceder á D. Carlos, y para eso contaba los años de su reinado por el número de conspiraciones fraguadas contra su soberanía. Así pues, el absolutismo de D. Carlos y el de Doña Isabel II eran igualmente imposibles: solamente la revolucion era necesaria.

De lo dicho se inferirá que disentimos un tanto del autor de las MEMORIAS, cuando asegura que el sistema de reformas administrativas emprendido entonces por el ministro de Fomento D. Javier de Burgos y unas Cortes convocadas á tiempo y constituidas de tal manera que no arguyesen una variacion en la forma del gobierno, habrian quizá salvado al pais de los trastornos de la revolucion y de los estragos de la guerra. Muchos pensaron de la misma manera el año de 1833; pero despues han reconocido su yerro. Convocar Cortes era en el concepto de todos los partidos una variacion importantísima en el régimen de la monarquía, y por mas que los ministros dijesen lo contrario, una continuacion de la época contitucional de 1823. Los hechos hablan: el Sr. Martinez de la Rosa protestó mil veces que su gobierno y la nueva era política no procedian ni buscaban sus antecedentes en los tiempos de la constitucion de 1812, y sin embargo los liberales se obstinaron en creer lo contrario, y los realistas le hicieron la guerra con el mismo encarnizamiento que cuando fué ministro bajo el régimen de aquella constitucion.

No se engañan menos los que imaginan que si Burgos hubiera tenido tiempo de llevar á cabo su sistéma, habria impedido la revolucion, pues por buenas y necesarias que fuesen las reformas administrativas, por noble y elevado que fuese el propósito del Sr. Cea de sobreponerse á todos los partidos sin hacerse forzosamente el eco de ninguno, las reformas en la administracion habian de traer por necesidad las reformas políticas; y mandar sobre todos los partidos es

cosa que no pueden hacerla sino los gobiernos que son mas fuertes que todos y cada uno de ellos: sistema imposible durante la minoridad de un rey, en los principios de una regencia, y cuando eran tan contestados los derechos de la augusta huérfana que ocupaba el solio. Así crecian por momentos los obstáculos contra el ministerio Cea. Teníanle mala voluntad los realistas puros á causa de las reformas que planteaba y de su predileccion hácia el partido liberal: odiábanle los apostólicos por servir á una reina que consideraban sin derecho al trono; y los mismos liberales le miraban con despego y le censuraban agriamente por su obstinacion en conservar la forma antigua de gobierno. Resultaba de aquí que este ministerio no solamente carecia del apoyo de la opinion pública, tan necesario en las contiendas civiles, sino hasta de la cooperacion de los funcionarios públicos sus servidores, pues en cualquier partido que los buscára no veia sino enemigos ó personas indiferentes cuando menos. Convenimos pues con el Sr. Marqués de Miraflores en que el sistéma político del Sr. Cea era insuficiente para impedir la revolucion y acabar con la guerra civil; pero tambien dudamos que el suyo condujese á este resultado. España estaba amenazada de una revolucion que era preciso reprimir ó satisfacer: lo primero no es posible sino contando con el apoyo del pais y la fuerza de los ejércitos, y ni el pais estaba bastante decidido, ni el ejército era suficiente, ocupado el que existia en perseguir á los rebeldes. Quizá habria sido posible reprimir por algun tiempo la revolucion, pero reconociendo á D. Carlos y echándose en brazos del partido apostólico: era tambien posible sofocar la rebelion, pero poniéndose á merced de los revolucionarios. Esta era la crítica posicion del trono al comenzar el año de 1834; tal el estado de las cosas cuando la reina se decidió á variar la forma de gobierno. La Providencia queria que el despotismo y la revolucion viniesen á las manos, y eran por consiguiente inútiles cuantos esfuerzos se hiciesen por impedir esta lucha. Un gobierno fuerte la hubiera evitado, pero este gobierno era enton-

ces imposible. Las Cortes de cualquier manera convocadas por el ministerio del Sr. Cea habrian dado lugar á las reformas revolucionarias como lo dieron las que se convocaron conforme al Estatuto. Así es tan digno de crítica aquel hombre de estado por la inmovilidad de que le acusa el autor de las MEMORIAS que analizamos, como los que pedian parlamento y reformas políticas mas ó menos aventuradas; ó por mejor decir, la historia hará justicia á ambas opiniones, y absolverá á los hombres que las profesaron, porque todos pugnaban por evitar una catástrofe necesaria contra la cual no podia hacer otra cosa el Gobierno que retardarla algunos meses, ó hacerla menos estrepitosa. Este fué el resultado de la promulgacion del Estatuto real, y por eso no creemos como el Sr. Marqués que este cambio de régimen fuese inoportuno. El otorgamiento de esta ley política no se debió al capricho del Sr. Martinez, sino que fué obra de la necesidad, y de la fuerza invencible de las cosas. No estaba en el arbitrio de ningun ministro escoger entre las formas de gobierno la que cuadrase mas con sus opiniones: era preciso resignarse con aquella que fuese compatible con las circunstancias, y tal era sin duda alguna la forma constitucional. Esta política era insuficiente, pero la única posible, excluida la carlista y la revolucionaria, y su resultado habia de ser el único á que dentro de este círculo debia aspirarse entonces, que era dilatar el triunfo definitivo de cualquiera de los dos sistemas que estaban en pugna, á fin de que entre tanto obrasen las causas naturales, que con el tiempo habian de llegar á excluirlos á ambos.

Cuenta el autor de estas MEMORIAS todas las negociaciones que precedieron al tratado de la cuádruple alianza, en la cual le cupo la gloria de tomar una parte muy principal como ministro plenipotenciario de España en Londres. Dirigiase su mision á procurar que el gobierno inglés tomase una parte activa en la cuestion entre D. Miguel y D. Pedro, porque refugiado D. Carlos en Portugal, se organizaba en este reino una faccion que debia proclamarle rey de España.

En su primera conferencia con lord Palmerston, á la sazon ministro de negocios extranjeros, mostróse este poco favorable á las pretensiones del gabinete de Madrid, dirigidas á proponer á la Inglaterra un tratado de alianza, segun el cual se comprometiesen ambos gobiernos á intervenir en Portugal forzando á D. Carlos y D. Miguel á abandonar la Península. Mas no desanimándose nuestro enviado por esta primera repulsa, pasó una nota al gobierno inglés con el mismo objeto, la cual, discutida largamente en el consejo de ministros, produjo el efecto apetecido, esto es, convencer al ministerio de la necesidad de hacer un tratado con España. La dificultad mas grave que ofrecia este convenio, era el designar la parte que habia de darse en él á la Francia. Creían lord Palmerston y el ministro español, que esta potencia deseaba intervenir en España á fin de asegurarse su preponderancia en la Península: cosa que queria evitar el gabinete inglés por temor de que se menoscabase la suya. Así es que aunque convinieron los dos ministros en admitir á la Francia como parte integrante del tratado, acordaron asímismo redactarlo de manera, que en ningun caso pudiese intervenir esta potencia, sino en el modo y forma que estipulasen las partes contratantes. Y el príncipe de Tayllerand, embajador entonces de Francia en Londres, no puso reparo alguno á esta restriccion importante, porque su objeto al firmar el tratado no era otro que hacer respetar en Europa el gobierno de Luis Felipe por su alianza con la Gran Bretaña. El representante español por su parte, no creyendo probable el *casus fœderis*, se proponia mas bien robustecer el trono de Isabel II con el apoyo moral de dos naciones poderosas, que combatir con armas extranjeras la causa de D. Carlos. Así explica el autor por qué no fué mas explícito el tratado de la cuádruple alianza, en cuanto á la cooperacion estipulada de la Francia, y por qué no fué mas exigente nuestro gobierno en esta negociacion.

Este tratado comenzó á tener efecto por parte de Inglaterra, cuando arrojado D. Carlos de Portugal, fué á re-

fugiarse á Portmousth. Nombró en efecto el gobierno de esta nacion un comisionado para que en union con el representante de España persuadiesen al pretendiente á firmar un convenio, segun el cual se le aseguraba á este príncipe una renta de 30.000 libras esterlinas con la condicion de no volver á perturbar el reposo de la península. El rey de la Gran Bretaña mandó tambien decirle que si desechaba las ofertas del ministro español, y queria establecerse en sus dominios, no podría recibirle ni conservar con él relaciones amistosas. Mas la repentina fuga de D. Carlos frustró el objeto de estas negociaciones. El espíritu de partido acusó entonces de complicidad en este suceso á los gobiernos de Inglaterra y Francia. Dió tambien motivo á sérias reclamaciones por parte de nuestro representante en Londres, el embarque en Lisboa para Hamburgo de 240 carlistas del séquito del pretendiente, verificado con la intervencion del enviado de la Gran Bretaña en aquella corte; mas tambien dieron ocasion estos dos sucesos á los artículos adicionales al tratado del 22 de abril, por los cuales se estipuló la parte que correspondia á cada potencia en su cumplimiento. La Inglaterra ofreció su cooperacion naval: la Francia prometió guardar sus fronteras para impedir que los rebeldes recibiesen auxilios, y si no contrajo esta potencia mayores compromisos, fué porque todavía se conservaba en Inglaterra la idea equivocada de que el gobierno francés desearía en la primera ocasion de intervenir en España.

Este caso llegó desgraciadamente en 1835, cuando de resultas de los descalabros que padecieron las tropas de la reina, siendo ministro de la guerra y general en jefe Don Gerónimo Valdés, acordó el gobierno pedir á Francia su intervencion. El autor de las MEMORIAS refiere las negociaciones que mediaron con este motivo entre los gabinetes de Londres y París, y explica en nuestro concepto con bastante juicio la causa de haberse negado la Inglaterra y la Francia á prestar su cooperacion. Apenas se habló en España de este importante asunto, algunos agentes diplomá-

ticos que habian quedado en Madrid como encargados de la correspondencia de sus respectivas cortes, avisaron á sus gobiernos, é instaron á los encargados de los negocios de sus naciones en París á fin de que se opusiesen á este proyecto. Temeroso el gabinete francés de incurrir en el desagrado de las potencias del Norte, se limitó á preguntar al gobierno británico si creia llegado el *casus fœderis*, y si en el caso de intervenir en los asuntos de España respondería *in solidum* la Inglaterra de las consecuencias de este paso. Gobernaba entonces en el reino unido el ministerio Melbourne, con escasísima mayoría en las cámaras, y no con el cordial beneplácito del rey que simpatizaba más con los toryes, enemigos declarados de este gabinete. Así es, que temeroso de la oposicion que favorecia á D. Carlos, y queriendo captarse la benevolencia del rey, contestó Melbourne al gobierno francés que ni consideraba llegado el *casus fœderis*, ni respondia *in solidum* de las consecuencias de la intervencion. La Francia entonces se negó á prestarla, disipándose así la esperanza que habia concebido de obtenerla el gobierno español.

Como el objeto del libro que analizamos no es, segun hemos dicho, referir toda la historia contemporánea, su autor pasa ligeramente sobre los sucesos en que no ha tenido parte, narrando con escrupulosidad aquellos en que intervino. Hállanse en este caso las negociaciones que entabló con los principales banqueros de París y Londres para proporcionar recursos á nuestro exhausto erario, durante el ministerio del Sr. Martinez de la Rosa; el contrato de Frias y Alduncle con el baron de Rotschild, y el empréstito de Ardoin. Habla someramente del ministerio del Sr. Mendizabal, de la política del gabinete inglés durante este mismo ministerio respecto á España: de la formacion de las legiones auxiliares y de la revolucion de 1836. La narracion del motin de la Granja abunda en pormenores interesantes, no publicados hasta hoy, entre los cuales es muy notable la contestacion que dieron á la reina el ministro de

Inglaterra Mr. Williers y el agente francés Bois le Conte, cuando fueron consultados sobre las insolentes pretensiones de los sargentos cabezas del motin. Dijeron aquellos diplomáticos «que á ser dueña la Gobernadora de escoger entre su sumision á las exigencias de una soldadesca brutal, ó la abdicacion de su hija, debia hacerla bajar digna y decorosamente del trono, antes que consentir que este trono mismo fuese cubierto de inmundicia y de sangre. Pero que tratándose de optar entre la aceptacion de la constitucion y la muerte de la reina viuda y de sus hijas, la eleccion no podia ser dudosa, sobre todo cuando ni aun el asesinato de las tres princesas impediría el restablecimiento de la constitucion, adoptada como la enseña del partido que tan estrepitosamente acababa de pronunciarse. Añadieron, que habiendo á virtud de estas consideraciones restablecido ya la Reina el imperio de la constitucion, era preciso que se resignase á todas las consecuencias de aquel primer acto, y sancionase lo que los revoltosos creyesen indispensable para completarlo. Insistieron sobre todo en que una resistencia mas ó menos enérjica de parte de la Gobernadora provocaría de parte de los rebeldes desaciertos de mas ó menos monta, los cuales obligarían á la Francia y á la Inglaterra á retirar su apoyo á la España aumentando así la fuerza de los carlistas, y disminuyendo las probabilidades del triunfo definitivo de la causa de la Reina.»

Refiere luego el autor otro incidente notable de aquel asqueroso motin. «Satisfechas despues de media noche, dice, todas las exigencias de los sargentos del sitio, iba aquel ministro (Mendez Vigo) á salir para Madrid, cuando llegó un correo despachado de esta capital por Isturiz. Apoderáronse del pliego los revoltosos, y exigieron que Vigo les acompañase á palacio para enterarse allí de su contenido. Mas á pesar de la altanería con que se hizo á la reina esta nueva intimacion, ella rehusó abrirlo, y mandó á su ministro que lo abriese. Un músico del 4.º regimiento puso fin á este indecente debate, haciendo pedazos el pliego; mas los

sargentos y cabos reunidos en el salon se opusieron á que el ministro marchase á Madrid mientras no se supiese haberse jurado allí la constitucion. Y como á pesar de habérseles leido de nuevo los decretos, manifestasen desconfianza de su ejecucion y aun de la lealtad de los adjuntos que debian acompañar á Vigo, propuso la reina que se nombráran otros, é indicó particularmente al sargento García. Escusóse este, pronunciando en tono compungido las siguientes palabras, que debe conservar la historia. *Despues que yo he sido el que he hecho la revolucion (pues ya se puede decir) no se fian de mi, porque dicen que estoy de complot con V. M. para engañarlos:* y abatido sollozando se dejó caer sobre un sillon, mientras que se hallaban de pié todos los circunstantes empezando por la Reina misma.... El nuevo carácter con que se anunciaba García, obligó á la Reina á defenderse del cargo que se le hacia de querer engañar de acuerdo con él á los sublevados; pero interrumpiéndola uno de los provinciales sostuvo la acusacion, alegando no habérsele dado la cruz de Mendigorría que decia pertenecerle. El ministro Vigo cortó estas humillantes recriminaciones, é induciendo á todos á retirarse á las dos de la madrugada del 10, pudo al fin salir para Madrid.»

Mas adelante explica el autor la conducta del gobierno francés respecto á España, fundándose en consideraciones de mucha fuerza. «La verdadera importancia de los actos diplomáticos, dice, consiste en satisfacer las necesidades del momento en que se firman, y su cumplimiento queda siempre á merced del mas fuerte, que explota en su beneficio las eventualidades ocurridas en el transcurso del tiempo. Así que la fecha en que los tratados se hacen, explica mas que nada su verdadera clave: mas esto no basta para asegurar su sincero y leal cumplimiento. Ya he dicho antes de ahora cual era la situacion del gobierno francés en 22 de abril de 1834, y cual fué la línea de conducta seguida en aquellos momentos por su embajador el príncipe de Talleyrand. Mas la segunda aplicacion, pues la primera fué

verdaderamente la estipulacion de los artículos adicionales del 18 de agosto de 1834, se pidió en junio de 1835, se volvió á pedir en setiembre, y se insistió en ella en agosto de 1836; y en todas estas fechas ya la situacion del gobierno francés era muy otra que en abril de 1834, y aun que en agosto. La tranquilidad de la Francia se iba consolidando de dia en dia á la par con sus instituciones. La dinastía de julio mirada por la Europa entonces con recelosa desconfianza, se empezaba á reputar, sobre todo en Berlin y en Viena, como sola posible en Francia, y como el solo dique capaz de contener las ideas revolucionarias á que oponia un muro de bronce la habilidad y talento del monarca francés. Bourmont habia desaparecido de Portugal, y cada dia el partido legitimista se desvirtuaba y anulaba habiendo abortado todas las tentativas de la duquesa de Berry y sus secuaces, al paso que contenidos por la fuerte mano de la administracion los manejos de los revolucionarios auxiliados por las sociedades secretas, principalmente por la de los derechos del hombre que habia absorvido todas las otras, como por las intrigas del aparecido Luis XVII y los ataques destemplados de la prensa. Una nueva línea de política amistosa con Austria y Prusia era tan posible entonces al gabinete francés como imposible en abril y agosto de 1834. En tal situacion el tratado de la cuádruple alianza era un obstáculo para los que en esta nueva línea veian ventajas para la Francia mil veces mas efectivas que las que pudiera reportarle la alianza y la cooperacion en favor de la España, la cual debia hasta ser mirada como un obstáculo para acercarse á las grandes potencias, tanto mas cuanto que la Rusia, la Holanda, Nápoles y Cerdeña auxiliaban ya eficazmente y con poco recato á D. Carlos; y si á esto se añade la eficacia con que las potencias de Ultra-Rhin procuraban por cuantos medios estaban á su alcance influir ya en Londres, ya en París para desvirtuar la alianza anglo-francesa que tanto les estremecia, y tanto podia comprometer un dia el equilibrio europeo, tendremos la verdadera explicacion del enig-

ma que ofrecería la historia sin esta aplicacion al recordar que el rey de los franceses se apresurase en fin de 1833, á la muerte del rey Fernando, á reconocer á la reina su hija, y ofrecerla cooperacion y auxilio, en 1834 su embajador en Londres se afanase por ser parte integrante del cuádruple tratado, y en 1836 esquivase su cumplimiento, y procurase no comprometer las buenas relaciones de las potencias europeas: no es pues de extrañar la conducta del ministerio francés, cuyo deber era, como el de todos los gobiernos, anteponer los intereses franceses á los de todos los demas. Veia en la nueva línea de conducta favorecidos sus intereses peculiares, y en tal caso por mas que un tratado solemne le impusiera obligaciones, no debia extrañarse pensara en eludirlas con argumentos mas ingeniosos que sólidos, tratando de adoptar como establecido el principio absurdo de que el tratado de 22 de abril no imponia al gobierno francés mas obligacion que la guarda de sus fronteras en observancia del artículo 1.º adicional, sin pensar siquiera que la Francia debia tener, y tenia en efecto por el tratado de abril, no solo las nuevas obligaciones contenidas en los artículos adicionales, sino las contraidas anteriormente. El juicio irrecusable del conde de Molé, jefe de los anti-cooperadores franceses, lo fijó, y dijo bien en las cámaras siendo ministro de relaciones exteriores, y presidente del consejo «que los artículos adicionales al tratado habian sido una primera aplicacion del artículo 4.º del tratado primitivo.» A la verdad, la Francia no solo tenia la obligacion que la impuso el artículo 1º. adicional, segun se quiso decir, sino que tenia obligacion que habia contraido en el artículo 4.º del tratado primitivo. Si esto no hubiese sido, aparecería un absurdo, pues que resultaria no habia contraido ninguna en aquel tratado. La cosa es tan evidente como que los artículos adicionales se firmaron el 18 de agosto de 1834, y el tratado primitivo el 22 de abril, es decir, cuatro meses despues; luego si no contrajo la Francia ninguna obligacion hasta el 18 de agosto ¿como y para qué

figurabo como parte integrante en el tratado primitivo firmado en 22 de abril?»

Otras cuestiones de grande importancia se tratan tambien en este libro que no podemos dejar de apuntar. ¿Qué influjo tuvo la revolucion de la Granja sobre la política que siguió desde entonces respecto á España el gobierno francés? ¿Hasta qué punto ha protegido este Gobierno al partido moderado español? A la primera cuestion responde el señor marqués de Miraflores, que si bien habia ya el Sr. Thiers presentado su dimision cuando llegó á Paris la noticia del motin de la Granja, el rey esperó para admitírsela al desenlace de los sucesos de España, los cuales sirvieron de razon ó pretexto á los adversarios de aquel ministro para sostener que debia abandonarse la cuestion española, y disolver la nueva legion que se estaba formando para venir en nuestro auxilio. En cuanto á la predileccion de la Francia hacia el partido moderado, los hechos hablan mas que las reclamaciones. Todo lo que pidieron á aquel gobierno Martinez de la Rosa y Toreno les fué negado: tampoco se le concedió nada á Isturiz, á pesar de ser ministro á la sazon Thiers, el amigo mas sincero de la España; y Olózaga no recibió del otro lado del Pirineo ninguna especie de auxilio que no hubiese sido otorgado antes á Calatrava.

Consta detenidamente el Sr. marqués de Miraflores las negociaciones entabladas en 1839 en Alemania, por conducto de los señores Cea Bermudez y Marliani. Era el objeto de esta negociacion proponer al archiduque Cárlos de Austria los esponsales de su hijo con la reina Isabel, y aun ofrecen al mismo archiduque que la reina Gobernadora partiria con él el cargo de la regencia. Sin duda el ministerio pensó hallar de esta manera un auxiliar poderoso en la cuestion de sucesion, vengándose al mismo tiempo de la Francia por su tibieza respecto á España. Mas el príncipe de Metternich, siempre circunspecto y enemigo de empresas aventuradas, no podia aceptar el riesgo evidente de la enemistad de Francia, por las ventajas dudosas que le ofrecian

los negociadores. Llegados estos á Berlin, comenzaron por tratar del reconocimiento de la reina, como cuestion preliminar de las ulteriores, y al efecto publicaron un folleto, dirigido á probar el derecho incontestable de Isabel II á la corona de España. Produjo grande efecto este escrito en toda Alemania, cambiando la opinion de algunas universidades, que tratando la cuestion de España como punto de derecho público, y no teniendo bastantes datos para resolverla, se habian decidido por D. Carlos.

Marliani escribió un Memorandum, en que dejando á un lado la cuestion de derecho, demostró la conveniencia que hallaría la Alemania en arrancar á España de la influencia francesa, no solamente para librarla del contagio horrible de las revoluciones, sino para crear una fuerza capáz de hacer menos fáciles y mas peligrosos para Francia sus desbordamientos hácia el Rhin. Es muy notable este escrito. Los párrafos que de él insertan las MEMORIAS, van todos encaminados á demostrar los peligros que correría la Europa, si las armas francesas interviniesen en España. El Sr. Marliani hubo de lograr en parte el efecto que apetecia; pues el partido antifrancés prusiano, al cual iba principalmente dirigido el Memorandum, se decidió en favor del reconocimiento de nuestra Reina. Los agentes españoles excitaron tambien al ministro de Inglaterra en Berlin, á que pidiese dicho reconocimiento; pero antes que este se verificase contestó el gobieno de Prusia. «No nos den VV. tanta prisa si quieren que accedamos á sus deseos: escribirémos á Viena.» En tal estado vino Marliani á Londres para solicitar que el gobierno británico interpusiere su mediacion con el de Prusia, y aunque la consiguió de lord Palmerston, fué renunciando al proyecto de esponsales, contra el cual protestó el gabinete francés apenas llegó á su noticia. Volvió Marliani á Berlin, y de allí se trasladó á Viena en compañía del señor Cea; pero como el gobierno austriaco no quisiese entonces abordar la cuestion de España, mandó salir al primero de la capital so pretesto de estar en el índice de la poli-

cía desde el año de 1821 como complicado en la revolucion del Piamonte. Cea tuvo sin embargo dos conferencias con el príncipe de Metternich, el cual se vió precisado á decirle en la última en términos muy amables y corteses que dejára á Viena, porque su presencia era un verdadero embarazo para el gobierno. Así abortó aquella negociacion irregular, poco meditada por parte del gobierno, y no siempre bien conducida por los que de ella se encargaron. Un bien tan solo hicieron á España los dos negociadores, y fué contribuir á que fuese conocida en Alemania la legitimidad de la reina Isabel.

El segundo tomo de estas memorias contiene una historia tan completa como imparcial del convenio de Vergara. Abundan en él documentos inéditos hasta ahora y pormenores curiosísimos, que trasmitiríamos á nuestros lectores, si nos lo permitieran los límites de este escrito. Hase disputado mucho sobre quien contribuyó mas eficazmente á aquella transaccion famosa: unos se la atribuyen á Espartero, otros á Maroto: aquellos á lord John Hay, comandante de las fuerzas navales inglesas en las costas de Cantabria: estos al diestrísimo agente Aviraneta: pero de la relacion del Sr. Marqués de Miraflores resulta que todos contribuyeron á aquella obra magnánima, sin que ninguno pueda atribuirse exclusivamente su gloria. El convenio de Vergara vino á ser necesario como efecto indispensable de la situacion del partido carlista, de los extragos de la guerra, del cansancio de los pueblos y de la fuerza irresistible del siglo. La causa de la inquisicion y de D. Carlos no podia triunfar despues de siete años de guerra, y cuando sus partidarios, habiendo casi perdido la fé en sus propias opiniones, no tenian otra cosa que conservar sino sus intereses: y como estos no eran de todo punto incompatibles con el triunfo del bando contrario, la lucha debia cesar en el momento en que dichos intereses lograsen avenirse.

Refiere despues el autor los sucesos posteriores al convenio de Vergara: las negociaciones seguidas por él mismo co-

mo embajador extraordinario en París, sobre asegurar la persona de D. Carlos: las que entabló con la corte de Cerdeña, y en virtud de las cuales quedó estipulada la neutralidad de esta nacion y sus instancias con el legado de su Santidad en París para que se admitiese en Roma á un nuevo encargado de la correspondencia de España. Son tambien muy importantes los hechos y documentos que publica sobre sus negociaciones para hacer con los carlistas del Principado un convenio semejante al de Vergára; la oposicion que hicieron á este proyecto el general Espartero y sus amigos, y sus comunicaciones al gobierno sobre las providencias que en aquellas circunstancias debian adoptarse para afianzar la tranquilidad del reino. Cuenta tambien el autor la entrada de D. Carlos en Bourges, su conducta en esta ciudad, sus proyectos de fuga á Alemania, las nuevas maquinaciones del partido carlista, y las intrigas empleadas por los amigos indiscretos del infante D. Francisco para apoyar el matrimonio de uno de sus hijos con la reina.

El último suceso que figura en estas MEMORIAS es el pronunciamiento de Setiembre y la abdicacion de la reina regente. Esta parte de la obra es tambien riquísima en datos y documentos, y no escasa en reflexiones juiciosas. En ella pueden estudiarse los planes del partido revolucionario desde el convenio glorioso que puso término á la guerra; la alianza de este partido con el cuartel general de Espartero para destruir el sistema de gobierno vigente á la sazon; y la parte que tuvo en esta catástrofe cada una de las personas que entonces influian en los negocios públicos. Quienes por maldad, quienes por imprevision, pocos hubo que no contribuyeran á la desdicha de una madre amorosa, al desamparo de una reina niña, y al triunfo de un general sedicioso.

Tal es el libro del Sr. marqués de Miraflores: el lector juzgará por lo que llevamos dicho de su importancia y mérito, á pesar de que nuestro análisis ha sido tan sumario como lo permite la naturaleza de este artículo. Aunque escri-

to sin pretensiones literarias, esto es, con sencillez y llaneza, como conviene á este género de obras, lo está sin embargo con correccion. Así es que á la importancia del asunto corresponde su desempeño: y aunque no convenimos con el autor en algunos de sus juicios; y advertimos en su narracion algunas omisiones y redundancias, lo hemos leido con grande interés y gusto. La historia contemporánea ha ganado considerablemente con la publicacion de estas MEMORIAS, y el autor ha hecho á su pais un nuevo servicio tras los muchos que le ha prestado anteriormente como alto funcionario público.

F. C.

DEL ESTADO ACTUAL DE LAS BELLAS ARTES en España.

VIII.

ESCULTURA.

Contando España en los siglos XV y XVI con tantos elementos de poder político, de cultura, de grandeza y de desenvolvimiento social, no podia dejar de abrir su seno á todos los gérmenes de gloria que la civilizacion habia extendido por las principales cortes de Europa. El carácter de esta nacion, esencialmente poético y religioso, exaltado aun con las recientes victorias obtenidas en la sangrienta lucha contra los sectarios de Mahoma, apresurábase á construir templos suntuosos en los sitios que habian hecho mas notables los heróicos hechos de sus hijos, á la manera que se elevaban arcos de triunfo en los tiempos memorables de la antigua Roma. Muy favorable era este estado para acojer y hacer prosperar las producciones de los artistas: así que aquella fué la época mas espléndida de la escultura española. Las fachadas de piedra de los edificios, así como el bronce de los altares, revestíanse de innumerables adornos, figuras y bajos relieves. Cada tumba formó un pedestal, sobre el que se le-

vantaba una estátua; no de tanta importancia por el personaje histórico que representaba, como por la delicadeza del cincel que habia sido encargado de inmortalizar su retrato. Pedíanse á los pueblos vecinos lecciones y maestros, acudiendo tallistas alemanes y plateros toscanos, los cuales dejaban modelos, que encontraban muy pronto ingeniosos imitadores. En una palabra, por espacio de dos siglos el amor al arte se fundia en el sentimiento religioso y patriótico, de suerte que cada ciudad vió nacer en su seno millares de estatuarios hábiles, sin tomarse siquiera la pena, á causa de su mucho número, de conservar siempre sus nombres. Los últimos, que acaso fueron los mas célebres, Berruguete y Cano, murieron con la gloria de haber tenido en su potente mano el triple cetro, depuesto por Miguel Angel. Desde aquella época ha ido en decadencia el arte de la estatuaria, y aun en el tiempo mismo en que los demás ramos de las bellas artes estaban todavía bastante bien representados, este daba ya tan solo de tarde en tarde algunas señales de existencia. En el siglo XVIII la escultura no podia llamarse ya un arte en la Península, siendo esto tanto mas de admirar, cuanto que se trata de un pueblo á quien seducen extraordinariamente los encantos de la forma, y que es aficionado en sumo grado al baile y á las posturas ideales.

Tampoco puede acusarse á los españoles de olvidarse de sus celebridades nacionales; pero en vano se buscaría un trozo histórico moderno que fuese digno de fijar sériamente nuestra atencion, ó una estátua que pudiese servir de tipo de gracia y de belleza. En la parte de ornamentacion, y en los bajos relieves es en donde casi únicamente puede estudiarse el genio creador de la escultura desde el tiempo que acabamos de citar, porque debo decir con franqueza que apenas puedo admitir como dignas de interés esas figuras inverosímiles á quienes recargan en las iglesias los dias festivos con muy preciosos ropajes, arreglando su tocado con pelo verdadero, peinado y perfumado con el mayor esmero.

Debo sin embargo hacer justicia al incontestable talento

de algunos hombres que han cultivado de cuarenta años á esta parte dicho arte, el menos comprendido y recompensado de todos. El que mas ha contribuido á sacarle del estado de abatimiento en que estaba sepultado, D. José Alvarez, gloria de España, rival de Cánova y de Thorwaldsen y autor del Ganimedes y del grandioso grupo de Nestor defendido por Antíloco, dejó de existir al año de 1827, y su hijo mayor, que seguia sus pasos y presentaba suma disposicion, le acompañó á la tumba al poco tiempo en la flor de sus años. Un genio adverso parece que preside en esta tierra para despojarla de sus escultores, siendo muy digna de notarse una cosa que acaso confirmará mi opinion, menos paradógica de lo que parece, tal es que los pocos artistas de que tengo noticia, nacen todos en la frontera del reino, ó son deudores de su saber al extranjero, á quien van á pedir consejos é inspiraciones. El corazon de España carece de estatuarios, sin que le sea posible formarlos, ni darles la educacion é impulso convenientes.

Nació en Barcelona Solá, jefe de la escuela española, autor de una Ceres, obra de mucho mérito, y muy notable por la gracia, la correccion de las líneas, y la delineadeza de los contornos, de la cual ha privado á España la Condesa de Sutherland; de la estátua de Cervantes, poco digna del genio inmortal que representa, y del grupo de Daoiz y Velarde. Manuel Vilar, jóven ya distinguido, del cual ví en Roma el *Centauro robando á Desenira*, grupo de excelente estilo y de muy hábil ejecucion; y tambien unos lindísimos niños ejecutados en mármol para el malogrado Sr. D. Julian de Villalva, protector de los artistas españoles, y acabados con gran morbidez de modelado, es tambien de Barcelona.

El ingenioso y asíduo jóven Vilches, que modela en el género de Pineli, entre los romanos, con facilidad escesiva y suma verdad escenas originales y graciosas de la vida andaluza, es natural de Málaga.

Igual circunstancia se observa en otros muchos originarios casi todos de Barcelona, Valencia y Málaga, la mayor

parte de los cuales se hallan actualmente en Italia, por lo cual no entraremos á analizar sus obras, obligándonos solo á hablar de los que en el dia se hallan en Madrid, y hemos visto reunidos en la última exposicion del Liceo.

El Sr. D. Sabino Medina se ha dado á conocer con una obra sumamente notable. Su Euridice recibió sinceros elogios de todos los inteligentes reunidos en aquel grandioso centro de las artes, que asegura á Roma el dictado de ciudad eterna, aun con mas justo motivo que sus recuerdos y su mision apostólica. En la creacion de esta estátua se han desplegado sin duda alguna eminentes cualidades, pues á un profundo conocimiento de los secretos del antiguo y á un gusto purgado, reúnense un modelado sencillo, aunque correcto y ámplio al mismo tiempo, unas formas de la mayor elegancia, y, principalmente, una actitud feliz que agrada bajo todos aspectos y desde todos los puntos de vista; circunstancia de sumo mérito en una figura sola y desnuda. Tal vez fuese de desear en ella un poco mas de expresion en el semblante, pues apenas se retrata el dolor en los lábios de la ninfa, al paso que su mano mas bien parece que está jugando con la serpiente que la ha mordido, que no tratando de deshacerse de ella. Bien sé que los griegos han retrocedido algunas veces ante los signos y demostraciones vivas y palpables de las sensaciones físicas; pero sin embargo, la Niobe, los hijos de Laoconte, el Marsyas y el gladiador moribundo, prueban que no hacian de ello un sistema, sabiendo caracterizar, cuando era necesario, del modo mas patético las cabezas de sus maravillosas estátuas, sin que perdiesen nada de la nobleza del estilo, ni de la armonía siempre grave del conjunto. Tambien me atrevería á observar, si no temiese caer en una crítica mezquina, que es un poco flojo el antebrazo derecho sobre el cual descansa todo el peso del cuerpo, y que la tension nerviosa que separa los dedos del pié derecho es un poquito amanerada y algo desagradable á la vista; pero para olvidar estas pequeñeces, pues no me atrevo á llamarlas faltas, basta pasar la vista por el torso y por el brazo y pierna izquierdos, los cuales,

además de su mucha correccion, son de una forma seductora. La curvatura de la espina dorsal deja notarse muy bien la armadura de los huesos, estando ejecutados, los extremos principalmente, con la mas esquisita perfeccion. Solo es de sentir en verdad que un trozo como este tan lleno de vida, de gracia y blandura, no haya sido ejecutado en mármol.

Somos demasiado exigentes con el que desde sus primeros pasos nos hace concebir tan lisonjeras esperanzas, y en cierto modo debe decirse que el Sr. Medina se ha perjudicado á sí propio dándose á conocer en la escena artística con una obra de esta especie. En efecto, de vuelta á su país, bien sea que la triste suerte reservada á los jóvenes de corazon y de talento en los dias de guerra civil hayan debilitado y comprimido su estro y su constancia, ó bien que haya sentido apagarse en sí la inspiracion, lejos de las obras del Vaticano, lo cierto es que la mayor parte de sus producciones han quedado inferiores á sus primeros ensayos. La estátua del monumento del 2 de Mayo, aunque mucho mas estudiada y de mejor estilo que las de sus colegas, carece algun tanto de carácter y nobleza. Reducido frecuentemente á emplear el patillo de modelar en la confeccion de figuras efímeras, destinadas á adornar edificios de pasta ó de carton para las fiestas públicas, ha descuidado algun tanto el estudio, dejando que se apodere la apatía de su cincel y de su imaginacion.

La estatuita de Diego Leon, si bien tiene una actitud enérjica, no está en armonía con el carácter y la fisonomía elegante y heróica del asunto; las líneas de la cabeza son de un dibujo muy poco severo, y percíbense mal los músculos bajo el pesado traje del general.

El arte del estatuario, mucho mas dispendioso aun que el del pintor, tiene una necesidad indispensable del auxilio del Gobierno, ó al menos del apoyo franco y generoso de los hombres ricos é ilustrados, sin lo cual se vé condenado á perderse en vanas é infructuosas tentativas, que necesariamente han de enervar y extinguir la enerjía del artista. Para dar nuevo impulso al talento probado del autor de la Euridice,

convendria encargarle alguna obra de consideracion, que le hiciese volver con fé la vista hácia todo lo que ha producido, y crear lo que aun tenemos derecho á esperar de él.

Acaso, aunque con un poco menos de saber que el anterior, esté destinado el Sr. de Picquer á crearse mas pronto que Medina una justa reputacion, pues naturalmente emprendedor, ejecuta con mas facilidad y franqueza que aquel. Si hay en él menos gusto, hay en cambio mas originalidad. Para su estátua ha elegido un noble y bello asunto, lo cual es una prueba del tacto que le adorna. Debe estar satisfecho de haber procurado abandonar los eternos lugares comunes, la copia servil de la naturaleza mas material, el estilo gastado y vulgar en que se arrastra despues de muchos siglos el gusto de la mayoría de los escultores, y del cual debe estar tan cansado el público como nosotros. Si no es dado á la generalidad de los artistas llegar á la perfeccion de los antiguos, ¿no es mejor sucumbir acometiendo una idea nueva, ingeniosa, poética ó religiosa, procurando incrustar un alma en sus bustos de piedra, antes que manosear sin fruto ciertos asuntos vacíos y frios, que no son de nuestra época, y no hablan mas que á los sentidos?

Al hacer su San Gerónimo, tipo eminentemente cristiano, acumulando sobre el cuerpo del ferviente anacoreta las arrugas de la vejez, la flaqueza causada por los ayunos, y el aspecto de postracion producido por las maceraciones, debería además haber procurado reproducir el Sr. Picquer el genio del dialéctico fogoso y apasionado, cuyos ardientes escritos han conmovido todo el universo. El ascetismo de la carne es únicamente lo que está bien representado; pero la cabeza carece algun tanto de nobleza; el cráneo está demasiado deprimido, y las manos y pies no dan á conocer el orígen patricio del célebre fundador de la primera órden religiosa. A semejanza de Rivera, que tan bien ha sabido representar este mismo asunto frecuentemente, debiérase no haber salido de la verdad, salvando al mismo tiempo la vulgaridad de las formas; pero en cambio debe decirse que el Santo manifiesta

muy bien que está escuchando la trompeta celeste, y que su actitud, sin ser magestuosa, tiene bastante vida y movimiento. La postura del leon es excelente, y su cabeza tiene buen estilo, aunque no puedo menos de confesar que me parece algo pequeña, y no de las mejores proporciones, al paso que la parte posterior es bastante mezquina en comparacion de la robustez del cuello.

Considerada esta obra en su conjunto, es muy buena, y manifiesta en el autor un profundo conocimiento de la anatomía, un verdadero estudio de los recursos y de las condiciones del arte, una voluntad firme, y suma facilidad de ejecucion.

La estatuita de Velazquez dá á conocer además en el señor Picquer un sentimiento profundo de buen gusto y de elegancia. La frente de aquel célebre artista revela grandes ideas; su vista es penetrante, los brazos estan bien colocados, y el traje es exacto y está además bien entendido; pero tal vez sea la capa algo pesada, lo cual dá á la figura un aspecto poco gracioso por la espalda. La favorable acogida que ha tenido esta graciosa obra del Sr. Picquer debe animarle á perseverar en su proyecto de publicar una coleccion de españoles ilustres del tamaño de la estátua de Velazquez.

Si correspondiese la correccion del dibujo á la energía de la expresion, los bustos del mismo autor serían en su mayor parte obras de un mérito muy superior; nótase en ellos una semejanza extraordinaria, y solo les falta haber sido estudiados con mas detenimiento. En los de los Sres. Barrabeu y Vega, los planos de la frente y de la cara son algun tanto defectuosos, los contornos de los ojos un poco duros, y escesivamente anchas las espaldas del último; pero deben sin embargo disculparse estas imperfecciones, teniendo en cuenta la accion enérgica de que estan dotados todos los órganos; tan gran mérito es saber dar vida y pensamiento á la materia.

No hablaré de la estátua del Sr. Perez que representa, ó el *amor divino*, ó *la fidelidad*, pues es una imitacion poco feliz de las estátuas griegas. ¿A qué haberse tomado tanto

trabajo en metamorfosear una musa pagana en una virtud cristiana, en uno de los tipos mas determinados y castos de la religion católica? El Sr. Perez ha empleado mucho mas tiempo y trabajo en estudiar con concienzudo esmero los blandos y elegantes pliegues de aquella túnica transparente, del que hubiera tal vez necesitado para buscar en su imaginacion una idea propia no menos poética, y mas en armonía con las tendencias de nuestro siglo. Una obra suya original no carecería ciertamente de encanto ni de interés, á juzgar por la delicadeza y esmero con que estan ejecutadas todas las que ha concluido. Su busto de hombre fué el mejor de la exposicion de Villa-hermosa. Los ojos, la boca y la nariz tienen un dibujo puro; y la suavidad del modelado de las mejillas y la frente, si bien es algo exajerado, no perjudica á la gravedad de aquella cabeza expresiva, que representa con tanta verdad una austera meditacion.

Tiene igualmente cosas muy buenas el busto de S. M. la Reina Isabel: la parte superior de la cara no carece de pureza en los contornos ni de delicadeza en la expresion; la boca y la barba no estan tan bien acabadas, notándose algun tanto de molicie en los músculos, al paso que sería de desear que representase un poco menos de edad. No habiendo podido probablemente el artista tener á la vista el augusto modelo todo el tiempo que hubiese deseado, ha tratado de compensar la debilidad del modelado con el prolijo esmero de los accesorios y de los ropajes, en lo cual ha estado tal vez poco acertado, pues en un busto, principalmente, debe cuidarse de que los pormenores no distraigan la vista de la contemplacion del objeto principal, que es el rostro. El Sr. Perez peca, como vemos, por el abuso de su cualidad primordial, que es el demasiado esmero. Sus obras, por lo general, estan demasiado pulimentadas y apomazadas; pero debe tenerse entendido, sin embargo, que cierta especie de aspereza que deja tras sí el palillo cuando está manejado con vigorosa franqueza en las obras tomadas del natural, no perjudica á los retratos de tierra ó yeso. La antigüedad nos ha legado

mas de un busto de mármol, que puede servir de modelo en el género, que parecen apenas bosquejados, y en los que no se ha hecho mas que desbastar ligeramente las masas; tan cierto es, que los maestros saben muy bien que se quita á la verdad una parte de su encanto tratando de macizar hasta las menores asperezas, y que por querer escabar con escesiva escrupulosidad los pormenores, se incurre á veces en una ceguedad desagradable.

¿Mas quién se atrevería á acusar á un artista por tratar de ejecutar demasiado bien sus obras? Semejante defecto, por otra parte, si es que lo fuese, sería de aquellos que inmediatamente se corrigen.

No terminaré esta ligera reseña de las obras de escultura expuestas en el palacio de Villa-hermosa, sin felicitar sinceramente á D. Vicente Camaron por su bonito ensayo en un arte que no le es familiar. Su niña dormida es una creacion muy graciosa. La postura es propia de la verdadera inocencia, y tiene aire gentil; la curvatura de las caderas es muy airosa; las piernas y los pies estan indicados con suma finura, y los pliegues del vestido tienen una ligereza que no es fácil obtener en la madera.

Bien pronto hemos llegado al término de las observaciones que sugiere el examen de la escultura en España, lo cual se concibe fácilmente puesto que es un arte que necesita de lentos y maduros conocimientos, y que no ha transcurrido aun el tiempo suficiente de paz y prosperidad para que en medio de sus beneficios hayan podido acometer los artistas los rudos trabajos de una carrera difícil, que tan pocas recompensas promete. Debo confesar al propio tiempo, que he visto, no con pequeña sorpresa, los progresos y buenos principios de los que se han dejado conducir por su generosa vocacion, entre los cuales hay algunos que no ceden á los escultores de las naciones mas florecientes. A estos últimos toca el hacer apreciar del público en su justo valor la importancia de su arte por medio de hermosas producciones, y principalmente purificar el gusto de los aprendices, que se dedican á la parte de

adornos de los edificios de arquitectura, evitando á la vista el desagradable espectáculo que le presentan esas tristes sirenas, como las que se ven en la fuente Castellana, esos grupos como el de Esculapio encima de la fachada de la Escuela de Medicina, y esos bajos relieves como el del fronton del Museo real.

Vamos á hablar ahora ligeramente del arte del cincelador, el cual es sin duda alguna de la misma familia que la escultura. ¿Quién podrá dejar de lamentarse de la triste decadencia de la platería, de ese arte en que florecieron con tanta gloria los nombres de los Casteluar y de los Arfe, que tan brillantes fases ha presentado en España por espacio de muchos siglos, y cuyas producciones han podido rivalizar con las mas suntuosas concepciones de los plateros florentinos! Por desgracia la época actual no es á propósito para verle elevarse á su antiguo esplendor, el cual fué enteramente debido á la riqueza de las corporaciones religiosas, y al generoso fervor de los hermosos tiempos del catolicismo.

Si penetramos en alguna de esas antiguas catedrales en que generaciones sucesivas han acumulado sus ofrendas, y que recuerdan todavía el grado de civilizacion de una provincia entera; y si aun nos acercamos á esas iglesias de pobre aspecto, monumentos sagrados y patrióticos de la devocion de los siglos pasados, inauguradas la mayor parte en los lugares en que se plantó el estandarte de la fé sobre las ruinas de los alcázares ó mezquitas de los moros subyugados, los encargados del templo nos harán ver desde luego con acento melancólico las preciosas obras de platería que han podido sustraerse de las sacrílegas espoliaciones de las guerras y de la codicia de los gobiernos. Apenas queda nada en España de esas magníficas custodias, verdaderos edificios de oro, plata y piedras preciosas, en las cuales la delicadeza, la perfeccion de las figuras y de los adornos hacen olvidar el considerable valor de la materia. Se han arreba-

tado por arrobas, por quintales, las cruces, vasos sagrados, candelabros y ótros mil adornos del culto. Solo Godoy ha cargado carros enteros de esas obras maestras á que se tributaba suma veneracion, y que eran la gloria de la magnífica catedral de Toledo, no habiendo faltado tampoco despues imitadores del príncipe de la Paz, que movidos por este ejemplo, sino impío, por lo menos antiartístico, han propuesto á las Cortes reducir de un solo golpe la mansion del culto al estado de sencillez primitiva de las criptas subterráneas, cuyo único adorno era el espectáculo del candor de los primeros cristianos. ¡Cuánto hubiera debido edificarnos en verdad el ver precipitar en el crisol de la moneda tantas maravillas del arte, del propio modo que vemos en el dia derrumbarse los templos mismos, sin excluir las obras mas perfectas, con respecto á la construccion, á impulso de un espíritu especulador, siendo otras veces destinados á los usos mas inmundos! Los que tanto se precian de saber enseñar el valor de los metales y el producto de los escombros, en medio de los sistemas utilitarios de su economía, han debido olvidar que el fuego que funde las reliquias robadas al culto de los altares, no purifica la creencia de las poblaciones que una vez han sido de ellas despojadas, y que cada martillazo que retumba sobre el mármol de las iglesias conmueve y relaja en la conciencia fiel de muchos hombres los principios de moralidad, que son el mas firme apoyo de los estados. No debemos ya pensar en ver revivir la época en que la mano del platero modelaba esas obras maestras de paciencia y de imaginacion, sino tratar únicamente de conservar lo que todavía existe. Preciso es confesar que el arte de otros tiempos ha venido á ser casi un oficio, y que no vemos salir, aun de los obradores de mas nombradía, sino piezas de un estilo vulgar, cuyo valor es debido únicamente al peso de la materia. El gusto del libro de oro regalado por Zaragoza al vencedor de Luchana, y la corona que ha servido de premio á los sevillanos por su noble conducta, manifiestan el triste estado del arte del cincelador en España.

Para dar un nuevo impulso á la platería de Martinez serían indispensables dos cosas: primeramente, una corte rica ó bastante suntuosa que encargase obras de importancia, y en segundo lugar, buenos dibujantes que fuesen capaces de idear formas nuevas y originales; pero careciendo de estos dos elementos, no pueden menos de ser sofocados los buenos deseos del Sr. Cabrero y de sus demás colegas por la concurrencia extranjera, á pesar de la incansable constancia de su celo, y de sus considerables sacrificios.

Por otra parte, los esfuerzos de los plateros de la mayor parte de los paises de Europa vienen á estrellarse contra los mismos obstáculos que se presentan en España. He visto mas de un cincelador inteligente que no pudiendo desenvolverse en el teatro severo del arte propiamente dicho, ha tenido que entregarse al dominio de la utilidad doméstica; pudiendo ademas citar muchos célebres escultores franceses que no han creido degradarse, dedicando sus manos á modelar tipos, *sortus*, péndulos, copas, candelabros y hasta muebles de un uso mas modesto.

Lo mismo debiera suceder en España, teniendo presente que los griegos nos han dado á conocer que el arte no debe desdeñar ninguna cosa; y que antes por el contrario debe abrazarlas todas. ¿Por qué los cinceladores y los plateros no habian de dedicarse á dar un sello especial, característico, y en cierto modo nacional, al mismo tiempo que unas formas puras y airosas, á ciertos objetos de lujo que tan propios son de las costumbres del pais, y que puede decirse que de ningun modo satisfacen á las necesidades de otros pueblos? En una tierra en que se recoge y quema tanto aceite, apenas se halla una lámpara que tenga algo de gusto y de carácter. La Italia que se encuentra próximamente en las mismas circunstancias, se resiste todo cuanto le es posible á admitir y copiar esos horribles modelos que le envia la Francia, y conserva todavía aun en los palacios, con su carácter propio y su elegancia primitiva, la lámpara de pié elevado de bronce ó plata, enriquecida

con delicados arabescos, que llevan todavía el sello histórico de los hermosos tiempos del imperio romano.

El brasero, por ejemplo, ese mueble tan popular y tan español, podia sufrir esquisitas é ingeniosas modificaciones. La forma universalmente adoptada no dudo que sea tal vez la mas cómoda, así lo dicen todas las mujeres; pero no por eso deja de ser cierto que es de una fealdad proverbial. ¿Qué inconveniente habría en tratar de darle otra distinta, que sin ser menos á propósito para el objeto á que se destina, tuviese al mismo tiempo la ventaja de agradar á la vista, y poder servir de adorno en los salones, de los cuales es preciso desterrarle durante dos terceras partes del año? Debo decir sin embargo, en honor de la verdad, que muchos han comprendido en estos últimos años la necesidad de apartarse del sistema de construccion tradicional por demasiado primitivo y mezquino para el presente siglo. Hasta ahora solo los caldereros son los que se han dedicado á trabajar por conseguir la reforma indispensable. Esta renovacion sería sin embargo de no pequeña fortuna para los artistas cinceladores, pues un hombre de talento podría hacerse célebre para siempre uniendo su nombre á alguna linda y cómoda invencion; pero hasta ahora nadie lo ha intentado. ¿Por qué no los construyen de bronce ó plata, si es que desprecian el vil metal que la naturaleza ha puesto al alcance de los proletarios, seguros de que acudirían á ellos los compradores y los elogios? pero ¿qué es lo que sucede en vez de esto? El brasero, esa herencia de la antigua monarquía, avergonzada poco á poco de su triste figura, ocúltase y desaparece. Si no acude el arte en su ayuda, al cabo de cincuenta años será ya un objeto casi imaginario, y dentro de un siglo será solo conocido su uso de algun arqueólogo ó anticuario. La prosáica aunque alegre chimenea francesa habrá destronado al brasero, así como la ignoble levita de lana ha destronado al justillo de terciopelo y de seda; y hay quien diga que seguimos la ley de la perfectibilidad?

Si á los ojos de ciertos genios estacionarios que se hallan sumamente apegados á los errores de otros tiempos, fuese un obstáculo para la mejora urgente que reclama el brasero el valor subido del nuevo metal, me parece que no podria decirse lo mismo respecto de otro mueble de pequeño tamaño, que tambien ha tenido su orígen en España desde hace muchos siglos, y cuya fisonomía nativa probablemente no ha experimentado ninguna alteracion. El objeto de que voy á hablar, es la pequeña copa llamada chufleta en Castilla, y copilla en Andalucía. ¿Por qué no se le ha ocurrido á ningun artista el dar á un objeto de tan privilegiado uso otra forma mas caprichosa y esbelta, que fuese sobre todo mas apropiada á su importante servicio? ¿Nuestra civilizacion moderna que tanto se precia de sus adelantos, habrá de verse reducida eternamente á envidiar el gusto de los turcos y de los árabes que tan bien comprenden la poesía de esos pormenores de la vida interior? No concluiría nunca si hubiera de seguir la nomenclatura de tantos muebles de un uso continuo que reclaman la mano hábil de un cincelador inteligente, siendo dignos de que consagre á ellos sus mas graves meditaciones.

IX.

El grabado es un arte de paciencia y de imitacion, que en manos de una organizacion que no está dotada de gran genio debe permanecer estacionario, por cuya razon, estando menos favorecido que la pintura y la escultura, este ramo no ha producido en España de cuarenta años á esta parte sino muy pocos frutos nuevos, alimentándose únicamente con los recuerdos de lo pasado. Los dos ó tres hombres que se han dedicado con empeño al árduo ejercicio de esta noble profesion, pertenecen á la escuela de siglo XVIII, escuela rutinaria, fria y descolorida, que ha tenido la pretension

de alcanzar el fiello ideal, sin emplear, para todos los maestros que se imaginaba reproducir, mas que una sola talla, un solo procedimiento de ejecucion, un solo tipo de convencion, que una vez admitido no se hubiera abandonado.

Hareyos una excepcion en favor de un hombre que ha conseguido llevar á cabo, á pesar de mil obstáculos de todos géneros, una obra colosal. Solo lo grande de la empresa haria acreedor á D. Rafael Esteve á nuestra sincera admiracion. La estampa del Moisés de Murillo seduce á primera vista por un encanto indecible de armonía; y á no ser por algunas ligeras imperfecciones en los pormenores, su dibujo dá una cabal idea de la página sublime del Hospital de la Caridad de Sevilla. Algunas cabezas carecen acaso de un poco de nobleza, particularmente la del niño que está á caballo; pero los fondos, los accesorios, los ropajes, y los terrenos sobre todo, estan perfectamente comprendidos. La obra del Sr. Esteve le eleva, sin disputa, al rango de los primeros grabadores de Europa.

Los amigos del Sr. Pelequér esperan con impaciencia la aparicion de la Santa Isabel de Murillo, en que trabaja hace muchos años. Conocido ya por varias obras, entre las cuales las hay bastante notables, el académico de San Fernando ha heredado los principios de Carmona, pero no el buril flexible y variado del infatigable grabador de Carlos IV. En lo que hace al talento del Sr. Pelequér, la magnífica composicion del jefe de la escuela sevillana no es una empresa superior á sus fuerzas; pero para estar completamente seguros de sus resultados hubiera deseado encontrar, en el diseño que he tenido el gusto de ver, un poco mas de firmeza y de sencillez de estilo. Mas confiando en que los resultados superarán mis esperanzas, me abstengo de dar mi juicio acerca de este recomendable artista.

El Sr. Ortigosa, modesto y laborioso, promete ser con el tiempo un hábil grabador; pero no conociendo aun de él mas que ensayos de poca importancia, nos contentaremos

con mencionarle entre los artistas de porvenir que posee España.

El grabado en madera está aun en la infancia, y no cuenta ninguna obra capital. Los editores de libros ilustrados, deseosos mas bien, como todos los especuladores, de procurarse de la manera mas barata los materiales de sus publicaciones que de alentar las artes, han hallado hasta el dia una ventaja positiva trayendo del extranjero *cliches*, muchas veces de desecho, y que compran á bajo precio, importándoseles poco la inaccion á que condenan á los jóvenes que se han hecho grabadores, á pesar de los pocos recursos que encuentran en el pais. Un editor activo y emprendedor, el Sr. Boix, ha dado hace dos años un impulso real al grabado en madera. No pudiendo proporcionarse fuera de la Península las viñetas indispensables para *Los Españoles pintados por sí mismos*, ha probado fortuna dirigiéndose á artistas naturales del pais; y despues de este ensayo, una multitud de obras y de periódicos, sembrados de *croquis*, *de culs de lampe* (1) y de letras adornadas han salido de sus prensas con mas ó menos éxito. Algunos otros editores le han seguido en su buen camino, y así es que en el dia puede decirse que si el porvenir de los jóvenes grabadores no es escesivamente brillante, es por lo menos seguro. Mucho me alegraría de poder añadir, que este gran paso habia sido al mismo tiempo é igualmente favorable á las artes que á los artistas, y que las obras ya ejecutadas estan en armonía con la importancia de las empresas; pero generalmente no sucede así. Mas de un grabador descuida el estudio del dibujo, y estropea sin piedad las composiciones mas graciosas, dando á la prensa viñetas toscamente contorneadas y sin efecto, en donde el artista apenas puede reconocer algunas veces su propia idea.

No conozco hasta ahora sino muy pocos artistas que ten-

(1) Adorno que se pone comunmente al fin de un título, capítulo, artículo, etc.

gan la conciencia de su profesion; algunas de sus obras se han expuesto en el palacio de Villa-hermosa; y D. Vicente Castelló y D. Calisto Ortega son á mi juicio los mejores. Desearíamos en el primero tanta pureza y franqueza como tiene de delicadeza y conciencia; sus láminas, que la mayor parte revelan un fino sentimiento del dibujo, carecen quizá de efecto y color.

Entregado el segundo al estudio de los buenos maestros y de la naturaleza antes de dedicarse al grabado, ha adquirido en los viajes que ha hecho para perfeccionar su talento un gusto bastante puro, y cualidades prácticas recomendables.

El tipo del barbero en *Los españoles pintados por sí mismos*, es franco, limpio, está bien entendido y dibujado con firmeza, siendo digno de los buenos grabadores de la época: una multitud de viñetas del mismo son igualmente buenas; pero el Sr. Ortega debiera abandonar su tendencia á pararse mucho en toques demasiado refinados. Entretiénese demasiado en llenar de pequeños surcos sus sombras, lo cual hace algun tanto pesadas sus láminas. Carece generalmente de unidad en su ejecucion, sus contornos adolecen de molicie, y están recargados casi siempre, lo cual no conviene á la franqueza del conjunto. Nótase tambien en el toque de sus maderas grabadas que sus obras están hechas muy de prisa, y es preciso que el Sr. Ortega tenga mas cuidado en esto, porque contentándose con poco es como viene á quedar el talento estacionario.

La litografía se halla tan atrasada en España, que aun dudo si debería hablar de ella. En los paises en que la afluencia de las capacidades obliga á los hombres, que no se creen con fuerzas para luchar en primera línea, á hacerse notables en un género secundario, se observa que personas de verdadero mérito no tienen reparo en dedicarse á un trabajo de menos importancia, que pronto saben elevar al nivel de su propia superioridad. De esta suerte, dedicándose en Alemania, Bélgica y Francia pintores de bastante mérito al dibu-

jo litográfico casi exclusivamente, el perfecto conocimiento que poseen de los recursos del arte, es causa de que reciba este de sus manos un adelantamiento desconocido hasta entonces. No sucede esto en España; pocos artistas hay que se dignen aceptar esta mision ingrata, y así es que apenas merecen mirarse las estámpas litográficas que producen las prensas indígenas. Por otra parte, la falta de trabajo desanima á los impresores, y no procuran estos hacerse con las máquinas modernas, ni los instrumentos perfeccionados que en el dia se emplean en otras naciones, descuidando tambien por la propia causa el valerse de operarios inteligentes. La mayor parte de los que se formaron en el establecimiento que se instaló bajo el patronato de Fernando VII, se entregan al descanso de sus trabajos anteriores, abandonando á sus encargados el cuidado de tirar, salgan bien ó mal, esas malísimas pruebas de dibujos mucho peores todavía. Necesaria es pues toda la oportunidad de las circunstancias para poderse dar salida á tan débiles producciones, siendo, aun á pesar de esto, muy dificil concebir como puedan sostenerse las diversas imprentas particulares que existen, atendido el estado precario á que se hallan reducidas por efecto del poco interés que las dispensa el público. Para poder hacer frente á sus gastos se ven precisadas la mayor parte del tiempo á emplearse con el tirado de boletines, targetas de visitas y prospectos; miserable ocupacion para un arte que tan ventajosamente prospera en los paises vecinos. Los ensayos hechos en Barcelona le dieron un brillo momentáneo anunciando grandes adelantos las bellezas y recuerdos de Cataluña y de las islas Baleares; pero sin duda alguna habrán sido sofocados en medio de las catástrofes que han ocurrido en aquella industriosa ciudad. Sevilla habia contribuido por su parte al desarrollo de la litografía; pero pronto se ha eclipsado el resplandor de tan honrosa tentativa, dejando por único trofeo de sus esfuerzos un hermoso album de las vistas mas curiosas de la metrópoli de Andalucía.

Finalmente, Madrid no ha dado un solo paso en los adelantos de la litografía desde que se publicó la coleccion de los mejores cuadros del Museo Real, la cual puede rivalizar con las mejores producciones de la época presente. Triste es por cierto el que se hayan visto precisados los Sres. Villa-amil y Becquer á confiar sus trabajos acerca de la España monumental y sus costumbres nacionales á artistas extranjeros. El Sr. Sensi, reducido como los demás á abandonar el pais que ha adoptado para publicar sus magníficos estudios de las riquezas que encierra la Armería Real, obra de sumo mérito, pero cuyo éxito no ha correspondido á su importancia, ha dado á conocer, sin embargo, que con esmero y un conocimiento mas profundo de los procedimientos que deben emplearse, se podrian obtener en poco tiempo muy buenos resultados. Preciso es confesar, en honor de la verdad, que la estampa de la *Caida de Luzbel*, litografiada por el Sr. Sensi del cuadro del Sr. Esquivel, honra las prensas del señor Bachiller, confirmándonos en la idea que hemos emitido al principio de esta reseña, de que el abatimiento del arte litográfico de España depende mas bien de falta de habilidad en los dibujantes que se dedican á él, que de la imperfeccion de los recursos materiales y de la voluntad de los impresores.

D. Juan Antonio Lopez, director del establecimiento llamado de los artistas, y uno de los dibujantes en piedra que reunió el Sr. Madrazo cuando hizo su publicacion, se halla en el dia, segun se nos ha asegurado, en Francia, á donde acaba de ir con el objeto de ponerse al corriente de los nuevos secretos del arte, y reunir todos los elementos de perfeccion. El Sr. Lopez es un artista concienzudo, trabajador, de buen sentido, y digno de reunir su nombre al de los que se han propuesto dar nuevo lustre á un arte que ha tenido ya tan buenos tiempos en España.

GUSTAVO DEVILLE.

LA VOZ DE UN PROFETA.

POESÍA BÍBLICA.

A MI RESPETABLE AMIGO EL SR. D. ALBERTO LISTA Y ARAGON.

No son estos que ves metros dictados
De las hijas de Júpiter; no es Clio
La que inspira á mi voz ritmos sagrados:
No fué el impulso mio
Bebido en los cristales de Hipocrene,
Ni.....
.....
Donde sus aras tiene
La cítara de Apolo y de Thalía:
Deidad mas generosa fué la mia.

DEL DOCTOR MIRA DE AMESCUA.
(*Silva al Maestro José de Valdivieso*).

I.

Mientras alzaba yo del templo santo
Ante las aras mi ferviente ruego,
Miré, sintiendo religioso espanto,
Velado trono de radiante fuego.
En él, suspenso el armonioso canto
Del himno coro, descubrióse luego
Del fuerte Adonaí la faz airada,
Y amenazante su fulgente espada.

II.

Habló el Señor; y á su terrible acento
En las alas del trueno descendía
Lanzado el rayo del sublime asiento,
Y en la extension inmensa relucía.
Yo inmóvil en el ancho pavimento,
Los altos ecos de su voz oía,
Que hora anuncio con labio balbuciente
Al pueblo infiel y á la futura gente.

III.

No acepta la oblacion, ni los loores
Del escogido pueblo en la morada,
Que erigieron un tiempo á sus amores,
Y hoy con horror se mira amancillada;
Ni en ondulantes nubes los olores
De rica esencia, ante el altar quemada:
No quiere sacrificios; ni en su templo
En vez de culto abominable ejemplo.

IV.

¡Generacion ingrata! tú doblaste
Ante dioses de piedra la rodilla:
De su ley con descaro murmuraste,
Tambien del que á su nombre te acaudilla:
Las copas del placer saboreaste,
Siempre esquivando la virtud sencilla,
Su alianza de amor así rompiendo,
Y el polvo á la deidad anteponiendo.

V.

No así tus padres, no, cuando fervientes
Sus puros votos dirigian al cielo,
Yá al solemne bramar de los torrentes,
Yá en la márgen del límpido arroyuelo;
Ora sobre montañas eminentes,
De niebla coronadas y de hielo;
Ora junto á la fuente, que en los valles
Forma entre lirios argentadas calles.

VI.

¡Oh! recordaban, que por siempre fueron
La heredad del Señor, rica y lozana;
Que de enemigos pueblos abatieron,
Alentados por él, la furia insana;
Que con ígneo buril grabar lo vieron
En densas nubes de amaranto y grana:
«Mi nacion, Israel, de hoy elegida;
«Su posesion la tierra prometida.»

VII.

A su voz la columna se estendía,
Como vistoso manto de colores,
Que á las errantes tribus defendía
De los rayos del sol abrasadores;
A su voz en la noche despedía,
Reina del cielo, inmensos resplandores;
Que á los tristes desiertos alegraban,
Y en las ondas del mar reverberaban.

VIII.

No verás, cual entonces, en la altura
Entre las nubes de Jehová el semblante,
Ni descender la paz y la ventura
Para ti de su solio rutilante.
¿Qué otro premio que llanto y desventura
Pudo esperar el pueblo, que inconstante,
Para ludibrio ser de las naciones,
Desprecia osado tan sublimes dones?

IX.

La avaricia y el crimen desplegaron
Su ponzoñoso aliento en este suelo,
Y el grande y el pequeño levantaron
Su voz altiva, maldiciendo al cielo.
«¡El oro es nuestro dios» ciegos clamaron:
«Sus gratas ilusiones nuestro anhelo;
»Que mientras dura el sol de nuestra vida,
»Solo á gozar el mundo nos convida!»

X.

Los vió el Señor, y de su trono ardiente
Anchos mares de fuego derramaba
Por el inmenso cielo, que pendiente
De su voz, en silencio reposaba.
Cesa el sublime movimiento de repente;
Suelta el mago la lira que pulsaba;
Y en medio el fuego que no quiere cumplir
La espada del arcángel rendir.

XI.

¡Pueblo ingrato! de duros opresores
¡Ay! besarás la mano ensangrentada:
Sufrirás vejaciones y dolores
Bajo la raza babilonia alzada;
Mónstruo, que respirando solo horrores,
Tiene tu inmensa tumba preparada....
¡Ni llanto allí, ni triste siempreviva,
Porque es la tumba de heredad cautiva!

XII.

Yermas ¡ay! por la llama abrasadora
Quedarán tus campiñas florecientes,
Que con su aljófar argentó la aurora,
Con su linfa las plácidas corrientes.
En nube de humo y fuego aterradora
Los cedros volarán de las vertientes
Del monte, que con furia sacudido
Caerá tambien en lava convertido.

XIII.

La soberbia ciudad de fuerte muro,
En su torno las villas celebradas,
Do la ley del Señor holló el impuro,
Veránse por sus rayos disipadas....
¡Oh! por el fuego, que me abrasa, juro,
Que de las grandes turbas rebeladas,
Do del abismo la maldad se encierra,
Ni uno tan solo quedará en la tierra!

XIV.

Todos perecerán: el triste anciano,
Erizada la blanca cabellera,
Hácia su trono dirigiendo en vano
La trémula plegaria lastimera;
De dulce vida en el verdor lozano
Junto al jóven la vírgen hechicera;
Y perdido el color de su semblante,
En los maternos brazos el infante.

XV.

Como la flor, cuya belleza encanta,
Del ábrego al furor desaparece,
Como al incendio rápido la planta,
Que erguida y vana en los desiertos crece;
Así el reino, do el crímen se levanta,
En instantánea agitacion perece,
Y en vil polvo se torna, que violento
Revuelca en ondas proceloso el viento.

XVI.

¿Y á dónde ¡oh pueblo! huirás? ¡Oh! la venganza
Terrible de Jehová todo lo llena:
Al eco de su voz do quier se lanza,
Y aun mas allá del universo truena.
El astro apagará de tu esperanza:
Desquiciará los orbes: la serena
Y esplendorosa luz, que el cielo envía,
Trocará de repente en niebla umbría.

XVII.

Aunque á salvarte vuelen las naciones,
O en las espesas grutas del Carmelo
Te ocultes, ó en las fúlgidas regiones
Do gira el sol en el inmenso cielo;
Aunque al mar, ó á las lóbregas mansiones
De Luzbel te acogieras con anhelo;
Sentirás ¡ay! en tu manchada frente
El duro impulso de su rayo ardiente.

XVIII.

¡El Dios de Sabaoth!... Toca su mano
El árduo monte, la robusta sierra,
Y se tornan en humo, en polvo vano,
Cual si tocára en su estension la tierra.
En sus iras su aliento soberano
Do quier se estiende, destruccion encierra;
Y por él con gemido lastimero
Volverá al cáos el universo entero.

XIX.

Es su nombre *Señor*.... *Señor* lo aclama
El ángel en sus himnos de armonía:
Señor la aurora en su naciente llama,
Y en sus rayos el sol de medio dia;
Señor la tempestad, si fiera brama
En flamígero carro en noche umbría;
Y repiten *Señor* con hondo acento
La tierra, el mar y el alto firmamento.

XX.

Su esplendoroso trono se levanta
Del ancho cielo en la zafirea cumbre,
Y en torno el serafin sus glorias canta,
Hendiendo espacios de radiante lumbre.
Tiéndese como alfombra de su planta
De los astros la inmensa muchedumbre:
Su brazo eleva, y eternal dirige
El áureo cetro que los mundos rige.

XXI.

Como en talada selva el tierno arbusto,
Que salvó por acaso su belleza,
Para dar con su pompa ya robusto
A los campos frescura y gentileza;
De aquel castigo aterrador y justo
Salvará de su orígen la grandeza,
Del pueblo infiel en perennal desdoro,
La *vara de Jessé* que humilde adoro.

XXII.

Astro de amor y precursora bella
De un reinado feliz, de otra alianza,
Brillará en medio de Israel la estrella
De estable paz y eterna bienandanza.
Seguirá en pos de su lumbrosa huella,
Colmando de los hombres la esperanza,
De gracias mil inagotable fuente
Del nuevo sol que nacerá en Oriente.

XXIII.

Se alzará de David el régio trono,
De la hermosa Sion los altos muros,
A los embates de enemigo encono
No cual antes endebles, mal seguros.
Los pueblos que lamentan su abandono
En términos distantes y aun oscuros,
Saldrán de las tinieblas que reinaron
Los siglos lacrimosos que pasaron.

XXIV.

Estarán á las gentes elegidas
Colmadas á la vez de tantas dones,
Las lindes de Iduméa sometidas,
Del Oriente al Ocaso cien naciones.
Se aclamará su imperio; y aguerridas
Tremolarán do quiera sus pendones,
Volando por la senda de la gloria
A la voz del Señor, á la victoria.

XXV.

Vendrán tambien los suspirados dias
De esplendentes, dulcísimas auroras,
En que ostenten el valle y las umbrías
Dorada mies en apacibles horas;
En que muestres mas bella que solías
¡Oh natura! las galas que atesoras,
Siempre fecundo y de delicias lleno,
Como al nacer, tu perfumado seno.

XXVI.

Paréceme mirar que el cielo envia
Yá la salud al pueblo que lo invoca,
Y que saltan los montes de alegría,
Sobre sus cimas la escarpada roca;
Y asiento de dulcísima armonía,
El cedro altivo que en las nubes toca,
Mientras el himno universal resuena,
Y de encantos y amor los orbes llena.

XXVII.

En vez de alzarse por do quier cubiertos
De tristeza y de sombras y de horrores,
Ostentarán los áridos desiertos
En las rocas raudales bullidores;
Y los tesoros de la tierra abiertos,
En verdes plantas aromosas flores,
Como nunca risueña y placentera
En sus cumbres la hermosa primavera.

XXVIII.

¡Mandad en rayos de la blanca aurora,
Oh cielos, el benéfico rocío
Que el ancho mundo con ardor implora,
Marchito como el prado en el estío!
¡Brota, oh tierra fecunda y bienhechora,
El *vástago* que anhela el pecho mio!
¡Lloved, nubes, al Justo! ¡Vean mis ojos
Del reino de la muerte los despojos!

XXIX.

¡Sea el nombre del *Ungido* el solo nombre
Que en la tierra, las islas y los mares
Resuene, en tanto que extasiado el hombre
Le erige templos y consagra altares!
La mansion triste del Averno asombre
Repetido en los himnos y cantares,
Que á su gloria con júbilo profundo
Entone el ángel, renovado el mundo!

XXX.

¡Jerusalen, Jerusalen! Tu gloria
Mi voz anuncia al par que tu ventura,
Y del Dios fuerte la inmortal victoria
Sobre tus cumbres en la edad futura....
¡Tú la *santa ciudad*! ¡Oh! tú en la historia,
Trono de un sol de espléndida hermosura,
Cuyas luces, tu seno desgarrando,
Eclipsára á tu vista el impío bando!

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

CRÓNICA LITERARIA.

Si ha de juzgarse de la civilizacion de un pueblo por el número de los libros que en él se publican, preciso es confesar que España es ya una nacion muy civilizada. Era en otros tiempos una gran novedad literaria la publicacion de una obra nueva: hoy es ya un suceso ordinario, del cual casi nadie se cura, á menos que la obra se distinga por alguna notable particularidad. En estos últimos años se han aplicado á la industria tipográfica capitales inmensos; los autores han dejado casi de ser editores, como antes lo eran; la litografía y el grabado han venido en ayuda de la imprenta; y si bien no puede decirse que los progresos de la ciencia y la literatura han correspondido á este gran movimiento, menester es confesar que la literatura y la ciencia han ganado mucho haciéndose hasta cierto punto populares. Casi todas nuestras antiguas obras clásicas han sido reimpresas, adornadas con grabados, y ofrecidas al público por ínfimos precios: casi todas las obras notables que la prensa francesa ha dado á luz en estos últimos tiempos han sido traducidas al castellano. No han sido tan abundantes en verdad las publicaciones originales; pero tampoco escasas en número, si hemos de hacer comparaciones con otras épocas. Mas á pesar de todo necesario es decir que la industria librera ha ganado mas que la literatura, y que las artes han sobrepujado en este movimiento á la ciencias. Júzguese sino de estos progresos por la reseña de las principales obras publicadas recientemente.

Por mas que registremos los catálogos de nuestra libre-

ría moderna apenas hallaremos en ellos libros de filosofía, y hé aquí la prueba mas evidente de que esta ciencia es una de las mas atrasadas en España. Fuera de algunos manuales, tan vulgares como diminutos, y de las LECCIONES DE FILOSOFÍA ECLÉCTICA de D. Tomás García Luna, nada prueba que en España hay quien cultive la ciencia divina de Platon y Aristóteles. Las lecciones del Sr. Luna merecen particular mencion, no por la originalidad de sus doctrinas, sino porque en ellas se exponen de una manera clara y profunda las de los filósofos modernos mas célebres de Alemania, Inglaterra y Francia. El autor está á la altura de la ciencia que enseña; conoce perfectamente todos sus sistemas, y como ecléctico toma de cada uno las doctrinas que juzga verdaderas, formando con ellas el cuerpo de las suyas. Método excelente, pero que no siempre conduce á buen resultado, pues es fácil que de su aplicacion salga una mezcla confusa de principios y doctrinas, sin ninguna relacion entre sí, y las cuales no puedan ser por consiguiente ciencia. No diremos que el Sr. García Luna ha incurrido en este error; pero sí que de su libro resulta mas bien que un sistema de filosofía, los materiales para formarlo: que sus lecciones contienen casi todas las ideas de la ciencia menos su forma. Por lo demás la publicacion de esta obra debe señalarse como un nuevo progreso de la filosofía en España.

Tampoco abundan entre nosotros los historiadores. Publícanse, es cierto, muchos libros de historia, pero los mas son traducciones ó nuevas ediciones. La HISTORIA DE ESPAÑA que publica el Sr. *D. Antonio Alcalá Galiano*, aunque no es enteramente original, está escrita con arreglo al autor extranjero que mejor ha comprendido y contado los hechos de nuestra tierra. Además, como el Sr. Galiano no se sujeta exactamente al texto que le guia, sino que corrige, añade, anota, etc., puede decirse que su obra tiene las ventajas de las mejores originales de su clase, mas las que le proporciona el talento eminente y la vasta erudicion de su autor. Así es que la HISTORIA DE ESPAÑA del *Sr. Galiano* tie-

ne en el dia una voga inmensa, y es considerada como la mejor de su clase que se ha publicado hasta ahora.

Tambien debemos hacer mencion de la COLECCION DE DOCUMENTOS INEDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA que publican los Sres. Salvá y Baranda. A la inteligencia, erudicion y laboriosidad de estos distinguidos literatos, debe nuestra historia materiales preciosos y abundantísimos, los cuales servirán para esclarecer muchos puntos oscuros de ella, y para aumentar el caudal de sus noticias. Esta obra importantísima merece ser estudiada con detencion, y la REVISTA DE MADRID dedicará á ella un artículo largo y concienzudo.

Otras obras históricas de menor importancia aunque de bastante mérito salen tambien á luz; entre las cuales merecen particular mencion el DICCIONARIO BIOGRÁFICO DE MUJERES CELBRES, la BIOGRAFIA DEL SR. D. AGUSTIN ARGUELLES, acompañada de los discursos mos notables, pronunciados por el mismo, y la MEMORIA SOBRE EL CONVENIO DE VERGARA por el Sr. Aviraneta. No citamos las MEMORIAS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA de los siete primeros años del reinado de Isabel II porque ya hemos hablado extensamente de ellas en otro lugar de esta Revista. El redactor del diccionario biográfico de mujeres célebres vá reuniendo en su obra todas las noticias que se hallan esparcidas en los diccionarios históricos generales, memorias é historias particulares, acerca de todos los personajes del bello sexo que han figurado en el mundo. Los autores de la biografía del Sr. Argüelles harán tambien un servicio eminente á la historia contemporánea, aunque tememos de ellos alguna parcialidad á favor de su héroe. Es la vida del señor Argüelles una parte muy importante de la historia de nuestra revolucion; mas el personaje ni es tan eminente como le suponen sus amigos, ni tan insignificante como quisieron hacerle en vida sus adversarios. La Memoria del Sr. Aviraneta no ha descubierto respecto al convenio de Vergara ningun suceso tan importante que modifique ni altere nuestro

juicio sobre las causas que influyeron en la terminacion de la guerra civil. Sabido era ya que el Sr. Aviraneta contribuyó con sus secretos manejos á la sangrienta division del partido carlista, la cual aceleró la pacificacion del pais, pero la gloria de aquel suceso no debe atribuirse exclusivamente á nadie, y mucho menos al Sr. Aviraneta que no fué mas que un agente diestro á la verdad, pero secundario.

D. Ramon de Mesonero Romanos, autor tan conocido en toda España por sus escritos de costumbres, y por el SEMANARIO PINTORESCO que con tanto acierto dirigió, acaba de publicar una nueva edicion de su MANUAL HISTORICO TOPOGRAFICO, ADMINISTRATIVO Y ARTISTICO DE MADRID, obra curiosísima por las abundantes noticias que contiene acerca de la historia, monumentos, edificios é instituciones de esta capital, y necesaria para todo viajero que desee visitarla detenidamente. Esta obra se distingue además por los cuadros de costumbres que encierra, por la exactitud y brillantez de sus descripciones, y por la correccion y pureza de su lenguaje.

Otro libro publica al presente D. Serafin Calderon, escritor tambien distinguido, en el mismo género que el Sr. Mesonero, y cuyo título es: GUIA DEL OFICIAL EN MARRUECOS, *ó cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*. Modesta nos parece en verdad la primera parte de este título: el libro del Sr. Calderon no solamente puede servir de guia al oficial en Marruecos, sino que deberá ser consultado por los hombres de estado, por los escritores políticos, por los diplomáticos y por todos cuantos deseen saber algo acerca de la situacion actual de ese imperio vecino. LA REVISTA DE MADRID ha sido la primera que llamó la atencion del público sobre el estado actual del reino Marroquí en un artículo que publicó hace pocos meses sobre este asunto: el Sr. Calderon que conoce el idioma árabe, y es además muy erudito, ha completado nuestro trabajo. Si las demás entregas de esta obra corresponden á las ya publicadas, como lo esperamos, la GUIA

DEL OFICIAL EN MARRUECOS será al mismo tiempo guia de gobiernos y de estadistas.

Otra obra interesante ha visto la luz pública hace muy poco tiempo, titulada: MEJICO EN 1842, de la cual hablaremos en uno de nuestros próximos artículos.

De legislacion y jurisprudencia no se ha publicado desde hace tiempo ninguna obra original importante. Citaremos únicamente dos tratados de derecho internacional y dos folletos, uno del Sr. Escriche sobre la INSTITUCION DEL JURADO, y otro sin nombre de autor sobre la ORGANIZACION DE LOS TRIBUNALES. El primero contiene una historia exacta y concienzuda de aquella institucion y un juicio imparcial, filosófico, profundo de sus vicios, defectos é inconvenientes segun está establecida en Inglaterra y en Francia. La ilustrada comision de codigos la ha excluido con mucha razon del sistema de procedimientos que redacta, y el señor Escriche, que es uno de sus individuos, ha justificado su voto por medio de este sabio escrito.

Menos entendido que el Sr. Escriche en la ciencia del derecho el autor del folleto sobre la organizacion de tribunales conserva todas las preocupaciones revolucionarias del siglo XVIII, defiende el jurado como institucion civil y garantía política, y si bien propone entre muchos dislates algunas reformas útiles, no se funda siempre en buenas razones, y trata las cuestiones de la ciencia con el calor y la pasion propias de los diarios políticos que profesan las opiniones mas exageradas.

La literatura continúa alimentándose como siempre de producciones extranjeras. Siguen gozando gran boga los MISTERIOS DE PARIS. Ha tenido tambien un éxito brillantísimo la sabia novela que publicamos en esta REVISTA, y ahora lo ha sido aparte en un tomo, titulada UN HOMBRE GRAVE. Carlos Bernard, su autor, es uno de los escritores que mas honran hoy la literatura francesa. El interés de su narracion, la elegancia de su estilo, la verdad de sus personajes, su profundo conocimiento del corazon y de la so-

ciedad le colocan entre los primeros novelistas de la época. Y ya que hablamos de novelas, justo es hacer mencion de otra del distinguido autor de los MISTERIOS DE PARIS, titulada: MATILDE, O MEMORIAS DE UNA MUGER DEL GRAN MUNDO, y de las MEMORIAS DE DOS JOVENES CASADAS, del fecundo é ingenioso Balzac. Es indudable que carecemos de novelistas: solamente la señorita de Avellaneda empieza á cultivar este género y con bastante fortuna, si hemos de juzgar por sus primeros ensayos. Ya se ha anunciado el primer tomo de los MISTERIOS DE MADRID, novela original del Sr. Flores: en el próximo número hablaremos con detenimiento de ella.

Nuestros poetas se dedican casi exclusivamente al arte dramático. Fuera de las poesías cortas que publican los periódicos, ningun libro de esta clase se ha dado á luz desde hace algunos meses, mas que la primera entrega de una obra de D. Pedro Madrazo titulada POESIA BIBLICA. PARAFRASIS Y TROZOS ESCOGIDOS DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO. Contiene esta primera entrega tres capítulos del libro de Job, dos del de Ezequiel, y otros dos de Isaías. El asunto es pues eminentemente poético: los pensamientos del original estan vertidos en nuestra lengua con grande exactitud, y sin perder nada de su sublimidad la versificacion es robusta, é imita en cuanto es posible la entonacion oriental de los sagrados libros.

Las publicaciones periódicas crecen en vez de disminuirse con la nueva ley de imprenta. En los tiempos de mayor libertad no hubo tan gran número de periódicos políticos como hoy. Verdad es que en cambio la polémica, aunque dura, es menos acre y mordáz. Todas las opiniones tienen sus órganos en la prensa: solamente los republicanos carecen de él, y eso es porque no forman en España verdadero partido. El primer número de EL GLOBO habrá visto ya la luz pública, cuando llegue á nuestros lectores este escrito, y si de él hemos de juzgar por su prospecto, bien puede asegurarse que será uno de los periódicos mas importantes de la época presente. Un rival del antiguo SEMANARIO PINTORES-

co y del LABERINTO habrá salido tambien á la palestra, cuando estas líneas vean la luz pública. LA REVISTA PINTORESCA se anuncia tambien como publicacion de gran mérito, así en la parte de su redaccion como en la de sus grabados: de estos puede decirse, á juzgar por el prospecto, que son los mejores que se han publicado hasta ahora en España.

LA REVISTA DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO ha dejado de ser política desde la publicacion de la nueva ley de imprenta. LA REVISTA DE INTERESES MATERIALES del Sr. *Lasagra* continúa defendiendo las doctrinas socialistas que ha bebido su autor en los largos viajes que ha hecho por el extranjero. En uno de nuestros próximos números hablarémos detenidamente de este sistema.

P.

TEATROS.

Una reina no conspira.—Españoles sobre todo.—Al Cesar lo que es del Cesar.—Alfonso Munio.

Es la primera de estas obras de mediano mérito. El autor, Don José María Diaz, posee grande imajinacion y facilidad en concebir y desenvolver sus planes, pero no los medita, en nuestro juicio, lo bastante. La comedia de que tratamos adolece de una grande oscuridad en la intriga, de inconexion en los incidentes, de falta de unidad en la accion, y de otros defectos que no se perdonan nunca en una obra de arte. Los caracteres solo están débil y someramente bosquejados, apareciendo, únicamente en su descripcion algunos rasgos brillantes y atrevidos que dan á conocer que el autor comprende lo que se ha propuesto pintar, y que no lo ha conseguido por falta de estudio, de reflexion y de fijeza en sus concepciones. Falta tambien á la obra aquel interés que debian darle la grandeza y elevacion de las personas. Ninguna de ellas excita ni la compasion, ni el odio, ni simpatía de ninguna especie. La reina es una mujer vulgar, sin ánimo, ni valor para sacudir el yugo que le imponen, y sin tener tampoco en la desgracia aquella dignidad y heróica resignacion que asienta tan bien al infortunio, y que admiran y contemplan con interés los oyentes. La reina ama; pero su amor no excita ningun sentimiento, porque los espectadores no ven ese combate entre la pasion y el deber que atormenta el alma hasta despedazarla. Llora y sufre; pero el auditorio ignora si sus padecimientos son merecidos ó no, si su llanto es oportuno y racional. El marqués es un miserable ministro que no puede calmar un motin, como ha

sucedido á muchos de nuestros dias. La condesa Elvira es un carácter vago, indefinible y ridículo: no se sabe nunca la razon que la decide á obrar. Se ignora por qué se enamora de Alvarado, por qué no alcanza á cautivarle: todo es oscuro, vago é inverosimil.

La falta de estudio y de reflexion de que antes hemos culpado al Sr. Diaz, y la ligereza que debe serle característica, le han hecho incidir en anacronismos y absurdos de gran tamaño. Supone que en el siglo XVII habia consejo de ministros, y pinta en él instituciones, costumbres, maneras y lenguaje, que son solo propios del en que vivimos. Entonces no se hacian motines como ahora, ni se gobernaba del mismo modo, ni se denostaba á los reyes como en los períodos de las revoluciones modernas. En cuanto á las formas hay sin duda mucho que elogiar en la comedia del Sr. Diaz, ya que no en fondo. La versificacion es muy buena, el lenguaje correcto, los diálogos animados y abundantes en chiste y gracejo.

Españoles sobre todo es una comedia de D. Eusebio Asquerino, de que quisiéramos prescindir dejándola en el olvido, que sería cuanto favor pudiera hacerse al poeta. Es una comedia de política de circunstancias en que el autor se ha propuesto ceñir laureles, y arrancar aplausos á costa de convertir el teatro en una escuela democrática de doctrinas subversivas y disolventes. No bastaba grangearse vana fama y renombre en miserables periódicos anti-monárquicos y difamadores. Esta comedia significa la prostitucion del talento. La musa del teatro revolcándose en el fango de los partidos políticos. El poeta rebajado de su alta dignidad y pasando la tierra hasta adular á la infima plebe y á las pasiones populares. Esta comedia no es otra cosa que los artículos de un periódico subversivo y anti-social que ya no existe, puestos en rima algunas veces de no escaso mérito. No queremos insistir mas en su crítica en gracia de ser el autor un jóven cuyos estravíos y aberraciones deploramos. Vuélvase á elevar el Sr. Asquerino á la altura de que ha descendido, y entonces

le creerémos digno de nuestras censuras ó de nuestros aplausos que le darémos muy sinceramente. Todo se puede *democratizar* en el mundo menos el genio, el talento, la grandeza y la elevacion del espíritu, dotes que ha dado la Providencia á los hombres para dirigir sus destinos, para imperar y prescribir leyes á las sociedades.

El mérito de AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR, de D. Tomás Rodriguez Rubí, es muy inferior al que debió esperarse del poeta cómico mas popular de nuestros dias. El argumento es como sigue. El brigadier Rojas y Osorio tiene un hijo que se ha enamorado de la sobrina de una mujer de mundo, y muy busca-maridos siempre que posean bienes de fortuna. Enrique (que así se llama el amante) cree ser correspondido con sumo desinterés, y por una niña cándida y angelical, juzgándose muy dichoso en llegando á obtener su mano, lo que vá á suder muy pronto. El padre, que sospecha el lazo que tienden á su hijo, se presenta en la quinta en que se verifica la escena, cerca de Madrid, con ánimo de dar al traste con el proyecto conyugal, valiéndose de la astucia con que intenta desnudar la máscara de tia y sobrina. Con este propósito habla con mucho cariño á su hijo, requiebra á la novia, halaga á la tia, y manda al primero á Madrid para que haga todos los preparativos del enlace, que finge querer se haga con toda pompa y solemnidad. Durante su ausencia, el brigadier pide la mano de la prometida á su hijo, y consigue facilmente la permuta; enteradas tia y sobrina de que el novio viejo es el rico y no el jóven, que solo lo será á su muerte. Ajustado el contrato, el brigadier manda á Enrique que venga al instante, y este queda convencido de que su novia lo engañaba, y de que no se habia propuesto otro fin que el de hacer fortuna. Entonces el brigadier descubre que todo aquéllo ha sido una superchería para convencer á su hijo del engaño, y sale de la quinta llevándoselo, de donde viene sin duda á esta comedia el título de *Al Cesar lo que es del Cesar.*

El argumento, segun se infiere de la breve reseña que acabamos de hacer, no ofrece novedad ninguna. Se reduce á un jóven inexperto que intenta casarse, y á quien engañan, y á un padre experimentado que le impide hacer una locura. La accion es escasa, en términos de poderse reducir á dos actos los cuatro de que consta la obra. Los caracteres no estan, en nuestro juicio, suficientemente desenvueltos. Hay mucha exageracion en el de D. Cándido. A pesar de todos estos defectos, el diálogo es bueno, y tiene algunas escenas que interesan mucho, entre otras la del brigadier con la tia cuando le pide la mano de su sobrina. El lenguaje es correcto y castizo, la versificacion generalmente buena. Abunda en gracejo y en chistes, aunque entre ellos hay algunos de muy mal gusto.

La tragedia ALFONSO MUNIO de la Señorita de Avellaneda ha excitado un entusiasmo general, y creemos que con razon. La circunstancia de hallarse á punto de entrar en prensa nuestra Revista, nos priva del gusto de analizar esta bellísima produccion con el detenimiento que merece. Pero conmovido aun el ánimo por las impresiones que nos ha hecho sentir, no podemos menos de expresar algunas breves palabras sobre ella.

Considerada como obra de arte, no dudamos que la severidad de la crítica encontraría algunos motivos de censura. Pero abunda en situaciones tan trágicas, en rasgos tan atrevidos, en imágenes tan bellas, en versos tan armoniosos, y en descripciones tan animadas y patéticas, que solo despues de desvanecida la impresion que producen, es cuando reposado el ánimo se detiene á reflexionar que la ilustre autora, dueña del secreto admirable de conmover el alma y sorprender la imaginacion, no posee en el mismo grado el muy mas fácil conocimiento del arte. El triunfo ha sido completo para nuestra célebre colaboradora. El público tuvo momentos de sentir un entusiasmo inexplicable. Y no fiamos solo en el efecto que produjo en el auditorio, porque

no somos nosotros de los ilusos que aplican á la crítica literaria el principio de la *soberanía nacional*. El juicio de los literatos y de los poetas ha sido tan favorable á la Señorita de Avellaneda como el fallo del público. Sentimos no poder continuar en este número de nuestra Revista en el exámen de esta tragedia, y concluimos felicitando á la autora. Puede ésta envanecerse al considerar que desde los tiempos de Santa Teresa de Jesus no hay memoria en España de ninguna mujer que haya ilustrado tanto las letras.

P.

CRÓNICA POLÍTICA.

JUICIO DEL ULTIMO MINISTERIO.—EL EMPRESTITO.—LA BOLSA.—REFORMAS EN LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA.—POLITICA DEL ACTUAL MINISTERIO.—CUESTION DE HACIENDA.—LA FACCION DEL MAESTRAZGO.—VIAJE DE SS. MM.—LA CIRCULAR DE LOS FISCALES DE LA AUDIENCIA DE GRANADA.

GRANDES sucesos se han verificado en el corto espacio que ha mediado desde nuestra última crónica: mudanzas de suma gravedad han acontecido en las altas regiones del Gobierno, y la *Revista de Madrid* debe juzgarlas con la imparcialidad é independencia que tiene de costumbre. Cuando ni una sola voz osaba levantarse en defensa de ciertos principios conservadores que respetaron poco los últimos ministros, la Revista de Madrid alzó la suya, si bien con la moderacion y el decoro propios de sus redactores. Nuestra oposicion entonces no fué en verdad la censura agria y severa de un enemigo, sino el consejo leal y desinteresado de quien rehusa ser adversario. Dimos nuestro débil apoyo á todas las providencias útiles y necesarias que adoptó aquel ministerio, se lo negamos á las medidas imprudentes y á los actos inútilmente ilegales, que si bien obtuvieron por el momento el aplauso de hombres apasionados, no merecerán de la historia sino reprobacion y censura. Igual será nuestra conducta respecto al actual gabinete: aprobamos el principio de su política, mas esto no impedirá que critique-

mos algun acto de su administracion cuando lo creamos injusto ó poco conveniente.

El ministerio del Sr. Gonzalez Bravo ha sido juzgado, en nuestro concepto, con poca justicia, así por sus amigos, como por sus adversarios. Ninguna situacion mas difícil y espinosa que aquella en que este gabinete subió al poder. La coalicion acababa de romperse de una manera estrepitosa: en un extremo de la Península manteníase ardiendo la llama de la rebelion; en todas las capitales se fraguaban conspiraciones para entronizar otra vez á los jefes progresistas, y el Gobierno en fin marchaba sobre un volcan, cuyo espantoso cráter amenazaba abrirse á cada momento. Era pues necesario un ministerio activo, enérjico, decidido, que contuviese con mano fuerte el empuje de la revolucion, que purgase á la sociedad de los mil elementos de anarquía que desgarraban su seno, y que echando los cimientos de la administracion asegurase el órden en lo futuro. No faltaban en el ministerio Gonzalez Bravo quienes tuviesen muchas de las cualidades indispensables para llevar á cabo esta obra difícil. Valor, decision, firmeza tenian casi todos sus individuos, pero les faltaba saber, moderacion y tacto; y de aquí el carácter á veces reaccionario, á veces justiciero de su política; de aquí su deseo de dar al pais las leyes administrativas que con mas urgencia necesita, y su poco acierto en redactarlas; de aquí en fin su falta absoluta de sistema así en hacienda, como en administracion, como en política. Este ministerio comprendió sin duda que su principal deber era reprimir la revolucion, sofocando las conspiraciones urdidas contra el Gobierno, y aunque Cartagena y Alicante llegaron á sublevarse, fué bastante afortunado para someterlas y desconcertar los planes de los revoltosos. El pais le debe este eminente servicio, y nosotros no trataremos en este punto de escatimarle su gloria.

Mas entre las varias providencias que adoptó el gabinete para alcanzar su propósito, unas fueron necesarias, otras absolutamente inútiles, y sabido es que en política todo aquello

que sobra daña. Que las tropas leales cayesen rápidamente sobre las plazas sublevadas; que nuestros generales no admitiesen ningun género de transaccion con los rebeldes; que los verdaderos conspiradores fuesen perseguidos con todo el rigor de las leyes, y el desarme de toda la milicia nacional eran providencias necesarias para la estabilidad y decoro del Gobierno, las únicas que en el momento podian hacer frente al peligro, y las mas adecuadas para prevenir en lo futuro desórdenes y levantamientos. Declarar en estado excepcional todas aquellas ciudades en que se fraguasen conspiraciones era tambien una prevencion acertada; pues es sabido que el rigor con los criminales es tanto mas necesario, cuanto mas evidente y duradera ha sido su impunidad; y que las leyes comunes de los paises regidos por constituciones liberales son de ordinario insuficientes para proveer á las necesidades de los tiempos agitados. Pero el ministerio, deseoso de asegurar su victoria, traspasó los límites de la conveniencia y de la justicia, y en vez de limitarse fuera de la legalidad á lo puramente necesario, igualóse casi en arbitrariedad con los gobiernos revolucionarios de la última época. Declaró en estado excepcional, no aquellas poblaciones donde amenazaba un levantamiento, sino todo el reino, hasta las aldeas y los caseríos: en Alicante fueron fusilados, no los cabezas de la rebelion, sino soldados miserables y paisanos insignificantes: en Madrid fueron presos y encerrados en calabozos inmundos algunos diputados de la oposicion, de cuya criminalidad no habia pruebas, ni aun presunciones legales; y hasta se tomó el nombre augusto de una reina inocente para mandar que fuesen al cadalso muchos rebeldes, que aunque merecedores de este castigo, éranlo tambien de ser juzgados con arreglo á las mismas leyes excepcionales.

El mismo buen deseo, pero no mas acierto, demostró aquel gabinete en sus providencias administrativas. Los ayuntamientos necesitaban una pronta y radical reforma, tanto para corresponder á los fines de su institucion, cuan-

to para que quedase desembarazada la accion política del Gobierno; y el ministerio en vez de ó dar una ley nueva que satisfaciese las necesidades de la situacion, ó de poner en práctica la votada por las Cortes de 1840, tal cual habia sido sancionada, varió dicha ley en uno de sus capítulos mas importantes, dejándola aun mas imperfecta de lo que era ella por sí misma. No menores vicios hemos notado en sus decretos sobre la organizacion del cuerpo de la administracion, de la guardia civil y de la policía, y del que tiene por objeto reprimir los abusos de la imprenta. Todas estas reformas eran indispensables; pero el ministerio no anduvo atinado en ordenarlas, pues se advertia en sus disposiciones, así la falta de saber de sus individuos, como su inexperiencia de las cosas del Gobierno. Tolerable sería para muchos que en circunstancias extraordinarias se abrogase un ministerio la facultad legislativa, siempre que sus leyes fuesen buenas y oportunas; pero lo que no tiene justificacion ni disculpa, es que un ministro salte las barreras de la legalidad sin provecho ó con daño de la república; que se mande arbitrariamente sin remediar los males que dan ocasion á este régimen arbitrario. Francia aplaudió á Napoleon porque Napoleon rompió la legalidad en su beneficio; Inglaterra toleró la usurpacion de Cromwell, porque Cromwell, en cambio de su libertad, le dió gobierno. España celebró tambien al gabinete último por su firmeza con los rebeldes y su fortuna contra la rebelion; mas no aprobó ciertamente que conservase el estado excepcional, para yacer en la inaccion, é incurrir obrando en graves desaciertos. El dia en que el Sr. Gonzalez Bravo cerró las Cortes, se creó á sí mismo una inmensa dificultad para salir airoso del ministerio, pues se vió condenado, ó á hacer por sí solo una revolucion provechosa, semejante á la que hicieron en otras naciones los hombres mandados por la Providencia para regir en las grandes crisis sociales los destinos en un pueblo, ó á sucumbir á la mitad de su camino con mengua. Para hacer lo primero se necesitaban hombres de mas altas pren-

das que las que adornaban á los individuos de aquel gabinete: no debia ser pues dudosa la consecuencia.

Aun menos atinado anduvo aquel ministerio en sus medidas de hacienda. Eran á la verdad escasos los recursos y pesadas las obligaciones del Erario; pero no era ciertamente medio adecuado para salir de apuros aumentar estas cargas, y disminuir aquellos recursos con contratos onerosos. Aun prescindiendo en este momento de las graves acusaciones que han hecho contra algunos de aquellos ministros casi todos los órganos de la prensa diaria, bien puede decirse que su sistema de hacienda ha sido desastroso. Empeñar las rentas públicas con anticipaciones parciales por un interés crecido, y proveer con escasez á las necesidades del momento, imposibilitándose para cumplir las obligaciones futuras, es arruinar la hacienda en provecho únicamente de media docena de usureros. No ha sido á la verdad el Sr. Carrasco el primer ministro que ha seguido este mal camino: ya en 1836 se hicieron algunos contratos bajo condiciones onerosísimas, y despues han seguido haciéndose con mas ó menos ventaja para los asentistas, segun eran las circunstancias en que se estipulaban. Pero si esto era alguna vez disculpable cuando ardia la guerra civil en casi todas las provincias, y las obligaciones eran mayores y mas perentorias, así como mas difícil recaudar las rentas del Estado, no puede justificarse hoy que las atenciones han disminuido tanto cuanto han aumentado las rentas: hoy, que no solamente es indispensable sino posible la reforma del sistema tributario: hoy que puede haber otros medios de proveer á las necesidades de lo presente. Esta desatinada conducta ha producido mas de 600 millones de deuda flotante, á los cuales están hipotecadas las rentas del Estado, y de los que el Erario no ha percibido quizá la cuarta parte; puesto que el interés mas moderado que ha pagado el Gobierno ha sido de un 70 por 100. Deslumbrados muchos capitalistas con tan enormes ganancias, han distraido sus fondos de empresas verdaderamente útiles al país, aplicándolos á estos negocios, en

que nada gana la riqueza pública. Entre tanto iba haciéndose cada vez mas imposible la reforma del sistema tributario, pues que hipotecadas las rentas, no eran susceptibles de arreglo mientras no llegáran á desempeñarse, y la época en que esto habia de suceder, iba alejándose cada dia á medida que se aumentaba el número de los contratos.

El Sr. Carrasco hubo de conocer los peligros de esta situacion, y pensó en el empréstito; para ello alentó á los jugadores de bolsa, é hizo subir los fondos considerablemente, mas como esta subida no se fundaba en ningun motivo legítimo, como el movimiento bursatil era facticio, el ministro sucumbió en esta empresa descabellada, no sin envolver en su ruina la fortuna de numerosas familias. Así es que las rentas quedaron empeñadas, el Erario gravado con una deuda inmensa, y el empréstito no llegó á contratarse.

Mas acertado anduvo el Sr. Mayans en sus providencias para reformar la administracion de justicia, por mas que puedan notarse tambien algunos defectos en sus decretos. Poco en verdad podia hacer este ministro, estando encargada la comision de códigos de resolver todas las cuestiones importantes de la reforma legislativa; pero en el estrecho círculo de sus atribuciones ha hecho quizá cuanto ha podido. Ha organizado el ministerio fiscal con arreglo á los buenos principios de gobierno, dándole la unidad, que es indispensable, y considerándo á sus servidores, no como parte de la magistratura inamovible, sino como funcionarios y agentes del supremo gobierno. Ha exigido asimismo á los escribanos que en adelante hayan de recibirse garantías de saber, imponiéndoles la obligacion de estudiar ciertos años de derecho. Lástima es que el Sr. Mayans haya olvidado otra garantía muy importante que debieran prestar los depositarios de la fé pública, y es la de la riqueza. Tambien se ha decretado un reglamento para la organizacion interior de los juzgados de primera instancia, cuyo régimen en adelante tendrá la unidad y uniformidad de que hasta ahora habia carecido.

Tal ha sido el último ministerio en su sistema político, administrativo y de hacienda. Enérjico, pero imprudente; deseoso del bien, pero desacertado en sus medios para conseguirlo; gastador, despilfarado, y no muy escrupuloso en la administracion de la cosa pública. Dictó algunas providencias para mejorar la administracion de justicia mas atinadas en su fondo y objeto que en sus pormenores: sofocó la rebelion á costa de la legalidad y traspasando los límites de la conveniencia: tocó á la administracion sin mejorarla tanto cuanto hubiera podido hacerlo, y puso las rentas públicas en manos de los contratistas por anticipaciones insuficientes y onerosísimas. Así es que cuando fueron olvidándose los triunfos de Alicante y Cartagena, dejóse ver con toda su verdad la incapacidad del ministerio; hizóse proverbial su descrédito, y conociendo él que no podia subsistir mas tiempo mandando, ofreció su dimision, y S. M. se dignó admitirla.

Para sucederle escogió S. M. hombres de alta capacidad y nombradía políticas, dignos por todos títulos del puesto eminente con que les honraba, de notoria probidad y grande influjo en el partido conservador. El anterior gabinete decia que profesaba las doctrinas de este partido, y sin embargo no lo componia ninguno de sus hombres mas notables, ni contaba siquiera con el apoyo de sus cabezas. Resultaba de aquí un completo desacuerdo entre el Gobierno y el partido conservador, no pudiendo apoyarse el primero sino en el interés de sus criaturas, y rechazando el segundo la responsabilidad de los actos ministeriales. Muy distinta es la posicion del actual gabinete: el partido conservador le respeta, por que vé en él á los que fueron siempre sus campeones, y porque gobierna con sus doctrinas: el bando progresista le teme, porque conoce su capacidad y pericia.

Volver á la legalidad, de donde con mas ó menos razon se habia salido, pero que se hacia cada vez mas necesaria, fué el primer acto del actual ministerio. La rebelion estaba vencida; no habia pues motivo alguno para que la nacion

continuase sometida á leyes excepcionales. Un solo objeto podia tener el prolongar esta situacion, y ese lo rechazaba el ministerio. Ya dijimos en otra ocasion lo que pensábamos sobre el sistema de dar por medio de decretos las leyes orgánicas y administrativas. Las leyes dadas de esta manera suelen perder en acierto y fuerza lo que ganan en oportunidad. Los gobiernos que no respetan las leyes, mal pueden imponer su obediencia á los pueblos. Organizar el pais por medio de decretos supone ó la dictadura con un ejército tan obediente como numeroso, ó la revolucion con sus turbas y su populacho armado. Así es que cuando ni una cosa ni otra existen, es absurdo y hasta imposible semejante sistema. Con justicia lo ha desechado el actual ministerio, adoptando al parecer otro mas conveniente y de resultados mas seguros, que consiste en preparar esas mismas leyes que queria dar por sí solo el Sr. Gonzalez Bravo, y pedir autorizacion á las Cortes para ponerlas en práctica, sin perjuicio de corregirlas siempre que se fuesen advirtiendo sus faltas. Se dirá tal vez que así perdemos un tiempo precioso que pudiera emplearse en la ejecucion de estas leyes; pero mas vale aguardar tres meses que hacer mal una obra que debe durar muchos años; mas vale que tarden unas leyes, contra cuya legitimidad no ha de poder hacerse ningun argumento, que hacer otras, cuya obediencia pudiera negarse con el texto de la Constitucion y de las leyes vigentes.

El otro punto importante de la política del nuevo ministerio es el arreglo de la Hacienda, cuestion aun mas árdua que la primera, y cuya buena resolucion es imposible sin gran saber, enerjía y prudencia en el ministro del ramo. Ya hemos dicho la situacion en que quedó el Erario á la salida del Sr. Carrasco: era pues indispensable desempeñar las rentas, y cubrir las obligaciones del Estado, sin lastimar intereses legítimos. Todas las rentas públicas no bastaban para pagar á los tenedores de la deuda flotante, y en tan apurada situacion era preciso que el Gobierno llenase las atenciones mas perentorias. Así es que el medio de transaccion

propuesto por el Sr. Mon era el único aceptable, por grandes que fuesen los inconvenientes de una nueva emision de títulos. Convirtiendo las libranzas en deuda del tres por ciento, bajó el tipo de 35 á 40, quedarán desembarazadas las rentas, y podrá reformarse el sistema tributario: y asegurado de esta manera el pago de los intereses, de creer es que, á pesar de la nueva emision, aumente en la bolsa el precio de los títulos. Precediendo á esta operacion una liquidacion escrupulosa de cada contrato, de la cual resulte la cantidad que en limpio debe el Estado, los verdaderos acreedores no sufrirán gran perjuicio en sus intereses, y subirán los ingresos del Erario.

Unida vá en cierto modo á esta cuestion la de la existencia de la contrata de tabacos. Subastóse esta renta en una cantidad ventajosísima para la hacienda, mas unieronse al contrato público ciertas condiciones adicionales privadas altamente gravosas para el Erario. Ademas entre las condiciones públicas habia algunas, que consideradas bajo el punto de vista de la política, eran tambien perjudiciales. El Sr. Mon aceptó como debia las condiciones adicionales, y aun se mostró dispuesto á anular toda la contrata, prévio el consentimiento de los asentistas. Somos enemigos por regla general de todo arriendo de las rentas públicas, mayormente cuando por ellos se desprende el Gobierno de una parte de su autoridad, y pone en manos de una compañía de particulares los medios de legítima influencia que solo á él corresponden. He aquí por qué tenemos por impolítica la contrata del tabaco. Pero como no es fácil que esta renta produzca en estos primeros años los 110 millones en que ha sido subastada, y por otra parte apremian tanto los apuros del tesoro, juzgamos que se podrian hacer tales modificaciones en el pliego de condiciones, que conviniera al Gobierno mantener la subasta. En el momento que escribimos estas líneas no hay nada definitivamente resuelto sobre esta cuestion, ni sobre la de los contratos; mas esperamos que una y otra lo serán pronto segun lo exige la justicia, y

sin menoscabo de los intereses legítimos y respetables.

Suponen los periódicos de la oposicion que hay disidencias entre los individuos del gabinete: dicen que el Sr. Vilama ha entrado en el ministerio con planes reaccionarios, y que los Sres. Mon y Pidal se oponen abiertamente á ellos. Creemos que semejante noticia no tiene el menor fundamento. No concebimos cómo un ministro de la corona que está seguro del apoyo de las Cortes próximas, quiera hacer ilegalmente por sí solo lo que podrá hacer legalmente con ellas: aun menos podemos creer que los planes que se atribuyen al nuevo ministro de Estado sean de aquellos que no sancionaría hoy en España ningun Congreso. Además el Sr. Vilama, aceptando su cartera, ha aceptado tambien la política del gabinete, pues si no hubiese estado conforme con ella, claro es que no habria entrado en el ministerio mientras continuasen en él los que están decididos á sostenerla á todo trance, y á no abandonarla sino con sus puestos. Esperamos que cuando SS. MM. vuelvan de Barcelona faltará pretexto á la oposicion para fomentar tan perjudiciales rumores. Allí recogen las augustas princesas el tributo de homenaje y veneracion de un pueblo entusiasmado que todos los dias las aclama y bendice; pero Madrid tambien las espera ansioso, y la accion y unidad del Gobierno ganarán tambien mucho con su pronto regreso.

La faccion del Maestrazgo puede considerarse extinguida. Todos los cabecillas, excepto el Groch, ó se han acogido al indulto que les ofreció el bizarro general Villalonga, ó han pagado sus crímenes con sus vidas. La conducta de este distinguido jefe ha sido la mas adecuada para la pacificacion de aquel territorio. Humano con los arrepentidos, firme con los impenitentes, ha logrado atraerse á los unos, é imponer á los otros de tal manera, que aquella faccion carlísta que por un momento comenzó á inspirar algun cuidado ya no existe.

Otro suceso gravísimo ha llamado en estos dias la atencion del público, sobre el cual no queremos dejar de apuntar

aunque ligeramente nuestro juicio. Los fiscales de la audiencia de Granada han pasado á los promotores fiscales una circular llamando su atencion sobre los abusos que dicen cometerse en la administracion de justicia. Fúndase este documento en una exposicion que dirigen los mismos fiscales á la junta de gobierno de la dicha audiencia, en la cual se censura agriamente al Gobierno, se aseguran hechos evidentemente falsos, y se declama en tono revolucionario sobre el despotismo y otros fantasmas de los tiempos presentes. Vése pues que los fiscales se han excedido evidentemente de sus atribuciones y cometido la falta gravísima de convertirse aun sin razon en censores del Gobierno, cuando por su ministerio deben ser agentes y funcionarios suyos. El Gobierno por lo tanto ha procedido con acierto suspendiéndoles en el ejercicio de su empleo, y mandando formar causa para castigar segun ella á los que resulten verdaderos culpables.

16 de Junio de 1844.

CURSOS PÚBLICOS.

Ateneo de Madrid.

LECCIONES DE LITERATURA ESPAÑOLA.

POESÍA.

I.

Si el estudio de la literatura de todos los pueblos civilizados es un manantial fecundo de observaciones importantísimas para el lejislador, el filósofo, el moralista: si por él adquirimos un conocimiento bastante exacto de las costumbres, leyes, religion é índole particular de diversos pueblos y naciones: si el interés que despierta en el ánimo el conjunto admirable de todas las producciones de la imaginacion humana crece mas y mas á medida que examinamos con mayor detencion su íntimo enlace con el espíritu social de esos mismos pueblos y naciones ¿cuán grande no deberá ser el que excite en nosotros el exámen filosófico de nuestra literatura nacional? Bien patente se ha manifestado, señores, en la escogida y numerosa concurrencia que con suma satisfaccion mia, y una constancia digna de todo elogio, ha llenado esta cátedra durante los dos años que he tenido la honra de desempeñarla. Y no á otra cosa sino á su loable deseo de ensanchar la esfera de sus conocimientos debe atribuirse el anhelo de cuantos han sacrificado los momentos de su solaz y des-

como á la asistencia constante con que me han favorecido. Porque ¿cómo suponer que pudiera atraerlos eficazmente lo agradable y deleitoso de la materia de que tratábamos, cuando mis observaciones filosóficas recaian sobre antiguos monumentos de nuestra primitiva literatura, informes, incompletos, como lo eran la civilizacion é instituciones sociales y políticas de los pueblos que los produgeron? ¿Ni cómo al lado de la seductora brillantez que acompaña á la moderna literatura, adornada de cuantas galas puede suministrarle la fantasía de los hombres, habia de competir la antigua, hulmilde, desaliñada, oculta bajo arrugados pergaminos, hundida en los mas oscuros rincones de nuestras bibliotecas, y recordada con desden de cuantos siguiendo solamente el impulso de la novedad, califican las producciones del entendimiento humano más por la osadía y brillantez con que salen á pública luz, que por la solidez y exactitud de sus doctrinas? Menos aun puede atribuirse á mi desempeño ese anhelo de la juventud que me escucha, cuando de mi parte hay, sí, el mas vehemente deseo de sacar de su oscuridad á nuestra antigua literatura, mas no las fuerzas necesarias para llevar cumplidamente á cabo tan noble y patriótica empresa.

Forzoso es confesar, señores, que aun no se ha extinguido enteramente en España el deseo de saber que dominaba á nuestros mayores; que aun permanece vivo ese interés que despierta en nosotros el recuerdo de nuestra antigua gloria literaria; que aun estamos dispuestos á apreciarla en su justo valor, y que todavía nos lisonjea el pensamiento de sacar de ella como de un rico minero los tesoros literarios, que el polvo de los siglos ha ocultado á nuestra vista. Estas ideas consoladoras reproducen en mi mente otra no menos lisonjera para mí. Porque, ¿quién duda que en fuerza de mis reiteradas exhortaciones habrán acudido algunos á consultar varias de las obras que he citado, sorprendidos al encontrar entre su maleza multitud de verdades luminosas proclamadas ahora como parto de nuestro siglo?

No otro es el fruto que desde el principio me propuse sacar de la prolongada série de mis discursos, y no es otro por cierto el interés que consigo lleva el juicio filosófico de nuestra literatura.

Pero si ese interés, vuelvo á repetir, aparecia noble y grande al examinar las obras de nuestros prosistas, á qué grado no deberá llegar haciendo igual exámen de las pertenecientes á nuestros poetas? Porque si bien en las primeras vemos el órden político, moral y religioso que reinaba en cada época notable de la sociedad: si al propio tiempo vemos en ellas el choque alternado de opiniones y doctrinas á que las revoluciones de los estados conducen con tanta frecuencia á los hombres; si vemos en ellas por último el cuadro variado y siempre permanente en todos los tiempos y naciones de la humanidad luchando entre la verdad y el error, entre el vicio y la virtud, entre la felicidad y la desgracia, condenado moralmente cada individuo á la eterna y penosa fatiga de Sisifo, y á la sed devoradora de Tántalo, en las obras de los poetas veremos igualmente ese cuadro desconsolador; pero dulcificadas sus tintas con los encantos de la poesía, con la magia de esa arte encantadora que sobrepujando á la naturaleza misma, sabe embellecerla haciendo que produzca deleite en el alma, no sólo la pintura de sus maravillas, sino tambien la de sus mismos horrores, y hasta la imágen aflictiva de la frágil y miserable condicion humana.

Por otra parte, señores, la poesía ofrece nuevo motivo de interés aun considerada aisladamente como parte de la imaginacion, y bajo el aspecto de frivolidad que la hace ser mirada con desden por sus ceñudos y severos antagonistas. Permítaseme manifestar estas ideas con mas amplitud refiriéndome á la generalidad de la poesía, para contraerme por último á la peculiar de nuestra España.

La poesía, en todas partes y en todos sus géneros, no es otra cosa que la expresion sublime del ente moral que nos anima; es la que nos descubre esa tendencia natural á levantarnos, á

pesar de nuestras miserias, hasta el eterno principio de que procedemos: es la que en todos tiempos ha servido de misterioso instrumento de la civilizacion humana; porque es el lenguaje de la divinidad todo armonía, todo sublimidad, todo grandeza. Ella reside en nuestra alma, y por eso se la encuentra lo mismo en los pueblos civilizados que en los aduares salvajes; así en los palacios de las cortes mas populosas, como en las chozas del inculto habitante del Canadá. En todas las regiones del mundo, en toda la série de los siglos, la poesía ha sido la expresion del placer, de la gloria, del entusiasmo: en todas partes ha sido la señal de la residencia del hombre: en todas ocasiones ha sido el primer eslabon de la cadena que ha obligado á los seres humanos á vivir en sociedad; porque ella les ha inspirado los placeres elevados, los pensamientos sublimes, el amor á la vida, las virtudes en que se funda su conservacion, y las leyes que deben protejerla y ampararla: en todas ocasiones, pues, la poesía, como un suave remanso en medio de las tempestuosas oleadas de la vida, ha servido de abrigo y solaz al hombre cercado por todas partes de penalidades y dolores.

El libro del legislador, del sacerdote, del moralista, de las sociedades primitivas, no otra cosa fueron que poesía: las figuras, las galas de la imaginacion, la alegoría, el enigma, la parábola, la metáfora servian de atavío á la verdad; hablaban poéticamente á los hombres, porque la poesía ha sido siempre su lenguaje primitivo: con él modificaban sus costumbres: con él los bardos civilizaban lentamente á los pueblos célticos: con él los trovadores suavizaron la tendencia irascible y belicosa de la edad media: con él los poetas posteriores introdugeron la cultura en las sociedades, haciéndolas amantes de la paz, de las virtudes públicas y privadas, de la religion y de la patria: con él en fin los hombres y los pueblos perdieron su primitiva rudeza selvática, se inclinaron á los placeres dulces y tranquilos, rectificaron y suavizaron sus sensaciones, y se dispusieron para la grande obra de la socia-

bilidad humana, resultado magnífico de la sensibilidad y de los placeres de la imaginacion, rectificados por la encantadora magía del metro y de la armonía. Apenas se hallará hombre alguno en cuya alma no ejerzan un imperio soberano; y ¡desgraciado aquel que nazca insensible á los encantos de la poesía! Su existencia, desnuda de los deliciosos ensueños de la imaginacion, correrá lánguidamente á su término sin ilusiones ni placer, como los arroyos que dentro de las simas formadas por riscos escarpados corren á perderse y confundirse entre las olas del mar, sin haber logrado besar en su tránsito las flores que engalanan las praderas. ¡Desgraciada, por la misma causa, la nacion en donde la poesía no ejerza un imperio saludable sobre sus moradores; porque ni sus riquezas bastarán para labrar su felicidad, ni la religion ni las leyes, abandonadas á sí mismas, lograrán afianzar las virtudes que solo se conservan á favor del entusiasmo de la razon poética, muy diversa, señores, de la razon positiva de las cosas.

Si la idea vulgar y poco exacta que se tiene de la poesía no provocára el panegírico que de arte tan delicioso y seductor pudiera hacerse, me limitaría á lo que acabo de decir, por ser muy suficiente para formar alguna idea de su utilidad y ventajas; pero como vulgarmente solo se juzga á la poesía por el aspecto de frivolidad que es propio de algunas de sus especies, forzoso será formar un cuadro mas animado de su influencia moral, política y religiosa en las sociedades humanas.

Señores: la poesía ha sido, como ya he indicado, el primer instrumento de la civilizacion particular y general de los pueblos: nadie ignora esta verdad. Si alguno duda de ella, que registre los anales de cada pueblo, sus tradiciones, sus antiguas constumbres, su culto religioso, y hallará consagradas sus leyes, la memoria de sus héroes, sus hábitos morales, y sus ritos, dogmas y creencias, en cánticos populares, en apotegmas célebres, que de boca en boca han pasado de una en otra generacion, transmitiéndose con la pureza é integridad poética con que fueron dictados por los primitivos sacerdotes y legisladores. Tácito, hablando

de los anales de los germanos, dice que consistian en varios poemas con que celebran sus dioses y sus héroes. Los Scaldos, nombre que los setentrionales daban á sus poetas, tenian por objeto ensalzar el valor de sus guerreros, y el poder de la Divinidad en sus composiciones poéticas, rudas pero enérgicas, acomodadas al estado de su escasa civilizacion. Los bardos, poetas de los celtas, germanos, britanos y galos, cumplian con esa condicion comun á todos los pueblos de la tierra; y aun en algunos mas oscuros é ignotos, en esa multitud de islas que pueblan la inmensidad del Océano, en esas tribus salvages y errantes que las habitan, se encuentra el espíritu poético que nace con los hombres; y se advierte con sorpresa que su mayor grado de barbarie está en razon de su insensibilidad y menor aficion á los encantos de la poesía. Esta nació aun antes que se acabáran de formar las lenguas; mucho antes que la escritura con su injenioso mecanismo pudiese trasladar á la posteridad los pensamientos del hombre. Mucho antes de Homero hubo poetas en Grecia; setenta y cinco se cuentan segun Fabricio. Pero aun es mas sorprendente hallarlos anteriores á Moisés, siendo este el mas antiguo que se conoce, fuera de los que él mismo cita, como Jubal, de quien dice expresamente en el capítulo 4.º del Génesis *ipse fuit pater canentium cithara et organo*, puesto que debe inferirse que la voz humana fué el instrumento primitivo, y que debió acompañar con la palabra á los que despues se inventaron.

Pero ya sea en épocas remotas y tradicionales, ya en las que pertenecen á la verdad histórica, la poesía se presenta siempre en primer término, siempre civilizando á los hombres, inspirándoles sentimientos de virtud, de respeto y temor á la divinidad, de amor y entusiasmo por la patria; siempre correspondiendo á ese principio de armonía predominante en la creacion, al cual alude San Agustin cuando dice que el universo no es otra cosa que un poema divino, é igualmente el Ilustrísimo Caramuel cuando llama á Dios *primus et summus poeta*.

A ese sublime principio que todo lo vivifica, que todo lo anima, que todo lo poetiza, corresponde fielmente el anhelo de los hombres por dar á todas sus ideas y pensamientos la pompa, las galas y la seduccion de la poesía: es una necesidad del alma como los alimentos lo son del cuerpo; y hé aquí porque una de las propiedades naturales del hombre consiste en no detenerse en lo real y positivo, antes bien pasar mas allá de lo posible y hacedero. Siendo esto cierto, nada mas natural, como ya he dicho, que hallar en la verdad poética y en sus agradables supuestos una fuerza irresistible muy superior á la de la verdad prosáica.

El idealismo, pues, engrandeciendo las cosas, les comunica un poder capaz de imperar en el ánimo, rebelde por naturaleza á todo lo que por sí mismo no sea capaz de producir en él sensaciones fuertes y profundas. No bastando la realidad para dominar en nuestros corazones, ha sido preciso que la imaginacion supla á la verdad, y satisfaga de ese modo á nuestra tendencia innata al idealismo. Esa tendencia, señores, la vemos comprobada por la esperiencia. ¿Son acaso las cualidades de la mayor parte de los objetos que nos rodean las que gustamos con mas placer, ó bien las que en ellos imaginamos encontrar? Este error de nuestros sentidos es precisamente el orígen de las grandes acciones que admiramos en los hombres. ¿A qué otra causa debemos atribuir el entusiasmo de un guerrero que arrostra la muerte por alcanzar fama y renombre? Cesar leyendo la historia de Alejandro se lamentaba de que á su edad ya este habia conquistado el Asia, mientras él nada habia hecho digno de aplauso. ¿Qué otra cosa veia en las hazañas del macedonio sino la gloria militar y el renombre de conquistador que tanto lisonjeaba el amor propio? El amor, esa pasion universal, reina del mundo, centro de la mayor parte de las pasiones humanas, ¿en qué funda sus misteriosos placeres sino en el idealismo de que rodeamos al objeto que nos la inspira? Despójese de su magia á las cosas que entretienen nuestra fantasía, y allí donde principia la ver-

dad prosáica dará fin la historia de nuestras ilusiones. Ni la virtud misma está exenta de esa ley poderosa: desde el momento en que pierde su idealismo, su atractivo, su entusiasmo poético, se apodera de los hombres el egoismo, y el yo, concretado al individuo, no da un paso en beneficio de la sociedad; lejos de eso engendra la inhumanidad y el delito.

Los gobiernos, las leyes, el imperio de las costumbres, la fuerza de la opinion ¿ qué vienen á ser para el hombre sin ilusiones ni entusiasmo, que solo vé en los primeros un mal irresistible; en las leyes un yugo insoportable; en las costumbres un capricho heredado; en la opinion pública un obstáculo á la presuncion individual? Respondan por mí las épocas turbulentas en que se cree haber llegado á lo positivo de las cosas porque se consigue despojarlas de su idealismo poético para debilitar su accion en la imaginacion humana, arrancar á los pueblos sus creencias y con ellas su bienestar moral; respondan pues, y digan ¿qué significan las palabras libertad, ley, órden, moral, y felicidad pública, cuando los objetos representados por estas palabras desgastada ya su sublimidad poética, vienen á ser vulnerados por cualquiera, reducidos á blanco miserable de amargas diatribas, de sangrientos sarcasmos, ó bien pasan á recibir un culto hipócrita y deslumbrador, preconizado por los labios pero sin partir del corazon? Semejantes á la planta agostada por el sol canicular que ha perdido la hermosura y fragancia de la época de su lozanía, conservan un nombre que representa lo que fueron, mas no el poder moral de que las revoluciones les han despojado.

La poesia, pues, desde la infancia de los pueblos ha sido depositaria ó intérprete de los sublimes principios conservadores de la sociedad. De ella se valieron los primeros filósofos y lejisladores para inculcar en los ánimos de sus conciudadanos las máximas de sociabilidad de que no podian carecer si habian de salir de su estado de barbarie. Comenzando por contar las maravillas de la naturaleza para venir á pa-

rar al conocimiento de una causa superior é inteligente, en el lenguaje ordinario dejó su sencillez y lisura para acomodarse á la magestad de los objetos que cantaba, é inspirar mayor admiracion y respeto hácia la causa preexistente de todo lo criado. Este respeto, esta admiracion religiosa pasaron por traslacion á los héroes que se distinguieron por su denuedo en combatir por la salvacion de la patria, y á los sabios que habian logrado organizar la sociedad con sus doctrinas; porque en unos y otros encontraron cualidades superiores, sobrenaturales, que los hacian semejantes á sus dioses. No tuvo otro orígen la oda que el deseo de perpetuar la gloria de los defensores de la patria, y la memoria de los fundadores de los imperios. No tuvo otro orígen el poema didáctico que el confiar los sabios á la armonía poética sus máximas de moral, de virtud y respeto á las leyes, como medio mas seguro de encomendarlas á la memoria. Los fragmentos de Orfeo, llamados páginas de Oro, los de Solon y de Pitágoras, versos son, cuyas sentencias morales tienen por objeto la modificacion de las costumbres y la instruccion de los ciudadanos. No fué otro tampoco el orígen de la epopeya que el deseo de referir acciones grandes y memorables dignas de ser transmitidas á la posteridad: esa fue la primitiva historia de los pueblos. Y como la superioridad de aquellas acciones sobre el comun de los hombres no podia comprenderse sin suponer que en su ejecucion prodigiosa habia intervenido un poder sobrenatural, y como por otra parte predominase en el ánimo la tendencia al idealismo, la poesía épica, arrancando á los dioses de su Olimpo, los obligó á descender á la tierra para tomar parte en las querellas de los hombres, abriendo de esa manera un ancho campo á la imaginacion, y poniendo á disposicion del ingenio humano todos los dominios del cielo, de la tierra y de los infiernos. Y obsérvese de paso, señores, que esa gran creacion, el poema épico, que parece hija de una época de saber y de civilizacion colmada, lo es solamente de tiempos que á las creencias populares presiden el error y la ignorancia; porque tan solo el

error y la ignorancia de los pueblos pudiera hacer de su teogonía un instrumento de las pasiones de los hombres, poniendo como bajo su obediencia los seres inmortales. Y he ahí por qué ya en nuestra edad presente, mas ilustradas las creencias populares, la epopeya no pueda sostenerse con el aparato maravilloso de su maquinaria; así como por lo mismo tampo puede concebirse que los pueblos de Europa, en los siglos no remotos de su restauracion y cultura, creyesen que en una redoma guardaba el májico un espíritu infernal, y que en fuerza de sus conjuros obedecian sumisos á su voz todos los seres de la naturaleza, y se reproducian todos los fenómenos del cielo y de la tierra. La epopeya es por lo tanto la obra mas grande del ingenio de un hombre; mas no una prueba de la ilustracion general de su siglo.

La poesía, pues, dándonos á conocer la estension del ingenio humano, y la fuerza de la fantasía, ha servido además en todos tiempos de órgano poderoso de la moral, de la religion y de las leyes. Y no hay duda que ese poder civilizador le conservará siempre, porque siempre nuestros sentidos se prestarán dócilmente á los placeres de la armonía poética.

Esta misma circunstancia que tanto ensalza sus nobles cualidades, revela al observador filósofo el uso perniciosísimo que puede hacerse de un arma tan poderosa, cuando los que la manejan no reunen á su talento la instruccion necesaria para distinguir el bien del mal, ni la pureza de intencion indispensable para no convertir esa espada de dos filos en daño de la sociedad entera. Vergonzoso es el abuso que de ella se ha hecho en todos tiempos, y principalmente en los siglos cultos de Europa; porque ya refinadas las costumbres, sutilizados los placeres, debilitada la conciencia de lo bueno, relajado el vigor de las leyes, y dudosos los principios de la creencia vulgar, el ansia de lucir la imaginacion á espensas del pudor, de la integridad de la moral, y de la tranquilidad de los estados, no ha encontrado límite á sus desvarios, porque carece de límite el desenfreno de las pasiones humanas, autorizadas por la repeticion del ejem-

plo; y por eso aunque órgano de la moral y de la religion en su origen, ya no es mas la poesía que objeto de pasatiempo y estímulo á la relajacion de las costumbres.

Si al hablar de los prosistas en el curso pasado no dejé de señalar en cada época notable las modificaciones introducidas en las letras por el espíritu dominante en cada una de ellas, con mas motivo deberemos hacer aplicacion de esas mismas observaciones á la poesía, aun mas sujeta que la prosa al imperio de la moda, á los vicios de las costumbres, y á las revoluciones de los estados. Y cuando lleguemos á formar juicio de su carácter actual, cuando examinemos sus presentes cualidades, y tratemos de señalar su tendencia manifiesta, no podremos menos de conocer que llevada en alas de una regeneracion quimérica y de una amplitud desatentada, incompatible con la razon y el buen gusto; apenas llegue á la meta señalada en los espacios del delirio, volverá por necesidad á su primer punto de partida, como único medio de conseguir el acierto. La imaginacion cuando logra sacudir el freno de la razon y del gusto, se vé tarde ó temprano en el caso de un jóven que desoye los avisos de sus mayores y se entrega á la disipacion y al libertinage, hasta que la edad de desengaño le vuelve al camino de la virtud que imprudentemente habia abandonado.

Y sucederá así porque no puede menos de suceder; porque el error no puede subsistir largo tiempo; porque las sociedades se cansan de lo que no es conveniente y justo; y entonces lo desecha, y la opinion comun opone un obstáculo á los delirios del ingenio.

Tal es, señores, en breves palabras, el carácter que presenta en la actualidad la poesía europea. He extendido mis reflexiones á ella en general, aunque refiriéndome especialmente á la poesía francesa, porque no otras serian las que habria de hacer sobre la nuestra, obediente hasta el servilismo á las caprichosas leyes que aquella le impone.

Desde la decadencia total de nuestra literatura en el si-

glo XVII, y al comenzar su restauracion en el siguiente por las causas que especifiqué al tratar de los prosistas de igual época, se anunció desde luego el predominio de escuela que habian adquirido sobre nuestra literatura los poetas franceses del reinado de Luis XIV. Este predominio se manifestó mas abiertamente en la poesía dramática, género cuyas formas estan sujetas á las variaciones del gusto, y que por lo mismo pueden ser aplicadas con mas ó menos exactitud, con mejor ó peor éxito, á los varios pueblos de Europa. La reforma verificada sobre ese género en Francia, fué necesaria y oportuna en una época tan notable por su corrupcion literaria, que amenazaba destruir enteramente el gusto y la razon de las naciones cultas. Se verificó, pues, el retroceso al primitivo punto de partida que poco antes he insinuado; y las máximas de Aristóteles y de Horacio, llevadas al extremo, como succede en todas las reacciones, vinieron á regentar el teatro, aunque notablemente modificadas, segun lo exigian la organizacion y tendencia de las sociedades modernas. No tardó mucho en hacerse general la revolucion producida por los franceses en la poesía dramática; y España admitió igualmente el clasicismo francés, porque no podia menos de admitirle en medio del lamentable trastorno de su teatro. No debia suceder lo mismo en la poesía lírica, y en efecto no sucedió. Fundando esta los títulos de su gloria, mas que en la fuerza y elevacion de los pensamientos, en las galas y lozanía de la expresion, era imposible que nuestra poesía se desviase de la italiana, tipo primitivo de sus variados y elegantes metros, así como de los no olvidados versos de los Leones, Herreras, y Riojas, para acomodarse al inarmónico metro francés, por mas hábilmente que le manejasen Delille, Malesherbes, y otros de igual reputacion. Permaneció, pues, intacta nuestra poesía lírica, merced á nuestros antiguos poetas, los cuales á manera de un faro luminoso aun sirven de guia á los que estraviados por la moda y el mal gusto trabajan sin embargo por llegar al término de la perfeccion; y ellos solos podrán salvar nuestra poesía de la ruina que le amenaza por ha-

berse plegado á imitar la dureza y sequedad del metro francés, y lo que es peor para la sociedad, por haber suscrito al necio filosofismo de que hacen ridícula ostentacion los poetas de la edad presente.

Aunque las ideas hasta aquí emitidas no sean suficientes para formar una apología completa de esta parte amena é interesante de la literatura, basta sin embargo para mirar con algun interés el estudio filosófico de nuestra poesía. Espero no será estéril en resultados importantes para la religion, la moral, las costumbres y la política, el exámen de los diversos caractéres de la poesía en las épocas mas señaladas de su gloriosa carrera en España; y espero tambien que al ver señalados los límites á que puede extenderse la humana fantasía, nos convenceremos de la impotencia de nuestros esfuerzos por abrir á las amenas letras senderos inusitados, llevados del vano empeño de rodearla de mayor lustre y esplendor, y el riesgo inminente á que la exponemos cada vez que llegamos á presumir ser este el siglo privilegiado del saber, y que antes de nosotros todo fué ignorancia y pobreza de ingenio.

A fin, pues, de presentar el órden de ideas con mas claridad y exactitud, habré de seguir un plan enteramente distinto del que observé al tratar de los prosistas. Mas confundidos entre sí los géneros en la prosa; formando esta en cierto modo un todo homogéneo en cada época literaria, me fué facil abrazar cada una de estas en particular, examinar sus caractéres, y observar al mismo tiempo el cambio que esperimentaban las letras en el tránsito de unos siglos á otros. No es posible hacer lo mismo con la poesía, aunque de ello habrian de resultar ventajas que á ninguno pueden ocultarse. Pero sus géneros se diferencian entre sí notablemente; habria de suspender el juicio del uno para formar el del otro, y luego el de otro y otro: las ideas que formásemos de cada género y especie se confundirían, y aun tendrian que incurrir en frecuentes repeticiones para encadenar las ideas, sopena de dejarlas aistadas y sin claridad ni exactitud.

así, pues, el primer género por donde empezaremos nuestro exámen filosófico será el poema épico, mas cercano á la infancia de las sociedades humanas, como nacido de los primitivos cánticos populares; examinarémos sus especies, la índole particular de cada una de ellas, y las causas de su decadencia hasta llegar al siglo presente. La poesía lírica con todas sus variadas formas ocupará nuestra atencion en segundo lugar, aun cuando reconozca igual origen que la epopeya; y la poesía dramática con sus varias especies y sus infinitas vicisitudes ocupará el último lugar, como muy posterior que ha sido su aparicion en la república de las letras respecto de los demás géneros de poesía.

Hé aquí, señores, bosquejado el plan de nuestras próximas tareas. Delicado pero agradable en su ejecucion, podrá proporcionarnos con ventajas aquel placer que tantas veces hemos experimentado al buscar en los libros de nuestros prosistas cuanto bastaba para realzar su nombre y nuestra antigua gloria literaria. Ese placer mezclado con el orgullo que necesariamente habrá de despertar en nosotros la idea de ser los únicos que en union con los italianos contribuimos á la grande obra de la restauracion de las letras en Europa, hará ceder algunas veces el rigor de la crítica á los estímulos de la gloria nacional. Y hago esta ingenua y anticipada confesion con tanta mayor franqueza, cuanto que estoy acostumbrado á ver en las obras de críticos muy celebrados anunciada una imparcialidad que desaparece de la escena apenas se presenta en ella la literatura del pais natal del escritor.

Esta prevencion desfavorable con que los críticos suelen mirar toda literatura que no sea la de su nacion, loable ciertamente cuando al realzar las glorias literarias de cada pueblo en particular se satisface ese noble sentimiento de orgullo patrio, lleva consigo sin embargo un gravísimo inconveniente para el estudio y progresos de la literatura en general.

Todos sabemos, señores, por ser desgraciadamente harto

notorio el desden y aun el desprecio con que han hablado del teatro antiguo español los críticos franceses del siglo XVII, y los que despues de ellos al emitir sus juicios sobre aquel, no han hecho otra cosa que copiar el que sin suficiente exámen formaron los mismos que tomaban de nuestro despreciado teatro, así como del italiano, las mas preciosas joyas que esmaltan el suyo. La preponderancia política de los franceses, y el espíritu de la nueva escuela que sus mas acreditados literatos habian hecho general en Europa, daba tanto mayor peso á sus amargas censuras, cuanto menor iba siendo nuestra influencia política, y menos contrapeso podiamos hacer en la balanza de la literatura moderna.

Algunos críticos franceses, que por una anomalía inconcebible son igualmente preconizadores de los mas grandes absurdos como de los mayores aciertos, han valuado la importancia literaria de los pueblos por el mayor ó menor grado de influencia política de los mismos; y si bien no han podido despojar de su merecida gloria á Italia, cuna de la literatura moderna, en la cual se mecieron un Dante, un Tasso y un Ariosto, á quienes no tienen modelo alguno que oponer, se han cebado en deshojar los laureles que coronaban la frente de los españoles en su competencia literaria con todas las naciones del continente. Si la importancia política entra ó no por mucho en los juicios de aquellos críticos, lo declara suficientemente, no la indulgencia, sino el aplauso con que ensalzan en Sakespeare los desaciertos y monstruosidades que tan agriamente censuran en Lope, Calderon, Moreto, y demas dramáticos españoles, siendo así que estos pertenecen como aquel á la época de la mas amplia libertad de la poesía dramática. Y no es lo peor que los extranjeros formen juicios tan erróneos de nosotros, sino que haya españoles capaces de dejarse llevar de ese falso modo de juzgar de las cosas hasta el punto no solo de adoptar y repetir los sofismas franceses, sino de emplear todo el esfuerzo de su ingenio para acomodarle al gusto depravado sugerido por esa falsa crítica, con men-

gua de nuestra nacionalidad y menosprecio de nuestro antiguo teatro. Solamente una nacion europea nos hace justicia; mas los alemanes menos ocupados en estender la gloria agena, que en asegurar la suya propia, nos estudian, nos admiran, se rien de los críticos franceses; pero no procuran vindicar nuestra literatura con igual empeño que aquellos han puesto siempre en desacreditarla.

¡Cuántas veces, señores, viendo ensalzar hasta las nubes autores y artistas extranjeros de no mayor mérito que algunos de nuestros españoles, digo para mí mismo: si España no hubiera perdido su influencia política y mercantil en el continente, sus antiguos poetas líricos y dramáticos serían reputados, así como los italianos, por ingenios de un órden superior; servirían de modelos, y se les colmaría de las mas lisonjeras alabanzas! Si la suerte de las naciones hiciese que la nuestra se levantase al estado de grandeza á que debe aspirar, tal vez muchas obras de nuestros modernos escritores, de cuya existencia apenas se tiene noticia allende de los Pirineos, serían objeto del sinnúmero de encomios con que diariamente se nos recomiendan en los periódicos extranjeros escritos de poca importancia, juguetes de ingenio, ó lo que es peor todavía, compilaciones de antiguas máximas de inmoralidad y de corrupcion política y religiosa. Mas por desgracia nuestra, esa preponderancia á que debemos aspirar se halla demasiado lejana de nosotros, y por consiguiente mientras no lleguemos á conseguirla, nuestra literatura habrá de permanecer bajo la tutela extranjera sin nacionalidad y sin gloria.

No se crea, en vista de lo que dejo dicho, que mi espíritu de españolismo llega al punto de despreciar todo lo que no sea español: tan distante de este extremo ridículo como de su opuesto, no menos ridículo tambien, admiro y respeto, como el que mas, las obras maestras de los extranjeros, y deseo que de ellas se haga un estudio muy reflexivo. ¿Ni cómo podría desconocer la justicia con que gloriosamente campean en el orbe literario los celebrados

nombres de Fenelon, Bossuet, Voltaire, Racine, Corneille, Boileau, Chateaubriand, y otros mil antiguos y modernos, cuyas obras son el primer título de gloria de los franceses? Solamente deseo que los críticos extranjeros guarden respecto de nuestros escritores la misma imparcialidad que nosotros observamos al hablar de los suyos. Persuadido, pues, de que la literatura general es como un vastísimo mercado, en que cada cual puede adquirir el género que mas le convenga, mi anhelo no es alejar á la juventud de un tráfico de ideas, que tan provechoso puede y debe ser para acelerar los progresos de la literatura nacional, sino el desviarla del espíritu de charlatanismo de la escuela moderna, el cual, admitiendo los errores que la sana crítica en todos tiempos ha condenado severamente, obliga á los jóvenes á aplaudir en los autores de moda los mismos vicios que censura en otros menos afortunados, poniéndolos en el caso de olvidar su literatura propia por seguir los desaciertos de las extrañas.

No sé si por ventura lograré ver satisfechos mis deseos; porque el imperio de la moda es mas poderoso que mi débil voz. Y la moda es, señores, y no la crítica sensata, la que actualmente dirige las opiniones literarias de Europa, pues que ahora, en el tiempo en que precisamente se pretende probar que ha revivido la verdadera crítica; ahora en que todos los principios se ponen en duda, en que todas las opiniones son tan vagas é inciertas, en que cada cual es árbitro de establecer un gusto, un método, un sistema transitorio, instable ¿puede ser otra cosa que la moda la reguladora del ingenio y del gusto? No ciertamente: en la actualidad nos hallamos en una crisis literaria, y preciso es que toquemos en los extremos antes de fijarnos en el centro: forzoso es que ceda la fiebre para que cese el delirio, y ejerza su imperio la razon. Entre tanto seran inútiles todos mis esfuerzos en favor de las buenas doctrinas; y si alguna ventaja llego á conseguir en beneficio de las letras, debida será al poderoso atractivo de nuestra poesía, á la fuerza irresistible de tantas

pruebas de hecho que no podrán ser recusadas, y de que harémos satisfactorio alarde. ¡Ojalá que la reseña de tantos y tan inimitables ejemplos de buena poesía en todos sus variados géneros, susceptibles de ser colocados sin mengua al lado de lo mas escogido de las literaturas extranjeras, nos saque del ciego error que nos deslumbra, y nos obligue á dar á nuestros poetas antiguos y modernos la justa estimacion de que los ha privado nuestro amortiguado espíritu nacional, casi estinguido por efecto de la dolorosa decadencia política y militar de nuestra desgraciada patria.

II.

Cuando vemos que los pueblos bárbaros y hasta los incultos salvages acostumbran á cantar con rústicos y desaliñados versos el poder de sus divinidades, ó bien sus propios amores y las hazañas de sus héroes, no puede quedarnos duda de que la poesía es connatural al hombre; y lo es en efecto, porque las pasiones humanas, el placer y el dolor que estas ocasionan, no tienen intérprete mas fiel que el lenguaje poético, ó hablando con mas exactitud, esas mismas pasiones y los afectos ya tiernos ya impetuosos del corazon, en realidad no son otra cosa que poesía pura, porque todo es poesía en la naturaleza apasionada.

Ni debe sorprendernos por lo mismo que sin embargo de la rude ignorancia en que yacía Europa durante la edad media, hallemos al rayar el siglo XII vestigios de ese espíritu poético, que muy pronto llegó á ser colosal y sublime en varios puntos del continente. Lo que sin duda debe causarnos mayor admiracion y sorpresa, es no hallar vestigios de igual naturaleza en los siglos anteriores, esto es, en los que siguieron á la ruina total del imperio romano en Occidente. Verdad es que bien entendida la historia literaria de ese remoto y oscurísimo tiempo, es fácil conocer que comen-

só á dejenerar á la sazon la lengua latina hasta entonces usual y corriente, é intrusándose á ella voces exóticas y bárbaras, no habia lenguaje fijo, y sí un mestizo inculto y grosero que debia prestarse muy poco á la armonía métrica, y que hubo de sofocar el espíritu poético heredado de los romanos. Así, pues, solamente en los claustros, donde por inclinacion y necesidad predominaba una lengua sábia y exclusiva, se dejaba oir el canto de las musas sagradas; pero sin que sus acentos influyesen de manera alguna en el estro profano, adormecido bajo el peso de la conquista y sobre el regazo de la ignorancia.

Y esto es tan cierto, como que segun iba formándose el idioma vulgar, iba tambien asomando el espíritu poético peculiar de cada pueblo; necesario por ser hijo de la naturaleza, el cual solo puede estar oscurecido cuando falta, como en los siglos de que hablamos, el único instrumento de que puede valerse para la expresion. No existiendo un lenguaje determinado, era imposible que hubiese poesía verdadera.

Necesariamente debió ser mas lenta y tardía en España la formacion de un lenguaje vulgar, por lo mismo que habian de concurrir á su formacion mayor número de componentes. Si en Italia y Francia se amalgamaron con el latin degenerado ó romance infinitas palabras góticas, en España tenian que entrar á la parte con estas no pocas voces arábigas; medio eficaz sin duda para enriquecer facil y prontamente la lengua, pero tambien el mas á propósito para que se retardase el fijar su verdadera indole y su carácter esencial. Así es que en España no comenzó á darse á conocer la poesía vulgar hasta que su lengua tomó una forma determinada, esto es, hasta el siglo XII; porque la conocida antes de esta época es indudablemente prestada como veremos ahora.

El sacudimiento militar y político de los europeos con motivo de las célebres empresas de los cruzados comenzadas á fines del siglo XI les sacó de aquel estado de embrutecimiento

á que los habia reducido la suerte de la guerra y la ignorancia de los conquistadores. Un entusiasmo inusitado (valiéndome de las palabras de un historiador francés) rompió las barreras que separaban unas de otras á las naciones; las reunió para emprender conquistas religiosas, esto es, consagradas por un pretexto religioso; las trasladó á la patria de los Fidias y de los Homeros, y las hizo respirar el aire de la voluptuosa Asia. En consecuencia de semejante empresa ¡cuántas nuevas sensaciones, cuántas ideas y gustos nuevos! ¡Fenómeno admirable! La devocion insensata y belicosa de las cruzadas contribuyó eficazmente al renacimiento de las artes y al desarrollo de la razon; concurrió al triunfo de las musas y de los ingeniosos placeres que debian nacer de sus fatigas guerreras.

La cultura de los orientales, la vista de aquellos paises llenos de recuerdos grandes y sublimes, y sobre todo la tendencia de los hombres á expresar sus sentimientos con todas las galas y atractivos poéticos, cuando la multiplicidad de agradables y variadas sensaciones enardecen la fantasía y engendran ideas y pensamientos nuevos, todo reunido contribuyó á formar crecido número de poetas que bajo el nombre de trovadores (nombre significativo que expresaba el talento de *hallar* de *inventar*, ó sean las cualidades del ingenio) inundaban los pueblos, los castillos, las cortes de los príncipes, y no solamente gozaban del favor de los magnates, sino que tambien lograban conquistar el amor de las hermosas. Este incentivo era sobradamente poderoso para que dejase de producir efectos muy sorprendentes. Efectivamente variábanse los metros, pulíase el estilo, pugnaba el ingenio por presentar con novedad los pensamientos, y la poesía ganaba un terreno inmenso comparado con la escasez de medios que para ello empleaban en general aquellos poetas. Pero como la instruccion de estos era casi nula, y como en materia de poesía se halla tan al alcance de todos los que tienen buen oido el ajustar los metros y concertar consonancias, en lo cual juzga el vulgo que consiste únicamente la

ciencia del poeta, se multiplicaron hasta lo infinito los trovadores con notable daño del gusto y de los progresos del arte.

El reinado de los trovadores duró todo el tiempo que tardó en esparcirse por Europa la semilla del buen gusto de la antigüedad. El célebre Dante dió principio en Italia á una nueva era poética, y cerró para siempre la historia de aquellos primeros vates de la restauracion literaria del continente.

Pero si bien los progresos de la cultura europea dejaron oscurecida la fama de los trovadores, nadie podrá arrebatar á la lengua provenzal la gloria de haber sido la primera que sirviese de instrumento á los rudos ensayos del entusiasmo poético. Esta lengua que desde muy antiguo conservaba hasta cierto punto un tipo fijo, un carácter mas determinado que los demás dialectos europeos nacidos de la degeneracion del latin, se manifestaba ya con esa forma y carácter nada menos que desde el siglo IX al X, como aparece de los mismos documentos que existen de aquel tiempo. Citarémos en prueba un trozo del compromiso que establecieron en Strasbourg los dos hermanos Carlos el calvo, rey de Francia ó de Neustria, ó sea el pais comprendido desde el Meuse al Loire, y Luis, rey de Germania, el año 842 para ayudarse recíprocamente contra las empresas de Lotario. Dice así:

«Kar pro Deus amor, et pro Christian poblo, et nos»tro comum salvament dist di enavant, en quant Deus savir, «et potir me dunat, si salvare jo cist meon frade Karlo, et »in adjudha; et in cadhuna cosa; si com hom perdreit son »fradre salvar dist; ino quid ilim altre si faret; et ab Lud»hes mil plaid nunquam prindrai, qui meon vol, cist meon «frade Karle in damno sit.»

Lo cual traducido al pié de la letra dice de este modo:

«Por amor de Dios y por el cristiano pueblo y nuestro »comun salvamento, de este dia en adelante, en cuanto Dios »saber y poder me ha dado, así salvaré yo á este mi hermano »Carlos, y seré en su auxilio y en cualquier cosa; como por »derecho un hombre debe salvar á su hermano, y no lo que

»otro haría; y con Lotario nunca emprenderé trato algu-»no, que de mi voluntad de este mi hermano Carlos en da-»ño sea.»

Trasladarémos aquí tambien otro documento notable por su antigüedad, y porque perteneciendo á la época de nuestros condes de Barcelona, comienza ya á darnos luz sobre el orígen moderno de nuestra poesía. Este documento es un epitafio que se puso en el sepulcro del conde Bernardo, que pereció desgraciadamente en el año 844: dice de esta manera en letras mayúsculas.

Assi jay lo Comte Bernad,
Fisel credeire al sang sacrat,
Que sempre prud' hom es estat
Preguen la divina bontat,
Qu' aquela fi que lo tuat
Poscua son aima aber salvat.

TRADUCCION LITERAL.

Aquí yace el Conde Bernardo,
Fiel creyente á la sangre sagrada,
Que siempre prudente hombre ha sido.
Rogad á la divina bondad,
Que aquel fin que le mató
Pueda haber salvado su alma.

Examínense estos trozos, y se hallará por base el latin adulterado con mezcla de algunas palabras tudescas; pero obsérvese con particularidad, que en este dialecto se encuentra igualmente la matriz del lenguaje catalan y valenciano, y sobre todo los del idioma francés. Los autores que se han dedicado á investigar el orígen del dialecto provenzal, que algunos llaman *lemosino* con poca propiedad, estan discordes en un punto histórico que no tratarémos de resolver en este lugar, porque nos desviaría demasiado de nuestro objeto. Baste saber que unos pretenden ser la lengua catalana

la que sirvió de tipo á la provenzal, otros que de esta procede la primera. Lo que no tiene duda, y lo que puede convenir mas á nuestro propósito, es que la época de mayor lustre de la poesía é idioma provenzal fecha desde fines del siglo XI en que la Provenza estuvo bajo el dominio de los condes de Barcelona. D. Ramon Berenguel, I de este nombre, fijó su corte en la misma Provenza, y fué protector entusiasta de los que manifestaban ingenio para la poesía. En tiempo de este príncipe llegó á su mayor esplendor la provenzal, y de aquí han tomado ocasion algunos escritores catalanes para asentar como cierto que la pulidez y cultura de aquella poesía se debió á la lengua catalana. Cuestion es esta puramente erudita y al mismo tiempo de dificil resolucion. No es peculiar de mi objeto dilucidar puntos históricos, propios tan solo de una obra de erudicion y crítica; pero como todo lo que puede redundar en honra de nuestro pais y lustre de nuestra literatura debe esperar agradable acogida de cuantos estiman algo la gloria de su patria, citaré lo que algunos escritores extranjeros han dicho respecto de nuestra influencia para el fomento de la poesía provenzal. *Pitton* en su historia de la villa de Aix, lib. 2.°, cap. 5.°, dice así: «Entre tantas y tan raras cualidades como adornaban á nuestros príncipes catalanes, no era »la menor de ellas el aprecio que hacian de los literatos; »pues á su solicitud debemos haber restablecido el estudio »de las bellas letras. En su tiempo hallaron nuestros proven»zales el arte de rimar, y dieron al parnaso una décima com»pañera, la cual fué á un mismo tiempo bien recibida de la »corte y de la grandeza.» *Nostradamus* en la segunda parte de la historia de Provenza bajo el dominio de los condes de Barcelona, y refiriéndose á la época de Berenguer II llamado el jóven, corrobora lo ya dicho; pero todavía lo hace Bouche de un modo mas terminante y decisivo: en su histora de Provenza, tomo I, lib. 2.°, hablando de la misma época, dice: «desde el año 1110 en tiempo de los Berengueres condes de »Barcelona.... La lengua provenzal se hizo tan pura, tan

»culta, y llegó á verse tan embellecida con toda suerte de »adornos y hermosas locuciones, por espacio de 300 años, »que comunmente era preferida á las demás de Europa, y »muchos extranjeros se dedicaban á aprenderla.» Lo mismo vienen á decir, con muy corta diferencia, *Filippo é Jacopo Giunti* en la dedicatoria del *Decameron* de *Boccacio*: «Nada »hay que mejor mantenga el lustre de una lengua que el favor »de los grandes príncipes, á cuya sombra florece y se con»serva en estima: de ella vemos un vivo ejemplo en la proven»zal, en tiempo de los novilísimos condes de aquella provin»cia, especialmente en el del buen Ramon Berenguer, varon »muy celebrado, por quien aquella adquirió grandísimo »honor, esparciéndose poco menos que por toda Europa: »Fué adoptada y estudiada por nosotros, y despues imitada »de la la manera mas amplia; pero apenas faltó aquella corte, »y se vió privada del alimento que la nutría, fué lentamente »decayendo, en términos de que en la actualidad yace poco »menos que olvidada.» Casi iguales son á estas últimas las palabras de *Giambull* en sus orígenes de la lengua florentina: «Apenas (dice) faltó la corte (en Provenza) por la muerte »del conde Ramon Berenguer,... no solamente faltaron los »poetas y su celebrada rima, sino que hasta la misma lengua »vino á menos, y se oscureció.»

Estas autoridades probarán, ya que no otra cosa, por lo menos el gran fomento que recibieron así la lengua como la poesía provenzal de los condes de Barcelona, y de los catalanes que les acompañaron durante la permanencia de la corte en aquellos paises.

Aun pueden añadir nuevos grados de verosimilitud á la idea de haber sido la lengua catalana la que dió todo su valor á la provenzal, los siguientes versos escritos en esta última por Alberto de Sisteron, en donde se vé mas determinado el carácter del antiguo catalan que no el de Provenza.

Mònges digatz segons vostra sciéntssa
Cal valon mais. Cathalan, o Francés.

En ver de sai Guscoigna é Proenssa.
Elimosin, Alvergna, é Vianés.
é de lai part la terra dels dos Reys.
Voill quem digatz en gals plus fins pretzés.

Redúcense estos versos á preguntar cuales sean mas sutiles si los catalanes ó los franceses. Bajo la primera denominacion comprende la Gascuña, Provenza propiamente dicha, Lemosin, Aubernia, y Vianes: en la segunda la tierra de los reyes, que era Francia; nombre que jamás llevaba la parte meridional de aquel reino, llamándose á sí mismos sus moradores provenzales. Por consiguiente se vé que el autor de los citados versos comprendió á aquellos bajo el nombre de catalanes, ya con alusion á la poesía, ya á los soberanos que eran los condes de Barcelona. Varios autores así antiguos como modernos corroboran con otros documentos semejantes la opinion de que del lenguaje catalan formaron el suyo los provenzales.

Dejando, pues, á un lado una investigacion que, como he dicho, no corresponde á este lugar; y satisfechos con saber que la lengua provenzal fué comun á la mitad del reino de Francia, á una gran parte de Italia, y á las provincias del Norte de España, con leves variaciones en la estructura material de las palabras, pasemos ahora á hacer nuevas indagaciones sobre el orígen de la poesía española.

Es indudable, segun las observaciones de varios autores españoles, entre ellos el P. Terreros, que el idioma gallego y portugués, que sustacialmente fueron uno mismo en sus principios, tenian suma semejanza con el provenzal. Tal vez se debió la introduccion de nuevas voces y locuciones de este idioma en Galicia al establecimiento en ella de los condes Don Ramon y D. Enrique de Borgoña, como supone *Alderete*; á la emigracion al mismo punto de muchos provenzales establecidos en la provincia de Toledo cuando esta ciudad fué tomada por los moros, y á la multitud de peregrinos extranjeros que contínuamente acudian á Santiago de Galicia.

Sea lo que fuere de estas conjeturas, que no bastan por sí solas para esclarecer un punto demasiado oscuro en la historia de las letras, no se puede poner en duda que la lengua provenzal, con algunas modificaciones, fué muy comun á los decidores y trovadores de varios puntos litorales de España hasta el siglo XIV, y con particularidad en Galicia, Portugal, Cataluña y Valencia. Y dado el supuesto, que no puede menos de concederse, de que el gallego y el provenzal sean en el fondo uno mismo, no puede tampoco dudarse que la poesía provenzal precedió con mucho á la castellana. Sé muy bien que no es fácil probar esa antigüedad que la poesía gallego-provenzal tuvo entre nosotros, porque no existen ó por lo menos no se tiene noticia de códices ó compilaciones de aquel género de poesía: pero las observaciones históricas que se han indicado, inducen á creer que existió antes que la poesía verdaderamente castellana. Prueba esto mismo hasta cierto punto, el dicho del marqués de Santillana en su carta sobre nuestra poesía, cuando dice: «Estendiéronse, creo, »de aquellas tierras é comarcas de los lemosines estas artes »á los gálicos é á esta postrimera ó occidental parte que es »la nuestra España», y Velazquez en el orígen, progresos y edades de la poesía castellana, página 32, hablando de principios del siglo XII, no duda en asegurar que habia *cien años que eran vulgares en España la poesía provenzal, la portuguesa y la gallega. Así fué* (añade), *que cuando juntamente con la lengua empezó la poesía castellana, no pudo esta dejar de tomar mucho de las otras poesías, que ya eran vulgares, y bien conocidas en la mayor parte de la nacion.*

No es fácil llevar mas adelante las investigaciones acerca de nuestra poesía anterior al siglo XII, sin caer en la oscuridad y confusion que en este punto ofrece la historia. Porque si por una parte vemos generalizada la poesía provenzal, así en una porcion considerable de Europa como en varias provincias de España; por otra vemos la poesía, genuinamente castellana, irse formando al paso que se formaba tambien la lengua. Y esta, que por cierto no tiene por

raiz la provenzal sino la latina, presenta desde luego una amalgama de esa lengua y de muchas voces góticas y arábigas; como que la dominacion de los godos y de los árabes debió influir sobremanera en la adulteracion de la anterior lengua comun que fué la romana. Pero al mismo tiempo tampoco puede desconocerse, que en la primitiva lengua castellana se encuentra buen número de palabras provenzales; y esta circunstancia, que prueba lo dicho por Velazquez acerca de la parte que pudo tener la poesía provenzal en la formacion de la castellana, no carecerá ciertamente de aprecio, aun en el tiempo en que esta se acercaba á su mayor madurez.

De todo lo dicho se deduce que la poesía castellana anterior al siglo XII nos es desconocida, y que solamente por congeturas podemos inferir lo que sería antes de darse á luz el poema del Cid.

Que la poesía castellana no nació de repente con ese poema, es cosa que no puede ponerse en duda. Aquella composicion, desaliñada y sin arte, contiene sin embargo rasgos felices que revelan un gusto determinado, una escuela uniforme, cual se advierte asimismo en los de Alejandro y Fernan Gonzalez, pertenecientes con corta diferiencia á la misma época. Y así como la Iliada de Hormero descubre una época anterior culta y muy poética, así los referidos poemas, aunque en línea desigual con los del cantor de Aquiles, señalan una época anterior para la formacion de la poesía y de la lengua; y tanto mas me confirmo en este juicio, cuanto mayor es la persuasion en que estoy de que los cánticos populares han precedido en todos tiempos y naciones al poema épico, por ser este forzosamente engendrado por aquellos.

El carecer, pues, de poesías anteriores á la aparicion del poema del Cid, probará cuando mas la incuria de los tiempos precedentes al vandalismo de los que se siguieron; pero no servirá para probar la no existencia de la poesía castellana antes del siglo XII. Esta reflexion que nace sencillamente de la naturaleza de las cosas mismas, destruye

el argumento de hecho con que D. Tomás Sanchez impugnó la opinion del P. Sarmiento, Terreros, Velazquez, y otros eruditos que han sostenido como probable que la poesía gallega, procedente de la provenzal, habia sido generalmente usada en la mayor parte de las provincias de España mucho antes que apareciese la poesía castellana; porque estribando el argumento de D. Tomás Sanchez en que si esa asercion fuese cierta existirían códices ó compilaciones de cántigas gallegas antiguas, es claro que careciendo igualmente de poesías castellanas anteriores al poema del Cid, y no pudiéndose dudar de su existencia aunque ignoremos su paradero, la impugnacion de Sanchez carece de sólido fundamento.

Que hubo poesía castellana anterior á ese siglo; que los poetas abandonando rápidamente la latina abrazaban el romance, mezclando con él voces góticas é infinitas arábigas, y aun muchas veces componiendo en arábigo puro con sumo escándolo de los cristianos, se prueba con leer lo que sobre el particular escribieron varios autores de los siglos IX y X, y especialmente el cordobés Alvaro en su *Indiculus luminosus;* los cuales se quejaban amargamente de que los cristianos hubiesen casi abandonado su lengua por escribir y componer en la arábiga.

La consecuencia, pues, de esa mezcla de diferentes lenguas fué, como era natural, la formacion de una que adoptando de todas ellas las voces conservadas por el uso vulgar, constituyese bajo una forma y carácter determinado la que recibió el nombre de castellana.

Si hubo una lengua que iba formándose progresivamente; si al mismo tiempo los árabes habian difundido la aficion á la poesía, como pueblo mas civilizado y culto; si estos mismos y aun los godos que la tenian de muy antiguo introdujeron el uso de la rima hasta en las composiciones latinas que constantemente carecieron de ella durante el siglo de oro de la literatura romana; y por último, si no ha habido pueblo alguno civilizado que por cer-

«ano al estado primitivo de naturaleza, y mas ruda que fuese originariamente su lengua, no haya celebrado en verso las hazañas de sus héroes, ó el poder de sus dioses; es evidente que entre los godos ya civilizados, de espíritu velicoso, y envueltos en lucha tenaz y valerosa con los árabes, por necesidad habrian de existir romances y cántigas populares, en que se encomiase el heroismo de sus guerreros y la proteccion de la divinidad.

¿Y cuál fué la forma que dieron á sus composiciones, cuál el métro que usaron los castellanos en esas cántigas ó romances populares anteriores al siglo XII? se ignora absolutamente, señores; y esa ignorancia no debe sorprendernos, cuando del mismo siglo XII, al cual se cree pertenecer el poema del Cid, no nos queda resto alguno de ningun otro género de poesía popular, como no sea latina.

Si pueden tener valor las hipótesis en asunto paramente congetural por carecer de documentos para la prueba, me atrevería á decir que el exámetro latino, y el verso largo arábigo de diez y seis sílabas, que no sé como nombrarle, harian adoptar en general un metro semejante con variedad en el número de sílabas acaso por su valor prosódico ya desconocido para nosotros; y por consiguiente inferiríamos que el metro usado por el autor del poema del Cid sería tal vez el mismo que usase el vulgo en sus cánticos populares, con la misma igualdad de consonantes seguidos que se vé en las composiciones arábigas.

Sea de esto lo que fuere y desentendiéndonos ya de cuestiones eruditas que no pueden darnos luz para resolver la principal, envuelta en la tenebrosa oscuridad de los siglos, ciñámonos por fin á un punto fijo desde el cual podamos partir, sin tanto temor de extraviarnos dentro del tortuoso laberinto de las hipótesis.

El siglo XII, en el comun sentir de los críticos, nos suministra ya el primer testimonio irrecusable de la verdadera poesía castella; este testimonio es el poema del Cid. Si se examina detenidamente esa composicion, antes se verá

en ella el carácter de la historia que no el de la poesía épica. Por todas partes revela aquella injenua candidez peculiar de todas las sociedades, cuando el refinamiento de la cultura no ha llegado á dar á la imaginacion toda la elasticidad que, por decirlo así, adquiere cuando las pasiones y los afectos del ánimo se espiritualizan y el misticismo de la fantasía reemplaza á las sensaciones recibidas por conducto de los sentidos; en suma, cuando la cabeza ejerce las funciones del corazon.

El arte con que se escribió el poema del Cid, mas bien que arte puede llamarse instinto del sentimiento; porque efectivamente suele éste suplir á aquel, comunicando su calor á un entendimiento que no sea rudo, á un alma que no sea de hielo. La fábula, reducida únicamente á las hazañas del Cid durante el tiempo que estuvo desterrado de la corte del rey Alonso VI, sigue rigurosamente la marcha histórica ó mas bien tradicional, tan comun entonces como ahora, de las proezas del héroe de Vivar; y termina con la muerte de los infantes de Carrion en el reto que mantuvieron con los parciales del Cid, por haber burlado villanamente á las hijas de este campeon. No hay en ella, pues, aquella disposicion artísticamente ingeniosa, por donde pueda inferirse que ya en aquel siglo eran conocidas las reglas peculiares del poema épico. Solamente predomina un objeto, que es pintar al héroe valeroso, magnánimo, y fiel á su patria y rey en medio de su desgracia. La espresion sencilla, natural, á veces ruda, á veces animada y enérjica: hé ahí las prendas esenciales del poema del Cid; estas son de tal naturaleza, que á pesar de lo poco que agrada á nuestros oidos, acostumbrados á mayor armonía, el primitivo lenguaje castellano, no por eso deja de esperimentar el ánimo con la leyenda de aquel venerable monumento de nuestra añeja literatura, cierta sensacion agradable cierto sentimiento de respeto hácia esa espresion ingenua y sin afeites que parece transportarnos á la sociedad de nuestros antepasados, y vivir en un mundo

enteramente distinto del que nosotros habitamos. Con solo la lectura del principio de esa composicion se puede formar idea de su estilo rudo y singular instintivo característico de aquellos tiempos. Desterrado el Cid de la corte del rey D. Alonso VI por intrigas de sus émulos, el poeta refiere la salida del héroe con direccion á Vivar, de esta manera:

De los sos ojos tan fuerte mientre lorando
Tornaba la cabeza é estaba los catando:
Vió puertas abiertas e uzos sin cañados,
Alcandaras vacias sin pielles e sin mantos,
E sin falcones e sin adtores mudados.
Sospiró mio Cid ca mucho avie grandes cuidados:
Fabló mio Cid bien e tan mesurado:
Grado á tí Señor Padre que estas en lo alto:
Esto me han buelto mios Enemigos malos: etc.

No es facil entender los cinco primeros versos, porque falta indudablemente el principio del poema, y tal vez con él la exposicion de los motivos, falsos ó verdaderos que tuvo Alonso VI para decretar el destierro del Cid.

La bondad de los caractéres que, segun el espíritu de Aristóteles, no consiste en que los personajes de una composicion sean buenos bajo el aspecto moral y religioso, sino en que siempre sean consecuentes consigo mismos, sin desmentirse jamás ni dar motivo á dudar de su verdadera índole, se halla observada en el poema de que hablamos con un acierto singular, digno de ser estudiado con reflexiva detencion. Quizá no se ha fijado mucho la crítica de los literatos sobre esa prenda, tal vez la mas sobresaliente del poema del Cid; pero no por eso es menos cierta. Si algun defecto hay en los caractéres, tan solo consiste en el grado demasiado uniforme de bondad moral que alcanzan los principales personajes de la composicion. Falta pues el juego contrastado de pasiones opuestas, que tanto contribuye á mantener el ánimo en aquella inquietud producida por el temor y la esperanza, que

es la base principal del interés en toda clase de composiciones de ingenio que mas ó menos participan de las formas dramáticas. Sin embargo no carecen absolutamente de variedad y aun de contraste los caractéres en medio de esa bondad comun á todos ellos. El del Cid se distingue de los demás por una grandeza de ánimo superior á todos los reveses de la fortuna; por una severidad de costumbres, una conciencia tranquila y piadosa, una lealtad invencible á su rey, á pesar de los agravios recibidos de su parte, y un valor indomable en los combates. Pudiérase sospechar que el autor tuvo presente al héroe de la Eneida, si hubiéramos de juzgar por la analogía que se encuentra en muchos rasgos comunes al conquistador de Valencia y al vencedor de Turno. Pero cuando se consideran las proporciones gigantescas del héroe castellano, muy notables á pesar de la rústica expresion del poeta, no se puede menos de conocer que si el Cid hubiera tenido por intérprete de sus nobles cualidades al tierno y delicado cantor de la desventurada pasion de Dido, el héros de Castilla, aisladamente considerado, llevaría al fundador de Roma, bajo igual aspecto, las mismas ventajas que la importancia de este suceso, aunque fabuloso, lleva á las hazañas parciales de Rodrigo de Vivar. Tal es mi opinion, y creo será la de todos los que gusten dedicarse á formar un paralelo entre Eneas y el Cid, desentendiéndose de la importancia histórica y política de cada uno de ellos, y de la diversidad de plumas de los poetas que respectivamente celebraron sus hazañas y virtudes.

Al lado del Cid, y casi en primer término, se presenta Minaya Alvar Fañez, desenfadado y resuelto, de gran valor y pujanza: Martin Antolinez denodado y brioso, de noble y generoso pecho, pero sin la calma y la cordura del primero; Pero Bermuez, osado y temerario, ciego para los peligros. Por este órden pudieran enumerarse las prendas que distinguen á los jefes compañeros del Cid, y se hallaría que todos, aunque comunes en bondad, no dejan de diferenciarse por rasgos que son peculiares de sus respectivos caractéres.

El estilo y lenguaje de este poema, atendida la época en que se escribió, si bien son rudos é incultos, como ya se ha dicho, no por eso carecen de ternura unas veces, de enerjía otras, segun lo requiere la situacion de los personajes: el siguiente trozo en que el poeta refiere la separacion de Doña Ximena y del Cid, es sumamente tierno, afectuoso y expresivo, cuanto puede permitirlo lo informe y tosco de la lengua.

Por un marcho que despendades, al Monasterio daré yo cuatro:
Otorgadogelo avie el Abbat de grado.
Afevos Doña Ximena con sus fijas do va legando,
Señas Dueñas las traen é aducen las adelant,
Antél Campeador Doña Ximena ficó los inoios amos:
Loraba de los oios, quisol' besar las manos:
Merced, Campeador, en ora buena fuestes nado:
Por malos mestureros de tierra sodes echado:
Merced ya, Cid, barba tan complida:
Feme ante vos yo é vuestras fijas,
Infantes son é de Dias chicas,
Con aquestas mis dueñas de quien so yo servida,
Yo lo veo que estades vos en ida,
E nos de vos partirnos hemos en vida.
Dadnos conseio por amor de Sancta María.
Enclinó las manos en la barba vellida,
A las sus fijas en brazos las prendia,
Lególas al corazon ca mucho las queria,
Lora de los oios tan fuerte mientre sospira:
Ya, Doña Ximena, la mi mugier tan complida,
Como á la mi alma yo tanto vos queria:
Ya lo vedes que partirnos tenemos en vida:
Yo iré é vos fincaredes remanida:
Plega á Dios é á Sancta María
Que aun con mis manos case estas mis fijas
O que de ventura é algunos dias vida.
E vos, mugier ondrada, de mi seades servida.

Cuando por el contrario describe un combate, su estilo y lenguaje adquiere sumo brio y pujanza, como se vé en este trozo.

Quedas sed, mesnadas, aqui en este logar:
Non desranche ninguno fata que yo lo mand.
Aquel Pero Bermuez non lo pudo endurar:
La seña tiene en mano, compezó de espolonar:
El criador vos vala, Cid Campeador leal:
Yo meter la vuestra seña en aquela mayor haz.
Los que el debdo avedes veremos como la acorredes.
Dixo el Campeador: non sea por caridad.
Repuso Pero Bermuez: non rastará por al:
Espolonó el caballo, é metiol' en el mayor haz:
Moros le recibien por la seña ganar:
Danle grandes colpes, mas nol' pueden falsar.
Dijo el Campeador: valelde por caridad:
Embrazan los escudos delant los corazones:
Abaxan las lanzas apuestas de los pendones:
Enclinaron las caras desuso de los arzones:
Ibanlos ferir de fuertes corazones:
A grandes voces lama el que en buen ora nasco:
Feridlos caballeros por amor de caridad:
Yo so Ruy Diaz el Cid Campeador de Vivar.
Todos fieren en el haz do esta Pero Bermuez.
Trescientas lanzas son, todas tienen pendones:
Sennos moros mataron, todos de sennos colpes:
A la tornada que facen otros tantos son:
Veriedes tantas lanzas premer é alzar:
Tanta adarga aforadar é pasar:
Tanta loriga falsa desmanchar:
Tantos pendones blancos salir bermeios en saugre:
Tantos buenos caballos sin sus duenos andar.
Los Moros laman Mafomat. los Chistianos Sanctiague.
Cayen en un poco de logar Moros muertos mill é trecientos ya.

No pretendo, señores, desmenuzar mas un poema que, ciertamente, no puede resistir al análisis, porque tampoco fué escrito bajo las reglas de la buena crítica. Parto esclusivo del ingenio en un siglo privado de idioma verdaderamente poético, sin conocimiento exacto de los buenos modelos de la antigüedad; sin educacion literaria, sin reglas del buen gusto y de la crítica; lo que entonces producian los ingenios europeos, era ciertamente un fenómeno literario, era una prueba de lo mucho que puede pro-

ducir la fantasía humana, aun desprovista de los eficacísimos ausilios que la suministran un idioma cultivado, estudios escogidos, gusto formado y correcto, y todas las ventajas de una sociedad culta en donde el ingenio, sin necesidad de estudio, adelanta infinitamente en el arte de inventar y producir obras dignas de todas las edades.

JOSE DE LA REVILLA.

GERFAUT.

(Continuacion.

Corrí entonces acompañado de otros muchos, tan poco dispuestos como yo á dejar asesinar á un hombre sin defensa, y al acercarme reconocí á Cristian. Tenia la pierna derecha cogida debajo del caballo, y hacia esfuerzos con la mano izquierda para ver de sacar el sable. Picos, azadones y palos le amenazaban por todos lados; y arrancándole yo el sable que su posicion le impedia desenvainar, exclamé con voz de trueno: el primero que se atreva á dar un paso adelante le hago dos mitades; cuyas formidables palabras acompañadas de un ligero molinete detuvo por un momento á cierta distancia á aquellos caníbales.

Los jóvenes que me acompañaban imitaron mi ejemplo; el uno cogió una piocha del suelo, otro arrancó una rama á uno de los árboles de la barricada, y otros trataron de sacar á Bergenheim de debajo del caballo. La turba se aumentaba en derredor nuestro durante este tiempo redoblando sus ahullidos y gritando:—Mueran los ayudantes! —Estos son gendarmes disfrazados.— Viva la libertad!— Es preciso matarlos! —A la linterna los espiones!

El peligro era inminente, y yo comprendí que una arenga patriótica podría solo salvarnos. Así pues mientras levantaban á Cristian, salté encima de la barriga de Fidel á fin de que todos me viesen, y grité con toda la fuerza de mis pulmones.—Viva la libertad! —Viva! respondió el populacho. — Abajo Carlos X! abajo los ministros! abajo Polignac! abajo los ayudantes del estado mayor! — Abajo, gritaron mil voces á la vez. — Por supuesto que esto era un ardid estratégico por mi parte para seducir á aquella canalla. — Todos somos ciudadanos, todos somos franceses, continué, y jamás nos mancharémos con la sangre de uno de nuestros hermanos desarmados. No debe haber enemigos despues de la victoria. Y además, al obedecer este oficial las órdenes de sus jefes ha cumplido con su deber; cumplamos nosotros con el nuestro muriendo si es preciso

por la patria y por la conservacion de nuestros derechos. Viva la Carta! Viva la libertad! contestó la chusma.—Tiene razon; este oficial cumple con su deber; sería un asesinato, gritaron muchas voces.—Gracias, Marillac, me dijo Bergenheim, á quien acababa de separar de aquel sitio, aprovechándome del efecto que habia producido mi perorata; pero no me apreteis porque se me figura que tengo el brazo roto. A no ser así os suplicaría que me devolvieseis mi sable, y haría ver á esa canalla que no se mata á un Bergenheim como se mata á un pollo.—Que diga viva la Carta! tartamudeó un hombre de figura feroz.—No recibo órdenes de nadie, respondió Cristian con voz altanera, y mirándole de una manera terrible.

—Tu marido es en efecto muy valiente, dijo la señorita de Corandeuil.

—Valiente como el dios Marte, sin embargo de que esta vez su valor traspasaba los límites de la prudencia; y no sé yo lo que hubiese resultado si no se hubiera dispersado precipitadamente por segunda vez la turba á la aproximacion de un cuerpo de lanceros que atravesaba el boulevard. Conduje entonces á Bergenheim á un café, y ví que felizmente no tenia en el brazo mas que una pequeña dislocacion.

En este momento fué interrumpida la narracion de Marillac por un ruido de voces confusas y de pasos precipitados. La puerta se abrió con violencia, y Alina entró apresuradamente en el salon con aquella impetuosidad que le era tan familiar.

—Qué os ha sucedido? exclamó Clemencia corriendo hácia su cuñada, cuyo vestido y sombrero estaban llenos de lodo.

—Nada, respondió la jóven con la voz conmovida; Titania que ha querido arrojarme al agua.—Sabeis dónde se halla Rousselet?—Dicen que es preciso sangrarle, y solo él puede hacerlo.

—Mi marido está herido? dijo Clemencia asustada.

—No, no es Cristian; es un caballero á quien no conozco, pero al cual he debido el no ahogarme.—Dios mio! si no se hallará pronto á Rousselet?

Alina volvió á salir sumamente agitada, siguiéndola todos hácia los balcones que daban al patio, que era donde se oia la voz de Bergenheim dando órdenes á sus criados. Muchos de estos se hallaban ya junto á él, y uno de ellos tenia sujeta por la brida á la yegua Titania, cubierta de sudor y de lodo, resoplando con fuerza, y temblando como un caballo, que acaba de cometer una mala accion. Sobre un asiento de piedra unido á la fachada de la casa estaba un jóven enjugando con un pañuelo la sangre que corría de su frente; era Octavio Gerfaut. Al verlo Clemencia se apoyó contra el quicio del balcon, y Marillac bajó precipitadamente.

El tio Rousselet, á quien habian encontrado al fin en la cocina, se

adelantó magestuosamente comiéndose una tostada de manteca de mas de un pié de largo.

—Acercaos con dos mil demonios, le gritó Bergenheim. Mirad ese caballero, á quien este maldito animal ha arrojado contra un árbol, haciéndole recibir un violento golpe en la cabeza; no os parece que será conveniente sangrarle?

—Una ligera flegotomia no puede menos de ser muy provechosa para detener la estravasion de sangre en la region frontal, dijo el viejo invocando en su socorro todas las palabras técnicas que habia aprendido cuando estuvo de enfermero.

—Estais seguro de que hareis bien esta sangría?

—Me permitiré decir al señor baron que he flegotomizado en la semana última á Perdreau, y hace un mes á Mascareau, sin que ninguno de ellos haya tenido de qué quejarse.

—Ya lo creo, dijo con ironía el picador, si ambos á dos se han muerto.

—Es que yo no soy ni Perdreau ni Mascareau.

Rousselet se enderezó en toda su altura con la dignidad de un talento desconocido, que no se digna responder ni á la crítica ni á la desconfianza.

—Caballero, replicó Gerfaut dirigiéndose al baron, os estoy causando demasiada inquietud, y mi herida en verdad no merece la atencion que le dais; no me incomoda nada absolutamente. Dadme un poco de agua y una toalla, que es todo lo que necesito. Se me figura que me parezco en este momento á un troquiles despeinado, y mi amor propio, añadió sonriéndose, se resiente de la triste figura que debo hacer delante de aquellas señoras que estan en el balcon.

—Qué veo, es el vizconde de Gerfaut! exclamó la señorita de Coramdeuil hácia la cual habia dirigido aquel sus ojos.

Octavio la saludó con elegancia, haciendo resbalar al mismo tiempo su mirada desde la vieja solterona á Clemencia, la cual, en verdad, no parecia tener fuerza bastante para separarse del sitio sobre el que se habia apoyado. El baron, despues de haber saludado atentamente á Marillac, cedió al fin á la seguridad de que los socorros de la cirujía eran inútiles, y condujo á los dos amigos á su cuarto, en el cual debia hallar el herido todo lo que necesitase.

—Para qué me has enviado de embajador, si tenias preparada una entrada tan soberbia? murmuró Marillac al oido de su amigo.

—Silencio, respondió este apretándole la mano, no me hallo aun mas que en el dintel.

Durante este tiempo, Clemencia y su tia habian conducido á Alina á su habitacion.

—Y sabremos por fin lo que significa esto? dijo la señorita de Coramdeuil, mientras que la jóven se mudaba de vestido.

—Cristian tiene la culpa, respondió Alina. Figuraos que íbamos galopando por la orilla del rio, cuando Titania se espantó con la rama de un árbol.

—No tengas miedo, me gritó mi hermano.—En verdad yo no tenia mucho; pero como él vió que mi caballo llevaba trazas de desbocarse, apresuró el suyo para alcanzarme. Titania entonces al oir galopar detrás de ella se desbocó efectivamente, y dejando el camino corria con gran velocidad atravesando los prados á la derecha del rio; entonces sí empezé á tener miedo.—Figúrate, Clemencia, que á cada movimiento de Titania saltaba yo sobre la silla, ó sobre el cuello, ó sobre la grupa ¡esto era terrible! quise sacar mis pies de los estribos, como Cristian me habia encargado, pero el pobre animal entonces se estrelló contra el tronco de un árbol, y ella y yo rodamos por el suelo. Un caballero, á quien yo no habia visto, y que parecia haber salido del centro de la tierra, me sacó de debajo de la silla, donde yo me habia quedado sujeta no se con qué; pero esa maldita Titania lo arrojó contra el árbol, mientas él me ponia en pié; despues, cuando volví á mirarle, tenia la cara cubierta de sangre.—Cristian llegó entonces, y cuando vió que yo no me habia hecho ningun mal, se acercó á la pobre Titania, y la empezó á castigar; pero de qué manera, Dios mio! no creia yo que los hombres eran tan crueles. Por mas que le rogaba que la dejase, no manifestaba escucharme siquiera.

En seguida nos volvimos al castillo! y puesto que la herida de ese caballero no ofrece cuidado, mi pobre vestido es el que, segun veo, ha escapado peor.

Al decir estas palabras cogió Alina el traje de amazona que habia puesto sobre una silla, y no pudo contener un grito de horror al ver el enorme desgarron que se le habia hecho.

—Dios mio! exclamó, enseñándolo á su cuñada; y fué todo lo que pudo pronunciar.

La señorita de Corandeuil tomó á su vez el traje, y le miró con un golpe de vista maestro, como persona acostumbrada á calcular con prontitud la manera de remediar esta clase de desastres domésticos.

—Es en la falda, dijo, y en sacándole un paño no se le conocerá nada.

Alina se convenció que el mal no era del todo irremediable, y la serenidad volvió á aparecer sobre su rostro.

Al entrar en el salon, las tres señoras hallaron al baron hablando amistosamente con sus dos huéspedes al lado de la chimenea. Gerfaut se habia atado en la frente una cinta de tafetan negro, lo cual le daba cierta apariencia, aunque falsa, de un dios de amor con su venda levantada. Pasados los primeros saludos, la señorita de Corandeuil, que, como se sabe, era demasiado severa en puntos de etiqueta, no

juzgó que Titania habia sido un maestro de ceromonias conveniente entre su sobrino y el vizconde de Gerfaut, y se dirigió hácia éste á fin de hacer su presentacion en toda regla.

—No creo, le dijo, que Bergenheim haya tenido nunca el honor de veros antes de ahora; permitidme que os presente. Baron, el señor vizconde de Gerfaut, pariente mio.

Cuando la señorita de Corandeuil estaba de buen humor, trataba á Gerfaut de primo, atendidas las relaciones de parentesco contraidas en 1569. En este momento el poeta esperimentó una profunda gratitud hácia tan escesiva amabilidad.

—Este caballero no necesita de recomendaciones, dijo Cristian con una franqueza militar; así pues, mi querida tia, sin embargo del respeto que os profeso, no podrá añadir nada éste á mi reconocimiento. Sabed que sin el arrojo del señor de Gerfaut nos habríamos visto tal vez obligados á buscar ahora á esta loquilla en el fondo del rio.

Al decir estas palabras abrazó á su hermana, y la besó en la frente.

—Estos señores quieren sacrificarnos los placeres de la *Femme-Sans-Tête* y la amabilidad de la señorita Gobillot, estableciendo aquí su cuartel general; así estarán mas en disposicion de entregarse á sus estudios románticos y pintorescos, porque supongo, Marillac, que continuarás con tu aficion á borragear papel.

—En efecto, si he de decir la verdad, respondió el jóven pintor, el arte me absorde enteramente.

—Pues en cuanto á mí no he podido conseguir nunca saber dibujar una nariz que no se confunda con una oreja, ó por el contrario, y á no haber sido por ese bueno de Barinier que tuvo la paciencia de corregir mis planas, corrí gran riesgo de salir hecho un bolonio del colegio.—Por lo demás, señores, cuando os canseis de copiar árboles y matorrales, os haré matar algunos jabalíes de grueso calibre. Sois cazador, señor de Gerfaut?

—Me gusta mucho la caza, respondió el amante con hipocresía.

La conversacion continuó así sin interes, como sucede ordinariamente entre personas que se ven por la primera vez, hasta que el baron habló de la instalacion de sus dos amigos en el castillo. Al oirlo, Octavio dirigió una mirada á Clemencia, como implorando la aprobacion de su conducta; pero no pudo alcanzarla. Distraida y sombría llenaba Clemencia con marcadas señales de disgusto los deberes de ama de casa, continuando así toda la tarde. Gerfaut por su parte no intentó nuevamente desarmar la severidad que parecia haber adoptado Clemencia respecto á él, y dirigió todas sus atenciones á la señorita de Corandeuil y á Alina, la cual por su parte escuchaba con mal d'simulada alegría todo lo que decia aquel á quien llamaba su salvador.

Concluida la cena propuso á Gerfaut la señorita de Corandeuil una

partida de whist, pues no habia olvidado el talento de su amigo. El poeta aceptó esta diversion con el mismo entusiasmo que habia manifestado por la caza, y con la misma sinceridad Cristian y su hermana completaron la partida, mientras que Clemencia, habiendo vuelto á ocuparse de su tapicería, escuchaba con aire distraido las ocurrencias de Marillac. Habia apurado éste todos los recursos del arte, á cuyo socorro habia apelado poniendo en juego sus conocimientos de la edad media, sus frases mas favoritas, sus descripciones mas *impresionables*; pero el éxito no correspondia á sus esfuerzos; por consiguiente quedó profundamente convencido al cabo de una hora de que la baronesa de Bergenheim no era mas que una mujer de un talento muy vulgar, é indigna por consiguiente de la pasion que habia inspirado á su amigo.

—Aseguro en verdad, decia él para sí, que quiero cien veces mas á Reine Gobillot; mañana daré una vuelta por aquellos contornos.

Incomodado Gerfaut y herido en su amor propio del recibimiento que le habia hecho Clemencia, que traspasaba en verdad los límites de cuanto él habia esperado de sus caprichos, la hizo un profundo saludo, y la miró con cierto aire, cuyo sentido podia explicarse de este modo:

—Estoy aquí á pesar vuestro; permaneceré á pesar vuestro; me amareis á pesar vuestro.

La baronesa respondió á esta mirada con otra no menos expresiva que el amante mas propenso á la fatuidad la hubiera explicado de este modo:

—Haced lo que querais; tan indiferente me es vuestro amor como enojosa vuestra presuncion.

Este fué el último tiro que se disparó durante aquella escaramuza preliminar.

IX.

Dicen que hay mujeres á quienes basta una hora de sueño; su organizacion débil, irritable y nerviosa, les dá una especie de facultad para velar todo cuanto quieran. Cuando una emocion demasiado violenta filtra sus aguas corrosivas en las arterias de estos corazones impresionables destilando gota á gota hasta abismarlos en un lago de turbaciones, cuando el martilleo de una pasion ha herido esas frentes deliciosas, una vibracion infinita se prolonga al través de sus pliegues mas recónditos, electrizando á su paso innumerables pensamientos, que á la manera de silfides sacuden su sueño obedeciendo con prontitud á la primera señal. Entonces en el silencio de la noche mien-

tras la calma de la soledad, insomnios extraños palidecen las mejillas de rosa, y apagan el fuego de aquellos ojos de diamante. En vano aquella frente que arde busca la frescura de la blanca almohada; la almohada se caldea tambien sin que la frente se entibie. En vano la mano comprime los latidos de un corazon que tiene demasiada vida; bajo la presion que quiere sofocar las pulsaciones se asemejan á las del neurisma. En vano busca el espíritu aquellas ideas narcóticas, especie de adormideras intelectuales que hacen la noche agradable; un pensamiento fijo y tenaz separa á todos los demás á la manera de un águila cuando dispersa á una bandada de tímidos pajarillos para hacerse única dueña de su presa. Y en vano se recurre á las oraciones, ni se invoca á la Vírgen, ni al ángel de la guarda, para que disipe aquellos pensamientos; las oraciones han sido pronunciadas solamente con los labios, la Vírgen está sorda, el ángel de la guarda duerme.

La baronesa de Bergenheim habia conservado aun en el campo la costumbre de velar hasta muy entrada la noche. Cuando despues de aquellos prolijos cuidados y minuciosos detalles de tocador tan precisos en una mujer que se respeta á sí misma, confiaba ella su cuerpo blanco y terso á su elegante lecho el opio de una nueva novela ó de alguna revista de moda le acarreaba insensiblemente el sueño. Esta costumbre perniciosa, cuyo uso debia proscribir todo marido, habia hecho prevalecer en el castillo el sistema de dormitorios separados. Cristian como buen señor de pueblo se levantaba con el sol, á cuya hora se salia de caza, ó iba á visitar sus bosques, ó vigilaba á los trabajadores empleados continuamente en diversos puntos de su posesion. Regularmente no volvia hasta la hora de comer, de modo que no veia á su mujer sino durante las horas que pasaban desde la comida á la cena, al concluirse la cual, cansado como era consiguiente de las ocupaciones que constituyen los placeres de un propietario de provincia, se apresuraba á buscar en el sueño el reposo que le era tan necesario. Los dos esposos, pues, habian hallado tal medio de aislarse viviendo en horas distintas, á pesar de vivir bajo un techo, que la noche para el uno era dia para la otra.

En la especie de precipitacion con que en aquella noche abrevió la baronesa los preliminares para irse á recojer, hubiera podido creerse que experimentaba los ataques de un sueño invencible y no acostumbrado. Pero cuando se la hubiera visto acostada en su cama con la cabeza debajo del brazo como un cisne con el cuello bajo su ala, en actitud semejante á la de la Magdalena de Correggio, y con los ojos abiertos, hubiera sido facil adivinar que habia deseado hallarse sola para entregarse con mas libertad á alguna invencible preocupacion. Evocó su espíritu sucesivamente con maravillosa fidelidad los sucesos mas insignificantes de aquel dia, á los cuales habia aparecido

indiferente aunque á costa de un esfuerzo continuo. El primer objeto que desde luego se presentó á su imaginacion fué Gerfaut cubierto de sangre, y el recuerdo de la terrible sensacion que habia esperimentado á su vista hizo latir por un momento su corazon. Recordó en seguida la manera con que se habia hallado en el salon sentado al lado de su marido en el mismo sillon que ella habia ocupado algunos momentos antes, y esta circunstancia insignificante no pudo menos de chocarla, queriendo descubrir en ella una prueba de simpática inteligencia y de esa especie de inspiracion que ella suponia en Octavio. Y porque segun su conjetura Gerfaut habia debido adivinar que aquel era el sillon en que acostumbraba sentarse, y por esta razon se habia apoderado de él como deseaba apoderarse de ella misma.

Por la primera vez de la vida veía Clemencia reunidos en su presencia al hombre á quien pertenecia y aquel á quien acaso hubiera deseado pertenecer, y al cual miraba por consiguiente como amante. Porque por un acomodamiento de conciencia, cuyo secreto conocen finamente las mujeres, se habia dicho para sí Clemencia algunas veces: Pues estoy segura de no pertenecer nunca sino al baron, bien puedo permitir que Octavio me pertenezca; silojismo heterodoxo, tal vez, cuyas dos proposiciones concilia ella con admirable sutileza. Un instinto de pudor la habia hecho siempre evitar un encuentro, que la coqueta mas aguerrida no presencia nunca con tranquilidad. Entre su marido y su amante está una mujer como una planta cubierta de hielo á la que un rayo de sol comunica vida. La figura sombría y celosa de un esposo tiene un poder de comprension incomparable: No se puede amar bajo los fuegos de una mirada que parece lanzar dardos, ó el puñal de Malatesta, y cuya pena es aun mas terrible; porque todo hombre celoso es un tirano, y la tiranía promueve la insurreccion; pero un marido confiado tiene el aire de una víctima á quien han asesinado durante su sueño, y su misma tranquilidad inspira los mas crueles remordimientos. La aproximacion de aquellos dos hombres indujo naturalmente á Clemencia á hacer de ellos una comparacion, cuya ventaja parecia favorecer á Cristian. Octavio Gerfaut no tenia de notable sino cierto aire de inteligencia, porque sus ojos eran animados y su sonrisa graciosa; pero sus facciones irregulares no ofrecian ninguno de los caracteres distintivos de la hermosura; su figura tenia habitualmente esa expresion de cansancio que tienen generalmente las de todos aquellos que han vivido mucho en poco tiempo, cuya circunstancia le hacia parecer de mas edad que el baron, siendo así que él era mucho mas jóven. El baron, al contrario, debia á su constitucion hercúlea, fortificada aun por la vida saludable del campo, una apariencia de florciente juventud, que contrastaba con la grave nobleza de sus facciones; era incomparablemente muy superior á su rival.

Obedeciendo Clemencia á sus instintos de virtud exageró la superioridad de su marido sobre su amante, y no pudiendo hallarle tan insignificante como quisiera, hasta quiso persuadirse que era feo. Recorrió entonces todas las excelentes cualidades del baron: su afecto y su bondad hácia ella, la noble franqueza de su carácter, y recordó la indisputable justicia que en aquel mismo dia habia hecho Marillac á su valor, cualidad altamente recomendable á los ojos de las mujeres, y en fin hizo cuanto pudo para exaltar su imaginacion, y ver en su marido un hombre distinguido, un apuesto caballero, un héroe digno de inspirar la pasion mas tierna. Cuando llegó al término de estos esfuerzos de admiracion y de entusiasmo se volvió violentamente, hundió su cabeza en la almohada, y exclamó suspirando:

—No puedo amarle.

Lloró amargamente por algun tiempo, y recordando su antigua severidad respecto de aquellas mujeres cuya conducta podia justificar la indigencia, aplicó á ella misma á su vez la dureza de su juicio, y se halló tanto mas culpable que las demás, cuanto que su debilidad no tenia escusa. Se creyó indigna y despreciable, y anheló morirse para evitar la vergüenza que ruborizaba su frente con los remordimientos que desgarraban su alma. Cuántas lágrimas de dolor inundan cada noche ojos que no debian verter sino lágrimas de felicidad! Cuántos suspiros turban el silencio de las tinieblas! Cuántas escenas tristes y apasionadas pasan en el fondo de una alcoba solitaria!

Cuando la baronesa se convenció de que ni sus ahogados gemidos ni sus ayes convulsivos podian arrancar de su pecho aquella funesta pasion que lo devoraba, tomó al fin una resolucion desesperada. En el modo con que Gerfaut habia tomado posicion en el castillo desde el primer dia conoció ella que él era realmente el dueño del terreno. La especie de afecto que tenia por él la señorita de Corandeuil y las maneras corteses y hospitalarias de Cristian debian dar la posibilidad de prolongar su permanencia todo el tiempo que le pareciese conveniente; así es que se comparó ella á un general sitiado, cuyo enemigo ocupaba ya las murallas de la fortaleza.

—Pues bien, me encerraré en la ciudadela, dijo ella sonriéndose á su pesar en medio de sus lágrimas. Puesto que este hombre insoportable se ha apoderado de mi salon, permaneceré yo en mi cuarto; veremos si se atreve á penetrar hasta aquí.

Sacudiendo su linda cabeza con aire de triunfo no pudo dejar sin embargo de dirigir su vista hácia los ángulos de aquel cuarto, iluminado apenas por una lamparilla; se incorporó en la cama, escuchó durante algunos momentos con cierta especie de inquietud, y miró fijamente como si los ojos negros de Octavio hubiesen aparecido de repente en medio de la oscuridad. Cuando se aseguró que todo estaba tran-

quiló y que los latidos de su corazon turbaban únicamente el silencio, continuó su plan de defensa. Decidió finjirse enferma al dia siguiente, y quedarse en la cama hasta que su perseguidor hubiese decidido ponerse en retirada, haciendo al mismo tiempo un juramento solemne de permanecer firme é inexorable; en seguida se puso á rezar; eran las dos de la noche. Durante algun tiempo, la inmovilidad en que se hallaba hubiera podido hacer creer que estaba dormida; pero de repente se levantó, y sin ponerse siquiera un peinador, encendió una vela en la luz de la lamparilla, echó los cerrojos de las puertas de su cuarto, y se dirigió en seguida hácia los balcones, en medio de los cuales formaba la pared una especie de cuerpo saliente. Levantó un retrato del duque de Burdeos que se hallaba colgado en él, y tocó un resorte oculto entre uno de los rosetones de una ensambladura. Una puertecita se abrió, y dejó ver un hueco estrecho en la misma pared. En él habia un cofrecito, lo abrió, y despues de haber sacado un paquete de cartas, se volvió á su cama con la avidez de un avaro que va á contemplar su tesoro.

Y qué, no habia luchado ya bastante? no habia ofrecido en expiacion en el tiránico altar del deber las lágrimas de sus ojos, la palidez de sus mejillas, y los tormentos de su alma? no acababa acaso de pronunciar delante de Dios un juramento sagrado que debia protejerla contra su debilidad? no era en fin una mujer virtuosa, y no habia pagado bastante caro un momento de triste felicidad? era un crímen por ventura respirar por un instante el aire embalsamado del amor, al través de las rejas de aquel calabozo, cuyos cerrojos habia ella echado con sus propias manos? admirable lójica de los corazones tiernos, que, no pudiendo dominar á su naturaleza, se dejan vencer por los padecimientos, á fin de creer ser menos culpables, y para que cada una de sus palpitaciones encuentre un dolor que la perdone.

Tranquila ya al parecer, y lánguidamente recostada con la frente apoyada en sus manos sacó sus cartas una por una del pecho donde las habia colocado; las leyó como leen las mujeres que aman, y bebió con los ojos y con el alma el veneno de aquellas frases abrasadoras. Respiraba embriagada aquella pasion exaltada, bañándose, por decirlo así, con el mayor abandono, en esas ondas mágicas, de las que cada gota es una caricia, cada ondulacion un placer. Y cuando uno de esos gritos de la pasion despertaba los ecos de su ternura; cuando una de esas palabras que corren por las venas, como el frio de una calentura heria con un golpe magnético el secreto santuario de su alma, se dejaba caer cerrando los ojos y acercando á sus labios aquel papel frio que la abrasaba. En estos momentos creia sentir la mano de Octavio que la oprimia el corazon, y dominada enteramente por aquella ilusion exclamaba con voz desfallecida: — te amo; soy tuya!

Cuando por la mañana entró Alina en el cuarto de su cuñada, conforme acostumbraba, no necesitó esta fingir la indisposicion que habia pensado, pues habian alterado de tal modo su fisonomía las sensaciones de aquella noche de insomnio que contrastaba singularmente con la frescura y lozanía de Alina. Clemencia de Bergenheim, acostada en su lecho, inmobil y blanca como el lienzo que la cubria, se asemejaba á Julieta dormida sobre su tumba; Alina, sonrosada, viva y un tanto presumida, tenia mas que de ordinario aquel aire de coqueta que la reprendia la señorita de Corandeuil. Parecia á Querubin disfrazado de mujer, y pronta como el á pesar de su disfraz á perseguir á Susana ó á robar el lazo á su querida. Brillaba en su fisonomía la adolescencia con todo su lujo de insustancialidad, de vagundad y de inocente espansion, de confianza ilimitada y de caprichosa preocupacion. Estas son en verdad las gracias infantiles que constituyen los encantos de las jóvenes, por mas que nada digan al corazon, porque son como las flores que nacen con el dia mas ricas de colores que de perfumes.

Al contemplar aquellas mejillas tan sonrosadas, aquellos ojos tan brillantes, aquella vida tan llena de porvenir, no pudo menos Clemencia de ahogar un suspiro. Se acordó del tiempo en que disfrutaba de igual privilegio, del tiempo en que los disgustos pasaban por su frente sin palidecerla, en que las lágrimas se secaban al desprenderse de sus ojos; porque tambien ella como su cuñada habia gozado esos dias alegres é insustanciales, esos sueños encantadores de felicidad.

Despues de haberla presentado Alina su frente, á la manera de un niño que pide un beso, quiso jugar un poco con ella como tenia de costumbre; pero Clemencia la suplicó por medio de un jesto que la dejase.

—Estais mala? la preguntó la jóven con inquietud sentándose en el borde de su cama.

La baronesa hizo un esfuerzo para sonreirse.

—Agradecedme la falta de salud, la dijo, pues de este modo haceis mis veces en la mesa; yo no podré indudablemente bajar á comer, y será preciso que me reemplaceis. Ya sabeis que á mi tia la molesta mucho ocuparse de estas funciones.

Alina hizo un gesto, semejante al que haria un subteniente á quien encargasen de pronto el mando de una division, si se creyese con la capacidad suficiente para semejante encargo.

—Si creyese que hablabais con formalidad, respondió, os aseguro que iria ahora mismo á meterme tambien en la cama.

—Niña! qué es lo que estais diciendo? Pues qué no ha de llegar el dia en que seais dueña de casa? pues de este modo os iria acostumbrando. Es una excelente ocasion, y dirigida por mi tia debeis estar segura de que quedareis con lucimiento.

Estas últimas palabras no habian sido dichas sin intencion, porque Clemencia sabia muy bien que de todos los mentores posibles, la señorita de Corandeuil era el mas temible para Alina.

—Os ruego, mi querida tia, replicó en ademan suplicante, que no os pongais mala hoy; levantaos, y venios a dar un paseo por el parque; el aire os aliviará, estoy segura, y....

—Y yo no me veré obligada á hacer los honores de la mesa; esto es lo que quereis decir, no es verdad? egoista!

—Tengo miedo al señor de Gerfaut, dijo la colegiala bajando la voz.

Al oir pronunciar este nombre, permaneció un momento la baronesa sin responder.

—Qué os ha hecho el señor de Gerfaut? la dijo en fin; no es una ingratitud tenerle miedo, despues del servicio que os ha prestado?

—No, yo no soy ingrata, respondió la joven con viveza; jamas olvidaré que le debo la vida, porque es bien seguro que sin él habria sido arrastrada hasta el rio; pero tiene unos ojos tan negros y tan penetrantes, que parece que descubre hasta el fondo del alma; y despues, como dicen que tiene tanto talento, temo decir alguna tontería que dé ocasion á que se burle de mí. Ya sabeis que yo charlo por los codos; pues bien, delante de él no abriré la boca.... Por qué habrá hombres cuyas miradas nos hagan tanta impresion?

Clemencia bajó los ojos y nada respondió.

—Su amigo el señor de Marillac no me intimida tanto á pesar de sus grandes vigotes. Decidme, y á vos no os causa miedo el señor de Gerfaut?

—No en verdad, respondió la baronesa procurando sonreirse; pero qué linda estais, la dijo para mudar de conversacion; sin duda teneis algun proyecto de conquista. Caspita! traje de chalí á las nueve de la mañana, y peinada como si fuérais á un baile!

—Sabeis el cumplimiento que me acaba de hacer vuestra tia?

—Alguna chanza?

—Sí, pero pesada; porque es preciso convenir en que vuestra tia no es buena. Me ha dicho que las cintas azules decian muy mal con los cabellos rojos, por cuya razon me aconsejaba ella que cambiase los unos ó los otros. Es verdad que yo tengo los cabellos rojos?

Pronunció Alina estas palabras con un tono de voz tan inquieto, que no pudo menos su cuñada de reirse.

—Ya sabeis que á mi tia le gusta contradeciros, la dijo. Vuestros cabellos son preciosos y su color de un rubio muy vivo pero muy agradable á la vista; si no es que Justina bate demasiado vuestros bucles y os los coloca demasiado altos; os sentaria mucho mejor el bajarlos mas hacia las sienes, y aplanarlos mas bien que encresparlos; acercaos un poco.

Alina se arrodilló delante de la cama de la baronesa, la cual acompañando la leccion al consejo se puso á modificar segun su gusto la obra de la camarera.

—Estarán tan ásperos como crines, observó la jóven viendo el trabajo que le costaba á su cuñada salir adelante con su empresa: lo mismo me sucedia en el colegio, y esto me desesperaba. Desde luego los cabellos rubios estan muy mal con este peinado, á pesar de que el señor de Gerfaut dijo ayer que era el color que mas le gustaba.

—El señor de Gerfaut os ha dicho que prefería los cabellos rubios?

—Cuidado, hermana mia, que me arrancais los mios!—Sí, los cabellos rubios y los ojos azules; eso me dijo, á propósito precisamente de la vírgen de Carlos Dolci que está en el gabinete: Marrillac ha dicho que á él le gustaban los cabellos rojos porque eran un tipo hebreo; pero éste lo diría por cumplimiento; mucho se lo agradecí.—Os parece tambien, Clemencia, que son mis ojos tan azules como los de la vírgen de Dolci? Gerfaut dice que se parecen mucho.

La baronesa retiró su mano con tanta rapidez, que arrancó de nuevo otra media docena de cabellos á su jóven cuñada, y se cubrió hasta la barba con la ropa de su cama.

—Oh! el señor de Gerfaut es extremadamente galante, y vos sin duda estais muy contenta de pareceros á la vírgen de Dolci.

—Ya se vé, como es tan bonita, y además es la vírgen.... pero, callad; me parecia haber oido la voz de Gerfaut en el jardin.

Se levantó con presteza, y se dirigió corriendo á la ventana, desde donde oculta detrás de las cortinas podia observar sin ser vista todo lo que pasaba fuera.

—Allí está con Cristian, añadió; ahora entran en la biblioteca. Y sin duda han dado un gran paseo, porque traen las botas muy llenas de lodo. Si viéseis qué bonita gorra trae puesta Gerfaut!

—Vamos, no hay duda de que le ha trastornado la cabeza, dijo para sí Clemencia con marcadas señales de mal humor, y cerró los ojos como si desease dormir.

Gerfaut acababa en efecto de pagar con su persona y de ofrecerse en holocausto al amor de un propietario; monomania de que adolecen todos, y de la cual es imposible sustraerse. Cuál será el desventurado que habiendo venido á divertirse, pasando un par de dias en el campo, no ha sido llevado á su pesar de plantel en plantel, de invernadero en invernadero, y de cascada en cascada hasta el punto de parecerse á un perro de aguas cuando vuelve de la caza de patos?—No os dé cuidado por nada; haceos cargo de que estamos en el campo, le decia para consolarlo el dueño del castillo enseñándole sus zapatos cargados con mas de veinte libras de lodo.

—O raza de propietarios agrícolas, vosotros los que os ocupais de

las faenas de vuestras haciendas, recolectad vuestras mieses, vendimiad vuestras viñas, esplotad vuestras minas, dad pasto á vuestros ganados, cuidad de los gusanos de seda, perfeccionad la cria de vuestros caballos, esquilad vuestras ovejas, ¡oh raza de electores y de concejales, raza de suscritores á la Gaceta de Francia ó al Diario de los Debates!, vosotros sois indudablemente la base de la sociedad, porque vosotros nos alimentais, nos calentais, y nos vestis por nuestro dinero; sois extremadamente apreciables.... pero de vuestra compañía, *libera nos, Domine.*

Gerfaut rezaba entre dientes esta jaculatoria mientras seguia á su huesped, el cual con el pretexto de hacerle ver unos cuantos puntos de vista sumamente pintorescos (manía dominante en todos los propietarios) le paseaba con el rocío de la mañana por en medio de las lechugas de la huerta y de los arbustos del parque; pero él sabia por esperiencia que no se pisan flores en el oficio de enamorado: el tener que sufrir la nieve, escalar muros y balcones, un encierro en un armario, son inconvenientes mas desagradables que un paseo en sana paz con un marido, aunque os haga recorrer y admirar un cercado de mas extension que el bosque de S. German. Así es que Octavio se portó como un héroe: escuchó con el mayor agrado las prolijas explicaciones del baron, tomó mucho interés en la prosperidad de los plantíos, le parecieron los prados sumamente frondosos, los oquedales admirables, y el granito de las rocas superior al de los Alpes; le aconsejó que estableciese una máquina de serrar á orillas del rio, pues siendo así mas fácil la conduccion de los tablones á todos los pueblos de la Moselle, aumentaría considerablemente el valor de sus bosques; pronosticó á las cepas una abundante cosecha, y á propósito de vinos usó de un artificio muy oportuno. Aprovechándose de la casualidad de haber conservado una pequeña posesion cerca de Burdeos, é invocando en su auxilio á la literatura, le habló de toda la clase de vinos conocidos, usando de la misma nomenclatura como si hubiese sido un gran conocedor en la materia; obligó tambien á Cristian á que aceptase unos cuantos sarmientos de su viña, y éste no consintió sino con la condicion de enviarle en cambio un caballo escogido. En fin los dos nuevos amigos fraternizaron tanto como Glaco y Diómedes; pero Gerfaut esperaba representar el papel del griego, que al decir de Homero recibió en cambio de una depreciable coraza de hierro una armadura de oro de un valor inestimable. En las transacciones entre un amante y un marido hay siempre un artículo secreto en el cual no echa cuentas el último, y que altera singularmente la armonía del contrato.

Cuando entró en el cuarto de su mujer, de cuya indisposicion le habian advertido, una de las primeras palabras que dijo fué la siguiente:

—Este Gerfaut parece un excelente muchacho; mucho me alegraré que permanezca algun tiempo con nosotros. Además tanto él como Marillac son muy buenos músicos, de modo que sino estuvieseis mala podríais cantar algunos dúos. Anímate y baja a comer.

—Y no poder confesarle que hace más de un año que Gerfaut me hace el amor! dijo para sí la baronesa.

Un instante despues entró la señorita de Corandeuil algo amostazada, y se sentó en un sillon delante de la cama.

—No penseis que me engañais con vuestra indisposicion, sé muy bien que lo que quereis es hacer un desaire al señor de Gerfaut. Me parece que un aliado de vuestra familia debia encontrar mejor acogida en vuestra casa, tanto mas sabiendo el particular afecto que me merece. Permitidme que os diga que esto es en extremo ridículo, y si no os enmendais me veré precisada á quejarme á vuestro marido: veremos si su intervencion es mas poderosa que la mia.

—No, no lo hareis, tia, interrumpió Clemencia incorporandose y procurando tomarla la mano.

—Pues bien, si quereis que esto quede entre nosotras dadme palabra de que desde hoy ha de cesar vuestro enojo con mi amigo.

—Pero, señor, esto es una persecucion, exclamó la baronesa dejandose caer en su cama luego que se habia marchado la solterona. Todos se han conjurado contra mí, Alina, mi tia, mi marido.... me van á hacer perder la cabeza; es preciso acabar esto de una vez, y llamó con violencia.

—Justina, le dijo á su camarera, no dejes entrar á nadie sin mi permiso, y tú misma no volveras hasta que te llame; quiero ver si puedo dormir.

Justina obedeció sin replicar.

Cuando salió se levantó su señora, se vistió su bata, se calzó sus chinelas y con una precipitacion que parecia un movimiento de cólera se sentó en su buró, y escribió rápidamente apretando la pluma sobre el papel, y sin cuidarse de los salpicones. La última palabra del último renglon la terminó con un rasgo horizontal tan enérjicamente trazado que parecia la rúbrica de Napoleon.

Cuando un jóven que segun es costumbre empieza á leer por el final una carta de mujer, y halla al fin uno de estos arabescos debe armarse de resignacion antes de leer el contenido.

X.

No bien habia entrado Gerfaut aquella noche en su cuarto, y dejado sobre la chimenea la palmatoria que llevaba en la mano, cuando sacando del bolsillo del chaleco un diminuto papel, le llevó á sus lábios antes de abrirlo, fijándose en seguida sus ojos en el terrible garabato con que terminaba la palabra *Adios!* última de la carta.

—Hum! dijo el amante, cuyo entusiasmo se habia calmado algun tanto con semejante vista.

Leyó despues todo el contenido con una sola mirada, saltando de frase en frase, como un corzo de roca en roca, sin detenerse mas que en los puntos mas culminantes; volvió á empezar de nuevo la lectura deletreando cada sílaba letra por letra; analizó el sentido natural y el sentido místico de cada expresion, como un rabino cuando comenta la Biblia, y descifró los rasgos y perfiles con la paciencia y cuidado de un anticuario cuando interpreta geroglíficos, á fin de descubrir entre aquellas rayas misteriosas algun fragmento de la idea que encerraban. Despues de haber desmenuzado, analizado y disecado, en una palabra, aquel lindo billete, basta sus mas sutiles intenciones, lo estrechó en su mano, y se puso á pasear apresuradamente por su cuarto, haciendo de tiempo en tiempo varias exclamaciones, á las cuales no ha dado aun el Diccionario de la Academia derecho de ciudadanía; porque todos los enamorados se parecen á los *lazaroni*, que besan los pies á S. Genaro cuando se porta bien con ellos, pero que lo llenan de improperios cuando creen tener alguna queja de su proceder, amenazándole entonces de echarle al mar amarrado por el pescuezo. Las mujeres son desde luego demasiado buenas, y apartan casi siempre las piedras que la cólera de un amante arroja á sus estátuas, diciendo de buen grado y con la indulgente sonrisa del Emperador romano: no estoy herida.

En medio de este paroxismo de furor amoroso sonaron dos ó tres golpes en la puerta.

—Estás componiendo? preguntó una voz semejante á la de un ventriloquo; aquí estoy yo.

Un momento despues, Marillac con babuchas, un pañuelo en la cabeza, una palmatoria en una mano y la pipa en la otra se presentó en el dintel de la puerta; y permaneció inmóvil aparentando la mayor admiracion.

—Chico! qué tienes? qué te sucede? me recuerdas á Kean en el Otelo.

Have you pray' d to nicht, Desdemona?

Gerfaut le miró sin responderle frunciendo las cejas.

—Apostaría que estás en la última escena de nuestro acto 3.º, añadió el artista poniendo su palmatoria en la chimenea. Me parece que será extremadamente trájico, y que el público del teatro de la Puerta de S. Martin puede ir haciendo provision del vinagrillo de los cuatro ladrones. Pero me ocurre una idea; yo tambien me siento inspirado, y si quieres nos pondremos juntos á devorar papel como dos culebras bobas. Y á propósito de culebras, ¿no tienes tú campanilla? ah! sí, ya veo allí el tirador; voy á decir que nos hagan un ponche de café, incendiario y fulminante. Y si no bajaré yo mismo á la cocina: estoy en buenas relaciones con Mariana, y me servirá bien..... porque en casa de Bergenheim, franqueza y libertad; *libertas*. El café es mi musa favorita; bajo su poderosa influencia me parezco á Voltaire....

—Marillac, gritó su amigo viendo que se preparaba á salir.

El Artista se detuvo dócilmente.

—Me vas á hacer el favor, le dijo Gerfaut, de marcharte á tu cuarto. Trabajarás ó te acostarás, ó harás lo que mejor te parezca; quiero estar solo.

—Dios poderoso! me dices esto como si meditases algun atentado contra tu ilustre persona. ¿Se trata de que nos suicidemos? Veamos si tienes oculta algun arma ó alguna sortija con veneno. El veneno de los Borjias; ¡maldicion! Esa sustancia blanca contenida en ese vaso de porcelana, llamado vulgarmente azucarero, será acaso por ventura algun fatal veneno disfrazado en producto colonial?

—Déjate de bufonadas, respondió Octavio, y puesto que no puedo verme libre de tí, ten presente que si crees que te he traido aquí para que te conduzcas del modo que lo haces, te has equivocado, y abusas demasiado de mi amabilidad.

—Pues qué he hecho yo?

—Nada, me dejas toda la mañana solo con Bergenheim, el cual me ha hecho contar, segun creo, todos los árboles de su parque, y todas las ranas de sus estanques: anoche cuando esa maldita bruja de Endor propuso el infernal whist, al cual parece que estoy diariamente condenado, te escusastes con el pretexto de no saber, y sin embargo juegas tan bien como yo.

—Pero es que yo no puedo soportar el whist á peseta el tanto.

—¿Y á mí me gusta por ventura?

—Ya, pero tú eres muy amable, y tienes además un interés que debe hacerte parecer dulces como la miel todos los percances del oficio. ¿Querrias tú hacerme representar á Beltran y Raton?

—Pero en resumidas cuentas qué has hecho en todo el dia?

Marillac se colocó delante de un espejo, se arregló el pañuelo de la cabeza de la manera mas pintoresca, se alisó sus bigotes, dejó exhalar lentamente una bocanada de humo que le envolvió la cara á la manera de una nube; se volvió en seguida hácia su amigo, y le dijo con aire satisfecho:

—Querido, cada cual para sí y Dios para todos. Tú, por ejemplo, te entregas á conquistas de alto calibre. Las perlas de tu baronesa te han trastornado la cabeza; te has decidido por la aristocracia, sea en buen hora; en cuanto á mí tengo otro sistema. Mis opiniones en punto de amor son las mismas que en punto á política, republicanas.

—Qué desatinos estás diciendo?

—Déjame acabar. Sí señor, quiero el voto universal, la concurrencia de todos los ciudadanos, la participacion en todos los empleos, las bases ámplias, el gobierno popular, en fin toda nuestra ensalada patriótica. Lo cual, en punto á mujeres significa, que todas tienen cabida en mi corazon, que no reconozco en ellas ninguna distincion de casta ó categoría. Artículo primero de mi carta. Todas las mujeres son iguales ante el amor, con tal que sean jóvenes, bonitas, amables, simpáticas, bien formadas sobre todo y de ningun modo delgadas.

—Y la igualdad?

—Tanto peor. Aplicando pues ese sistema eminentemente constitucional y liberal voy recogiendo todas las flores que quieren dejarse recoger por mí, sin hallar las unas mas frescas, porque son procedentes de la alta nobleza, ni menos olorosas las otras porque han nacido entre la vil plebe.

Simple et naive bergerette,
Elle regne....

—Cállate, el cuarto de la señorita de Corandeuil está precisamente debajo de este.

—Te diré, pues es preciso darte cuenta de mis acciones, que antes de comer fuí al parque á dibujar unos abetos del tiempo de Clodion-le-Chevelu, y mas hermosos que las encinas de Fontainebleau; esto pertenece al arte.—Despues á comer, y he comido admirablemente; y esto pertenece al estómago; porque es preciso hacer justicia á Bergenheim, se vive en su casa de una manera regia.—Despues hice ensillar un caballo, y en dos pasos de galope me hallé en la Alconería donde hice presente mis adoraciones á la señorita Reine Gobillot, muchacha del pueblo, pero que goza de todos sus derechos; esto pertenece al corazon.

—Maldito!

—Nada de ironía si te parece, todos no han de tener tu misma aficion á las princesas que hacen correr á uno cien leguas siguiéndolas sin darles siquiera á besar la punta de un dedo de su guante. Estas intrigas dignas de Clelia no son propias para mí.

Je suis sergent
Brave....

—¿Te quieres callar? ya sabes que yo no cuento en este momento sino con el favor de esa respetable cuarentona del piso bajo, si ella sospechase que tenemos aquí esta especie de bacanal encima de su cuarto, me aborrecería de muerte mañana.

—Zitto zitto, piano piano,
Senza strepito é rumore,

Replicó Marillac poniendo un dedo en su boca y con voz muy apagada. Me sorprende lo que estas diciendo; por la manera con que dabas el brazo á la señora de Bergenheim para conducirla al salon despues de la cena hubiera creido que estabais completamente de acuerdo. Al volverme junto á la escalera para ofrecer mi mano á la dueña, me pareció notar cierto movimiento y enlazamiento de manos entre vosotros que á favor de mi mirada de águila hubiera apostado como me llamo Marillac que se habia deslizado cierto papelito....

Gerfaut aproximó á una de las bugías el billete que aun conservaba arrugado en su mano, el papel se inflamó, y antes de un segundo no quedaron de él sino algunas partículas negras que cayeron convertidas en polvo sobre el mármol de la chimenea.

—Lo quemas? mal hecho, dijo el artista; en cuanto á mí lo conservo todo, cartas y cabellos; cuando sea viejo haré encuadernar las unas, y tejer con los otros un cuadro alegórico que haré colgar delante de mi buró, á fin de tener siempre á mi vista los recuerdos de aquellos seres adorados.—Y te aseguro que los habrá de todos colores, desde los de Camila Otier, mi primera pasion, que eran rubios albinos, hasta estos.

Y sacó de su bolsillo un papel, dentro del cual conservaba una larga trenza de cabellos negros como el carbon.

—Es á Titania á quien has arrancado estas pocas de crines? preguntó Gerfaut tentando aquellos cabellos mas brillantes que suaves, á los que ultrajaba con su irónica suposicion.

—Convengo en que podrian ser mas finos, respondió Marillac con indiferencia, y empezó á manosear el bucle sometido á aquella inspeccion, como si se hubiese tratado de una tela cuyo tejido se hubiera querido analizar.

—Cabellos de aldeana con puntas de griseta.

—Confiesa á lo menos que el color es pronunciado y hermoso, y que la cantidad compensa la calidad. La pobre Reine me ha dado con que hacer un estandarte; candor provincial y primitivo! No hay en París tanta prodigalidad con este género. He conocido yo una mujer que no daba jamas á ninguno de sus amantes mas de siete cabellos; pues bien al cabo de tres años esta preciosa hermosura se vió obligada á usar peluca; toda su cabellera habia sido repartida en detalles. Eres tú como yo Octavio? la primer cosa que le pido á una mujer es un rizo; las mujeres por lo general se pagan mucho de estas ninerias, de las cuales nos servimos ademas como de un lazo para tenerlas mas unidas á nosotros, y añadiendo la demostracion á sus palabras á fin de explicar la manera con que acostumbraba echar al cuello de las mujeres aquella especie de nudo escurridizo, tomó Marillac con sus dos manos la larga trenza negra, y la hizo pasar por encima de la bugia; pero calculó tan mal su movimiento que el fuego prendió en los cabellos, inflamándolos en un momento como á los de Berenice.

—Mal agüero, exclamó Gerfaut sin poder dejar de reirse, al ver el aire estupefacto de su amigo.

—Este es el dia de los autos de fé, dijo el artista dejándose caer con negligencia en un sillon; pero bah! todos los males que nos vengan sean como este; si Reine me pregunta por ellos y quiere verlos, le diré que me los he comido á fuerza de besos.... esto es muy lisonjero y sobre todo muy nuevo, un amante capilívoro; estoy seguro que esto le gustará mucho á mi rosa campestre. En verdad que tiene las mejillas como manzanas coloradas. A la vuelta pienso escribir un vaudeville; pero pondré la escena en Suiza, porque son mas propios aquellos sitios para un vaudeville que lo son los Vosges, y á la dama jóven la llamaré Betty ó Ketty, ó un nombre así que acabe en y griega como Rutly, para darle carácter local. Quieres tú ayudarme? ya tengo casi arreglado el escenario.—Escena primera.—Al levantar el telon se vé un grupo de segadores....

—Me quieres hacer el favor de irte á acostar?

—Coro de segadores.

Ya la aurora
que colora.

—Ya, ya conozco ese coro. Con que si no me dejas en paz te tiro esta garrafa á la cabeza.

—Hombre! jamas te he visto de un humor mas endiablado; qué tienes? Te ha tratado mal tu querida?

—De una manera horrible, exclamó el amante, cuya rabia se ha-

bia exaltado de nuevo. Me ha tratado como se trataría á un aprendiz de peluquero. El billete que acabo de quemar era la despedida mas formal, mas ingrata, y mas indigna que pudiera imaginarse. Esa mujer es un mónstruo; lo entiendes?

—Un mónstruo! Tu ángel un mónstruo? dijo Marillac conteniendo aunque con trabajo una carcajada.

—Ella, un ángel! un demonio es esa mujer.

—¿Con que ya no la quieres?

—La aborrezco, la odio; me horroriza. Ríete, ríete cuanto quieras.

Al decir estas palabras dió Gerfaut un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¿Te has olvidado de que la señorita de Corandeuil tiene su habitacion debajo de la la nuestra?, observó el artista con aire burlon.

—Escucha, Marillac, tu sistema para con las mujeres es vulgar y un tanto grosero. Esas palurdas á quienes enamoras; esas pastoras á las que cortas mechones de sus cabellos que pueden servir muy bien para rellenar un colchon; esas ásperas hermosuras con sus mejillas de peonía, son conquistas dignas cuando mas de un hortera en dia de fiesta. Todo eso es puramente galantería de baja especie, y por consiguiente tienes mil veces razon; al lado mio eres uno de los siete sabios de Grecia.

—Me favoreces demasiado. ¿Con que en último análisis no has podido conseguir ser amado?

—Ojalá fuese así, porque si no hubiera sido amado hasta hoy, tendría la esperanza de serlo mañana. Pero te equivocas, no es eso lo que me encoleriza. Temo únicamente que su corazon sea demasiado tímido. Estoy seguro de que ella me ama cuanto puede amarse; la desgracia consiste en que este amor no es bastante para mí.

—Me parece en efecto, que hasta ahora no puede decirse que se ha vuelto loca por tu causa.

—Ah! loca, ¿conoces tú muchas mujeres que se vuelvan locas por amor? estás hablando como un colegial: en cuanto á mí he creido siempre muy difícil hacer concebir una pasion. Lo primero que hay que conseguir de una mujer es hacerla vencer esa preocupacion que las desanima, preocupacion á que ellas llaman virtud, y yo esclavitud social. ¿Pero qué importa el nombre si el resultado es el mismo?

—Pero en fin, ¿estás tú seguro de que la baronesa te ama? replicó Marillac, pronunciando la palabra *te ama* con cierto énfasis que no pudo menos de llamar la atencion á su amigo.

—Seguro, respondió éste, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque sino estuvieras muy encolerizado te diría cierta cosa.... Vaciló algunos instantes, y despues añadió:

—Si supieras que ella preferia á otro, ¿qué harías?

Gerfaut le miró, y se sonrió en seguida con aire desdeñoso.

—Escucha, le dijo, acabas de oirme blasfemar contra esa mujer, y has creido que la aborrezco; pobre hombre! ¿sabes tú por qué he prorrumpido en estas quejas? porque conociendo mi temperamento he sentido la necesidad de desahogar mi corazon del peso que lo abrumaba. Si yo no hubiera empleado este remedio infalible, el disgusto que me ha proporcionado su billete hubiera irritado mis nervios para toda la noche, no habría dormido; y cuando yo no duermo mi palidez se aumenta, y mis ojos se entristecen.

—Qué tontería!

—¿Cómo tontería? pues qué, ¿no adivinas tú la razon que tengo para desear dormir tranquilamente? de otro modo tendría que presentarme delante de ella con una triste figura, y sería lo bastante para animarla en su crueldad. Me guardaré bien de dejarla entrever que su último mensaje me ha afectado en lo mas mínimo.

—Sin embargo, querido, todo lo que me estás diciendo no prueba nada que esa mujer te ame; esta es la cuestion.

—Marillac, he podido durante mi frenesí decir algunas cosas que tal vez has interpretado mal; pero ahora que estoy ya tranquilo, y que mis nervios han vuelto á su estado normal, voy á explicarte mi posicion actual.

Es mi Galatea, no lo dudes. Es verdad que no he roto aun el mármol con que la virtud, la educacion, el deber, las preocupaciones y todo lo demás que tú quieras cubren las carnes de mi estátua; pero me aproximo al objeto que me propuse, y lo conseguiré; su desesperada resistencia en este momento es la mayor prueba de los progresos que hago yo en mi plan. Del no al sí hay un paso terrible para una mujer. Mi Galatea empieza á sentir en la superficie de su corazon los golpes de mi cincel, y tiene miedo; miedo del mundo, miedo de mí, miedo de su marido, miedo de ella misma, miedo del cielo y del infierno.... ¿no te gustan á tí las mujeres que tienen miedo de todo?—Amar ella á otro, jamás. Está escrito que ha de ser mia, y lo será; ¿qué tienes tú que decirme ahora?

—Nada, pues estás tan seguro como dices.

—Seguro, sí, tanto como de mí mismo; pero quiero saber lo que tú piensas.

—Sí, pero no esta noche; es una cosa que me ha ocurrido hoy, una suposicion vaga aun, que no quiere decir nada todavía.

—Te advierto que soy poco amigo de enigmas, le dijo Gerfaut con tono seco.

—Mañana volverémos á hablar de esto.

—Como quieras, replicó el amante con indiferencia tal vez afectada. Si te has propuesto representar para conmigo el papel de Pésaro,

te prevengo que estoy poco dispuesto á dejarme dominar de los celos.

—Mañana, te digo, aclararé yo este asunto: cualquiera que sea el resultado del paso que voy á dar, te prometo decirte la verdad. Despues de todo, esto no será mas que una jugarreta de mujer.

—Bien, bien, como quieras, aunque para mañana tengo que pedirte otro favor: pienso comprometer á estas señoras á que den un paseo por el parque; la señorita de Corandeuil no vendrá probablemente; es preciso que me hagas el obsequio de entretener al baron y á su hermana, adelantándote con ellos todo lo mas posible, á fin de que yo pueda hablar un rato con esa cruel; ella me ha significado que de ninguna manera conseguiría yo el verla sola, y es preciso absolutamente que la hable.

—Solo hay un inconveniente, y es que mañana esperan á unas veinte personas á comer, y no será facil que se vea sola un momento.

—Es verdad, exclamó Gerfaut levantándose con tal precipitacion que derribó la silla.

—¿Te olvidas de que la señorita de Corandeuil tiene su cuarto debajo del nuestro?

—El demonio se mezcla en todo esto, exclamó el amante paseándose en la mayor agitacion; quisiera que les torciesen el pescuezo á todos esos importunos que han de venir mañana á fastidiarnos. Vamos, no hay que darle vueltas, los dados estan por ella. Hoy y mañana serán de batalla de Ligny; pero pasado mañana la de Waterloó.

—Buenas noches, milord Wellington, dijo Marillac levantándose y tomando su palmatoria.

—Buenas noches, Pésaro, y no creas que me has inquietado con tus palabras misteriosas y tus reticencias de melodrama.

—Hasta mañana, hasta mañana, respondió el artista marchándose:

Ce secret là
Se trahira....

XI.

Al dia siguiente, antes que la mayor parte de los habitantes del castillo hubiesen pensado en levantarse, un hombre á caballo salia solo por una de las puertas del patio que daban al parque. Iba cubierto hasta la barba con un leviton de viaje guarnecido de pieles, traje á la verdad un poco prematuro para la estacion, pero cuya oportunidad justificaba el aire frio que reinaba en aquel momento. Despues de haber dado una media vuelta al rededor del castillo, atravesó la calle de

platanos y el puente, y tomó el camino de la Alconería. Habia andado todo este trecho al paso, y moderado el ardor de su caballo, el cual por la firmeza elástica con que levantaba sus manos al andar, protestaba contra la sujecion que habian impuesto á su fogosidad. Parecia que el placer de la soledad habia sido el único motivo de una salida tan de mañana, y que ningun otro interés tenia el caballero en el objeto de su escursion; pero luego que hubo llegado á la parte del bosque desde el que Gerfaut habia visto por primera vez el castillo de Bergenheim, se internó entre los árboles, y cuando ya no se divisaban ni aun las veletas de las torres del castillo, oprimió los hijares á su corcel, el cual, sin hacerse repetir la invitacion, partió al escape con tanta fuerza, que andubo casi tres cuartos de legua sin aflojar un ápice en su carrera, á pesar de las desigualdades del camino, y hubiera sido muy difícil decidir qué era mas admirable si las piernas del animal ó los pulmones del caballero, porque, sin embargo de una carrera tan rápida, habia tarareado éste, y sin casi tomar aliento, toda la sinfonía de Guillermo Tell. Preciso es confesar que el falsete con que entonó el andante se parecia mas al silbo de un mirlo de Saint-Cloud que á los dulces tonos del oboe, cuyo canto habia querido imitar; pero en cambio, cuando llegó al allegro, su voz, que era en verdad la de un buen bajo, hirió con tanta fuerza las orejas del caballo, que redobló su vigor, como si aquellos sonidos hubieran producido sobre sus órganos auditivos el efecto de una corneta previniendo la carga en un dia de batalla.

El pasante de quien nos ocupamos, que ya habrán reconocido nuestros lectores en esta proeza musical, terminó su concierto, y se detuvo á la entrada de una de las tres lengüetas del bosque que bajaban hasta el rio desde lo alto de las rocas, interrumpiendo aquí y allí la uniformidad de las praderas. Era precisamente la última que habia que atravesar antes de salir del valle, y desde allí hasta la Alconería apenas habia dos minutos de camino. Desde lo alto de su silla, y dirigiendo la vista hácia aquella parte, podia distinguir el humo de las casas del pueblo, cuyas ondulantes columnas se elevaban en medio de la niebla de la mañana, apareciendo entre su color blanquecino como nubes de gris azulado. Esta vista no pareció inspirarle ningun deseo de seguir hasta allá; así es que despues de haber registrado por algun tiempo el sitio en que se hallaba para orientarse perfectamente, se apartó del camino, se ocultó entre los árboles hácia la derecha, y se detuvo en fin al pié de uno de ellos, mas alto que los demás, y aislado en medio de un pradito, quedando colocado como si dijéramos en una especie de puesto de honor.

Cerca de este árbol corria un manso arroyuelo, que descendia blandamente murmurando hácia el rio, siendo tal la quietud de su

curso, que á corta distancia de él apenas habia noticias de su existencia. Era este, pues, uno de esos sitios verdaderamente clásicos para las citas de amor, desde que hay en el mundo bosques, prados, arroyos y amantes; uno de esos sitios que constituyen la parte mas esencial de una decoracion de teatro en un melodrama ó vaudeville. Nada faltaba en él para hacerlo ameno y agradable; ni sombras protectoras, ni lánguidos murmullos, ni pintadas avecillas revoloteando de rama en rama, ni el blando cesped por alfombra.

Despues de haberse bajado de su caballo, y haberlo amarrado á la rama de un árbol segun costumbre inmemorial de todos los que andan á caza de aventuras galantes, dió dos ó tres patadas en el suelo para desentumir sus piernas, y sacó de su bolsillo un lindo reloj de Breguet.

—Las ocho y diez minutos, dijo; he tardado un poco; pero sin embargo he llegado primero. Parece que los relojes de la Alconería no andan bien arreglados.

Au rendez-vous j' arrive la premiere
Raimbaud, Raimbaud!

El artista dió dos ó tres voces, que solo fueron contestadas por un eco lejano, y todo volvió á quedar en silencio. No le puso de buen humor el ver que cuando creia que lo esperaban, era él quien tenia que aguardar; y como su temperamento meridional no le permitia hacer el monote, como se dice vulgarmente, quedándose en una actitud inmóbil, en lugar de estarse sobre un pié con la dignidad de una cigüeña, se puso á pasear rápidamente por uno y otro lado, silbando con tanta fuerza como si tocase un pito de ladrones, el conocido romance:

Quand je quitai la Normandie....
J'attands.... j'attands....

que las circunstancias le trajeron á la memoria; y como se aumentaba su impaciencia, se entretuvo en cortar con la punta de su fusta las cabezas de los cardos que hallaba al paso. Despues, cuando se aburrió de este pasatiempo, escogió otro; todo lo cual probaba que si en la bella á quien esperaba no era la exactitud su principal virtud, no pertenecia en cambio á esa clase de señoritas demasiado susceptibles, á las que la extremada delicadeza de sus nervios las hace intolerantes con sus amantes. Metió la mano en uno de los grandes bolsillos de su leviton, y sacó una enorme petaca de piel de Rusia llena de cigarros habanos, y encendiendo uno de ellos en un fósforo, principió á fumar continuando su paseo; pero al cabo de algunos instantes este paliativo á su impaciencia acabó como los otros.

—Las ocho y veinte y cinco minutos, exclamó bruscamente Marillac, exhalando una bocanada de humo, y mirando otra vez su reloj; quisiera saber por quién me ha tomado esta palurda. No merecia en verdad que hubiese rebentado al pobre Bewerley, que está como si hubiese pasado el rio á nado; imposible que no le dé una pulmonía que ponga fin á su carrera. Si Bergenheim lo viese en esta deplorable situacion era capaz de romperme una costilla. En verdad que ha sido una chanza muy pesada. Vamos, esto es una chiquillada, y lo que sin duda se habrá propuesto es hacerse desear. Positivamente voy á verla llegar de un momento á otro fresca y rozagante, y tan tranquila como si tal cosa. Pues, hija mia, esto es bueno para una vez, *prima transit*; pero si hemos de repetir los paseos por estas alturas, es preciso enmendarse, es preciso á lo menos aprender á decir: *Si V. gusta*, y *gracias*. Ya, ya, no sabe la niña con el mosquito con quien se las entiende.—Las ocho y media! pues si no está aquí dentro de cinco minutos, voy á la Alconería y armo un escándalo de todos los demonios; cuando menos rompo todos los platos de la Feme-Sans-Tête:

Crudele, perche pinora
Far mi languir cosi?

Qué inventaría yo para matar el tiempo? Si pudiese combinar el plan de la escena 6.ª de nuestro segundo acto!—Escena 6.ª—Valory, Gustavo, Madama de Castelléon.—Queda arreglado el duelo entre los dos rivales.—Madama de Castelléon, que todo lo sabe, los encuentra juntos en su casa.—Coquetería por su parte; furor reconcentrado por la de Gustavo, amante verdadero; conformidad irónica de Valory.—Perfectamente.—Ilacion de la escena.—Principiará por la salida de Madama de Castelléon, y deberá concluir en el momento en que no pudiendo contenerse Gustavo, exclama: *Señora, ó él ó yo?* y ella contesta:—*Ni el uno ni el otro*. Contestacion noble y atrevida, sencilla y enérjica, que vivirá en la posteridad.—Perfectamente.—Son precisas, sin embargo, algunas mas gradaciones antes de llegar á la esplosion; un enredo á lo Scribe y un *crescendo* á lo Rossini, todo á la vez.—Ahora bien, ¿será conveniente que Madama de Castelléon se siente? Varios sillones en semicírculo delante de la concha del apuntador serán muy oportunos.... pero un diálogo de pié es mas apasionado y dá mas latitud á los brazos y á las piernas. Las piernas sobre todo representan hoy un gran papel en lances de pasion. Sin embargo, acaso, acaso sería mejor que se sentasen al principio, y hacerlos levantar al fin, porque si es Lemaitre el que hace el papel de Gustavo, cómo exijirle que diga empaquetado en un sillon aquella sublime frase: *Señora, ó él ó yo?*

—*Fiat quod, esset bonum.* Vamos, *allegro.*

Embutiendo de nuevo la mano en el hondo bolsillo de su levitón que parecia tan fecundo como el de Madama Jigogne, sacó Marillac en esta vez una cartera con hojas de album, cuyas hojas estaban alternativamente cubiertas de croquis, renglones tachados, y apuntes de pretendidas inspiraciones musicales; una verdadera Babel artística encuadernada en tafilete verde. Sacó despues un lapiz engarzado en plata, y se puso á afilarle con un puñal de Córcega de ancha hoja, del que se habia armado, probablemente para dar á su expedicion un carácter mas atrevido y español. Cuando puso la punta de su lapiz tan delgada como la de una aguja, metió el acero en la vaina, y ambas cosas en su bolsillo, y sentándose al pié de un árbol, escribió con muy buena letra bastarda en una de las hojas del album:—Escena sexta.—Madama de Castelléon, Gustavo y Valory. Apoyó en seguida los codos en sus rodillas y la frente entre sus manos, y permaneció absorvido en el laborioso éxtasis de la composicion.

Al cabo de algun tiempo levantó la cabeza, miró alternativamente al cielo cubierto de un azul pálido y sembrado de nubecillas blancas, á los árboles agrupados pintorescamente sobre la pradera, á la niebla que permanecia aun sobre la superficie del rio, y á Bewerley, cuya respiracion y sudor formaban por sí un humo transparente elevado por el aire frio de la mañana. Despues de haber demandado inspiraciones al cielo y á la tierra, á la naturaleza muerta y á la naturaleza viva, acercó al fin el lápiz al papel. Diversos garabatos nacieron sucesivamente bajo sus dedos, sin que acabase al fin de quedar satisfecho de su obra. Al entretenerse en aquellas imperfectas líneas caricaturales, obedecia maquinalmente á la ley que separa á los sentidos de la voluntad, y les dá una especie de inteligencia material todas las veces que el espíritu carece de fuerza para poner en accion la voluntad.

—En particular! exclamó Marillac borrando con disgusto sus croquis; no tengo ideas sino en la mano. Me hallo desde luego como Mad. Estaël: necesito la primer palabra; pero mi imaginacion está ofuscada, y permaneceré en este sitio hasta el dia del juicio sin hallar esa malhadada palabra.—Qué ha de decir esta mujer cuando se presente en la escena?—*Buenos dias, señores.* Esto es muy natural; y si ella les dice *buenos dias, señores*, habrán ellos de contestarle: *tengalos V. muy buenos, señora....*—Perfectamente; esto es prodigiosamente dramático.—Qué diablo! si ese maldito de Gerfaut no estuviese absorvido por su pasion de á folio, me sacaría del atolladero, pues es preciso hacerle la justicia de que él no se detiene ni en la primer palabra ni en la última; pero no hay medios de traerle á la razon, y estoy seguro de que si continua asi meses del mismo modo,

es hombre perdido para el arte.—Y esa rosa de los bosques que no viene.... pero no se trata de esto, trabajemos.—Decia pues:—Madama de Casteléon:—*Buenos dias, señores*....—*Todavía aquí?* O sino: *me alegro mucho de veros.*—Que el diablo cargue con Madama de Casteléon; me es imposible pasar de aquí.—Se me figura que es el aire el que me distrae, impidiéndome concentrar mi espíritu, y fijar mi imaginacion sobre un punto; la siento evaporarse de mi cabeza, y me parece que la veo atravesar las ramas de los árboles, descender despues hácia el rio, confundirse con la niebla, y desvanecerse por último como ella á los ardientes rayos del sol. Estoy seguro que trabajaré mucho mejor en mi cuarto. Dicen que Gluck hacia transportar á un prado su piano y unas botellas de vino.... Esto le inspiraba. Pero yo creo....

Levantó vivamente la cabeza, sintiéndola inundada de repente por una lluvia de tierra; pero este movimiento fué fatal para él, porque sus ojos recibieron la parte de lavacion destinada á sus cabellos. Una picazon desagradable que sintió en aquellos se los hizo cerrar á su pesar, aunque no sin haber entrevisto antes en medio de la nube de polvo que los rodeaba la figura de la señorita Reine de Gamprot, fresca y rozagante como un querubin, con un vestido de guinga á cuadros verdes y lila, que hacia resaltar los encantos de su busto en toda su ostentacion, llevando al brazo izquierdo un pequeño canasto: circunstancia precisa en señoritas de cierta especie, cuando hacen novillos como muchachos de escuela.

—Qué diablos os ha sucedido? exclamó Marillac frotándose los ojos; hace mas de sesenta minutos que me teneis aquí de plantón, y ahora me dejais ciego; pues si sois una golondrina, yo no soy Tobías, lo entendeis?

—Vaya, tanto enfado por un poco de polvo, dijo Reine poniéndose encarnada como la grana, y tirando al mismo tiempo el resto de tierra que conservaba en su mano.

—Es que me escuece como un diablo, replicó el artista con tono mas moderado, comprendiendo todo lo ridículo de su cólera; y pues sois vos la que me habeis hecho el mal, venid al menos á repararlo; acercaos y sopladme en los ojos.

—No, que me voy. No quiero que se me regañe.

El artista metió el album en su bolsillo, y se levantó precipitadamente viendo que la jóven se preparaba á partir; le pasó caballerosamente el brazo al rededor del talle, y la obligó, medio de grado, medio de fuerza, á sentarse junto á él.

—No, no, que el piso está húmedo, y voy á manchar mi vestido, dijo ella por última resistencia.

Un pañuelo de seda fué inmediatamente extendido sobre la yerba

en guisa de tapiz por el amante, súbitamente decidido á prestarla los mayores cuidados y atenciones.

—Y ahora, mi querida Reine, replicó él, decidme á lo menos, por qué habeis venido tan tarde; sabeis que hace una hora que me arranco los pelos de desesperacion?

—Por fortuna el polvo es muy bueno para evitar que se caigan, respondió ella mirando maliciosamente á Marillac, cuya cabeza en efecto estaba atrozmente empolvada.

—Picarilla, exclamó él riéndose, por mas que sus ojos demostrasen que habia llorado; y trató de darla un beso como para castigar la represalia, en verdad menos odiosa en amor que en la guerra.

—Acabad pues, señor Marillac, bien sabeis lo que me habeis prometido.

—Amarte siempre, criatura encantadora, le dijo con una voz de crocodilo.

Reine se mordió los labios, y obedeciendo á ese instinto femenino que prescribe variar de conversacion despues de una declaracion demasiado directa, sin perjuicio de volver al mismo asunto por otro camino:

—¿Qué hacíais cuando yo llegué? le dijo; estábais tan ocupado que no me habeis sentido venir. Parecíais un loco; extendíais los brazos al aire, y os pegábais porrazos en la frente.

—Estaba pensando en tí.

—Pero para eso no era preciso darse de puñetazos.

—Mujer adorada, exclamó de repente el artista con voz apasionada, y mirándola con los ojos muy espantados.

—Dios mio! me dais miedo. Si lo hubiese sabido no hubiera venido; pero necesito marcharme al instante.

—Dejarme, Reine de mi corazon?

Non! je perdrai plutôt le jour
Que de me degager d' un si charmant amour.

—Callaos; puede pasar alguien, y si os oyesen..... dijo Reine mirando al rededor de ella. Si supiéseis cuánto trabajo me ha costado venir! Le dije á mi madre que iba al molino, y despues á casa de mi tio; pero ese tunante de Lambernier me ha encontrado cuando entraba en el bosque. ¿Qué haré yo si dice que me ha visto? Este no es el camino del molino, y si él me ha seguido, estoy fresca.

—Direis que habeis venido á coger fresas ó avellanas.—¿Y quién es ese Lambernier?

—Ya le conoceis.... el del molino.... ¿no le visteis en casa el otro dia?

—Ah! dijo Marillac con interés, ¿no es ese al que han despedido del castillo?

—El mismo; y han hecho bien porque era un holgazan.

—Ese es el que os ha hablado de la de Bergenheim, segun me deciais ayer cuando nos interrumpió vuestra madre; seguid ahora contándome todo lo que os ha dicho.

—Oh! estoy segura de que son mentiras, no se debe creer nada de lo que dice.

—Pero en fin qué era lo que os decia?

—¿Y qué teneis vos que ver con lo que cuentan de la baronesa? respondió la jóven con despecho incomodada de que Marillac no se ocupase exclusivamente de ella.

—Lo hago por curiosidad. ¿No os ha dicho que si descubria al baron todo lo que sabia le daría éste mucho dinero por su silencio?

—No quiero contestaros. Preguntádselo á él si quereis saberlo. Por qué no habeis permanecido en el castillo, ya que no pensais en otra cosa sino en la baronesa? ¿Estais acaso enamorado de ella?

—Yo no amo á nadie mas que á vos.—Que el diablo te lleve! dijo para sí, ahora vá á tener celos! ¿De qué medios me valdria para hacerla hablar?—Estoy tan persuadido como vos, repuso en alta voz de que todos son enredos de Lambernier.

—No tengo la menor duda. En todo el pais es conocido por una mala lengua que solo se ocupa de espiar todo lo que se dice y se hace para comentarlo á su manera, y decirlo á todo el mundo. Dios quiera que no vaya á inventar un cuento, porque me ha visto entrar en el bosque....

—La baronesa de Bergenheim está fuera del alcance de los enredos de un tunante de esa especie.

—Reine se mordió los labios sin responder.

—Tiene ella demasiadas buenas prendas para que pueda darse crédito á ninguno que quiera ofender su reputacion.

—En cuanto á eso, hay mucho que decir. Las señoras de París son lo mismo que otras, á cual mas hipócritas.

—Magnífico! dijo para sí Marillac, ya hemos entrado en la cuestion.

—Es una mujer tan bonita! tan amable! tan bondadosa....

—Dios mio! acabad de decir que la amais, dijo Reine separándose bruscamente del brazo con que la habia tenido asida hasta entonces. Ya se vé, una gran señora que tiene coches, caballos y lacayos con librea, es una soberbia conquista. Mientras que una pobre aldeana que no posee mas que su virtud.... y bajó los ojos llenos de lágrimas sin acabar la frase.

—Virtud que dá una cita en el fondo de un bosque á los tres dias de conocerla!... pensó el artista.

—Pero no sereis el primero en galantearla.

—Esas son mentiras....

—Mentiras! pues yo os aseguro que no lo son. Lambernier no es un embustero....

—Lambernier no es un embustero! repitió como un eco una voz áspera que parecia salir del tronco del árbol donde estaban sentados los dos amantes.—Quién dice que Lambernier es un embustero?

En el mismo instante el carpintero en persona salió de detrás del árbol donde estaba escondido hacia un momento, y apareció súbitamente en la escena como el *Deus ex machina* de las tragedias romanas. Con su chaqueton pardo echado al hombro segun acostumbraba, y encasquetado hasta las orejas el sombrero de alas anchas, se colocó enfrente de la pareja estupefacta, fijando alternativamente en cada uno de los interlocutores sus ojos hundidos y malignos, y dejando escapar al mismo tiempo un gruñido sordo. La señorita Reine dió un grito como si hubiese visto á Satanás en persona salir del centro de la tierra. Marillac dió un salto, y empuñó su látigo.

—Atrevido, insolente, exclamó haciendo sonar su voz de bajo; seguid vuestro camino.

—No hay camino que valga, respondió el artesano con sorna; estamos á campo raso, y el mismo derecho tengo para irme que vos.

—Si no te vuelves inmediatamente, repuso el artista, cuyos ojos centelleaban de cólera, te abro la cabeza en dos partes.

—Las manzanas son las que se abren en dos partes, dijo Lambernier mofándose, buen cuidado se me dá á mí de vuestro látigo ni de vuestras amenazas; porque sois un señorito y yo un artesano, pensais meterme miedo? pues habeis de saber que á mí se me importa un pito....

No pudo concluir su frase: un latigazo que le cruzó el rostro desde la oreja derecha hasta la punta de la nariz dejándole ensangrentada toda la cara le obligó á retroceder tres ó cuatro pasos.

—Maldicion! exclamo con una voz que se asemejaba á un aullido, que pierda el nombre que tengo sino me las pagais todas juntas.

Arrojó al suelo su sombrero y su chaqueta, se escupió la palma de las manos frotándoselas en seguida, y tomó la posicion de un atleta dispuesto á luchar.

A esta demostracion amenazadora, la señorita Gobillot que habia presenciado esta escena sin decir una palabra siquiera, lanzó dos ó tres gritos inarticulados; pero en lugar de arrojarse entre los combatientes como las Sabinas, echó á correr con todas sus fuerzas por el bosque.

Aunque las armas de los dos adversarios no fuesen, en la apariencia, propias para ensangrentar el cesped, tenia su continente un aspecto marcial que hubiera hecho honor á paladines antiguos. Lambernier, recogido el cuerpo segun todas las reglas del pugilato y los pu-

dos á la altura de los hombros, tenia cierta semejanza con un gato montés pronto á saltar sobre su presa. El artista por su parte, echado el cuerpo atrás, estendida la pierna izquierda y escondida la parte inferior de su rostro en el cuello del levitou observaba todos los movimientos de su contrario. Cuando vió venir al otro con el puño levantado, alzó tambien el brazo, y le aplicó al lado izquierdo otro segundo latigazo tan vigorosamente dado que el artesano se retiró de nuevo, frotándose los ojos y gruñendo.

—Fuego de Dios! ya no veo claro.... pero aun cuando fuera el mismo rey, me las ha de pagar.

Echó mano al bolsillo del pantalon, sacó uno de esos compases que usan los carpinteros, y agarrándolo con furia por el centro se encontró armado de una especie de puñal de dos puntas que blandia con aire amenazador.

A la vista de este instrumento, Marillac dió dos pasos atrás, pasó el látigo á la mano izquierda, y armándose de su puñal de Córcega, se puso en actitud de defensa.

—Amigo, dijo sin turbarse, esta agua es mas corta que la vuestra pero pincha mejor. Si os acercais un paso, si levantais la mano, os sangro como á un cerdo.

Al ver la firme actitud del artista cuya ancha espalda anunciaba una fuerza poco comun, y al cual sus vigotes y sus ojos brillantes daban en este momento un aire bastante formidable; y al reparar sobre todo la hoja afilada del puñal, Lambernier se paró.

—Ea! exclamó Marillac observando el buen efecto que su resolucion habia producido sobre su adversario, sois Pronvincial; pero yo soy Gascon. Teneis la mano pronta, camarada; pero....

—Pero, mil rejiones de demonios! vos sois el que la teneis pronta; me asesinais á latigazos como si fuese vuestro caballo.... y.... uff! me habeis rebentado un ojo. Pues qué, ¿os imaginais que yo tengo mi pan amasado y cocido como vos, y que mi ocupacion consiste únicamente en hacer cucamonas á las muchachas? yo necesito mis ojos para trabajar, canario! Porque vos sois un señor, y yo un obrero....

—Vamos, déjate de tonterías, repuso el artista muy contento interiormente de ver exhalarse así en palabras la furia de su adversario; cerrad vuestro compás y marchad á vuestro trabajo. Vaya, tomad para beber, dijo dándole dos napoleones. Habeis estado un poco insolente y yo un poco vivo. Idos á lavar los ojos con un vaso de vino.

Lambernier frunció el ceño, y le dirijió una mirada maligna y rencorosa. Vaciló un momento sobre lo que debia hacer, pero al fin, al cabo de algunos instantes de reflexion pudo mas la prudencia que la cólera, cerró el compás, y se lo guardó en el bolsillo. Pero rechazó el dinero que el otro le ofrecia.

—Sois muy generoso, dijo con una sonrisa amarga: cinco francos por latigazo! Yo conozco algunos que presentarían á ese precio el carrillo dos horas al dia; pero yo no pertenezco á esa especie, yo no pido nada á nadie. Me batí en Julio.

No teniendo el artista muchas ganas de prolongar una sesion semejante, se dirigió á desatar su caballo; pero al mismo tiempo se le ocurrió una idea repentina, y se detuvo.

—Escuchad, Lambernier, dijo, siento haberos hecho daño, y voy á reparar mi ligereza. Me han dicho que os habian despedido del castillo contra vuestra voluntad: tengo alguna confianza con el baron; ¿quereis que le hable en vuestro favor? Habíase quedado el carpintero inmóbil mirando á su adversario con cierto furor reconcentrado; pero su fisonomía mudó de expresion, y se tornó impasible y helado al verse interpelado de nuevo. Antes de responder meneó dos ó tres veces la cabeza.

—Como no seais el diablo, dijo, os desafio á que hagais decir al señor baron sí, cuando haya dicho que no: me han echado como á un perro, y allá verémos como queda este negocio. Todo ello ha sido por chismes y enredos; pero tampoco á mí me falta algo que contar.

—¿Y por qué motivo os han despedido?, prosiguió Marillac: sois diestro en vuestro oficio. He visto algunas obras vuestras: otras quedaban por concluir; de modo que deben haber sido graves aquellos motivos para no ocuparos en un momento en que tanta falta haceis.

—Decian que gastaba demasiadas bromas con la doncella, y la señora me despidió. Fué muy dueña de hacerlo, si señor, como yo lo soy de hacerla arrepentirse.

—¿Y cómo podreis conseguirlo? replicó el artista, cuya curiosidad, no satisfecha por Reine, iba subiendo de punto. ¿Qué podeis vos tener que ver con la baronesa?

—Porque es una señora, y yo un cualquiera. Eso no importa, y con dos palabritas que yo la dijera al oido, estoy cierto de que me daría mas luises de oro, que monedas de veinte sueldos he ganado desde que estoy en el castillo.

—¿De veras? pues á estar yo en lugar vuestro no tardaría mucho en decir esas palabritas.

—¿Para que me despidan á mogicones esos pillastrones de lacayos vestidos de cangrejos? No señor, no, yo tengo acá mis ideas, y allá verémos lo que resulta.

El carpintero acompañó estas palabras con la risita sardónica que acostumbraba.

—Lambernier, dijo el artista con seriedad, ya me han hablado de ciertas espresiones aventuradas que se os han escapado en estos últimos dias. ¿Sabeis que las leyes tienen un castigo para los que inventan calumnias?

—¿Y es una calumnia cuando se prueba lo que se dice?

—¿Qué es lo que podeis probar? exclamó Marillac.

—Canario! bien lo sabeis, que el señor baron.... No acabó de explicarse; pero completó su idea con un ademan grosero que hizo acercándose la mano á la cabeza.

—¿Eso probareis?

—Delante de la justicia si fuese necesario.

—Delante de la justicia poco sacaríais en limpio; pero si quereis no volver á hablar de esas cosas, y darme á mí solo esa prueba que decís, os doy por ella diez napoleones.

Lambernier miró fijamente al artista.

—Ola! ¿con que necesitais una en la corte y otra en el campo;? ¿una casada y otra soltera;? dijo con un tono de brutal ironía; ¿y sabe la pobre Reine que así os burlais de ella?

—¿Qué quereis decir?

—Oh! sois mas ladino que yo.

Miráronse los dos hombres en silencio, tratando mútuamente de adivinarse los pensamientos; pero no lo consiguieron sino muy imperfectamente.

—Este es otro amante de la baronesa, pensó Lambernier con la insolencia cínica de su carácter, si le digo lo que sé dejo en buenas manos mi venganza sin necesidad de esponerme.

—No es tonto ese tunante, dijo para sí Marillac; pero es vengativo, y es fuerza que se explique.

—Diez napoleones no se encuentran así como quiera, prosiguió el carpintero en voz baja: está dicho, añadió en voz alta, me contareis ese dinero dentro de una semana.

—Me probareis.... lo que habeis dicho, respondió Marillac titubeando y algo avergonzado del papel que representaba.

—Bah! dijo entre sí para tranquilizar su conciencia, si este tuno sabe algo que pueda comprometerla, mas vale que sea yo quien compre su secreto que cualquier otro.

No abusaré ciertamente, y tal vez pueda servir á esa mujer. ¿No es obligacion de todo caballero sacrificarse en defensa de la belleza imprudente y amenazada?

—Os daré la prueba, que yo no vendo gato por libre, dijo el carpintero.

—¿Cuándo?

—Acudid el lunes á las cuatro á la entrada del bosque.

—¿Dónde acaba el parque?

—Sí, mas acá de la roca grande.

—No faltaré. Hasta entonces no direis una palabra sobre el particular.

—Convenido. Solo vos lo sabreis.

—Aquí teneis la señal del premio del contrato, respondió el artista; dándole las dos monedas de á cinco francos: y esta vez las tomó Lambernier sin vacilar.

—El lunes, á las cuatro.

—No faltaré, dijo Marillac montando á caballo, y partiendo al trote largo.

—Diez francos hoy y diez napoleones el lunes, quedó diciendo para sí Lambernier mientras Marillac se alejaba; buena tontería hubiera sido el rehusar. Sin embargo, esto no es bastante para pagarme los latigazos, pero asi que hayamos ajustado la cuenta á los del castillo, trataré de ajustar la suya.

En seguida emprendió lentamente el camino de la Alconería.

XII.

Las gentes que esperaban en el castillo, cuya importuna visita habian anatematizado anteriormente los dos amigos, madrugaron bastante, segun es costumbre en el campo, donde se almuerza temprano. Desde su habitacion donde se habia encerrado como Aquiles en su tienda vió Gerfaut desfilar sucesivamente ocho ó diez carruages de todas formas y hechuras conduciendo cuando menos el número de convidados anunciado por Marillac. Poco á poco se dividió la sociedad en grupos por los jardines. Cuatro ó cinco muchachas conducidas por Alina corrieron á apoderarse de un columpio que pusieron en movimiento algunos jóvenes condescendientes entre los que Octavio distinguió pronto á su Pilades. En el interin la de Bergenheim hacia los honores de la casa á las madres y á las esposas, que calificando aquella diversion de estemporánea para su edad, preferian un pacífico paseo por la alameda del parque. Cristian por otro lado esplicaba planes de mejoras á algunos sugetos de fisonomía industrial que le escuchaban con interés al parecer contando con la revancha. Otros tres ó cuatro por fin habian tomado posesion del villar, al paso que la parte venerable de la sociedad se habia quedado en el salon acompañando á la señorita de Corandeuil.

—¿Puedes prestarme un pantalon blanco? exclamó Marillac entrando apresuradamente en la habitacion de su amigo á tiempo que la campana tocaba ya á almorzar.

Un enorme manchon verde en una rodilla hacia superflua toda explicacion sobre la necesidad de este cambio de traje.

—No pierdes el tiempo, dijo Gerfaut abriendo un cajon de la cómoda. ¿Y cuál de esas bellezas provinciales ha tenido el honor de verte á sus pies?

—Este maldito octubre ha tenido la culpa! por mi afan de agradar!... amigo, tu sistema de egoismo es el verdadero: A propósito, la baronesa me preguntó hace poco con cierto tonillo si estabas enfermo, y si no bajarías á almorzar.

—¿Ironía?

—Algo de eso me ha parecido. Esa mujer sabe sonreirse de una manera que hace temblar, y no porque yo sea mas tímido que cualquier otro; pero mejor querria hacer solo un vaudeville en tres actos, que tener que dirigirla una declaracion, si la viera sonreir de ese modo. Tiene un modo de estirar el labio inferior:... Demonio! ¿sabes que estás muy flaco? ¿me permitirás que abra la cintura de tu pataloni? No voy á poder moverme de puro apretado.

—¿Y el secreto que tenias que revelarme? interrumpió Octavio sin dar marcadas muestras de curiosidad.

Marillac se revistió de seriedad para mirar á su amigo, y luego se echó á reir aunque con alguna dificultad.

—Dejemos para mañana los negocios serios, lo esencial hoy es ser amable. La baronesa me ha preguntado si tendria inconveniente en que cantásemos juntos, y yo he accedido por supuesto tanto por tí como por mí. Me parece que los indígenas de este valle no habrán oido el dua de Mosé con los gorgeos á lo Tamburini:

Palpito á quello aspetto
gemo nel suo dolor

—¿Te parece que cantemos este ó el del *Barbero*?

—Lo que te dé la gana, con tal que no empieces á romperme la cabeza.

—No tengas cuidado. Ya he echado yo una ojeada á la mesa, y no presenta mala perspectiva: con que vamos á almorzar.

No estamos ya en tiempos en que las provincias formaban regiones casi extrañas unas para otras, y en que un mocito de Limousin recien desembarcado en Palais-Royal, estaba expuesto á ser recibido como Mr. de Pourceaugnac. Merced hoy á la rapidez de las comunicaciones, de las importaciones de toda especie que llegan del centro á la circunferencia, sin haber tenido tiempo para marchitarse en el camino, París y el resto de la Francia no son mas que un cuerpo inmenso animado por las mismas opiniones, ataviado con las mismas modas, adoptando los mismos chistes, y revolucionándose con las mismas barricadas.

Las costumbres provinciales han perdido casi enteramente su fisonomía particular, y en todas partes es igual su salon de sociedad. Sin embargo, alguna escepcion sabe presentarse en el campo. Las

necesidades de vecindad imponen condiciones de que no puede desentenderse la señora mas exclusiva, y aquella sociedad allí reunida ofrecia un ejemplo de esas reuniones heterogéneas en que una duquesa puede tener á su derecha á un alcalde de aldea y la dama mas elegante á un rollizo juez de paz que imagina ser muy amable empeñándose en achispar á su vecina.

Las frecuentes relaciones de la baronesa con los propietarios de las cercanías habian establecido entre ellos un trato fino aunque reservado.

La de Bergenheim habia llegado á apercibirse del genio quisquilloso de muchos de sus vecinos, de su facilidad en picarse, y habia por lo tanto adoptado el partido de reunir, por medio de convites generales, á las personas que debia recibir, con el objeto de salir de una vez del fastidio de estos cumplimientos. El dia de que vamos hablando era uno de los destinados á reunion general.

En medio de todas aquellas mujeres mas engalanadas que elegantes, de aquellas muchachas de robustos y colorados brazos, de aquellos señores presumidos, medio estrangulados por sus corbatas blancas; Gerfaut, abroncado ya con el chasco de la víspera, sintióse aun mas dominado por un acrecentamiento de mal humor. En la mesa le tocó estar colocado entre dos damas que habian agotado en sus trajes todos los colores del espectro solar, y cuya coquetería respectiva estaba escitada con la proximidad del célebre escritor. Pero sus monadas eran inútiles; el objeto de ellas se condujo con un despego que afortunadamente pasó por melancolía romántica: lo cual acabó de interesar en su favor á su vecina de la izquierda; rubia, de veinte y cinco años, rechoncha y apasionada, segun decia, por lord Byron, pretension que es muy general en todas las mujeres gordas.

A escepcion del saludo que hizo al entrar, Octavio no dió á Clemencia ni una sola muestra de atencion. Con notable hastío aceptaba con paciencia los placeres de aquel dia, abusando hasta del privilegio de genio caprichoso que todos conceden á un talento indisputable. Clemencia por el contrario estaba mas amable, mas risueña que nunca. A ninguno de sus fastidiosos convidados habia dejado de dirijir alguna palabra afectuosa, con todas aquellas mujeres vulgares ó presumidas habia hallado medio de ser amable y obsequiosa; parecia que la dominaba un deseo particular de ser aquel dia mas seductora aun que de costumbre, y que el sombrío continente de su amante aumentaba su buen humor, la infundia mas viveza, promovia en fin una resurreccion de su antigua coquetería.

Una lluvia repentina, que empezó mientras tomaban el café, hacia impracticable todo proyecto de diversion en el parque. Gerfaut reparó á poco en un coloquio bastante animado entre la de Bergenheim, que no sabia como divertir á sus huéspedes el resto de

la tarde, y Marillac que con su entrometimiento acostumbrado se habia constituido en maestro de ceremonias.

Un momento despues se abrieron de par en par las puertas del salon para dar paso á un enorme piano conducido por tres criados. A su vista se estremecieron de placer las muchachas, al paso que Octavio apoyado en un ángulo de la chimenea, desocupaba su taza de café con un aire cada vez mas melancólico.

—Chico, vino á decirle el artista, quien desde la aparicion de aquel mueble músico no habia cesado de dar vueltas acá y allá, recogiendo una docena de partituras.—Parece que vamos á cantar el duo de *Mosé*. Ahí estan dos ó tres colegialas rabiando por cantar, con que ya ves que es preciso que nos sacrifiquemos por animarlas. Además un duo de hombres es de rigor para dar principio á un concierto.

—Un concierto! exclamó Gerfaut cada vez mas aburrido.

—Cinco ó seis piezas no mas, y en seguida se bailará. Yo ya estoy comprometido con tu *diva*; si quieres una contradanza, y no tienes, como es costumbre, número reservado, no te descuides en pedírsela, porque andan por ahí cuatro ó cinco chuchumecos, con unas ganas.... Despues de nuestro duo cantaré el terceto de la *Dama Blanca* con esas dos señoritas de los ojos redondos y vestidos color de melocoton.... me parece que al fin del primer solo voy á aventurar un punto de órgano! si sale bien, es soberbio!

—La señora pregunta por vos, vino á decirle un criado.

—*Dolce, soave amor* murmuró entre sus dientes el artista acudiendo á la invitacion, y esforzándose por recordar su punto de órgano, que consideraba como uno de los mas bellos florones de su corona musical.

Así que todo el mundo se hubo sentado, se puso al piano la baronesa, escoltada por Marillac. Eligió el artista una de las particiones, la acomodó sobre el atril, tosió, escupió, se colocó del modo que le pareció de mas efecto para lucir su hermosa cabellera, y dirijió una mirada de inteligencia á Gerfaut para que viniese á acompañarle; pero este continuaba sombrío y aislado en el ángulo de la chimenea.

—Abusamos demasiado de vuestra complacencia, caballero, le dijo Clemencia cuando acudió á la seña: y tecleando distraida fijó en él sus rasgados ojos. Era la primera mirada que en todo el dia le consagraba: ya fuese arranque de coquetería, ó que la tristeza de su amante le conmoviese el corazon, ó fuese en fin que se arrepintiera del billete que habia dirigido la víspera, es menester confesar que la expresion de esta mirada nada tenia de severa.

Inclinóse Octavio, y pronunció algunas palabras tan friamente corteses como si hablára con una mujer de sesenta años; la baronesa bajó la cabeza sonriendo con desden, y comenzó con bastante fuerza el acompañamiento del duo.

El concierto empezó. Gerfaut tenia una voz de tenor dulce y vibrante; la manejaba hábilmente, esquivando los pasajes peligrosos, sorteando las dificultades que juzgaba superiores á sus medios de ejecucion: cantando en una palabra con la prudencia de un aficionado, que no puede consagrar cuatro horas diarias á ensayar escalas cromáticas. No solo cantó con una sencillez que parecia negligencia, sino que aun sustituyó además con una suspension mas que modesta el aire bastante complicado del final.

Clemencia, para quien habia cantado otras veces con mas alma, vió con disgusto esta afectacion de indiferencia, porque hay momentos en que todo ofende; parecíala que en su casa, en su salon, hubiera debido Octavio esforzarse mas por consideracion á ella, cualesquiera que fueran sus disgustos particulares: se creyó injuriada, y apuntó esta nueva ofensa en el interminable libro por partida doble que una mujer consagra siempre á las menores acciones del hombre que la galantea.

Marillac, por el contrario, agradeció mucho á su amigo esta frialdad de ejecucion, porque vió en ella un medio de brillar á sus espensas. Era demasiado conocida la superioridad de Octavio para que no aprovechase con afan la ocasion de aventajarle; así que comenzó su solo *ei ciel per noi sereno* con esfuerzos insólitos de laringe, acentuando tan enérgicamente como un calabrés, y mugiendo las notas graves como si cantára en un tonel; esceptuando cierta desigualdad y desafinamiento que rara vez falta á los cantantes de aficion, no escapó mal en la primera parte. Al llegar al punto de órgano final, hinchó de aire su pecho, como si tuviera el encargo de poner en movimiento todos los molinos de la provincia, y se lanzó con magestuosa furia: las cuarenta primeras notas rodaron y giraron sin accidente notable; pero al descender de la escala faltaron á un tiempo al cantante respiracion y voz; se debilitó el *la*, se ahogó el *sol*, el *fa* se asemejó al susurro de un abejorro, y el *mi* volaverunt!

El punto de órgano tuvo cierta semejanza con una de esas escaleras góticas, cuyo escalon superior ofrece una conservacion casi completa, pero cuya base minada por el tiempo, deja una solucion de continuidad entre el suelo y el último escalon.

Esperando Clemencia la conclusion de la peligrosa escala, no se acordó de dar el acorde final: el único sonido que se escuchó fué el roce de la barba del dilettante, que en vano acudiera á buscar voz en las profundidades de su corbata de raso, acompañado del benévolo aplauso de una vieja sorda que habia juzgado del mérito de la ejecucion por las contorsiones desesperadas del cántante.

—Maldita garganta! murmuró el artista colorado como la grana.

El resto del duo concluyó sin novedad y con general satisfaccion.

—Señora, ese piano está medio tono mas bajo que el diapason, dijo el cantor picado.

—Es verdad! respondió Clemencia sin poder contener una sonrisa: tengo tan poca voz que necesito poner el piano arreglado á mis facultades. Pero bien podeis perdonar mi egoismo, porque habeis cantado como un ángel.

Inclinóse Marillac, medio consolado con este cumplimiento; pero pensando para sus adentros que el primer deber de toda ama de casa era tener un piano, que estuviese á tono, y no exponer á un bajo á comprometer su reputacion delante de cuarenta personas.

—¿Mandais algo mas, señora? preguntó Gerfaut acercándose á la baronesa con la sonrisa en los labios, pero una sonrisa de pura cortesanía.

—Temería cansar vuestra amabilidad, le contestó con una voz en que se traslucia su secreto descontento.

El poeta la saludó en silencio, y se alejó.

Entonces Clemencia, á ruegos de todos, cantó una romanza con mas gusto que floreos, con mas método que expresion. Parecia que los glaciales gestos de Octavio influian en ella, á pesar de sus esfuerzos para mantenerse en el tono de buen humor con que empezára. Insensiblemente una opresion singular ajitó su pecho y anudó su voz, una ó dos veces temió que le faltase del todo. Cuando concluyó, le parecieron tan insoportables los cumplimientos y aplausos que le fueron prodigados, que con dificultad reprimió el deseo de evitarlos. Indignada de su flaqueza, no pudo menos de lanzar una mirada hácia donde estaba Octavio; pero no halló los ojos de su amante, ocupado entonces en conversar con Alina.

—Ah! dijo para sí despechada, quizá hice mal en escribirle de aquella manera; pero si me amaba, ¿por qué se ha resignado tan fácilmente á obedecerme? Una mujer en un salon se asemeja á un soldado en la brecha: la abnegacion es el primero de sus deberes; y por mucho que sufra debe presentar al dolor la frente serena que el guerrero muestra al peligro, y quedar, si es necesario, en el sitio, con la muerte en el corazon, pero la sonrisa en los labios. Por obedecer á esta ley de la sociedad, volvió la baronesa á sentarse al piano, despues de una breve interrupcion, con el objeto de acompañar á tres ó cuatro muchachas, ansiosas de lucir su habilidad en las piezas de canto, que llevaban cuatro ó cinco meses de estudio. Marillac, como soldado prudente, habia ido al comedor á fortalecerse con un vaso de rom, y reparó en el terceto de la *Dama Blanca*, su pequeño percance; por último para terminar el concierto, de cuya especie quiera Dios libertarnos, fué conducida Alina al piano, y la pobre niña aturdida cantó con una vocecita trémula y no muy afi-

nada una balada del colegio revisada y corregida como las ediciones *ad usum delphini*. La palabra *amor* habia sido sustituida en la letra por la de *amistad*, y para reparar la ligera falta de prosodia, la sílaba superabundante se fundia en un hiato, que hubiera espeluznado la peluca rubia de Boileau. Pero los colegios tienen un sistema de versificacion aparte; en el cual, primero que dejar pasar una expresion peligrosa, la virtud asesina á la poesía.

Acabado el concierto se bailó, y Gerfaut fué á convidar á Alina. Ora quisiera combatir su tristeza, ora fuese por esa bondad de alma que comprende las emociones de los demás y las compadece, empezó á hablar con afectuoso interés á la doncella, ruborizada todavía de los aplausos. Entre todos sus talentos poseia Octavio en grado eminente el arte de modular su conversacion con arreglo al estado, edad ó carácter de sus interlocutores, y segun el objeto á donde tendia. Diferente de la mayor parte de los artistas qne llevan al mundo las preocupaciones de gabinete, y conservan una individualidad, generalmente mas escéntrica que elegante; en un salon era hombre de sociedad ante todas cosas. Profundo con las personas formales, descarado con los bromistas, cortesano como un caballero del antiguo régimen con las señoras mayores, sucesivamente insinuante, fino é irónico con las hermosas; poseia para el uso de las señoritas una especie de gerigonza benigna y reservada, pudorosa y cándida, en que la madre mas austera nada habria hallado que reprender. El poeta ligeramente inmoral, el dramaturgo que amontonaba en sus obras el incesto y el adulterio hallaba en estas circunstancias expresiones medio agrias, medio dulces que saboreaban sin el menor recelo las mas lindas inocencias de quince años.

Escuchaba Alina con un placer que no procuraba disimular las palabras de su pareja; y la elasticidad de sus pasos; una especie de temblor general que la asemejaba á una flor agitada por la brisa, la poesía que su sensacion interna comunicaba á la sencilla gracia de su apostura, revelaba el encanto con que su alma se prestaba á aquella conferencia.

(Se continuará.)

OBSERVACIONES

SOBRE LA VERDADERA INTELIGENCIA DEL ART. 37

de la Constitucion.

Cuando la esperiencia demostró el gravísimo riesgo de que en las constituciones modernas de algunos estados permaneciesen frente á frente el poder real y el popular, no tardó mucho en reconocerse la necesidad del establecimiento de un cuerpo intermedio, que al mismo tiempo que sirviese de antemural al trono contra las exigencias inmoderadas y fuerza absorvente de las asambleas únicas, mantuviese el equilibrio apetecido; pero este cuerpo intermedio, para llenar cumplidamente el objeto de su instituto, es preciso que tenga en sí mismo una importancia propia, un valor peculiar y efectivo por la clase de elementos que lo constituyan, puesto que en todas las operaciones humanas no basta la voluntad de hacer una cosa cualquiera, sino se tienen ó pueden proporcionarse los materiales adecuados para su formacion. Tanto en el órden físico como en el moral no le es dado al hombre crear nada: su mision principal en la tierra es descubrir, combinar, modificar, ó aplicar lo creado: si en este procedimiento se dirige por reglas fijas que nazcan de la misma naturaleza de las cosas que emprenda, ó que tengan una inmediata relacion con ellas, regularmente consigue el objeto que se propone; pero si por el contrario guiado por su voluntad aislada, por su capri-

cho, sus pasiones bastardas, ó miras mezquinas intenta erigir lo que no está en su mano crear, resulta indefectiblemente que no logra lo que apetece, envolviéndose tal vez en un verdadero caos, cuando mas lejos de él se contemplaba. Todos los poderes políticos ahora y siempre no han sido, ni pueden ser otra cosa que la expresion de los poderes sociales, y este caracter único es el que constantemente les ha dado y les dará en adelante la consistencia necesaria para ser estables, y no reducirse á verdaderas farsas pasajeras, que nada producen, ni dejan tras de sí mas que el ridículo y el escarnio. Si esta doctrina se ha aplicado ó no en todas las constituciones políticas modernas, el tiempo nos lo irá demostrando, y aun quizás nos lo hará mas palpable todavía. Concebir y proclamar principios abstractos en todas las ciencias, y mas en política que en ninguna, no es dificil; pero el mérito y las ventajas positivas consisten en su aplicacion, y para que esta pueda calificarse de acertada, es indispensable que sea posible, oportuna y conveniente. Tan dificil es quitar la influencia en un estado á las clases que la tienen, como dársela á las que de ella carecen, y por mas esfuerzos que se hagan ni la una, si está incrustada en la masa social como producto de una bien entendida opinion pública, dejará de prevalecer, ni la otra pasará jamás de la superficie: ejemplos bien patentes por cierto de esta verdad nos han ofrecido las revoluciones políticas de nuestro tiempo; *es preciso descatolizar los pueblos*, dijo un diputado de la convencion francesa, y en el acceso del frenesí que entonces dominaba se pusieron en accion todos los medios para conseguirlo; pero los pueblos no se descatolizaron: inflamando los ánimos, y trastornando las cabezas con la quimérica idea de igualdad absoluta entre los hombres, se intentó sacar á clases enteras del puesto que las costumbres y el estado social les tenian señalado, y la desigualdad continuó, y existirá hasta el fin de los siglos.

Frecuente es aun entre las personas mas ilustradas con-

venir en un pensamiento fecundo, y diferir en los medios de realizarlo hasta el extremo de ponerse en contradiccion consigo mismas. Idea generalmente recibida es por cuantos tienen algun conocimiento de gobierno la conveniencia de establecer un consejo de estado, que proporcione la necesaria unidad administrativa, y sin embargo estos mismos, si se hallan en posicion de llevarlo al cabo, ó no lo procuran, ó si lo intentan es destruyendo la esencia con la forma. Lo mismo sucede en cuanto á la unidad política; se convino fácilmente en la creacion de un senado: todos generalmente estuvieron conformes en la necesidad de este cuerpo intermedio; pero al establecerlo se faltó hasta cierto punto al principio de que se partia ó debia partirse, y cualesquiera que fuesen las causas que influyeron en ello, el resultado positivo no pudo corresponder al fin propuesto.

No es el objeto de este escrito, ni tampoco cabria en sus estrechos límites, analizar todos los puntos á los cuales son aplicables las reflexiones apuntadas; pero conviene asentar que de nada sirven las mejores bases fundamentales, propia ó impropiamente dichas, si en su aplicacion precisa, indispensable ó no se desenvuelven, ó se desenvuelven mal poniendo en contradiccion las consecuencias con los principios establecidos.

La historia de los cuerpos legislativos en Francia, lo mismo que la de los nuestros, dá lugar á una observacion importantísima, que no se debe perder de vista, por hallarse fundada en un hecho que ha producido ya funestos resultados, y sigue obrando de un modo, al parecer insensible, pero eficaz, en la marcha política que tal vez inadvertidamente se resiente sin cesar de lo mismo que en tesis general se condena. Una y otra revolucion aunque por distintas causas y en circunstancias diferentes partieron de un principio exagerado: la república en Francia y la constitucion casi republicana de 1812 en España: con ambos sistemas se introdujeron y adoptaron como axiomas, ó por lo menos como reglas convenientes, ciertas prácticas

que ni la caida de aquellos, ni su completo descrédito, ni su sustitucion ó reemplazo por otros de distinta naturaleza han alcanzado á desarraigar. Considérese, por ejemplo, la distancia imensa que media entre el sistema político de la dicha constitucion del año 12 y el establecido por el Estatuto Real en 1834, y nótese la tendencia constante, ó mejor dicho, la obstinacion incansable que se descubria principalmente en muchos miembros del Estamento de procuradores por asimilar su marcha á la de las córtes anteriores, y se confirmará la exactitud de este juicio: los esfuerzos mas estraordinarios y tenaces se hicieron desde luego por introducir en aquel los precedentes de estas, y lo mismo puede decirse que está sucediendo en la actualidad. Las córtes de 1812 y las demás que con arreglo á la misma constitucion se reunieron, gobernaban mas bien que legislaban, ó por mejor decir, queriendo hacer las dos cosas, no hacian ninguna de ellas, ó ambas las hacian mal. Los cuerpos legisladores sucesivos, á pesar de las variaciones esencialísimas introducidas en su forma y naturaleza, no dejan de ofrecer repetidamente señales muy marcadas de tan fatal tendencia: de aquí la falta de equilibrio de los poderes públicos, de aquí el efecto perjudicialísimo de invadir ó al menos entorpecer el ejercicio de atribuciones agenas, y de aquí en fin el resultado funesto de que por esta causa, y otras enlazadas con ella, ni se legisla ni se gobierna, prolongándose indefinidamente el lamentable é imperfecto estado de todos los ramos de la administracion pública.

Muchos, quizá la mayor parte de los individuos que compusieron las Cortes constituyentes, y sin duda alguna los de mas influencia en ellas, conocian los buenos principios, y aun al parecer de buena fé trataron de aplicarlos; sin embargo, frecuentemente impelidos de aquella fatal tendencia, se dejaban llevar y con facilidad se conformaron con varias propuestas que estaban en contradiccion abierta con las opiniones que habian antes proclamado, en términos de no poderse negar la razon á los que creen que las conquistas alcanza-

das en algunos casos haciendo prevalecer las sanas doctrinas contra el torrente de las ideas políticas del partido entonces dominante, se desvirtuaron con la admision de otras erróneas, cuyas consecuencias tocamos ya de cerca, y se notarán aun mas en lo sucesivo, dando lugar á que aquellas no se desenvuelvan convenientemente, ó se entiendan y apliquen mal, introduciendo costumbres ó precedentes perjudicialísimos y de una trascendencia inmensa, porque destruyen las mismas bases fundamentales del sistema político que se ha querido admitir.

Una de las consignadas del modo mas explícito y terminante, es no solo el establecimiento de dos Cámaras, sino tambien el que sean iguales en facultades; es decir, que la mente del legislador en la creacion de estos cuerpos fué precaver el peligro de que cualquiera de ellos pueda ser dominado por el otro, y para este fin quiso que ambos tengan la misma importancia, la misma influencia política, el mismo desembarazo y medios en el ejercicio de sus funciones legislativas, y por último la misma fuerza moral; pues que esto ó nada quiere decir la igualdad que se establece: ¿y se verifica así en efecto? ¿es por ventura esto lo que sucede? Díganlo los hombres pensadores al observar la indiferencia con que generalmente se miran las elecciones contraídas á la propuesta de los individuos en quienes ha de recaer el nombramiento de senadores; dígalo la marcha que por lo regular sigue el Congreso de los diputados, y aun el lenguaje que en él mas de una vez se emplea, y dígalo en fin hasta lo poco que el Gobierno se ocupa de la opinion del Senado, como con frecuencia lo manifiesta palpablemente la insignificante atencion que á sus discusiones presta; ¿y cual es la causa de estos efectos? ¿será la de que este cuerpo no debe su orígen á la influencia social preexistente á su formacion, de las clases que deberían haber concurrido á componerlo? ¿será que conserva todo su vigor, y acaso vá en aumento en el cuerpo popular esa fuerza de absorcion y esclusivismo que siempre debe suponerse en él,

y que por tanto requiere la construccion de diques que le contengan y no existen? ¿será en fin porque la misma naturaleza del Senado rechaza la movilidad que se le ha dado participando del carácter electivo, y del flujo y reflujo consiguiente en mayor ó menor grado? Cuestiones son estas que merecerian un serio exámen, y cuya resolucion acertada quizás no sea fácil obtenerla sino remontándose al orígen, ó lo que es lo mismo, procurando constituir oportunamente el cuerpo de que se trata bajo unas bases mas sólidas, bien meditadas, y capaces de asegurarle la estabilidad, la importancia y la influencia de que totalmente carece; pero mientras que esto no se verifique, que sin duda se verificará, si algo valen entre los hombres las inflexibles lecciones del tiempo y de la esperiencia, preciso es disminuir los defectos que se le reconocen, sin darles una entidad que los haga mas perniciosos, ya que de pronto no sea posible removerlos.

Contrayendo, pues, estas ligeras reflexiones al caso en cuestion, examínese con detenimiento el art. 37 de la ley fundamental, y se verá cual debe ser su verdadera inteligencia, y hasta qué punto puede ponerse en armonía con otros de la misma.

El art. 13 de la Constitucion dice: «las Cortes se componen de dos cuerpos colegisladores iguales en facultades: el Senado y el Congreso de los diputados;» pero el 37 previene: «las leyes sobre contribuciones y crédito público se presentarán primero al Congreso de los diputados, y si en el Senado sufrieren alguna alteracion que aquel no admita, despues pasará á la sancion Real lo que los diputados aprobaren definitivamente.» Esta es una escepcion de la regla general antes establecida, y como tal es preciso restringirla ó limitarla al punto á que se refiere, porque de otro modo mal podrian reputarse iguales las facultades de los dos cuerpos, si en muchos casos, no de poca monta por cierto, se dá la preferencia á uno de ellos sobre las resoluciones del otro; pero toda escepcion se funda ó debe fundar

se en un motivo razonable que la haga necesaria ó conveniente, y que por tanto la justifique; ¿y cual puede ser este motivo en el presente caso? No es el carácter electivo del Congreso de los diputados, por el cual podria suponerse que representaba con mas exactitud los intereses materiales y las opiniones de la generalidad de sus comitentes, porque este mismo carácter corresponde tambien al Senado, cuyo origen es en la esencia igualmente electivo: no es tampoco la consideracion de que en esta clase de gobiernos se parte casi siempre del principio de dar mayor intervencion en los negocios públicos á las personas que por sus circunstancias se contemplan mas interesadas en el órden y en el buen uso de los derechos que han de ejercitar, porque para ser diputado se requieren menos calidades que para ser senador: aquel con ser español mayor de 25 años, no estar procesado criminalmente ni bajo interdiccion judicial, ni declarado fallido en quiebra ó suspension de pagos, ni siendo deudor á los fondos públicos, como segundo contribuyente, se encuentra hábil para ejercer su cargo, y este necesita ademas mayor edad, y poseer una renta propia que no baje de treinta mil reales anuales, por la cual se debe creer que concurrirá á sostener las cargas públicas: natural es pues suponer que tomará mas interés el que contribuye que los que pueden hallarse en el caso de no contribuir, porque no se les exige este requisito, y de consiguiente observándose la regla indicada, la preferencia corresponderia al cuerpo cuyos individuos contribuyen. Y no se diga que los diputados, aun cuando ellos por sí pueden no estar comprendidos en el pago de contribuciones, ni en contacto con los intereses del crédito, que tanta relacion tienen con las mismas, representan á la masa general de los que reunen estas circunstancias; pues los senadores, sobre esta calidad de que participan, llevan la ventaja de estar identificados en intereses con los que concurren á su nombramiento.

Si el Senado en España debe lo que son las Cámaras en

tas en otras naciones regidas por gobiernos representativos, variaba seguramente la cuestion; pero no es así, y por tanto es indispensable seguir otra senda para encontrar el fundamento de la excepcion que nos ocupa.

Las leyes sobre contribuciones son por lo comun de tal naturaleza que no es conveniente bajo ningun aspecto comprenderlas en la regla general del art. 39 de la Constitucion, que dice: «Si uno de los cuerpos colegisladores desechare un proyecto de ley, ó le negare el Rey su sancion, »no puede volverse á proponer un proyecto de ley sobre »el mismo objeto en aquella legislatura.» En efecto, por mucha que sea la importancia de una propuesta semejante sobre cualquiera asunto independiente de la marcha ordinaria y precisa de la administracion pública, nunca puede tener un carácter tan urgente, que no permita prescindir de su ejecucion, si las opiniones de los que han de concurrir á su adopcion no se conciliasen; pero las contribuciones de una ú otra forma, y en mayor ó menor cuantía, son de una necesidad absoluta, porque indispensable es cubrir las cargas del Estado. El recurso que tienen las Cortes de negar al Gobierno los subsidios en algunas circunstancias es un remedio que puede llamarse heróico, aplicable únicamente á casos muy singulares y extremos, cuando no hay otro camino que seguir para conjurar un mal inminente y de suma trascendencia, y esto se ha confirmado de un modo bien palpable que no dá lugar á duda, de que son muy raras las ocasiones en que es permitido apelar á un medio tan violento; y así es que aun cuando en la época que atravesamos han ocupado el poder hombres de diversos y opuestos matices políticos, jamás los partidos, por una especie de instinto ó sentimiento de moralidad que les honra han apelado á este medio; todos han concedido al Gobierno siempre, y algunas veces con profusion, los recursos que exigia para gobernar, por contrario que fuese su sistema á las ideas de aquellos; esta es por consiguiente una arma vedada, cuyo uso no debe ser lícito sino en algun

caso singularísimo, ó como vulgarmente se dice, á la desesperada: lo ordinario, racional y conveniente, ó mas bien lo indispensable, es la concesion de subsidios, como primera condicion de la vida de los Estados, y sin la cual no pueden existir. Si pues tan absoluta es esta necesidad, no es posible por regla general aplicar á ella lo prescrito en el art. 39 citado, porque la menor divergencia de los cuerpos colegisladores produciría el efecto necesario, de que un proyecto de ley de contribuciones, desechado en una legislatura, no habia facultad de proponer otro en la misma, y esto equivaldria á decir, que por causas de poca monta, ó tal vez livianas, quedase el Gobierno sin medios, y la administracion paralizada; cosa que jamás ha podido caber en la cabeza de ningun legislador. Para salvar este inconveniente, y cubrir la absoluta necesidad dicha, en vez de admitir cualquiera otro método que precaviese un perjuicio tan conocido y trascendental, se adoptó la excepcion prescrita por el art. 37, reducida á que en el referido caso prevalezca en último término la opinion del Congreso de los diputados. Pero á esta preferencia no puede darse tal latitud, que destruya una de las principales bases del sistema político vigente, cual es la division de la potestad legislativa en dos cuerpos de facultades iguales; sin embargo, hay no pocos sugetos que, ó por no haber reflexionado bastante sobre este asunto, ó bien, y es lo mas probable, porque se hallan mal avenidos con semejante division, juzgan al Congreso de los diputados casi exclusivamente revestido de la facultad de hacer y deshacer en punto á contribuciones y presupuestos cuanto á bien tenga, escudado con la idea de que han de prevalecer al fin sus acuerdos, si en ellos insiste: oportuno es por tanto demostrar á los que así piensan el extremo á que conduciría su opinion, reducida á práctica con la amplitud que desean.

«Todos los años presentará el Gobierno á las Córtes el »presupuesto de los gastos del Estado para el año siguien»te, y el plan de las contribuciones y medios para llenar-

»los. « No podrá imponerse ni cobrarse ninguna contribucion ni arbitrio que no esté autorizado por la ley de presupuestos ú otra especial » dicen los arts. 72 y 73 de la Constitucion: sus disposiciones son tan claras y terminantes que en ningun caso pueden dar lugar á duda. A las Cortes compete la imposicion de contribuciones, y ninguna puede cobrarse sin estar autorizada por una ley; resoluciones semejantes contienen los art. 74 y 75 respecto á la deuda pública y crédito de la Nacion; pero por lo prevenido antes en el art. 37 y en el caso que allí se refiere, el Congreso de los diputados tiene la preferencia que se indica en las leyes sobre *contribuciones* y *crédito público*, y nada mas: todo cuanto se quiera deducir que ensanche esta especie de privilegio, dictado única y exclusivamente por la necesidad antes apuntada es erróneo, perjudicial en sumo grado, y principio seguro de un verdadero caos en la administracion pública.

Si la primacía que se atribuye en definitiva á los acuerdos del Congreso de los diputados en las leyes sobre contribuciones y crédito público se extiende á todos los puntos que tengan relacion con dichos dos objetos; inútil, ilusoria, y aun no pocas veces perniciosa sería la division de la potestad legislativa en dos Cámaras: como pues no puede ser éste el espíritu de las disposiciones dichas, es importantísimo distinguir entre la causa que produce la conveniencia ó necesidad de la ley, y los medios de realizarla. Para quitar á esta distincion lo que por el modo de enunciarla parece tener de sutil y confusa, se explicará contrayéndola á casos determinados.

La ley llamada de presupuestos tiene dos partes muy marcadas, ó mejor, son estas en realidad dos leyes esencialmente distintas; la del presupuesto general de los gastos del Estado, y la de ingresos, ó sea, usando de los términos que emplea el art. 72, *la del plan de contribuciones y medios para llenarlos*. Los gastos provienen de las atenciones que llevan consigo la marcha y direccion de los ra-

mas, que forman la administracion pública, estos ramos tienen necesariamente su privativa organizacion, fijada por leyes especiales, que determinan el número y clase de sus empleados, sus deberes y funciones respectivas, los goces y emolumentos que les corresponden, y demás formalidades que los constituyen. Y porque á todo esto se atiende con el producto de las contribuciones, se podrá decir que las leyes relativas á dichos objetos son de las comprendidas en el art. 37? esto sería un despropósito.

Si pues el ejército, la marina y los restantes ramos de administracion judicial, civil y económica están sujetos á leyes orgánicas, hasta cierto punto independientes de los gastos que necesitan, las variaciones que convenga hacer en ellos no deben verificarse por incidencia y á la ligera sino con pleno deliberacion y por los trámites prescritos generalmente para la confeccion de las leyes, trámites que se han creido precisos para el acierto, y que por tanto sería un consentido suprimirlos en negocios de tamaña importancia, cuales son por lo comun todos los que mas ó menos sustancialmente alteran cualquiera sistema establecido, y seguida con ventajas conocidas. Es desacertada pues consiguiente la opinion de los que creen, que en el exámen de los presupuestos puede la Cámara popular suprimir, fundada en lo prevenido por el art. 37, cualquiera instituto, con solo el acto de tachar en aquellos la cantidad ó cantidades que para sus atenciones se le asignen; de lo contrario sería preciso reconocer en el Congreso de los diputados la facultad de trastornar toda la administracion, y aun destruirla, lo que ciertamente sería el mayor de los absurdos.

En los estados regidos por gobiernos representativos, cuyos cuerpos colegisladores no tengan la iniciativa de las leyes, como sucedia con el Estatuto Real, se concibe bien el fundamento del deseo de intervenir por medio indirecto en el régimen de un Estado; pero cuando cada uno de los miembros de estos cuerpos conserva el derecho de proponer todas las leyes que crea convenientes para anular, modifi-

car ó alterar las establecidas, sería por lo menos totalmente superfluo conceder un medio incidental é imperfecto á quien lo posee propio y completo. Lo que la razon y la conveniencia dictan, es que semejantes variaciones sigan los trámites comunes, y esto es precisamente lo que está conforme con los términos en que se halla concebido el artículo que se analiza, en el cual solo se habla de las leyes sobre contribuciones y crédito público, no de la de presupuestos á que se refiere el art. 73, ni de ninguna otra.

La organizacion judicial, militar, civil y económica nacen de leyes especiales; si conviene ó se cree que puede convenir derogar alguna parte de ellas, ó establecer otras nuevas, es indispensable que se verifique tambien por leyes especiales, sujetas en el curso de su formacion á las reglas que generalmente se exigen, y que proporcionan el tiempo y oportunidad convenientes para discurrir con detenimiento, pesar las razones en pro y en contra de lo que se propone, y acordar en caso de supresion los medios de que ésta no produzca males, superiores á los que se desean remover: este fin necesario, indispensable, no se consigue con el acto sencillo de borrar líneas en los presupuestos, por lata que sea la discusion que le preceda, puesto que el resultado final no podrá satisfacer en el mayor número de casos á las condiciones que deben acompañar á la supresion.

Por inútil que sea cualquiera institucion ó parte de las que forman el todo de la administracion pública, siempre le competen alguna ó algunas atribuciones de necesidad absoluta, y si desaparece la corporacion ó funcionario que las desempeñaba, preciso es decir al mismo tiempo que esto se acuerda quien ó con quienes han de llenar el vacío que resulta. Lo sucedido con el tribunal especial de las órdenes ha sido una leccion viva que no debe perderse de vista: se creyó bastante para suprimirlo con no dar las cantidades que su permanencia exigía; pero la supresion no ha tenido ni podido tener lugar sin gravísimos obstáculos, que el Gobierno sin duda no ha encontrado medios de allanar, y el tribunal

sigue y seguirá desempeñando sus funciones, hasta que si conviene extinguirlo se verifique del modo que corresponde. Véase pues palpablemente cómo las leyes sobre contribuciones no tienen relacion con otras de distinta clase, sino de una manera muy subsidiaria; y si por esta sola circunstancia compete al Congreso de los diputados la preferencia de que se trata, no habrá una ley, ó por lo menos serán muy pocas en las que no tenga lugar, promoviendo el recelo fundado de que el art. 13 de la Constitucion se puso únicamente para alucinar ó acallar la opinion ilustrada, que exigia imperiosamente el establecimiento de dos Cámaras; pero que en realidad su disposicion es en último análisis del todo ilusoria.

En una nacion donde faltan leyes orgánicas, ó las que existen requieren reformas muy capitales; donde su fomento y prosperidad se han mirado con el mayor descuido, y donde todo en fin está por hacer, y se debe aspirar á ejecutarlo si ha de salir alguna vez del lastimoso estado de embrollo, confusion y desórden en que se encuentra, muy rara será la ley cuya ejecucion no lleve consigo gastos, de los que con el producto de las contribuciones se satisfacen.

Fuera de esto, como nuestra administracion pública no está organizada, ni probablemente lo estará en mucho tiempo, y por otra parte el exámen de los presupuestos proporciona á los partidos un campo vasto de discusion, en el cual pueden desplegar sus fuerzas y tocar todas las cuestiones de gobierno, es claro que los debates han de ser lentos; de lo que se sigue que aun cuando no está fijada la duracion de las legislaturas, estas no pueden menos de tener un término racional, y conforme á la misma naturaleza de los cuerpos colegisladores; y presentándose primero al Congreso de los diputados la ley de presupuestos, absorve él mismo todo el tiempo en su exámen y aprobacion, de lo que resulta que el Senado se vé en la necesidad de pasar por ellos á ciegas y como por mera fórmula, exponiéndose á incurrir en la irregularidad de aprobar de este modo incidental y ligero cosas que

anteriormente haya desaprobado con plena deliberacion, segun que ya ha sucedido una vez, y puede repetirse varias. En efecto el Congreso aprobó un proyecto de ley sobre supresion de ciertos goces á los individuos de una clase que los disfrutaban por ley expresa; pero pasando al Senado, este cuerpo, despues de los trámites ordinarios, lo desechó, y por consiguiente debió sufrir la suerte que le señalaba el art. 39 de la Constitucion; sin embargo el Congreso en el exámen de los presupuestos dentro de la misma legislatura tachó el renglon correspondiente, y el Senado pasó por esta supresion.

Para evitar estas y otras anomalías que en el sistema de gobierno adoptado han ocurrido y pueden ocurrir es para lo que se necesitan leyes secundarias y aclaratorias que desvanezcan las dudas, y faciliten la verdadera inteligencia y conveniente aplicacion de los principios ó bases fundamentales, y de tal importancia es esta necesidad que sin satisfacerla cumplidamente ni se puede considerar establecido un sistema de gobierno, ni por bueno que sea obtendrá otro resultado que su propio descrédito.

De nada sirve que una constitucion política, por preceptos aislados y generales en la forma que una constitucion puede contenerlos, establezca la libertad de emitir las ideas por la imprenta; prevenga que haya diputaciones provinciales y ayuntamientos; prescriba la independencia de los poderes públicos; declare sagrado el derecho de propiedad y la seguridad de las personas, y dicte en fin otras máximas generales que constituyan el sistema del gobierno que se pretenda admitir: si al mismo tiempo ó por lo menos muy inmediatamente por medio de leyes secundarias no se desenvuelven bien estos principios, de forma que en todas partes se perciba á primera vista el órden y el concierto mas acabados, sin los inconvenientes y males que resultan siempre de la falta de reglas fijas á que atenerse en la forma y límites de la aplicacion de aquellos.

Por desgracia, de todos los artículos de la Constitucion

política que requieren dichas leyes, muchos, si no carecen absolutamente de ellas, las tienen en gran parte contrarias al mismo principio que debia servirles de base, ó por lo menos son incompletas, y en este caso se halla el decreto de las córtes constituyentes de 12 de Julio de 1837, que estableció las relaciones de los cuerpos colegisladores entre sí y con el gobierno: allí debió tener lugar una explicacion clara, sencilla y terminante del artículo 37 de la Constitucion, y así debe verificarse en el proyecto de la ley mas amplio que sobre el mismo asunto existe paralizado en el Congreso de los diputados: este es el medio mas directo de precaver un riesgo inminente de colisiones desagradables y transcendentales entre los cuerpos colegisladores, así como de que no resulte ilusoria la igualdad de facultades que se les concede, y de que sea por último efectiva la base fundamental de residir la potestad de hacer las leyes en las Córtes con el Rey, lo que seguramente no sucederá si uno de aquellos es un gigante robusto y fuerte, y el otro un pigmeo raquítico y débil con menoscabo del digno y elevado carácter de cuerpo conservador que por su misma naturaleza le corresponde.

Quizás el autor de este artículo no habrá acertado á determinar en el objeto á que se refiere las dificultades y el modo mas conveniente de resolverlas; pero por grande que sea, como lo es, su desconfianza en esta parte, no tiene la menor duda de que el punto es de suyo importantísimo, y merece dilucidarse por sugetos mas entendidos y capaces.

DIEGO MEDRANO.

VIAJES CIENTIFICOS

EN TODO EL MUNDO,

DESDE 1822 HASTA 1842,

por D. Francisco Michelena y Rojas.

Cuando la marina española era la primera del mundo, y su gobierno uno de los mas poderosos y respetados, eran tambien los españoles sabios y atrevidos viajeros. Por eso se deben á nuestra nacion los mas grandes descubrimientos geográficos, y por eso los que visitan hoy las regiones apartadas del globo encuentran en casi todas sino los vestigios de nuestra dominacion, la huella al menos de nuestra planta. Pero como en el tiempo en que nuestros navegantes atravesaban los mares en busca de tierras desconocidas, estaba poco estendido el arte de la imprenta, sus hazañas tuvieron pocos cronistas, y las relaciones de sus viajes no fueron escritas con la minuciosidad y detenimiento que serían de desear para el mayor progreso de la ciencia; de modo que ya no nos quedan de ellos sino sus resultados capitales. Despues cuando se ha aumentado en España el número de escritores, se ha disminuido considerablemente el de los viajeros, y así es que no conocemos en nuestro idioma ninguna coleccion de viajes originales como las hay en Francia, en Alemania y en Inglaterra. Tenemos sí relaciones de descubrimientos parciales, hechas por compatriotas nuestros; pero ninguna coleccion completa y original, y aun de aque-

llas, ninguna tiene por objeto las tierras descubiertas en el pasado y presente siglo.

La causa del atraso en que estamos en esto con relacion á los extranjeros es la pobreza é insuficiencia de nuestra marina y las escaseces del erario. Viajes tan largos, arriesgados y costosos no pueden hacerlos sino los que reciben para ellos auxilios del Gobierno, ó los que teniendo una cuantiosa fortuna, se proponen invertirla toda en satisfacer una curiosidad aventurada. El gobierno español, que carece hasta de los buques necesarios para la defensa de nuestras costas y la conservacion de nuestras colonias, mal podría destinar á estas expediciones la poca marina que tiene. Tambien son pocos los particulares que puedan emprender por su cuenta tales correrías; de modo que sería injusticia acusarnos por nuestra inferioridad respecto á otras naciones en la materia de que vamos tratando.

El autor de la obra, cuyo título vá al frente de este artículo, aunque nacido en una de las que fueron nuestras colonias, nos pertenece por su lengua, por sus costumbres, y ahora mas que nada por haber dado á luz sus trabajos en España. Así es que consideramos su libro como español, y si bajo el aspecto literario no, bajo el científico al menos como parte de nuestra literatura en la mas lata acepcion de esta palabra. El Sr. Michelena era una de esas poquísimas personas que se hallaban en aptitud de emprender tales expediciones. Joven, rico, ilustrado, y con una pasion vehemente por los viajes, decidió invertir una parte de su patrimonio en dar la vuelta al mundo: hízolo en efecto, y el libro que tenemos á la vista es el fruto de sus largas tareas. Nuestro propósito es hoy mas bien que juzgarlo científicamente, manifestar á nuestros lectores algunas de las curiosísimas relaciones que él contiene.

Tres puntos hay que considerar en este libro: los hechos, los juicios, y el desempeño literario. El mas importante de todos, que es el primero, es tambien el que principalmente nos ocupará, y merece mas nuestros sinceros elogios.

¿Es el Sr. Michelena un viajero juicioso y concienzudo, que no cuenta mas hechos que aquellos de que tiene evidencia, ni juzga de las cosas sino despues de un largo y maduro exámen? ¿Es por el contrario semejante á esos viajeros franceses, que habiendo pasado un mes en la Península hablan y deciden magistralmente de todas las cosas pertenecientes á ella? El Sr. Michelena ha visitado por sí mismo todos los parajes de que habla, y como hombre veraz y recto estamos seguros de que no sacrifica la verdad al deseo de llamar la atencion contando sucesos maravillosos. Su obra es á pesar de todo riquísima en hechos; los unos observados por primera vez ahora, los otros mal conocidos á veces por los anteriores viajeros. Nuestros lectores juzgarán de la certeza de lo que decimos por el ligero extracto que vamos á ofrecerles.

En el primer libro de los tres en que está dividida la obra trata el autor de la Polynesia, y refiere las tradiciones, la historia, las costumbres, la religion y el gobierno de sus diferentes islas. Es notable la descripcion que hace de la de Oahu, situada á los 21° 18' norte, y á los 160° y 20' de longitud Oeste: su temperatura, dice, no puede ser mas agradable á la vida, ni mas favorable á la produccion; y si á esto se añade, que todas las islas de poca extension como esta disfrutan de una temperatura, que le es negada á las grandes tierras, vendrá á concluirse con los demás viajeros que este es un lugar de delicias, el jardin del archipiélago.....

«Los naturales, dice, son de una bondad extrema, de interesante figura, y de casi colosales proporciones. Nada mas original que los vestidos que actualmente llevan, pareciendo á los ojos del recien-llegado hallarse en un carnaval grotesco; en lugar del tapa-rabo y del manto, hechos de corteza de morera, y que aun todavía llevan muchos, hacen una mezcla de estos vestidos con los europeos, capaces de hacer reir á carcajadas al hombre mas serio; como por ejemplo: adornados con chaleco ó sin él, y con una gran corbata,

otros con un solo botas; este lleva un frac raído y muchas veces sin una de sus faldas y sin ninguna otra pieza en su cuerpo; aquel con solo pantalones, y á todo esto sin sombrero. Las mujeres están menos ridículas, y aun se encuentran ya muchas vestidas completamente á la europea; sin embargo, la generalidad viste como las mujeres de los misioneros han querido: llevan, pues, una gran camisa que les cubre desde el cuello hasta los pies sin ninguna otra interior; pero en cambio usan gorras, ó adornan las cabezas con peinetas y flores, y sin zapatos. A propósito del bello sexo de Oahu, diremos algo que dé á conocerlo.

«Son regulares en hermosura, excesivamente cariñosas y nada esquivas con los europeos; llevan el pelo corto como los hombres, peinado con aceite de coco, y adornan sus cabezas y gargantas de un modo graciosísimo con guirnaldas de flores, de yedra ó mirtos; pero las mas acomodadas, esposas ó hijas de jefes, las llevan de plumas amarillas de un pájaro bien escaso ya en las islas; por cuya razon cuestan de 40 á 50 pesos fuertes. En los sábados y domingos presentan las calles de Honolulu, capital de esta isla, un aspecto nuevo é interesante por el concurso de los habitantes del campo, y por estar todos en general mejor vestidos. A las muchachas, sobre todo, se les vé en gruesas partidas formando cadenas, y con alegría estrepitosa, cantar sus aires nacionales consagrados al amor y á la esperanza. . . . . .

«Los haweyanos tienen una naciente literatura creada por los misioneros americanos, que se extiende á la aplicacion de la escritura á la lengua del país, y á la formacion de gramáticas y diccionarios para estudiarla: á traducciones de la Biblia, de libros doctrinales de religion, de geografía, historia, matemáticas y muy pocas cosas originales.....

«Los misioneros encontraron aquellas poblaciones respecto á la civilizacion como la tierra inculta cubierta de malezas en que el agricultor tiene que emplear, antes de hacerla productiva, largas y penosas operaciones que todos conocemos. Con infatigable afan emprendieron la obra de la

civilizacion, formándoles una lengua escrita, estableciendo escuelas por todas partes, generalizando la instruccion por medio de la imprenta, y distribuyendo gratis centenares de obras elementales traducidas á la lengua nativa; creando sociedades protectoras de la instruccion, tanto en Oahu como en los Estados-Unidos é Inglaterra, y organizando un gobierno civil, que á pesar de todas sus imperfecciones, mantiene el órden, y asegura todas las garantías posibles existentes en el pueblo mas libre de la tierra.

»Dicha organizacion consiste, primero: en un soberano jefe de la nacion, gobernando segun leyes escritas, con un consejo compuesto de los jefes, gobernadores y miembros de su familia, ejerciéndose la justicia por aquellos en toda su plenitud, excepto en Oahu, en donde hay tribunales especiales de justicia, compuestos del gobernador, asociado á algunos naturales y extranjeros. Como una prueba de la natural bondad de aquel pueblo, se cita haber habido cinco causas criminales en un año; excediendo en mucho las que de igual naturaleza se presentan en el mismo período, de los extranjeros residentes y transeuntes.

»Estoy informado de que el Gobierno se hallaba en vísperas de adoptar algunas reformas, tales como una constitucion que limitará en sumo grado el poder, y definirá de un modo mas positivo las atribuciones del soberano, gobernadores y jefes. La forma del juicio por jurados, que antes de esto habia sido admitida en los crímines capitales, entiendo que ahora se extenderá igualmente á todos los delitos comunes; habrá dos córtes para las apelaciones; ninguna persona será condenada ó castigada por ofensas, sin formal juicio en presencia del acusador, y las personas relacionadas ó interesadas no son admitidas á actuar como jueces ni á tomar asiento en el jurado; los ladrones serán castigados con mas severidad que por las leyes existentes; algunos crímenes hasta ahora no definidos en las leyes deben ser tenidos como de primer órden; como falsificacion, perjurio, robo nocturno, calumnia, violacion de derechos, etc. En cuanto á la presen-

te forma injusta de colectar las deudas; se vá á adoptar el sistema de las naciones cultas, por lo menos hasta hacer al deudor responsable por el costo de la cobranza.

»Existen varias imprentas en el archipiélago, de las cuales en Oahu hay tres; los misioneros católicos aun no tienen ninguna. Dos periódicos comerciales y literarios aparecian semanales; el *Mirror* y el *Polynesian*, por supuesto redactados en inglés, que es la lengua de los colonizadores. Un instituto literario, bajo la denominacion de *Sandwich island institute* ha hecho ya grandes servicios á las ciencias naturales y á la geografía.

»El comercio de tránsito se aumenta rápidamente todos los dias: la posicion ventajosa de las islas de Sandwich, como antes he dicho, ha venido á hacer del puerto y ciudad de Honolulu un centro de comercio, donde se hacen los cambios de los productos de Europa y América con los indígenas del N. O. de América y del Asia. Bajo este respecto está en relaciones frecuentes: con América, por el grande establecimiento del Gobierno de los Estados-Unidos en el rio Columbia, con toda la costa del Noroeste, con California, Mazatlan, San Blas y Valparaiso; con el Asia, por la península de Kamtchatka, las islas Alentinas y Kuriles, Manila y China; y directamente con Inglaterra y con el Norte de la Union americana. La peletería, el aceite de ballena, cueros de res, palo de sándalo, algodon, azúcar, muchos comestibles y algunas otras cosas mas, son los objetos de cambio que sacan los comerciantes americanos é ingleses, que exclusivos hacen el comercio de aquellos mares. Honolulu ha venido á ser tambien para los balleneros punto de reunion y de descanso, muy necesario para aprovisionarse de víveres frescos, y reparar sus embarcaciones. El número de estas ó de las que recalan anualmente allí, aproximadamente puede calcularse en 80. No hay todavía una estadística comercial de las islas; pero por informes tomados en el lugar de personas inteligentes, los productos todos del comercio de tránsito y de depósito, con los de consumo en todo el archipiélago, podian

exceder de tres millones de pesos. Este, sin duda alguna, se doblará en muy pocos años con los productos de las nuevas plantaciones de caña, café y algodon, cuyas calidades son tan buenas como las de la América del Sur.

«El Rey, á quien, como ya dije, habia sido presentado pocos dias hacía, hasta este paseo no volví á verle, ni tenido la oportunidad de tratarle con la familiaridad que despues lo hice: su estatura es regular, fisonomía agradable, pelo crespo, color trigueño oscuro, modales finos, atento con todos, y sumamente popular; habla regular el inglés, y teniendo un talento natural muy despejado, ha aprendido tambien muchas frases francesas y españolas; viste perfectamente á la inglesa, ya en el vestido ordinario, como en el rico de corte que usa en los actos que la etiqueta exije. Tanto él como los jefes y gobernadores me manifestaron su alto desagrado al ver á los misioneros mezclarse en todo, desde las cosas mas pequeñas de la administracion hasta los asuntos domésticos ó en la vida privada de las familias y de los individuos, y su determinada resolucion de emanciparse para siempre. Para ello, me decian, será necesario aproximarnos en lo posible á la influencia británica, y en cualquier caso extremo acogernos á nuestra antigua alianza. Por mi parte, no solo aprobé tan patrióticos discursos, sino que por todas partes les excitaba á realizar cuanto antes tan acertadas ideas: convencido como estoy que un gobierno teocrático, tal como existe en las islas de Sandwich, es un castigo verdadero del cielo.»

Es tambien muy notable la relacion que hace el viajero de su visita al volcan de Kirau-Ea.

«Con alguna dificultad, dice, pudimos conseguir prácticos que nos condujesen en nuestra excursion, que consistia en llevarnos á Mauna-Kea, Mauna-Loa, y despues al nuevo volcan. Los doce prácticos que conseguimos, á la vez servian tambien para llevar las provisiones. Tomamos caballos para subir hasta donde fuese practicable, por ser muy

larga la distancia que teníamos que recorrer, extendiéndose á algunos dias en ida y vuelta. Cerca de 15 millas habíamos ya hecho con muy poco declive, sin que el pais hubiese cambiado de su triste aspecto. Súbitamente la escena se transforma al hacerlo igualmente el suelo, que casi perpendicularmente tuvimos que subir, y desde cuya base principiaba un bosque poco espeso. Al ponerse el sol nos detuvimos en una caverna para pasar la noche, puede ser habiéndosemos sido nosotros los primeros alojados en aquella gruta, desde que fué formada por los torrentes de lava en los remotos siglos.

»Casi sin dormir en toda la noche por un horroroso frio que le hacia mas insoportable un viento semejante al huracán, continuamos nuestro camino desanimados ya con la fatiga del dia anterior, y habiéndonos dicho nuestros guias que necesarios catorce mas para completar la excursion, sin embargo, resolvimos ir hasta el primer cráter, y retroceder inmediatamente, dejando á los que tuviesen mas tiempo y mas víveres que nosotros la ventaja de visitar las montañas volcánicas de Hawaii.

»En fin, despues de trepar perpendicularmente, casi sin aliento, por en medio de la nieve, llegamos al anochecer; y semejante á la operacion que se práctica en Sanlúcar de Barrameda en España, y á la cual los árabes llaman nivazé, para hacerse de un terreno fértil, escarbando los médanos hasta encontrar el suelo natural, del mismo modo nos pusimos todos, por consejo de los naturales, á separar la nieve con las manos hasta encontrar la tierra y formar las cabañas en estos hoyos donde debíamos descansar; pero en balde: sin haber el viento que en la segunda jornada, no bastaron cuantas cosas traíamos para garantirnos del frio, y suspirábamos por la vuelta del dia que tan dilatada nos parecia. Llegó éste, sin que tampoco hubiésemos dormido aquella noche; encontrándonos en tal estado que apenas podíamos dar pasos; tal era el entumecimiento de todos nuestros miembros. Pronto vino el sol á iluminar la magestuosa escena

que nos rodeaba, y que hiriendo con mas fuerza los encumbrados picos de eternas nieves del Mauna-Kea, Mauna-Loa y Mauna-Hualalai, eran como fanales suspendidos en los cielos que reflejaban su luz á todos los puntos de la montaña.

»Ningun espectáculo en el mundo puede dar una idea del cráter sobre el cual nos hallábamos. Figúrese el que quiera un espacio de diez ó doce millas de circunferencia y dos mil pies aproximativos de profundidad, conteniendo en tal superficie mas de sesenta cráteres cónicos; los unos ya extinguidos, los otros en actividad. Abrácese con la imaginacion el foco interior que agita toda esta superficie, y que á nuestros ojos parecen otras tantas bocas del infierno de los poetas; sus crestas sulfúricas, grietas profundas semejantes á otros tantos cráteres, el aspecto onduloso de aquella superficie inconsistente, y entonces se tendrá una idea bien incompleta del cuadro que teniamos delante de nosotros; cuadro ciertamente tan sério como aflictivo, que durará en mi memoria como uno de los grandes fenómenos que en el curso de mi vida han afectado mas mi imaginacion, y como un testimonio irrefragable de las grandes revoluciones físicas que han trastornado á toda la tierra.

»Así, pues, no es extraño que los hawcyanos no tengan divinidad mas reverenciada que Pele, reina de los volcanes. Es á Pele, segun ellos, á quien Hawaii debe su nacimiento, á Pele á quien debe su transformacion; mas aun, Pele, quien cada dia la amenaza con modificar su aspecto; agente de creacion como de destruccion, todo-poderosa para el mal mas que para el bien.

»Distinto de casi todo los volcanes que hasta ahora se han descrito, el de Kirau-Ea, en lugar de un cono mas ó menos trunco, y terminado por un cráter, presenta una inmensa depresion en medio de las tierras situadas en la base del Mauna-Loa. Se llega á el bajando dos vastas mesetas; pero puede decirse que á pesar de la proximidad, cuando nos acercamos, sino se pierde del todo la ilusion, mucho se disminuye por lo menos. Sin duda alguna la cresta volcá-

nica fué en otro tiempo un cono elevado; pero la cúspide por efecto mismo de su base interior ha ido poco á poco desplomándose hasta nivelarse casi con las mismas crestas; confirmando esta congetura las dos plataformas que habiamos descendido, cuyo acontecimiento ha debido tener lugar en dos ó mas erupciones sucesivas. De este modo ha sido formada la mitad de la profundidad del cráter actual, como lo prueba un doble borde de lavas de algunos pies en unas partes y algunas toesas en otras; borde que se parece á un malecon construido delante de aquel abismo, y de donde puede observarse sin peligro el fondo del cráter. La configuracion de este borde anuncia que la lava en fusion que no ocupa hoy mas que el fondo del abismo, subia en otro tiempo hasta este nivel; mas una nueva corriente de materias por un canal subterráneo, disminuyendo su altura de algunos centenares de pies, ha influido poderosamente en la actual depresion.

»Los bordes de algunos de los cráteres estan cubiertos de azufre de diferentes colores: blanquecino, amarillo y verde; todo el resto en la superficie, en los bordes y en el fondo es de un negro oscuro. Del lado del Norte y del Oeste, las paredes superiores estan perfectamente perpendiculares, enrojecidas y calcinadas por los fuegos. En la parte del Este los bordes estan tapizados de azufre de vivo color amarillo; la meridional está oscurecida enteramente por el humo que cubre toda esta parte.

»El sol ya en toda su fuerza y un ligero almuerzo, nos habian completamente restablecido y animado á bajar en lo aproximable al fondo del cráter que nos ofrecia mas practicabilidad. Apenas habiamos dado cuarenta pasos, cuando se ofreció á nuestra vista una grieta espantosa que nos hizo desviarla temiendo una desgracia. Encontramos un nuevo camino mas seguro; pero por donde íbamos envueltos en una densa nube de humo infecto y mortífero, y la lava ardiente á punto de no poderla soportar la mano, conduciéndonos cerca de un cráter cónico en actividad. Elevado de mas

de cien piés, el cual formaba una masa irregular de lava agrietada por todas partes, por cuyas aberturas, como por otras tantas bocas ígneas, se escapaban con estruendo horroroso cenizas, llamas y piedras en forma de guijarros. Me estaba casi estupefacto del mismo modo que cada uno de mis compañeros; no obstante que me sentia en aquellos momentos mas hombre que los demás, por los peligros sin cuento que me rodeaban, y por la horrenda magestad del infierno en que me hallaba sumergido. El Etna y el Vesubio en Italia, y el Popocatepetle é Iztachinal en Méjico, no son notables respecto del Kirau-Ea, sino los dos primeros por las ciudades populosas que sepultaron, y los otros por la historia casi fabulosa de la conquista del pais en que estan situados; mas creo, ó me atrevo á creer, no haya ningun otro que le iguale, menos excederle, ni en cantidad de materias vomitadas, ni en el prodigioso número de cráteres y su rara disposicion, ni en lo solemne de la escena que representa en las soledades del grande Océano, ni tampoco en su elevacion sobre el nivel del mar, estando situado á mayor elevacion que aquellos cuatro. El Mauna-Kea, con 2.483 toesas, es mas elevado que todos los puntos culminantes de los sistemas de montañas europeas; pues el Monte Blanco, el mayor de todos, apenas cuenta con 2.460: es tambien la mas elevada de toda la Oceanía, escepto la montaña de la Nueva Guinea ó isla de Papúas; y sino es mayor que los volcanes de Méjico ya mencionados, que tienen 2.774 el primero y 2.450 el segundo, lo es en la elevacion relativa á que están situados sus volcanes, y solo inferior en los puntos culminantes.

Aunque imposible verse ni observarse nada por el espeso humo que nos sofocaba, pretendí imprudentemente, contra el consejo de nuestros guias que se habian excusado so pretexto que teniendo los pies desnudos no podian resistir el ardor de la lava, descender á un punto de descanso y de fácil acceso, segun aparentaban; pero desgraciado de mí en percibir tal idea, y afortunado mil veces en ha-

ber podido salir de la extremidad en que me hallaba. Pocas veces me he encontrado en mayor peligro; me estremezco aun de recordarlo. Habia bajado solo al sitio designado con facilidad, sirviéndome los guantes de mucho en esta ocasion. Luego que llegué, los compañeros no se ocuparon mas de mí. Cinco minutos no habrian pasado sin que me sintiese ya sufocado; trato de subir con precipitacion, y á las cuatro piedras que habia trepado, se viene sobre mí la punta de otra al apoyarme sobre ella, partiéndose con la fragilidad de un carbon: me estropea medio cuerpo, y haciendo un espantoso ruido se precipita en el abismo: doy voces, grito y me desespero, pero nadie viene á salvarme. Fuertemente contuso en un pié y pierna, y temiendo un nuevo accidente, me era imposible subir por mí mismo. Media hora habia ya transcurrido en tan angustiada situacion, cuando mis compañeros se acordaron de mí: vuelven al cráter, les refiero el suceso, y despues de algunos minutos de indecision, un kanaka pide unos zapatos para preservarse de la lava, que tan caliente estaba, y ayudado de este y de otros que formaban cadena, pude escaparme de una muerte cierta, ahogado por el humo pestilente que el cráter despedia.

»Llegada la noche, nos acampamos á pasarla á la boca de uno de los cráteres en actividad, para estar mas al abrigo del frio. Despues de una regular cena, los indígenas nos divirtieron con la historia de sus dioses infernales, el poder de Pelé sobre ellos, y aun el que era conferido por esta divinidad de los volcanes, protectora de los kaweyanos y sus poblaciones, á sus propios jefes; y nos refirieron tambien que en las grandes erupciones de aquellos, se hacian innumerables sacrificios, echando en ellos puercos, perros y frutas, y particularmente cortándose bucles y arrojándolos al cráter; ellos mismos nos dijeron lo habian hecho el dia de nuestro arribo á Kirau-Ea.»

Al hablar el autor de la isla de Rotuma en las Esperádas

australes, refiere particularidades curiosísimas de las costumbres de sus habitantes.

«Toda la poblacion del lugar nos esperaba ya reunida en la playa, atraida, como es muy natural, por la curiosidad de ver extranjeros diferentes y de superior apariencia á la suya. Era un cuadro verdaderamente interesante. Allí no se ofrecia á la vista la extravagancia que aparece en los vestidos de los pueblos recien convertidos á la civilizacion, como en Sandwich y Tahiti: todos estaban uniformados; habia una perfecta igualdad. Desnudos como venimos al mundo, solo las suaves hojas de la palma del coco ó las del abanico, *corifa umbra-culifera*, atadas graciosamente á la cintura, era el único vestido que llevaban para cubrir lo que sin necesidad de convencion los hombres han ocultado en todo el mundo. Hombres y mujeres tenian pintados la cara y el pecho de color encarnado mezclado con aceite. Las mujeres estaban ligeramente dibujadas en el cuerpo, como he dicho de los Polynesios, y llevaban el pelo corto; mas los hombres tienen un *tatuaje* (1) admirable por su regularidad, cantidad y complicacion de las figuras, que unido al pelo largo y extendido que usan, dándole por medio de la cal de coral una grande aspereza y color rojo, agrega al aire verdaderamente salvaje un todo feroz é imponente. Las jóvenes solteras llevaban un distintivo de las casadas, raro tambien, y se reducia á usar el pelo cortado á la raiz en forma de calva, enrojecido por la aplicacion del agua de cal de coral, y una capa de esta misma en la parte superior; llevando por nombre diferencial de las casadas, el de *cabezas blancas*. Los naturales, pues, siendo tan obsequiosos hasta ofrecer sus hijas á los extranjeros les dicen á estos en las pocas palabras que saben de inglés: *do you like white head one*, ¿gusta V. de una cabeza blanca? En el confuso grupo de espectadores, se notaban dos ó

(1) Pintura de la piel.

mas mujeres que alimentaban con sus pechos á sus criaturas; mas esto de un modo singular: el niño iba á espaldas de la madre sostenido por una faja de tejido tosco, y esta, por la exhuberancia de sus pechos, los enviaba á las espaldas con la misma facilidad que le colgaban hasta el abdómen. Uno de los principales adornos de nuestra especie en todo el mundo, cualquiera que sea el grado de cultura en que se encuentre ó haya podido llegar una sociedad, es el que comunmente usan en las òrejas, en especial las mujeres; el cual es comun á ambos sexos en toda la Oceanía, en el Africa, en los salvajes de América y en una gran parte del Asia: mas en Rotuma, en muchos otros archipiélagos y en la India, se abren las orejas con tal extremo, que abraza toda su circunferencia, para llevar en ellas despues ramos de flores, frutas, caracoles, la pipa de fumar, y cuanto creen puede contribuir mas á realzar su mérito personal.»

Son dignas de llamar la atencion las ceremonias, que usan los habitantes de esta isla para contraer matrimonio.

«Cuando los contrayentes se quieren espontáneamente, no necesitan del consentimiento de ninguna persona; otras veces el padre puede casar la hija sin su voluntad; pero la autoridad del jefe domina sobre todas, y este puede darla en matrimonio á quien quiera, ó tomarla para sí. De cualquier modo que se haga, el ceremonial es el siguiente: se reunen los parientes y amigos en casa del padre ó del jefe, y desde allí se encaminan al mar; llegados á él, todos entran en el agua; pero solo los novios se sientan en medio del círculo; recíprocamente se preguntan si se quieren, y con la respuesta afirmativa, toda la concurencia toca las palmas, y entonan cantos alusivos al acto, mientras que echados en el agua, el marido lava á la mujer y esta al marido. A la salida del agua, algunas muchachas *cabezas blancas* traen á prevencion petates finos que regalan á la

novia, y que esta usa en el acto cubriéndose con uno de ellos. De allí se dirijen á la casa del marido, en donde la esposa pinta á todos los asistentes en las mejillas; en seguida se trae una gran vasija de kava que colocan en el medio del círculo, donde bebiendo, cantando y bailando su danza pantomímica, terminan alegres la fiesta nupcial. Despues de esta narracion, nos dijo John (*), que tambien nosotros podiamos casarnos temporalmente, si queriamos, y sin quedar obligados á ulteriores resultas; esto es, por el tiempo que permaneciésemos en la isla. Nos hizo tambien una sucinta exposicion de este segundo modo de contraer matrimonio, de la manera siguiente: teniendo los padres derecho para disponer de la voluntad de las hijas, puede concederlas mediante un regalo, cuyo valor ó estimacion varía segun la calidad de la persona. Por lo regular este género de alianza solo se practica con los extranjeros que vienen de paso á la isla. Estan, pues, prescritos en lo general los presentes que deben hacerse al padre, ó al jefe si es el negociador, consistentes en un fusil con algunas municiones, y ocho varas de bombasí encarnado ó amarillo, ó pañuelos del mismo color. Depende tambien el valor del presente del mérito de la jóven esposa, y aun tambien de las exigencias del negociador. Hecho el presente, todo el ceremonial anterior se dispensa, y la novia, bien se queda en la casa de sus padres á donde viene á visitarla su marido cuando le parece, ó bien esta va á verlo á bordo. Llegado el dia de la partida del buque, que de ordinario son diez ó quince dias despues de su llegada, se separan en la mejor armonía, y para siempre, no sin sentimiento muchas veces de las cabezas blancas. Lejos de desmerecer por esta especie de union, como podria creerse, y ser un inconveniente para casarse nuevamente en el pais, es al contrario una recomendacion particular para ser inmediatamente solicitada: llevando sus miras siempre al entrar en

(*) Un marinero inglés que les acompañaba.

contraer matrimonio con el extranjero, el encontrar un marido de su eleccion y de su propio pais. Á propósito de las considerables ventajas y distinguidos favores de que gozan los europeos en Rotuma, puedo asegurar, que tal diferencia es general en casi toda la Polynesia, en donde los europeos no tienen establecimientos á tal grado, que las madres envian las hijas á bordo, ó vienen con ellas por especulacion, á fin de conseguirles despues maridos entre sus compatriotas.»

«Está recibido en la práctica que las viudas no vuelvan á casarse; y en este caso para no parecer bien á otro hombre mas, se rapan la cabeza, aplican un tizon encendido á todo su cuerpo, ó por medio de algodon quemado, y con piedras cortantes se hacen incisiones en los pechos y brazos. Una de estas ví en Rotuma, cuyas cicatrices asemejaban su piel á la de un tigre, por las manchas que la habia dejado el fuego, y que la hacian horrorosa á la vista. En los funerales de un jefe ó en el de su primera mujer, era la costumbre hasta pocos años ha, que todas las familias que estaban bajo su mando se reuniesen en el *thamura*, y allí, por eleccion entre ellas, destinaban á morir y ser enterrado á los pies del jefe un jóven de doce años, y si era su mujer, entonces era una jóven de la misma edad.»

El segundo libro, dedicado á la Australia, contiene noticias no menos importantes sobre esta parte, poco conocidas de la quinta del mundo. Bien quisiéramos recapitular aquí muchas de ellas; pero no lo permite la estrechez de un artículo.

El autor visitó tambien nuestras islas Filipinas, y dedicó á ellas una parte muy importante de su libro tercero.

«El archipiélago de Filipinas, aunque compuesto de mas de mil islas, y política y geográficamente se dice ser pertenecientes al dominio español, esto no pasa mas sino como una posesion nominal, siendo muy pocas aquellas que realmen-

te lo sean. Luzon, pues, como en otra parte hemos dicho, por su extension, poblacion, riqueza, y ser en la que existe la capitanía general de todos aquellos dominios y los de las Marianas, es la mas importante; es la parte eficiente ó la colonia propiamente dicha, á la que siguen once mas de las principales, qué podrian rivalizar con Luzon, sino en tamaño, al menos en la riqueza y abundancia de sus productos, si estuviesen bien cultivadas. Algunas de estas provincias ocupan parte de una isla, otras una entera, y el resto abrazan dos ó mas. Todas ellas estan subdivididas en cerca de setecientos pueblos, cuyas poblaciones, segun el número de tributos que percibe el gobierno colonial, asciende en su totalidad, segun la guia de forasteros de las islas Filipinas para el año de 1840, á 3.400,000 individuos, divididos en las clases siguientes: filipinos indígenas; mestizos chinos ó sangleyes; mestizos españoles; chinos propiamente dichos; criollos españoles, y españoles europeos; sin incluir otro tanto mas de poblacion en las islas independientes. Así, pues, la poblacion total de las Filipinas puede estimarse aproximadamente en mas de 5.000,000, y la de la Malesia toda en 20.000,000, en esta forma:

Posesiones holandesas.	12.000,000
Idem españolas.	3.400,000
Id. inglesas.	200,000
Parte independiente.	4.400,000

»La administracion civil y militar de las islas Filipinas se halla á cargo de un jefe militar, que, al título de gobernador, reune los de presidente de la Audiencia, vice-patrono Real, juez subdelegado de las rentas de correos, postas y estafetas, director de las tropas, capitan general y comandante general de marina. Divididas las islas por provincias, como ya hemos visto, tiene cada una de ellas para su administracion interior un jefe subalterno que se titula gobernador ó alcalde mayor, el cual ejerce la jurisdiccion guber-

nativa y contenciosa en primera instancia: es capitan de guerra, y tiene á su cargo la cobranza del real haber bajo responsabilidad, garantida con fianza á satisfaccion del contador general del ejército y real acienda. Las provincias estan subdivididas en pueblos, y cada pueblo tiene un gobernadorcillo, con tenientes y alguaciles de justicia, cuyo número varia segun la importancia de la poblacion; los cuales desempeñan varias comisiones, entre ellas la judicatura de palmas, de sementeras y la de policía. En los pueblos donde hay suficiente número de mestizos sangleyes, que son los descendientes de los chinos, forman, cuando obtienen permiso del gobierno, parcialidad separada, con gobernadorcillo y demás miembros de justicia, tomados de su propio gremio. Los gobernadorcillos tienen en sus pueblos todo el cargo municipal propio de la autoridad que les confiere su nombramiento, con especial obligacion de auxiliar á sus curas párrocos en todo lo relativo al culto y observancia de los preceptos religiosos. Conocen de las causas civiles hasta el valor de dos *taeles* de oro ó de cuarenta y cuatro pesos; en los casos criminales proceden á la instruccion sumaria, con la cual dan cuenta al jefe de la provincia: tienen obligacion de atender á las cobranzas de real cuenta, y otras que previenen las ordenanzas del gobierno; y se les permite cobrar ciertos derechos que estan determinados en sus mismos títulos. Tambien existen en cada pueblo otros municipales conocidos con el nombre de *barangay*, institucion, segun se asegura, la mas recomendable y digna de consideracion del gobierno. Cada cabeza está obligada á cuidar de 40 á 50 tributos, que forman otras tantas familias, y es lo que se entiende por barangay; deben residir con ellos en el barrio ó calle designados; atender inmediatamente al buen órden y armonía de sus súbditos; repartir entre ellos todos los servicios que ocurran de comunidad; transigir sus diferencias, y recaudar el tributo bajo fianza, para formalizar despues su entrega al gobernadorcillo ó al jefe de la provincia en derechura, como sucede en la de Tondo. Los cabezas de Baran-

gay son procuradores natos de sus barangays en cuantos negocios ocurran á la comunidad, y electores de los gobernadorcillos y demás oficiales de justicia, para cuya importante funcion solo tienen voto los doce mas antiguos de cada pueblo ó los sustitutos que la ordenanza electoral señala. En algunas provincias los *cabezas* nombran solamente los tres que han de componer la terna para gobernadorcillos, y estos, con el gobernadorcillo que ha de cesar, proceden á la eleccion de los tenientes, alguaciles y sus comisiones. La institucion de cabezas de barangay es de orígen anterior á la conquista, las cuales eran hereditarias la mayor parte de ellas, equivaliendo en su autoridad, aunque en pequeño, por ser muy reducidas las tribus, á la de los reyes ó rajas que en algunas partes los árabes habian ya establecido con su dominacion. Tambien hoy existen algunas hereditarias, mas en lo general son electivas. Los cargos de gobernadorcillos lo son igualmente cada año; y cuando el gobierno no influye directamente en favor de determinadas personas, se ven todas las intrigas electorales que se ponen en juego en otras partes en que existe este sistema. Los chinos tambien estan autorizados para elegir gobernadorcillo de entre sus individuos cristianos, en junta que preside el gobernador de Tondo; además eligen tambien un teniente mayor y un alguacil mayor, cuyas elecciones son aprobadas por el gobierno, y en virtud de ello expedidos los competentes títulos para poder ejercer jurisdiccion.»

»El carácter moral de los filipinos es privilegiado en el mundo: pocas sociedades de hombres se encuentran tan morigeradas, á pesar de las pocas luces de estos, sobre todo la parte puramente aborígenes. Segun el estado judicial de las causas criminales que se habian presentado al exámen de los tribunales en 1840, ascendieron á 499, en algo mas de tres millones y medio de súbditos, en esta forma: 131 muertes; 216 robos; 12 incendios; 6 por causa de motines; 66 de inmoralidad, y 67 de heridas. Entre los delitos comunes existe la misma proporcion, siendo muy raro encontrarse al-

guno proveniente del exceso en el uso de licores. Creo, pues, segun el estado anterior, que es el pueblo de mejores costumbres que he encontrado en mis dilatados viajes, en igual proporcion de poblacion.

»La primera de las contribuciones que paga este buen pueblo es, una capitacion de cinco reales de plata al año, ó sean diez reales españoles, hombres y mujeres, los primeros desde los 20 años cumplidos y los segundos desde los 25 ó desde que se casan. Los mestizos de chinos pagan doble tributo. Los chinos son los que mas pagan de todos los capitados: estos se dividen en tres clases segun su haber, y pagan desde 100 hasta 12 pesos anuales. Sin embargo que el número de chinos empadronados no pasa de 10,000, siendo esta clase por su actividad, laboriosidad y riqueza la mas importante entre las tributarias, el producto es proporcionadamente mayor. Quedan exentos de tributos los españoles, los extranjeros, los criollos y los mestizos de estos. Mas no es este el solo gravamen que tiene el filipino; paga ademas una contribucion denominada de comunidad, otra para el culto, y una tercera, de que siempre se abusa, que consiste en servicios personales para la construccion y conservacion de las obras públicas, como calzadas, caminos, puentes, etc. A estos pechos, repartidos sin proporcion entre el acomodado y el indigente, se agregan otras indirectas, como el estanco de artículos de gran consumo y de fácil produccion, tales como el tabaco y el aguardiente de coco; de modo que los pocos cuartos que el indígena hubiese podido guardar por un esceso de trabajo, tiene la precision de irlos á dejar al estanco, con el fin de llenar dos necesidades facticias, equivalentes en cierto modo á las de primera necesidad. Para conservar estas prohibiciones, ¡cuántas vejaciones no se cometen! los guardas arrasan toda planta de tabaco que encuentran, aunque sea nacida expontáneamente como sucede en aquellas tierras; penetran en lo mas sagrado de las habitaciones, y violan todos los respetos y consideraciones sociales. El coco, esa palmera en donde la Providencia ha deja-

do á aquellos habitantes, como á muchos otros pueblos del mundo, un testimonio eterno de su paternal solicitud, y el que en las Filipinas es tan abundante, estan privados sus moradores de destilarlo, como en otro tiempo hacian, so pena de incurrir en los mas severos castigos. Sin embargo, la renta que producen estos estancos, como todas las que forman el erario público de la colonia, al pasar por cien manos impuras, quedan reducidas á la mitad; el gobierno, despues de esto, está muy lejos de llenar todas sus necesidades, y el pueblo queda postrado con las humillantes vejaciones que incesantemente experimenta.»

»La industria en las Filipinas no es naciente ni de poca consideracion: á la llegada de los españoles ya se trabajaban los metales, y tejian algunos lienzos finos y ordinarios. Desde entonces, con la ayuda de sus conquistadores y el establecimiento de un gran número de los industriosos chinos, sus manufacturas han recibido grandes mejoras, que las han merecido algunas de ellas la estimacion de las grandes ciudades ricas é industriosas del mundo. Entre las telas que fabrican se distinguen mas particularmente los tejidos de algodon, abaca, seda y piña, haciéndose una grande exportacion de la primera bajo la denominacion de *cangas*, en las que imitan de un modo muy particular el nankin azul. La tela piña es la mas rica por excelencia, y así por la calidad y cantidad que se fabrica, como por el valor que tiene en los mercados y su tendencia á aumentarse cada dia. Dicha tela es exclusiva de la fábrica de Manila, hecha de las fibras de la hoja de la planta, alcanzando tal grado de finura la calidad superior que se fabrica, por la tenacidad y sutileza del hilo que produce, cual sería imposible obtenerse del lino. Las delicadas manos de las indias son las únicas que trabajan la piña en sus casas privadas, en unos telares tan sencillos y de tan poca apariencia que verdaderamente causa admiracion cuanto de ellos sale. Si exceden en este tejido y no tienen rival alguno en otras partes, no lo es menos, con muy pocas excepciones, en la habilidad que muestran en el bordado: es

un primor lo que en este género de industria produce sus manos con tan poca ayuda del arte. Los tejidos de paja es otra de las mas generales en todas las islas, y de las que influyen mas en el bienestar público; esta se divide en secciones distintas, á saber: sombreros, petacas, esteras y petates, y velas para las embarcaciones del pais, de China y de muchas otras partes de aquellas regiones. Entre las muchas palmas de que abundan las Filipinas, y de las cuales se sirven alternativamente para la fabricacion de los objetos dichos, la *nipa* es la mas preciosa, y la reservan para los sombreros y petacas de primera calidad: solamente la exportacion de estos dos ramos de tejidos, sin contar la exportacion clandestina, que por lo menos es doble, alcanzó en 1840 á 75,377 sombreros y 15,692 petacas.

»Los metales todos se trabajan con bastante perfeccion, y algunos, como el oro y la plata, sin dejar nada que envidiar de otras naciones. Los progresos de este arte son debidos exclusivamente á los chinos; aunque si vamos á examinar todas las otras principales, debemos atribuírselas tambien, y aun el ejercicio de ellas. La albañilería, carpintería y ebanistería guardan una justa proporcion con el progreso general de las demás artes industriales. Las bellas artes, compañeras inseparables de la alta civilizacion y de la riqueza, son casi desconocidas, por lo poco que se cultivan y la imperfeccion con que se hace: la música es detestable; la pintura una parodia de esta arte sublime, y la escultura completamente ignorada.

»La instruccion pública, tan indispensable en toda sociedad bien organizada, primer elemento de órden y bienestar, y escala que conduce á las naciones á un alto grado de poder, no se halla en las Filipinas en el mal estado que sería de suponer, atendido el abandono en que todos los viajeros la encuentran en España. Por mis propias observaciones hechas en Manila, sus pueblos en contorno, la Laguna y Albay, no solamente he encontrado diseminada la instruccion primaria en las clases superiores de los in-

digenas, sino aun en la inferior y proletaria; á tal grado, que con dificultad habrá un individuo por familia que no sepa por lo menos leer; tanto en castellano como en *tagalo*, su lengua nativa. Cada pueblo, cada aldea tiene su escuela gratuita dotada por los fondos de las provincias; sin contar que cada casa es una escuela, sobre todo para las muchachas. De suerte que, aun en Europa misma, hay muy pocas ciudades que excedan á Manila en la profusion con que estan generalizados estos primeros elementos de instruccion pública. ¡Lástima que, poseyendo en grado tan extenso los elementos únicos de todo progreso, se hagan casi inútiles, por los pocos é insignificantes libros que lee el pueblo, presentados por sus directores! Fuera de algunos de devocion, muy buenos para dirigir el espíritu hácia un objeto santo en bien público é individual, todos convendrán conmigo, que considerados abstractamente como fuentes de verdadera y útil instruccion en las necesidades de la vida, no son solos tales libros los que se necesitan. Estos, pues, son los únicos que circulan entre ellos, y además unos cuantos poemas heróicos, que exaltando la imaginacion con hechos portentosos de la fábula, les estraga el gusto para la lectura de lo que es real y efectivo, les hace concebir ideas falsas sobre todas las cosas, y oscurecen en vez de ilustrar su razon.

»También existe en Manila una enseñanza superior, basada en la institucion universitaria antigua, que rigió en España y América hasta principios del presente siglo, bajo la denominacion de Real y Pontificia Universidad de Santo Tomas, con un colegio seminario anejo, y bajo la dependencia inmediata del arzobispo. En ella todos los profesores casi son frailes, de las cuatro órdenes religiosas existentes en las Filipinas, y se enseña latinidad, filosofía, teología y jurisprudencia civil y canónica. De la misma Universidad dependen los colegios de San José y de San Juan de Letran, en donde se enseña hasta la filosofía, pasando despues á ser incorporados sus alumnos en la Universi-

dad con el único grado que reciben en ellos. A estos establecimientos literarios se agregan dos, pero no menos importantes: la academia náutica, y la escuela de comercio. La primera, si no llena su principal instituto de dar marinos hábiles al Estado, al menos por la vasta enseñanza que en ella se dá de las matemáticas, ha producido ya abundantes frutos en otras carreras, en donde los conocimientos de esta ciencia se hacen tan indispensables. La segunda, apenas instituida en 1839, aun no se podian juzgar sus progresos, aunque haya motivo para presagiar ventajosamente.

»Se han hecho tambien desde pocos años despues de la conquista muchos esfuerzos por mejorar en la capital la condicion del bello sexo, por medio de la educacion en los colegios públicos: de este género son los de santa Potenciana, santa Isabel, Beaterios de santa Catalina, de san Ignacio de Pasig, de san Sebastian de Caluanpang y de santa Rosa. A pesar de la mala organizacion de todas estas casas de educacion, causa de muchos escándalos entre sus educandas, y de los modales y lenguaje poco cultos que á primera vista se notan en las señoras salidas de ellas, sus ventajas han sido mayores, y en la actualidad han desaparecido aquellos vicios por las saludables reformas introducidas en estos últimos tiempos.

»En Manila se vive con grandes comodidades; y si he de hablar con propiedad, con lujo. No solo se satisfacen en grande escala todas las necesidades animales; sino las refinadas de los sentidos, dejando, por la naturaleza de estas, el modo y la frecuencia con que se llenan, casi nada que envidiar á muchas ciudades europeas. El interior de las casas de los europeos ofrece á primera vista un aspecto interesante por el aseo, buen gusto y espaciosas galerías, propias para el clima abrasador de las Filipinas; la mesa ordinaria de estos no la tienen muchos ricos de Europa; el servicio doméstico se hace con profusion, y para salir á la calle existen siempre á la puerta uno ó dos carruajes, hasta para llevar los niños

á la escuela. En cuanto á los otros goces sociales, por las frecuentes ocasiones que tuve de observarlos por mí mismo, durante mi corta visita á Manila, diré tambien que siguen en la misma proporcion: cada ocho dias por lo menos hay sus *soirées* en diferentes casas nacionales y extranjeras que alternan entre sí, en donde al son de una música pasadera, se mezclan con la contradanza española los rigodones y galops. Tuve la oportunidad, además de concurrir á algunas de estas, de asistir á una de las mas grandes festividades que de cuando en cuando tienen lugar, y en donde el viajero encuentra sobrados medios, para juzgar del grado de cultura y bienestar de una ciudad entera: este fué el recibimiento del general Oráa como capitan general de las Filipinas. En ella todo fué grande, suntuoso é inesperado para el que escribe. Sin hablar de la gran procesion cívica, en donde cada corporacion llevaba su estandarte y cada nacion el suyo, rivalizando en lujo y ostentacion, ni tampoco del aparato con que estaban engalanadas las calles y las plazas, y de los arcos triunfales que de trecho en trecho realzaban mas la grandiosidad de la fiesta; las comidas y los bailes que hubo, como ofreciendo reunidos en un solo punto la esencia de la sociedad manileña, con todos sus usos y costumbres, fué lo que mas llamó nuestra atencion la concurrencia tan lucida como numerosa, el gusto y delicadeza con que estaban servidas las mesas, los hermosos y bien tapizados salones de palacio, y el noble decoro que reinó en todos los concurrentes... »

El autor de este libro pertenece á una escuela filosófica que le hace ser muchas veces apasionado y falso en sus juicios. Por lo que se vé en su obra es deista como Voltaire y republicano como los girondinos. Así es que al hablar de las religiones de ciertos pueblos salvajes las juzga con sobrada lijereza, y porque ha visto algunos isleños en la Oceanía con pocas prácticas religiosas, cree que hay regiones habitadas en el globo donde no se profesa religion ninguna: aser-

to evidentemente falso, como lo demuestran los mismos viajes de que vamos tratando.

Tambien yerra lastimosamente el Sr. Michelena cuando discurre sobre los buenos efectos sociales de la poligamia. Dice que esta cuestion ha sido tratada por los filósofos con sobrada ligereza, y que no es tan cierto como se supone que la poligamia sea incompatible con la moralidad de las sociedades y los vínculos de la familia. Proposicion absurda, porque la poligamia ha sido profundamente discutida, entre otros por los filósofos del siglo pasado, y aun los mayores revolucionarios de aquel tiempo no estuvieron por ella. Sus efectos, en los pueblos donde existe, son bien conocidos: el estado de su civilizacion no es por cierto envidiable.

El Sr. Michelena ha pasado largos años en el extranjero, por cuya razon sin duda ha cultivado poco el habla castellana. Así es que se ven en su libro notables defectos de gramática y de estilo, y mayor número de galicismos que el que suele haber en nuestros escritores. Su obra, pues, aunque de un mérito poco comun, por los hechos preciosos y descubrimientos importantes que contiene, puede ser criticada con justicia por lo que tiene de filosófica, y por su desempeño literario.

HISTORIA FILOSÓFICA

DE LAS BELLAS ARTES,

DESDE EL TIEMPO DE CONSTANTINO HASTA EL SIGLO DE LEON X.

Fragmento.

Si bien la Italia no fué la primera en dar á la Europa de la edad media resplandores de civilizacion, fué sin embargo la que los dió mas claros y duraderos, porque la gran civilizacion árabe-hispana de los siglos IX, X, XI y XII era un sol que tramontaba, al paso que la italiana de los siglos XIII, XIV, XV y XVI era un sol que renacia. En efecto, los restos de la antigua sabiduría se hundieron en España con los reinados de los Alhakemes y Abd-el-Rahmanes, y despues de largos años de ocaso, en que la tierra quedó cubierta de sombras, despuntó por el horizonte italiano la clarísima aurora de una nueva Grecia, cuyos rayos se extendieron hasta los pueblos del Septentrion, que respiraban en su tenebroso clima los hielos de la barbárie.

El dominio de los árabes en Europa dejó pocas huellas notables en la carrera de las artes, efecto sin duda de la prohibicion que hacía pesar el Koran sobre los ingenios capaces de cultivarlas con mas éxito; aunque si atendemos á la manera con que aquellos pueblos impetuosos y visionarios trasmitieron á las escuelas del continente las obras de los fi-

lósofos y sabios antiguos, podremos arriesgarnos á decir que no hubieran sido mas exactos los traslados de la belleza pagana trasmitidos á los artistas por la mano de los hijos de Mahoma. Sea como fuere, es evidente que al paso que en aquellos siglos casi todos los ramos del saber humano recibian muy poderosos auxilios de las incansables academias arábigo-hispanas, que dotaban á la filosofía escolástica con el Aristóteles de Averroes; á la medicina con los escritos de Avicena; á la jurisprudencia con innumerables tratados prácticos y teóricos sobre la moral y la justicia, en exegética y dogmática; á la filología con infinitas investigaciones sobre la antigüedad, y por fin á las ciencias de la Economía social y doméstica con contínuos descubrimientos que aun estudiamos los modernos; es evidente, repito, que al paso que todos estos estudios prácticos y especulativos recibian muy poderoso auxilio de los ilustres colegios de la Andalucía, especialmente de la gran Córdoba, justamente denominada la Atenas de los siglos IX y X, las artes liberales imitativas (1) tuvieron que pasar por todas las crísis tardías y penosas de su primer principio despues de la caida del imperio de Occidente.

La Italia á la caida del Imperio romano se halló en posicion mas ventajosa que los demás pueblos, por la abundancia de las hermosas ruinas de su antigua civilizacion. No por eso faltó á las demás naciones el verdadero cimiento de las artes, pues, como observa muy bien Vasari, formulando en pocos renglones una nocion, por cierto muy comun: la naturaleza misma es el verdadero principio de todas las artes, su modelo la bellísima fábrica del mundo, y el maestro aquella centella divina que depositó el Criador en nosotros, la cual no solo nos hace superiores á los demás animales, mas hasta cierto punto semejantes al mismo Dios (2). Pero aun

(1) No está comprendida en esta denominacion la arquitectura.

(2) Decia el Cellini ponderando la preeminencia de su arte: la escultura es el mundo entero: Dios lo formó todo de escultura: el sol derrama sus colores sobre el relieve de lo criado.

cuando en realidad no pueda decirse que las naciones extrañas á la Italia, despues de la ruina del paganismo, no conocian las bellas artes, porque desde que hay mundo y entendimiento debe haber habido hombres que imiten los objetos esteriores, se puede sin embargo decir que los que las cultivaban fuera de la Italia lo hacian sin buen resultado á causa de su poca esperiencia, lo que viene á ser lo mismo, cuando para la historia de las artes no dejaron nombres conocidos. Lo mismo sucede cuando decimos que Homero fué el primer poeta de la Grecia, sin que por esto queramos significar que antes de Homero no habia habido poetas, sino que de los que antes existieron se habia perdido ya toda memoria.

Volviendo pues á la Italia, antes de parar la vista en los primeros pasos del arte, examinarémos con la brevedad que sea posible el espíritu de la sociedad romana en los siglos IV y V para darnos razon de su decaimiento y ruina en tiempo de Constantino y de la irrupcion de los bárbaros en el continente.

Sería de desear, y lo deseamos con todo nuestro corazon, que los que olvidados de la ley eterna de perfectibilidad que rige al mundo, solo ven barbarie y desconcierto en los primeros siglos que con su clara luz alumbró el Evangelio de Cristo, pensáran con alguna detencion en la historia de los últimos siglos de la sociedad pagana, para que se convenciesen del gran beneficio que hacia á la humanidad aquel cristianismo al parecer rudo é incivil, moralizándola, á pesar de los mas invencibles obstáculos, á pesar de la doble muerte que le amagaba, de la muerte material con los suplicios, tormentos y persecuciones; de la muerte moral con las heregías y el escepticismo. La idea no es nueva, mas ahora lo parece porque desde la primera educacion que recibimos nos acostumbramos, por la fé en el solo nombre de *Roma*, á mirar la antigüedad como sinónimo de la humana perfeccion. «El cristianismo nació para iluminar el mundo.» Esta verdad que debiéramos avergonzarnos de poner alguna vez en duda, he-

cesita hoy defensores; mas por fortuna en estos últimos años ya no parece mengua promulgarla. El cristianismo tenia que llenar sobre la tierra un alto designio; en vano el emperador Constancio asociaba su suerte á la del arrianismo; en vano el apóstata Juliano pretendió enderezar los derribados ídolos del politeismo, y declaró á la multitud de gentes que corrian á prosternarse al pié de la cruz, que el emperador, el primero entre ellos, creia en Júpiter y en Minerva. Presentaba á la sazon la sociedad un espantable caos, un espectáculo verdaderamente extraño. El dulce eco de la voz que habian difundido los apóstoles, que llegaba del Oriente cual brisa consoladora, y se mezclaba á la atmósfera abrasada y corrompida de Roma, dispertó un sentimiento nuevo en las entrañas de aquellos hombres: los pobres se hicieron pacientes; los poderosos liberales y desprendidos; los ignorantes se hallaron esclarecidos; los débiles se encontraron fuertes, y los esclavos libres y emancipados. La sociedad romana contemplaba asombrada las maravillas de la nueva doctrina que no comprendia, y que miraba como un trastorno del comun sentido, porque hasta entonces solo la vida material era conocida. Pero entonces comenzaba el triunfo del espíritu sobre la materia, y del derecho sobre la fuerza. San Atanasio, patriarca de Alejandría, contrastaba con su inalterable impasibilidad todos los esfuerzos de Constancio el arriano. San Hilario de Poitiers anunciaba á este emperador desde el suelo de su destierro, que en el hombre hay derechos independientes de toda fuerza política, y que la violacion de estos derechos es un crímen en el gobierno. Entonces apareció sobre las ruinas de aquella destrozada Ninive la colosal figura de San Gerónimo, que desde el fondo de su soledad llegó á ser el oráculo de todo el mundo. Todas las naciones acudian á él para ilustrarse en el nuevo dogma: las Galias, la Germania, la España, la Italia, el Asia y el Africa enteras. A todos escuchaba, y á todos respondia. Hablaba de la magestad de Dios con el sublime lenguaje de Isaias, lloraba como Jeremías sobre las calami-

dades de Roma, y amenazaba á los malvados como Ezequiel. A los pobres, á los enfermos, y á los esclavos mostrábales la cruz de Jesucristo, y á los ricos y afortunados de la tierra la muerte que habian de sufrir.

Predicaban á los hombres la continencia y á las mujeres la virginidad: establecian la inviolabilidad del matrimonio, que hasta entonces no habia salido de la índole de contrato, y llamaban á los mortales todos á una completa renovacion descubriéndoles en el porvenir el cielo y los coros de los ángeles. Hilario y Atanasio lucharon ante la autoridad política, que invadia los derechos inviolables de la justicia. San Ambrosio y San Juan Crisóstomo enseñaban á los príncipes. San Gerónimo entró en Roma para amonestar á los senadores, á los magnates, á las mujeres y á los sacerdotes.

Al trasladarnos con el pensamiento á la época memorable en que San Gerónimo instruyendo á las vírgenes romanas se lamentaba de la corrupcion de la moribunda Roma, que veia próxima á ser destruida por las hordas del norte, creemos escuchar aquellos poderosos acentos que Jeremías dirigía á Jerusalen: «Sentados estan en tierra, y en profundo silencio los ancianos de la hija de Sion: tienen cubiertas de ceniza las cabezas; vistiéronse de cilicio; abatida hasta la tierra tienen su cabeza las vírgenes de Jerusalen (1).»

Dos cosas principalmente no podia comprender la sociedad romana en aquella primera época del cristianismo: la humildad y la continencia parecian, la primera bajeza de espíritu, y la segunda una verdadera locura.

Las costumbres, aunque impregnadas de voluptuosidad y licencia, se resentian aun de la antigua fiereza romana entre las mismas damas de la gran ciudad. No era pues extraño que en aquella época se viese á una de aquellas mujeres, de la mas alta categoría, dar una gran puñada en la iglesia de San Pedro á una pobre que se atrevia á importunar su atencion, despues de haber recibido ya limosna de ella.

(1) Lamenta. cap. 4.º, v. 10. Trad. del Ill. Sr. Amat.

Acostumbraban aquellas damas á entretener sus ócios con músicos y cantores que atraian á sus palacios. Teñíanse de rojo los labios y las mejillas (1) y de blanco la garganta para disimular sus venas: rizábanse el cabello, levantándolo en mil caprichosas formas, y lo trenzaban en redes de oro. Llebaban en las orejas pedrerías de precio inestimable, y esparcian por sus vestidos los mas ricos perfumes y aromas. Al entrar y salir de sus tocadores precedíanles una turba de esclavos de ambos sexos; que cuanto mayor era su número, mas elevada se reputaba su categoría. Paseaban por las plazas públicas acompañadas de hermosos y elegantes jóvenes, y en los baños las rodeaban sus mujeres y eunucos. Pasaban el tiempo intermedio entre los festines, el sueño, el baño, las labores de seda, plata y oro; que los trabajos de lana eran propiedad esclusiva del bajo pueblo.

Entre las viudas y doncellas que en comunidad vivian reproducíanse las mismas gerarquías sociales. Las que en él habian disfrutado una posicion notable por su riqueza ó por su cuna, tenian en los refectorios mesa separada de las de mas baja condicion. En tal estado ¡qué no tendria que llorar el Cristianismo antes de ver introducida en las costumbres la igualdad y humanidad que vino á predicar al mundo!

Las viudas poderosas volvian á casarse con despreciables sirvientes, los cuales estaban obligados á figurar que ignoraban las relaciones culpables de sus mujeres. Si tenian la desgracia de quejarse ó alzar la voz de marido, al punto se veian amenazados de divorcio. Y los corrompidos jurisconsultos de Roma siempre encontraban alguna razon poderosa para apoyar la demanda de sus bellas y jóvenes protegidas. Así eran los cristianos entre los convertidos paganos de aquel tiempo. Penetró San Gerónimo con su fé en el corazon de aquellos mentidos creyentes, y conoció que semejante estado de cosas no era mas que un sepulcro emblanque-

(1) Esta costumbre de pintarse hizo decir á San Gerónimo: «¿Cómo han de levantar su cara al cielo, cuando no las cantan el Isaias que han forzado?»

cido. Descubrió en el corazon de la cristiana Sempronia los ídolos del mundo y del deleite, la soberbia y la corrupcion en el pecho de los sacerdotes Joviniano y Vigilancio, como los gérmenes de una disolucion inevitable en el seno de aquella sociedad entera, donde no habia ni verdad, ni justicia, ni costumbres, la cual queria conciliar con la nueva ley todas las exigencias de los antiguos usos. Parece que en aquella edad los clérigos á quienes los paganos no perdian de vista y los arrianos hacian blanco de sus tiros, debieran haber manifestado, si no verdaderas virtudes, al menos una extremada prudencia en sus costumbres públicas; mas todo lo contrario hacian, y como observaba Dámaso, el sacerdocio era un objeto formal de especulacion para muchos de ellos. Nunca faltaban sacerdotes y cenobitas en las reuniones de las damas cristianas, en las cuales reinaba la misma extravagancia y mezcla de creencias, que constituian el carácter del pueblo romano entero. Otros, al paso que vestian un saco de estofa ordinaria, rudamente ceñido á la cintura, y la barba crecida y desaliñada, no se separaban un punto de las jóvenes de quienes se decian instructores y maestros espirituales, y cohabitaban con las hermosas sirvientes que tenian. Otros dedicaban un dia entero en captarse la benevolencia y familiaridad de alguna anciana rica, para ser algun dia sus herederos. Para remediar tan escandalosos abusos volvió Dámaso á poner en vigor la ley de Valentiniano I, promulgada el año 370, la cual prohibia á todo clérigo, cenobita ó seglar que hiciese vida ascética, entrar en las casas de las viudas y de las jóvenes que viviesen solas. Prohibíase además que pudiesen adquirir nada por donacion, testamento, ni tercera persona, de la mujer con quien se hubiesen unido so pretesto de espiritual direccion, ó cualquiera otro motivo religioso. Mas no produjo esta ley todo el efecto que Dámaso se prometia; porque las leyes son impotentes á reformar de pronto vicios antiguos, y la misma corrupcion que obliga á darlas, sugiere los medios de eludirlas.

En este sensualismo brutal de la sociedad romana la inteligencia, degradada de su noble condicion, se arrastraba vilmente sobre la materia, y todos sus esfuerzos se encaminaban al solo objeto de los placeres terrestres. Este modo de sentir estrecho y mezquino parece que se habia apoderado de todos los corazones. La vida consagrada á esta clase de placeres solo buscaba el modo de satisfacerlos, y la razon adormecida mientras duraba el sentido tan dispierto habia ya olvidado las altas nociones, cuya aplicacion marcó la época mas floreciente del pasado imperio. Las reglas eternas de justicia que tan inmortales hicieron las obras de los jurisconcultos de la gran Roma, se veian holladas por los principios variables y caprichosos de la utilidad aparente; y la idea de lo útil no extendia su imperio fuera del estrecho círculo de los sentidos. La noble profesion de abogado habia llegado á ser la opresion de Roma, y los juicios un verdadero espectáculo. No es esto de extrañar al considerar que no habia para Roma negocio serio que no fuese objeto de frívolo pasatiempo. La misma inundacion de las tribus bárbaras era un drama interesante, cuyo resultado aun no se preveia.

¿Y qué podian ser las artes en medio de aquella general corrupcion? ¿Dónde podia estar el amor al trabajo, donde el amor á lo noble y á lo bello? Huyó la idea de la belleza del impuro comercio de aquellos hombres, porque donde reinan la licencia y el desenfreno, se degrada el alma de la hermosura. Nada que tuviese orígen divino podia habitar en las ciudades que corrompia el sensualismo.

Hé aquí la primera causa del decaimiento de las artes en Italia (1). El entendimiento habia decaido de su nobleza; la razon se perdia en el laberinto de sutilezas del platonicismo, la imaginacion habia perdido su vigor abandonando el objeto sublime de la religion, y yacía enervada en el muelle refinamiento de la vida animal. El aguijon de la

(1) Otras secundarias, como el furor por la vida cenobítica, el platonicismo del bajo imperio y la irrupcion de los bárbaros, veremos en seguida.

inmortalidad estaba gastado, y ya no se hacia sentir en aquellas almas: el amor de la patria estaba sofocado por el apego al individualismo: la religion antigua moria... Al mismo tiempo la religion de Cristo hablaba demasiado al alma, y prescribia dogmas que no podia comprender un pueblo que miraba la esterilidad de las mujeres como infamia, la castidad como estravagancia ó locura, y la humildad como poquedad de ánimo.

Observa con mucha verdad Bacon (al fin del cap. 2.º lib. 4.º de su tratado de la dignidad y aumento de las ciencias) que las artes que se refieren á la vista y al oido son tenidas con razon por liberales, porque aquellos sentidos son los sentidos mas castos del hombre, y las ciencias que á ellos van ligadas son mas ricas en conocimientos, atendido que las matemáticas entran en su familia á título de sirviente. Y prosigue el mismo despues de enumerar el uso de los aromas, perfumes y refinamiento y delicadeza de la mesa con todos los demás vergonzosos medios que incitan al libertinage, observando con mucho juicio que al paso que, durante el nacimiento y desarrollo de las repúblicas, prosperan las artes militares, las artes nobles y liberales señalan su mas alto punto de prosperidad, y en las épocas de su ruina y decadencia es cuando florecen las artes voluptuarias.

En los siglos IV y V de la Iglesia todo anunciaba la ruina del pueblo romano; su decadencia era visible no solo en sus costumbres, que ya hemos descrito, mas tambien en su posicion política con respecto al resto de la Europa, por las continuas invasiones á que estaba expuesto, y que á manera de torrente devastador, precipitaron sobre todo el Mediodía los imprudentes hijos del gran Teodosio. De manera que las artes liberales, en las cuales ya en tiempo de Constantino apenas se veia la sombra de su antigua grandeza, debian forzosamente, segun la citada observacion, completar su decadencia, para abandonar el campo al ejercicio de otras menos nobles que se hallaban entonces en pri-

vanza, únicas que podian satisfacer la sed de placeres físicos en que ardia la desfigurada Roma. Así en efecto nos lo afirman todas las historias de aquel tiempo, y además de la historia escrita de las artes, la historia monumental, que para estudiar aquella han tenido á la vista los modernos (1).

Los hechos científicos y artísticos de una nacion explican por lo regular las costumbres de la misma, así como de estas puede deducirse sin peligro de errar los primeros. El lijero bosquejo que hemos hecho de la sociedad romana de los siglos IV y V, y el exámen de las obras artísticas de aquellos siglos, de que nos hablan los historiadores referidos, se confirma mútuamente el uno por el otro, y no nos hemos querido contentar con repetir el juicio de los escritores de artes sobre las obras que han quedado de aquella época, porque, como desde un principio anunciábamos, queríamos exponer una razon filosófica, una causa necesaria de la decadencia de las artes en los primeros siglos del cristianismo.

Otras causas secundarias aceleraron su ruina, y no será del todo inútil manifestarlas. Hemos visto cómo la corrupcion de las costumbres habia herido de muerte á las artes de la imaginacion entre los romanos. Estas artes, aunque ya pálidas y desfiguradas, hubieran subsistido por algun tiempo, reducidas á servir como de esclavas á las voluptuarias que eran las privilegiadas de las damas, abogados y malos clérigos, si el filosofismo de la secta platónica, entonces reinante, no hubiera absorvido, por decirlo así, todas las fuerzas intelectuales que habian sobrevivido al naufragio de la dignidad humana. En medio de la pasion general que impulsaba á las inteligencias menos comunes á olvidarlo todo para entregarse á las sutilezas metafísicas y á las discusiones filosóficas, se advierte, no sin alguna admiracion, que de todas las ciencias naturales solo se cultivaba con cierto afan un solo ramo, que era el conocimiento de

(1) Dela Valle, Vasari, Lanzi y otros varios.

los venenos; lo cual contribuyó sobremanera á los grandes adelantos que á la sazon se hicieron en la botánica. Este estudio llegó á ser una profesion *sui generis*. La explicacion de este fenómeno monstruoso se halla en el estudio de las costumbres de los siglos precedentes, en que los emperadores se manifestaban tan favorables á los envenenamientos, ofreciendo premios y privilegios de invencion á los envenenadores (1). Pero era este el único ramo de la ciencia positiva á que se dedicaban algunos pocos en aquellas épocas. La filosofia Platónica, por el contrario, era la general doctrina, y ya hemos observado que por recibir la luz divina del Evangelio, no se creian los filósofos romanos obligados á renunciar á Platon, que aun era la grande antorcha de la escuela de Alejandría. Los esfuerzos hechos entonces para conciliar y hermanar el gènio de Platon con la filosofía severa y rigurosa del cristianismo, engendraron aquel inmenso caos de cuestiones abstratas é ininteligibles, á que debió prestar tributo el mismo genio de tantos hombres célebres que se contaminaron con el error y la heregía. A la escuela platónica pertenecieron San Justino, San Clemente de Alejandría, Orígenes, Dydimo el ciego, y otros muchos luminares de las sagradas Escrituras. Los hombres instruidos escribian y discutian, brillando en las escuelas y en el episcopado; mas los plebeyos y hombres vulgares de las ciudades y del campo tomaban una direccion diversa, y como no sabian leer ni escribir, su mente limitada solo apercibia la parte material del cristianismo. Su comprension no pasaba, por decirlo así, de la forma exterior y palpable de la religion de Jesucristo. No pudiendo pues distinguirse ni en las discusiones ni en el magisterio, solo podian mostrarse sus partidarios en aquella forma material y exterior, y esto fué lo que hicieron con todo el rigor, y en el sentido mas absoluto. Entonces aparecieron todas aquellas especies caprichosas de mortificacion, que constituian la única ocu-

(1) Véase la correspondencia de San Gerónimo.

pacion del inmenso número de hombres que de todas partes acudian á poblar los desiertos del mudo Oriente. Esta nueva cruzada de ermitaños, cuyo único trabajo era una mortificacion corporal jamás interrumpida, que se habia propuesto al parecer tomar por asalto la bienaventuranza por medio de un lento suicidio, no era la sola que robaba á los trabajos de la inteligencia una parte de hombres idóneos; porque además de esta irrupcion de alucinados, se extendió por toda la Tebaida y el Egipto la nueva milicia, que reglamentada por los santos Pacomio, Teodoro y Oresio, fué el principio de todas las comunidades religiosas de la Europa.

Con que al mismo tiempo que los impetuosos pobladores de las orillas del Danubio se precipitaban sobre la Italia, los pobladores de ésta, que querian salvarse del mortífero letargo en que habia caido el paganismo, corrian hácia el Mediodía á buscar en la rusticidad de la naturaleza primitiva ásperas mortificaciones con que amortiguar sus sentidos, y dispertar en el alma la contemplacion del mas sublime de los seres: aquel gran reflujo del norte sobre el Mediodía parecia efecto de un sacudimiento sobrenatural; como si la ley de gravedad del mundo físico hubiese padecido un súbito quebrantamiento, y originado un verdadero desnivel en la superficie de la tierra. Aquella reaccion era necesaria, porque era necesaria la renovacion del mundo moral, y esta no podia verificarse sin que las naciones de la tierra sufriesen un gran trastorno. La Italia, cabeza del mundo entero, debia quedar momentáneamente abandonada al sueño del desfallecimiento, para que pudiese ser sorprendida y conquistada. Huyeron de la peligrosa sociedad romana los hombres menos corrompidos, los solos que habian quedado dotados de una voluntad poderosa y enérjica en un temperamento rígido; huyeron de las costumbres muelles y afeminadas para acabar su vida en las mortificaciones del quietismo: mejor aun, para desgastar las únicas fuerzas que le quedaban á la Italia, y de-

jada abierta y sola á merced de los visigodos, que la acechaban detrás de los Alpes. Las inteligencias privilegiadas de la época se ocupaban en sacrificar al filosofismo, y así las letras y las artes no podian ya contar en Italia con hombres capaces de cultivarlas; fuera de que, como arriba hemos manifestado, las costumbres corrompidas no lo permitian. Aquella hermosa reina de la Europa, abandonada á los vicios, no tenia, pues, hijos que guardasen su impuro sueño. Los unos la huian, porque la veian cercada de peligros; los otros se entretenian en estériles disputas al rededor de la estatua de Platon, consumiendo su razon en ilusiones erróneas y en sutilezas de imaginacion empapadas de orientalismo. Los que á su lado quedaban se tendieron á la sombra del árbol prohibido, y su fruto venenoso, de que se habian hartado, trastornó su seso; ya no veian el peligro de su madre; se les figuraba que los feroces soldados de Alarico eran menos fuertes que los cimbrios que Mario habia derrotado, y que los infieles gobernadores, á quienes el gran Teodosio encomendó la defensa del orbe romano, eran tan virtuosos como aquel heróico y puro ciudadano. Estos degradados hijos eran pues los que entretenian el sueño de Roma; la saciaron de placeres, é hicieron en rededor danzas y festines, levantando hasta las nubes los gritos de su orgía. La austera voz de los santos apóstoles del cristianismo no podia penetrar hasta sus oidos, y menos conmover su corazon, y sacudir su letargo.... En este estado se hallaba cuando las terribles hordas, capitaneadas por Alarico, se derramaron sedientas de botin por todo el Mediodía. En su impetuoso curso atravesaron el corazon de la Italia, y devastaron y saquearon la gran Roma.

Esta irrupcion acabó con lo poco que á las letras y á las artes quedaba de vida.

Los designios de la Providencia eran sin embargo visibles. ¿Cómo habia de subsistir el imperio romano sin una regeneracion que diese á aquel cuerpo desfallecido una nueva sangre enérjica y pura? ¿Qué hubiera sido de él en lo su-

cesivo si mientras los emperadores, refugiados en el Oriente, abandonaban el cuidado de Roma y de la Italia entera, no se hubiesen salvado en los brazos de los franceses (1)? Carlo Magno, que estableció los fundamentos del nuevo imperio romano, despues que los ejércitos de Pepino sofocaron el orgullo de los Lombardos, fué el que comenzó á preparar los nuevos destinos de la Italia, bosquejando con sus hijos la reorganizacion entera de la sociedad cristiana.

¡Qué desengaño para las naciones! ¡Qué es de la vida de las sociedades abandonadas á sí mismas! A la juventud robusta é impetuosa, sucede la virilidad prudente; pero una nacion no puede permanecer inmutable en esta época de su desarrollo. Llega la decrépita senectud que insensiblemente la conduce á la muerte! ¿Qué es hoy de aquel sabio Egipto, de aquella soberbia Persia, qué de la Grecia, de Pericles y de Alejandro? Abandonadas á la barbárie de los pueblos, apenas nacientes, ni aun siquiera tienen noticia de los restos de su prosperidad antigua. Y cuando las naciones que antiguamente denominaban bárbaras los muestran á su estúpida mirada, se creen afortunados si por ellos les dan con que satisfacer las necesidades mas comunes. No fué así del imperio romano, porque la Providencia no quiso su desaparicion de la tierra. Cuando lo vió decrépito y corrompido, infundió en sus venas una nueva sangre, y nuevos espíritus vitales que lo preservasen de la muerte. Las hordas del norte obedecian sin saberlo á este destino, y cuando solo creian satisfacer con la devastacion y el saqueo las pasiones de la codicia y la venganza, procuraban la salud de la Italia futura, destruyendo todos los gérmenes de muerte, escondidos en su seno, la voluptuosidad, la mentira, y el escepticismo. Los visogodos y demás hordas septentrionales que invadieron la Italia tenian delante de sí un porvenir inmenso, porque entonces salian de la in-

(1) «E quando l' dente Longobardo morte
la Santa Miesa....»
DANTE.—Paraiso.—Canto 6.°

fancia, y á la fuerza de sus costumbres públicas reunian las virtudes peculiares de todos los pueblos, en este primer período de su desarrollo, y del mismo pueblo romano, en el comienzo de su república, cuando el amor á la libertad (1) y á la patria es, por decirlo así, el alma de los ciudadanos. Lo que de estos dice Tito Livio ponderando su rara frugalidad, su economía y la consideracion en que estaba la pobreza, es exactamente aplicable á las costumbres de aquellos, y no sería difícil hallar en Tácito entre los soldados de Ataulfo nombres análogos á los de Curio y Fabricio, Régulo, Mummio y Paulo Emilio.

(1) Por libertad entendian los romanos, lo mismo que los griegos, un estado en que no hay mas vasallage que el de la ley, siendo ésta mas poderosa que los hombres.

DEL CARBON DE PIEDRA

en España.

(Artículo remitido.)

Materia vasta, colosal, inmensa es la que nos ocupará en el presente artículo: materia, la primera de las primeras de la industria, materia sin la que hubieran quedado inútiles y sin efecto las mas ventajosas y admirables invenciones de este siglo positivo, y con la cual y un poco de agua se improvisa, donde mas acomoda, un poder, una fuerza motriz tan gigantesca, como se necesita para mover las máquinas de mayor resistencia, que en otro tiempo no hubieran podido recibir este impulso sino de una gran caida de abundante agua, y que despues de hallada, habria sido en un punto donde, ó su distancia á los de consumo de sus productos, ó la á los criaderos de las primeras materias elaborables, habrian inposibilitado su utilizacion á los empresarios, ó reducido sus ganancias, aunque vendiesen con mas esceso sus productos, á una cantidad que no permitiese el gran desarrollo de la industria. Materia en fin que con la invencion del vapor ha causado la revolucion industrial mas portentosa que se conoce, ya aproximando los pueblos unos á otros, por medio de los caminos de hierro, de una manera tan pasmosa por su rapidez y comodidad, que llegará el caso de hacer uno de cada continente, ya cruzando los mares con una regularidad y precision tan

superior á la conocida antes de la invecion de los vapores, y ya en fin por la importantísima mejora introducida en el alumbrado por medio del gas, y otras infinitas que por sabidas y de mucho bulto no merecen la pena de ser enumeradas. El minero esplotador que al dedicarse á esta profesion no vé mas que el medio de crearse una fortuna superior en breve tiempo, recordando el ejemplo vivo y palpitante de algunos de los afortunados mineros de Sierra Almagrera, que en pocos años han hecho muchos millones, mira con desden una mina de carbon de piedra, porque el género en la boca de ella se vende por maravedises, sin que generalmente llegue á real el valor de una arroba en ninguno de los criaderos que se esplotan en España y fuera de ella, al paso que el mineral de aquella se vende á 20, 30, y aun 35 la arroba á la boca del pozo, como sucede al de la Virgen del Mar y Belen de Salcedo en el Jaroso: pero el minero entendido y amante de su patria, que se contenta con una ganancia mas moderada y constante, y que desea al mismo tiempo se aprovechen de ella el mayor número posible, daria la preferencia sin duda á las de carbon. El sibarita, el oriental desearà minas de plata y oro, el artista, el filosofo, el proletario, y en fin el Gobierno que cumpliendo con su deber trate de fomentar los intereses de la nacion, y proporcionar á todos sus subordinados indistintamente la mayor suma de bienes posible, preferirá sin duda el mineral grosero al precioso.

El primero es una lluvia suave que vivifica, por donde quiera que pasa, todas las plantas, y humedece ultimente hasta las naturalezas humanas; el segundo es una tormenta estrepitosa, que si arrojó mas agua en menos tiempo, destrozó árboles y plantas al paso, y la tierra no pudo absorverla, porque rompiendo los diques y cauces que la contenian, fueron á perderse.... en la sima de los capitales escedentes.

Un escritor célebre dice, que no ha quedado á la España de sus ricas minas de plata de América otra cosa que la gloria de haber tenido á sucido y ocupadas en su servicio como dos

grandes fábricas á Francia é Inglaterra. Gloria ha sido á la verdad, pero gloria triste y fugaz que no ha dejado á su desaparicion otra cosa que impotencia, ignorancia, y necesidades que no pueden satisfacerse, cuando ha faltado el abundante manantial de riqueza que nos inundaba; al paso que á las otras les ha quedado, no solo nuestras riquezas, que se han llevado en cambio de sus manufacturas, sino las grandes fábricas, los grandes adelantos, y el hábito de trabajar que han contraido para presentarnos sus productos.

Por los puertos de Adra y Almería han entrado en España desde el año de 1820 mas de treinta millones de duros, en cambio de los plomos que ha producido la Sierra de Gador en las Alpujarras; en ellas ha quedado la mayor parte de este dinero, ya entre los mineros propietarios, ya entre los trabajadores, y ya entre los fabricantes y proveedores; pero ni se ha hecho una fábrica, un artefacto, un establecimiento útil y duradero. sobre la ruina de las minas, ni se han compuesto siquiera los caminos que en otra parte serían de plata, por mas bochornoso que nos sea confesar nuestra indolencia. Se ha encarecido la propiedad, se han mejorado algunas casas, y aumentádose algun tanto la poblacion; pero estas mejoras son ficticias, efímeras, y dependientes de la produccion de las minas que desaparecerán con esta, y aquellos habitantes, no pudiendo satisfacer las necesidades que hoy se han creado, se verán en la precision de emigrar de un pais, que por sí solo y sin el auxilio de la industria no puede alimentar la poblacion que contiene con la abundancia que hoy lo hace: lo mismo sucederá en Almagrera, como con pocas excepciones acontecerá donde en España se encuentre un mineral precioso. Se elevan algunas fortunas de la mediocridad ó de la nada, toma el pais momentaneamente un cierto aspecto de bienestar; pero como este depende de los productos de las minas, y estas regularmente se agotan pronto cuando son de mineral precioso, y la extension superficial de su demarcacion tan reducida, como se concede en España, que no pasa de 200 varas de longi-

tud y 100 de latitud en las de figura regular, apurado, vuelven los pueblos á su antigua ó mayor decadencia, porque no se han creado otras industrias que los entretengan.

Se me dirá que las minas de carbon de piedra estan sujetas á las mismas eventualidades ó agotamientos que las de otros metales; pero hay la diferencia entre unas y otras, que el primer género se presenta con mas abundancia en la naturaleza, y si es un criadero estéril no se puede explotar, y además se les conceden por nuestras leyes de minería dos partes mas de terreno á sus demarcaciones. Este género, que vale muy poco por sí solo, necesita el auxilio de otras industrias para utilizarlo, como son: fábricas de fundicion, de hilados, de tejidos, y toda clase de máquina que necesite abundante combustible y económico, ó una gran fueza motrid que no pueda proporcionarse de otro modo. Creadas aquellas, todas dan trabajo y ocupaciones distintas al hombre, mejoran su condicion, morigeran sus costumbres, abren comunicaciones, y reparten la abundancia por donde se establecen.

En corroboracion de estos asertos diremos que en Bélgica hay criaderos de hulla, donde se han esplotado ya 62 capas, y aun siguen reconociéndose otras nuevas. Alarmado el gobierno inglés con el inmenso consumo que de aquel combustible se hacia, ya en sus islas, y ya exportándolo al extranjero, nombró hace poco una comision de los mas peritos en la ciencia, para que reconociendo los criaderos de que disponia, y suponiendo la estraccion sucesiva igual á la de los últimos años, calculára para cuantos contaría con seguridad: practicado el reconocimiento con aquella inteligencia y acierto que saben hacerlo en esta nacion ilustrada, digeron en suma, que sin hacer nuevos descubrimientos tenian con lo reconocido hasta el dia para 6,000 años, suponiendo el consumo en los sucesivos igual al de los últimos anteriores.

Si queremos examinar sus efectos en el pais que lo produce, no será aventurado decir que sino en todo en una

gran parte debe esa misma nacion su poder, su grandeza, y sus adelantos á la abundancia de carbon y hierro de que tanto partido ha sabido sacar. Sin estos dos abundantes y tan necesarios artículos, no hubiera podido dar á su maquinaria el gigantesco al par que sorprendente perfeccionamiento á que se ha elevado, y con el que economizando infinidad de brazos y jornales produce sus efectos tan equitativos, que tiene como amortiguada y sin vida la industria de las naciones que le facilitan sus mercados. Con ellos ha podido realizar ese sistema fabuloso en otro tiempo, pero muy positivo hoy de caminos de hierro, que tanta economía y celeridad ofrecen al comerciante y viajero, y tanta fuerza dan á un gobierno centralizado y bien regido. Con ellos han regularizado las comunicaciones con sus infinitas posesiones ultramarinas, haciendo sus viajes en un cierto número de dias fijos, sin estar expuestos, como cuando se hacian en buques de vela, á los retrasos y eventualidades de las caprichosas olas y vientos del mar. Con el carbon han sabido sustituir el precioso renglon del aceite, de que carecen para alumbrarse, con una economía y abundancia de claridad increible; aplicado como combustible, han economizado el vegetal de que solo pueden hacer uso los mas opulentos isleños, y en fin lo utilizan de mil maneras, que ofrecen especialmente á la clase proletaria infinitas comodidades de que sin él careceria.

Si nos venimos al continente hallarémos que el primer ferro-carril establecido en Francia, fué de Lyon á Saint-Etienne para conducir el carbon de piedra de este último punto al primero, y de allí á toda la nacion, como se hace hoy, y sin mas que este y el hierro que benefician y modifican de mil modos, ha tomado la segunda poblacion desde la caida del imperio el asombroso incremento de mas de cien mil habitantes: poblacion que entretenida con la industria fabril y permanente, ó mas bien constituida toda ella en una gran fábrica de distintos objetos, porque no es otra cosa, ofrece á la posteridad un porvenir lisonjero, es-

table y acomodado. Con la misma rapidez y á mayor altura se elevó la simple aldea de Scheffield en Inglaterra, que hoy cuenta sobre ciento cincuenta mil habitantes, y el mismo incremento han tenido los astilleros de Sunderland, donde se construyen mas de 300 buques por año, que sirven, entre otras cosas, para exportar mas de 35 millones de toneladas de hulla, que se extraen de Inglaterra en cada uno de ellos.

Por este estilo podríamos ir citando ejemplos de prosperidad dignos de imitacion en Bélgica, Holanda, Alemania y otras naciones que utilizando sus productos han seguido el vuelo rápido de los adelantamientos industriales sostenidos en gran manera por el género de que nos ocupamos; pero siendo tan notables y conocidos de todos, creemos innecesario insistir en el particular.

Véase la notabilísima diferencia de los efectos producidos por los criaderos enunciados, y los ricos nuestros de Linares, Guadalcanal y Almaden; es verdad que estos pertenecen al Gobierno; pero no por eso han dejado de producir mucho. En el primero se han explotado abundantes filones de excelente galena, y otros de cobre que han dado ocupacion al pueblo, mientras las minas han estado en movimiento; pero paralizadas han tenido que ir á otra parte á buscar trabajo para mantenerse. Del segundo solo nos queda la memoria de que en su tiempo produjo mucha plata que se llevaron á Alemania en su mayor parte. Y el último envidiado por todos los extranjeros, y considerado como la perla de España, ya por la excelencia de su mineral, ya por su abundancia, y ya por su rareza, pues siendo casi el único criadero abundante que se conoce de cinabrio en el mundo, porque el de Idria en Alemania, que ha producido alguna cosa, está ya agotado ó inutilizado, y el de Almaden, conocido ya en tiempo que los romanos ocupaban la Península, desde mediados del siglo XVII, en que el gobierno se encargó de su direccion, ha producido sobre dos millones de quintales, que á sesenta pesos hacen mas, importan dos mil

cuatrocientos millones; y en fin que poniéndonos en el caso de monopolizar este artículo en todos los mercados, solo entretiene una corta poblacion raquítica y estacionaria; ni aun siquiera ha podido abrirse un camino al Valle de Velmez, que está á doce leguas de distancia, y tiene un abundante criadero de buena hulla. Nada diremos de Riotinto, Enin, Falset, ni de ninguno de los muchos mas criaderos de distintos minerales que contiene la España, porque sería dilatarnos demasiado, y sin utilidad por su redundancia, en los estrechos límites de este artículo; pero no podemos menos de indicar, que costándole al Sr. Heredia, dueño de las ferrerías Concepcion y Constancia en Málaga, cuatro mrs. quintal de mena de hierro, arrancada, y vendiendo su producto, que son 48 libras de hierro en 48 rs. ó 1032 mrs., es menester que para hacer aquella transformacion haya manteniendo, como mantiene, muchos operarios, y consumido mucho combustible, distribuyendo así la ganancia entre él y una porcion de familias.

Queda probado, pues, que las naciones extranjeras han sacado mas partido de sus groseros minerales de carbon de piedra y hierro, que nosotros de los preciosos de América y la Península, pues al paso que aquellas han aumentado su poblacion, se han hecho industriosas, comerciantes, y ricas, mejorando el interior de ellas, y morigerando á sus individuos, nosotros nos hemos hecho holgazanes, apáticos, é indolentes, vamos dejando desiertas nuestras poblaciones, y no hemos cuidado de mejorar un camino, hacer un canal, que mas que otra nacion necesita la España, para extraer con alguna economía al litoral las primeras materias que en el interior se producen; no se han hecho fábricas, puentes, ni nada de cuanto reclama nuestra atrasada nacion, si se esceptua lo que se hizo en tiempo del buen rey Carlos III, y lo poco que en nuestros dias á duras penas se va construyendo.

Esto supuesto debemos examinar ahora dos cuestiones: 1.ª Si la Península española contiene abundantes depósitos

de carbon de piedra, y 2.ª si podrán obtenerse de ellos mas ventajas que las que se sacan en la actualidad, ya que no sean tantas por de pronto, como las que reportan otras naciones, y en aquel caso y para ello, hasta dónde deberá extenderse la influencia y proteccion del Gobierno.

Respecto á la primera no podrá menos de resolverla afirmativamente el que haya reconocido ú oido hablar de los grandes criaderos de hulla de Asturias, donde dice el dignísimo y muy entendido ingeniero individuo de la Direccion general de Minas D. Guillermo Schulz, que hay un depósito de mas de 20 leguas de longitud, y del cual solo se extraian, cuando publicó sus observaciones en Junio de 1838, 200,000 quintales cada verano por los puertos de Jijon y Villaviciosa; siendo tan abundantes algunas capas, que en Avilés se explotaba una de 27 pies de espesor.

Bien conoció su importancia nuestro célebre compatriota y opulento banquero de París el Sr. Aguado, cuando desde el centro de la civilizacion y del comercio vino á invertir sus capitales en aquel pais, que hubiera florecido y servido de estímulo é impulso al resto de la Península para salir del estupor y anonadamiento en que respecto á este particular se halla, si la desgracia que hace tiempo nos persigue en todo, no nos lo hubiera arrebatado y llevado á mejor vida, precisamente cuando mas falta nos hacia, pues con su muerte tenemos entendido que aquella laudable y útil empresa si no se paralizó, trabaja con dolorosa lentitud.

Con tan inmenso criadero solo se han estraido por los puntos de Gijon, Avilés y Villaviciosa en el último quinquenio de 200 y tantos á 400 y tantos mil quintales de carbon por año, dejando al principado una utilidad de seis millones y pico de reales. ¿Y qué estraccion es esta para tanto como se consume hoy en nuestras fábricas de fundicion y copelacion del mediodía de España, donde el poco combustible vegetal que se gasta se hará imposible en adelante por la extincion de los montes, y solo un consumidor necesita mas

carbon que el que se extrae de Asturias? En una zona de pocas leguas de latitud y en la longitud de Málaga á Barcelona, siguiendo la costa, bien se pueden calcular mas de cien fábricas de todas clases que necesitan abundante combustible; y gastando un propietario solo el que ya hemos referido, véase hasta donde podrá ascender el que necesitarán todos reunidos, y hasta donde podria elevarse esta industria en España si se protegiera, y consiguiéramos emanciparnos en este particular de los extranjeros.

Tambien lo tienen en grande abundancia las provincias del principado de Cataluña, el Aragon á uno y otro lado del Ebro, las islas Baleares, aunque no de superior calidad, Castilla, y hasta la misma Andalucía, privilegiada en todo, en Villanueva y Espiel, donde sale á la superficie de la tierra un depósito de nueve leguas de longitud y una profundidad ó espesor no conocido: y por último si esto no bastase, sobraría con el testimonio del distinguido ingeniero D. Joaquin Esquerra, uno de nuestros mejores mineralogistas, y que mas estudiada tiene la Geognosia de la Península, que dice en sus apuntes geognósticos y mineros, publicados en 1838 «que en España tenemos geognósticamente almacenada tanta ó mas cantidad de hulla que en ninguna otra nacion del mundo, inclusa la Inglaterra» ¡inclusa la Inglaterra! Téngase presente esto; pero téngase tambien al mismo tiempo, que así como de nada servirian al náufrago arrojado por la borrasca á una isla inhabitada los tesoros que llevase consigo, de nada nos sirven á nosotros tampoco los ocultos en las entrañas de la tierra, mientras no se extraigan y pongan á precios equitativos en el mercado, impulsando para el consumo del género que nos ocupa el establecimiento de grandes fábricas y artefactos que lo consuman, y con su auxilio mejoren otras industrias. Este tesoro inagotable que poseemos, como otras muchas cosas en escala superior á los extranjeros, y cuya grande importancia conocerémos otro dia, necesita mas que otros para su desarrollo el auxilio franco, poderoso y decidido del gobierno; pero como

por desgracia hace años que la mision del nuestro no parece la de Pedro el Grande, Luis XIV ni Felipe II, sino que por el contrario su mano férrea apaga y destruye con su peso insoportable las industrias que surgen de nosotros á pesar de él, y que como el salvaje corta el árbol para cogerle el fruto (1), nada conseguirémos mientras no se varie de sistema.

Este debe ser no solo protector sino de impulso, es decir, que no solo debe conservar el pequeño derecho de introduccion que pagan los carbones extranjeros en la Península, sino que debe fomentar el indígena, ya facilitando á las empresas esplotadoras los inteligentes que necesiten para su direccion, ya aligerándolas de cargas y contribuciones onerosas, ya estimulando el consumo para todos los usos posibles, y ya en fin abriendo y mejorando las carreteras que den salida á este género, en lo cual nos ocuparémos con mas detenimiento en otra ocasion, por ser una de las causas que mas contribuyen á su estancacion y envilecimiento.

Sobre las pretensiones que existen para la introduccion del carbon extranjero con rebaja de derecho llamamos muy particularmente la atencion del Gobierno y de todo el mundo, pero con mas especialidad la del honrado asturiano y muy entendido hacendista D. Alejandro Mon, que con tanto acierto dirige hoy nuestra desquiciada y exánime Hacienda, para que en beneficio de su pais natal y de la nacion que le ha confiado el timon financiero, resuelva con el tino y madurez que lo caracterizan, aquella cuestion. He aquí cómo sin violencia, despues de solventada la primera, hemos casi resuelto la segunda, en la que continuamos.

Nuestro sistema de estraccion y esplotacion es atrasado, el uso de máquinas, que economizando los brazos aumenten el trabajo ó produccion, fuera de práctica, ya por que para sostener una de grandes dimensiones y costos, se

(1) Téngase presente que no nos referimos á nadie en particular, sino al ente moral gobierno, que ha regido los destinos de la infortunada España hace muchos años.

necesita asegurar la salida de todos sus productos, cosa de que estamos muy distantes, ó ya por falta de inteligencia; y en fin nuestros medios de transporte son tan imperfectos y costosos, que por mas abundantes que sean nuestros criaderos de hulla, al presentarla en los mercados, y especialmente en los puertos, no podemos de ningun modo competir hoy con los ingleses, que han extendido los canales y caminos de hierro hasta el interior de sus minas, y para los ascensos utilizan las máquinas de vapor al paso que nosotros todo tenemos que hacerlo á fuerza de brazos: pero si el Gobierno cumpliendo con su deber mantuviera ese derecho protector contra los extranjeros, mejorára los caminos ¡los caminos en los que solo en ferro-carriles ha gastado la Inglaterra cinco mil millones! y en fin protegiese aquella industria con eficacia, no solo competiríamos en nuestros mercados con los carbones extranjeros, sino que algun dia rivalizaríamos con los ingleses, y acaso los aventajaríamos en sus mismos puertos, al paso que generalizándolo en el interior, se mejorarían considerablemente nuestros montes, que por todas partes se van agotando, y tanta necesidad de ellos tiene la España, escasa en lo general, y especialmente en el Mediodia, de aguas que fertilicen sus feraces campos, y abundando el combustible, donde á la sazon solo tienen que quemar alguna paja y escombros, se proporcionaría un bien inmenso á la clase proletaria, digna siempre de consideracion, y se aumentaría la industria en grande escala.

Para esto se necesita la cooperacion de todos, pues no basta que una empresa exponga sus capitales, para presentar aquel género en el mercado, y lo ofrezca á los consumidores con ventajas sobre el otro, sino que es necesario rogarles que principien á gastarlo, y probándoles los beneficios que han de reportar, vencer la repugnancia que entre cierta clase hay á toda innovacion ó sistema que no sea el de nuestro padre Adan, y al olor que, si en su principio no es muy grato, no es perjudicial á la salud, ni cuesta mucho acostumbrarse á él.

Entre las infinitas empresas que se formaron para esplotar toda clase de minerales, al encontrarse los ricos de Sierra Almagrera, se crearon en esta corte varias con el aliciente de un poco carbon de piedra que se halló en la provincia de Guadalajara. En ella se ha gastado cerca de 9000 duros, y las empresas industriales Buenafé, carbonera de Madrid, y otras han trabajado constantemente en el mismo terreno por espacio de tres años, gastando cual mas, cual menos, segun su direccion y el número de pertenencias que tiene; pero todas con la desgracia de no haber encontrado hasta el dia una capa de verdadera hulla, tan potente como debería ser, para que tuviese cuenta su explotacion. Por lo mismo no ofrecen mucha vida dichas empresas, si se exceptua la carbonera, que promete al parecer un porvenir lisonjero, porque habiéndose propuesto desde su instalacion, y especialmente desde que se encargó de la presidencia de su junta directiva el muy activo y buen economista Sr. General Manso, proveer á la capital de un combustible tan económico y eficaz, como reclama la industria que de dia en dia se vá desarrollando; no se concretó solo á la provincia de Guadalajara, cuando vió que en ella no habia probabilidades inmediatas, sino que sin abandonar este criadero, ha reconocido otros tres ó cuatro ejecutando en ellos las labores de investigacion necesarias, á juicio de peritos, para conocer la calidad del terreno y su importancia, hasta que por último ha tenido la suerte de hallar uno en la provincia de Cuenca de verdadera hulla, de escelente calidad, y tan abundante, que la primera capa cortada tiene quince pies de espesor. De él han traido alguno á Madrid, y principiado á gastarlo los señores Bonaplata, Cabrero, Beltran de Lis, y alguno otro de los que conocen dicho género; pero pocos de los que no le conocen, cosa muy natural en España, donde la fuerza de inercia es mayor que ninguna otra, al paso que en el extranjero hubieran acudido en tropel á aprovechar la ventaja que les ofreciera su disminucion de precio sobre el otro. Si está

empresa consigue poner el carbon en el mercado de Madrid á un precio mas módico que el fijado en sus primeros ensayos, como creemos lo realizará cuando haya orillado las dificultades que aun le ofrece el transporte en un pais, donde tan pocos buenos caminos se encuentran, y tan imperfectos son los medios de conduccion, no dudamos que hará un gran servicio á la capital, y obtendrá una recompensa por sus desembolsos y afanes. En aquel caso, no muy lejano, la empresa contratará con la del alumbrado de gas, que debe principiar á trabajar muy luego para ponerlo en la corte, donde una necesidad imperiosa reclama esta mejora, hija de la ilustracion del siglo, y de los adelantamientos de la época. A la realizacion de este proyecto parece que ofrece algunas dificultades el nuevo Ayuntamiento de Madrid, apoyado en un celo, si bien eficaz y laudable en favor de los cosecheros de aceite, no muy bien entendido respecto á los generales de la poblacion, porque aunque dejen de gastarse en el alumbrado general las diez ó doce mil arrobas de aquel género que en la actualidad se gastan, se aplicarán á otras cosas, ó disminuirá su precio, que redundará en beneficio de la clase de menos recursos; de modo que en todo caso el perjuicio sería para cuatro, y el beneficio para mil, que verían su pueblo mejor iluminado, y con menos costo tal vez, y comprarían el aceite mas barato, si tan pequeña cantidad, repito, pudiera influir en el precio general de él. Así lo han entendido los extranjeros, donde sino tienen tanta abundancia de aceite de oliva, lo tienen extraido de otras materias, que para el alumbrado produce el mismo efecto; y aun en Florencia, donde aquel es mas abundante y mejor que entre nosotros, han aceptado la iluminacion de gas de carbon por sus ventajas sobre la de aceite, y en fin porque es una moda útil que vá invadiendo los pueblos de alguna consideracion de Europa, á cuya fuerza no podremos resistir nosotros. Contratará la empresa con los dueños de otras fábricas, y poco á poco lo irá extendiendo á otros usos.

Esto supuesto, vamos á concluir hoy aconsejando al Gobierno, por mas enojosa que nos sea tanta repeticion, que si quiere ver á la España rica, grande y poderosa de una manera mas permanente que lo fué en otro tiempo, no se cansa de gastar mucho en caminos y canales, no se canse de repetir á los jefes políticos lo interesante que es facilitar las comunicaciones de unas provincias con otras, que las hay limítrofes con menos relaciones entre sí, que con el extranjero; que proteja la extraccion del mucho género que hay almacenado en esos grandes depósitos de hulla, hierro, y otros efectos, y por último que fije toda su consideracion en los caminos de hierro, que es una mengua no tener todavía un pequeño trozo de ellos, cuando todas las naciones de Europa estan ya mas ó menos cruzadas por los mismos, y por mas caros y difíciles que sean en la Península, habremos de aceptar esta necesidad de la época, ó quedarnos muy atrás de nuestros vecinos.

A. Molero.

CRÓNICA POLÍTICA.

Cuestion de hacienda.—Crisis ministerial.—Matrimonio de la Reina.—Cuestion de Marruecos.—Disolucion de las Cortes.—Reforma de la Constitucion.—Los fueros de las Provincias Vascongadas.—Estado excepcional.

Cuando escribimos nuestra última crónica, dejamos pendiente la cuestion suscitada entre el Gobierno y los prestamistas sobre la conversion de sus créditos en títulos del 3 por 100. Dijimos entonces que esta providencia era necesaria, si habia de salir alguna vez el tesoro público de sus continuos apuros, é indicamos el tipo mas justo en nuestro concepto para hacer la conversion. Al fin se ha llevado á cabo esta gran medida de hacienda, que tanto honra al actual gabinete: al fin han quedado desembarazadas las rentas públicas, y dueño el Gobierno de darlas aquella inversion que juzgue mas conveniente á los intereses del Estado. El tipo de 35 por 100 convenido es favorable al erario, porque, segun él, no pagará por las cantidades ya percibidas sino un interés relativamente moderado, y no es perjudicial tampoco á los contratistas, porque si bien no realizarán estos ahora las ganancias que algunos de ellos se propusieron, lograrán la suficiente para que su negocio pueda considerarse ventajoso todavía. Hecha la liquidacion con cada uno de los acreedores sabrá el Gobierno la cantidad fija de sus créditos, recojerá la multitud de garantías que indebidamente estan aun fuera del tesoro, y si bien se cargará con una renta perpétua de alguna consideracion, bien vale la pena este pequeño sacrificio el poder disponer en adelante de casi todas las rentas

del Estado, cubriendo con ellas la mayor parte de sus atenciones. Este era el primer paso que debia darse antes de reformar el presupuesto, ó mas bien sin él el presupuesto era de todo punto imposible. No bastan hoy en verdad las rentas públicas para satisfacer como es debido todas las necesidades del Estado; pero creemos que una ligera reforma en el sistema de impuestos y recaudacion y otra en el presupuesto de gastos, bastarán para conseguir este objeto, y nada de esto podia hacerse mientras dichas rentas estuviesen gravadas con tan enormes obligaciones.

Consecuencia inmediata ha sido de este arreglo, la anticipacion de 60 millones, que ha hecho al Gobierno el banco de S. Fernando, con cuya cantidad podrán satisfacerse todas las obligaciones pendientes, sin que queden gravadas en lo sucesivo las rentas del Estado. Este contrato no tiene la menor semejanza con los anteriores, y será quizá el principio de un sistema duradero ventajoso para la hacienda. El banco anticipará en este mes la cantidad enunciada, haciéndose cargo de recaudar de las tesorerías el producto líquido de todas las rentas libres. Si pasado el mes resulta acreedor el Gobierno, abonará al banco el saldo con el interés correspondiente, y si lo contrario sucediere devolverá el banco al Gobierno la cantidad sobrante. Y si, por este primer ensayo vieren ambas partes que el concierto les es mútuamente ventajoso, es probable que se renueve por algun mas tiempo.

Aun estan pendientes de arreglo los tenedores de la deuda centralizada y de las libranzas: mas sobre este punto nada podemos decir de cierto mientras no se publiquen las condiciones que estan ahora discutiéndose.

Pero cuando el ministro de hacienda se ocupaba en decidir estas importantes cuestiones, cuando creiamos que las mejoras positivas iban á ser la principal tarea del gabinete, llegó á Barcelona el Sr. marqués de Viluma, y con su llegada tuvo principio una peligrosa crísis ministerial. El nuevo ministro aceptó el cargo con que le habia honrado

la confianza de S. M., y apenas hubo tomado posesion de él, propuso á sus compañeros tales providencias, dictó tales condiciones para gobernar, que provocó entre los individuos del gabinete un deplorable conflicto, y estuvo á punto de introducir la discordia en el seno del partido conservador. Mucho se han exagerado por unos y por otros los motivos de la última disidencia entre los consejeros de la corona. Los amigos del Sr. Viluma han pretendido hacer creer que las cuestiones debatidas en Barcelona no tenian por objeto los intereses mas importantes, la constitucion y las leyes orgánicas, sino puntos muy secundarios de gobernacion: los progresistas por el contrario han tratado de demostrar que el nuevo ministro de Estado queria nada menos que restablecer el absolutismo por medio de un decreto. Nosotros creemos que unos y otros se equivocan, por mas que ambos tengan razon en parte. Motivos de mucha gravedad debieron dar ocasion á la disidencia entre los ministros, cuando obligaron á los individuos del gabinete que se hallaban en Madrid á suspender el curso de todos los negocios, y marchar en posta á Barcelona. Estos motivos además debian tener relacion con la ley fundamental y las leyes orgánicas, puesto que á pesar de cuanto ha dicho algun periódico, todo el mundo decia y aseguraba que el Sr. Viluma exigia se reformasen por medio de un decreto ciertos artículos de la Constitucion, la ley electoral y otras leyes de menor importancia. Pero como de aquí no se sigue que el Sr. Viluma quisiere el absolutismo en el verdadero sentido de esta palabra, tampoco tenian razon los que acusaban al noble marqués de absolutista. Justo es que no pese sobre nadie mas responsabilidad que la que haya merecido. En el constitucionalismo puede haber muchos grados. El Sr. marqués de Viluma pudo querer reformar la Constitucion por medio de un decreto, sin desear por eso restablecer el absolutismo en España. Constitucion sería una ley fundamental menos democrática que la presente, aunque fuese otorgada. Podria entonces disputarse la conveniencia

y aun la posibilidad de semejante Constitucion, pero no el título de constitucional, si bien á su manera á aquel que la deseáru. Tal creemos que fuese el pensamiento del último ministro de Estado, y no el que le han atribuido amigos indiscretos ó adversarios mal intencionados. El marqués de Viluma pudo pensar de muy buena fé que con la Constitucion de 1837 tal cual está hoy era imposible gobernar en España, y que para hacerla duradera sería lo mejor reformarla por medio de un golpe de Estado. Muy lejos estamos de aprobar semejante idea; pero la explicamos sin perjudicar en lo mas mínimo al elevado carácter y nobleza de su autor.

Y decimos que no aprobamos semejante idea, porque si bien creemos que en la Constitucion hay muchos puntos reformables, y en las leyes orgánicas necesidad de una completa reforma, nos parece altamente peligrosa la política de los golpes de Estado. Nosotros, que tanto censuramos la conducta ilegal del anterior ministerio, mal podiamos aprobar la de éste si cometiera la misma falta. Semejante conducta sería el principio de una reaccion; obligaría al partido conservador á negarle su apoyo al Gobierno; daría al partido realista mas influjo del que es conveniente en la direccion de los negocios, y Dios sabe cuál sería el término de la lucha que se provocase.

Afortunadamente prevalecieron las opiniones de los ministros que habian ido de Madrid, y el marqués de Viluma no pudiendo aceptarlas, se vió forzado á hacer renuncia del ministerio. Así terminó aquella azarosa crísis, en la cual corrió el pais un inminente riesgo, y estuvo á punto de naufragar el gabinete de Mayo: así se calmó tambien la ansiedad que en todos los ánimos produjo la noticia de aquella cuestion importante.

Mientras esto sucedia en Barcelona, ó poco antes, lisonjeábanse los carlistas con la vuelta de la familia de D. Carlos y su preponderancia en el gobierno. Cediendo aquel príncipe por primera vez de sus pretensiones antiguas, hizo proposiciones

á nuestro Gobierno por conducto del de Inglaterra para el casamiento de su hijo mayor con la reina de España. El gobierno inglés comunicó al nuestro estas pretensiones; pero además de que ellas eran irritantes y absurdas, habia otra razon mas poderosa para no admitirlas, y era que semejante enlace no conseguia el objeto que deseaban sus defensores. No siendo ya una cuestion de legitimidad la que hoy se disputa en España, el matrimonio de Isabel II con un hijo de D. Carlos no podia asegurar la tranquilidad pública. Antes al contrario podia ser ocasion de otra guerra civil, porque entronizaría á los mas fieles servidores del pretendiente; sería el principio de una nueva reaccion, y perpetuaría los trastornos y las revueltas. Dificultades muy sérias ofrecen en nuestro concepto todos los príncipes con quienes se ha supuesto posible el matrimonio de nuestra reina; pero un hijo de D. Carlos es sin duda alguna el que mas inconvenientes presenta. Así lo ha conocido lord Aberdeen al contestar á las interpelaciones de la cámara, y esta debe haber sido tambien la opinion del ministerio en la contestacion que suponemos dada al ministro británico.

Otro suceso de mayor importancia vino á complicarse con la crísis del ministerio. Sabidos son los sucesos que dieron lugar á serias contestaciones con el emperador de Marruecos. Esta cuestion ha adquirido grande importancia desde la última vez que tratamos de ella, porque á nuestras reclamaciones se han juntado despues las de Francia, Dinamarca y Suecia. Nosotros tenemos agravios que satisfacer, los cuales por sí solos son motivo suficiente para la guerra mas justa. La Francia quiere que Abd-el-Rhaman I niegue sus auxilios á Abd-el-Kader, y no le permita levantar tropas ni situarse en las fronteras de su imperio, y la Argelia; y Dinamarca y Suecia se niegan á pagar el tributo que el sultan las exige hace ya mucho tiempo como rescate de piraterías y de insultos. Todas estas naciones tienen razon contra Marruecos, y mengua sería por lo tanto que cejasen un punto en sus justísimas pretensiones.

Baldon es para la España que en frente de sus costas habite un pueblo bárbaro, enemigo de su civilizacion, y á quien es preciso pagar un tributo para libertarse de sus depredaciones. Sin duda está reservado á nuestra nacion el concurrir con la Francia á la civilizacion del Africa, y lo único que nos falta para conseguirlo es tranquilidad y gobierno.

Que el imperio de Marruecos no puede resistir una invasion de la Francia y de la España unidas, y aun de la España sola, es cosa probada hasta la evidencia. Nacion bárbara y diseminada, ignorante de la ciencia militar, pobrísima de recursos, sin puertos fortificados que la defiendan, mal podria sostener la lucha por espacio de mucho tiempo, á menos que se levantase de entre sus tríbus un segundo Abd-el-Kader que inflamára sus corazones fanáticos, y produjese una resistencia tan ineficaz como desastrosa.

Mas para calcular con acierto es preciso antes saber hasta qué punto puede convenir la guerra á cada una de las naciones que han mandado sus buques á la costa de Africa. No está en el interés de la Francia el extender su territorio por la parte del imperio marroquí, y así lo ha confesado Mr. Guizot en la tribuna; pero tampoco puede consentir esta potencia que el implacable Marabuto le hostilize á mansalva, por eso se contentará con que Ab-el-Rhaman le interne ó le haga salir de su imperio. Tambien es de presumir que el orgulloso sultan desee dar este paso, porque la presencia de Abd-el-Kader le causa ya serias inquietudes, y teme el entusiasmo que inspira en las tríbus de la montaña: de modo que un rompimiento definitivo entre Francia y Marruecos nos parece muy difícil. España es hoy demasiado pobre para emprender por sí sola conquistas, por mas que pueda disponer de un ejército aguerrido y numeroso. Dinamarca y Suecia lograrán á no dudarlo su objeto sin necesidad de disparar un cañonazo, y la Inglaterra tiene sobrado interés en mantener la paz en esta region del Africa para consentir que llegue á empeñarse la contienda. Verdad es que el indiscreto sultan ha rechazado su mediacion; pero ella sabrá impo-

nérsela; y Abd-el-Rhaman no dejará de aceptarla luego que adviérta los peligros que corre su erario y su mismo trono parte por la agresion exterior, parte por la inquietud de sus súbditos. El Gobierno entre tanto acerca sus tropas á la frontera, á fin de estar dispuesto á todo evento, y creemos que en caso de absoluta necesidad, no obstante los obstáculos que hemos manifestado, las hará pasar la línea de Ceuta.

Concluida la crísis pensó el ministerio en la ejecucion de su política estableciendo como preliminar la disolucion de las Cortes. Era esta providencia sumamente necesaria, porque no representando ya las Cortes la voluntad del pais, era contrario á la índole del régimen representativo el gobernar con ellas, y porque si se convocáran no sería posible formar en su seno una verdadera mayoría de gobierno. Los intereses de la coalicion presidieron en las elecciones últimas: rota aquella, las Cortes que habian sido su producto no representaban nada, ó sí significaban algo era un desengaño amarguísimo. Por eso era indispensable convocar unas Cortes nuevas donde estuviesen representados con la conveniente distincion todos los partidos legales, unas Cortes que decidan sobre las grandes cuestiones que estan pendientes, y mientras no se convocáran, el ministerio que se habia propuesto gobernar legalmente á diferencia del de Gonzalez Bravo no podia comenzar la grande obra de la organizacion que le está encomendada.

Pero al mismo tiempo que el ministerio convocaba Cortes, indicaba en el preámbulo de su decreto que era preciso llevar á cabo la reforma y mejora de la misma Constitucion en aquellos puntos que no fuesen absolutamente conformes con la índole del Gobierno representativo y la experiencia hubiera acreditado que no tenian la flexibilidad necesaria para acomodarse á las variadas exigencias de esta especie de gobiernos. Este paso ha sido y está siendo todavía la piedra de escándalo entre los órganos de la oposicion, y dá motivo á gravísimas acusaciones por parte de los progresistas. Se ha dicho contra el partido conservador que era enemigo de

la ley fundamental; que el propósito del Gobierno ahora no era mejorarla como decia, sino destruirla, y que este era el primer paso en la reaccion que desde tiempo hace tenia vaticinada la prensa de la oposicion.

Nada de esto es cierto sin embargo aun para los que creen que la reforma constitucional anunciada tiene graves inconvenientes. Del Gobierno, que por sostener la Constitucion ha atravesado una peligrosa crísis, no puede sospecharse que quiera ahora destruirla: y tampoco es justa semejante sospecha respecto á un partido cuyos intereses y aun cuya existencia estan identificados con el régimen representativo. La legalidad de la reforma no puede disputarse siquiera, puesto que las constituciones pueden variarse y alterarse por los mismos medios que han sido hechas. Tampoco se puede dudar que la Constitucion de 1837 tiene graves defectos, por mas que esten consignados en ella casi todos los buenos principios de la ciencia política. Así es que una vez decidida la conveniencia de reformarla, nosotros haríamos en ella algunas alteraciones que la dejarían sin duda mas perfecta.

Pero lo que en nuestro juicio es hasta cierto punto cuestionable, es el decidir si las reformas que deben hacerse merecen que el Gobierno arrostre por ellas los inconvenientes que traen siempre consigo las cuestiones constituyentes. Divididas estan sobre este punto las opiniones del partido conservador; unos creen que sin reformar ciertos artículos de la ley fundamental es imposible el gobierno, y que por lo tanto es indispensable arrostrar los peligros de una discusion que será por fuerza apasionada y ardiente: otros opinan que las buenas leyes orgánicas bastan para correjir en la práctica los defectos en teoría que pueda tener la Constitucion, y que por lo tanto no hubiera debido provocarse por ahora la cuestion de reforma, haciendo que las Cortes se ocupáran en otros asuntos de interés mas inmediato, autorizando al Gobierno para dar todas las leyes relativas á la organizacion del pais. Entre estos dos pareceres, que no son enteramente contrarios, puesto que no difieren en el fondo, no

nos toca decidir á nosotros, sino á las Cortes que van á reunirse. Su juicio será el juicio del país, y como tal lo acatará el Gobierno, y lo respetarán todos los partidos legítimos. A él nos remitimos nosotros.

El estado de las Provincias Vascongadas reclama tambien una urgente reforma. La ley del 25 de octubre les confirmó sus fueros, sin perjuicio de la unidad constitucional, mandando al mismo tiempo que de acuerdo con las mismas provincias se estableciese en ellas la organizacion gubernativa, judicial y de hacienda. Cumplióse este mandato respecto á la provincia de Navarra; pero como ocurriesen en 1841 los sucesos de Octubre, las Vascongadas pagaron su desobediencia al gobierno del Regente con la pérdida de sus fueros, haciéndose ilusoria respecto á ellas la ley del 25 de Octubre. En tal estado debe cumplir el Gobierno la promesa hecha en Vergara, mas no en perjuicio de los intereses generales de la monarquía. Hé aquí la gran cuestion que deberán resolver las Cortes, y cuyos preliminares acaba de sentar el Gobierno en su decreto del 4 de Julio. Posible y conveniente será se conserven algunos fueros de los que gozaban aquellas provincias, ya que así lo determinaron las Cortes de 1839; pero otros son absolutamente inconciliables con los intereses generales del Estado. Es necesario que España sea una sola nacion; que se liguen é identifiquen en cuanto sea posible los intereses de sus diversos territorios, y que el Gobierno trabaje asiduamente para destruir el espíritu de provincialismo que nos hace débiles. Aun falta mucho para completar la obra que comenzaron los reyes católicos, y el arreglo de los fueros de las provincias es un paso importante en esta carrera de civilizacion y de progreso.

El ministerio de la guerra ha sido particularmente ocasion de polémica entre los diversos órganos de la prensa periódica. La traslacion del cuartel de algunos generales que se distinguieron en la época pasada por su adhesion al Regente y sus compromisos con aquel gobierno; el bando

del baron de Meer sujetando á los incendiarios de las fábricas á la jurisdiccion de las comisiones militares, y ofreciendo el indulto á sus descubridores; el fusilamiento de los tres desgraciados cómplices de la muerte del general Esteller; la declaracion del estado excepcional de Zaragoza, y el fusilamiento de los tres carlistas presos en Caspe cuando aun no estaba concluida su causa, son hechos demasiado graves, y sobre los cuales nosotros suspendemos nuestro juicio, porque ni podemos aprobarlos, ni nos atrevemos á calificarlos tampoco mientras no sepamos menudamente la historia de todos ellos. Creemos sin embargo que aunque algunas de estas medidas puedan ser justificables en el fondo, no lo son en la manera con que se han llevado á efecto. Creemos por ejemplo que el ministro de la guerra haya comunicado á los capitanes generales una real orden mandándoles que siempre que las circunstancias lo exijan declaren en estado excepcional sus respectivos distritos: y ha habido autoridad militar que fundada en este disposicion ha tomado medidas extraordinarias que no estan justificadas por la necesidad ni las circunstancias. En el caso de los cómplices de la muerte de Esteller procedia en nuestro juicio la aplicacion del indulto, y S. M. estaba dispuesta á otorgarlo; pero tal vez un error ó el influjo de una práctica viciosa admitida en nuestra jurisprudencia ha impedido se llevára á efecto. Deploramos tan amargamente estos tristes sucesos, que el dolor nos impide el discurrir sobre ellos con mas detenimiento.

16 de Julio de 1844.

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TERCER TOMO.

De nuestras costumbres políticas, por D. Antonio Alcala Galiano. . . 3
Del estado actual de las bellas artes en España.—Artículo II, por Don Gustavo Deville. 31
Barrabás, anécdota del tiempo del Conde-Duque de Olivares.—Poesía, por D. Jose de Grijalba. 43
Los sistemas filosóficos, por D. Pedro Benito Golmayo. 49
Del estado actual de las bellas artes en España.—Artículo III, por Don Gustavo Deville. 91
De nuestro sistema electoral, por D. Antonio Alcala Galiano. 105
Apuntes para servir á la historia contemporánea, por D. Jose Lorenzo Figueroa. 121
Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II, por el Marqués de Miraflores.—Juicio crítico por D. F. de Cardenas. 193
Del estado actual de las bellas artes en España, artículo IV, por D. Gustavo Deville. 212
La voz de un profeta, poesía bíblica, por D. Francisco Rodriguez Zapata. 231
Observaciones sobre la verdadera inteligencia del art. 37 de la Constitucion, por D. Diego Medrano. 341
Viajes científicos en todo el mundo, desde 1822 hasta 1842; por D. Francisco Michelena y Rojas. 356
Historia filosófica de las bellas artes en España, desde el tiempo de Constantino hasta el siglo de Leon X.—Fragmento. 382
Del carbon de piedra en España, artículo remitido, por D. A. Molero. 397

CURSOS PUBLICOS.

Ateneo de Madrid.—Lecciones de literatura española, por D. Jose de la Revilla. 265

NOVELA.

Gerfaut. 15, 73, 146, 300

TEATROS.

Una reina no conspira.—Españoles sobre todo.—Al Cesar lo que es del Cesar.—Alfonso Munio. 249

CRONICA POLITICA.

Juicio del último ministerio.—El empréstito.—La bolsa.— Reformas en la administracion de justicia.—Política del actual ministerio.—Cuestion de hacienda.—La faccion del Maestrazgo.—Viaje de SS. MM.—La circular de los fiscales de la audiencia de Granada. 254
Cuestion de hacienda.—Crisis ministerial.—Matrimonio de la Reina.—Cuestion de Marruecos.—Disolucion de las Cortes.—Reforma de la Constitucion.—Los fueros de las Provincias Vascongadas.—Estados excepcionales. 441